ANNE APPLEBAUM

HAMBRUNA ROJA

La guerra de Stalin contra Ucrania



УКРАЇНА

Lectulandia

La ganadora del Premio Pulitzer Anne Applebaum arroja luz sobre uno de los más atroces genocidios de la historia de Europa.

En 1929, la gran colectivización puesta en marcha por Stalin forzó a millones de campesinos a entregar el control de sus tierras consolidando así la explotación estatal y el fortalecimiento del régimen soviético. Esta "política" resultó en una hambruna de proporciones trágicas: al menos 5 millones de personas perecieron entre 1931 y 1933 en la URSS, de la cuales 3 millones eran ucranianas.

En *Hambruna roja*, Anne Applebaum argumenta que esas muertes no fueron accidentales, ni consecuencias colaterales de una mala política pública, sino absolutamente deliberadas y planeadas. Definitivo y devastador, este libro captura el horror de gente ordinaria luchando por sobrevivir un mal extraordinario.

Lectulandia

Anne Applebaum

Hambruna roja

La guerra de Stalin contra Ucrania

ePub r1.0
Titivillus 02.07.2019

Título original: *Red Famine*
Anne Applebaum, 2017
Traducción: Nerea Arando Sastre

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Жер т вам

A las víctimas

Lista de mapas

1. La evolución histórica del territorio de Ucrania.
2. La Unión Soviética y Europa oriental, 1922.
3. Ucrania, 1922.
4. Geografía física de Ucrania, 1932.
5. Hambruna, 1932-1934.


1054
RUS
DE KIEV
Mar Báltico
Mar Negro


1582
MANCOMUNIDAD
DE POLONIA-
LITUANIA
Mar Báltico
Mar Negro

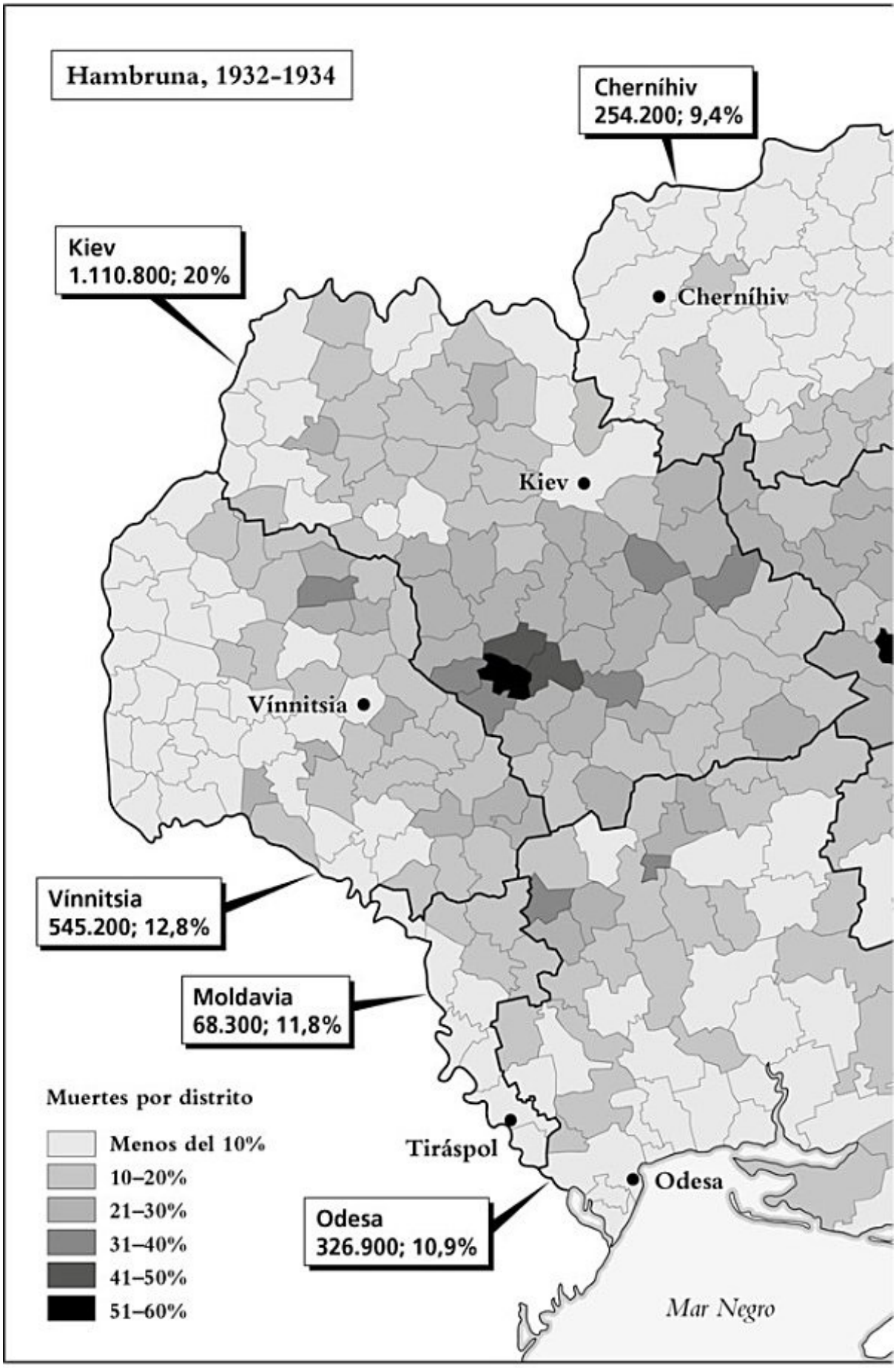

1795
IMPERIO
RUSO
PRUSIA
IMPERIO
AUSTROHÚNGARO
IMPERIO
OTOMANO
Mar Báltico
Mar Negro

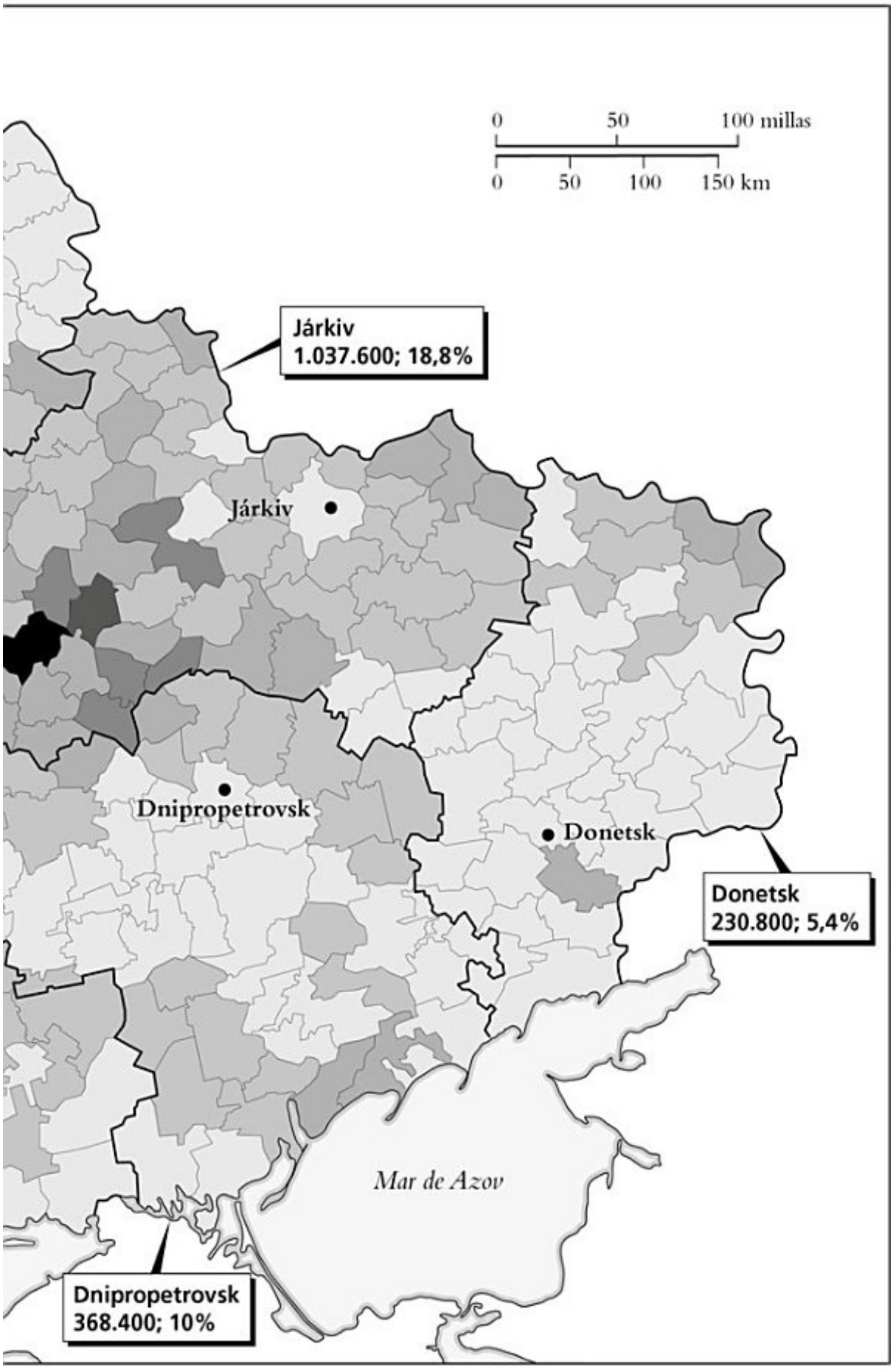

FINLANDIA
SUECIA
Estocolmo
ESTONIA
Riga
LETONIA
Mar Báltico
LITUANIA
Memel
Danzig
PRUSIA
ORIENTAL
Berlín
Varsovia
Bug
Brest-Litovsk
POLONIA
Elba
Oder
Lublin
Těšín
Volodímir
Volinski
Vístula
Praga
Leópolis
CHECOSLOVAQUIA
Montes
Viena
AUSTRIA
Budapest
HUNGRÍA
Danubio
Belgrado
YUGOSLAVIA
Sarajevo
Mar Adriático
Sofía

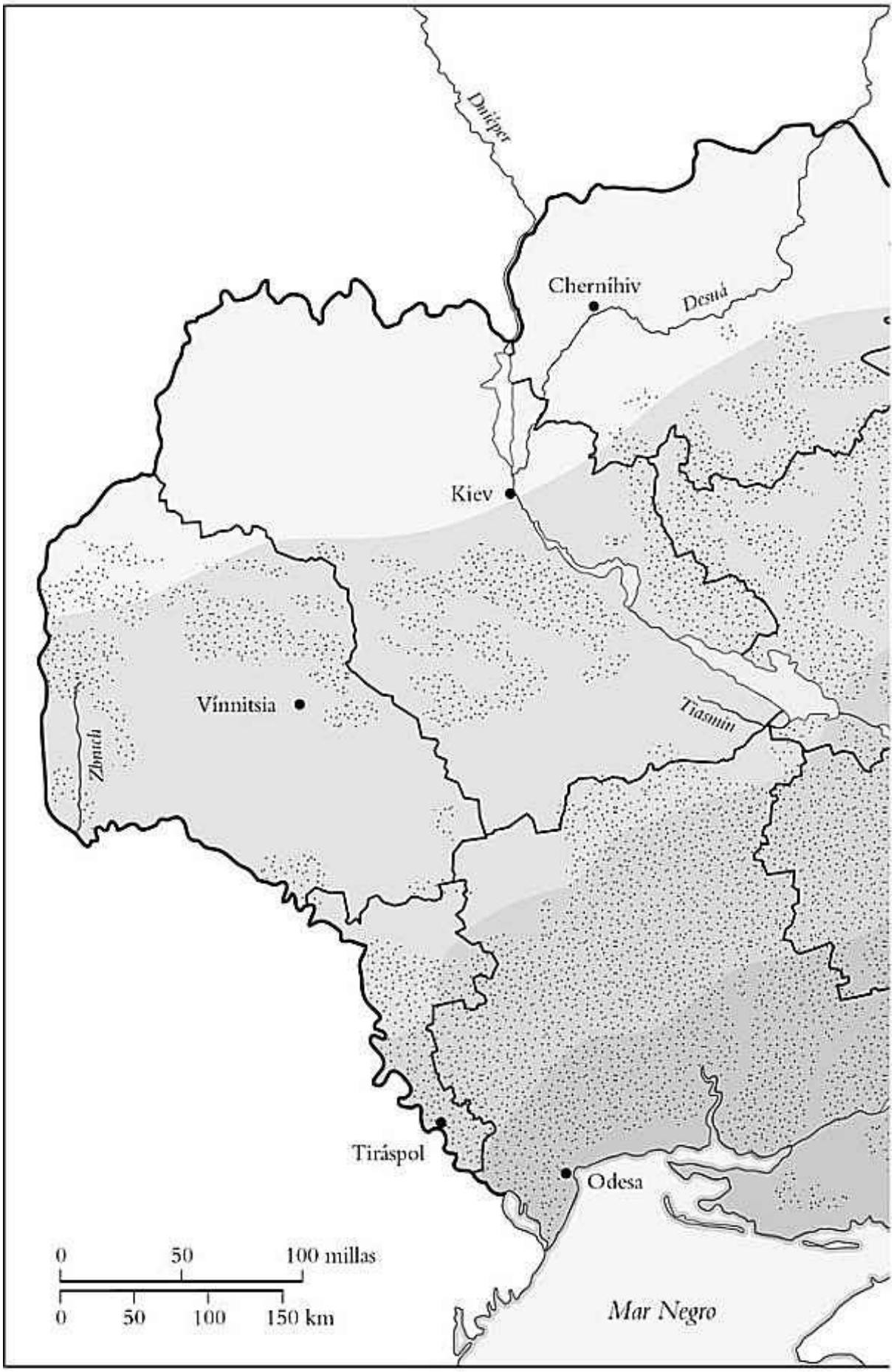

La Unión Soviética y Europa oriental, 1922
URSS
República Soviética
Otra frontera nacional
Petrogrado
Kazán
RUSIA
Moscú
Riazán
Sarátov
Minsk
Moguiliov
BIELORRUSIA
Gómel
Vorónezh
Kursk
Don
Volga
Tsaritsin
Kiev
Járkiv
Dniéper
UCRANIA
Dniéster
Rostov
Cárpatos
Odesa
Krasnodar
RUMANÍA
CRIMEA
Novorosíisk
Sochi
Sebastopol
GEORGIA
Bucarest
Mar Negro
Batumi
BULGARIA
TURQUÍA

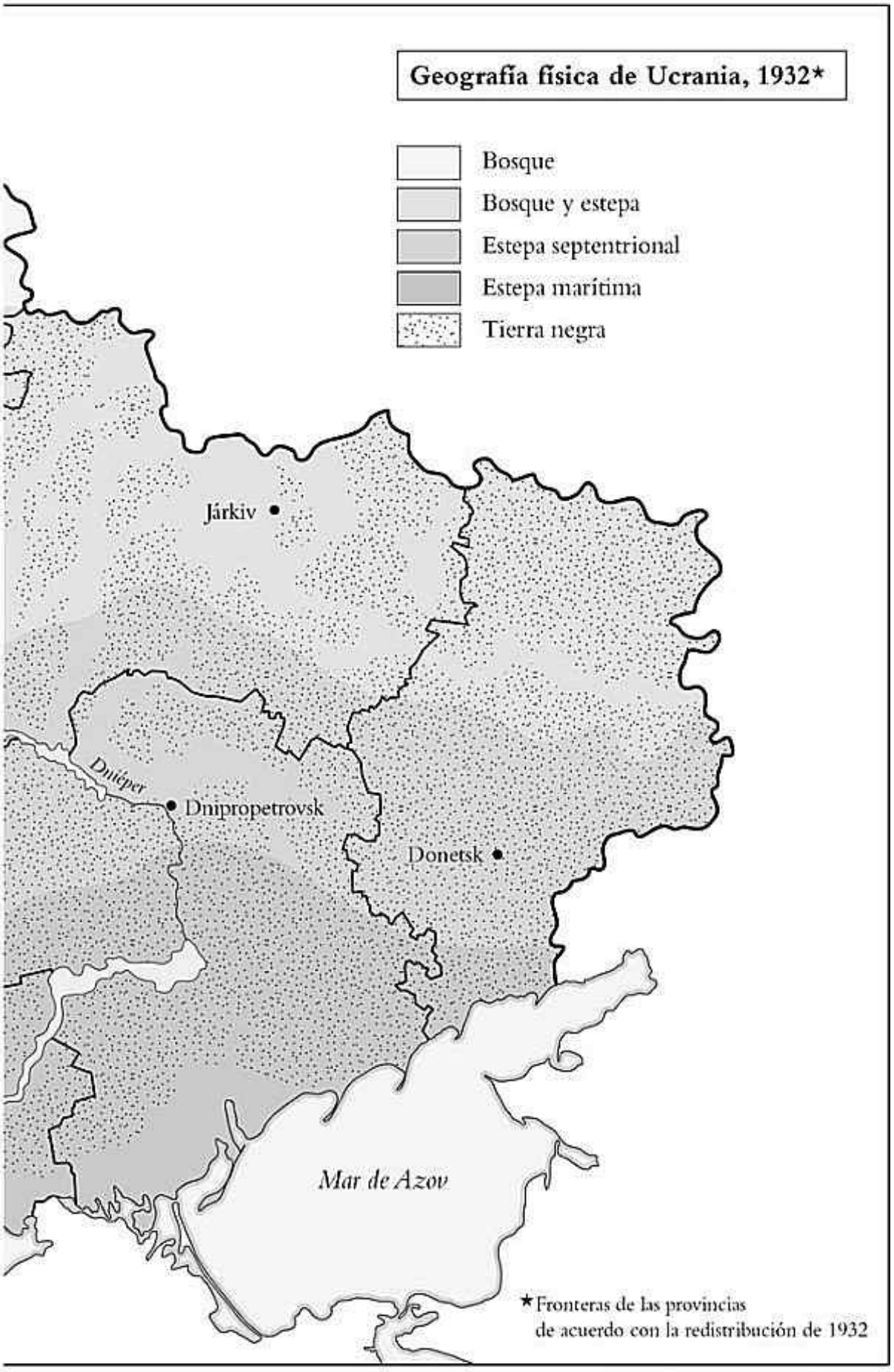

Ucrania, 1922
Dniéper
CHERNÍHIV
Ráshkova Slobodá
Velike Ustia
Cherníhiv
Chernóbil
Nizhin
VOLINIA
Toporishche
Kiev
Tarásivka
POLTAVA
Shepetivka
Zhitómir
Bárajti
Kodaki
Hrebinki
Krasna Slobidka
Mírhorod
Berdíchiv
Bila Tserkva
KREMENCHUK
Cherkasi
Proskúriv
Vínnitsia
Sobolivka
KIEV
Kámianski
PODOLIA
Pénkivka
Stari Babani
Kamianets-Podilski
Tulchín
Uman
Kirovohrad
Kozirivka
Kriví Rih
Kostiantínivka
Arbuzinka
ODESA
Bashtanka
MIKOLÁIV
Mikoláiv
Dniéper
Jersón
Odesa
Mar Negro


0 50 100 millas
0 50 100 150 km
Sumi
JÁRKIV
Járkiv
Markivka
Poltava
Svátove
Drizhina
Lozová
DONETSK
KATERINOSLAV
Luhansk
Pavlohrad
Bohdanivka
Ternivka
Debáltseve
Novoolexándrivka
Horodishche
Katerinoslav
Donetsk
Snizhne
Shiroke
Zaporizhia
Horodishche
Huliaipole
Orijiv
Mariúpol
ZAPORIZHIA
Velika Lepetija
Steinbach
Melitópol
Mar de Azov


Hambruna, 1932–1934
Cherníhiv
254.200; 9,4%
Kiev
1.110.800; 20%
Cherníhiv
Kiev
Vínnitsia
Vínnitsia
545.200; 12,8%
Moldavia
68.300; 11,8%
Muertes por distrito
Menos del 10%
10–20%
21–30%
31–40%
41–50%
51–60%
Tiráspol
Odesa
Odesa
326.900; 10,9%
Mar Negro


0 50 100 millas
0 50 100 150 km
Járkiv
1.037.600; 18,8%
Járkiv
Dnipropetrovsk
Donetsk
Donetsk
230.800; 5,4%
Mar de Azov
Dnipropetrovsk
368.400; 10%


Dnipper
Chernihiv
Desná
Kiev
Vinnitsia
Zbruch
Tiasmin
Tiráspol
Odesa
0 50 100 millas
0 50 100 150 km
Mar Negro


Geografía física de Ucrania, 1932*
Bosque
Bosque y estepa
Estepa septentrional
Estepa marítima
Tierra negra
Járkiv
Dniéper
Dnipropetrovsk
Donetsk
Mar de Azov
★Fronteras de las provincias
de acuerdo con la redistribución de 1932

Agradecimientos

Escribir este libro no habría sido posible sin el apoyo, el consejo y el respaldo del catedrático Serhii Plokhii y sus colegas del Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard (HURI, por sus siglas en inglés). Estos especialistas comprendieron hace una década que los últimos descubrimientos archivísticos justificaban un nuevo acercamiento a la historia del Holodomor, y no se equivocaban. Varios miembros del HURI me han ayudado en diferentes momentos, pero debo agradecer en especial a Oleh Wolowyna y a Kostiantín Bondarenko, del proyecto MAPA de Harvard, que han realizado una labor extraordinaria en materia de estadísticas, demografía, datos y mapas.

También estoy en deuda con Marta Baziuk, del Consorcio para la Investigación y Educación sobre el Holodomor de Toronto, y su colega de Kiev Liudmila Hrinévich, del Centro Ucraniano de Investigación del Holodomor, que han compartido con gran generosidad su profundo conocimiento sobre el tema. Muchísimas gracias al documentalista Andrew Tkach y a Vladislav Berkovski, del archivo fotográfico del TsDKFFA, por su ayuda con las fotografías. El catedrático Andrea Graziosi, de la Universidad de Nápoles, me ayudó a dar forma al borrador original y me ofreció sabios consejos durante todo el proyecto. Dos historiadoras jóvenes y sobresalientes, Daria Mattingly y Tetiana Bóriak, me han ayudado con la investigación desde Kiev y otras ciudades de Ucrania. Ian Crookston y la catedrática Oxana Míjed, que fueron brillantes estudiantes de posgrado en Harvard, han leído el texto para comprobar la precisión de las fuentes y la transliteración. Otros historiadores ucranianos me han dado recomendaciones y me han permitido consultar sus libros o artículos inéditos. Los menciono a todos en el prefacio, pero me gustaría reiterar aquí mi agradecimiento a Yuri Shapoval y Hennadi Bóriak. A todos los colegas que han leído versiones anteriores del manuscrito, entre ellos Geoffrey Hosking, Bohdan Klid, Lubomyr Luciuk y Frank Sysyn, les estoy muy agradecida. Muchas gracias también a Nigel Colley y Russ Chelak por su ayuda con la historia de Gareth Jones. Asimismo, estoy en deuda con Roman Procyk, del Fondo de Estudios Ucranianos, y con todos sus

donantes, sobre todo con Luba Kladko, la doctora Maria Fischer Slysh, Arkadi Mulak-Yatzkivsky e Ivan y Helena Panczak, así como con el Fondo Semenenko del Instituto V. K. Lipinski de Investigación sobre Europa del Este.

Al igual que otras veces, Stuart Proffitt, de la sede londinense de la editorial Penguin, y Kris Puopolo, de la neoyorquina, han formado un brillante equipo editorial transatlántico, y Georges Borchardt ha sido un agente maravilloso. Este es el tercer libro que he podido escribir con la ayuda de este trío; siempre les estaré agradecida. Richard Duguid ha coordinado la producción de la obra desde Londres con la misma eficiencia de siempre, y Richard Mason ha sido un corrector excelente y meticuloso.

Finalmente, quisiera darles las gracias a Radek, Tadziu y Alexander, con cariño.

Nota sobre la transliteración

Los nombres propios ucranianos, rusos y bielorrusos que aparecen en la edición castellana han sido transliterados siguiendo el criterio de dichas lenguas. Para ello, se ha escogido respetar los criterios de transliteración de la Asociación Española de Profesores de Lengua Rusa, puesto que son los empleados por el Servicio de Traducción Española del Parlamento Europeo. Con objeto de indicar la acentuación de los nombres originales, se han incluido acentos gráficos respetando las normas ortográficas de la lengua española, y se han omitido en los casos en que su uso pudiese entorpecer la lectura de los hablantes de español. Los nombres propios conocidos, como Moscú y Kiev, se han mantenido en sus formas más conocidas, para hacerlos más reconocibles para el lector de lengua castellana. Se ha hecho una excepción con los nombres propios ucranianos o bielorrusos cuyas formas conocidas están tomadas del ruso; como es el caso de Járkiv, en el que se ha optado por una transliteración fonética del nombre original.

Prefacio

Las señales de advertencia eran abundantes. A principios de la primavera de 1932, los campesinos de Ucrania comenzaron a pasar hambre. Informes de la policía secreta y cartas escritas desde regiones productoras de cereal de toda la Unión Soviética —el Cáucaso septentrional, la región del Volga, Siberia occidental— mencionaban a niños con el estómago hinchado por el hambre, familias que comían hierba y bellotas o campesinos que abandonaban sus hogares en busca de comida. En marzo, una comisión médica encontró cadáveres en las calles de una aldea situada cerca de Odesa. Nadie tenía la fuerza suficiente para enterrarlos. En otra aldea, las autoridades locales trataban de ocultarles la mortandad a los forasteros. Negaban lo que estaba ocurriendo, aunque estuviese sucediendo ante los ojos de los propios visitantes.[1]

Algunos escribieron directamente al Kremlin para pedir una explicación.

> Honorable camarada Stalin, ¿hay alguna ley del Gobierno soviético que establezca que los aldeanos deban pasar hambre? Porque nosotros, los trabajadores de las granjas colectivas, no hemos tenido una rebanada de pan en nuestra granja desde el 1 de enero […]. Aún faltan cuatro meses para la cosecha. ¿Cómo vamos a construir la economía del pueblo socialista si estamos condenados a morir de hambre? ¿Para qué caímos en el frente de batalla? ¿Para pasar hambre? ¿Para ver a nuestros hijos sufrir y morir de inanición?[2]

A otros les resultaba imposible creer que el Estado soviético pudiese ser el responsable.

> Todos los días, entre diez y veinte familias mueren de hambre en las aldeas, los niños se escapan y las estaciones de tren están abarrotadas de aldeanos que huyen. En el campo no quedan caballos ni ganado […]. La burguesía ha provocado aquí una auténtica hambruna, parte del plan capitalista para poner a toda la clase campesina en contra del Gobierno soviético.[3]

Pero la hambruna no la había urdido la burguesía. La desastrosa decisión de la Unión Soviética de obligar a los campesinos a abandonar sus tierras para unirse a las granjas colectivas, el desalojo de los kulaks (los campesinos más ricos) de sus hogares y el caos consiguiente constituyeron políticas, en última

instancia responsabilidad de Iósif Stalin, el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), que dejaron a las zonas rurales al borde de la inanición. Durante la primavera y el verano de 1932, muchos colaboradores de Stalin le enviaron mensajes urgentes desde toda la URSS en los que describían la crisis. Los líderes del Partido Comunista de Ucrania estaban especialmente desesperados, y fueron varios los que le escribieron largas cartas para suplicarle ayuda.

A finales del verano de 1932, muchos de ellos creían que aún se podía evitar una tragedia de mayores proporciones. El régimen podría haber pedido ayuda internacional, como había hecho en la anterior hambruna de 1921. Podría haber interrumpido la exportación de cereal o haber puesto fin a su estricta confiscación. Podría haber ofrecido ayuda a los campesinos de las regiones más afectadas por el hambre (y hasta cierto punto lo hizo, aunque no en la medida suficiente).

Al contrario, en el otoño de 1932 el Politburó, la élite gobernante del PCUS, tomó una serie de decisiones que extendieron e intensificaron la hambruna en las zonas rurales de Ucrania y que, al mismo tiempo, impidieron que los campesinos abandonasen la república en busca de alimentos. En el punto álgido de la crisis, grupos organizados de policías y activistas del partido, motivados por el hambre, el miedo y una década de retórica conspirativa e incitadora del odio, entraban en los hogares de los campesinos y se apropiaban de todo lo que fuera comestible: patatas, remolachas, calabazas, judías, guisantes, todo lo que estuviera en el horno y en la despensa, animales de granja y mascotas.

El resultado fue catastrófico; al menos cinco millones de personas murieron de hambre entre 1931 y 1934 en toda la Unión Soviética. Entre ellas había más de 3,9 millones de ucranianos. Conscientes de la gravedad de la hambruna de 1932 y 1933, las publicaciones de los exiliados, tanto entonces como en tiempos posteriores, la describieron como *Holodomor*, un término derivado de las palabras ucranianas *hólod* («hambre») y *mor* («exterminio»). **[4]**

Sin embargo, la hambruna no era más que la mitad de la historia. Mientras los campesinos morían de hambre en las zonas rurales, la policía secreta soviética arremetió contra la élite intelectual y política ucraniana. A medida que la hambruna se extendía, se lanzó una campaña de difamación y represión contra intelectuales, catedráticos, directores de museos, escritores, artistas, sacerdotes, teólogos, funcionarios y burócratas ucranianos. Cualquier persona relacionada con la efímera República Popular Ucraniana (que existió durante unos pocos meses a partir de junio de 1917), cualquier persona que hubiese

fomentado el idioma o la historia de Ucrania, cualquier persona con una carrera literaria o artística propia, podía ser vilipendiada en público, encarcelada, enviada a un campo de trabajos forzados o ejecutada. Incapaz de soportar lo que estaba sucediendo, Mikola Skrípnik, uno de los dirigentes más conocidos del Partido Comunista de Ucrania, se suicidó en 1933. No fue el único.

La combinación de estas dos políticas —el Holodomor en el invierno y la primavera de 1933, y la represión de la clase intelectual y política ucranianas en los meses posteriores— dio lugar a la sovietización de Ucrania, la destrucción de su idea nacional y la castración de cualquier intento ucraniano de desafiar la unidad soviética. Raphael Lemkin, el jurista judeopolaco que acuñó el término «genocidio», identificó la Ucrania de aquella época como el «ejemplo clásico» del concepto. «Es un caso de genocidio; de destrucción no solo de individuos, sino también de una cultura y de una nación». Desde que Lemkin ideara el término, «genocidio» ha pasado a usarse de una forma más limitada y jurídica. También se ha convertido en un referente polémico, un concepto empleado tanto por los rusos como por los ucranianos, así como por diferentes grupos dentro de Ucrania, para crear discusiones políticas. Por esa razón se ha dedicado una parte del epílogo del libro a analizar si el Holodomor fue realmente un genocidio, así como los vínculos de Lemkin con Ucrania y la influencia que pudo ejercer en ella.

El tema central que nos ocupa es más concreto: ¿qué ocurrió en realidad en Ucrania entre los años 1917 y 1934? En particular, ¿qué ocurrió durante el otoño, el invierno y la primavera de 1932 y 1933? ¿Qué sucesión de acontecimientos y qué mentalidad llevaron a la hambruna? ¿Quién fue el responsable? ¿Qué lugar ocupa este episodio terrible en la historia general de Ucrania y en la del movimiento nacional ucraniano?

Y lo que es igual de importante: ¿qué sucedió después? La sovietización de Ucrania no comenzó con la hambruna ni acabó con ella. Los arrestos de intelectuales y líderes ucranianos continuaron en la década de 1930. Durante más de medio siglo, los sucesivos dirigentes soviéticos siguieron rebatiendo con dureza cualquier expresión de nacionalismo ucraniano, ya fuesen los levantamientos de la posguerra o la disidencia de la década de 1980. En aquellos años la sovietización solía adoptar la forma de la rusificación; se menospreciaba el idioma ucraniano y en los colegios no se enseñaba la historia del territorio.

Ante todo, no se enseñaba la historia de la hambruna de 1932 y 1933. Al contrario, entre 1933 y 1991 la URSS simplemente se negó a reconocer que

hubiese tenido lugar hambruna alguna. El Estado soviético destruyó archivos locales, se aseguró de que los certificados de defunción no aludiesen a la inanición e incluso alteró los datos censales disponibles para ocultar lo sucedido.[5] Mientras existiese la URSS resultaría imposible escribir una historia documentada sobre la hambruna y la represión que la acompañó.

Pero en 1991 el mayor temor de Stalin se hizo realidad. Ucrania declaró la independencia. La Unión Soviética llegó a su fin, en parte como resultado de la decisión de Ucrania de abandonarla. Por primera vez en la historia nació una Ucrania independiente, junto con una nueva generación de historiadores, archiveros, periodistas y editores ucranianos. Gracias a sus esfuerzos, ahora se puede contar la historia completa de la hambruna de 1932 y 1933.

Este libro comienza en 1917, con la revolución ucraniana y el movimiento nacional ucraniano que fue destruido en 1932 y 1933, y llega hasta nuestros días, con un análisis de la política en torno a la memoria existente hoy en día en Ucrania. Se centra en la hambruna ucraniana, que, a pesar de ser parte de una hambruna soviética más general, tuvo causas y características únicas. El historiador Andrea Graziosi ha señalado que nadie confunde la historia general de las «atrocidades nazis» con la historia concreta de la persecución a la que Hitler sometió a los judíos o los gitanos. Siguiendo la misma lógica, esta obra aborda las hambrunas de toda la Unión Soviética entre 1930 y 1934 —que también dieron lugar a altas tasas de mortalidad, especialmente en Kazajistán y en provincias específicas de Rusia—, pero se centra más en la tragedia específica de Ucrania.[6]

El libro también refleja el resultado de un cuarto de siglo de estudios académicos en torno a Ucrania. A principios de la década de 1980, Robert Conquest recopiló todo lo que entonces había a disposición del público sobre la hambruna, y la obra que publicó en 1986, *The Harvest of Sorrow*, sigue siendo una referencia básica a la hora de escribir sobre la Unión Soviética. Sin embargo, en las tres décadas transcurridas entre la disolución de la URSS y el surgimiento de una Ucrania independiente, ha habido varias iniciativas nacionales de amplio alcance en el campo de la historia oral y las memorias, que han sacado a la luz miles de nuevos testimonios de todo el país.[7] Durante esa etapa, los archivos de Kiev, a diferencia de los de Moscú, se han vuelto accesibles y fáciles de consultar; el porcentaje de material no confidencial de Ucrania es uno de los más altos de Europa. Los fondos proporcionados por su Gobierno han animado a los especialistas a publicar

recopilaciones de documentos que han hecho que la investigación avance aún más.[8] Estudiosos consolidados de la hambruna y del periodo estalinista en Ucrania —entre ellos Olga Bertelsen, Hennadi Bóriak, Vasil Danilenko, Liudmila Hrinévich, Roman Krútsik, Stanislav Kulchitski, Yuri Mítsik, Vasil Márochko, Heorhi Papakin, Ruslán Pirih, Yuri Shapoval, Volodímir Serhíchuk, Valeri Vasíliev, Olexandra Veselova y Hennadi Yefímenko— han escrito numerosos libros y monografías, entre ellos recopilaciones de documentos ya publicados, así como de historia oral. Oleh Wolowyna y un equipo de demógrafos —Olexánder Hladún, Natalia Levchuk, Omelián Rudnitski— han comenzado por fin con la difícil tarea de establecer el número de víctimas. El Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard ha trabajado con muchos de estos especialistas a fin de publicar y divulgar su obra.

El Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor de Toronto, dirigido por Marta Baziuk, y la organización ucraniana a la que está asociada, dirigida por Liudmila Hrinévich, siguen financiando nuevas becas. Los especialistas más jóvenes también están abriendo nuevas líneas de investigación. Son destacables la de Daria Mattingly sobre la motivación y la procedencia de quienes confiscaban comida a los campesinos hambrientos y el trabajo de Tetiana Bóriak sobre la historia oral; ambas han contribuido también a este libro con sus valiosas investigaciones. Los especialistas occidentales han hecho a su vez nuevas contribuciones. El trabajo archivístico de Lynne Viola sobre la colectivización y la consecuente rebelión de los campesinos ha alterado la percepción sobre la década de 1930. Terry Martin fue el primero en desvelar la cronología de las decisiones que Stalin tomó en el otoño de 1932, y Timothy Snyder y Andrea Graziosi fueron dos de los primeros investigadores en reconocer su importancia. Serhii Plokhii y su equipo de Harvard han realizado un esfuerzo único para cartografiar la hambruna y así comprender mejor el modo en que se desarrolló. A todos ellos les agradezco su erudición y en algunos casos su amistad, que tanto han aportado a este proyecto.

Si este libro hubiera sido escrito en otra época, esta introducción tan breve a un tema tan complejo podría acabar aquí. Pero, como la hambruna aniquiló el movimiento nacional ucraniano, dicho movimiento resurgió en 1991 y los dirigentes de la Rusia actual aún desafían la legitimidad del Estado ucraniano, debo señalar que ya en 2010 debatí por primera vez sobre la necesidad de una

nueva historia de la hambruna con compañeros del Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard. Víktor Yanukóvich acababa de ser elegido presidente de Ucrania, con el respaldo y el apoyo de Rusia. Entonces Ucrania atraía muy poca atención política del resto de Europa y apenas recibía cobertura mediática. En aquel momento no había razones para pensar que un nuevo análisis de lo acontecido en 1932 y 1933 sería interpretado en clave política.

La Revolución Euromaidán de 2014, la decisión de Yanukóvich de abrir fuego contra los manifestantes y luego huir del país, la invasión y anexión de Crimea por parte de Rusia, la invasión rusa del este de Ucrania y la consiguiente campaña de propaganda de Moscú, pusieron inesperadamente a Ucrania en el centro de la política internacional a la vez que yo trabajaba en este libro. De hecho, mi investigación sobre Ucrania se vio retrasada por los acontecimientos en aquel país, tanto porque estaba escribiendo acerca de ellos como porque lo que estaba sucediendo dejó muy conmocionados a mis colegas ucranianos. Con todo, a pesar de que los hechos de aquel año pusieron a Ucrania en el punto de mira de la política mundial, este libro no ha sido escrito como respuesta a ellos. Tampoco es un debate a favor o en contra de ningún político o partido ucraniano ni una reacción a lo que está sucediendo hoy en día en Ucrania. Por el contrario, es un intento de contar la historia de la hambruna empleando nuevos documentos, nuevos testimonios y nuevas investigaciones; de unir la labor de los brillantes especialistas mencionados anteriormente.

Esto no quiere decir que la revolución ucraniana, los primeros años de la Ucrania soviética, la represión en masa de la élite ucraniana y el Holodomor no estén relacionados con los acontecimientos actuales, sino más bien lo contrario; todo ello es el trasfondo decisivo que sustenta y explica los sucesos de hoy en día. La hambruna y su legado tienen un papel muy importante en los debates actuales entre Rusia y Ucrania sobre su identidad, su relación y la experiencia soviética que comparten. Pero, antes de describir esas disputas o valorar su relevancia, es importante comprender primero lo que sucedió en realidad.

Introducción

Як умру, то поховайте
Мене на могилі
Серед степу широкого
На Вкраїні милій,
Щоб лани широкополі,
І Дніпро, і кручі
Було видно, було чути,
Як реве ревучий.

Cuando muera enterradme
sobre una colina,
en un túmulo estepario
de mi Ucrania linda;
que sus campos espaciosos,
el Dniéper, sus declives,
se divisen, se oiga como
brama el río y gime.

TARÁS SHEVCHENKO, «Zapovit» («Testamento»), 1845 [1]

Durante siglos la geografía de Ucrania ha marcado el destino del país. Los Cárpatos marcaban la frontera del sudoeste, pero los apacibles bosques y campos de la parte noroeste del territorio no podían frenar a los ejércitos invasores, y tampoco podía hacerlo la amplia estepa del este. Todas las grandes ciudades de Ucrania —Dnipropetrovsk y Odesa, Donetsk y Járkiv, Poltava y Cherkasi y obviamente Kiev, la antigua capital— se encuentran en la llanura europea oriental, una planicie que se extiende a lo largo de la mayor parte del país. Nikolái Gógol, un autor ucraniano que escribía en ruso, señaló que el Dniéper discurre por el centro de Ucrania formando una cuenca. A partir de ahí, «todos los ríos se ramifican desde el centro, ninguno de ellos fluye junto a la frontera o sirve de límite natural con las naciones vecinas». Este hecho tuvo consecuencias políticas. «Si en uno de los confines hubiese habido una frontera natural, montañosa o marítima, la gente que se asentó

aquí habría seguido con su estilo de vida político y habría formado una nación independiente».[2]

La ausencia de fronteras naturales ayuda a explicar por qué hasta finales del siglo XX los ucranianos fallaron en la labor de establecer un Estado soberano. A finales de la Edad Media ya existía un idioma ucraniano diferenciado, de raíces eslavas, vinculado tanto con el polaco como con el ruso pero distinto de ellos, del mismo modo en que el italiano guarda relación con el español o el francés pero es diferente de ellos. Los ucranianos tenían su propia comida, sus costumbres y sus tradiciones locales, sus propios villanos, héroes y leyendas. Al igual que otras naciones europeas, el sentido de identidad ucraniano se agudizó durante los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, durante la mayor parte de su historia el territorio que hoy en día conocemos como Ucrania fue, al igual que Irlanda o Eslovaquia, una colonia que formaba parte de otros imperios europeos.

Ucrania —el nombre significa «frontera» en ruso y en polaco— perteneció al Imperio ruso entre los siglos XVIII y XX. Con anterioridad, las mismas tierras pertenecieron a Polonia, o más bien a la Mancomunidad de Polonia-Lituania, que en 1569 las heredó del Gran Ducado de Lituania. Aún antes, el territorio ucraniano se encontraba en el corazón del Rus de Kiev, el Estado medieval del siglo IX formado por tribus eslavas y nobles vikingos, y en la región es recordado como un reino casi mítico que los rusos, los bielorrusos y los ucranianos consideran su predecesor.

Durante varios siglos, numerosos ejércitos imperiales lucharon por Ucrania, a veces con tropas que hablaban en ucraniano a ambos lados del frente. En 1621, los húsares polacos combatieron contra los jenízaros turcos por el control de lo que ahora es el pueblo ucraniano de Jotín. En 1914, los batallones del zar ruso lucharon contra los del emperador austrohúngaro en Galitzia. Entre 1941 y 1945, las tropas de Hitler combatieron contra las de Stalin en Kiev, Leópolis, Odesa y Sebastopol.

Asimismo, la lucha por el control del territorio ucraniano siempre ha tenido un componente intelectual. Desde que los europeos comenzaron a debatir el significado de las naciones y el nacionalismo, historiadores, escritores, periodistas, poetas y etnógrafos han discutido sobre las dimensiones de Ucrania y la naturaleza de los ucranianos. Desde que entraron en contacto por primera vez a principios de la Edad Media, los polacos siempre consideraron a los ucranianos distintos de ellos lingüística y culturalmente, a pesar de que formaban parte del mismo Estado. Muchos de los ucranianos que aceptaron títulos aristocráticos polacos en los siglos XVI y

XVII continuaron siendo cristianos ortodoxos, no católicos romanos; los campesinos ucranianos hablaban una lengua que los polacos llamaban «ruteno», y siempre los describían como un pueblo que tenía unas costumbres, una música y una comida diferentes.

A pesar de que en su apogeo imperial fuesen más reacios a admitirlo, los moscovitas también tenían la sensación de que Ucrania, a la que a veces llamaban «Rusia del sur» o «pequeña Rusia», era diferente de su patria del norte. Uno de los primeros viajeros rusos, el príncipe Iván Dolgorúkov, escribió en 1810 acerca del momento en que su grupo por fin «cruzó la frontera de la Ucrania. Me vinieron a la cabeza [Bohdán] Jmelnitski y [Iván] Mazepa —dos líderes ucranianos de antaño— y las hileras de árboles desaparecieron […] en todas partes, sin excepción, había cabañas de barro, y no había ningún otro lugar donde hospedarse».[3] El historiador Serhí Bilenki ha señalado que los rusos del siglo XIX a menudo tenían la misma actitud paternalista hacia Ucrania que los europeos de entonces mostraban hacia Italia. Ucrania era una nación alternativa, idealizada; más primitiva y al mismo tiempo más auténtica, más conmovedora, más poética que Rusia.[4] Los polacos también sentían nostalgia por «sus» tierras ucranianas incluso mucho antes de haberlas perdido, e hicieron de ellas el tema de la poesía y la narrativa románticas.

Pero, aun cuando reconocían las diferencias, los polacos y los rusos también buscaron a veces minar o negar la existencia de una nación ucraniana. «La historia de la pequeña Rusia es como un afluente que se incorpora al gran río de la historia rusa —escribió Visarión Belinski, un destacado teórico del nacionalismo ruso del siglo XIX—. Los habitantes de la pequeña Rusia siempre fueron una tribu; nunca un pueblo y aún menos un Estado».[5] Los académicos y burócratas rusos trataban el ucraniano como «un dialecto o menos aún que eso, una variante del idioma ruso, en definitiva un *patois*, y como tal no tenía derecho a una existencia independiente».[6] De manera oficiosa, los escritores rusos lo empleaban para indicar la forma de hablar coloquial o de los campesinos.[7] Mientras tanto, los escritores polacos tendían a enfatizar el «vacío» del territorio oriental, y a menudo describían las tierras ucranianas como «una frontera no civilizada, a la que ellos llevaron la cultura y las instituciones de Estado».[8] Los polacos empleaban la expresión *dzikie pola*, «campos salvajes», para describir los territorios vacíos de Ucrania oriental, una región que en su imaginario nacional equivalía al Salvaje Oeste de Estados Unidos.[9]

Todas esas actitudes obedecían a razones económicas de peso. El historiador griego Heródoto escribió sobre la famosa «tierra negra» de Ucrania, la rica tierra especialmente fértil de la cuenca baja del río Dniéper. «No se pueden encontrar cosechas así de buenas lejos de estas orillas, y allí donde no se cultiva cereal crece la hierba más exuberante del mundo».[10] La región de tierra negra abarca unos dos tercios de la Ucrania actual —se extiende desde ahí hasta Rusia y Kazajistán—, y, junto con un clima relativamente templado, hace posible que Ucrania tenga dos cosechas al año. El «trigo de invierno» se siembra en otoño y se cosecha en julio y agosto, mientras que el cereal de primavera se siembra en abril y mayo y se cosecha en octubre y noviembre. Los cultivos de estas tierras tan fértiles han atraído durante mucho tiempo a comerciantes ambiciosos. Desde la Baja Edad Media, los mercaderes polacos llevaban el grano ucraniano hacia el norte, a las rutas comerciales del mar Báltico. Los príncipes y nobles polacos establecieron lo que hoy en día se podrían considerar zonas de actividad económica temprana, que ofrecían exenciones tributarias y dispensas del servicio militar a los campesinos dispuestos a cultivar y desarrollar las tierras ucranianas.[11] El deseo de poseer una propiedad tan valiosa solía estar detrás de los conflictos de índole colonial; ni los polacos ni los rusos querían admitir que su granero tenía una identidad propia.

Sin embargo, a diferencia de lo que sus vecinos creían, una identidad distinta e independiente cobró forma en los territorios que hoy en día forman la Ucrania moderna. Desde finales de la Edad Media, la gente de dicha región compartió un sentido de identidad; a menudo, aunque no siempre, se definían a sí mismos en oposición a los extranjeros que ocupaban su territorio, fuesen polacos o rusos. Al igual que los rusos y los bielorrusos, buscaban su historia en los reyes y reinas del Rus de Kiev, y mucha gente se sentía parte de una gran civilización eslava occidental. Otros se identificaban como oprimidos o rebeldes, y admiraban en particular las grandes revueltas de los cosacos zapórogos dirigidos por Bohdán Jmelnitski contra el dominio polaco en el siglo XVII y por Iván Mazepa contra el dominio ruso a principios del siglo XVIII. Los cosacos ucranianos —comunidades autónomas semimilitares con sus propias leyes internas— fueron los primeros ucranianos que transformaron ese sentimiento de identidad e injusticia en proyectos políticos concretos, consiguiendo así privilegios poco comunes y cierto grado de autonomía respecto de los zares. En lo que constituyó un acontecimiento memorable (desde luego, las posteriores generaciones de dirigentes rusos y soviéticos nunca lo olvidaron), los cosacos ucranianos se unieron al ejército

polaco en su marcha hacia Moscú en 1610 y de nuevo en 1618; participaron en el asedio a la ciudad y contribuyeron a asegurar que el conflicto rusopolaco de la época, al menos durante un tiempo, acabase decantándose en favor de Polonia. Más tarde, los zares concedieron a los cosacos ucranianos y a los cosacos del Don que hablaban ruso un estatus especial para que se mantuviesen leales al Imperio ruso, una condición que les permitía mantener su identidad particular. Sus privilegios garantizaban que no se sublevaran. Pero Jmelnitski y Mazepa dejaron su huella en las memorias polaca y rusa, así como en la historia y la literatura europeas. «L'Ukraine a toujours aspiré à être libre», escribió Voltaire tras recibir la noticia de que la rebelión de Mazepa se había extendido a Francia: «Ucrania siempre ha aspirado a ser libre».[12]

Durante los siglos de dominio colonial, diferentes regiones de Ucrania adoptaron identidades dispares. Los habitantes del este, que pasaron más tiempo bajo el control de Rusia, hablaban una versión del ucraniano más cercana al ruso y también había más probabilidades de que fueran cristianos ortodoxos, que seguían ritos de origen bizantino y estaban bajo la jerarquía moscovita. Los habitantes de Galitzia, así como los de Volinia y Podilia, vivieron más tiempo bajo el control de Polonia y, tras las divisiones que sufrió esta última a finales del siglo XVIII, bajo el del Imperio austrohúngaro. Estos hablaban una versión más «polaca» de la lengua y había más probabilidades de que fueran católicos romanos o católicos griegos, una fe que emplea ritos similares a los de la Iglesia ortodoxa, pero que respeta la autoridad del Papa de Roma.

Aun así, puesto que las fronteras entre todas las potencias regionales cambiaron en numerosas ocasiones, había, y aún hay, practicantes de ambas fes a ambos lados de la línea que divide los territorios de la antigua Rusia y la antigua Polonia. En el siglo XIX, cuando los italianos, los alemanes y otros europeos comenzaron también a identificarse como pueblos de naciones modernas, los intelectuales de Ucrania que debatían acerca del «ucranianismo» eran tanto ortodoxos como católicos y vivían tanto en la Ucrania «oriental» como en la «occidental». A pesar de las diferencias gramaticales y ortográficas, el idioma unió a los ucranianos de toda la región. El uso del alfabeto cirílico lo distinguía del polaco, que se escribe en alfabeto latino. (En un momento dado, los Habsburgo intentaron imponer una escritura latina, pero no lo consiguieron.) La versión ucraniana del cirílico también se distinguía lo suficiente de la del ruso (por ejemplo, poseía un mayor número de letras) como para evitar que los dos idiomas se asemejaran demasiado.

Durante la mayor parte de la historia de Ucrania, el ucraniano se ha hablado sobre todo en las zonas rurales. Como Ucrania fue una colonia polaca, luego rusa y más tarde austrohúngara, las ciudades más importantes del territorio —como ya señaló Trotski— se convirtieron en los centros del control colonial, en islotes de cultura rusa, polaca o judía en un mar de campesinos ucranianos. Por lo tanto, bien entrado el siglo XX, los mundos urbano y rural estaban divididos por el idioma; la mayoría de los ucranianos de las ciudades hablaban ruso, polaco o yidis, mientras que los ucranianos de las zonas agrarias hablaban ucraniano. Los judíos, si no hablaban yidis, solían preferir el ruso, el idioma del Estado y del comercio. Los campesinos asociaban las ciudades a la riqueza, el capitalismo y la influencia «extranjera», sobre todo rusa. La Ucrania urbana, en cambio, creía que las zonas rurales eran retrógradas y primitivas.

Estas divisiones suponían a su vez que el aumento del «ucranianismo» crease un conflicto con los colonialistas de Ucrania, así como con los habitantes de los *shtetls* judíos que desde la Edad Media se habían asentado en el territorio de la antigua Mancomunidad de Polonia-Lituania. La revuelta de Jmelnitski incluyó un pogromo masivo durante el que se asesinó a miles de judíos, quizá incluso a decenas de miles. A comienzos del siglo XIX, los ucranianos ya no solían considerar a los judíos como sus rivales más importantes —los poetas e intelectuales ucranianos reservaban su cólera sobre todo para los rusos y polacos—, pero el antisemitismo generalizado del Imperio ruso afectó inevitablemente a las relaciones entre ucranianos y judíos.

El vínculo entre el idioma y las zonas rurales implicaba también que el movimiento nacional ucraniano tuviese a menudo un fuerte componente «campesino». Al igual que en otras partes de Europa, los intelectuales que dirigieron el despertar nacional de Ucrania solían comenzar por redescubrir el idioma y las costumbres de las zonas rurales. Había folcloristas y lingüistas que documentaban el arte, la poesía y la manera de hablar de los campesinos ucranianos. A pesar de que no se enseñase en los colegios públicos, el ucraniano se convirtió en el idioma que escogía un tipo específico de escritores o artistas subversivos y antisistema. Además, se comenzó a impartir en escuelas dominicales privadas y patrióticas. Nunca se empleaba en el ámbito oficial, pero era el idioma que se utilizaba en la correspondencia privada y en la poesía. En 1840 Tarás Shevchenko, que pertenecía a una familia de siervos y que en 1825, a los once años de edad, quedó huérfano, publicó *Kobzar* («Bardo»), el primer poemario ucraniano realmente destacado. La poesía de Shevchenko combinaba el nacionalismo romántico y

una imagen idealizada del campo con la indignación por la injusticia social, y marcó el camino de muchos de los alegatos posteriores. En uno de sus poemas más famosos, «Zapovit» («Testamento»), pedía que lo enterraran a orillas del río Dniéper.

Поховайте та вставайте	*Enterradme y levantaos,*
Кайдани порвіте	*las cadenas destrozad,*
І вражою злою кров'ю	*y con sangre enemiga*
Волю окропіте…	*rociad la libertad.* **[13]**

La importancia de los campesinos también supuso que, desde el principio, el despertar nacional ucraniano fuese sinónimo de populista y de lo que luego pasaría a llamarse oposición «izquierdista» a los comerciantes, terratenientes y aristócratas que hablaban en ruso y polaco. Por esa misma razón, tras la emancipación de los siervos de todo el territorio imperial ruso decretada por el zar Alejandro II en 1861, el despertar nacional ganó fuerza con rapidez. De hecho, la libertad de los campesinos era la de los ucranianos, y un duro golpe para sus amos rusos y polacos. Como bien comprendían las clases gobernantes, ya entonces la presión con vistas a obtener una identidad ucraniana más poderosa implicaba también una presión en favor de una mayor igualdad política y económica.

Puesto que nunca estuvo ligado a las instituciones estatales, el despertar nacional ucraniano también se expresó, desde sus primeros días, a través de la formación de un amplio abanico de organizaciones voluntarias y benéficas independientes, ejemplos tempranos de lo que hoy en día se denomina «sociedad civil». Durante unos pocos años tras la emancipación de los siervos, los «ucranófilos» alentaron a jóvenes compatriotas a formar grupos de estudio y de apoyo mutuo, a organizar la publicación de boletines y periódicos, a fundar colegios y escuelas dominicales, y a promover la alfabetización de los campesinos. Las aspiraciones nacionales se manifestaron en forma de deseos de libertad intelectual, de educación generalizada y de ascenso social para los campesinos. En ese sentido, el movimiento nacional ucraniano estuvo influenciado desde el principio por otros movimientos occidentales parecidos, e incluía por lo tanto aspectos del socialismo occidental, así como facetas del liberalismo y el conservadurismo occidentales.

Ese breve periodo no duró mucho. En cuanto comenzó a cobrar fuerza el movimiento nacional ucraniano, junto con otros movimientos nacionales, Moscú lo consideró una amenaza potencial a la unidad de la Rusia imperial. Como los georgianos, los chechenos y otros colectivos que buscaban una

mayor autonomía dentro del imperio, los ucranianos desafiaban la supremacía del idioma ruso y su interpretación de la historia, que describía a Ucrania como la «Rusia del sudoeste», una mera provincia sin identidad nacional alguna. Además, amenazaban con dar aún más poder a los campesinos en un momento en que ya estaban obteniendo cierta influencia económica. Un campesinado más adinerado, más culto y mejor organizado también podría exigir más derechos políticos.

El idioma ucraniano fue el blanco principal. En 1804, durante la primera gran reforma educativa del Imperio ruso, el zar Alejandro I permitió que se utilizaran algunos idiomas que no fueran el ruso en las escuelas estatales, pero no así el ucraniano, al parecer bajo el pretexto de que no era un «idioma» sino un dialecto.[14] De hecho, los funcionarios rusos dejaron clarísimo, como luego volverían a hacer sus sucesores soviéticos, cuál era la justificación política de esta prohibición —que duró hasta 1917— y la amenaza que el ucraniano suponía para el Gobierno central. El gobernador general de Kiev, Podilia y Volinia afirmó en 1881 que utilizar el ucraniano en los libros de texto de los colegios conduciría a su empleo en la enseñanza superior y más tarde en la legislación, en los tribunales y en la administración pública, lo que terminaría generando «numerosas dificultades y alteraciones peligrosas al Estado ruso unificado».[15]

Las restricciones impuestas al uso del ucraniano limitaron el impacto del movimiento nacional. También dieron lugar a un analfabetismo generalizado. Muchos campesinos, educados en ruso, un idioma que apenas comprendían, avanzaron muy poco. A principios del siglo XX, un profesor de Poltava se quejaba de que sus estudiantes, si se les obligaba a estudiar en ruso, «olvidaban rápidamente lo que se les había enseñado». Otros informaron de que en los colegios en los que solo se empleaba el ruso se «desmoralizaba» a los estudiantes ucranianos, la escuela acababa por aburrirlos y se convertían en «gamberros».[16] La discriminación también llevó a la rusificación; para cualquiera que viviese en Ucrania —judíos, alemanes y otras minorías nacionales, así como ucranianos—, la forma de conseguir un estatus social más elevado consistía en hablar en ruso. En la práctica, esto suponía que los ucranianos que fuesen política, económica o intelectualmente ambiciosos necesitaban comunicarse en ruso.

Para evitar que el movimiento nacional ucraniano creciese, el Estado ruso prohibió a su vez que las organizaciones ucranianas formasen parte de «la sociedad civil y el cuerpo político […] como una garantía contra la inestabilidad política».[17] En 1876, el zar Alejandro II promulgó un decreto

que ilegalizaba los libros y las publicaciones ucranianos y que vetaba el uso del ucraniano en los teatros, incluso en los libretos musicales. Además, desincentivó o prohibió las nuevas organizaciones de voluntarios y, en cambio, concedió ayudas a los periódicos y las organizaciones favorables a Rusia. Por consiguiente, la fuerte hostilidad hacia los medios de comunicación y la sociedad civil ucranianos, que luego tendría el apoyo del régimen soviético —y, mucho más tarde, también el del Gobierno ruso postsoviético—, contaba con un claro precedente en la segunda mitad del siglo XIX.[18]

La industrialización también aumentó la presión en favor de la rusificación, ya que la construcción de fábricas llenó las ciudades ucranianas de habitantes de otros lugares del Imperio ruso. En 1917, solo una quinta parte de los habitantes de Kiev hablaban ucraniano.[19] El descubrimiento de carbón y el rápido desarrollo de la industria pesada tuvieron un impacto especialmente profundo en el Donbás, la región minera y fabril del extremo oriental de Ucrania. Los principales industriales de la región eran sobre todo rusos, con unos pocos extranjeros destacados; un galés llamado John Hughes fundó la ciudad que ahora se conoce como Donetsk, que al principio se llamaba «Yuzivka» en su honor. El ruso se convirtió en el idioma de trabajo en las fábricas de Donetsk, y a menudo se desataban conflictos entre los trabajadores rusos y ucranianos que a veces adoptaban «las formas más bestiales de peleas a navajazos» y batallas campales.[20]

A lo largo de la frontera imperial de Galitzia, la provincia ucranianopolaca del Imperio austrohúngaro, el movimiento nacionalista tenía muchas menos dificultades. El Estado austriaco daba a los ucranianos del imperio mucha más autonomía y libertad que la que concedía Rusia o más tarde otorgaría la Unión Soviética, sobre todo porque (desde su punto de vista) consideraba que los ucranianos servían sus intereses al competir con los polacos. En 1868 los ucranianos patrióticos de Leópolis formaron Prosvita, una sociedad cultural que llegaría a tener docenas de filiales en todo el país. A partir de 1899 el Partido Democrático Nacional de Ucrania también actuó con libertad en Galitzia, y envió a representantes electos al Parlamento de Viena. Hasta la fecha, la antigua sede central de una sociedad ucraniana de apoyo mutuo es uno de los edificios decimonónicos más impresionantes de Leópolis. Es una muestra espectacular de fusión arquitectónica; un edificio que incorpora la estilizada decoración tradicional ucraniana en una fachada *Jugendstil*, creando así un híbrido perfecto de Viena y Galitzia.

Pero, incluso dentro del Imperio ruso, los años inmediatamente anteriores a la Revolución de 1917 fueron positivos para Ucrania en varios aspectos. Los campesinos ucranianos participaron con entusiasmo en la modernización de la Rusia imperial a principios del siglo XX. Justo antes de la Primera Guerra Mundial, comenzaron a ganar conciencia política con rapidez y a ver con escepticismo el Estado imperial. Una oleada de revueltas campesinas se propagó por toda Ucrania y Rusia en 1902, y los campesinos también tuvieron un papel importante en la Revolución de 1905. Los disturbios resultantes desataron una reacción en cadena; aumentaron la agitación, inquietaron al zar Nicolás II y condujeron a la obtención de algunos derechos civiles y políticos en Ucrania, entre ellos el de utilizar en público el ucraniano.[21]

Cuando, de modo inesperado, los imperios ruso y austrohúngaro se derrumbaron, en 1917 y 1918 respectivamente, varios ucranianos pensaron que al fin podrían establecer un Estado propio. Esa esperanza pronto se desvaneció en el territorio donde los Habsburgo habían gobernado. Tras un conflicto militar polacoucraniano breve pero sangriento que se llevó quince mil vidas ucranianas y diez mil polacas, el territorio multiétnico del oeste de Ucrania, incluidas Galitzia y su ciudad más importante, Leópolis, fue incorporado a la Polonia contemporánea. Este escenario se perpetuó desde 1919 hasta 1939.

El resultado de la Revolución de Febrero de 1917 en San Petersburgo fue más complejo. Durante un breve periodo, la disolución del Imperio ruso dejó el poder en manos del movimiento nacional ucraniano de Kiev, pero eso sucedió en un momento en que ninguno de los líderes del país, ya fuera civil o militar, estaba aún preparado para asumir por entero la responsabilidad del poder. Cuando los políticos reunidos en Versalles en 1919 dibujaron las fronteras de los nuevos estados —entre ellos la Polonia contemporánea, Austria, Checoslovaquia y Yugoslavia—, Ucrania no se encontraba entre ellos. Aun así, la ocasión no se desperdició por completo. Tal y como escribió Richard Pipes, la declaración de independencia de Ucrania el 26 de enero de 1918 «no marcó el desenlace del proceso formativo de la nación de Ucrania, sino que marcó su comienzo en serio».[22] Los pocos y turbulentos meses de independencia y el apasionado debate sobre la identidad nacional cambiarían Ucrania para siempre.

1
La Revolución ucraniana
1917

¡Pueblo ucraniano! El futuro está en vuestras manos. En esta hora de juicio, de desorden absoluto y de derrumbe, demostrad mediante la unanimidad y la capacidad de gobernar que vosotros, una nación de productores de cereal, podéis tratar de igual a igual, con orgullo y dignidad, a cualquier nación poderosa y eficiente.

Primera universal de la Rada Central, 1917[1]

No vamos a entrar en el reino del socialismo con guantes blancos y sobre un suelo encerado.

LEV y TROTSKI, 1917[2]

En los años siguientes habría manifestaciones más grandes, oradores más elocuentes y eslóganes más profesionales, pero el desfile que recorrió las calles de Kiev la mañana del domingo 1 de abril de 1917 fue extraordinario por ser el primero de esa índole. El movimiento nacional ucraniano nunca antes se había hecho ver con tanta fuerza en lo que había sido territorio del Imperio ruso. Pero tan solo unas semanas después de que la Revolución de Febrero hubiese derrocado al zar Nicolás II, todo parecía posible.

Había banderas azules y amarillas por Ucrania, y rojas por la causa socialista. La multitud, formada por niños, soldados, obreros, bandas de música y funcionarios, llevaba diferentes pancartas: «¡Una Ucrania libre en una Rusia libre!», o, utilizando un antiguo título militar cosaco, «¡Una Ucrania independiente con su propio *hetman*!». Algunos portaban retratos del poeta nacional, Tarás Shevchenko. Uno tras otro, los oradores pidieron a la gente que apoyase a la recién creada Rada Central —el «consejo central»—,

que se había formado unos pocos días antes y que en ese momento reivindicaba su autoridad para gobernar en Ucrania.

Finalmente, el hombre al que habían elegido presidente de la Rada Central subió al estrado. Mijailo Hrushevski, un hombre con barba y anteojos, fue uno de los primeros intelectuales que puso a Ucrania en el centro de su propia historia. Autor de numerosos libros, entre ellos los diez tomos de *Istoria Ukraíni-Rusi*, Hrushevski había vuelto al activismo político a finales del siglo XIX, más en concreto en diciembre de 1899, cuando, estando en el exilio, ayudó a fundar el Partido Democrático Nacional de Ucrania en la Galitzia de los Habsburgo. En 1905 regresó al Imperio ruso para trabajar, pero en 1914 lo arrestaron y volvió al exilio. Tras la revolución, regresó triunfante a Kiev. Entonces, la multitud lo acogió con grandes vítores: «Slava bátkovi Hrushévskomu», es decir, «¡Gloria al padre Hrushevski!».[3] Él estuvo a la altura de sus expectativas: «¡En este gran momento juremos como un único hombre emprender esta gran causa de forma unánime, de común acuerdo, y no descansar o cejar en nuestra tarea hasta que hayamos construido una Ucrania libre!». La multitud respondió al grito de «¡Lo juramos!».[4]

Desde el punto de vista actual, la imagen de un historiador como líder de un movimiento nacional parece extraña. Pero en esa época no lo parecía en absoluto. A partir del siglo XIX, los historiadores ucranianos, al igual que los de otras pequeñas naciones europeas, se habían propuesto deliberadamente recuperar y articular la historia nacional que desde hacía tanto tiempo se había visto subsumida en la de los grandes imperios. Desde esa posición, el activismo quedaba a un pequeño paso de distancia. Al igual que Shevchenko había asociado el «ucranianismo» a la lucha de los campesinos contra la opresión, las obras de Hrushevski también enfatizaban el papel del «pueblo» en la historia política de Ucrania y subrayaban la importancia crucial de su resistencia frente a diferentes formas de tiranía. Era lógico que quisiera alentar a ese mismo pueblo a participar en la política del momento, tanto con palabras como con acciones. Estaba especialmente interesado en galvanizar a los campesinos y había escrito un libro de historia ucraniana, *Pro stari chasí na Ukraíni* («Sobre los viejos tiempos de Ucrania»), dirigido sobre todo a ellos. En 1917 se reimprimió tres veces.[5]

Hrushevski no fue en modo alguno el único intelectual cuya producción literaria y cultural promovió la soberanía de Ucrania. Heorhi Nárbut, un artista gráfico, también regresó a Kiev en 1917. Ayudó a fundar la Academia de Bellas Artes de Ucrania y diseñó un escudo de armas, billetes y sellos de Ucrania.[6] Volodímir Vinichenko, otro miembro de la Rada Central, era

novelista y poeta además de una figura política. Sin soberanía —y sin un auténtico Estado que pudiese apoyar a los políticos y burócratas—, los sentimientos patrióticos solo podían encauzarse a través de la literatura y el arte. Dicha situación se daba en toda Europa; poetas, artistas y escritores habían desempeñado un papel importante en la creación de las identidades nacionales de Polonia, Italia y Alemania antes de que alcanzasen la categoría de estados. Dentro del Imperio ruso, los dos estados bálticos que consiguieron la independencia en 1918, y Georgia y Armenia, que no la alcanzaron, vivieron resurgimientos nacionales parecidos. En la época, tanto sus defensores como sus detractores comprendían a la perfección la importancia que los intelectuales tenían para todos esos proyectos nacionales. Eso explica por qué la Rusia imperial había prohibido los libros, los colegios y la cultura ucranianos, y por qué su represión sería tan importante para Lenin y Stalin.

A pesar de empezar como portavoces autoproclamados de la causa nacional, los intelectuales de la Rada Central buscaban obtener legitimidad democrática. Desde un grandioso y blanco edificio neoclásico ubicado en el centro de Kiev —justamente, antes se había utilizado para las reuniones del Club Ucraniano, un grupo de escritores nacionalistas y activistas cívicos—, la Rada Central convocó un Congreso Nacional Panucraniano el 19 de abril de 1917.[7] Más de mil quinientas personas, todas elegidas de un modo u otro por juntas y asociaciones de trabajadores locales, se reunieron en el auditorio de la Filarmónica Nacional de Kiev para ofrecer su apoyo al nuevo Gobierno ucraniano. Ese verano se celebraron numerosos congresos de veteranos, campesinos y obreros en Kiev.

La Rada Central buscaba asimismo crear coaliciones con varios grupos políticos, como judíos u otras organizaciones de minorías. Incluso llegó a conseguir el apoyo de la izquierda radical del Partido Socialista Revolucionario de Ucrania, una gran formación populista de campesinos conocida como *Borotbisti* debido a su periódico *Borotba* («La Lucha»). Parte de los campesinos también apoyaron a la Rada Central. Entre 1914 y 1918 el ejército del zar ruso, debido al servicio obligatorio, había incluido más de tres millones de reclutas ucranianos, y el austrohúngaro había contado con otros doscientos cincuenta mil. Muchos de esos soldados campesinos habían disparado los unos contra los otros desde las enlodadas trincheras de Galitzia.[8] Pero, tras el fin de la guerra, unos trescientos mil hombres que habían servido en batallones «ucranianizados», compuestos por campesinos ucranianos, proclamaron su lealtad a la milicia de la nueva Rada Central. Les

movía el deseo de regresar a su patria, pero también las nuevas promesas de cambio revolucionario y de renovación nacional del Gobierno ucraniano.[9]

En los siguientes meses la Rada Central disfrutó de cierto éxito popular, sobre todo debido a su retórica radical. Reflejo de los ideales izquierdistas de la época, propuso una reforma agraria encaminada a expropiar a los terratenientes, tanto las propiedades de los monasterios como las de las haciendas privadas, y redistribuirlas después entre los campesinos. «Nadie sabe mejor lo que necesitamos y qué leyes son las mejores para nosotros», declaró la Rada Central en junio de 1917 en la primera serie de «universales», manifiestos dirigidos a un público amplio.

> Nadie sabe mejor que nuestros campesinos cómo gestionar su propia tierra. Por ello, tras haberse confiscado las tierras que la nobleza, el Estado, los monasterios y el zar poseían por toda Rusia y haberlas convertido en propiedad del pueblo, y después de que una asamblea constituyente panrusa haya promulgado una ley al respecto, deseamos que el derecho a administrar las tierras ucranianas nos pertenezca a nosotros, a nuestra asamblea ucraniana. De entre todos ellos nos han escogido a nosotros, la Rada Central, y nos han encomendado […] crear un nuevo orden en una Ucrania libre y autónoma.[10]

Y hacía asimismo un llamamiento a la «autonomía». En noviembre, la cuarta y última universal declaró la independencia de la República Popular Ucraniana y exigió la convocatoria de elecciones a la asamblea constituyente.[11]

A pesar de que, como era de esperar, algunas personas se oponían, el renacimiento del idioma ucraniano también se popularizó, sobre todo entre los campesinos. Al igual que había sucedido en el pasado, el ucraniano volvió a convertirse en sinónimo de liberación económica y política; en cuanto los funcionarios y los burócratas comenzaron a hablar en ucraniano, los campesinos tuvieron acceso a los tribunales y a las oficinas gubernamentales. La posibilidad de utilizar en público su lengua nativa era asimismo razón de orgullo, y servía como «una base profunda de apoyo emocional» para el movimiento nacional.[12] A ello siguió una explosión de diccionarios y ortografías. Entre 1917 y 1919, las imprentas ucranianas publicaron cincuenta y nueve libros dedicados a este idioma, en comparación con el total de once que habían visto la luz durante todo el siglo anterior. Entre esas obras había tres diccionarios de ucraniano-ruso y quince de rusoucraniano. La alta demanda de esos últimos se debía al gran número de rusohablantes que de pronto se las habían tenido que arreglar en ucraniano, algo que no a todos les hacía gracia.[13]

Durante su breve existencia, el Gobierno ucraniano también obtuvo algunos éxitos diplomáticos, muchos de los cuales cayeron luego en el olvido.

Tras la declaración de independencia del 26 de enero de 1918, el ministro de Asuntos Exteriores de la República de Ucrania, Olexánder Shulhin, un hombre de veintiocho años con formación de historiador, consiguió que su Estado obtuviese el reconocimiento *de facto* por parte de todas las principales potencias europeas, incluidas Francia, Gran Bretaña, el Imperio austrohúngaro, Alemania, Bulgaria, Turquía e incluso la Rusia soviética. En diciembre, Estados Unidos envió un diplomático para abrir un consulado en Kiev.[14] En febrero de 1918 una delegación de funcionarios ucranianos en Brest-Litovsk firmó un tratado de paz con las Potencias Centrales, un acuerdo diferente del otro, más conocido, que suscribieron los nuevos líderes de la Rusia soviética unas pocas semanas más tarde. La joven delegación ucraniana impresionó a todos. Uno de sus interlocutores alemanes recordaba que «se comportaban con valor, y gracias a su tenacidad forzaron [al mediador alemán] a aceptar todo lo que fuese importante desde su punto de vista nacional».[15]

Pero no fue suficiente; la difusión de la conciencia nacional, el reconocimiento exterior e incluso el Tratado de Brest-Litovsk no bastaron para construir el Estado ucraniano. Las reformas propuestas por la Rada Central —sobre todo sus planes para tomar posesión, sin compensación alguna, de las tierras de los dueños de las haciendas— provocaron confusión y caos en las zonas rurales. Las manifestaciones públicas, las banderas y la libertad que Hrushevski y sus seguidores recibieron con tanto optimismo en la primavera de 1917 no condujeron a la creación de una burocracia funcional, una administración pública para ejecutar sus reformas o un ejército lo bastante eficaz para proteger sus fronteras y evitar una invasión. A finales de 1917, todas las potencias militares de la región estaban desarrollando planes para ocupar Ucrania, incluidos el recién creado Ejército Rojo, los ejércitos blancos del anterior régimen y las tropas de Alemania y Austria. En diferente medida, cada uno de ellos atacaría a los nacionalistas ucranianos, al nacionalismo ucraniano e incluso al idioma ucraniano al tiempo que invadía las tierras ucranianas.

Lenin autorizó el primer ataque soviético a Ucrania en enero de 1918, y en febrero estableció durante un breve periodo un régimen antiucraniano en Kiev, del que se hablará más tarde. Este primer intento soviético de conquistar Ucrania acabó unas pocas semanas después, cuando los ejércitos alemanes y austriacos llegaron y declararon que pretendían «defender» el

Tratado de Brest-Litovsk. En cualquier caso, en vez de salvar a los diputados liberales de la Rada Central, dichos ejércitos proporcionaron su apoyo a Pavló Skoropadski, un general ucraniano que llevaba uniformes estrafalarios, con espadas y sombreros cosacos.

Durante unos pocos meses Skoropadski fue un rayo de esperanza para los seguidores del antiguo régimen, a pesar de que mantuvo algunas de las características de la autonomía de Ucrania. Fundó la primera Academia de Ciencias de Ucrania y la primera biblioteca nacional, y utilizó el ucraniano en los trámites oficiales. Se identificaba como ucraniano y se arrogó el título de *hetman*. Pero, al mismo tiempo, Skoropadski retomó algunas leyes zaristas, contrató a funcionarios con las mismas afinidades y abogó por la reintegración al futuro Estado ruso. Bajo el mandato de Skoropadski, Kiev llegó a convertirse durante un tiempo en un lugar de acogida para refugiados de Moscú y San Petersburgo. Mijaíl Bulgákov, que vivió en Kiev en esa época, los recordó en su novela satírica *La guardia blanca* (1925).

> En la huida llegaban banqueros con sus esposas; avispados hombres de negocios que habían dejado en Moscú agentes […]. Llegaban periodistas de Moscú y San Petersburgo, gente venal, ávida y cobarde. Mujeres mundanas. Honorables damas de aristocrático apellido. Sus tiernas y pálidas hijas, corrompidas por el ambiente de San Petersburgo, con los labios pintados. Llegaban los secretarios de directores de departamento y jóvenes pederastas pasivos. Llegaban príncipes y gentes de tres al cuarto, poetas y prestamistas, gendarmes y actrices de los teatros imperiales.**[16]**

Skoropadski también afianzó las antiguas leyes de propiedad y retiró las promesas de una reforma agraria. Previsiblemente, esta decisión fue muy poco popular entre los campesinos, que «odiaban al *hetman* como a un perro rabioso» y que «no querían para nada la asquerosa reforma implantada por los señores».**[17]** La oposición a lo que pronto comenzó a percibirse como un gobierno títere de Alemania se organizó hasta adoptar varias formas de militancia. «Antiguos coroneles, supuestos generales, *otamani* y *batki* cosacos [señores de la guerra de la zona] florecieron como rosas salvajes durante ese verano revolucionario».**[18]**

A mediados de 1918 el movimiento nacional se había reagrupado bajo el liderazgo de Simon Petliura, un socialdemócrata con un talento especial para la organización paramilitar. Sus contemporáneos tenían opiniones radicalmente diferentes sobre él. Algunos lo percibían como un posible dictador y otros, como un profeta adelantado a su tiempo. Bulgákov, a quien no le agradaba la idea del nacionalismo ucraniano, tachó a Petliura de «una leyenda, un espejismo […] una palabra que combinaba la furia no apagada con la sed de venganza de los campesinos».**[19]** De joven, Petliura había

impresionado a Serhí Yefrémov, un activista contemporáneo, con su «fanfarronería, sus doctrinas y su falta de seriedad». Más tarde, Yefrémov cambió de opinión y afirmó que Petliura había evolucionado hasta convertirse en «la única persona cuya honestidad no se podía cuestionar» de la Revolución ucraniana. Mientras que otros se rendían o se enzarzaban en insignificantes luchas internas, «Petliura fue el único que se mantuvo firme y no flaqueó».[20] El mismo Petliura escribiría más tarde que quería que se revelase toda la verdad sobre su actuación: «Los aspectos negativos de mi personalidad, mis acciones, deben salir a la luz, no quedar ocultos […] Para mí, el juicio de la historia ha comenzado. No le tengo miedo».[21]

El juicio que esta ha hecho de Petliura se ha mantenido ambivalente. Desde luego, tuvo el valor suficiente para aprovechar la oportunidad que la conclusión de la Primera Guerra Mundial le dio al movimiento nacional de Ucrania. Mientras las tropas alemanas se retiraban del país, improvisó una fuerza proucraniana llamada Directorio, compuesto por «antiguos coroneles, supuestos generales, *otamani* y *batki* cosacos», y sitió la capital. A pesar de que la prensa en lengua rusa tachó al Directorio de «banda de ladrones» y consideró su golpe de Estado un «escándalo», las fuerzas de Skoropadski se desmoronaron a una velocidad asombrosa, casi sin ofrecer resistencia.[22] El 14 de diciembre de 1918, las tropas de Petliura marcharon por sorpresa hacia Kiev, Odesa y Mikoláiv, y el poder volvió a cambiar de manos.

El mandato del Directorio sería breve y violento, en gran medida debido a que Petliura nunca llegó a obtener una legitimidad absoluta y no pudo imponer la ley. El Directorio, al igual que la Rada Central antes que él, se situaba demasiado a la izquierda en el ámbito económico. Reflejando el pensamiento cada vez más radical de quienes lo apoyaban, los líderes del movimiento no convocaron un parlamento, sino un «Congreso de Trabajadores» formado por representantes de los campesinos, los obreros y la *intelligentsia* obrera. Sin embargo, el ejército campesino de Petliura era la fuente real de su autoridad, y, en palabras de uno de sus oponentes, no servía «ni como buen Gobierno ni como buen ejército».[23] Varios de sus miembros eran «aventureros» que llevaban una gran variedad de uniformes y trajes cosacos y que eran perfectamente capaces de sacar sus revólveres para robar a cualquiera que pareciese rico. Los habitantes de la Kiev burguesa se turnaban para hacer guardia frente a sus casas.[24]

Según escribió sarcásticamente un biógrafo, dentro de la ciudad una de las pocas políticas que el Directorio «no solo anunció sino que aplicó» fue la de eliminar de Kiev los letreros en lengua rusa y reemplazarlos por otros en

ucraniano. «Al ruso ni siquiera se le permitía convivir junto al ucraniano». Al parecer, se ordenó este cambio a gran escala porque muchos de los efectivos del Directorio provenían de Galitzia, casi no hablaban ruso y les horrorizaba perderse en una ciudad que solo hablase ese idioma. El resultado fue que «durante unos pocos días felices toda la ciudad se convirtió en un taller de artistas», y los habitantes de Kiev volvieron a percibir la importancia de la profunda relación entre el idioma y el poder.[25]

Fuera de la capital, Petliura controlaba un territorio muy reducido. Bulgákov describió la Kiev de aquella época como una ciudad «con su policía […], su Ministerio y hasta sus tropas, con periódicos de muy diversos títulos. Y nadie sabía lo que ocurría alrededor en aquella auténtica Ucrania con una superficie mayor que la de Francia y con sus decenas de millones de habitantes».[26] Richard Pipes escribió que en Kiev «se promulgaban decretos, se resolvían crisis del gabinete y tenían lugar negociaciones diplomáticas, pero el resto del país vivía su propia existencia, en la que el único régimen real era el de la violencia».[27]

A finales de 1919, el movimiento nacional que había comenzado con tanta energía y esperanza se había echado a perder. Hrushevski, a quien la lucha había expulsado de Kiev, pronto se marchó al extranjero.[28] Los propios ucranianos estaban profundamente divididos, entre quienes apoyaban el antiguo orden y quienes no lo apoyaban; entre quienes preferían seguir unidos a Rusia y quienes no lo querían; entre quienes estaban a favor de la reforma agraria y quienes no lo estaban. La rivalidad por el idioma se había intensificado y se había vuelto muy amarga. Los refugiados de Moscú y San Petersburgo ya se estaban mudando a Crimea y Odesa y marchándose al exilio.[29] Pero la mayor división política —y la que marcaría el curso de las próximas décadas— era la que se daba entre aquellos que compartían los ideales del movimiento nacional ucraniano y los que apoyaban a los bolcheviques, un grupo revolucionario con una ideología por completo diferente.

A comienzos de 1917, los bolcheviques eran un pequeño partido minoritario en Rusia, la facción radical de lo que había sido el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, de orientación marxista. Pero se pasaron todo el año alborotando en las calles del país y sirviéndose de eslóganes simples como «paz, pan y tierra» a fin de atraer a tantos soldados, trabajadores y campesinos como fuese posible. El golpe de Estado que dieron en octubre (el

7 de noviembre, según el calendario gregoriano que luego adoptarían) les otorgó el poder en unas condiciones de caos total. Dirigidos por Lenin, un hombre paranoico, conspirativo y fundamentalmente antidemocrático, los bolcheviques se creían «la vanguardia del proletariado»; llamaban a su propio régimen «la dictadura del proletariado». Buscaban el poder absoluto, y con el paso del tiempo abolieron todos los demás partidos y eliminaron a sus oponentes políticos mediante el miedo, la violencia y campañas propagandísticas despiadadas.

A principios de 1917 los bolcheviques tenían aún menos seguidores en Ucrania. El partido contaba con veintidós mil miembros ucranianos, y la mayoría de ellos vivían en las grandes ciudades y en los centros industriales de Donetsk y Kriví Rih. Pocos hablaban ucraniano. Más de la mitad se consideraban rusos. Alrededor de uno de cada seis era judío. Un número insignificante, incluidos los pocos que luego desempeñarían un papel importante en el Gobierno soviético de Ucrania, creían en la posibilidad de una Ucrania bolchevique autónoma. Heorhi Piatakov —que había nacido en Ucrania pero no se consideraba como tal— hablaba en nombre de la mayoría cuando en junio de 1917, unas pocas semanas después del discurso de Hrushevski, dijo en una reunión de bolcheviques de Kiev que «no deberíamos apoyar a los ucranianos». Ucrania, explicó, no era «una región económica diferente». Más concretamente, Rusia dependía del azúcar, el cereal y el carbón de Ucrania, y Rusia era la prioridad de Piatakov.[30]

Ese punto de vista no era nuevo; el desprecio al simple concepto de un Estado ucraniano había constituido una parte consustancial del ideario bolchevique incluso antes de la revolución. En gran parte eso se debía simplemente a que todos los bolcheviques importantes —entre ellos Lenin, Stalin, Trotski, Piatakov, Zinóviev, Kaménev y Bujarin— se habían educado en el Imperio ruso, y este no reconocía la existencia de algo llamado «Ucrania» en la provincia que ellos consideraban la «Rusia del sudoeste». La ciudad de Kiev era para ellos la antigua capital de la Rus de Kiev, el reino que recordaban como ancestro de Rusia. En el colegio, la prensa y en el día a día habían asimilado los prejuicios de Rusia contra un idioma que se describía como un dialecto del ruso y contra un pueblo al que se percibía en general como un hatajo de antiguos siervos primitivos.

Todos los partidos políticos rusos de la época, desde los bolcheviques hasta la extrema derecha pasando por los centristas, compartían el mismo menosprecio. Muchos de ellos se negaban en redondo a utilizar la palabra «Ucrania»,[31] e incluso los liberales rusos se negaban a reconocer la

legitimidad del movimiento nacional ucraniano. Este punto flaco —y el consiguiente rechazo de cualquier grupo ruso a formar una coalición con los ucranianos en contra de los bolcheviques— fue básicamente una de las razones por las que el Ejército Blanco no se alzó con la victoria en la guerra civil.[32]

Además de su prejuicio nacional, había razones políticas específicas para que a los bolcheviques no les gustase la idea de la independencia ucraniana. Este era aún un país en su mayoría campesino, y, de acuerdo con la teoría marxista que los dirigentes bolcheviques leían y debatían a todas horas, los campesinos eran como mucho un activo ambivalente. Como bien explicó Marx en un ensayo de 1852, estos no eran una «clase» y por consiguiente no tenían conciencia de tal. «Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados».[33]

A pesar de que Marx creía que los campesinos no tenían un papel importante en la revolución venidera, Lenin, que era más pragmático, modificó en cierto modo esas ideas. Pensaba que sí eran potencialmente revolucionarios —aprobaba su deseo de una reforma agraria radical—, pero creía que necesitaban que la clase obrera, más progresista, los guiase. «No todos los campesinos que luchan por la tierra y la libertad tienen plena conciencia de esa lucha», escribió en 1905. Los trabajadores con conciencia de clase debían enseñarles cuál era la verdadera revolución que hacía falta no solo para la reforma agraria sino también para la «lucha contra la dominación del capital». Ominosamente, Lenin también sospechaba que, al ser propietarios, muchos agricultores de minifundios pensaban en realidad como minifundistas capitalistas. Esto explicaba por qué «no todos los pequeños campesinos ingresan en las filas de los combatientes por el socialismo».[34] Esta línea de pensamiento —a saber, que los propietarios de pequeñas parcelas de tierra, a los que luego llamarían «kulaks», eran en esencia una fuerza contrarrevolucionaria y capitalista— tendría enormes consecuencias unos años más tarde.

La ambivalencia de los bolcheviques sobre el nacionalismo también los llevó a sospechar del impulso independentista de Ucrania. Las opiniones de Marx y de Lenin sobre el nacionalismo eran intrincadas y evolucionaban constantemente, puesto que en algunas ocasiones lo consideraban una fuerza revolucionaria y en otras una distracción del socialismo universal, que era el objetivo real. Marx comprendía que las revoluciones democráticas de 1848 se

habían debido en parte a los sentimientos de patriotismo, pero creía que esos sentimientos de «nacionalista burgués» eran un fenómeno temporal, una simple etapa en el camino hacia el internacionalismo comunista. En cuanto el Estado desapareciera, de algún modo también lo harían las naciones y los sentimientos patrióticos. «El dominio del proletariado los hará desaparecer aún más».[35]

Lenin también defendía la autonomía cultural y la autodeterminación nacional, excepto cuando no le convenía. Incluso antes de la revolución desaprobaba los colegios en los que no se hablase en ruso, sin importar si lo hacían en yidis o ucraniano, pues argumentaba que crearían divisiones inútiles dentro de la clase obrera.[36] A pesar de que en teoría apoyaba la concesión del derecho de secesión a las regiones no rusas del imperio, que incluían a Georgia, Armenia y a los estados de Asia central, parece que no creía seriamente que eso fuera a ocurrir jamás. Además, el reconocimiento del «derecho» de secesión no significaba que Lenin apoyase la secesión como tal. En el caso de Ucrania, aprobó el nacionalismo ucraniano cuando este se opuso al zar o al Gobierno Provisional de 1917, y lo rechazó cuando le pareció que amenazaba la unidad del proletariado ruso y ucraniano.[37]

A este complejo rompecabezas ideológico, Stalin añadiría sus propias ideas. El georgiano era el experto del partido en nacionalidades, y al principio era mucho menos flexible que Lenin. El ensayo de Stalin de 1913, «El marxismo y la cuestión nacional», sostenía que el nacionalismo era una distracción de la causa del socialismo y que «es necesario un trabajo coordinado e infatigable de los socialdemócratas consecuentes contra la niebla nacionalista, de dondequiera que venga».[38] En 1925 sus ideas habían evolucionado hasta convertirse en un discurso sobre el nacionalismo como una fuerza en esencia campesina. Afirmaba que los movimientos nacionales necesitaban campesinos para poder existir. «La base de la cuestión nacional, su esencia misma, la constituye, a pesar de todo, el problema campesino. A ello, precisamente, se debe que los campesinos sean el ejército básico del movimiento nacional; que sin este ejército campesino no haya ni pueda haber un movimiento nacional potente».[39]

Ese discurso, que reflejaba con claridad el análisis de Stalin sobre los eventos sucedidos en Ucrania, se volvería más relevante con el paso del tiempo. Si el ejército campesino era imprescindible para la existencia de un movimiento nacional poderoso, alguien que quisiera destruir ese movimiento muy bien podría querer empezar por aniquilar al campesinado.

A la postre, a los bolcheviques la ideología les importaría menos que sus experiencias personales en Ucrania, sobre todo las de la guerra civil. Para cualquier miembro del Partido Comunista, la época de la guerra civil fue un verdadero punto de inflexión personal y político. Hasta principios de 1917 pocos de ellos habían tenido una vida fructífera. Eran ideólogos oscuros, sin ningún tipo de éxito. Si ganaban algo de dinero, lo hacían escribiendo para periódicos ilegales; habían entrado y salido de la cárcel; sus vidas personales eran intrincadas y no tenían experiencia de gobierno o como gestores.

Inesperadamente, la Revolución rusa los puso en el centro de los acontecimientos internacionales. También les dio fama y poder por primera vez en su vida. Los rescató de la oscuridad y le dio un valor a su ideología. El éxito de la revolución demostró a los líderes bolcheviques y a muchos otros que Marx y Lenin estaban en lo cierto.

Pero esta pronto los obligó a defender su poder, pues los enfrentó no solo a contrarrevolucionarios ideológicos sino también a una contrarrevolución real y muy sangrienta que debían derrotar de inmediato. La consiguiente guerra civil los forzó a crear un ejército, una fuerza policial política y una maquinaria propagandística. Ante todo, el conflicto interno les dio a los bolcheviques una lección de nacionalismo, de política económica, de distribución alimentaria y de violencia; una lección que les sería útil más tarde. Las experiencias de los bolcheviques en Ucrania fueron muy diferentes de las que vivieron en Rusia, entre ellas una espectacular derrota que casi derribó su nueva nación. Muchas de las actitudes bolcheviques hacia Ucrania que surgieron como resultado de ello se originaron durante ese periodo, incluidas su falta de fe en la lealtad de los campesinos, sus sospechas acerca de los intelectuales ucranianos y su aversión al Partido Comunista de Ucrania.

De hecho, la experiencia de la guerra civil, sobre todo de la desarrollada en Ucrania, marcó el punto de vista del propio Stalin. Justo antes de la Revolución rusa, Stalin tenía unos treinta años y no había logrado gran cosa en la vida. No tenía «ni dinero, ni residencia permanente, ni profesión alguna aparte de la de dar su opinión», según ha escrito recientemente un biógrafo. **[40]** Había nacido en Georgia y se había educado en un seminario, y en la clandestinidad su reputación se basaba en el talento que tenía para robar bancos. Había entrado y salido de la cárcel en varias ocasiones. Durante la Revolución de Febrero de 1917, se encontraba desterrado en una aldea situada al norte del círculo polar ártico. Cuando se destronó al zar Nicolás II, Stalin volvió a Petrogrado (el nombre de San Petersburgo, la capital rusa, había sido rusificado en 1914, y en 1924 sería sustituido por el de Leningrado).

El golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917 derrocó al Gobierno Provisional y le permitió a Stalin saborear por primera vez las mieles del verdadero poder político.[41] Fue miembro del primer Gobierno bolchevique como comisario para Asuntos Nacionales, una labor que le daba la responsabilidad directa de negociar con todas las naciones y pueblos no rusos que habían formado parte del imperio; es más, también le otorgaba la responsabilidad de convencerlos de que se sometieran al dominio soviético (o bien de obligarlos a ello). En sus negociaciones con Ucrania tenía dos prioridades claras e inmediatas, ambas fruto de la gravedad de la situación. La primera consistía en debilitar al movimiento nacional, que era sin duda el mayor enemigo de los bolcheviques en Ucrania. La segunda prioridad era hacerse con el cereal ucraniano. Se embarcó en esas dos tareas tan solo dos días después de que los bolcheviques tomasen el poder.

Ya en diciembre de 1917, en las páginas del *Pravda*, Stalin denunció la tercera universal de la Rada Central, el manifiesto que había proclamado la República Popular Ucraniana y que establecía las fronteras de Ucrania. ¿Quién apoyaría a una Ucrania independiente?, preguntaba retóricamente.

> Los grandes terratenientes de Ucrania, así como Alexéi Kaledín [un general del Ejército Blanco] y su «Gobierno militar» del Don, es decir, los terratenientes cosacos […] detrás de ambos acecha la gran burguesía rusa, que fue el enemigo feroz de todas las demandas del pueblo ucraniano pero que ahora apoya a la Rada Central.

Stalin aseguraba que, por el contrario, «todos los obreros ucranianos y los estratos más pobres del campesinado» se oponían a la Rada Central, algo que tampoco era verdad.[42]

Stalin siguió con sus acusaciones contra la Rada Central con lo que luego llamaría «medidas activas», encaminadas a desestabilizar al Gobierno ucraniano. Los bolcheviques locales intentaron crear unas supuestas «repúblicas soviéticas» en Donetsk-Kriví Rih, Odesa, Táurida y la región del Don, miniestados que contaban con el apoyo de Moscú y que claramente no tenían nada de independientes.[43] Los bolcheviques también intentaron dar un golpe de Estado en Kiev, y tras fracasar crearon un Comité Ejecutivo Central de Ucrania «alternativo» y después un «Gobierno soviético» en Járkiv, una ciudad más segura porque había más rusohablantes. Más tarde la convertirían en la capital de Ucrania, a pesar de que en 1918 tan solo unos pocos bolcheviques de dicha ciudad hablaban ucraniano.[44]

A medida que los bolcheviques consolidaban su poder en Rusia, el Ejército Rojo siguió abriéndose camino hacia el sur. Al final, el 9 de febrero de 1918, mientras los líderes de la Rada Central negociaban en Brest-Litovsk,

Kiev cayó por primera vez ante las fuerzas bolcheviques. Esta primera y breve ocupación trajo consigo no solo la ideología comunista, sino también una agenda claramente rusa. El general Mijaíl Muraviov, el oficial al mando, declaró que volvía a traer el mandato ruso del «extremo Norte» y ordenó la ejecución inmediata de todo aquel que fuese sospechoso de nacionalismo. Sus hombres disparaban contra cualquiera a quien oyesen hablar en ucraniano y destruyeron cualquier vestigio del Gobierno ucraniano, incluidos los letreros de las calles que habían reemplazado a los que estaban en ruso tan solo unas semanas antes.[45] El bombardeo al que los bolcheviques sometieron a la capital ucraniana en 1918 tuvo como objetivo la casa, la biblioteca y las colecciones de documentos antiguos de Hrushevski.[46]

A pesar de que los bolcheviques controlaron Kiev durante tan solo unas semanas, esta primera ocupación le demostró a Lenin lo que Ucrania podría aportar al proyecto comunista. Desesperado por alimentar a los obreros revolucionarios que le habían dado el poder, envió de inmediato al Ejército Rojo a Ucrania acompañado de «destacamentos de requisa», grupos de hombres a los que se les había ordenado confiscar el cereal de los campesinos. Nombró a Sergó Ordzhonikidze, un destacado bolchevique georgiano, «comisario plenipotenciario extraordinario» a cargo de requisar el grano.[47] El consejo editorial del *Pravda* anunció a bombo y platillo el éxito de estos soldados y aseguró a sus lectores de la Rusia urbana que la cúpula dirigente soviética ya había empezado a tomar «medidas extraordinarias» para hacerse con el cereal de los campesinos.[48]

Entre bastidores, los telegramas de Lenin al frente ucraniano difícilmente podrían haber sido más explícitos. «Por el amor de Dios —escribió en enero de 1918—, ¡empleen toda la energía y todas las medidas revolucionarias para enviar cereal, cereal y más cereal! Si no, Petrogrado se morirá de hambre. Utilicen trenes especiales y destacamentos especiales. Recolecten y guarden. Escolten los trenes. Infórmennos todos los días. ¡Por el amor de Dios!»[49] La rápida pérdida de Ucrania a manos de los ejércitos alemanes y austriacos a principios de marzo enfureció a Moscú. Un iracundo Stalin censuró no solo al movimiento nacional ucraniano y a los obstinados campesinos que lo apoyaban, sino también a los bolcheviques ucranianos, que habían huido de Járkiv y establecido otro desastroso «Gobierno soviético de Ucrania en el exilio» justo en la frontera rusa, en Rostov. Aborrecía por instinto el concepto de «bolcheviques ucranianos» y tenía la sensación de que debían abandonar el esfuerzo de crear un partido político aparte. Desde Moscú, atacó al grupo de

Rostov: «Ya basta de jugar al gobierno y a la república. Ya es hora de abandonar ese juego, ya basta».[50]

En respuesta, uno de los pocos interlocutores de Rostov que hablaban ucraniano envió una nota de protesta a Moscú, al Consejo de Comisarios del Pueblo. Según escribió Mikola Skrípnik, las palabras de Stalin habían ayudado a «desacreditar el poder soviético en Ucrania». Skrípnik creía en la posibilidad de implantar un «bolchevismo ucraniano» y fue uno de los primeros defensores de lo que más tarde se denominaría «comunismo nacional», la convicción de que el comunismo podía tener diferentes formas en diferentes países y de que no era incompatible con el sentimiento nacional de Ucrania. Sostenía que el breve Gobierno de la Rada Central había creado un verdadero deseo de soberanía ucraniana y proponía que los bolcheviques reconocieran e incorporaran ese mismo anhelo. Señalaba que el Gobierno soviético no debía «basar sus decisiones en la opinión de algún comisario del pueblo de la Federación rusa sino escuchar a las masas, a los obreros de Ucrania».[51]

Skrípnik ganó este asalto a corto plazo, pero no porque los bolcheviques hubiesen optado por escuchar a las masas o a los obreros. Tras su primera derrota en Ucrania, Lenin simplemente había decidido adoptar otras tácticas. Mediante los métodos de lo que más tarde (mucho más tarde, aunque en un contexto parecido) se conocería como «guerra híbrida», ordenó que sus fuerzas entrasen de incógnito en Ucrania. Debían esconder el hecho de que eran una fuerza rusa que luchaba por una Rusia bolchevique unificada. En lugar de eso, se llamaban a sí mismos «movimiento de liberación soviético de Ucrania», precisamente con el objetivo de confundir a los nacionalistas. La idea consistía en utilizar en su favor la retórica nacionalista, para convencer a la gente de que aceptase el poder soviético. En un telegrama al comandante del Ejército Rojo desplegado en la zona, Lenin explicó lo siguiente:

> Con el avance de nuestras tropas hacia el oeste, hacia tierras ucranianas, se han creado gobiernos soviéticos regionales provisionales encargados de fortalecer a los soviéticos del lugar. Esta circunstancia ofrece la ventaja de disminuir las posibilidades de que los chovinistas de Ucrania, Lituania, Letonia y Estonia consideren el avance de nuestros destacamentos como una ocupación, y la de crear un ambiente favorable para ulteriores avances de nuestras tropas. [52]

En otras palabras, los líderes militares tenían la responsabilidad de ayudar a crear los gobiernos «nacionales» prosoviéticos que les darían la bienvenida. Tal y como expuso Lenin, la idea consistía en asegurarse de que la población de Ucrania los tratase como «libertadores», no como invasores extranjeros.

En ningún momento de 1918, ni Lenin, ni Stalin ni ningún otro líder bolchevique llegó a creer que un Estado soviético-ucraniano fuese a disfrutar de una soberanía real. En el consejo revolucionario de Ucrania formado el 17 de noviembre estaban Piatakov y Volodímir Zatonski, dos funcionarios «ucranianos» favorables a Moscú, así como Volodímir Antónov-Ovséienko, el comandante militar del Ejército Rojo en Ucrania, y el propio Stalin. El «Gobierno revolucionario provisional de Ucrania» que se formó el 28 de noviembre tenía como líder a Christian Rakovski, de origen búlgaro. Entre otras cosas, Rakovski afirmó que todas las demandas de convertir el ucraniano en la lengua oficial del país eran «injurias contra la Revolución ucraniana».[53]

El desorden generalizado facilitó esta guerra híbrida. El Ejército Rojo comenzó su asalto a la república justo al mismo tiempo que los bolcheviques empezaban a negociar un acuerdo con Petliura. Los funcionarios del Directorio denunciaron con insistencia esta política hipócrita; el bolchevique Gueorgui Chicherin, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, respondió sin inmutarse que Moscú no tenía nada que ver con las tropas que avanzaban hacia tierras ucranianas. Culpó de la acción militar contra ese territorio al «ejército del Gobierno soviético de Ucrania, que es totalmente independiente».[54]

El Directorio replicó que se trataba de una mentira innegable. Podían darse perfecta cuenta de que «el ejército del Gobierno soviético de Ucrania» era en realidad el Ejército Rojo. Continuaron quejándose hasta enero de 1919, cuando el Ejército Rojo forzó al Gobierno ucraniano a retirarse por completo de Kiev.[55]

La segunda ocupación bolchevique de Ucrania comenzó en enero y duró seis meses. Durante ese periodo, Moscú nunca llegó a controlar todo el territorio que más tarde se convertiría en la República de Ucrania. Incluso en los distritos donde los bolcheviques tenían autoridad sobre los pueblos y las ciudades, las aldeas solían permanecer bajo la influencia de líderes guerrilleros locales atamanes, algunos de ellos leales a Petliura. En varios lugares, la autoridad bolchevique apenas se extendió más allá de las estaciones de tren. Aun así, incluso ese breve lapso de dominio parcial les dio a los líderes bolcheviques de la República Soviética de Ucrania la oportunidad de demostrar sus verdaderos colores. En la práctica, los dirigentes comunistas ucranianos no disfrutaban de ninguna de las libertades que en teoría tenían.

Es más, todos los planes que diseñaron para el desarrollo económico de Ucrania pronto se vieron anulados por una prioridad más acuciante. Ningún estudio sobre la teoría marxista, ningún debate en torno al nacionalismo o la soberanía les importó tanto a los bolcheviques aquel año como la necesidad de alimentar a los obreros de Moscú y Petrogrado. En 1919, el telegrama de Lenin —«Por el amor de Dios, ¡empleen toda la energía y todas las medidas revolucionarias para enviar cereal, cereal y más cereal!»— se había convertido en la única descripción relevante de las actitudes y las prácticas de los bolcheviques en Ucrania.

La obsesión bolchevique con la comida no era ninguna casualidad; el Imperio ruso había tenido problemas con el abastecimiento de alimentos desde el estallido de la Primera Guerra Mundial. Al principio del conflicto con Alemania, la Rusia imperial centralizó y nacionalizó el sistema de distribución, dando lugar así a un caos administrativo y una situación de escasez. Pusieron al mando al llamado Consejo Especial para el Estudio y la Coordinación de Medidas para el Abastecimiento de Alimentos, una organización estatal encargada de proveer de alimentos y un claro precedente de las futuras organizaciones soviéticas. En vez de mejorar la situación, el deseo del Consejo Especial de «eliminar a los intermediarios» y crear una forma de distribución del cereal, en teoría más eficiente y no capitalista, acabó agravando la crisis de abastecimiento.[56]

La consiguiente escasez de alimentos desató la Revolución de Febrero de 1917 y aupó a los bolcheviques al poder unos meses más tarde. Morgan Philips Price, un periodista británico, describió el ambiente de aquel año.

> De manera involuntaria, la conversación parecía estar desviándose hacia un tema fundamental, uno que sin duda acaparaba la atención de todos: pan y paz… Todo el mundo sabía que las vías férreas ya no estaban a la altura de las cargas que había que transportar, que el ejército había más que absorbido el cereal que hasta entonces había sido exportado a Europa occidental, que el terreno cultivado había disminuido un 10 por ciento el año anterior y que seguramente volvería a hacerlo esta primavera, que los obreros de algunas grandes ciudades habían pasado varios días sin pan, mientras que los grandes duques y especuladores tenían muchísimas provisiones en sus hogares.[57]

Price veía a mujeres haciendo cola para conseguir sus raciones. «Sus rostros pálidos y miradas nerviosas delataban el miedo a alguna desgracia que se estaba acercando».[58] Visitó los barracones de uno de los regimientos moscovitas, donde se encontró con que «estaban debatiendo sobre las raciones, y alguien con una voz más fuerte y con más iniciativa que el resto

propuso formar una comisión integrada por tres soldados que exigiese al oficial al mando incrementarlas de inmediato». De las raciones, el grupo pasó a hablar sobre la guerra y luego sobre la propiedad de las tierras. «Al fin y al cabo, este germen de sóviet militar se había convertido en un centro para intercambiar pensamientos sobre temas que hasta ayer le estaban prohibidos a cualquiera que se encontrara fuera del afortunado círculo de la casta gobernante. La revolución había alcanzado el siguiente nivel».

Más tarde, Price señaló que el hambre, al menos en sus fases iniciales, volvía «más rapaz» a la gente. La falta de alimentos hizo que la gente cuestionase el sistema, pidiese un cambio e incluso exigiese el uso de la violencia.[59]

La relación entre la comida y el poder era algo que los bolcheviques también entendían perfectamente. Antes, durante y después de la revolución, todos los bandos se dieron cuenta de que la constante escasez de alimentos hacía de la comida una herramienta política de enorme importancia. Quien tuviese pan tenía seguidores, soldados y amigos fieles. Quien no pudiese abastecer a su gente pronto perdería todo apoyo. En 1921, mientras una misión estadounidense de ayuda negociaba su entrada en la Unión Soviética, uno de sus representantes le dijo al mediador soviético Maxim Litvínov (que luego sería ministro de Asuntos Exteriores) que «no venimos a luchar contra Rusia, venimos a alimentar al pueblo». Según un periodista de la misma nacionalidad, Litvínov respondió muy brevemente en inglés: «Sí, pero la comida es un arma…».[60]

Lenin albergaba la misma opinión, pero no achacaba la problemática al sistema nacionalizado de distribución de alimentos del Consejo Especial. Por el contrario, decidió que sus métodos no eran lo suficientemente duros, sobre todo en Ucrania. En 1919 Rakovski, el líder bolchevique al frente del territorio, se hizo eco de ese sentimiento mediante un comentario sincero en un congreso del partido. «Entramos en Ucrania en un momento en el que Rusia estaba atravesando una crisis de producción muy seria —explicó—, nuestro objetivo era explotarla al máximo para aliviar esa crisis».[61] Desde el principio de su mandato, los bolcheviques dieron por sentado que la explotación de Ucrania era el precio que pagar para mantener el control de Rusia. Tal y como uno de ellos escribiría unos años más tarde, «el destino de la revolución dependía de nuestra capacidad para suministrar pan de manera fiable al proletariado y al ejército».[62]

La necesidad apremiante de cereal generó una serie de políticas extremas, que ya entonces se conocieron como «comunismo de guerra». Estas políticas,

aplicadas en Rusia en 1918 y en Ucrania tras la segunda invasión bolchevique a principios de 1919, comportaban la militarización de todas las relaciones económicas. En las zonas rurales el sistema era muy sencillo: hacerse con el control del grano a punta de pistola, y luego redistribuirlo entre los soldados, los obreros de las fábricas, los miembros del partido y otros individuos que el Estado considerase «esenciales».

En 1918 muchos estaban familiarizados con ese sistema. El Gobierno de la Rusia imperial, atormentado por la escasez de alimentos en tiempos de guerra, ya había comenzado a confiscar por la fuerza el cereal en 1916, una política denominada *prodrazviorstka*. En marzo de 1917, el Gobierno Provisional había decretado que los campesinos debían vender todo el grano al Estado a los precios establecidos por este, salvo el que necesitasen para la siguiente cosecha y su supervivencia.[63] Los bolcheviques siguieron el ejemplo. En mayo de 1918 el Consejo de Comisarios del Pueblo continuó con la política zarista y estableció «una dictadura del abastecimiento de alimentos». El Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento de Alimentos creó un «ejército para el abastecimiento de alimentos» que debía desplegarse en el «frente de abastecimiento de alimentos».[64]

A pesar del lenguaje militar, en la práctica el comunismo de guerra significaba que la mayoría de la gente pasaba hambre. Entre 1916 y 1918, la mayoría de los rusos y ucranianos recurrieron al mercado negro para conseguir comida, en vez de utilizar las inexistentes empresas estatales.[65] En *El doctor Zhivago*, la novela de Borís Pasternak, la esposa del doctor busca alimentos y combustible en el Moscú posrevolucionario. «Vagó por las calles adyacentes, por las que pasaban algunos campesinos con legumbres y patatas procedentes de los pueblos cercanos a la capital. Esto requería suerte, porque a veces estos campesinos eran detenidos y se les confiscaba su carga». Al final, encuentra a un hombre que vende troncos de abedul y los intercambia por un «armarito de espejos». El campesino se lo lleva como regalo a su novia. Los dos hablan de «una próxima entrega de patatas».[66] Así era como interactuaban la ciudad y las zonas rurales en los años del comunismo de guerra.

El intercambio entre la ciudad y el campo seguía siendo parte del sistema económico muchos años más tarde. Incluso en 1921, cuando en teoría la guerra civil había acabado, una delegación caritativa estadounidense que visitaba Moscú presenció una serie de escenas parecidas. En Kuznetski Most, antaño una importante calle comercial, había ancianas y niños con cestas llenas de fruta que vendían fuera de las tiendas, que estaban vacías y cerradas.

Solo en estos mercados al aire libre podía encontrarse verdura y carne. Al anochecer, los estadounidenses descubrieron el origen de estos bienes. De vuelta en el vagón donde habían de pasar la noche, vieron a una «multitud perfecta» de hombres, mujeres y niños dándose empujones para subir a un tren que se dirigía fuera de la ciudad. Lo que ellos consideraron «un espectáculo maravilloso en mitad del ocaso» era en realidad la red de distribución de alimentos, miles de comerciantes particulares yendo y viniendo del campo a las ciudades.[67]

Durante aquellos años, estos mercados ilegales eran la única vía de acceso a los alimentos para muchas personas, sobre todo para quienes no se encontraban en las listas especiales del Gobierno. Sin embargo, los bolcheviques no solo se negaban a aceptar estos mercadillos callejeros, sino que los culpaban de la crisis permanente. Año tras año, el liderazgo soviético se sorprendía del hambre y la escasez que había creado su sistema de «confiscación y redistribución», pero, como se suponía que la intervención del Estado iba a lograr que la gente se volviera más rica y no más pobre, y como los bolcheviques nunca culpaban a sus políticas de ningún fracaso (y mucho menos a su rígida ideología), dirigieron su atención hacia los pequeños comerciantes y los contrabandistas —«especuladores»— que se ganaban la vida llevando comida desde las granjas hasta las ciudades. En enero de 1919, el mismo Lenin los acusaría de enemigos en el plano ideológico.

> Cualquier conversación sobre este tema [del comercio privado], cualquier intento de fomentarlo, es un peligro, un retroceso, un paso hacia atrás en la construcción socialista que el Comisariado de Alimentos está llevando a cabo entre dificultades increíbles, en una lucha con los millones de especuladores que nos ha dejado el capitalismo.

A partir de ahí, solo le hizo falta dar un pequeño y lógico paso para denunciar también a los campesinos que vendían cereal a esos «especuladores». Lenin, que ya sospechaba que el campesinado era una clase insuficientemente revolucionaria, dejó muy claros los peligros del comercio entre zonas urbanas y rurales.

> El campesino debe elegir entre el libre comercio del cereal —que supone especular con él; libertad para que los ricos se vuelvan más ricos y los pobres se mueran de hambre; el regreso de los terratenientes absolutos y los capitalistas, y el fin de la unión entre los campesinos y los obreros— y la entrega del cereal sobrante al Estado a los precios establecidos.[68]

Pero a Lenin no le bastaban las palabras. Enfrentados a la hambruna generalizada, los bolcheviques tomaron medidas más extremas. Los historiadores suelen atribuir el giro que Lenin dio en 1918 hacia la violencia política —una serie de acciones conocidas como el Terror Rojo— a su lucha

contra los oponentes políticos.[69] Sin embargo, antes incluso de que se declarase formalmente el Terror Rojo en septiembre y antes aun de que ordenase arrestos y ejecuciones en masa, Lenin ya había descartado la ley y la jurisprudencia como respuesta al desastre económico; los obreros de Moscú y Petrogrado contaban solo con una rebanada de pan al día. Morgan Philips Price señaló que las autoridades soviéticas apenas eran capaces de alimentar a sus delegados durante el Congreso de los Sóviets en el invierno de 1918. «Durante esta semana solo han llegado unos pocos vagones de harina a las estaciones de ferrocarril de Petrogrado».[70] Peor aún, «los distritos de la clase obrera de Moscú empezaban a subir el tono de sus quejas. "El régimen bolchevique debe conseguir alimentos o marcharse", solía oírse».[71]

En la primavera de ese mismo año, estas condiciones inspiraron la primera *chrezvicháishchina* de Lenin, algo que un académico tradujo como «una situación especial en la vida pública que se impone cuando se pierde todo sentimiento de legalidad y prevalece la arbitrariedad del poder».[72] Las «medidas extraordinarias», o *chrezvicháinie meri*, eran necesarias para hacer frente a los campesinos a los que Lenin acusaba de guardarse para sus propios fines el excedente de cereal. Para obligarlos a entregarlo y hacer frente a la contrarrevolución, también acabó creando la Chrezvichainaia Komissia, la «Comisión Extraordinaria», también conocida como Che-Ka o Checa. Este fue el primer nombre que recibió la policía secreta soviética, que más tarde se conocería como GPU, OGPU, NKVD y finalmente como KGB.

La crisis subsumió todo lo demás. Lenin ordenó que todo aquel que no estuviese involucrado en el conflicto militar en la primavera y el verano de 1918 llevase alimentos a la capital. Stalin fue puesto al mando de la «cuestión de las provisiones en el sudeste de Rusia», una tarea que de pronto era muchísimo más importante que su trabajo como comisario de Asuntos Nacionales. Partió hacia Tsaritsin, una ciudad a orillas del Volga, junto con dos trenes blindados y cuatrocientos cincuenta soldados del Ejército Rojo. Su misión: recolectar cereal para Moscú. Su primer telegrama a Lenin, enviado el 7 de julio, informaba de que había descubierto una «bacanal de especulación» y exponía asimismo su estrategia: «No mostraremos piedad ante nadie, ni ante nosotros mismos ni ante otros, pero le llevaremos su pan».[73]

En años posteriores, la expedición de Stalin a Tsaritsin se recordaría sobre todo porque originó su primera disputa pública con el hombre que se convertiría en su gran enemigo, Lev Trotski. Pero, en el contexto de la posterior política de Stalin en Ucrania, su misión encerraba otro tipo de relevancia: las brutales tácticas que utilizó para confiscar el cereal de Tsaritsin

pronosticaban las que más de una década más tarde emplearía en Ucrania con el mismo fin. Tan solo unos días después de su llegada a la ciudad, Stalin creó un consejo militar revolucionario, estableció un departamento de la Checa y comenzó a «limpiar» Tsaritsin de contrarrevolucionarios. Tras acusar a los generales locales de «especialistas burgueses» y «chupatintas indolentes, totalmente inadecuados para la guerra civil», mandó detenerlos junto con otros y confinarlos a todos en una barcaza en el centro del Volga.[74] Con varias unidades militares bolcheviques de Donetsk, y con la ayuda de Klement Voroshílov y Sergó Ordzhonikidze, que seguirían siendo dos de sus colaboradores más cercanos, Stalin autorizó arrestos y palizas a gran escala, seguidos de ejecuciones en masa. Los matones del Ejército Rojo les robaban el cereal a los comerciantes y campesinos locales, y entonces la Checa se inventaba causas penales contra ellos —otro presagio de lo que estaba por venir— y en el proceso también se llevaban por delante a gente al azar.[75]

Con todo, el cereal era enviado en trenes hacia el norte, lo que significaba que, desde el punto de vista de Stalin, esta forma especialmente brutal de comunismo de guerra era un éxito. Los habitantes de Tsaritsin pagaron un precio muy alto y, al menos desde el punto de vista de Trotski, el ejército también.[76] Tras las protestas de Trotski por el comportamiento de Stalin en Tsaritsin, Lenin acabó sacándolo de la ciudad. Pero el tiempo que pasó allí continuó siendo tan importante para Stalin que en 1925 cambió el nombre de la ciudad por el de «Stalingrado».

Durante la segunda ocupación de Ucrania en 1919, los bolcheviques nunca tuvieron el mismo grado de control que Stalin tuvo sobre Tsaritsin. Pero en los seis meses en los que estuvieron a cargo de la república por lo menos en teoría, hicieron todo lo que pudieron. Todas sus obsesiones —su odio hacia el comercio, la propiedad privada, el nacionalismo y el campesinado— quedaron a la vista en Ucrania, aunque su particular obsesión con los alimentos, con la recogida de estos en Ucrania, hizo sombra a casi todas las demás decisiones que tomaron.

Cuando llegaron a Kiev por segunda vez, los bolcheviques actuaron con mucha rapidez. Abandonaron de inmediato la pretensión de que eran una fuerza que luchaba por la «liberación de Ucrania» y, en lugar de ello, siguieron de nuevo el precedente establecido por los zares: prohibieron los periódicos ucranianos, sacaron el ucraniano de las aulas y clausuraron los teatros ucranianos. La Checa arrestó rápidamente a intelectuales ucranianos, a

quienes acusaba de «separatismo». Rakovski, el jefe del Partido Comunista de Ucrania, se negó a utilizar o incluso a reconocer el idioma. Pavló Jristiuk, un revolucionario socialista ucraniano, recordaría más tarde que «las tropas rusas», muchas procedentes de las filas de la antigua policía imperial, volvían a «disparar a cualquiera de Kiev que hablase en ucraniano o se considerase como tal». La retórica del odio hacia todo lo ucraniano se convirtió en parte del discurso bolchevique en Kiev.

> Las masas sin trabajo, hambrientas y que trabajaban durísimo simplemente se alistaban en el ejército, se les pagaba bien por sus servicios y recibían «raciones» para sus familias. No era difícil levantar la «moral» de esas tropas. Era suficiente con decir que nuestros «hermanos» se estaban muriendo de hambre por culpa de los *jojli* [un término despectivo para referirse a los ucranianos]. Así es como nuestros «camaradas» avivaban las llamas del odio hacia ellos.[77]

Al igual que en Rusia, también confiscaron grandes haciendas y utilizaron parte de las tierras para crear granjas colectivas y otros proyectos agrícolas estatales, otro indicio más de las políticas futuras. Pero, a pesar de que los bolcheviques moscovitas ansiaban poner en práctica esos experimentos, los comunistas ucranianos no compartían ese sentimiento. Es más, los campesinos ucranianos tampoco querían. Frente a Rusia, que poseía una tradición de agricultura comunal, y la mayoría de los campesinos disfrutaban de tierras en comunas rurales (conocidas como *obschina* o *mir*), solo una cuarta parte de los campesinos ucranianos seguían esas costumbres. La mayoría eran granjeros particulares, ya fuesen terratenientes o empleados suyos; granjeros que poseían su tierra, sus hogares y su ganado.[78]

Cuando en 1919 se les ofreció de pronto participar en granjas colectivas, muy pocos aceptaron el ofrecimiento. A pesar de que el nuevo régimen soviético organizó ese año unas quinientas cincuenta granjas colectivas y estatales en Ucrania, la mayoría no fueron populares ni tuvieron éxito; casi todas fueron disueltas poco después. La mayor parte de las tierras requisadas fueron redistribuidas. Los campesinos recibieron parcelas más pequeñas en la parte occidental y central de Ucrania, y más grandes en las regiones de la estepa del sur y del este. Los pequeños terratenientes que controlaban entre cincuenta y cien hectáreas de terreno conservaron sus tierras. Aunque nadie lo dijo en voz alta, era un reconocimiento tácito de que los terratenientes de Ucrania eran más eficaces a la hora de producir cereal.[79]

En 1919 Lenin seguía dando mucha más prioridad al acopio de cereal que a convertir a los ucranianos a la causa de las granjas colectivas. Cada vez que se debatía sobre la república, esa era su preocupación principal. «Siempre que se mencionaba Ucrania, Lenin preguntaba cuántos [kilos de cereal] había,

cuántos se podían llevar o cuántos se habían llevado ya».[80] Olexánder Shlíjter, un bolchevique con credenciales revolucionarias que fue nombrado comisario del pueblo para la Recolección de Alimentos de Ucrania a finales de 1918, avivaba esa obsesión. A principios de 1919, ya controlaba personalmente todo individuo, instituto y organismo asociado con la producción de víveres en Ucrania.[81] Shlíjter había nacido en Poltava, en la zona centrooriental de Ucrania, y creía que su hogar tenía un potencial productivo enorme, si bien no se planteaba que los beneficios fuesen para los ucranianos. «Tenemos un objetivo, conseguir cien millones de *puds* [1,63 millones de toneladas] mediante la confiscación de cereal […]. Cien millones para Rusia, que se muere de hambre; para Rusia, que está bajo la amenaza de una intervención internacional desde el este. Es una cifra colosal, pero Ucrania, que es rica, que produce pan, nos ayudará…»[82]

Shlíjter había sacado esas cifras de la nada; más tarde, le exigirían cincuenta millones de *puds*, pero no importaba que hubiesen reducido la cifra, ya que las cantidades que consiguió reunir ni siquiera se acercaban a esa.[83] Obviamente, le era imposible comprar cereal. Según recordaba un testigo, los campesinos se negaban a entregar su cosecha a los indolentes habitantes de la ciudad a cambio de «dinero Kérenski» (la moneda creada en febrero de 1917) o de *karbóvantsi* ucraniano. «Casi no quedaban hogares en los que no hubiese fardos de papel moneda que no servían para nada».[84] A pesar de que los campesinos habrían intercambiado con mucho gusto su grano por ropa o herramientas, Rusia apenas era capaz de producir bienes, y Shlíjter no tenía nada que ofrecerles.

La fuerza volvía a ser la única solución. Pero, en vez de recurrir a la violencia desmedida que Stalin había utilizado en Tsaritsin, Shlíjter escogió una forma más sofisticada. Creó un nuevo sistema de clases para las aldeas, primero identificando y nombrando nuevas categorías de campesinos, y después fomentando el antagonismo entre ellas. Anteriormente, las distinciones de clase en las aldeas ucranianas no tenían una definición clara o no habían cobrado importancia; el mismo Trotski dijo una vez que el campesinado desempeña el papel de «el protoplasma del cual sale la diferenciación de las nuevas clases en el pasado y en el presente».[85] Como ya se ha señalado, tan solo unas pocas aldeas ucranianas seguían esa práctica tan extendida en Rusia de poseer tierras en común. En la mayoría de los casos existía una clara división entre los propietarios, a quienes se consideraba muy trabajadores, y aquellos que no poseían tierras, a quienes por alguna razón —la mala suerte, el alcohol— se les tenía por malos trabajadores. Pero la

distinción no era muy clara. Diferentes miembros de la misma familia podían pertenecer a grupos distintos, y los campesinos podían entrar o salir de uno con gran rapidez.[86]

Los bolcheviques, con su estricta formación marxista y su visión jerárquica, insistieron en establecer etiquetas más formales. Al final, definirían tres categorías de campesinos: *kulaks*, los campesinos más acomodados; *seredniaks*, los campesinos de categoría media, y *bedniaks*, los campesinos pobres. Pero a esas alturas buscaban definir sobre todo quiénes serían las víctimas de la revolución y quiénes serían los que saldrían ganando con ella.

La división de clases creada por Shlíjter se debió en parte a una lucha ideológica que empezó contra los kulaks o kurkuls (literalmente, «puños» en ucraniano). Antes de la revolución, el término había sido poco común en las aldeas, y si se llegaba a emplear, tan solo era para referirse a aquel a quien le estaba yendo bien o a alguien que podía permitirse contratar a otros para trabajar, pero no por fuerza a alguien rico.[87] A pesar de que los bolcheviques siempre discutían acerca de cómo identificar a los kulaks —al final se convertiría en un término político—, no tenían problemas en vilipendiarlos como el principal obstáculo para obtener cereal ni tampoco en acusarlos de explotar a los campesinos más pobres y obstaculizar el poder soviético. Con mucha rapidez, los kulaks se convirtieron en la cabeza de turco más recurrente de los bolcheviques, el grupo al que culpaban con mayor frecuencia del fracaso de la agricultura y de la distribución de alimentos.

Al mismo tiempo que atacaba a los kulaks, Shlíjter creó una nueva clase de aliados mediante la institución de los *komiteti nezamózhnij selián*, los «comités de "campesinos pobres"», también conocidos como *komnezami* (*kombedi* en ruso). Más adelante, los *komnezami* tendrían un papel muy importante en la hambruna ucraniana, pero su origen se encuentra en ese momento posrevolucionario, en la primera campaña de acopio de cereal de Shlíjter. Bajo su mandato, los soldados del Ejército Rojo y los agitadores rusos fueron de pueblo en pueblo, reclutaron a los campesinos menos productivos y más oportunistas, y les ofrecieron poder, privilegios y tierras que habían confiscado a sus vecinos. A cambio, se esperaba que estos colaboradores a los que con tanto cuidado habían seleccionado encontrasen y confiscasen los «excedentes de cereal» de sus vecinos. Estas recolecciones obligatorias —o *prodrazviorstka*— generaron un enfado y un resentimiento incontenibles, dos sentimientos que no llegaron a desaparecer del todo.[88]

Estos dos grupos recién instaurados en las aldeas se definieron mutuamente como enemigos mortales. Los kulaks comprendían que los *komnezami* se habían creado para destruirlos, del mismo modo que estos entendían a la perfección que su estatus futuro dependía de su capacidad para destruir a los kulaks. Para ello estaban dispuestos a aplicar duros castigos a sus vecinos. Yósip Nízhnik, un miembro leal del comité de campesinos pobres de Velike Ustia, en la provincia de Cherníhiv, se unió a un *komnezam* en enero de 1918, tras volver a casa una vez concluida la guerra. Como recordaría más tarde, había cincuenta miembros en el comité local. Con la tarea de confiscar las tierras de sus vecinos más ricos, no les sorprendió encontrarse con una resistencia feroz. Ante ello, unos cuantos miembros del *komnezam* crearon un «comité revolucionario» armado que, según recordaba Nízhnik, tomó de inmediato medidas drásticas. «Se prohibió que los grupos religiosos y de kulaks se reuniesen sin el permiso del comité revolucionario, se confiscaron sus armas, se desplegó a guardias por toda la aldea y también se dispuso una vigilancia secreta de los kulaks».[89]

No todas estas medidas fueron ordenadas o aprobadas desde arriba. No obstante, al informar a los comités de campesinos pobres de que su bienestar material dependía de lo que robasen a los kulaks, Shlíjter sabía que estaba instigando una violenta guerra de clases. Más tarde escribió que los *komnezami* debían «llevar la revolución social a las zonas rurales», garantizando la «destrucción del dominio político y económico del kulak».[90] Otro bolchevique ya lo había dicho claramente en 1918, en una reunión del partido: «Ustedes, camaradas campesinos, deben saber que hay ahora en Ucrania muchos kulaks ricos, muchísimos, que están bien organizados y que cuando empecemos a fundar nuestras comunas en las zonas rurales […] opondrán una gran resistencia».[91]

En uno de los peores momentos de la guerra civil, en marzo de 1918, Trotski declaró en una asamblea de sóviets y organizaciones sindicales que los alimentos debían «confiscarse a cualquier precio para el Ejército Rojo». Además, pareció mostrar un especial entusiasmo por las consecuencias: «Si la confiscación significa una guerra civil entre los kulaks y los elementos más pobres de las aldeas, ¡larga vida a la guerra civil!».[92] Una década más tarde, Stalin emplearía la misma retórica, pero ya en 1919 los bolcheviques buscaban con ahínco profundizar las divisiones en las aldeas, utilizar el enfado y el resentimiento para llevar más lejos su política.

Shlíjter no inventó esta forma de revolución de base popular; antes, en 1918, Lenin lo había probado en Rusia y había fracasado. No solo porque los

comités de campesinos pobres de Rusia no habían sido populares —los campesinos rusos estaban aún menos dispuestos que los ucranianos a pensar en sí mismos recurriendo a estrictas divisiones de clase; preferían pensar en sus vecinos como «paisanos»—, sino porque también eran corruptos. Los comités enseguida usaban en beneficio propio el cereal que habían confiscado, y en varias regiones de Rusia degeneraron hasta convertirse en «redes de corrupción y distorsión».[93] Shlíjter conocía los riesgos políticos de repetir esta política en Ucrania, donde el campesinado sentía menos empatía por los bolcheviques. Aun así, bajo el eslogan «¡Pan para los luchadores, para la salvación de la revolución!», presionó muchísimo a los *komnezami* para que requisasen cereal utilizando cualquier medio a su alcance.

No fue su única táctica; Shlíjter también ofreció comisiones a grupos privados o a señores de la guerra. Según los informes oficiales, en la primera mitad de 1919 llegaron a Ucrania, procedentes de Rusia, ochenta y siete grupos diferentes de requisa de cereal, con dos mil quinientos integrantes. La cifra total, en caso de incluir a los soldados y los participantes no oficiales, quizá fuese más elevada.[94] Otros provenían de la misma Ucrania, de las ciudades o de las redes criminales locales. Al igual que las brigadas de colectivización que se enviarían desde las ciudades a las zonas rurales en 1929, varios miembros de estos equipos eran seguidores urbanos de los bolcheviques, y si no eran rusos, hablaban en ruso. Fuera cual fuese su origen étnico, los campesinos consideraban a estos equipos militarizados de recolecta como «extranjeros», forasteros que no merecían más consideración que los soldados alemanes o austriacos que años atrás habían intentado poner en práctica las mismas tácticas. Como era de esperar, los campesinos ofrecieron resistencia. «Dicho en sentido figurado —reconoció Shlíjter—, se podría decir que cada *pud* de cereal confiscado estaba teñido de sangre obrera».[95]

Los campesinos no eran los únicos que alentaban la violencia de clases ni las únicas víctimas. La Checa también lanzó una dura y estricta campaña contra los enemigos políticos en Ucrania. La policía secreta no solo arrestó a nacionalistas ucranianos, sino también a comerciantes, banqueros, capitalistas y miembros de la alta y la baja burguesías; a antiguos oficiales del Imperio, a antiguos funcionarios imperiales y a antiguos líderes políticos; a aristócratas y a sus familias, así como a anarquistas, socialistas y miembros de cualquier otro partido político de izquierdas que no siguiese a pies juntillas a los bolcheviques. En Ucrania, esto último era especialmente importante. Los borotbistas, la izquierda radical del Partido Socialista Revolucionario de

Ucrania, tenían muchísimos seguidores en las zonas rurales, pero, a pesar de que eran muy cercanos a la ideología bolchevique —por ejemplo, apoyaban una reforma agraria radical—, también los excluyeron del Gobierno y los trataron con suspicacia por haber cooperado con la Rada Central.

La lista de enemigos de los bolcheviques también incluía a los cosacos del Don y de Kubán, cuyos territorios se extendían por Rusia y Ucrania, y que, al igual que los cosacos zapórogos del sur de Ucrania, siempre habían disfrutado de una gran autonomía. Muchas *stanitsas* cosacas —el nombre que recibían sus comunidades autónomas— se pusieron de parte de los ejércitos blancos imperiales de Rusia durante la revolución, y algunos respondieron de manera aún más radical. La Rada de Kubán, el organismo gubernamental de los cosacos de la región (en su mayoría ucranianohablantes), se nombró cuerpo gubernamental soberano de Kubán en abril de 1917, a partir de octubre luchó contra los bolcheviques e incluso proclamó la independencia de la República Popular de Kubán en enero de 1918. En 1918, en el punto álgido de la guerra civil, los cosacos del Don que hablaban ruso también declararon la independencia y formaron la República del Don, un gesto romántico que no gustó nada en Moscú. Los bolcheviques los describieron una y otra vez como «contrarrevolucionarios por instinto» y «lacayos del régimen imperial».

En enero de 1919, después de que el Ejército Rojo entrase en la provincia del Don, la cúpula dirigente bolchevique emitió una orden cuya finalidad era deshacerse definitivamente del problema cosaco. Los soldados recibieron órdenes de «aplicar el terror de masas contra los cosacos ricos exterminándolos por completo; sembrar el terror de masas entre todos los cosacos que participaron, de forma directa o indirecta, en la lucha contra el poder soviético […]. Confiscar el cereal y forzar el almacenamiento de todo el excedente en los sitios designados».[96]

Iósef Reingold, el chequista al mando, se refirió de manera eufemística a este programa como «descosaquización». En realidad fue una matanza; unas doce mil personas fueron asesinadas tras las «condenas» de los tribunales revolucionarios compuestos por una troika de oficiales —un comisario del Ejército Rojo y dos miembros del partido— que dictaban sentencias de muerte a una velocidad trepidante. A esta masacre le siguió una forma de limpieza étnica; se importó a obreros y campesinos «de fiar» con el objetivo de «diluir» aún más la identidad de los cosacos del Don.[97] Se trató de uno de los primeros usos que los soviéticos hicieron de la violencia en masa y del traslado masivo de personas a fin de aplicar la ingeniería social. Fue un precedente importante de las políticas soviéticas futuras, sobre todo las

aplicadas en Ucrania. El término «descosaquización» quizá inspirara la «deskulaquización», que pasaría a ser una pieza fundamental de las políticas soviéticas una década más tarde.

Pero les salió el tiro por la culata. A mediados de marzo, los cosacos de la *stanitsa* de Vióshensksaia —al principio muchos de ellos habían cooperado con el Ejército Rojo— organizaron un levantamiento a gran escala.[98] Por toda Ucrania, los líderes del Ejército Rojo estaban muy preocupados. Antónov-Ovséienko, el comandante del Ejército Rojo de la región, escribió dos veces a Lenin y al Comité Central para pedirles que suavizasen las políticas soviéticas y en especial para solicitar más cooperación con los grupos locales y los líderes nacionales ucranianos. Propuso que el Gobierno soviético de Ucrania se ampliara para incluir a los socialdemócratas y a los borotbistas, que tenían más apoyo de los campesinos que los bolcheviques. Pidió poner fin a las confiscaciones de cereal y hacer concesiones a los campesinos ucranianos que estaban desertando en masa del Ejército Rojo.

En Moscú nadie los escuchó. La dura retórica continuaba. La política de acopio de cereal siguió adelante. Pero no tuvo éxito; Shlíjter solo consiguió enviar a Rusia 8,5 millones de *puds* de grano —139.000 toneladas—, un porcentaje ínfimo de lo que Lenin había exigido.[99]

A los bolcheviques de Kiev se los expulsó por segunda vez en agosto de 1919. A continuación, en las zonas rurales estalló el mayor y más violento levantamiento campesino de la historia moderna de Europa.

2
Levantamiento
1919

Pueblo ucraniano, ¡toma el poder! ¡Que no haya dictadores, ni bajo la forma de individuos ni de partidos! ¡Larga vida a la dictadura del pueblo obrero! ¡Larga vida a las manos encallecidas de los campesinos y los obreros! ¡Abajo los especuladores políticos! ¡Abajo la violencia de la derecha! ¡Abajo la violencia de la izquierda!

ATAMÁN MATVÍ HRIHÓRIEV, 1919 [1]

El año 1918 de Nuestro Señor fue grande y terrible, pero 1919 fue más terrible todavía.

MIJAÍL BULGÁKOV, 1926 [2]

Se dice que cuando bautizaron a Néstor Majnó la ropa del sacerdote prendió en llamas. Los campesinos lo interpretaron como una señal; estaba destinado a convertirse en un gran bandido. Cuando nació su primer hijo, ya tenía todos los dientes. Los campesinos lo interpretaron como otra señal; significaba que era el Anticristo.[3] El hijo de Majnó falleció, y la historia del bautismo de su padre cayó en el olvido. Pero los rumores sumamente contradictorios acerca de Majnó, el líder más poderoso y con toda probabilidad más carismático de los campesinos ucranianos que surgió del caos de 1919, continuaron circulando incluso después de su muerte. Trotski calificó a los seguidores de Majnó de «kulaks saqueadores» que se dedicaban a «arrojar polvo a los ojos de los campesinos más ignorantes y atrasados».[4] Piotr Arshínov, un anarquista ruso que admiraba a Majnó, lo describió como un hombre que había unificado «el movimiento insurreccional y revolucionario de los campesinos y los obreros de Ucrania». Cuando «a lo largo y ancho del país

las masas se agitaron y se lanzaron a la revuelta y al combate», Majnó «trazó el plan de la lucha, y acuñó también las consignas de la época».[5]

Distinguir los hechos de las leyendas que rodean al levantamiento campesino ucraniano de 1918-1920 no es tarea fácil; para empezar, muchos de los líderes principales, entre ellos Majnó, interpretaron numerosos papeles y cambiaron a menudo de bando. Al principio Majnó era un activista revolucionario de Zaporizhia, en el sudeste de Ucrania. La policía zarista lo arrestó en repetidas ocasiones y estuvo en una cárcel de Moscú desde 1908 hasta 1917. Ahí entabló amistad con Arshínov, entre otros, y le adoctrinaron en la ideología del anarquismo. Aunque era una filosofía radical y contra el *statu quo*, no estaba del lado de los bolcheviques ni de los nacionalistas ucranianos; Majnó quería destruir el Estado, no fortalecerlo. Salió de la cárcel en 1917, tras la Revolución de Febrero, volvió a Zaporizhia y comenzó a organizar la Unión de Campesinos. Esta se convirtió con rapidez en un ejército de campesinos insurrectos que controlaban lo que Trotski describió despectivamente como «el estado apenas conocido» de Huliaipole, un territorio alrededor del pueblo natal de Majnó que se negaba a reconocer la autoridad de Kiev.

Los hombres de Majnó, a los que unas veces llamaban el Ejército Negro —luchaban bajo la bandera anarquista negra— y otras majnovistas (*majnóvshchina*), tomaron las armas contra Pavló Skoropadski y sus aliados alemanes y austriacos, así como contra Simon Petliura y sus fuerzas nacionalistas ucranianas. Parte de su rabia obedecía a motivos puramente locales; entre otras cosas, consideraban a los terratenientes menonitas del este de Ucrania como explotadores «alemanes» que merecían perder sus tierras. Pero también tenían objetivos más generales. Ya que no simpatizaban ni con los «blancos» ni con la Rada Central de Ucrania, los anarquistas de Majnó se aliaron con los bolcheviques. Sus fuerzas los ayudaron a establecer el primer y breve Gobierno bolchevique de Ucrania a principios de 1918.

Como era de esperar, la relación se rompió. El anarquismo de Majnó no casaba bien con el instinto controlador de los bolcheviques, y a Majnó tampoco le interesaban los métodos autoritarios de estos últimos. En 1920 Majnó pidió a los soldados del Ejército Rojo que desertasen.

> Hemos expulsado a los tiranos austroalemanes, hemos aplastado a los verdugos denikinistas [de la Rusia imperial] y hemos combatido contra Petliura; ahora estamos luchando contra el dominio de la autoridad del comisario, la dictadura del Partido Comunista bolchevique, que ha posado su mano férrea sobre la vida de los obreros; los campesinos y los obreros de Ucrania protestan bajo su yugo […]. Pero, camaradas del Ejército Rojo, nosotros os

consideramos hermanos de sangre con quienes querríamos continuar la lucha por una liberación de verdad, por un sistema soviético real sin la presión de partidos o autoridades.[6]

A pesar del desprecio de Trotski, la popularidad de esos sentimientos se extendió mucho más allá de Huliaipole. La creencia de que los ucranianos defendían el «sistema soviético real sin la presión de partidos o autoridades» —un socialismo sin bolchevismo— estaba muy extendida y era realmente atractiva, y por lo tanto llegó a muchísimas personas que ni siquiera habían oído hablar de Majnó. Al igual que los marineros de Kronstadt y los campesinos de Tambov, que también se sublevaron en 1920 y 1921, decenas de miles de ucranianos de las zonas rurales querían una revolución social sin la centralización del poder ni la represión que procedía de Moscú. Un panfleto que circuló por las regiones centrales de Ucrania, dirigido al «camarada del Ejército Rojo», concretaba este sentir:

> Habéis ido a Ucrania guiados por comisarios comunistas rusos y judíos que os dicen que luchan por el poder soviético en Ucrania, pero que en realidad están conquistando el territorio. Os dicen que os llevan a luchar contra los campesinos ucranianos, pero en realidad están luchando contra obreros y campesinos pobres de Ucrania […].
>
> Los campesinos y obreros ucranianos no pueden aceptar que los ejércitos rusos conquisten y saqueen Ucrania; no pueden aceptar la opresión de la lengua y la cultura ucranianas, como sucedió bajo el dominio zarista […].
>
> Hermanos, no utilicéis vuestras armas contra los campesinos y obreros de Ucrania, hacedlo contra vuestros comisarios comunistas, que también torturan a vuestro desventurado pueblo. [7]

Un testigo que viajó a Ucrania en una misión de la Cruz Roja utilizó las siguientes palabras para explicar el pensamiento ucraniano:

> Se creó una fraseología campesina especial: «Somos bolcheviques —decían los campesinos ucranianos—, pero no comunistas. Los bolcheviques nos dieron tierras, pero los comunistas nos quitaron nuestro cereal sin darnos nada a cambio. No permitiremos que el Ejército Rojo nos cuelgue la comuna del cuello. ¡Abajo la comuna! ¡Larga vida a los bolcheviques!».[8]

La terminología de la época resultaba tan confusa que esas frases podrían haber sido escritas del revés sin ningún problema: «¡Abajo los bolcheviques! ¡Larga vida a la comuna!». Pero en el fondo estaba claro: los campesinos ucranianos querían un tipo de revolución, pero habían conseguido algo totalmente diferente.

Un lenguaje igual de revolucionario y antibolchevique atrajo asimismo a los seguidores de Matví Hrihóriev, otro líder carismático que emergió del caos de 1919. A primera vista, Hrihóriev y Majnó no podrían ser más distintos. Cosaco y exmiembro del Ejército Imperial ruso, al principio aquel había apoyado el régimen de Skoropadski, que le había garantizado el rango

de coronel. Entonces llegó la decepción y creció su ambición. Hrihóriev reunió a su alrededor a una banda de seguidores leales —según un informe, ciento diecisiete grupos guerrilleros que sumaban entre seis mil y ocho mil soldados—, se alió con un grupo de jefes campesinos tan idiosincrásico como el suyo y dejó de apoyar al régimen títere de Alemania para dar su respaldo a Petliura.[9]

El Directorio, la fuerza nacional que dirigía Petliura, concedió a Hrihóriev el título de «atamán de Zaporizhia, Olexandría, Jersón y Táurida». Charlatán y fanfarrón, Hrihóriev utilizaba el lenguaje de la izquierda radical, al igual que Majnó. Comparaba a los invasores austriacos y alemanes con la odiada «burguesía» que se había confabulado para que Ucrania siguiese siendo pobre. En un ultimátum que lanzó en el otoño de 1918, señaló lo siguiente:

> Yo, el atamán Hrihóriev, en nombre de los guerrilleros a los que dirijo contra el yugo de la burguesía, con la conciencia tranquila, declaro ante todos ustedes, que han aparecido aquí, en Ucrania, como instrumentos ciegos en manos de la burguesía, que no son ustedes demócratas, sino traidores a todos los demócratas europeos.[10]

En cuanto quedó claro que el Directorio caería ante el Ejército Rojo, Hrihóriev volvió a cambiar rápidamente de bando y unió sus fuerzas a las de los bolcheviques. Esta alianza fue incluso menos estable que el pacto entre Majnó y el Ejército Rojo. Un corresponsal de guerra soviético que viajaba con los hombres de Hrihóriev observó con inquietud la mala organización de las tropas, su afición a saquear y el antisemitismo «grabado en la conciencia» de los soldados. Citó las bromas de alguno de los comandantes sobre el día en que volverían a tomar las armas contra los «judíos comunistas».[11] Opinaba que ese tipo de discurso no presagiaba nada bueno en una alianza a largo plazo con los bolcheviques.

Tampoco funcionó a corto plazo. La comunicación entre Hrihóriev y los comandantes del Ejército Rojo se rompía a menudo, sobre todo cuando él quería. Al final, la colaboración llegó a su fin y en mayo de 1919 Hrihóriev pidió a sus seguidores que se sublevasen contra el régimen soviético de Kiev que aún se aferraba al poder. Su declaración grandilocuente era una suma de ideas contradictorias —nacionalistas, anarquistas, socialistas y comunistas— que probablemente reflejaran con bastante fidelidad los sentimientos de los campesinos ucranianos que ya habían visto a varios ejércitos abrirse camino por sus tierras.

> ¡Que no haya dictadores, ni bajo la forma de individuos ni de partidos! ¡Larga vida a la dictadura del pueblo obrero! ¡Larga vida a las manos encallecidas de los campesinos y los

obreros! ¡Abajo los especuladores políticos! ¡Abajo la violencia de la derecha! ¡Abajo la violencia de la izquierda![12]

Los bolcheviques respondieron a esa retórica con la suya. Denunciaron el «levantamiento kulak», a los «bandidos kulaks» y a los «traidores kulaks». Por supuesto, la palabra «kulak» ya había adquirido un significado más general, mucho más allá de «campesino rico». Ya en 1919, se podía condenar a cualquiera que tuviese depósitos de grano sobrante —y a cualquiera que se opusiera al poder soviético—. Una década más tarde, Stalin no necesitaría inventar una palabra nueva para el mismo tipo de enemigo.[13]

Pero, en 1919, proferir insultos no ayudó a la causa soviética. A principios del verano, tanto Hrihóriev como Majnó se habían alejado de una vez por todas de los bolcheviques. También lo habían hecho los guerrilleros, los atamanes y los líderes locales; había un único aspecto en el que todos ellos coincidían: sus aspiraciones revolucionarias a obtener tierras y alcanzar el autogobierno se habían visto frustradas por los nacionalistas ucranianos, los alemanes y sobre todo los bolcheviques. Atraídos por la consigna «¡Por el poder de los sóviets, sin comunistas!», los soldados campesinos desertaron en masa del Ejército Rojo y se unieron a otros grupos. Olexánder Shlíjter contabilizó noventa y tres «actos contrarrevolucionarios» solo en el mes de abril.[14] Según otro cálculo, hubo trescientos veintiocho levantamientos diferentes en junio, ataques de campesinos contra funcionarios soviéticos o el Ejército Rojo. En el mes de julio, Christian Rakovski contabilizó más de doscientas rebeliones antibolcheviques en un periodo de veinte días.[15]

La palabra «caos» se queda corta para explicar o entender lo que sucedió después. Majnó y Hrihóriev lucharon contra el Ejército Rojo, el Ejército Blanco, el Directorio y, al final, el uno contra el otro. En julio una reunión entre las fuerzas rebeldes acabó en un tiroteo, cuando el representante de Majnó sacó un arma y asesinó a Hrihóriev y a varios de sus edecanes. Antón Denikin, el general del Ejército Blanco, comenzó una nueva campaña, y ocupó primero la querida Tsaritsin de Stalin y luego avanzó hacia el interior de Ucrania, donde en junio capturó Járkiv y Katerinoslav (Dnipropetrovsk). Un mes más tarde también se hizo con Poltava. Mientras tanto, las fuerzas de Petliura avanzaron desde el oeste y tomaron de nuevo Kiev, para volver a perderla poco después.

Al final, Kiev cambió de manos más de una docena de veces solo en 1919. Richard Pipes describió memorablemente aquel año en Ucrania como «un periodo de anarquía total».

> Todo el territorio se dividió en incontables regiones aisladas unas de otras y del resto del mundo, dominadas por bandas de campesinos o saqueadores que robaban y mataban con total impunidad […]. Ninguna de las autoridades que afirmaron tener a Ucrania bajo su control durante el año posterior al derrocamiento de Skoropadski llegó a ejercer soberanía alguna. A los comunistas, que durante todo ese tiempo observaron lo que estaba sucediendo e hicieron todo lo posible para hacerse con el poder, tampoco les fue mejor que a los nacionalistas ucranianos o sus rivales, los rusos blancos.[16]

Para la gente de a pie, la falta de legalidad significaba que abusaban constantemente de ellos. Heinrich Epp, miembro de la minoría menonita de Ucrania, recordaba que su comunidad estaba a merced de quienquiera que pasase por el lugar.

> La mayoría de las veces no teníamos un gobierno real a todos los efectos. No había ni leyes ni policía […]. Durante el día, los que nos visitaban una y otra vez eran sobre todo nacionalistas rusos de la región u hombres jóvenes. Cada vez que venían se llevaban algo que les apetecía como si fuese propiedad suya […]. Pero las noches eran mucho más aterradoras, cuando aparecían los llamados bandidos, pues era raro que una de esas visitas se desarrollase sin el sacrificio de alguna vida.[17]

Cada cambio de poder iba acompañado de un cambio de política. Cada vez que el Ejército Blanco de Denikin se hacía con el mando de una región, devolvía las propiedades confiscadas a los terratenientes. Siguiendo la tradición zarista, también cerraba las bibliotecas, los centros culturales, los periódicos y los colegios ucranianos. Con sorna, los hombres de Denikin no hablaban de Ucrania sino de «la pequeña Rusia», y por lo tanto se ganaron la enemistad de toda fuerza ucraniana que se hubiese unido a ellos.[18]

Cada vez que el Ejército Rojo se hacía con el poder, los comisarios bolcheviques organizaban una matanza de la «aristocracia» y la «burguesía» —lo cual podía significar cualquier persona que se opusiera a ellos— y volvían a dar poder a los comités de campesinos pobres, ayudándolos a robar a los vecinos más ricos. En Odesa los líderes bolcheviques armaron a dos mil cuatrocientos delincuentes, los pusieron bajo el control del criminal más famoso de la ciudad, Misha el Japonés —un personaje de los cuentos de Isaak Bábel—, y les permitieron saquear la ciudad.[19] En Kiev se oían historias de una torturadora llamada Rosa.

> Hacía que atasen a un soldado capturado a unos clavos en la pared, y entonces se sentaba a cierta distancia con un revólver en la mano. Le daba una breve charla sobre el proletariado y cada diez minutos enfatizaba sus comentarios con un disparo para destrozar una a una las articulaciones más importantes del soldado.[20]

Mientras tanto, los diez mil hombres de caballería y los cuarenta mil soldados de infantería de Majnó, que transportaban su artillería en carretas,

socavaban a quienquiera que detentase el poder. En total, su Ejército Negro mató a más de dieciocho mil soldados de Denikin, debilitó mucho sus fuerzas y probablemente le arrebató lo que podría haber sido una victoria frente a los bolcheviques.[21] En las regiones que ocuparon, incluidos los asentamientos alemanes de menonitas del sur de Ucrania, algunos de los hombres de Majnó también atacaron a civiles con tanto desenfreno que parecían estar trastornados. En su autobiografía, que se titula de manera evocadora «El día que acabó el mundo. 7 de diciembre de 1919, Steinbach, Rusia», Epp recordaba que yendo de casa en casa por la aldea de Steinbach descubrió que habían matado a todos los habitantes. En cada vivienda, abría la puerta y encontraba cadáveres.

> La siguiente casa era la de los Hildebrandt, la de mi prima María […]. Ahí vi una escena de horror indescriptible que no olvidaré mientras siga vivo. La señora Hildebrandt yacía en el pequeño dormitorio, justo tras la puerta que daba a la habitación de la esquina, completamente desnuda. Le habían arrancado el brazo, que estaba en el centro de la habitación. Su bebé más pequeño yacía muerto en la cuna. Le habían cortado la cabeza. Era una de las mujeres a las que habían violado, antes y después de haberla asesinado.

Mientras Epp se encontraba ahí, llorando a sus amigos y familiares, los campesinos comenzaron a congregarse en la aldea.

> Entonces empezaron los robos; toda propiedad, movible o inamovible, con o sin vida, pasó a sus manos. En cierto lugar, vi cómo una mujer giraba un cadáver para quitarle el abrigo. Lo manejaba como si fuese una cabeza de ganado.[22]

Las atrocidades de uno de los bandos alimentaban la cólera de los otros. Cuando en agosto de 1919 el Ejército Blanco conquistó Járkiv, se exhumaron los cadáveres de oficiales recién enterrados en unas zanjas poco profundas de un parque público. Encontraron pruebas de que «les habían clavado las charreteras en la piel mientras aún estaban vivos. En algunos casos, les habían colocado brasas en el abdomen y luego habían ejercido presión, y a algunos les habían arrancado la cabellera». Obviamente, esos descubrimientos avivaron la sed de venganza de aquellos que ya la sentían.[23]

Los conflictos se desataron no solo entre ejércitos y grupos étnicos, sino que también hubo dentro de las aldeas. En Velike Ustia, en la provincia de Cherníhiv, la violencia entre «el comité de campesinos pobres» y los «kulaks» estalló durante las elecciones al consejo municipal.

> Los miembros del *komnezam* se prepararon, estaban decidiendo quién debía nombrar a quién, quién debía elegir a candidatos para el presídium, cómo debían contabilizarse los votos y otros detalles […] pero los kulaks también se prepararon, empezaron a nombrar a agentes kulaks. Al ver que los campesinos pobres y medios se unían y tenían mayoría sobre los agentes kulaks, estos últimos empezaron una pelea a puñetazos en el edificio, en un intento de

> como mínimo alterar la reunión; pero los activistas del *komnezam* no se contuvieron, empezaron a sofocar la pelea y arrojaron a los agresores por la ventana. La reunión continuó como era debido, bajo una democracia absoluta.[24]

Poco después, esos mismos miembros del *komnezam* atacaron a los kulaks y se llevaron su pan a la fuerza, «para entregárselo a los órganos del poder soviético». También participaron en «la lucha contra el bandidaje», enfrentándose a varios tipos de lo que ellos llamaban «bandas de kulaks» y en un momento dado pidiendo ayuda a la milicia. Según relató uno de ellos, «la milicia y los activistas del *komnezam* atraparon a los bandidos cerca del cementerio. Durante el tiroteo, los bandidos se escondieron; después de eso no volvieron a aparecer por la aldea y pronto fueron aniquilados por completo».[25]

Las matanzas fueron sucediéndose una tras otra. La resistencia de los campesinos enfurecía a los bolcheviques, sobre todo porque desbarataba su determinismo histórico; se suponía que los pobres debían apoyarlos, no luchar contra ellos. Conscientes de que eran una minoría que luchaba contra la mayoría, los bolcheviques aumentaron su brutalidad, exigiendo a veces el asesinato de cientos de campesinos como contrapartida a la muerte de un comunista o pidiendo que se exterminase a todos los hombres adultos de una aldea.[26]

Las tragedias de aquellos años terribles quedaron grabadas en la memoria del lugar durante décadas, alimentando el hambre de venganza en todos los bandos. Pero parte de la violencia más brutal la sufrió un grupo que buscaba alejarse todo lo posible del conflicto.

En el otoño de 1914 un joven soldado ruso llamado Maxim escribió una alegre carta a su familia desde el frente austriaco. La misiva empezaba mostrando un respeto reverencial por su padre y todos sus familiares, y con el deseo de que «Dios os dé una buena salud y toda la felicidad del mundo». Pero a continuación se mostraba preocupado. Su unidad había sufrido una derrota de la que él culpaba a espías judíos que, según creía, habían instalado una línea telefónica secreta para informar al enemigo. Desde entonces, él y sus camaradas habían estado «saqueando y golpeando a los judíos como se merecían, ya que solo quieren engañarnos a todos».[27]

Por supuesto, Maxim no fue el primero a quien se le ocurrió la idea de que los judíos eran unos traidores; en 1914 el antisemitismo estaba muy extendido en el ejército imperial, en igual medida que lo estaba en la sociedad rusa,

incluso en los estratos más elevados. El zar Nicolás II era un antisemita especialmente entusiasta, ya que para él los judíos simbolizaban todo lo detestable del mundo moderno. En una ocasión, el emperador describió un periódico como un lugar donde «siempre hay algún judío […] que hace negocio avivando las pasiones de los pueblos para enfrentarlos unos contra otros».[28] Durante su reinado, la policía imperial secreta, la Ojrana, había redactado «Los protocolos de los sabios de Sion», una famosa farsa que hablaba de una conspiración judía para gobernar el mundo. En 1905 el Estado también había estado involucrado en una oleada de pogromos en toda Rusia. Teniendo en cuenta la actitud general, era de esperar que en 1914 la cúpula del ejército sospechase que los judíos «se habían unido al enemigo utilizando teléfonos y aviones secretos» y que abastecían a las tropas alemanas de oro que pasaban de contrabando por el frente de batalla oculto en los estómagos del ganado y en huevos de ganso.[29] Las enrevesadas teorías conspirativas sobre traiciones de judíos proporcionaban una explicación verosímil a los hechos más desagradables: la derrota de una unidad, la pérdida de una división, la mala actuación de todo un ejército.

Esa misma creencia sobre la traición de los judíos, que ya había sido común antes de la Revolución de Febrero, sentó las bases para una serie de espantosas matanzas que tendrían lugar en los años siguientes. Entre 1918 y 1920 combatientes de todos los bandos —los blancos, el Directorio, los polacos y los bolcheviques— mataron al menos a cincuenta mil judíos en más de mil trescientos pogromos por toda Ucrania, según los estudios más aceptados, aunque algunos elevan la cifra hasta los doscientos mil. También hirieron y violaron a decenas de miles. Quemaron varios *shtetls* hasta los cimientos. Varias comunidades judías perdieron todos sus bienes materiales debido al chantaje de los soldados, pues los amenazaban con matarlos si no saldaban las deudas. En un pueblo llamado Proskúriv (actualmente Jmelnitski), los disturbios causados por los bolcheviques llevaron a la muerte de mil seiscientas personas en el transcurso de dos días. Miles de judíos huyeron de la violencia para acabar falleciendo en Kiev a causa del hambre y las enfermedades. Cuando las tropas de Denikin abandonaron la ciudad en diciembre de 1919, se encontraron unos dos mil quinientos cadáveres de judíos en los albergues temporales para refugiados.[30]

Ofrecer una explicación completa de esta infame oleada de violencia antisemita va más allá de los objetivos de este libro, sobre todo porque diversos autores que buscaban demostrar la inocencia o la culpabilidad de los bolcheviques, el Ejército Blanco y el Directorio seleccionaron con sumo

cuidado muchas de las pruebas. Un amplio abanico de fuentes dejan claro que todos los bandos perpetraron crímenes. Hrihóriev no intentó esconder su antisemitismo agresivo, y Denikin y sus generales llevaron a cabo con sumo entusiasmo pogromos a modo de represalia contra la Checa «judía» y los bolcheviques «judíos». Un periodista británico que viajó durante un tiempo con Denikin documentó que los oficiales y los hombres del general blanco, en línea con su educación zarista, «culpaban a los hebreos de prácticamente todos los problemas del país».

> Sostenían que todo el cataclismo ha sido planeado por alguna sociedad secreta misteriosa e importante de judíos internacionales que, con el dinero y las órdenes de los alemanes, han aprovechado el momento psicológico y han tomado las riendas del Gobierno […]. Entre los oficiales de Denikin esta idea se convirtió en una obsesión de tan terrible virulencia e intensidad que los llevó a hacer las más salvajes y descabelladas afirmaciones.[31]

Por el contrario, Petliura no utilizaba un lenguaje antisemita. Había sido miembro de la Rada Central, que había incluido deliberadamente a judíos entre sus líderes, y en más de una ocasión se había esforzado en alejar a sus hombres del antisemitismo. «Porque Cristo lo ordena, os pedimos a todos que ayudéis a las víctimas judías», manifestó. Durante su breve mandato, el Gobierno había concedido un estatus autónomo a los judíos de Ucrania, fomentado los partidos políticos judíos y financiado publicaciones en yidis.[32]

Pero no todos los soldados del Directorio sentían el mismo grado de fidelidad hacia su comandante, y los resultados sobre el terreno solían variar. En 1921, un comité de la Cruz Roja se reunió con uno de los generales de Petliura en Berdíchiv. «De una forma cínica, abusó de todos los judíos y los acusó de dar su apoyo a los bolcheviques».[33] Ese mismo comité informó a otro general de que los líderes del Directorio habían ordenado poner fin a los pogromos. Este respondió que «el Directorio era un títere en manos de los diplomáticos, la mayoría de ellos judíos», y que haría lo que él quisiera.[34]

Los dirigentes bolcheviques también se opusieron formalmente a los pogromos, aunque eso no evitó que los soldados del Ejército Rojo chantajeasen a las comunidades judías o les robasen el dinero. En octubre de 1920 Lenin fue informado de que en la provincia de Zhitómir los soldados del Ejército Rojo estaban «aniquilando a la población judía por el camino, saqueando y asesinando». A pesar de que Majnó lo negaba, sus seguidores también eran responsables de ataques contra los judíos, así como algunos soldados polacos.[35]

Pero la violencia más intensa se daba en las zonas que no estaban bajo ningún tipo de control político. El mayor daño lo causaban las unidades militares en proceso de desintegración o los bandidos que no sentían una especial lealtad hacia nadie.[36] Simon Leib-Rabinóvich, un comerciante judío, describió en una declaración lo sucedido en Piskí, una aldea cercana a Rádomisl, cuando en 1919 veinte miembros de la «banda de Struk» se hicieron con el poder. La primera mañana se llevaron como rehenes a los judíos de la aldea hasta que aceptaron pagar mil ochocientos rublos. Unos días más tarde la mayoría de ellos se marcharon por un tiempo, después de que los bolcheviques atacasen el lugar. Cuando volvieron, descubrieron que habían saqueado sus hogares y que los vecinos se habían repartido sus posesiones. Leib-Rabinóvich se dirigió a uno de ellos y le pidió que le devolviese su colchón de plumas.

> Se abalanzó sobre mí como una bestia salvaje; ¿cómo me atrevía a exigirle nada a él, el jefe de la aldea? Me arrestaría y me entregaría a los estruquistas por comunista. Me di cuenta de que algo había cambiado en mi vecino. Antes era apacible y muy escrupuloso, y siempre era amable conmigo. Comprendí que ya no podía quedarme en ese lugar. Tenía que marcharme para poder salvar mi vida.[37]

Leib-Rabinóvich escapó. Al día siguiente la banda de Struk se llevó a toda la población judía del pueblo a un campo, les quitaron todas sus ropas y posesiones, les exigieron dinero y asesinaron a todo aquel que no podía pagar.

En Makáriv, una gran aldea del distrito de Kiev, hubo escenas similares durante 1919. El primer ataque lo organizó uno de los señores de la guerra de la zona. Su banda, que un escritor de memorias describió como un grupo de «adolescentes descalzos, armados con fusiles», apareció en la aldea en junio. Los judíos se ocultaron «como ratones en sus agujeros»; los jóvenes, «que se habían divertido con las balas», comenzaron a destrozar los puestos del mercadillo. Su líder, Matvienko, invitó a los campesinos locales a unirse. Al final, los judíos aceptaron negociar.

> —Cincuenta mil —dijo Matvienko.
> —Los conseguiremos.
> —En dos horas —añadió, con un aire sombrío.
> Cumplieron la exigencia.[38]

Unos días más tarde Matvienko volvió a por más, y esta vez se llevó también objetos de valor y vestimentas. Unas semanas después exigió seis judíos de la localidad como rehenes; quería intercambiarlos por su hermano, a quien los bolcheviques habían capturado mientras luchaban en la región. Cuando los judíos preguntaron por qué tenían que ser ellos, se encogió de

hombros. «Los comunistas son judíos y todos los judíos son comunistas». Se llevaron a seis rehenes, y dos semanas más tarde Matvienko exigió que la comunidad le pagase otros ciento cincuenta mil rublos si quería recuperarlos. Poco después los campesinos de la zona decidieron jugar al mismo juego, y también comenzaron a exigir dinero y rehenes. Entonces llegaron los bolcheviques, con nuevas exigencias, y luego volvió Matvienko. Los judíos enviaron una delegación a su encuentro, y esta vez abrió fuego ahí mismo contra todos ellos. Después, sus hombres recorrieron la aldea en busca de judíos y mataron a todos los que encontraban a su paso. «En total, asesinaron a unas cien personas. Por supuesto, robaron todas sus pertenencias».[39]

La violencia contra los judíos marcó a quienes la presenciaron, la perpetraron y la sufrieron. Los pogromos, como la guerra civil, contribuyeron a brutalizar a la población, que pronto aprendió a satisfacer los deseos de los hombres armados. Los métodos empleados en los pogromos también resonaron durante la campaña de recolección de cereal de 1921, cuando Lenin propuso tomar rehenes para forzar a los campesinos a entregar sus reservas. También aparecieron en la campaña de colectivización de una década más tarde, cuando intimidaban a los kulaks utilizando exactamente los mismos métodos empleados en 1919. Al igual que habían hecho con los judíos, rodeaban a los kulaks, los dejaban en ropa interior, les chantajeaban para que entregasen todas sus posesiones, los humillaban y los ridiculizaban, y a veces les disparaban.

Los pogromos también presagiaban de otra forma lo que sucedería más tarde. Del mismo modo que algún día utilizarían la historia, el periodismo y la política para cubrir la hambruna y distorsionar los hechos de la historia ucraniana, los propagandistas soviéticos también trataron de servirse de los pogromos para desacreditar al movimiento nacionalista. Durante décadas, los historiadores soviéticos describieron a Petliura como poco más que un antisemita. Negaron el papel de los bolcheviques en los pogromos y que el Directorio o la Rada Central hubiesen representado un verdadero movimiento nacional. En lugar de ello, vincularon el nacionalismo ucraniano con los saqueos, los asesinatos y sobre todo con los pogromos. Se esforzaron muchísimo por recabar «declaraciones» contra Petliura y los generales con los que se relacionaba, y para publicarlos en diferentes idiomas.[40] A Petliura lo mataron en París en 1926; el asesino era un ruso judío llamado Sholom Schwartzbard que afirmó haberlo hecho en venganza por los pogromos. Aunque Schwartzbard no fuese directamente un agente soviético, como

muchos pensaron en la época, no cabe duda de que la propaganda soviética que demonizaba a Petliura le había servido de inspiración.

Las comunidades ucranianas de París y de otros lugares tomaron represalias. Publicaron varios panfletos del Directorio, así como las declaraciones de Petliura de 1919 en las que pedía a los soldados ucranianos que defendiesen a los judíos.[41] Por supuesto, no explicaron que muchos de los generales de Petliura habían desafiado a su líder y se habían guiado por una política completamente diferente. De las muchas cosas que se perdieron en la guerra propagandística entre la Unión Soviética y el nacionalismo ucraniano, ninguna lo hizo con tanta rapidez como los matices.

La revuelta de los campesinos ucranianos devastó las zonas rurales y creó divisiones que jamás acabarían de cicatrizar. También alteró en profundidad la percepción que los bolcheviques tenían de Ucrania. Si antes habían tendido a menospreciarla como la «Rusia del sudoeste», una provincia sin ningún interés verdadero aparte de sus ricas tierras y su abundante comida, las vivencias de 1919 hicieron que la considerasen como potencialmente peligrosa y volátil, y a los campesinos e intelectuales ucranianos como una amenaza al poder soviético.

El levantamiento también les enseñó a ver a Ucrania como una fuente de futuras amenazas militares, puesto que el caos ahí fue la razón de que la última campaña de Denikin estuviera a punto de triunfar. En agosto, tras el sangriento verano de 1919, Denikin se apoderó de Kiev. Tomó Kursk el 20 de septiembre y Orel el 13 de octubre. Llegó a doscientos kilómetros de Moscú, tan cerca que habría podido ocupar la ciudad. Si Denikin hubiese sellado una alianza con las fuerzas nacionales ucranianas, habría podido derrocar al régimen bolchevique incluso antes de que este hubiera empezado su andadura. Sin embargo, sus políticas agrarias, tan poco populares, su oposición a las instituciones ucranianas y las tácticas brutales de sus oficiales hicieron que los guerrilleros ucranianos atacasen sus líneas de abastecimiento. Su dominio del territorio ucraniano se debilitó con rapidez y acabó retirándose.

Pero la ofensiva de Denikin también sentó las bases para un nuevo ataque contra el poder bolchevique. Mientras el Ejército Blanco retrocedía, Petliura preparó una última batalla junto con Józef Piłsudski, el líder nacional polaco que acababa de ayudar a su país a recuperar la soberanía. A diferencia de Denikin, Piłsudski no deseaba ocupar el centro o el este de Ucrania. Aunque

había incorporado lo que ahora es Ucrania occidental a la nueva República de Polonia, también tenía la esperanza de establecer un poderoso Estado ucraniano que sirviera de contrapeso a la Rusia soviética. El acuerdo alcanzado entre los dos líderes comenzaba «con la profunda convicción de que cada nación posee el derecho a decidir su propio destino y a tomar decisiones respecto a las relaciones que mantendrá con sus vecinos».[42] El propio Piłsudski emitió una proclama dirigida a los ucranianos, utilizando un lenguaje que los bolcheviques recordarían durante mucho tiempo.

> Los ejércitos de la República de Polonia, siguiendo mis órdenes, han avanzado hasta el interior de Ucrania. Quiero que los habitantes de este país sepáis que las tropas polacas eliminarán de vuestras tierras a los invasores contra los que habéis tomado las armas para defender vuestros hogares de la violencia, la conquista y el saqueo. Las tropas polacas solo permanecerán en Ucrania hasta que el legítimo Gobierno ucraniano asuma el poder.[43]

Los polacos y los ucranianos comenzaron su campaña conjunta en la primavera de 1920 y al principio no encontraron demasiada resistencia. El 7 de mayo el ejército de Piłsudski ocupó Kiev, tan pobremente defendida que sus soldados entraron en la ciudad en tranvía. Otro comandante del Ejército Blanco, el general Peter Wrangel, aceptó con cierto retraso unirse a ellos desde su base en Crimea.

Fue una ocupación breve. El 13 de junio el Ejército Rojo forzó la retirada de las tropas polacas, y a principios de agosto ya estaba a las afueras de Varsovia. Piłsudski lo hizo retroceder tras una batalla que se recordaría como el «milagro del Vístula». Las tropas polacas volvieron a adentrarse en Ucrania, pero al final no consiguieron crear un Estado ucraniano independiente. Piłsudski firmó un armisticio en octubre, y al año siguiente se suscribió un tratado fronterizo entre Polonia y la Unión Soviética.[44]

Pero el problema de Ucrania seguía siendo una gran amenaza en la imaginación bolchevique, incluso después de que los polacos se retirasen y el resto de los soldados del Ejército Blanco, varados en Crimea, se embarcaran y cruzasen el mar Negro. En una carta a sus camaradas, Trotski explicaba que sería difícil imponer la paz en ese territorio, ya que, a pesar de que el Ejército Rojo había obtenido una victoria militar, en Ucrania no se había producido ninguna revolución ideológica. «Hasta ahora, en Ucrania el poder soviético ha resistido (y no lo ha hecho bien) sobre todo gracias a la autoridad de Moscú, a los grandes comunistas rusos y al Ejército Rojo de Rusia».[45] Estaba claro lo que eso suponía: había sido la fuerza, no la ideología, lo que había conseguido llevar la paz a Ucrania. Y puede que algún día esa fuerza volviese a ser necesaria.

En otras palabras, la amenaza a la seguridad había menguado, pero la amenaza ideológica permanecía. Habían derrotado militarmente al nacionalismo ucraniano, pero este seguía resultando atractivo para la clase media que hablaba ucraniano, para la *intelligentsia* y para gran parte del campesinado. Peor aún, amenazaba a la unidad del Estado soviético, que seguía teniendo problemas para encontrar el modo de adaptarse a las diferencias nacionales. Lo más inquietante era que ese nacionalismo era capaz de atraer aliados extranjeros, sobre todo del otro de la frontera con Polonia.

El levantamiento ucraniano también planteó un riesgo más general para el proyecto bolchevique. La retórica radical, anárquica y antibolchevique utilizada en la revuelta de los campesinos había sacado a la luz una realidad. Millones de campesinos ucranianos habían deseado una revolución socialista, pero no una bolchevique y, obviamente, no una dirigida desde Moscú. A pesar de que sus líderes representaban un amplio abanico de ideologías, desde anarquistas hasta monárquicas, los aldeanos de todo el país habían expresado una serie coherente de creencias. Querían votar y elegir a sus propios representantes, no a los comunistas. Querían desposeer a los grandes terratenientes, pero querían ser ellos mismos quienes cultivasen la tierra. No querían volver a la «segunda servidumbre» que representaban las granjas colectivas. Aspiraban a que se respetaran su religión, su lengua y sus tradiciones. Querían poder vender su cereal a los comerciantes y odiaban la confiscación forzosa de sus productos agrícolas.[46]

Esta crítica —social pero no autoritaria, comunista pero no bolchevique— resonó con fuerza durante la década de 1920 y encontró un portavoz en el propio Trotski, entre otros. Pero la primera aparición de la «izquierda» antisoviética, y la más dañina de todas, se produjo en Ucrania. La «cruel lección de 1919», como llamaron a la revuelta de los campesinos ucranianos, acechó a los bolcheviques durante los años posteriores.[47]

3
Hambruna y armisticio
Década de 1920

Debemos dar una lección a esta gente ahora, para que en las próximas décadas ni siquiera se atrevan a plantearse la posibilidad de oponer resistencia.

LENIN, en una carta a Viacheslav Mólotov, 1922 [1]

Ya que nuestra literatura puede por fin seguir su propio camino de desarrollo […] no debemos, de ningún modo, seguir el camino ruso […]. Llevamos siglos cargando con la literatura rusa, nos ha enseñado a imitarla de manera servil.

MIKOLA JVILOVÍ, 1925 [2]

El armisticio con Piłsudski y la derrota de Denikin, el Directorio y una amplia variedad de rebeldes permitieron finalmente que a lo largo de 1920 y 1921 los bolcheviques impusieran en Ucrania una paz inestable. El baño de sangre no acabó de inmediato; el Ejército Negro de Majnó siguió combatiendo durante el verano de 1921, y algunas de las fuerzas de Petliura continuaron con la lucha ese mismo otoño a pesar de que el propio líder había huido. En Ucrania la Checa mató a cuatrocientos cuarenta y cuatro líderes rebeldes rurales durante la primera mitad de aquel año y calculó que miles de «bandidos» aún rondaban por el campo.[3] Félix Dzerzhinski, el sombrío fundador de la Checa, llevó personalmente a mil cuatrocientos hombres a Ucrania para ayudar a sus aliados locales a acabar con los bandidos.[4]

Los nuevos gobernantes de Ucrania, que no confiaban en el ambiente que se respiraba en Kiev, trasladaron la capital de la república a Járkiv, una ciudad situada en el este, más lejos de la frontera polaca, más cerca de Rusia y con un nutrido proletariado rusohablante. Las divisiones del Ejército Rojo

desplegadas en Ucrania siguieron teniendo un carácter extranjero, pues la mayoría de los soldados procedían de lejanos distritos rusos. En un discurso pronunciado en 1921, el comandante militar del Ejército Rojo en Ucrania y Crimea, Mijaíl Frunze, describió al Ejército Rojo estacionado en Ucrania como un 85 por ciento ruso y tan solo un 9 por ciento ucraniano. (El resto de sus miembros eran de «otras nacionalidades», como polacos y bielorrusos.)[5]

Esa «paz» inestable tampoco trajo prosperidad. Las oleadas de violencia habían desplazado a la gente y destruido aldeas, pueblos, carreteras y vías férreas. Las medidas políticas y las leyes de los bolcheviques habían creado una economía casi disfuncional. La abolición del comercio, la nacionalización de la industria, los experimentos con la colectivización fallidos y el empleo de los trabajos forzados habían hecho mella. «La industria estaba muerta», escribió un testigo.

> El comercio solo existía como violación de la ley soviética. La agricultura, aún en proceso de colectivización, casi había llegado al punto en el que, si se repartía lo producido, apenas bastaba para mantener a los habitantes del país. El caos administrativo y el deterioro físico del transporte ferroviario y fluvial hacían que la distribución fuese imposible. El hambre, la inanición y las enfermedades iban en aumento.[6]

Las perspectivas de futuro tampoco eran mejores. Esta vez, al menos oficialmente, había un Gobierno ucraniano al mando, dirigido por el Partido Comunista de Ucrania, una entidad independiente del Partido Comunista de la Unión Soviética, con un Politburó y un Comité Central propios. Pero a efectos prácticos las leyes se dictaban desde Moscú, y de un modo muy parecido a como se hacía en el pasado. A escala nacional, Trotski exigió la militarización de la economía y el uso de la confiscación y las brigadas de trabajo forzado, las mismas tácticas empleadas en los meses posteriores a la revolución de 1917.[7] En una visita a Járkiv, Stalin anunció la creación de un «Ejército Ucraniano del Trabajo», y en un discurso al Partido Comunista de Ucrania en 1920 sostuvo que las tácticas militares utilizadas para ganar la guerra civil podrían aplicarse a la economía. «Ahora tendremos que ascender, de entre los obreros, a suboficiales y oficiales de economía, para que enseñen a la gente a luchar contra la ruina y a construir una nueva economía […] para ello debemos formar nuestros oficiales del trabajo».[8]

Pero el lenguaje renovado del comunismo de guerra no resultaba atractivo para los campesinos soviéticos, y los «oficiales del trabajo» que ofrecían lecciones sobre la «nueva economía» apenas conseguían incentivarlos. En la práctica, el fin de la guerra civil había traído de vuelta la odiada *prodrazviorstka* de Shlíjter, la confiscación obligatoria de alimentos, y

también los *komnezami*, los comités de campesinos pobres de Ucrania. El partido no se arriesgaba; quería volver a aumentar su presión sobre los campesinos más ricos y asegurarse cierto control sobre los sóviets de las aldeas (el nombre dado por los bolcheviques a los consejos), muchos de los cuales estaban dirigidos por los mismos ancianos que en el pasado.

Para los campesinos, los comités de requisa recién afianzados no parecían tener escrúpulos. No cabía duda de que sus miembros, veteranos de la salvaje revuelta de campesinos, se estaban esforzando por obtener privilegios y protección en un mundo devastado y hambriento. Un campesino describió su actitud de manera muy concisa: «Si quieren, se llevan el cereal; si les apetece, nos arrestan; lo que quieren lo hacen».[9] Otro recordaba que parecía que nadie controlaba a los comités. «Dejaban que los *komnezami* actuaran por su cuenta, y su conciencia "revolucionaria" los guiaba en todas sus acciones». Quienes ocupaban los niveles más altos de la cadena de mando reforzaron conscientemente la sensación de impunidad. Las autoridades del partido informaron a un comité local de que debía encerrar durante quince días a cualquiera que diera señales de «contrarrevolución kulak». Si eso no funcionaba, entonces debían «dispararles».[10]

La crueldad con la que actuaban no era ningún secreto. Durante una reunión confidencial en el verano de 1920 los «comisarios de abastecimientos», los hombres encargados de organizar el acopio de cereal, estuvieron pensando en el «impacto que las confiscaciones tenían en la población». Tras un largo debate, tomaron una decisión: «No importa lo duras que puedan ser las confiscaciones para los lugareños […] los intereses del Estado siempre deben prevalecer».[11]

Esta actitud implacable creó una respuesta a su altura. Matví Havriliuk, un campesino que trabajó como requisador de cereal en 1921, recordaba los violentos sentimientos de aquel periodo en el testimonio que ofreció una década más tarde.

> En 1921, cuando el Estado necesitaba comida, trabajé en la brigada de acopio de alimentos recolectando pan de los kulaks de nuestra aldea y luego en cinco aldeas del distrito de Ruzhin, y ayudé a los escuadrones del ejército, que estaban desplegados fuera de la ciudad, a apresar a quienes propagaban la agitación de los kulaks. A pesar de que se trataba de tiempos muy difíciles, cuando los kulaks no querían entregar su grano e incluso me amenazaban con matarnos a mí y a mi familia, yo perseveré y me mantuve vigilante en defensa del poder soviético. Confisqué cereal bajo la supervisión del plenipotenciario especial Bredijin [de la Checa], que valoraba mucho mi labor. A partir de aquel momento aprendí a trabajar en la aldea, a organizar a las masas de campesinos pobres, a motivarlos para que participasen en la campaña. Ponerme del lado del poder soviético desde el principio también me convirtió en el enemigo de los kulaks de la aldea. Siempre peleaba con los kulaks […] se preocupan por sus propios intereses, no por los del Estado.[12]

Gracias a la «perseverancia» y la «vigilancia» de hombres como Havriliuk, nadie se libró de las grandes recolecciones de cereal de 1920. Las instrucciones de Lenin exigían explícitamente que se confiscase todo el grano, incluso el necesario para ser consumido de inmediato y para la cosecha del año siguiente, y había mucha gente dispuesta a acatar sus órdenes.[13]

En respuesta a ello, el entusiasmo de los campesinos por cultivar y almacenar cereal cayó en picado. Su capacidad para hacerlo habría sido muy baja de todas formas; en toda Ucrania y Rusia, hasta un tercio de los hombres jóvenes habían sido movilizados para luchar en la Primera Guerra Mundial. Un número aún mayor se habían unido a los ejércitos de la guerra civil, en un bando u otro, y cientos de miles no habían regresado. En numerosas aldeas no tenían suficientes hombres capacitados para trabajar en el campo, pero los que habían regresado y podían trabajar no tenían incentivo alguno para producir más cereal que el que sabían que se les confiscaría.

Así pues, en la primavera de 1920 los campesinos sembraron una extensión de terreno mucho menor que en cualquier año de la historia reciente, tanto en Ucrania como en Rusia.[14] Y esa tierra tampoco era especialmente fructífera, ya que aquella primavera resultó ser «calurosa y casi sin lluvia», como escribió un testigo. «En la siembra de primavera la tierra estaba agrietada y seca». Durante el verano y el invierno siguiente también llovió muy poco.[15] De resultas de ello, entre una quinta y una cuarta parte del cereal sembrado en el verano de 1921 se marchitó en el tallo.[16] Al final la sequía afectó a cerca de la mitad de las regiones productoras de alimentos del país, y las cosechas de casi una quinta parte de esas regiones fueron ruinosas.[17]

Por sí mismo, el mal tiempo habría podido causar adversidades, al igual que en el pasado, pero en combinación con las políticas confiscatorias de acopio de alimentos, la falta de hombres capacitados y las hectáreas de tierra sin cultivar, el resultado fue catastrófico. Antes de la revolución, las veinte provincias agrícolas más productivas de la Rusia imperial habían dado anualmente 20 millones de toneladas de cereal. En 1920 produjeron 8,45 millones de toneladas y en 1921 tan solo 2,9 millones.[18] En Stávropol, una provincia del Cáucaso septentrional, desapareció casi toda la cosecha.[19] En el sur de Ucrania las pérdidas fueron terribles. En 1921 la cantidad de cereal cosechado en la provincia de Odesa disminuyó a un 12,9 por ciento del recogido en años anteriores. Las provincias del sudeste, Katerinoslav, Zaporizhia y Mikoláiv, produjeron entre el 3,7 y el 5,1 por ciento de la

cosecha habitual. En otras palabras, cerca del 95 por ciento de esta no llegó a materializarse.[20]

Históricamente, los campesinos rusos y ucranianos habían sobrevivido al mal tiempo periódico y a las frecuentes sequías conservando y almacenando con cuidado el cereal que les sobraba. Pero en la primavera de 1921 no hubo excedentes; se les había confiscado todo. En vez de eso, la escasez de alimentos sumió enseguida en la hambruna a las provincias rusas del Volga —la amplia franja que cubre el territorio del curso medio y bajo del río—, a los Urales y al sur de Ucrania. A medida que el hambre entre los campesinos aumentaba, muchos de ellos abandonaban sus hogares en busca de comida. Más de cuatrocientos cuarenta mil refugiados huyeron tan solo de la región del Volga; algunos, erróneamente, en dirección a Ucrania. Algunos funcionarios que no disponían de la información adecuada dirigieron de manera deliberada a los huérfanos de Rusia, que estaba sumida en la hambruna, hacia Ucrania; pero al llegar se dieron cuenta de que allí no había ni orfanatos ni comida.[21]

Tal y como harían una década más tarde, los campesinos comenzaron a comer perros, ratas e insectos; hervían hierba y hojas, y se dieron casos de canibalismo.[22] Un grupo de refugiados que consiguió subir a un tren que iba a Riga desde Sarátov, una ciudad portuaria situada a orillas del río Volga, en el corazón del distrito azotado por la hambruna, describió cómo era la vida allí.

> Había viejas carretas de la basura que todos los días recogían los cadáveres como antes recogían los desechos […] vimos muchos casos de peste bubónica en las calles. La prensa soviética nunca mencionaba eso, los funcionarios trataban de que el público no tuviera noticia de la peste […].
>
> El Gobierno soviético denuncia que los campesinos están abandonando a sus hijos. Eso no es verdad. Es cierto que algunos padres entregan a sus hijos al Estado, que les promete cuidar de ellos y no lo hace. Otros los arrojan al Volga, pues prefieren ver cómo se ahogan a ser testigos de cómo los crían bajo la fe del comunismo, que consideran la doctrina del Anticristo.[23]

Al igual que harían una década después, las víctimas de la hambruna trataron de escapar de las áridas zonas rurales y se reunieron en los improvisados campos de refugiados de las ciudades y alrededor de las estaciones de tren, donde vivían en vagones abandonados y «se apiñaban en masas apretadas como una colonia de focas, las madres y los pequeños muy juntos».[24] Un periodista estadounidense, F. A. Mackenzie, describió la escena de la estación de Samara:

> Había muchachos, cadavéricos y altos, más flacos de lo que cualquier occidental pueda concebir como delgadez, cubiertos de harapos y tierra. Había ancianas, algunas sentadas medio inconscientes en el suelo, aturdidas por el hambre, la miseria y la desgracia […]. Había madres pálidas que trataban de amamantar a bebés moribundos con sus pechos sin leche. Si un nuevo Dante apareciese entre nosotros, podría escribir un «Infierno» nuevo tras visitar una de estas estaciones ferroviarias.[25]

Pero esta primera hambruna soviética se diferenció de la que tendría lugar una década más tarde en un aspecto enormemente importante: en 1921 la hambruna generalizada no se mantuvo en secreto y, lo que es más importante, el régimen trató de ayudar a las víctimas. El propio *Pravda* anunció su existencia cuando el 21 de junio afirmó que veinticinco millones de personas pasaban hambre en la Unión Soviética. Poco después el régimen autorizó la creación de un «Comité Panruso para la Hambruna», compuesto por figuras políticas y culturales no bolcheviques. Se formaron comités de apoyo mutuo para socorrer a los hambrientos.[26] Luego hubo peticiones de ayuda internacional, siendo la más conocida la que hizo el escritor Maxim Gorki; encabezó una campaña dirigida «A toda la gente honrada», en nombre de todo lo bueno de la cultura rusa. «Han llegado días tristes al país de Tolstói, Dostoievski, Mendeléiev, Pávlov, Músorgski, Glinka», escribió, y pidió donativos. De forma llamativa, la lista de Gorki de rusos prestigiosos dejaba fuera a Lenin y Trotski.[27] Lo más increíble fue que —teniendo en cuenta lo paranoicos que se volvieron en los siguientes años respecto a la diáspora— el Partido Comunista de Ucrania llegó a debatir la opción de pedir ayuda a los ucranianos que habían emigrado a Canadá y Estados Unidos.[28]

Esta petición pública de ayuda internacional, la única de ese tipo en toda la historia soviética, obtuvo rápidos resultados. Varias organizaciones de asistencia humanitaria, entre ellas la Cruz Roja Internacional y el Comité Judío para la Distribución Conjunta, colaboraron en las labores de socorro, al igual que la Misión Nansen, una iniciativa europea organizada por el explorador y filántropo noruego Fridtjof Nansen. Pero la fuente más importante de ayuda urgente fue la Administración Estadounidense de Socorro (ARA, por sus siglas en inglés), que en la primavera de 1921 ya actuaba en Europa. Fundada por Herbert Hoover, que luego llegaría a presidente de Estados Unidos, el ARA había distribuido con éxito más de mil millones de dólares en alimentos y asistencia médica en toda Europa durante los nueve meses posteriores al armisticio de 1918.[29] Al tener noticia de la petición de Gorki, Hoover, un astuto estudioso de la ideología bolchevique, no dejó escapar la oportunidad de expandir a Rusia su red de ayuda.

Antes de entrar en el país, exigió la liberación de todos sus compatriotas presos en las cárceles soviéticas, así como inmunidad penal para todos los estadounidenses que trabajaban para el ARA. A Hoover le preocupaba que el personal del ARA tuviera que controlar el proceso porque, de lo contrario, las ayudas serían robadas. También le inquietaba, no sin razón, que acusaran de espionaje a los estadounidenses que estaban en Rusia (y es que estaban en efecto recabando información, enviándola a su país y utilizando la correspondencia diplomática para hacerlo).[30] Lenin se puso furioso y llamó a Hoover «imprudente y mentiroso» por plantear tales exigencias, y protestó airadamente contra la «repugnante hipocresía» de «Estados Unidos, Hoover y el Consejo de la Sociedad de Naciones». Declaró que «se ha de castigar a Hoover, debe ser abofeteado en público, para que lo vea todo el mundo», una afirmación asombrosa habida cuenta de toda la ayuda que estaba a punto de recibir. Pero la hambruna era de tal magnitud que Lenin acabó por ceder.[31]

En septiembre de 1921, una avanzadilla de trabajadores del ARA llegó a Kazán, a orillas del Volga, donde encontraron un tipo de pobreza que nunca antes habían visto, ni siquiera en la Europa devastada. En las calles encontraron a «personas con un aspecto lamentable, vestidas con harapos y mendigando por una rebanada de pan en nombre de Cristo». En los orfanatos se toparon con «pequeños esqueletos raquíticos, cuyos demacrados rostros y piernitas de alambre […] confirmaban la veracidad del informe que afirmaba que morían por docenas».[32] En el verano de 1922 los estadounidenses ya alimentaban a once millones de personas al día y distribuían paquetes de ayuda a cientos de miles. Aportaron ocho millones de dólares en medicamentos para frenar las epidemias.[33] Una vez que la labor de los estadounidenses se había puesto en marcha, el comité independiente de ayuda humanitaria de Rusia se disolvió con discreción; Lenin no quería que ninguna organización rusa que no estuviese dirigida directamente por el Partido Comunista ganase credibilidad por participar en la distribución de alimentos. Pero se permitió que el proyecto de asistencia estadounidense, ampliado por las aportaciones de otras organizaciones extranjeras, siguiese adelante, salvando miles de vidas.

No obstante, a pesar de esa reacción aparentemente sincera, abierta y enérgica, hubo notas discordantes. Durante el desastre la cúpula dirigente soviética, al igual que una década más tarde, no renunció en ningún momento a su deseo de ingresar divisas. Incluso mientras la hambruna se propagaba, los bolcheviques vendían en secreto oro, obras de arte y joyas en el extranjero para poder comprar armas, municiones y maquinaria industrial. En el otoño

de 1922 también empezaron a vender sin tapujos alimentos en el mercado internacional, incluso mientras el hambre seguía estando muy extendida y ellos recibían aún ayuda extranjera.[34] No era ningún secreto; Hoover despotricó contra el cinismo de un gobierno que sabía que sus ciudadanos se estaban muriendo de hambre, pero que exportaba alimentos para «asegurarse la maquinaria y los materiales necesarios para la prosperidad económica de los supervivientes».[35] Unos pocos meses más tarde, el ARA se marchó de Rusia precisamente por esa razón.

Al igual que diez años después, la reacción de las autoridades ante la hambruna también fue diferente según se tratase de Rusia o Ucrania. Como sus camaradas rusos, los comunistas ucranianos crearon un comité para la hambruna. Pero al principio el objetivo de ese comité no fue ayudar a los ucranianos.[36] En su resolución de septiembre de 1921 «sobre la campaña contra el hambre», el Politburó señaló que muchos distritos del norte de Ucrania se podían «abastecer por completo con los fondos provinciales y nacionales». Así pues, ordenó que el comité ucraniano para la hambruna dirigiese todo el excedente de cereal —y es que sí que había algo de excedente, en las zonas septentrionales de la república a las que la hambruna no había afectado— a las hambrientas provincias rusas de Tsaritsin, Uralsk, Sarátov y Simbirsk, en vez de a la gente famélica del sur de Ucrania.[37] Casi al mismo tiempo, Lenin escribió a Rakovski, que entonces estaba al frente de los bolcheviques de Ucrania, para recordarle que esperaba que desde Kiev y Járkiv también enviasen alimentos y ganado a Rusia.[38]

A finales del otoño de 1921, con la escasez de comida yendo a peor, Lenin endureció sus tácticas. A pesar de que ya había detenido la recolección de alimentos en las zonas más afectadas de Rusia, el líder soviético ordenó ejercer mayor presión sobre los campesinos de las provincias que no estaban tan mal; Ucrania estaba destinada a ser una de ellas, a pesar del estado lamentable en que se encontraban las provincias meridionales y orientales. Lenin envió a menudo peticiones de más cereal a Járkiv,[39] y también propuso tácticas nuevas: aquellos que se negaran a entregar el grano se enfrentarían a multas y penas de prisión, o a algo peor.

En noviembre Lenin ordenó expresamente «métodos revolucionarios duros», incluida la toma de rehenes para utilizarlos luego contra los campesinos que se negasen a entregar el cereal. Este tipo de chantaje, al que con resultados tan impresionantes se había recurrido contra los judíos durante la guerra civil y los pogromos, se empleaba ahora para facilitar el acopio de esta preciada mercancía. Lenin dio una orden clara a los grupos de requisa de

grano y a los *komnezami*: «Llévense de cada aldea entre quince y veinte rehenes, y si no se cubren las cuotas, llévenlos al paredón». Si esta táctica no funcionaba, se los fusilaba por ser «enemigos del Estado».[40] Desde arriba se ejercía presión y abajo se recurría a la propaganda. En Mikoláiv, una provincia del sur de Ucrania donde la hambruna ya empezaba a hacer estragos, había carteles que rogaban: «Obreros de Mikoláiv, ayudad al pueblo hambriento del Volga».[41]

Los hombres del ARA también se habían fijado en que Lenin trataba de manera diferente a Ucrania y a Rusia, y lo documentaron en sus notas y memorias. Inicialmente, las autoridades moscovitas ni siquiera informaron a los estadounidenses de la escasez de alimentos en Ucrania. La organización se enteró del problema del sur de Ucrania a través del Comité Judío para la Distribución Conjunta, que había recibido información de la hambruna generalizada que se estaba dando ahí y se la había transmitido al ARA y a otros.

Es más, las primeras solicitudes del ARA para visitar Ucrania fueron denegadas bajo el argumento de que el noroeste de Ucrania aún producía abundante grano y de que la república no necesitaba ayuda. Cuando en noviembre de 1921 dos empleados del ARA consiguieron finalmente viajar a Járkiv, tuvieron una fría bienvenida. Mikola Skrípnik, que en aquella época era el comisario de Asuntos Internos de Ucrania, recibió a los estadounidenses y les dijo que no podían actuar en la república porque, a diferencia de Rusia, Ucrania no tenía suscrito un acuerdo con el ARA. A los trabajadores «les hizo gracia y les molestó a partes iguales», e insistieron en que a ellos les interesaba mitigar la hambruna, no hacer política. Skrípnik respondió que Ucrania era un Estado soberano y que no pertenecía a Rusia. «Están ustedes metiéndose en política cuando diferencian una república de la otra; cuando tratan con una y se niegan a hacerlo con la otra, cuando consideran que una es un Estado soberano y la otra, un Estado oprimido».[42] Teniendo en cuenta que por entonces Ucrania estaba contribuyendo a mitigar la hambruna soviética y que estaba sometida a las leyes soviéticas y a sus políticas agrarias confiscatorias, la insistencia de Skrípnik en la soberanía de Ucrania respecto a la ayuda para combatir la hambruna resultaba absurda.

Los dirigentes moscovitas y sus colegas ucranianos no cedieron hasta que la hambruna se hubo extendido tanto por las provincias del sur de Ucrania que ya no se podía ignorar. En enero de 1922 el Politburó ucraniano aceptó por fin trabajar con el ARA, así como con otras organizaciones europeas y estadounidenses de ayuda contra la hambruna. Aún faltaba confianza; el

Politburó dio a los camaradas Rakovski y Vasili Mántsev la potestad de negociar con los donantes extranjeros, pero también de «tomar medidas» contra las organizaciones de asistencia humanitaria que pudiesen ser tapaderas para realizar labores de espionaje.[43] Años más tarde los ciudadanos soviéticos que habían trabajado para el ARA fueron objeto de sospechas; en 1935 condenaron por contrarrevolucionaria a una mujer de Odesa, en parte porque había colaborado con los estadounidenses que trataban de mitigar la hambruna en su ciudad.[44] A pesar de la animadversión general, en el invierno y la primavera de 1922 los comedores sociales del ARA comenzaron a funcionar en todo el territorio del sur y el este de Ucrania, así como en Crimea.[45] La Cruz Roja de Ucrania contribuyó en la labor, y también lo hizo el Comité Judío para la Distribución Conjunta, que proporcionó alimentos y otro tipo de ayudas a las víctimas de los pogromos.[46]

Inevitablemente, todas las organizaciones extranjeras actuaban con restricciones. La Misión Nansen tuvo que trabajar a través de las instituciones soviéticas en vez de hacerlo con su propio personal. El Comité Judío para la Distribución Conjunta sí que envió sus propios empleados, pero todos debían prometer «abstenerse de expresar su opinión sobre la política nacional o internacional» y «no hacer nada que pudiera ayudar o favorecer en lo más mínimo a un pequeño grupo o conjunto de personas por encima de cualquier otro grupo o conjunto».[47] El antisemitismo obstaculizó el programa de asistencia del Comité; las autoridades a menudo eliminaban o confiscaban de inmediato los carteles, los panfletos y otros objetos que llevaban su logo. A veces excluían al ARA de ciertos lugares y se lo hacían saber con muy poca antelación. En un momento dado advirtieron a sus empleados de que se mantuviesen alejados de la ciudad industrial de Kriví Rih, es probable que porque allí aún operaban grupos guerrilleros. Las autoridades soviéticas tenían miedo de la influencia que los estadounidenses pudiesen ejercer en los territorios que aún no estaban del todo pacificados.[48]

Finalmente, la ayuda humanitaria llegó a Ucrania, hubo una mayor disponibilidad de alimentos y las tasas de mortalidad disminuyeron. A finales de 1923 la crisis parecía estar bajo control. Pero el retraso que había sufrido el suministro de ayuda había causado decenas de miles de muertes innecesarias. En esa época y más tarde, mucha gente se preguntaba el porqué. Los miembros del ARA lo debatieron y años más tarde escribieron sobre el tema. La mayoría opinaban que al principio el Gobierno soviético se había opuesto al programa de asistencia en Ucrania por razones políticas. El sur de Ucrania,

una de las regiones más afectadas de toda la Unión Soviética, también había sido un baluarte de los cosacos y de Majnó. La reflexión de los estadounidenses fue que las autoridades soviéticas quizá estuvieran «dispuestas a dejar sufrir a Ucrania en vez de arriesgarse a nuevas rebeliones fruto del contacto con los extranjeros».[49] Los estadounidenses, que eran conscientes de que los percibían como espías, también creían que el régimen esperaba que actuasen como agitadores. Puede que estuviesen en lo cierto.

Más recientemente, algunos expertos ucranianos han ofrecido una explicación política aún más perspicaz: puede que, al igual que en 1932, en realidad las autoridades soviéticas utilizaran la hambruna como una herramienta para poner fin al levantamiento de los campesinos ucranianos.[50] Esta tesis es indemostrable; no hay pruebas de un plan premeditado para hacer que los campesinos ucranianos muriesen de hambre entre 1920 y 1921. Al mismo tiempo es cierto que, si Moscú había estado en efecto utilizando su política agraria para sofocar la rebelión, no existía forma más eficaz de hacerlo. El sistema de confiscación de cereal había desestructurado las comunidades, destruido las relaciones y forzado a los campesinos a abandonar sus hogares en busca de alimento. La inanición debilitó y desmoralizó a quienes se quedaron, forzándolos a abandonar la lucha armada.[51] Ya en esa época, mucha gente reparó en que las condiciones eran especialmente duras en Huliaipole, la provincia natal de Majnó. Los territorios meridionales en los que este tenía el poder fueron algunos de los más devastados, primero porque se perdió la cosecha y luego porque no se suministró ayuda para combatir la hambruna.[52]

Es cierto que, tal y como hizo una década más tarde, el régimen se sirvió de la hambruna para asestar un duro golpe a la jerarquía religiosa de Ucrania. En nombre de la ayuda contra el hambre, el Estado obligó a las iglesias ucranianas a entregar sus objetos de oro, iconos y otros bienes de valor. Pero entre bastidores los líderes del partido, entre ellos Skrípnik, que dirigía la campaña de recolección, esperaban que esa política pudiese servir para crear tensiones entre la recién formada Iglesia ortodoxa ucraniana autocéfala y su principal rival, que seguía siendo leal al patriarcado moscovita. El Politburó ucraniano debatió durante varias semanas sobre esas «donaciones» eclesiásticas, preguntó por ellas y se interesó por vender en el extranjero los objetos donados.[53] En 1922 Lenin, que ya estaba enfermo, envió una carta a Viacheslav Mólotov, el predecesor de Stalin como secretario general del Partido Comunista. La misiva, que defendía que la hambruna ofrecía una oportunidad única para hacerse con las pertenencias de la Iglesia, debía ser

entregada a los miembros del partido. Lenin escribió sobre el gran impacto político que tendría el hecho de que la Iglesia sacrificase sus objetos de valor.

> Ahora y tan solo ahora, cuando en las regiones afectadas por el hambre se están comiendo a la gente y cientos, si no miles, de cadáveres están tirados en las carreteras, podemos (y por lo tanto debemos) buscar la eliminación de la propiedad eclesiástica con la más frenética e inquebrantable energía, y no debemos dudar a la hora de reprimir la menor oposición. Ahora y tan solo ahora, la gran mayoría de los campesinos estarán de nuestra parte o por lo menos no estarán en condiciones de apoyar de modo significativo a este puñado de clérigos [reaccionarios] y de insignificantes burgueses reaccionarios de las urbes, que ansían, y son capaces de intentar hacerlo, oponerse a este decreto soviético utilizando la política de la violencia.[54]

Según Lenin, era el momento de dar una «lección» a los campesinos, al clero y a otros adversarios políticos, para que «en las próximas décadas ni siquiera se atrevan a pensar en oponer resistencia».[55]

Pero en realidad los bolcheviques temían la magnitud de la hambruna. Puede que la escasez de alimentos hubiese ayudado a poner fin a los levantamientos de los campesinos ucranianos, pero en otros lugares los había avivado. En la provincia rusa de Tambov, la confiscación de alimentos provocó la Antónovshchina, una de las revueltas antibolcheviques más importantes de la época. La falta de alimentos también contribuyó a la rebelión de Kronstadt, en que el Ejército Rojo disparó contra marineros que habían desempeñado un papel importante en la revolución. En un periodo de tres años 33,5 millones de personas se vieron afectadas por la hambruna o por la escasez de alimentos —26 millones en Rusia y 7,5 millones en Ucrania—, aunque es difícil calcular el número exacto de fallecidos porque nadie llevaba la cuenta.[56] En Ucrania los cómputos más fiables sitúan la cifra de muertes en entre doscientas cincuenta mil y quinientas mil en el sur de Ucrania, que fue la región más afectada.[57] El ARA calculó que dos millones de personas habían muerto en toda la Unión Soviética, y poco después de la hambruna una publicación soviética llegó a la conclusión de que habían sido cinco millones de víctimas mortales.[58]

Esas cifras mermaron la confianza del régimen. Los bolcheviques temían que se les culpase del desastre, algo que en efecto sucedió. Más tarde un superviviente de la hambruna de 1932 y 1933 recordaba que en 1922 había conocido a un campesino de la provincia de Dnipropetrovsk que le había hablado de la hambruna vivida allí. Le había explicado lo ocurrido aquel año en términos que no dejaban lugar a dudas: «Los bolcheviques han robado a la gente, se han llevado los caballos y los bueyes. No hay pan. La gente se muere de hambre».[59]

En 1922 los bolcheviques sabían que no gozaban de popularidad en las zonas rurales, sobre todo en las de Ucrania. La expropiación de alimentos había llevado a la recién creada Unión Soviética a la carestía, al estallido de protestas y, finalmente, a la hambruna. Su rechazo de todo lo que pareciese o sonase «ucraniano» había contribuido a mantener con vida la cólera nacionalista y antibolchevique de Ucrania.

Como respuesta, el régimen cambió de estrategia y adoptó dos políticas completamente nuevas con la intención de volver a ganarse el apoyo de los obstinados campesinos soviéticos y de los todavía más obstinados campesinos nacionalistas ucranianos. La más recordada de las dos medidas fue la «Nueva Política Económica» de Lenin (generalmente conocida como NEP, por sus siglas en ruso), que puso fin a la recolección obligatoria de cereal y legalizó de manera temporal el libre comercio. Pero en 1923 Moscú también puso en marcha una nueva política de «indigenización» (*korenizatsia*), orientada a atraer a las minorías no rusas del Estado federal soviético. Les ofrecía un estatus oficial e incluso daba prioridad a sus idiomas nacionales, fomentaba su cultura nacional y les ofrecía lo que a efectos prácticos era una política de discriminación positiva, al reemplazar a los cuadros rusos de Moscú por otros de las etnias locales. En Ucrania esa política se conoció como «ucranianización», una palabra acuñada en realidad por Hrushevski, que ya en 1907 había exigido la ucranianización del aparato estatal rusohablante.**[60]** Hrushevski (que abandonó la política mucho antes de principios de la década de 1920) tenía la intención de utilizar el idioma para consolidar el apoyo a la independencia nacional. En 1923 el objetivo de la política de Lenin era justo el contrario: esperaba conseguir que el poder soviético les pareciese menos extranjero a los ucranianos y reducir así sus demandas de soberanía.

Para los puristas ambas estrategias representaban un paso «atrás», un alejamiento de los ideales marxistas-leninistas, y muchos se negaron a creer que serían permanentes. Un alto cargo bolchevique, Grigori Zinóviev, dijo que la Nueva Política Económica constituía «una desviación temporal» y que serviría para «despejar el terreno para un nuevo y decisivo ataque obrero contra el frente del capitalismo internacional».**[61]** Al explicar la NEP a los educadores políticos del partido en octubre de 1921, el propio Lenin utilizó la expresión «retirada estratégica». Al debatir sobre esta política, a menudo parecía estar disculpándose. Ante un grupo de educadores señaló que hasta ese momento la política económica soviética se había basado en una suposición errónea, concretamente la de que «los campesinos nos proveerían

de la cantidad necesaria de cereal, que luego podríamos distribuir entre las fábricas para alcanzar una producción y una distribución comunistas».[62] Debido a que el campesinado aún no había alcanzado el nivel óptimo de desarrollo político, ahora hacían falta ciertas racionalizaciones. En cuanto estuviesen preparados, podrían volver a intentar implantar una política económica comunista más avanzada.

Para aquellos que habían creído en un Estado obrero ruso unificado y homogeneizado, el mero concepto de «ucranianización» también resultaba descorazonador. Rakovski, que en 1921 aún era el líder del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania, afirmó que el amplio uso del ucraniano significaría el regreso del «dominio de la *intelligentsia* pequeñoburguesa y de los kulaks ucranianos». Su mano derecha, Dmitró Lébed, defendió con más ahínco aún que enseñar ucraniano en los colegios era algo reaccionario, ya que era el idioma inferior de las aldeas, mientras que el ruso era el idioma superior de las ciudades. En una disertación en la que resumió su «Teoría de las dos culturas», Lébed admitió que quizá hubiera alguna que otra razón para enseñar ucraniano a los niños, ya que era su lengua nativa. Más adelante, sin embargo, todos deberían aprender ruso, para que posteriormente les fuese más fácil incorporarse al proletariado ruso.[63]

El miedo al idioma ucraniano «reaccionario» y «de los kulaks» que Rakovski, Lébed y otros bolcheviques rusohablantes sentían obedecía a una serie de causas diversas. Una vez más, había cierto chovinismo en su manera de pensar; Ucrania había sido una colonia rusa durante toda su vida, y les costaba imaginársela como algo diferente. Muchos de ellos opinaban que el ucraniano era un idioma «de granja». Tal y como se quejó el comunista ucraniano Volodímir Zatonski, «los camaradas tienen la vieja costumbre de ver a Ucrania como la pequeña Rusia, como una parte del Imperio ruso; una costumbre que les han metido en la cabeza durante todos los siglos en que ha existido el imperialismo ruso».[64] Otros tenían objeciones más profundas y defendían que el ucraniano era en realidad «un idioma contrarrevolucionario». Marcados por el levantamiento de los campesinos, sentían un miedo justificado al nacionalismo, que asociaban al idioma. Zatonski también lo explicó: «Precisamente en el año 1919 […] había ciertas sospechas sobre el idioma ucraniano. Era una sensación muy extendida, incluso en los círculos del proletariado revolucionario y del campesinado de origen sin duda proletario».[65]

Por descontado, el prejuicio que albergaban contra todo lo ucraniano también tenía un origen ideológico; los bolcheviques estaban comprometidos

con un Estado muy centralizado y con la destrucción de las instituciones independientes, ya fuesen económicas, políticas o culturales. Intuitivamente, comprendían que la autonomía de cualquier provincia o república soviéticas podría convertirse en un obstáculo para alcanzar el poder absoluto. El camino debía marcarlo la solidaridad de clase, no la nacional. Como dijo otro líder comunista: «Creo que, si nos preocupamos por la cultura de cada nación de manera individual, este será un vestigio nacional poco saludable».[66]

Aun así, las dos nuevas políticas contaban con partidarios entusiastas en las más altas esferas. El intelectual Nikolái Bujarin era un defensor de la Nueva Política Económica, pues estaba convencido de que la Unión Soviética alcanzaría las mayores cotas de socialismo a través de las relaciones mercantiles, y se opuso con firmeza a la confiscación de cereal.[67] En parte gracias a su apoyo y al de Lenin en los meses anteriores al fallecimiento de este último en enero de 1924, la NEP se convirtió por un tiempo en una forma de lo que Lenin llamaba «capitalismo de Estado». Con el nuevo sistema los mercados funcionaban bien, pero solo bajo un fuerte control estatal. El Estado abolió la *prodrazviorstka*, el acopio obligatorio de cereal, y la sustituyó por un impuesto. Los campesinos empezaron de nuevo a venderlo de la manera tradicional, es decir, a cambio de dinero. Los pequeños comerciantes —«los hombres de la NEP»— también compraban y vendían cereal, y por lo tanto organizaban su distribución, tal y como habían hecho durante siglos. A ese nivel tan básico, se restableció una economía de mercado y empezó a haber una mayor disponibilidad de alimentos.

La ucranianización también tenía auténticos defensores. Tras la experiencia de los levantamientos campesinos, el propio Lenin dijo en 1919 que ignorar el sentimiento nacionalista existente en Ucrania sería «un error grave y peligroso».[68] En febrero de 1920, mientras tenía lugar la tercera y última ocupación bolchevique de Ucrania, envió un telegrama a Stalin en el que le instaba a contratar intérpretes para el Ejército Rojo en Ucrania y a «obligar a todos los oficiales a aceptar incondicionalmente solicitudes y otros documentos en lengua ucraniana».[69] Lenin no quería volver a perder Ucrania, y si para ello debía satisfacer los sentimientos nacionales ucranianos, eso haría.

En Ucrania había llegado el momento de los «nacionalcomunistas». Defendían con optimismo que los sentimientos nacionalistas del país mejorarían la revolución y que la ucranianización y la sovietización eran más que compatibles; se reforzaban mutuamente. Skrípnik —el mismo funcionario cuya negativa a aceptar la ayuda estadounidense tanto había sorprendido a los

hombres del ARA— era el más entusiasta de todos. Desde que en diciembre de 1917 ejerciese como enviado de Lenin en Ucrania, Skrípnik había defendido que las hostilidades entre el proletariado rusohablante y el campesinado ucranianohablante eran contraproducentes.[70] Zatonski se hizo eco de ese punto de vista y en 1921 informó a sus compañeros bolcheviques de que habían desaprovechado el empuje del nacionalismo. «Cuando las oscuras masas de campesinos se levantaron y tomaron conciencia de sí mismas, cuando el campesino que anteriormente se había visto a sí mismo y a su idioma con desdén levantó la cabeza y comenzó a plantear más exigencias, no supimos aprovecharlo». Como resultado, la burguesía se había apropiado de la revolución nacionalista. «Digamos las cosas como son: ese fue nuestro gran error».[71]

Olexánder Shumskí y otros miembros del grupo borotbista, de extrema izquierda, que tanta popularidad había obtenido en 1917 y 1918, también se unieron a las filas de los nacionalcomunistas a partir de 1920.[72] Según lo habitual en la Unión Soviética de aquella época, la postura de Shumskí era poco común. A pesar de que los socialistas, los mencheviques, los anarquistas y los revolucionarios socialistas ya estaban siendo investigados o arrestados en todo el país, Moscú hizo una excepción con algunos miembros del grupo borotbista de Ucrania, a los que lograron hacer volver al redil soviético. Lenin esperaba que pudieran congraciar a sus simpatizantes de origen campesino con los bolcheviques y añadir un toque de autenticidad nativa al nuevo régimen.

El propio Shumskí sospechaba que lo estaban utilizando para disimular sus verdaderas intenciones, pero aceptó el acuerdo y accedió a servir como comisario de Educación en Ucrania. Skrípnik se convirtió en comisario de Justicia. En el verano de 1923 el Comité Central del Partido Comunista de Ucrania —el órgano dirigente más extenso después del Politburó— aprobó el primer decreto sobre la ucranianización. Las autoridades de Járkiv reconocieron el ucraniano como la lengua mayoritaria de la república y exigieron que todos los empleados estatales fueran bilingües antes de un año.[73]

Por medio de estos cambios, los nacionalcomunistas de Ucrania esperaban lograr que el comunismo soviético pareciese más autóctono, que pareciese menos una imposición rusa. También albergaban la esperanza de alentar a la élite intelectual ucraniana a tener una actitud más benévola e incluso conseguir que la Ucrania soviética fuese atractiva para los ucranianos que vivían en las fronteras de Polonia y Checoslovaquia. La Unión Soviética

siempre iba en busca de revoluciones extranjeras a las que apoyar. A la mayoría de la gente le parecía que Moscú utilizaba todo su poder para poner en práctica estas políticas, y durante unos pocos años muchos creyeron de veras que podrían funcionar.

En marzo de 1924, casi siete años después de su discurso triunfal en Kiev ante una muchedumbre que ondeaba banderas, Mijailo Hrushevski regresó a Ucrania. Tras huir del país en 1919, vivió un tiempo en Viena. Durante unos años estuvo pensando en mudarse a Praga o Leópolis, incluso a Oxford o Princeton. Negoció con los bolcheviques y al parecer les pidió desempeñar un papel político relevante.

Aunque no lo consiguió, decidió regresar de todos modos y volvió a Ucrania como «particular» y académico. Nadie dudó de la importancia simbólica de su decisión, ni siquiera los comunistas ucranianos. Entre enero y junio de 1921, el Politburó de Ucrania había debatido sobre Hrushevski y su posible regreso al menos en cuatro ocasiones.[74] Muchos de los líderes nacionales que seguían en el exilio criticaron su decisión como una «legitimación» del dominio bolchevique, y los bolcheviques lo celebraron por la misma razón. Era una prueba de que su política estaba funcionando. Más tarde afirmaron que Hrushevski les había rogado que le permitieran volver, ya que se había arrepentido de sus anteriores actividades contrarrevolucionarias.[75]

Pero Hrushevski dijo en repetidas ocasiones que no había hecho ninguna concesión. Afirmó haber regresado porque creía que el renacimiento político ucraniano necesitaba vivir primero un renacimiento cultural, y que en ese momento algo así era posible. Por muy limitado que estuviese en la Unión Soviética, Hrushevski no podía perder esa oportunidad tan llena de posibilidades para Ucrania. «Hay que pensar en cómo evitar una recaída de la vida cultural —escribió a un compañero—. De momento, el Gobierno y la sociedad están aguantando».[76] En la Administración ucraniana no todos tenían la misma opinión; en cuanto regresó a su patria, la policía secreta comenzó a organizar lo que se convertiría en un amplio operativo de vigilancia a su alrededor, reclutando a docenas de personas para que informaran de sus movimientos y sus pensamientos.[77] Puede que Hrushevski no conociera los detalles de dicho operativo, pero sin duda sospechaba algo; antes de su regreso, había pedido al Partido Comunista de Ucrania y al

Gobierno que le enviasen sendas cartas garantizándole la inmunidad ante la persecución política.[78]

Sin embargo, a simple vista los bolcheviques aceptaron su presencia, y él aceptó a los bolcheviques. Hrushevski tuvo el apoyo del Estado a la hora de crear un nuevo instituto de estudios históricos en Kiev al amparo de la Academia de Ciencias Panucraniana, más conocida como VUAN por su acrónimo en ucraniano (Vseukraínska Akademia Naúk). Volvió a trabajar en su libro en varios volúmenes *Historia de Ucrania-Rus*, comenzó a dirigir una revista y alentó a sus colegas más jóvenes a proseguir con su trabajo.[79]

En Ucrania el regreso de Hrushevski marcó el tono de un periodo de verdadera agitación intelectual y cultural. Durante unos pocos años, los historiadores de la VUAN publicaron monografías sobre los levantamientos de campesinos ucranianos del siglo XX y sobre la historia del sentimiento nacionalista del país.[80] En 1921 la Iglesia ortodoxa ucraniana autocéfala se declaró completamente independiente, rechazó la autoridad del patriarcado moscovita, descentralizó la jerarquía, recuperó la liturgia ucraniana y nombró a un líder, el metropolitano Vasil Lipkivski. En Járkiv los artistas y los arquitectos experimentaron con el cubismo, el constructivismo y el futurismo, al igual que sus colegas de Moscú y París. Los arquitectos ucranianos construyeron el primer complejo de rascacielos de Europa, un grupo de edificios que incluía oficinas gubernamentales, una biblioteca y un hotel. Años más tarde, Borís Kósarev, artista, escenógrafo y una de las estrellas del modernismo de Járkiv, recordaría que en la ciudad «con frecuencia abrían sus puertas nuevos teatros. Las actuaciones iban acompañadas de un intenso debate». Kósarev trabajó en una producción destinada a celebrar la inauguración de una planta de fabricación de tractores. «Quienes construyeron la factoría eran soldados retirados del Ejército Rojo y campesinos de aldeas remotas, nuestros espectadores potenciales. Nuestra labor consistía en contarles la verdad sobre su realidad y crear una representación fascinante. Pero primero había que atraer a los espectadores».[81]

Entretanto, los jóvenes literatos ucranianos soñaban con inventar nuevos tipos de experiencias artísticas. Un grupo literario llamado Hart («La templanza») trató de «unir a los escritores proletarios de Ucrania» para contribuir al alumbramiento de «una cultura internacional y comunista». En realidad sus líderes, que eran exborotbistas, ignoraban qué aspecto podría tener algo así.

> No sabemos si las emociones desaparecerán bajo el comunismo, si el ser humano cambiará hasta tal punto que se convertirá en una esfera luminosa formada tan solo por la cabeza y la mente, o si surgirán emociones nuevas y transfiguradas. Por lo tanto, no sabemos con precisión qué aspecto adoptará el arte bajo el comunismo […].[82]

Otra organización, Pluh («El arado»), intentó fomentar a escritores campesinos con la esperanza de que pudieran ayudar a estimular la creatividad de la Ucrania rural. Crearon círculos de lectura rurales y enviaron mensajeros evangélicos a las zonas agrícolas. Su programa literario señalaba que el objetivo del grupo era «crear imágenes panorámicas, obras de temática universal que versaran principalmente sobre la vida del campesinado revolucionario».[83] También formaron una de las primeras colonias de escritores de Ucrania, un edificio de apartamentos en Járkiv en el que los escritores y los periodistas podían vivir juntos.[84]

La *intelligentsia* ucraniana también contó, por primera vez, con los recursos y el estatus jurídico necesarios para estandarizar su idioma. Ya que el ucraniano nunca antes había sido la lengua oficial de un Estado moderno, no todos estaban de acuerdo acerca de su uso correcto. Los ucranianos de la mitad occidental del país habían tomado prestadas varias palabras y costumbres ortográficas del polaco, mientras que la mitad oriental las había tomado del ruso. Por primera vez en su historia, la Academia de Ciencias de Ucrania creó un departamento de ortografía para eliminar las diferencias, y comenzó a trabajar en un diccionario ruso-ucraniano definitivo. En 1925 el Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania también creó una comisión ortográfica especial para formalizar y estandarizar el idioma, primero bajo el mando de Shumskí y luego bajo el de Skrípnik. Tras muchos meses de debate, la labor de la comisión culminó en una conferencia pronunciada en Járkiv en la primavera de 1927, a la que Skrípnik invitó a los principales académicos de Leópolis, que pertenecía a Polonia. El resultado fue la «Skrípnikivka», la ortografía de Járkiv publicada en 1929, que fue aceptada por los ucranianos orientales y occidentales. Debía convirtiese en el libro de texto normativo para todos los que vivían dentro de la República ucraniana, así como para quienes se encontraban fuera de sus fronteras.[85]

A medida que aumentaba su confianza, algunos de los dirigentes ucranianos también intentaron extender su cultura más allá de las fronteras formales del país, en parte con el apoyo de Moscú. La cúpula estalinista aprobó especialmente los esfuerzos de Járkiv para ejercer su influencia sobre los ucranianos que vivían en Polonia. Shumskí hizo de intermediario con el Partido Comunista de Ucrania Occidental, es decir, los territorios que entonces pertenecían a Polonia. Stalin recibió en persona a una delegación de

Ucrania occidental en 1925, y no cabe duda de que esperaba que esos comunistas ayudasen a desestabilizar el Estado polaco.[86] El asunto se volvió más complejo cuando algunos nacionalcomunistas se interesaron en los casi ocho millones de ucranianohablantes que vivían al otro lado de su frontera oriental con Rusia, y sobre todo en los novecientos quince mil que vivían en el distrito vecino de Kubán, en el Cáucaso septentrional. A partir de 1925 aumentó el entusiasmo con el que los líderes ucranianos buscaban vínculos nacionales en Rusia, para lo cual hacían campaña a favor de la construcción de más colegios en los que se utilizara el ucraniano e incluso pedían trasladar la frontera oriental de la república para ampliar el territorio de habla ucraniana.

Las alarmadas autoridades del Cáucaso septentrional consiguieron evitar prácticamente todos los cambios de fronteras, pero tuvieron que ceder en el asunto de los colegios después de que el Comité Central encontrase pruebas de «acciones contrarrevolucionarias en masa» y de un descontento general en una investigación sobre el ambiente político que se respiraba entre los cosacos. Para aplacarlos, Moscú garantizó el reconocimiento como minoría nacional a los cosacos de toda Ucrania y Rusia. Como los de Kubán hablaban en ucraniano, también tenían derecho a abrir escuelas en las que se hablase dicho idioma.[87]

Este activismo cultural «alto» iba acompañado de lo que se conocía como una «baja» ucranianización, es decir, el fomento del ucraniano en la vida diaria: en los medios de comunicación, los debates públicos y sobre todo las escuelas. Justo antes de que diera inicio el año escolar de 1923, el Gobierno de la república decretó que todos los alumnos debían estudiar en su idioma, utilizando para ello un nuevo programa educativo diseñado para «instruir a una nueva generación de ciudadanos leales».[88] El plan consistía en conseguir que el campesinado tuviera formación y fuera soviético. Al absorber el pensamiento marxista en ucraniano, llegaría a sentirse una parte esencial de la Unión Soviética. Con el objetivo de promover el idioma entre más personas y con mayor rapidez, Skrípnik hizo traer mil quinientos profesores de Polonia, donde las escuelas que impartían clases en ucraniano tenían un mayor recorrido y donde la enseñanza de dicha lengua estaba más arraigada.[89]

Estas decisiones tuvieron consecuencias de calado. Entre 1923 y 1929 el porcentaje de libros publicados en ucraniano se duplicó, y el número de periódicos y revistas en esa lengua también aumentó con rapidez. Lo mismo sucedió con las escuelas. En 1923 tan solo poco más de la mitad de los

colegios de la república impartían las clases en ucraniano. Una década más tarde la cifra se había elevado a un 88 por ciento.[90]

En muchos lugares el cambio no se limitó al idioma. Petró Hrihorenko, que estaba en edad escolar —hijo de campesinos, se convirtió en un general soviético y luego en un disidente—, recordaba aquellos tiempos como una época de verdadera ilustración. Dos de los profesores de su aldea fundaron una rama de Prosvita, una organización cultural ucraniana del siglo XIX, que había resurgido. «En sus casas vi y oí por primera vez el instrumento nacional de Ucrania, la bandura. Ellos me dieron a conocer *Kobzar*, escrito por el gran poeta Tarás Hrihórovich Shevchenko. Y gracias a ellos aprendí que pertenecía a la misma nacionalidad que el gran Shevchenko, que yo era ucraniano».[91] En aquel entonces Hrihorenko no percibió ningún conflicto entre su identidad «ucraniana» y los ideales bolcheviques. «En mi mente el amor que sentía por mi cultura y mi pueblo se mezclaba con el deseo de una felicidad universal, una unidad internacional y un "poder de los trabajadores" ilimitado». Al final su grupo de Prosvita fundó una célula del Komsomol, y él acabó siendo un comunista activo.[92]

Otros siguieron un camino parecido. La ucranianización puso de moda la música folclórica, y cientos de jóvenes ucranianos de las zonas tanto rurales como urbanas formaron grupos de bandura que tocaban canciones tradicionales en eventos públicos. A veces tenían que suavizar el tono y «secularizar» las canciones, pues tenían ecos cristianos y antirrusos. Pero parecía que su encanto romántico conmovía a los jóvenes, incluidos aquellos que, como Hrihorenko, no las habían conocido desde siempre.[93]

Las leyendas románticas del pasado inspiraban a muchos. El director de un colegio de Kiev se sentía tan emocionado de poder enseñar a sus alumnos la lengua de la poesía ucraniana que llamó a su colegio Escuela Obrera de Kiev Tarás Shevchenko n.º 1 y situó al poeta nacional en el centro del plan de estudios. Animó a sus alumnos a escribir un diario, a plasmar todos sus pensamientos y a dibujar en respuesta a la poesía de Shevchenko. También interpretaron parodias sobre el poeta en el club obrero de la localidad y entrevistaron al conserje para el periódico escolar porque su padre había conocido al poeta.[94] En todos esos proyectos los eslóganes que exigían justicia social eran de Shevchenko, no de Marx. En aquellos tiempos no parecía importar que algunos de los versos de Shevchenko tuvieran matices antirrusos; sus palabras se interpretaban como una oposición al Imperio ruso, no a la nación rusa, y por eso estaban permitidos.

Aun así, desde el principio fueron visibles los fallos de los que adolecía el plan. No todos los colegios que eran oficialmente «ucranianohablantes» enseñaban bien la lengua. El ruso seguía siendo el idioma nativo de la mayoría de los profesores, y solo unos pocos fueron capaces de hacer con facilidad el cambio o quisieron hacerlo. En las escuelas de las zonas rurales había profesores que hablaban mal en ucraniano y que enseñaban a alumnos que también lo hablaban mal, y al final unos y otros acababan hablando una mezcla agramatical de idiomas. Hubo intentos de comprobar la capacidad lingüística de los profesores, pero estos desplegaron numerosas formas de resistencia pasiva. Algunos de ellos se negaron a examinarse, se quejaron de que no tenían tiempo de alcanzar la fluidez exigida y protestaron, seguramente con razón, de lo deficientes que eran los libros de texto. No era fácil refutar sus argumentos, pues muchos miembros de las comisiones creadas para comprobar las aptitudes de los profesores tampoco hablaban ucraniano.[95]

Algunos se opusieron de manera más activa. Había mucha gente que no quería que sus hijos fuesen educados en ucraniano, bajo el argumento de que luego tendrían problemas para acceder a la enseñanza superior, donde aún dominaba el ruso.[96] Los burócratas también ofrecieron resistencia ante los esfuerzos por conseguir que se utilizase el ucraniano en el aparato estatal. A pesar de que en teoría tenían que hablar el idioma, los funcionarios del partido solían eludir su obligación con toda impunidad. En la segunda mitad de la década el comité regional de partido de Odesa, una ciudad rusohablante, había impuesto clases de ucraniano para trescientos *apparátchiki* (funcionarios) del partido. Solo doscientos veintiséis se matricularon, y tan solo setenta y cinco de ellos asistían con regularidad a las clases. Aún eran menos los que abonaban las cuotas de las clases. Los organizadores del programa presionaron a los alumnos recalcitrantes para que pagasen, algo que no los animaba a asistir a las clases, y se quejaban constantemente de que habían perdido dinero.[97]

La incapacidad del partido para enseñar ucraniano incluso a sus propios funcionarios era un indicio de algo más profundo. A mediados de la década de 1920 la Unión Soviética ya se había convertido en un Estado policial estricto, uno que, de haber querido, habría podido tomar medidas contra los miembros del partido que se negaban a aprender el idioma. Pero en realidad el Estado policial estaba adoptando sigilosamente otra serie de políticas. Incluso mientras Hrushevski, Shumskí, Skrípnik y otros defensores de una identidad ucraniana independiente alcanzaban puestos de mayor relevancia en los

ministerios de cultura y educación, un grupo muy diferente de funcionarios estaba ganando terreno. Era harto más probable que los policías políticos ucranianos, que eran prosoviéticos y rusohablantes —y a menudo de «etnia» judía, letona o polaca—, sirvieran con mayor fidelidad a Stalin que a cualquier idea abstracta de una nación ucraniana. A medida que avanzaba la década, se empezó a notar su lealtad.

De entre los policías ucranianos que aparecieron en la década de 1920, el más leal y el más destacado en muchos otros aspectos fue Vsévolod Bálitski.[98] Había nacido en 1892 en Verjniodniprovsk, una pequeña urbe a orillas del río Dniéper, y pasó la mayor parte de su infancia en la ciudad industrial de Luhansk, donde su padre trabajaba como contable en una fábrica. Educado en el mundo rusohablante de la *intelligentsia* industrial ucraniana —según se rumoreaba, era incluso de origen aristócrata—, Bálitski se definió como «ruso» en un documento de 1922, a pesar de que luego cambió su denominación nacional a «ucraniano». No llegó a declararse de nuevo «ruso» hasta mucho más tarde, cuando lo arrestaron durante el «Gran Terror» de 1937.

De hecho, a Bálitski sus afinidades nacionales siempre le habían importado menos que sus afinidades políticas. Fue un adolescente radicalizado y más tarde afirmó haber estado «en contacto con el movimiento revolucionario de Luhansk» desde los diecisiete años. Estudió derecho en Moscú y en 1913 se afilió al Partido Menchevique, los rivales de los bolcheviques, algo que luego intentó eliminar de su biografía. Cambió de bando y en 1915 se unió a los bolcheviques, afiliándose al partido lo bastante pronto como para que no dudasen de su fidelidad. Era alto y rubio, y dado a los gestos teatrales y las afirmaciones radicales. Después de que el ejército lo reclutase para combatir en la Primera Guerra Mundial, se dedicó a la «agitación revolucionaria» entre otros soldados. Cuando la revolución por fin estalló en febrero de 1917, dirigió uno de los «tribunales del pueblo» del Cáucaso. A lo mejor fue entonces cuando le cogió el gusto a identificar, purgar y asesinar a los enemigos de clase. En su retórica Bálitski solía relacionar la violencia con la limpieza y la purificación, con librar al partido de las «termitas» y la «contaminación».

Su fe en el poder purificador de la violencia política hizo que en 1919 regresase a Ucrania y se uniese a la Checa del territorio. En febrero de ese mismo año publicó un poema en la edición ucraniana de *Isvestia*.

Y ahí donde, ayer mismo, la vida era tan feliz
fluyen los ríos de sangre.
¿Y entonces? Ahí donde fluye
no habrá perdón.
Nada os salvará, ¡nada! **[99]**

Poco después de su regreso, Bálitski tuvo la oportunidad de ver «el río de sangre» que había imaginado. Desempeñó un papel activo en la resistencia contra la rebelión campesina de 1919. Luchando junto al Ejército Rojo participó en el asesinato en masa de rehenes, antes de que lo obligaran a abandonar la república. Durante unas pocas semanas fue a parar a Gómel, en el extremo sudoriental de la República de Bielorrusia, lo que debió de parecerle un contratiempo enorme. Justo cuando se preparaba para ocupar un puesto junto a los líderes de Ucrania, se encontró varado en una lejana ciudad de provincias, una vez más al frente de un tribunal revolucionario. Sin embargo, se mantuvo centrado en su objetivo incluso estando al borde de la zona de guerra, arrestando y fusilando a cualesquiera contrarrevolucionarios, especuladores y otros individuos que pareciesen una amenaza para las fuerzas soviéticas.

Bálitski acabó volviendo a Ucrania, donde ayudó con éxito a Dzerzhinski en la «limpieza» tras la retirada del Ejército Blanco. Durante esa época viajó mucho por toda la república, y en un momento dado se topó por accidente con un grupo de guerrilleros de Majnó. Según relató, los insurgentes lo arrestaron de inmediato y lo hicieron desfilar hasta un extremo de la aldea para fusilarlo. Pero uno de sus comandantes, impresionado al parecer por el porte aristocrático de Bálitski, evitó que lo matasen. Tras un breve interrogatorio, el líder de los guerrilleros decidió dejarlo ir. Unos años más tarde Bálitski le devolvió el favor. Después de que las fuerzas bolcheviques capturasen a ese mismo comandante, Bálitski presuntamente conmutó su pena de muerte.**[100]**

Una vez concluida la lucha, Bálitski vio recompensada su lealtad. En 1923 se convirtió en el líder de la Checa ucraniana. Siguiendo el ejemplo de sus camaradas de Moscú, que a la sazón se encontraban ocupados procesando a los oponentes socialistas de los bolcheviques, ayudó a organizar el primer juicio contra los socialistas revolucionarios de Ucrania. Durante aquel periodo los tribunales dictaban sentencias relativamente moderadas, y muchos de los acusados fueron absueltos.

El poder y la influencia de Bálitski siguieron creciendo sigilosamente. En 1925, por insistencia suya, el Politburó de Ucrania firmó una serie de decretos que fortalecieron a la policía secreta ucraniana, cuyo nombre fue cambiado; primero por el de GPU (Directorio Político del Estado, por sus siglas en ruso)

y luego por el de OGPU (Directorio Político Unificado del Estado, por sus siglas en ruso).[101] Entre otras cosas, Bálitski convenció al Politburó de que protegiera los salarios de los empleados de sus departamentos. Incluso cuando la influencia cultural de la *intelligentsia* ucraniana estaba en su momento álgido y el poder de los campesinos era mayor que nunca, Bálitski, ucraniano de nacimiento pero rusohablante y soviético por afinidad, se estaba ganando la lealtad de un grupo completamente diferente al prepararlo para que tuviesen un papel importante en el futuro de Ucrania.

4
La doble crisis
1927-1929

El Glavlit les ordena que tomen todas las medidas necesarias para impedir que aparezca en la prensa algún informe (artículos, noticias, etc.) que aluda a las dificultades o las interrupciones en el abastecimiento de cereal en el país, ya que a falta de una buena base podrían inducir al pánico y arruinar las medidas que el Gobierno ha tomado para superar las dificultades temporales en la obtención y el abastecimiento de cereal para el país.

Telegrama del Departamento de Información a todas las unidades del OGPU, 1927 **[1]**

Es imposible que no haya pan. Si nos dieran fusiles, lo encontraríamos.

Comentario oído por un informante de la policía secreta, 1927 **[2]**

El comunismo de guerra había fracasado. El Estado de los obreros radicales no había traído prosperidad a los trabajadores. Pero en la segunda mitad de la década de 1920 la Nueva Política Económica de Lenin también estaba fracasando.

En teoría el mercado era libre, pero en la práctica al Estado no le gustaba dejarlo en paz. Los funcionarios, que sospechaban que los comerciantes se estaban beneficiando de la venta de cereal, interferían constantemente haciendo circular una propaganda agresiva «contra la especulación» e imponiendo duras regulaciones. Fijaron precios elevados para los bienes industriales y precios bajos para los productos agrícolas (de ahí el nombre de «crisis de las tijeras»), lo que creó un desequilibrio. Había comerciantes que ofrecían comprar cereal a los precios bajos «estatales», mientras que otros ofrecían precios «privados» más elevados. Muchos campesinos que no podían conseguir los precios más altos ni siquiera lo vendían. En vez de ello

preferían, como es lógico, almacenar el grano, alimentar al ganado y esperar a que los precios subieran.

Esta nueva crisis llegó por sorpresa. El suministro de cereal había estado mejorando desde la hambruna de 1921-1923. Una mala cosecha en 1924 volvió a provocar una hambruna extendida, pero los campesinos aún tenían remolachas, patatas, vacas y cerdos de los que alimentarse. La moratoria sobre el acopio obligatorio de cereal, que seguía en pie, implicaba que los campesinos estaban dispuestos a sembrar en la primavera siguiente.[3]

En 1927 el sistema volvía a parecer inestable. Aquel año el Estado obtuvo (según sus propios métodos de conteo, poco fiables) 5,4 millones de toneladas de cereal. Pero los organismos de distribución de alimentos, que repartían barras de pan rigurosamente racionadas al proletariado urbano y a la burocracia, habían contado con tener 7,7 millones de toneladas.[4] En un sondeo realizado en todo el país, el OGPU informó de que en toda la Unión Soviética había «un gentío abrumador y enfrentamientos a voz en grito» en las colas para adquirir alimentos. Ese mismo sondeo secreto citaba a la esposa del obrero de una fábrica: «Pierdes todo el día para conseguir tan solo cuatro kilos y medio de harina, tu esposo llega del trabajo y la cena todavía no está lista». De modo inquietante, algunas de las quejas tenían un tono político. En la ciudad de Tver, la policía encontró una proclama que llamaba a hacer huelga: «No hay mantequilla, hace muy poco que la harina ha vuelto a estar disponible, no hay queroseno, han engañado al pueblo».[5] Paul Scheffer, el corresponsal del *Berliner Tageblatt* en Moscú, informó de que había «colas ante las tiendas de todos los rincones de la Unión Soviética» y de que los precios eran extraordinariamente elevados. Esta fue su inquietante reflexión: «¿No se podría decir, al comentar todo esto, que es “como el invierno de 1917” en Alemania?».[6] Eugene Lyons, recién llegado a Moscú como corresponsal de la agencia de noticias United Press International, también describió las colas que vio en el invierno de 1927 a 1928.

> Había largas colas desorganizadas en todas partes, sobre todo de mujeres, que salían de las puertas de las tiendas, bajo nubes de vapor de la respiración; pacientes, bovinas, apenas refunfuñaban […]. El pan, que constituye más de la mitad de la dieta de los rusos, se había convertido en un «producto escaso».[7]

Para el Partido Comunista la crisis amenazaba con hacer sombra a un importante aniversario; diez años después de la revolución, el nivel de vida en la Unión Soviética seguía siendo inferior al que Rusia tenía bajo al gobierno de los zares. Se racionaban todo tipo de alimentos —los obreros recibían cupones según su estatus— y la comida era muy escasa. La información sobre

la producción de cereal era tan espinosa que en mayo de 1927, cinco meses antes de las celebraciones con motivo del aniversario, el OGPU prohibió a todos los periódicos soviéticos escribir sobre cualquier cosa que hiciese referencia «a las dificultades o las interrupciones en el abastecimiento de cereal en el país, ya que […] podrían inducir al pánico».[8]

La nueva crisis alimentaria también llegó en un momento crítico para la lucha interna por el poder en el Partido Comunista. Desde la muerte de Lenin en 1924, Stalin había estado formando una red de apoyo dentro del partido, reuniendo a sus fuerzas contra Trotski, su principal rival. Para ello, se había puesto del lado de los «derechistas» —en particular de Nikolái Bujarin—, que apoyaban los principios de la Nueva Política Económica, es decir, el libre comercio limitado y la cooperación con los campesinos, y contra los «izquierdistas» de Trotski, que advertían de que la NEP crearía una nueva clase capitalista y enriquecería a los kulaks de las zonas rurales. Pero en 1927 cambió de política; tras deshacerse de forma satisfactoria de los «izquierdistas» —Trotski ya había caído en desgracia y partiría en breve al exilio—, Stalin comenzó a preparar un ataque contra los «derechistas», Bujarin y la Nueva Política Económica. En otras palabras, utilizó la crisis agraria y el descontento económico general no solo para radicalizar la política soviética, sino también para completar la destrucción de este grupo de rivales.

Desde el punto de vista del Kremlin, 1927 fue un año importante en cuanto a la política exterior. El OGPU había estado durante muchos años extendiendo con gran entusiasmo su red de espionaje por toda Europa. Pero en 1927 los espías extranjeros de la Unión Soviética sufrieron ciertos contratiempos embarazosos. Se descubrieron importantes operaciones de espionaje soviéticas en Polonia, Turquía, China y Francia, entre otros lugares. En Londres, el Gobierno británico rompió las relaciones diplomáticas con la URSS tras sacar a la luz una operación que el secretario de Interior describió en la Cámara de los Comunes como «uno de los sistemas de espionaje más perfectos y más infames que haya tenido nunca la desgracia de encontrar».[9]

Al mismo tiempo, el servicio de espionaje soviético, recientemente ampliado, descubrió lo que consideró una prueba de los intereses territoriales japoneses en el Extremo Oriente soviético. Supusieron que Polonia también tenía en marcha proyectos respecto de la Unión Soviética, sobre todo después de que el exitoso golpe de Estado del mariscal Piłsudski en 1926 volviese a situar en el poder al vencedor de la guerra polacobolchevique. Irónicamente, Polonia sí que respaldó en secreto algunos de los planes para fomentar el nacionalismo ucraniano en la década de 1920, con cierto apoyo de

diplomáticos japoneses, pero no hay pruebas de que Stalin estuviese al tanto de esa información.[10] En cambio, sus sospechas se centraban en redes de espionaje polacas y japonesas que no existían y en lo que era, como mucho, una colaboración militar entre los dos países.[11]

En conjunto, todos estos incidentes parecían amenazadores, sobre todo para los líderes soviéticos que aún recordaban lo dura que había sido la lucha de una década atrás. En un artículo publicado en el *Pravda* en julio de 1927, Stalin advirtió de la «amenaza real y palpable de una nueva guerra en general y de una guerra contra la Unión Soviética en particular». En los periódicos y en los discursos públicos se presentaban historias no relacionadas entre sí como una conspiración amenazadora.[12] La campaña propagandística que lo acompañaba preparó a la sociedad soviética para las condiciones propias de la guerra y para una mayor austeridad, y al mismo tiempo trató de crear una mayor lealtad al sistema comunista.[13]

Como respuesta a la aparente amenaza de hostilidades y a la posibilidad más real de que estallaran graves disturbios por la escasez de alimentos, en octubre de 1927 el OGPU propuso una lista de nuevas políticas duras. Entre otras cosas, la policía secreta quería tener el derecho de «pedir responsabilidades» a los comerciantes de cereal privados que «especulaban» con los productos que escaseaban e inflaban los precios.[14] El Politburó también exigió la transferencia inmediata de bienes industriales a las zonas rurales (una zanahoria entre muchos palos), el cobro retroactivo de impuestos, la congelación de los precios del cereal y la participación directa de los funcionarios locales del partido en el acopio de cereal.[15]

Ninguno de estos cambios tuvo un impacto relevante. A principios de enero de 1928, el Comité Central soviético se fijó en que, a pesar de sus órdenes, «no había habido avances visibles» en la recolección de cereal. A fin de solucionar el problema, Stalin les dijo a los dirigentes del PCUS que «movilizasen con rapidez las mejores fuerzas del partido» para lograr que los dirigentes locales fueran «personalmente responsables» del acopio de grano, para organizar una campaña propagandística que señalase con claridad a aquellos que fracasaban y para aplicar «duros castigos» a quienes se negaban a pagar los impuestos, sobre todo si eran kulaks.[16] Finalmente, el Estado acabó multando a los campesinos que no podían proveer cereal, cobrándoles hasta cinco veces su valor monetario. Las pertenencias de aquellos que se negaban a pagar las multas podían ser confiscadas y subastadas.[17]

Stalin estaba utilizando un lenguaje militar. Hablaba de «movilización» y de «frente», así como de «enemigos» y de «peligro». Dijo que los kulaks y los

especuladores se habían «aprovechado de la buena voluntad y el lento funcionamiento de nuestras organizaciones y [habían] tomado la delantera en el mercado del pan, subido los precios y creado entre los campesinos un ambiente de "espera y verás" que ha entorpecido aún más el acopio de cereal». Ante esa amenaza, sería un grave error actuar con lentitud o cautela. En vez de eso, había que separar a los kulaks y a los comerciantes del resto de campesinos y asestar un duro golpe por medio de los arrestos.

> Solo mediante ese tipo de políticas entenderán los campesinos de ingresos medios que la posibilidad de unos precios más elevados es una mentira inventada por los especuladores; que el kulak y el especulador son enemigos del poder soviético, y que es peligroso unir su destino al de los especuladores y los kulaks.[18]

Hacia esa misma época Stalin y el resto de la cúpula dirigente soviética también recuperaron la expresión *chrezvicháinie meri* («medidas extraordinarias»), así como la *chrezvicháishchina*, el estado de emergencia, palabras que aún recordaban a Tsaritsin, al Terror Rojo y a la guerra civil. Y, junto con el lenguaje de la guerra civil, también volvieron las tácticas de la guerra, la violencia que Stalin había empleado en Tsaritsin diez años atrás.

A principios de enero Guénrij Yagoda, el jefe del OGPU, dio la abrupta orden de arrestar inmediatamente «a los más destacados agentes privados del acaparamiento de cereal y a los comerciantes más obstinados […] que alteran los precios de adquisición y de mercado establecidos». A efectos prácticos, cualquiera que se ganase la vida vendiendo cereal podía ser reclasificado como delincuente. A mediados de mes se había encarcelado a más de quinientas personas en toda Ucrania, y había más investigaciones en curso. En Cherkasi, Mariúpol y Járkiv, entre otros lugares, la policía descubrió varias toneladas de cereal que los campesinos no habían entregado; como es lógico, habían estado esperando a que subieran los precios. La policía se abalanzó sobre esta prueba indicativa de una conspiración.[19]

El OGPU llegó entretanto a la conclusión de que algunos de los traficantes que escondían dicho cereal eran conscientes de la represión policial y que se esforzaban activamente en evitarla. Muchos habían cambiado de lugar el grano para evitar que los arrestasen; otros, con la esperanza de que la oleada de represión remitiera, habían pagado a los campesinos para que guardasen el cereal a la espera de una ocasión mejor.[20] El 19 de enero el OGPU puso fin a todas estas actividades con un decreto terminante: cualquiera que se negase a vender cereal al Estado al precio acordado sería arrestado y juzgado.[21] Con esa ley la Nueva Política Económica llegó en la práctica a su fin.

Los comerciantes de cereal fueron un buen cabeza de turco. Pero, en realidad, la política económica de la década de 1920 se basaba en una contradicción fundamental, y hasta la gente de a pie podía darse cuenta. A principios de 1929, Semén Ivanísov, un campesino instruido de Zaporizhia, en el sur de Ucrania, escribió una carta a un amigo que era funcionario del partido. En ella elogiaba a Lenin, que había escrito sobre el «vínculo indispensable» entre los obreros y los campesinos. Pero Ivanísov temía que los puntos de vista del líder bolchevique hubiesen caído en el olvido. «¿Qué vemos ahora? El nexo correcto con el campesinado, esa relación entre aliados, ya no existe».

En cambio, decía Ivanísov, él y el resto de los campesinos se encontraban ahora en una situación inviable. Si trabajaban a destajo y ampliaban sus granjas, se convertían en kulaks, «enemigos del pueblo». Pero si escogían la otra opción y seguían como *bedniaks*, campesinos pobres, entonces les iba peor que a los «campesinos estadounidenses» con los que se suponía que debían competir. Parecía una trampa sin escapatoria. «¿Qué debemos hacer? —le preguntaba Ivanísov a su amigo—, ¿cómo debemos vivir?» Su propia situación iba empeorando. «Ahora tenemos que vender las vacas, y sin vacas no tenemos nada. En casa todo son lágrimas, gritos, sufrimiento, imprecaciones. Se me ocurre que, si en breve fueras a visitar a una familia de campesinos y la escuchases, pensarías: "Esto no es vida, es trabajo forzado, un infierno, algo que ni el demonio se atrevería a imaginar". Eso es todo».[22]

Ivanísov, al igual que muchos otros, se enfrentaba a una disyuntiva insoluble: por un lado, la pobreza ideológicamente aceptada, y por otro, la riqueza peligrosamente inaceptable. Los campesinos sabían que, si trabajaban mal, pasarían hambre. Si lo hacían bien, el Estado los castigaría. Hasta Maurice Hindus, un periodista estadounidense que en general admiraba a la Unión Soviética, se daba cuenta del problema. «Entonces, cuando un hombre se hacía con dos o tres caballos, otras tantas vacas o alguna más y alrededor de una media docena de cerdos, y cuando cultivaba trescientos o cuatrocientos *puds* de centeno o trigo, entraba en la categoría de kulak».[23] En cuanto un campesino obtenía riqueza y éxito, se convertía en el enemigo. Los granjeros demasiado eficientes o eficaces se volvían sospechosos de inmediato. Hindus recordaba que hasta las mujeres se alejaban de ellos: «Hoy en día nadie quiere casarse con un hombre rico».[24] Eugene Lyons señaló en Moscú que «los campesinos más laboriosos, con menos principios y más riquezas», sufrían una presión enorme. El escritor Mijaíl Shólojov, en su

novela *Campos roturados*, incluyó un personaje cuya granja simplemente había prosperado demasiado.

> Cuando me sentí con fuerzas, elevé la cifra: doce, y luego veinte, y luego veintiocho hectáreas. Yo trabajaba con mi mujer y con mi hijo. Solo dos veces, en los momentos difíciles, alquilé un jornalero. ¿Qué nos decía entonces el poder soviético? ¡Siembra lo más posible! Y ahora […] temo que por mis hectáreas me hagan pasar por el ojo de una aguja, y me traten como a un kulak.[25]

Así la Unión Soviética había destruido por completo la motivación de los campesinos para producir más cereal.

Puede que no todos los bolcheviques comprendieran esta contradicción, pero Stalin sí, y en el invierno de 1928 él y sus camaradas de más alto rango decidieron hacerse cargo del tema personalmente. El Politburó envió uno de sus miembros, Anastás Mikoián, al Cáucaso septentrional para descubrir el origen de la escasez de alimentos. Mólotov se dirigió a Ucrania, y Stalin decidió ir a Siberia.

Lo que Stalin documentó en sus tres semanas de viaje fue revelador. En los informes que escribió más tarde señalaba que la mayoría de los dirigentes del partido que había en la zona —algunos aún se atrevían a discutir con él— estaban convencidos de que la escasez de cereal podría solucionarse con cambios técnicos, por ejemplo, ofreciendo a los campesinos más bienes manufacturados a cambio de grano. Pero ¿era verdad que proporcionar más zapatos a los hijos de los campesinos podría solucionar el problema? En una reunión con los líderes siberianos del partido, Stalin, ataviado con un nuevo abrigo de piel de carnero, empezó de repente a pensar en voz alta sobre los graves defectos de la agricultura soviética. Les recordó que, tras la revolución, los campesinos habían ocupado y dividido las haciendas privadas de los aristócratas y los monasterios, creando así cientos de miles de granjas pequeñas e improductivas y otros tantos campesinos pobres. Pero ese era precisamente el problema: los kulaks —los campesinos ricos— eran mucho más productivos que sus vecinos pobres porque se habían quedado con propiedades más extensas.

La fuerza del granjero rico, concluyó Stalin, radicaba «en el hecho de que su agricultura se da a gran escala». Las granjas más grandes eran más eficientes, más productivas, estaban más dispuestas a utilizar tecnologías modernas. Ivanísov había observado el mismo problema: con el paso del tiempo, los labradores con más éxito acumulaban riquezas y tierras, lo que elevaba su productividad. Pero de esa forma se convertían en kulaks y, por lo tanto, se volvían inaceptables ideológicamente.

¿Qué se podía hacer? La ideología de Stalin no le hubiera permitido tomar la decisión de que había que dejar que los labradores con más éxito acumulasen más tierras y desarrollasen haciendas más extensas, tal y como había sucedido en el resto de las sociedades a lo largo de la historia. Era imposible, inimaginable, que en un Estado comunista pudiese haber grandes terratenientes o incluso labradores ricos. Pero Stalin también comprendía que oprimir a los granjeros exitosos tampoco llevaría a una mayor producción de cereal. Llegó a la conclusión de que las granjas colectivas eran la única solución. «La unificación de las pequeñas granjas domésticas para crear grandes granjas colectivas […] es el único camino».[26] La Unión Soviética necesitaba granjas extensas que perteneciesen al Estado. Los campesinos debían abandonar las tierras que poseían y aunar sus recursos.

Como ya se ha mencionado, en 1918 y 1919 se había intentado aplicar la colectivización a pequeña escala y había sido abandonada casi por completo. Pero se amoldaba a varias otras teorías marxistas y tenía defensores en el Partido Comunista, así que la idea se había quedado en el aire. Algunos tenían la esperanza de que la creación de granjas comunales —koljós— «proletarizarían» al campesinado, convirtiendo a los agricultores en jornaleros a sueldo que comenzarían a pensar y actuar como obreros. Durante un debate sobre el tema celebrado en 1929, un partidario de la colectivización explicó que «los koljoses —y esto lo tiene claro todo el mundo— deben ser como una economía de producción parecida a nuestras fábricas socialistas y granjas estatales».[27] La propaganda de la colectivización también olía a la obsesión soviética por la ciencia y la maquinaria, la creencia de que la tecnología moderna, una mayor eficiencia y unas técnicas de gestión más racionales podían solucionar todos los problemas. Se compartiría la tierra, y también la maquinaria agrícola. En nombre de la eficiencia, las Estaciones de Máquinas y Tractores, de propiedad estatal, controlarían los tractores y las cosechadoras, y las alquilarían a las granjas colectivas según sus necesidades.

La colectivización y la organización centralizada de la agricultura también coincidían con los planes de Stalin para la industria soviética. En 1928 el Gobierno soviético aprobó su primer «plan quinquenal», un programa económico que exigía un crecimiento anual del 20 por ciento —una tasa sin precedentes— de la producción industrial, la adopción de la semana laboral de siete días —los trabajadores descansarían por turnos para que las fábricas nunca tuviesen que parar su actividad— y una nueva ética de la competencia laboral. Los encargados, los obreros y los directivos competían entre sí por cumplir el plan, e incluso por sobrepasarlo. El enorme crecimiento en la

inversión industrial creó miles de nuevos empleos de clase obrera, muchos de los cuales fueron ocupados por campesinos a los que habían expulsado de sus tierras. También generó una necesidad apremiante de carbón, hierro y todo tipo de recursos naturales, y muchos de ellos solo podían encontrarse en los extremos septentrional u oriental de la Unión Soviética. Los campesinos que ya no fuesen necesarios debido a la colectivización se encargarían de minar dichos recursos.

Los «métodos de emergencia», la campaña de colectivización y la rápida industrialización pronto se convirtieron en las políticas estalinistas más características. Este «Gran giro» o «Gran cambio», como pasó a conocerse, representaba un regreso a los principios del comunismo de guerra y, a efectos prácticos, una segunda revolución. Ya que las nuevas políticas suponían una clara desviación de las ideas que Stalin y otros habían estado defendiendo durante varios años, y puesto que sus principales rivales en el seno del partido eran fuertes detractores de la colectivización en particular, Stalin se comprometió muchísimo, tanto en lo personal como en lo político, para que tuvieran éxito. A la postre, volvió a redactar personalmente las órdenes de colectivización para ponerlas en práctica de la manera más rápida y radical posible.[28]

Tras la visita de Stalin, el OGPU de Siberia se dio cuenta de que debía asegurar el éxito de su líder. En vez de esperar a las contribuciones de los campesinos, como había hecho en el pasado, abandonó todo principio de legalidad, envió sus agentes a las zonas rurales, registró y arrestó a los agricultores, y se llevó su grano, del mismo modo en que lo habían hecho durante la guerra civil. «El camarada Stalin nos ha dado una consigna —afirmó un recolector de cereal local—: presionar, golpear, exprimir».[29] Obtuvieron resultados. Antes incluso de regresar a Moscú, Stalin envió un telegrama a sus camaradas anunciando el triunfo: «Saludamos al Comité Central con 80 millones de *puds* [1,31 millones de toneladas] de cereal para enero. Es una gran victoria para el partido». Afirmaba que febrero sería «el mes más importante para la lucha en Siberia».[30]

Alentado por los informes, en la primavera y el verano de 1928 Stalin intensificó su defensa de la colectivización en dos turbulentas reuniones del Comité Central. Los discursos que pronunció por entonces dejan claro que si presionaba tanto para conseguir un cambio político era, en parte, porque se enfrentaba a la oposición de los únicos rivales serios que quedaban en el partido, sobre todo Bujarin, a quien ahora criticaba de «derechista oportunista». Además de la repercusión que tuvo en las zonas rurales, la

política de la colectivización fue una herramienta ideológica que situaba a Stalin como el líder indiscutible del partido. Con el paso del tiempo, la aceptación de su política le proporcionó autoridad y legitimidad dentro del PCUS. Sus oponentes no mostraban su desacuerdo.[31]

En la primavera y el verano de 1928, lo contrario también era cierto; Stalin utilizó el conflicto interno del partido para impulsar un proceso ideológico que ayudase a la campaña de colectivización. En el pleno de julio defendió de manera infame que la explotación de los campesinos era clave para la industrialización de la Unión Soviética. «De todos es sabido que durante cientos de años Inglaterra exprimió el jugo de todas sus colonias, en cada uno de los continentes, para poder invertir más en su industria». La Unión Soviética no tomaría el mismo camino, aseguró Stalin. Afirmó que tampoco podía depender de préstamos extranjeros. La única solución que les quedaba era, en efecto, que el país «colonizase» a sus propios campesinos; exprimirlos más e invertir esa «acumulación interna» en la industria soviética. Para contribuir a esa transformación, los campesinos tenían que pagar «un tributo» con vistas a que la Unión Soviética pudiese «seguir incrementando la tasa de crecimiento industrial».

> Hay que decir que esta situación es incómoda. Pero no seríamos bolcheviques si pasásemos por alto este asunto e hiciésemos oídos sordos ante el hecho de que, por desgracia, sin este impuesto adicional a los campesinos, no seríamos capaces de gestionar nuestra industria y nuestro país.

En cuanto a los «métodos de emergencia» que tanto sufrimiento causaban, ya habían «salvado al país de una crisis económica general […] ahora mismo tendríamos una grave crisis de toda la economía nacional, hambruna en las ciudades, hambruna en el ejército». Quienes se oponían «son gente peligrosa». Ya no era necesario el «estrecho vínculo» entre los campesinos y los obreros alabado en otros tiempos: «El proletariado es la única clase que detenta el poder».[32]

El lenguaje de Stalin estaba profundamente enraizado en la interpretación marxista de la economía. No había llegado a la «solución» de la rápida colectivización por casualidad, sino tras un proceso lógico y cauteloso. Había dispuesto que tendrían que sacrificar al campesinado para conseguir la industrialización de la Unión Soviética, y estaba dispuesto a expulsar a millones de personas de sus tierras. Había decidido a sabiendas que tendrían que pagar un «tributo» al Estado obrero, y sabía que sufrirían de resultas de ello.

¿Era realmente la colectivización, acompañada de violencia, la única solución? Claro que no. El liderazgo soviético estaba abierto a otras opciones. Bujarin, por ejemplo, apostaba por la colectivización voluntaria y por subir el precio del pan.[33] Pero la interpretación que Stalin hacía de la agricultura soviética, su compromiso exaltado con la ideología que profesaba y su experiencia personal —sobre todo su fe en la eficacia del terror— hicieron que la colectivización forzada y en masa le pareciera inevitable e ineludible. Se jugaría su reputación personal en el éxito de esta política.

La Nueva Política Económica no fue la única política bolchevique contradictoria, ni la única que tocó fondo en 1927. La «ucranianización» también adolecía de una profunda contradicción que se manifestó en la misma época. Por una parte, dicha política era básicamente un instrumento: los bolcheviques de Moscú la crearon para apaciguar a los nacionalistas ucranianos, para convencerlos de que la Ucrania soviética era en realidad un Estado ucraniano y para atraerlos hacia las estructuras de poder soviéticas. Pero para que funcionase, no podía parecer un instrumento; si los nacionalistas ucranianos iban a convertirse en ciudadanos leales a la Unión Soviética, tenían que creer que la ucranianización era real.[34]

Para ganarse a los nacionalistas ucranianos, el Estado soviético se vio obligado a situar en cargos destacados del país a ucranianos de pura cepa, a financiar la enseñanza en lengua ucraniana y a permitir el desarrollo de un arte y una literatura nacionales auténticos que pudieran ser considerados diferentes e independientes de la cultura rusa o soviética. Pero estas iniciativas no apaciguaron a los nacionalistas, sino que los llevaron a exigir cambios más veloces. Al final, les hicieron cuestionar la supremacía de Moscú.

El mundo literario era el que manifestaba su descontento de manera más ruidosa, pues sus ambiciones aumentaban sin cesar. Tanto el grupo Hart como el Pluh tuvieron una corta vida, al igual que el resto de las vanguardias artísticas soviéticas. En enero de 1926 se incorporaron a una organización más explícitamente política, la Academia Libre de Literatura Proletaria, conocida por su acrónimo en ucraniano, VAPLITE. El líder del grupo, Mikola Jviloví, se había unido a los bolcheviques durante la guerra civil y por un breve periodo incluso había pertenecido a la Checa. Pero sentirse identificado con Ucrania le había permitido distanciarse de los bolcheviques moscovitas, y comenzó a transitar otros derroteros. Renunciando a la mentalidad

provinciana, al «retroceso» y al campesinado, y clamando contra la «psicología servil» de sus compatriotas, Jviloví aspiraba a que Ucrania desarrollase su propia cultura literaria urbana. Quería asociar a Ucrania con Europa, no con Rusia, y en 1925 ya estaba dispuesto a decirlo:

> Ya que finalmente nuestra literatura puede seguir su propio camino, nos encontramos con la siguiente pregunta: ¿qué literatura del mundo deberíamos adoptar como referente? Desde luego no la rusa. Eso es indudable e irrefutable. Nuestra unión política no debe confundirse con la literatura. La poesía ucraniana debe huir de la literatura rusa y sus estilos tan rápido como sea posible […] la cuestión es que durante siglos la literatura rusa, como dueña de la situación, ha sido un lastre para nosotros, ha condicionado nuestra psique para que interpretemos el papel del servil imitador […][35]

Alrededor de la misma época el artista ucraniano Mijailo Boichuk, un modernista que había participado en la vanguardia revolucionaria, había llegado a una conclusión similar. Ucrania debía crear una «gran muralla» en su frontera con Rusia, como habían hecho los chinos, «una barrera incluso para los pájaros», para que la cultura ucraniana tuviese la oportunidad de desarrollarse por su cuenta.[36]

La prensa ucraniana, que empezaba a mostrar entusiasmo a la hora de difundir las ventajas que la ucranianización tenía más allá de las fronteras del país, se hizo eco de ese lenguaje. Como ya se ha visto, el Estado aprobaba la idea de que la Ucrania soviética debía empezar a ejercer influencia en quienes hablaran ucraniano en el extranjero, sobre todo en Polonia. Pero en 1927 la Ucrania soviética también comenzó a intentar influir en los ucranianos de Rusia, sobre todo en los de Kubán, la provincia del Cáucaso septentrional en la que había dos uncranianohablantes por cada rusohablante (en las zonas rurales la proporción era de tres frente a uno). El periódico gubernamental de la república publicó una serie de doce artículos sobre Kubán y el Cáucaso septentrional en los que se describían la historia de la influencia ucraniana en la provincia y el afecto que los ucranianos de Kubán sentían por sus hermanos de Ucrania.

Era una serie de artículos que defendían abiertamente la ucranianización, y enfureció a los comunistas rusohablantes que gobernaban en Kubán. Poco después arrestaron y procesaron a un grupo de presuntos saboteadores, acusándolos de defender la anexión de Kubán a Ucrania. Uno confesó, o lo obligaron a confesar, que se había sentido inspirado por los artículos de la prensa ucraniana.[37] El miedo a que la región se fuese a ucranianizar y, por tanto, a que los bolcheviques ya no fueran tan de fiar tuvo una importancia enorme en los años siguientes.

El descontento también estaba a punto de estallar entre la clase política ucraniana, que se oponía al inflexible papel que Moscú seguía desempeñando en los asuntos de los comunistas de la república. En abril de 1925, menos de dos años después del primer decreto sobre la ucranianización, el Partido Comunista de la Unión Soviética destituyó repentinamente a Emmanuil Kvíring, el líder del Partido de Ucrania, que se había opuesto de manera abierta a la ucranianización, y lo reemplazó por Lázar Kaganóvich, uno de los colaboradores más cercanos de Stalin. Aunque Kaganóvich había nacido en la provincia de Kiev, hablaba mal el ucraniano. También era judío, había pasado la mayor parte de su carrera en Rusia, y en Ucrania no lo percibían como un oriundo de Ucrania, sino como un defensor de los bolcheviques rusos.

Aparentemente, Kaganóvich llegó con un plan para acelerar el proceso de ucranianización. A efectos prácticos, durante sus tres años a cargo del Partido Comunista de Ucrania (fue reemplazado en 1928 por Stanislav Kosior) continuó fomentando la «baja» ucranianización —la eliminación de los obstáculos burocráticos para utilizar la lengua— porque los bolcheviques seguían pensando que era necesario que los ucranianohablantes se mantuvieran fieles al régimen. Pero su desconfianza hacia la «alta» ucranianización —en la cultura, la literatura, el teatro— pronto se convirtió en pura hostilidad, algo que irritó a sus nuevos colegas. Poco después del nombramiento de Kaganóvich, Olexánder Shumskí, el comisario de Enseñanza, se reunió con Stalin. Se quejó del nuevo secretario del partido y le pidió que nombrara en su lugar a un «verdadero» ucraniano. Unos meses más tarde Shumskí también se quejó ante el Politburó de Ucrania de otros comunistas ucranianos —«sin principios e hipócritas, embusteros y serviles, y lisonjeros a traición»—, cuyo nombre no quiso desvelar, que defendían Ucrania de boquilla, pero que en realidad harían cualquier cosa por contentar a los rusos y así «conseguir un buen puesto».

La confianza de Shumskí —en sí mismo, en su cargo, en el compromiso de Moscú con la cultura ucraniana— era extraordinaria teniendo en cuenta que las cosas ya estaban cambiando ante sus propios ojos. A medida que Kaganóvich se iba ocupando de los asuntos de Ucrania, su preocupación por lo que oía y veía iba en aumento. Quedó estupefacto al descubrir que Hrushevski, un hombre que había «servido en diversos gobiernos» —es decir, gobiernos no bolcheviques—, aún se paseaba con toda libertad por las calles de Kiev. En cualquier otro lugar de la Unión Soviética ese tipo de personas llevaban mucho tiempo entre rejas. Los escritos más agresivos de los literatos ucranianos, sobre todo el llamamiento de Jviloví a que la poesía ucraniana

huyera «de la literatura rusa y sus estilos tan rápido como sea posible», también sorprendieron al enviado de Stalin,[38] y quedó asimismo asombrado con el eslogan que solía repetir el escritor, «Het vid Moskví!» («¡Fuera ya de Moscú!»). Kaganóvich envió unas citas seleccionadas de Jviloví a Stalin, que como era de esperar quedó indignado, denunció las «actitudes extremistas» y cargó contra el camarada Shumskí por no entender que «solo luchando contra estos extremismos es posible convertir la cultura y la vida social ucranianas, que están creciendo, en una cultura y una vida social soviéticas».[39]

Stalin no necesitaba advertir de su preocupación a su otro aliado en Ucrania, ya que también él compartía su opinión. Vsévolod Bálitski llevaba ya varios años al frente del OGPU ucraniano, por regla general rodeando sus actividades de un halo de misterio. A pesar de que estaba a cargo de lo que técnicamente era una organización del partido de Ucrania, Bálitski mantenía en silencio el hecho de que estaba vigilando a las principales figuras culturales y políticas, y nunca enviaba informes al Consejo de Ministros de Ucrania o a los administradores locales. Llegó incluso a vetar un filme de propaganda destinado a visibilizar el trabajo de sus agentes porque, según él, revelaría demasiados secretos. No era fiel a la República de Ucrania, sino a la cúpula dirigente moscovita del Partido Comunista, y exigía lo mismo a sus subordinados. «Si se da la orden de disparar a la muchedumbre y se niegan a hacerlo —les dijo en cierta ocasión—, entonces yo mismo abriré fuego contra todos ustedes. Deben obedecer sin rechistar mis órdenes, no permitiré ninguna queja». Al mismo tiempo, Bálitski se esforzó mucho por mejorar sus sueldos y prerrogativas, así como los suyos propios. En teoría, fue durante esa época cuando le cogió el gusto a las joyas y las obras de arte, que serían descubiertas entre sus pertenencias tras su defunción.[40]

En 1925 Bálitski también había convencido al Politburó de Ucrania de crear una comisión para controlar las actividades de «los intelectuales ucranianos», sobre todo los que estaban vinculados a la Academia de Ciencias. En 1926 el OGPU elaboró un informe «sobre el separatismo ucraniano» que recomendaba vigilar de cerca a cualquiera que hubiese estado relacionado con cualquier «movimiento antisoviético» en el pasado.[41] Los nacionalistas habían dejado de lado la lucha abierta contra el Estado soviético, pero eso «no significa que hayan aceptado del todo la situación actual y que hayan abandonado sinceramente sus intenciones hostiles».[42] Los autores sugerían que a lo mejor los nacionalistas no habían cambiado de ideología, sino de táctica.

> Sus esperanzas de derrocar al Gobierno soviético habían fracasado. Los nacionalistas se vieron obligados a aceptar el poder soviético como algo ineludible. Por lo tanto, se forjó una nueva táctica de combate. Utilizarán contra el Gobierno la nueva arma de «labor cultural» […]. En general, los representantes del nacionalismo ucraniano trabajan sin descanso para insuflar el patriotismo en las masas […].[43]

Kaganóvich, que había leído todos esos informes, sacó la conclusión de que los nacionalistas, entre ellos los exborotbistas, no se habían «pasado a nuestro bando» porque realmente fuesen bolcheviques, sino porque estaban «calculando que iban a reorientarnos». Temía que el programa soviético de ucranianización no hubiera logrado sovietizar a Ucrania sino que hubiese envalentonado a los enemigos del país, convirtiéndolos en una «fuerza hostil» que amenazaba a la sociedad soviética desde dentro; al permitir que los nacionalistas ucranianos se mantuvieran en el poder, los bolcheviques habían sembrado la semilla de una nueva oposición.[44]

Bálitski, con la destreza de un devoto de las teorías conspirativas, detectó un complot aún mayor. Sospechaba que los nacionalistas ucranianos no eran meros enemigos, sino que también eran traidores, una «quinta columna» que se había infiltrado en el sistema soviético al servicio de las potencias extranjeras. En un informe titulado «Sobre el poder de la contrarrevolución en Ucrania», situaba los orígenes de esta fuerza secreta en el golpe de Estado dado por Piłsudski en Polonia en mayo de 1926. Explicaba que en Ucrania los «elementos antisoviéticos habían visto en la figura de Piłsudski a un antiguo aliado de Petliura», y que habían vuelto a encontrar la inspiración para luchar por la causa nacionalista burguesa. La frustración de este sofisticado complot requería de «una gran operación para ahogar las actividades antisoviéticas ucranianas».[45]

Esa gran operación empezó entre finales de 1926 y comienzos de 1927. Stalin lanzó una oleada de ataques contra Shumskí, al que denunció explícitamente. Uno a uno, otros miembros del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania también lo denunciaron, lo reprobaron y lo insultaron, tanto en las reuniones del partido como en la prensa. Tuvo que dimitir como comisario de Enseñanza y de varias otras instituciones, entre ellas la comisión ortográfica encargada de redactar el diccionario de la lengua ucraniana. También atacaron a Jviloví y lo expulsaron de VAPLITE; la organización literaria fue disuelta por la fuerza y sustituida por otro sindicato más «prosoviético» —es decir, controlado e infiltrado— de escritores proletarios, el Sindicato Panucraniano de Trabajadores de la Cultura Comunista. «Shumskismo» y «jvilovismo» se convirtieron en términos de moda para referirse a las peligrosas desviaciones nacionalistas. En los meses y años

posteriores, estar vinculado con cualquiera de los dos se convirtió en algo tóxico.

Los ataques contra Shumskí y Jviloví no eran más que las manifestaciones más estridentes de la presión política que también empezaba a afectar a otros intelectuales ucranianos. Hrushevski, sometido a una intensa vigilancia desde que regresó a Kiev, empezó a tener dificultades para publicar sus libros.[46] De pronto, se encontró con problemas para viajar al extranjero —los informantes que lo espiaban estaban convencidos de que planeaba desertar—, y poco después una conspiración del OGPU evitó que obtuviese el puesto de presidente de la Academia de Ciencias.[47]

El OGPU también intensificó su campaña de vigilancia. Uno de sus informantes oyó cómo un profesor universitario predecía una guerra entre la Unión Soviética y Ucrania, y cómo defendía, presuntamente, que los ucranianos deberían «usar el conflicto para volverse más fuertes». Otro informante aseguró que un catedrático creía que la «ucranianización» despertaría la conciencia nacional hasta tal extremo que en un futuro cercano —al cabo de dos o tres años— Ucrania se separaría de Rusia. El OGPU también documentó que a los intelectuales ucranianos les preocupaba la posibilidad de que la república pronto cayera en manos de elementos «extranjeros», es decir, rusos y judíos.[48] Estas acusaciones calaron en el lenguaje de los dirigentes. En un pleno especial celebrado en la primavera de 1927, Skrípnik, qua ya había reemplazado a Shumskí como comisario de Enseñanza, se hizo eco de la paranoia generalizada sobre los enemigos extranjeros, y denunció a Shumskí y Jviloví por colaborar con la Polonia «fascista».[49]

A finales de 1927 Bálitski estaba preparado para anunciar la existencia de una conspiración aún mayor; en Ucrania el Partido Comunista se enfrentaba a una oposición sin precedentes. Actuando tanto a cara descubierta como en la sombra, gente vinculada a los partidos antibolcheviques trabajaba dentro de las instituciones soviéticas para ocultar su verdadera adscripción. Muchos se mantenían en contacto con «extranjeros» que trataban resueltamente de iniciar una contrarrevolución, tal y como habían hecho en 1919.

No es casual que esta oleada de acusaciones coincidiera con la escasez de alimentos y la indignación de 1927, así como con el décimo aniversario de la revolución. Al fin y al cabo, había que culpar a alguien del lento crecimiento soviético, y el elegido no iba a ser Stalin.

En 1927 el OGPU había empezado a buscar un «caso» que pudiese suscitar una nueva campaña contra los saboteadores y los agentes extranjeros que se suponía que estaban frenando el desarrollo de la Unión Soviética. En la primavera de 1928 encontraron uno. En la ciudad rusa de Shajti —al este de Ucrania, en el Cáucaso septentrional, junto a la cuenca carbonífera del Donbás— el OGPU «descubrió» una conspiración de ingenieros que supuestamente tenían como objetivo destruir la industria del carbón, en alianza con potencias extranjeras manipuladoras. Es cierto que algunos de ellos provenían del extranjero, y a su debido tiempo se arrestó a más de dos docenas de ingenieros alemanes y a otros tantos soviéticos. La policía secreta también creía que encontraría vínculos entre los miembros de la mano de obra y los antiguos dueños de las fábricas que habían perdido sus pertenencias durante la revolución, pues se suponía que estos estaban conspirando para recuperarlas. Asimismo, se imaginaba que descubriría vínculos con otras potencias extranjeras, entre ellas Polonia.

El resultado fue una sofisticada farsa judicial, la primera de muchas. Docenas de periodistas extranjeros fueron todos los días al tribunal de Shajti, en el sudoeste de Rusia, y también acudieron el embajador de Alemania y otros invitados importantes. El fiscal jefe, Nikolái Krilenko —un defensor de la «justicia social», la teoría de que la política es más importante que el estado de derecho—, sermoneó al atónito público sobre los «vampiros» que habían chupado la sangre de la clase obrera. «He aquí la justicia revolucionaria —escribió Eugene Lyons—, sus ojos ardientes abiertos de par en par y su ardiente espada preparada para golpear».[50] No todas las declaraciones fueron según lo planeado. Uno de los testigos, Nekrásov, no llegó a aparecer. Su abogado explicó que «sufría alucinaciones y lo habían puesto en una celda acolchada en la que gritaba sobre fusiles que lo apuntaban al pecho y sufría paroxismos».[51] Uno de los ingenieros alemanes declaró de manera abierta que solo había «confesado» porque se encontraba bajo presión.[52] Aun así, cinco de los ingenieros acusados de «causar estragos» fueron condenados a muerte, y cuarenta y cuatro recibieron penas de prisión. Los periódicos de toda Rusia cubrieron la noticia con todo lujo de detalles. Todos los funcionarios del partido captaron el mensaje: si no obedeces, este puede ser tu destino. En la práctica, «los ingenieros de Shajti fueron juzgados básicamente como miembros de una clase, no como individuos».[53] Cualquiera con

formación, conocimientos y experiencia técnica se encontraba ahora bajo sospecha.

Al haber tantos extranjeros involucrados, el juicio de Shajti disfrutó de un amplio seguimiento fuera del país. Los diplomáticos extranjeros lo interpretaron, con acierto, como una señal de que se había abandonado la Nueva Política Económica y de que se acercaban cambios mayores. Sin embargo, en la Unión Soviética una segunda farsa judicial recibió casi la misma atención: el juicio al que fue sometida la Unión para la Liberación de Ucrania (SVU, por sus siglas en ucraniano), una organización que al parecer era completamente ficticia. En 1914 se había fundado un grupo con un nombre parecido en Leópolis —luego desarrolló pequeñas filiales en Viena y en Berlín antes de disolverse—, y había popularizado la causa ucraniana entre los prisioneros de guerra. Pero la versión soviética fue una invención del OGPU de Bálitski. El objetivo estaba claro: arrestar a los intelectuales ucranianos que pudiesen albergar en secreto una fe en la independencia ucraniana y destruir esa fe de una vez por todas.[54]

El juicio de la SVU fue tan bien planificado como el de Shajti, y sus objetivos eran igual de generales.[55] Los primeros arrestos tuvieron lugar en la primavera de 1929. Al final el OGPU detuvo a treinta mil personas —intelectuales, artistas, técnicos especialistas, escritores y científicos—, y en la primavera de 1930 juzgó públicamente a cuarenta y cinco de ellos en la Ópera de Járkiv. El más famoso fue Serhí Yefrémov, un crítico literario, historiador, vicepresidente de la Academia de Ciencias de Ucrania y antiguo vicepresidente de la Rada Central. Yefrémov ya llevaba meses sufriendo ataques públicos, bajo el pretexto de que había publicado un artículo en un periódico en lengua ucraniana radicado en Leópolis, en territorio polaco. Entre los otros acusados había catedráticos, conferenciantes, editores, asistentes de laboratorio, lingüistas, doctores, abogados, teólogos e ingenieros químicos.[56] Muchos otros también habían sido políticos de la Rada Central, y casi la mitad eran sacerdotes o hijos de sacerdotes.[57]

Los profesores y estudiantes fueron un blanco específico. Entre ellos se encontraba el director de la Escuela Obrera de Kiev Tarás Shevchenko n.º 1, que con tanta frecuencia había organizado el plan de estudios en torno a la obra del poeta nacional. Arrestaron al director y a cuatro de sus colegas porque se suponía habían excluido de la escuela a hijos de judíos y de obreros, porque solo habían ofrecido servicio de comedor a los «nacionalistas burgueses» y porque habían recolectado fondos para un monumento a Petliura. También arrestaron y juzgaron a los líderes de organizaciones

estudiantiles, entre ellos algunos que presuntamente habían reclutado a hijos de kulaks al recitarles poemas de Shevchenko. Parecía que el Estado temía que la poesía nacionalista fuera a seducir a muchos ucranianos, una obsesión que perduraría hasta la década de 1980.[58]

La Iglesia ortodoxa ucraniana autocéfala fue otro de los blancos. Su éxito —en su momento álgido tenía seis millones de seguidores y treinta obispos— había levantado sospechas. La policía secreta de Bálitski había reunido «pistas» sobre la verdadera naturaleza de la institución. Por ejemplo, según los informantes, los líderes de la Iglesia les decían a los campesinos que se mantuviesen leales a la causa ucraniana.[59] Durante el juicio de la SVU el Estado la acusó abiertamente de organizar un levantamiento.

> La contrarrevolución ucraniana vencida en los campos de batalla de la guerra civil se ocultó en la clandestinidad y comenzó a organizar a guerrilleros, para debilitar la construcción del poder soviético y para desencadenar una revuelta contra el Estado obrero-campesino. Uno de los papeles más importantes en esta revuelta lo desempeñaba la Iglesia autocéfala, creada por los líderes e ideólogos del movimiento de Petliura.[60]

Entre los acusados en el juicio de la SVU se encontraban dos líderes de la Iglesia —hermanos, y uno de ellos exmiembro de la Rada Central—. Otros miles, tanto sacerdotes como creyentes, fueron arrastrados en las detenciones en masa que siguieron al juicio.

El resto de los acusados tenían profesiones muy variadas. No cabe duda de que el Estado quería que el grupo representase una amplia franja de la *intelligentsia* nacional ucraniana para poder difamar a tantos como le fuese posible. La fiscalía acusaba a la SVU de planear el derrocamiento del poder soviético en Ucrania «con la ayuda de un Estado burgués extranjero» —Polonia—, a fin de «restablecer el orden capitalista en forma de la República Popular Ucraniana». Durante el juicio, el diario *Bilshovik Ukraíni* («Bolchevique Ucraniano») lo enunció de manera aún más clara: «El tribunal proletario no solo está enjuiciando a la escoria petliurista, sino que también está juzgando en retrospectiva histórica todo el nacionalismo ucraniano, a los partidos nacionalistas, sus políticas engañosas y sus indignas ideas de independencia burguesa, de independencia ucraniana». Uno de los acusados, un estudiante llamado Borís Matushevski, recordaba más tarde haber oído expresiones parecidas en boca de su interrogador. «Debemos hacer que la *intelligentsia* ucraniana se ponga de rodillas, esa es nuestra labor y la llevaremos a cabo; ¡a aquellos que no consigamos [poner de rodillas], los fusilaremos!»[61]

Stalin ayudó personalmente a escribir el guion del juicio y envió comunicados al respecto a los líderes ucranianos. En uno de ellos expresó una paranoia específica que se repetiría varios años después, durante las investigaciones del «complot de los médicos», a principios de la década de 1950. «Creemos que en el juicio no solo se deben exagerar las acciones de insurgencia y terrorismo de los acusados —escribió a la cúpula comunista ucraniana—, sino también las estafas médicas, que tenían como objetivo asesinar a trabajadores responsables». La orden condujo al arresto de Arkadi Bárbar, un médico y reconocido catedrático de medicina de Kiev. No pudo presentarse ninguna prueba en su contra, ni siquiera durante el juicio. Pero lo único que importaba era el deseo de Stalin de castigar a «la parte contrarrevolucionaria de los especialistas que tratan de envenenar y asesinar a sus pacientes comunistas».[62]

El juicio fue absurdo. La acusación contra Yefrémov se basaba casi por completo en los apuntes de su diario, cuya existencia había sido revelada a la policía por otro acusado. Pero, a pesar de que contenía unas pocas entradas atacando a algunos de los líderes comunistas del territorio, el diario no mencionaba organización clandestina alguna. Yefrémov «confesó» de todas formas, después de que le dijeran que esa era la única manera de evitar que arrestaran y torturaran a su esposa. Un informante al que habían situado en su celda dijo lo siguiente acerca de su comportamiento:

> Yefrémov volvió del interrogatorio muy disgustado, y cuando le pregunté qué tal estaba, respondió: «Nunca he me he sentido tan asqueroso, lamentable y estúpido. Preferiría que me cogiesen y acabasen conmigo de una vez por todas en lugar de aguantar todos los días este tormento con sus interrogatorios […]. Me encantaría que esa organización existiese de verdad, con toda esa gente y todos esos detalles con que la adornan. Entonces se lo contaría todo y ahí acabaría el asunto […]. Pero les tengo que explicar detalles de los que no sé nada […]». Debo añadir que durante esta conversación Yefrémov se encontraba muy molesto, completamente agotado, le temblaba la voz y había lágrimas en sus ojos.[63]

Al final Yefrémov escribió una confesión de ciento veinte páginas sobre sus «crímenes»; repitió las mismas historias inventadas durante la farsa judicial de la Ópera de Járkiv. Otros hicieron lo mismo. Más adelante un escritor ucraniano, Borís Antónenko, dijo de otro acusado que «incluso aunque diésemos crédito a su declaración completa, durante el juicio parecía un caudillo de opereta sin ejército ni pensadores». Otro llamó al juicio «un teatro dentro de un teatro». El escritor Kost Túrkalo, posiblemente el único acusado que sobrevivió al juicio, a su posterior encarcelación y a la Segunda Guerra Mundial, describió la escena años después:

> Empezaba con el interrogatorio a los acusados, en que el presidente del tribunal le daba a cada uno la oportunidad de confirmar si había recibido una copia de la acusación y, de ser así, si se declaraban culpables o inocentes. Cuando todos habían pasado ese mal rato, el juez comenzaba a leer en público toda la acusación, que duraba más de dos días, porque la acusación era un libro de doscientas treinta páginas. Los acusados también le habían dado un nombre especial a ese libro, lo llamaban «el libreto de la gran ópera de la SVU» […]. Todo el mundo era absolutamente consciente de la actitud del tribunal. Estaba claro que todos los detalles del juicio y su desenlace habían sido planeados con antelación, y que solo servía como propaganda para el extranjero, para los seguidores fanáticos del partido y para algunos ciudadanos crédulos del país.[64]

Todos los acusados fueron declarados culpables. La mayoría acabaron en el Gulag o encarcelados, y muchos fueron fusilados en 1938, durante una oleada de ejecuciones en las cárceles. Pero la purga no acabó ahí. Entre 1929 y 1934 el OGPU «descubrió» en Ucrania otras tres conspiraciones nacionalistas: el Centro Nacional Ucraniano (UNT), la Organización Militar Ucraniana (UVO) y la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). La UVO y la OUN eran organizaciones reales —ambas estaban activas al otro lado de la frontera con Polonia, donde ofrecían resistencia contra el dominio polaco en el oeste de Ucrania—, pero su influencia en Ucrania se exageró enormemente. Todos esos casos siguieron incorporando nuevos aspectos, y hasta finales de los años treinta fueron tergiversados para incluir en ellos a todo aquel a quien la policía política quisiera arrestar.[65]

Al igual que la investigación de la SVU, estos casos también tenían el apoyo de las altas esferas, y había un enorme interés por ampliarlos. Los agentes del OGPU que «descubrían» conspiraciones nacionales en el territorio recibían un ascenso. En la primavera de 1931 aquellos que se habían especializado en estos temas entraron a formar parte de un departamento especial dentro de la policía secreta, el Departamento Político Secreto del OGPU de Ucrania (el *sékretno-politichni víddil*, o SPV). Entonces el SPV creó divisiones especiales para vigilar a la Academia de Ciencias de Ucrania, para controlar a los sesenta mil ucranianos de Polonia que se habían mudado a la Unión Soviética y para investigar a una gran variedad de grupos literarios y editoriales, a profesores de universidad y de instituto, y a otros grupos «sospechosos». En 1930 el OGPU llegó a anunciar que había descubierto una conspiración de «veterinarios y bacteriólogos contrarrevolucionarios» que presuntamente envenenaban pozos y asesinaban el ganado.[66]

Cada uno de esos procesos iba acompañado de una considerable campaña de desinformación pública. A partir de 1927 la prensa soviética empezó a llenarse de eslóganes que denunciaban la «contrarrevolución ucraniana» y el «nacionalismo burgués soviético». Estas operaciones públicas tenían el

propósito de afectar a sus víctimas, y lo consiguieron; la humillación pública desempeñó un papel importante en la campaña para «destrozar» a los arrestados y hacer que confesaran crímenes que no habían cometido, y, obviamente, para silenciar y aterrar a cualquiera que los conociera. En un ambiente de histeria y odio, cualquier crítica al Partido Comunista o a cualquiera de sus políticas, incluidas las agrícolas, podía utilizarse como prueba de que el sujeto era un nacionalista, un fascista, un traidor, un saboteador o un espía.[67]

Visto a una gran distancia en el espacio y el tiempo, el problema de la aspiración nacional ucraniana puede parecer bastante diferente del de la resistencia al acopio soviético de cereal. El primero estaba relacionado con intelectuales, escritores y otras personas que sentían una fidelidad imperecedera a la idea de Ucrania como Estado independiente o semiindependiente. La otra cuestión afectaba a los campesinos que temían caer en la pobreza a manos de la Unión Soviética. Pero hay muchísimas pruebas de que a finales de la década de 1920 los dos asuntos acabaron interrelacionados, al menos en la mente de Stalin y de la policía secreta que actuaba a sus órdenes.

Como es sabido, Stalin había relacionado de manera explícita la «cuestión nacional» con la «cuestión campesina» en más de una ocasión. En su famoso discurso de 1925 había afirmado que «los campesinos conforman el ejército básico del movimiento nacional; que sin este ejército campesino no hay ni puede haber un movimiento nacional potente». En el mismo discurso también reprendió a un camarada por no tomarse en serio esa peligrosa combinación, por negarse a ver el «carácter profundamente popular y profundamente revolucionario» del movimiento nacional.[68] A pesar de que no mencionó a Ucrania en concreto, esta era la república soviética con el mayor movimiento nacional y con el mayor número de campesinos de la época, como Stalin bien sabía.

Incluso en sus comentarios teóricos, utilizando otras palabras, aludía al peligro de los «ejércitos de campesinos» unidos tras una bandera nacional. Su camarada bolchevique Mijaíl Kalinin llegó a la misma conclusión, a pesar de que Kalinin también abogaba por la misma solución que habían ofrecido los defensores de la colectivización: convertir a los campesinos en proletarios para que perdieran su apego a un lugar o una nación en concreto: «La cuestión nacional es puramente campesina […] el mejor modo de eliminar la

nacionalidad es una fábrica enorme con miles de trabajadores […] que, como una piedra de molino, muele todas las nacionalidades y crea una nueva, el proletariado universal».[69]

A efectos prácticos, el OGPU también identificó un peligro específico que el campesinado ucraniano suponía para el Estado soviético, un peligro que no era teórico en absoluto. Bajo presión económica, los campesinos habían organizado un levantamiento entre 1918 y 1920, y ahora que acechaba la colectivización, las mismas provincias iban a volver a sufrir otra presión económica. Como era de esperar, el OGPU temía que se repitiera lo ocurrido en aquellos años; tenían tanto miedo que los agentes, haciéndose eco de Stalin, también empezaron a usar un lenguaje tomado directamente de la época de la guerra civil.[70]

En cierto modo, los miedos del OGPU tenían una base sólida. Entre otras cosas, su labor incluía recabar con frecuencia información sobre el «ambiente político» y la opinión de la gente corriente. Por lo tanto, eran muy conscientes del rechazo de que serían objeto las nuevas políticas de acopio de cereal —que eran en esencia una repetición de las antiguas— por parte de aquellos a quienes se iban a aplicar, sobre todo en Ucrania.

El OGPU era asimismo consciente del descontento que sentían los ucranianos cultos de las ciudades, y temía que los dos grupos insatisfechos establecieran contacto. En 1927 el OGPU informó, entre otras cosas, de que habían oído a un exmiembro del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania denunciar las políticas «colonialistas» que Moscú había implementado en Ucrania.[71] Observaron cómo una muchedumbre «chovinista» envuelta en sentimientos «nacional-independentistas» regalaba flores amarillas y azules —los colores de la bandera ucraniana— a dos famosos músicos ucranianos tras un concierto en Odesa.[72] El OGPU se fijó también en una carta anónima enviada a un periódico que describía a los campesinos como «esclavos» oprimidos bajo «la bota moscovita-judía» y los «zares de la Checa». La misma carta advertía al consejo de redacción de que no hiciese demasiadas interpretaciones sobre el silencio de la nación: los ucranianos no lo habían «olvidado todo».[73] Los informantes de la policía de Zhitómir habían oído a profesores quejarse de que los alimentos y los recursos de Ucrania eran enviados a Rusia. Los docentes estaban de acuerdo en que seguramente los campesinos se rebelarían contra dichas prácticas. «Solo hace falta encontrar líderes entre los campesinos, líderes en los que las masas de campesinos puedan tener fe».[74]

Más preocupante aún resultaba el hecho de que algunos de ellos, asustados por el incesante redoble de propaganda bélica, esperaban que una invasión extranjera pudiese salvarlos de una nueva ronda de confiscaciones. Circulaban rumores de que los polacos pronto cruzarían la frontera, lo que animó a los campesinos de la aldea de Mijáilivka a comenzar a almacenar alimentos, dejando sin provisiones a la tienda cooperativa. Un periódico local publicó una carta que describía el pánico:

> Todo el mundo llora y llegan noticias que parecen de telégrafo: «¡Los polacos ya están en Veliki Bóbrik!», «¡Ya han tomado Bóbrik!», «Avanzan directamente hacia Mijáilivka!». Nadie sabe qué hacer, si huir o quedarse.[75]

Los informes de la policía secreta documentaron cómo los campesinos comentaban entre ellos que «los polacos llegarán a Ucrania dentro de dos meses, y entonces se acabarán las confiscaciones de cereal», o que «no tenemos cereal porque las autoridades lo envían a Moscú, y lo hacen porque saben que pronto perderán Ucrania. Bueno, no importa, ya va siendo hora de que pongan pies en polvorosa». Mientras tanto los polacos, alemanes y judíos residentes en Ucra-nia empezaron a planear formas de huir. «En Rusia los alemanes somos unos parias, tenemos que marcharnos a Estados Unidos —se decían unos a otros los miembros de esa minoría—. Mejor ser un buen granjero en Estados Unidos que ser uno malo en Rusia y que te llamen kulak». Según se dice, los polacos se sentían emocionados por las noticias de que el ejército polaco estaba realizando maniobras militares en la frontera, y «disfrutaban con malicia de la posibilidad de un inminente cambio de gobierno».[76]

Conociendo o al menos suponiendo lo que iba a suceder tras la colectivización, la policía secreta esperaba que aumentara la oposición entre los ucranianos de las zonas urbanas y entre los campesinos. Su ideología auguraba dicha resistencia: a medida que se intensificara la lucha de clases, la burguesía obviamente lucharía con aún más fuerza contra la revolución. El OGPU sabía que su trabajo consistía en asegurarse de que la revolución triunfara de todas formas.

En octubre de 1928 dos importantes agentes del OGPU, Terenti Deribás y A. Aústrin, trataron de perfilar el origen del problema en un informe exhaustivo destinado a sus superiores, que titularon «Movimientos antisoviéticos en las zonas rurales». Comenzaron por relatar de nuevo las dolorosas experiencias de la guerra civil de toda la Unión Soviética, gracias a la cual se habían fraguado las carreras de muchos de ellos. El informe empezaba diciendo: «La lucha contra las manifestaciones

contrarrevolucionarias de las zonas rurales desempeñó un importante papel en la historia de la lucha de los órganos de la Checa y el OGPU contra la contrarrevolución». Los dos agentes continuaban recordando cómo, a las órdenes de los partidos antisoviéticos, «los kulaks y la burguesía rural» habían luchado contra los bolcheviques durante el «levantamiento de los kulaks» de 1918 y 1919; en otras palabras, las grandes revueltas campesinas dirigidas por Petliura, Majnó, Hrihóriev y otros. Señalaban que esos movimientos campesinos habían disminuido a comienzos de la década de 1920, pero también sospechaban que estaban volviendo a cobrar fuerza, adoptando nuevas formas y empleando nuevos eslóganes. En resumen, el antiguo levantamiento campesino podría regresar con una nueva apariencia.

Los agentes habían observado, o afirmaban haber observado, un nuevo fenómeno: la «*intelligentsia* urbana antisoviética» se estaba esforzando más que nunca por vincularse con «los movimientos antisoviéticos de los kulaks». Señalaban que, gracias a estas relaciones cada vez más sólidas entre la ciudad y el campo, habían surgido pequeños comandos de oposición en todo el país, incluso en las filas del Ejército Rojo. A los agentes les preocupaban especialmente los frecuentes llamamientos a la creación de un sindicato de campesinos o un partido campesino basado en la clase —un contrapunto al partido obrero—, algo que sus informantes oían, o creían haber oído, en todas las zonas rurales soviéticas con una asiduidad alarmante. En 1925 habían registrado 139 peticiones de un sindicato de campesinos, mientras que en 1927 la cifra se había elevado a 2.312 solicitudes.

A pesar de que Simon Petliura ya estaba muerto —la bala de un asesino había acabado con su vida en París dos años atrás—, el recuerdo de cómo sus fuerzas, con el apoyo de las polacas, habían conquistado Kiev, nunca andaba lejos de los pensamientos de los dos funcionarios.

> Últimamente los petliuristas vuelven a estar en especial activos, pues están intentando convertir Ucrania en una cabeza de puente para una futura campaña imperialista en la Unión Soviética. No cabe duda de que el Gobierno de Piłsudski se encuentra tras la UNR petliurista [el movimiento de la República Popular Ucraniana], pero no sería correcto explicar el renacimiento de los petliuristas en la República ucraniana como una simple trama entre el Gobierno polaco y la UNR. Los petliuristas, que fomentan las consignas antisemitas y chovinistas, y que atraen a las masas con la promesa de una república [nacional ucraniana] independiente, pueden convertirse en el centro organizativo de las aldeas y de la pequeña burguesía urbana bajo una bandera nacional unificada, para lanzar un ataque conjunto contra el poder soviético.**[77]**

Ni siquiera en retrospectiva es posible juzgar la veracidad de este informe. Los vínculos entre los intelectuales y los campesinos antisoviéticos de Ucrania podían haber sido perfectamente un fenómeno relevante, y los

llamamientos a la creación de un sindicato de campesinos también podían haber estado extendiéndose. Es cierto que los informes de la policía secreta incluyen varios casos de agitación política. A finales de 1927 el periódico *Vesti* recibió una carta anónima del «Sindicato de Granjeros de Ucrania», enviada desde una dirección falsa en la «calle Petliura, Kiev», que afirmaba que «ya no podemos soportar el yugo de los comunistas». La carta acababa con un verso del himno nacional ucraniano, «Ucrania aún no ha muerto». En torno a las mismas fechas el OGPU encontró octavillas flotando por todo el territorio, que supuestamente habían sido imprimidas por el «Comité Revolucionario de Ucrania», un organismo que pedía a los campesinos que se preparasen para el «día en que el régimen de los bolcheviques moscovitas llegue a su fin» y volviera la República Popular Ucraniana.[78]

Pero estas teorías también podían haber sido inventadas o exageradas por la imaginación colectiva del OGPU. La propia policía secreta también podría haber creado algunos de estos partidos y panfletos. Una de las técnicas que habían aprendido de sus predecesores zaristas era crear falsos movimientos y organizaciones de la oposición para tentar a los posibles disidentes a unirse a ellos y así quedar expuestos.

Con todo, aun cuando esta convicción en la existencia de una conspiración urbano-rural fuera paranoica, no era del todo ilógica. La experiencia de los bolcheviques acerca de las revoluciones les había enseñado que estas suelen ser fruto de la relación entre intelectuales y obreros, así que ¿por qué no iba a estallar una nueva revolución a partir de una conexión entre los intelectuales nacionalistas y los campesinos de Ucrania? ¿Y por qué no iba a crecer a gran velocidad dicho movimiento? A fin de cuentas, eso era más o menos lo que había ocurrido en 1919, cuando en toda Ucrania se desató un levantamiento campesino que parecía surgir de la nada. Algunos de los líderes de aquel movimiento habían albergado sin duda aspiraciones nacionalistas, y su rebelión había sentado las bases para una invasión «imperialista» extranjera.

A comienzos de 1928 los dos agentes del OGPU que escribieron este pesado ensayo recordaban con claridad esos acontecimientos, cuyo décimo aniversario se encontraba muy cerca. Armados con informes diarios acerca de rumores «antisoviéticos», panfletos y cosas peores, tuvieron que aceptar que el peligro de que se produjera otro estallido en Ucrania era real. Tras prever el ascenso del nacionalismo urbano-rural, el OGPU lo investigó, trató de encontrarlo y acumuló pruebas, fuesen o no reales. En otras palabras, antes incluso de que la campaña de colectivización hubiese empezado de verdad, la

policía secreta y la cúpula soviéticas ya consideraban cualquier muestra de resistencia ucraniana a la recolección de cereal como la prueba de un complot político contra la Unión Soviética.

Las expectativas del OGPU se cumplieron con mucha rapidez; los campesinos de todo el país se opusieron a la confiscación de sus pertenencias, a los arrestos arbitrarios, a la criminalización de la «acumulación de cereal» y a la imposición de multas. Llegó un aluvión de crónicas de resistencia desde Siberia y el Cáucaso septentrional, así como desde Ucrania; de cualquier lugar donde los «métodos de emergencia» se estuviesen aplicando con vigor. «Moscú —recordaba Eugene Lyons— retumbaba con los rumores de levantamientos localizados en Kubán, Ucrania y otros lugares […]. Cuando se permitió a la prensa hablar con más libertad, resultó que muchos de esos rumores eran ciertos. Desde todos los puntos del país llegaban noticias de ataques y asesinatos contra comunistas locales, agentes encargados del acopio de cereal que estaban de visita y recaudadores de impuestos».[79] En algunos lugares el enfado llevó a una violencia seria. En enero de 1928 el OGPU arrestó a seis personas en un pueblo cercano a Odesa por apalear al secretario de una granja colectiva. Otro grupo de rebeldes fue detenido en el sur de Ucrania por propinar una paliza a un recaudador de impuestos.[80]

Para algunos ucranianos eso no era resistencia, sino más bien una lucha por la supervivencia. Las cosechas de 1928 y 1929 fueron malas. La fluctuación del tiempo y la lluvia durante la época de siega significaba que la cantidad de cereal producido en las cosechas de invierno y primavera se encontraba muy por debajo de la media. Al igual que en 1921, la presión política comportaba que los campesinos tenían muy poco grano almacenado. Los alimentos volvieron a escasear, sobre todo en la región esteparia del sudeste de Ucrania, pero el acopio de cereal no cambió de ritmo. Al menos veintitrés mil personas murieron como consecuencia directa del hambre en la pequeña hambruna de 1928 y 1929, que apenas se recuerda, y otras ochenta mil murieron por enfermedades y otros efectos colaterales de la inanición.[81]

En muchos sentidos, esta pequeña hambruna fue un «ensayo general» que marcó un punto de inflexión entre el desastre de 1921 y la gran hambruna de 1932 y 1933. Al contrario de lo que había hecho en 1921, esta vez la Unión Soviética no solicitó ayuda internacional ni tampoco proporcionó cereales u otro tipo de asistencia alimentaria. Al contrario, Moscú dejó que los comunistas ucranianos solucionasen el problema. En julio de 1928 el

Gobierno de Ucrania creó una comisión republicana para ayudar a «las víctimas de la hambruna». Esta concedía préstamos a los campesinos para que comprasen semillas (que luego debían saldar), les proporcionaba cierta ayuda alimentaria (a cambio de trabajos comunitarios) y ofrecía comidas y asistencia médica a los niños. Pero las noticias sobre la hambruna se mantenían al mínimo. En casi un tercio de los casos, los certificados de defunción de las víctimas de la inanición indicaban alguna otra causa, y durante esos dos años ningún líder se preguntó si los «métodos de emergencia» eran el origen del problema.[82]

En lugar de ello, durante 1928 el OGPU continuó buscando pruebas de alguna actividad contrarrevolucionaria. Sus agentes denunciaron el descubrimiento de «panfletos antisoviéticos» en varias partes de la Ucrania rural, impresos por los «círculos simpatizantes de Petliura». Registraron comentarios «antisoviéticos» en las zonas agrícolas de Ucrania. «Mejor quemar el pan que dárselo a los bolcheviques», oyeron decirle a un campesino.[83] La cúpula dirigente soviética creía que muchos ucranianos se estaban preparando para una invasión extranjera, y al OGPU ucraniano le encantaba suministrar las pruebas correspondientes. En el verano de 1928 Bálitski le dijo a Kaganóvich que, por definición, la disconformidad que se daba dentro de Ucrania estaba relacionada con actores extranjeros.

> Uno puede considerar como cierto el hecho de que el nivel de actividad de los elementos chovinistas locales corresponde directamente a la complejidad y la gravedad del estatus internacional de la Unión Soviética. Parten de la base fundamental de que la ruptura de la Unión Soviética es inevitable y de que, tras esta catástrofe, Ucrania podrá obtener la independencia.[84]

Aún peor, entre las tropas del Ejército Rojo desplegadas en los distritos militares de Ucrania, compuestas en su mayoría por campesinos, también había evidencias de descontento. Al tener conocimiento de las condiciones lamentables en las que se encontraban sus familias, hablaban de abandonar las unidades, unirse a grupos de guerrilleros e incluso luchar por los derechos de los campesinos. La historiadora Liudmila Hrinévich ha recopilado una sorprendente lista de quejas, todas ellas planteadas en mayo de 1928:

> «Si hay guerra, los bosques se llenarán de bandidos» (80.ª División de Infantería).
>
> «En cuanto estalle la guerra, todas estas organizaciones se desintegrarán y el campesinado luchará por sus derechos» (44.ª División de Infantería).
>
> «Si hay guerra, dirigiremos nuestras bayonetas contra aquellos que les arrancan la piel a los campesinos» (51.ª División de Infantería).
>
> «En cuanto estalle la guerra, arrojaremos nuestros fusiles y regresaremos a nuestros hogares» (Compañía de Comunicaciones del 17.º Cuerpo de Infantería).[85]

Como se pensaba que el «clima político» de Ucrania era tan malo, en 1928 el OGPU también comenzó a vigilar de cerca a cualquiera que pudiese convertirse, aunque fuese solo en potencia, en el líder de un levantamiento campesino o de un movimiento de liberación ucraniana. Un informante notificó que Hrihori Jolodni, el director del Instituto de Lenguaje Científico Ucraniano, les dijo a sus colegas que creía que la policía arrestaba a cualquiera que estuviese estrechamente vinculado a las aldeas o que contase con el aprecio de los aldeanos. Sus comentarios desencadenaron la búsqueda del tipo específico de persona que Jolodni había descrito, y así fue como la hipótesis que una de las víctimas tenía sobre la oleada de arrestos se convirtió en una de las teorías con las que el OGPU empezó a trabajar. Al final arrestaron a Jolodni como parte del proceso contra la SVU. Pasó ocho años en el Gulag antes de ser fusilado en 1938.[86]

Sin embargo, esta vez el OGPU identificó a otra posible cabeza de turco, el propio Partido Comunista de Ucrania. En 1928, mientras Stalin estaba en Siberia, Mólotov hizo un viaje parecido a Ucrania. Tras su regreso a Moscú, informó al Politburó de que las noticias no eran buenas. Ucrania —que, según las observaciones de Mólotov, representaba el 37 por ciento de todo el plan nacional de acopio de cereal— estaba recolectando cada vez menos grano con el paso de los meses. No solo culpó a los kulaks y a los especuladores, sino también a los comunistas ucranianos. El Partido de Ucrania, se quejó, había subestimado el déficit de cereal. En las provincias faltaba la «disciplina básica». Los funcionarios de la zona establecían sus propios objetivos de acopio de cereal, sin tener en cuenta los de «toda la Unión» y las peticiones cursadas desde Kiev. A algunos de los funcionarios locales ni siquiera pareció importarles su visita, observó Mólotov con toda la rabia que pudo reunir; sin duda habían llegado a la conclusión de que esas «medidas de emergencia» no eran más que una «pequeña tormenta» que pronto amainaría.[87]

Poco después, la idea de que algunos partidos comunistas locales eran más que meramente ineficaces también comenzó a aparecer en los informes del OGPU. Otro informe hablaba de «jvostismo» —un término derivado de la palabra rusa para «cola», en alusión a quien se encuentra tras los sucesos— e «inactividad» entre los miembros del partido. También los acusó de «explicar de manera incorrecta los objetivos de la campaña [de acopio de cereal]» y de ser compasivos con los kulaks. El informe señalaba que de hecho algunos de los funcionarios de menor rango se negaban a conseguir el cereal o a ejecutar las órdenes que se les daban.[88] Los informantes del OGPU también notificaron las quejas de Márchenko y Lebedenko, dos funcionarios locales.

El primero contradijo al mismísimo Mólotov. Se trataba de un ruso que vivía en Moscú, se quejó Márchenko, y su visita demostraba que la República Ucraniana no era más que una «ficción» y que los comunistas ucranianos eran simples marionetas. Lebedenko fue más allá: «Los bolcheviques nunca han robado a Ucrania tan concienzudamente y con tanto cinismo como lo hacen ahora. No cabe duda de que habrá una hambruna […]».[89]

En vez de afrontar el problema, el Partido Comunista de la Unión Soviética trató de eliminar a los disidentes. En noviembre de 1928 el Estado realizó una purga en los *komnezami*, los comités de campesinos pobres, expulsando a todos los miembros que no mostrasen suficiente entusiasmo. Ese mismo año tuvieron lugar otras en el Partido Comunista de Ucrania, si bien no fueron como las purgas letales que hubo en 1937 y 1938; el objetivo no era matar gente, sino eliminar a los que pudiesen causar problemas y generar un ambiente de inseguridad y tensión que empujara a los miembros del partido a llevar a cabo la difícil tarea de la colectivización en los meses siguientes.[90] A efectos prácticos, Moscú también estaba acumulando las pruebas que en un futuro pudiese llegar a necesitar. Se acercaba la colectivización, y si fracasaba en Ucrania, Moscú podría obligar al Partido Comunista ucraniano a cargar con la culpa.

En las zonas rurales empezaron a circular terribles rumores. Los ucranianos temían que fuera a producirse una nueva oleada de confiscaciones, una hambruna, un hundimiento económico o una guerra. Los campesinos se decían los unos a los otros que las expropiaciones de cereal se habían vuelto más duras porque la Unión Soviética debía dinero a los gobiernos extranjeros. Muchos de ellos empezaron a esconder su grano bajo tierra. Algunos se negaron a vender nada a cambio de papel moneda, y otros empezaron a almacenar todos los productos que podían comprar.[91] En este ambiente —de conspiración, de histeria, de inseguridad y de sospecha— empezó la colectivización.

5
Colectivización: revolución en las zonas rurales
1930

El maíz verde ondea nuevos brotes
aunque esté recién plantado.
El brigadista lleva botas nuevas
y nosotros vamos descalzos.

Canción de las granjas colectivas, década de 1930 [1]

Las palabras «aniquilación de los kulaks» no trasmiten mucho sufrimiento humano. Parece un método de ingeniería social con un sonido impersonal y metálico. Pero para aquellos que vivieron de cerca el proceso, la frase está cargada de terror […].

EUGENE LYONS, *Assignment in Utopia*, 1937 [2]

En el invierno de 1929 llegaron forasteros a la aldea natal de Miron Dolot, situada a orillas del río Tiasmin, en el centro de Ucrania. Según los estándares de la época se trataba de una aldea grande, con casi ochocientas familias, una iglesia y una plaza central. Los aldeanos eran dueños de su propia casa y su terreno, pero la mayoría de las viviendas tenían techos de paja y las parcelas eran diminutas. Pocos labradores poseían más de veinte hectáreas, pero, teniendo en cuenta el nivel de vida de la época, se sentían acomodados.

Según recordaba Dolot, en la década de 1920 la presencia del Estado soviético en su aldea había sido mínima. «Éramos completamente libres para movernos. Hacíamos viajes por placer y viajábamos con libertad en busca de trabajo. Íbamos a las grandes ciudades y a los pueblos vecinos para asistir a bodas, a los mercadillos organizados por las iglesias y a funerales. Nadie nos pedía la documentación o nos preguntaba adónde nos dirigíamos».[3] Otros recordaban de manera similar la época anterior a la colectivización. La Unión

Soviética detentaba el poder, pero el Estado no controlaba todos los aspectos de la vida cotidiana y los campesinos vivían casi del mismo modo en que lo habían hecho en el pasado. Cultivaban la tierra, llevaban pequeños negocios, comerciaban y hacían trueques. Una mujer de Poltava recordaba que sus padres, «gente muy trabajadora y religiosa», poseían diez hectáreas de tierra y también conseguían dinero con otros trabajos ocasionales. «Mi padre era un buen carpintero. También sabía ejercer muchos otros oficios».[4]

Las políticas se habían mantenido flexibles y descentralizadas. «En la década de 1920 el Gobierno ucraniano no ordenaba que un colegio en particular debía ser ucraniano o ruso, porque esa decisión se tomaba en la misma localidad».[5] Las aldeas eran autónomas, como siempre habían sido. Las tensiones entre los defensores del bolchevismo y los campesinos más tradicionales continuaron, pero los diferentes grupos intentaron adaptarse al resto. Así es como un grupo de chicos se preparó para ir a cantar villancicos el día de Navidad en Pilípivka:

> […] los chicos hicieron una estrella [tradicional para cantar villancicos] y pensaron en cómo diseñarla. Tras debatir un rato, tomaron una decisión: en un lado de la estrella aparecería un icono de la Virgen María, y en el otro una estrella [soviética] de cinco puntas. Además, no solo se aprendieron los villancicos tradicionales, sino también los nuevos. Trazaron un plan: cuando se estuvieran acercando a la casa de un comunista, mostrarían la estrella de cinco puntas y cantarían los villancicos modernos, pero cuando se estuvieran acercando a la de un hombre religioso, enseñarían el lado del icono de la Virgen María y cantarían [villancicos tradicionales].[6]

No obstante, los forasteros que llegaron a la aldea de Dolot aquel diciembre trajeron consigo un conjunto diferente de ideas sobre cómo se debía vivir en aquel lugar. Un control estricto sustituiría a la organización flexible. Los labradores emprendedores pasarían a ser jornaleros a sueldo. Una regulación estricta sustituiría a la independencia. Sobre todo, en nombre de la eficiencia, las granjas privadas serían reemplazadas por granjas colectivas que pertenecerían a la comunidad o al Estado. Como ya había dicho Stalin en Siberia, la «unificación de las pequeñas granjas domésticas para crear grandes granjas colectivas […] es el único camino».[7]

Al final habría diferentes tipos de granjas colectivas con diferentes grados de posesión comunal. Pero en la mayoría de los casos sería obligatorio que sus miembros renunciasen a sus posesiones —su tierra, sus caballos, sus vacas, cualquier otro animal y sus aperos— y que las donasen a la granja colectiva.[8] Algunos campesinos se quedaron en sus hogares, pero otros acabaron viviendo en casas o barracas que pertenecían a la granja, y comían siempre en un comedor comunitario.[9] Ninguno de ellos poseía nada de

importancia; ni siquiera tractores, que alquilaban a la Estación de Máquinas y Tractores, una organización centralizada y estatal que se encargaba de la compra y el mantenimiento de la maquinaria. Los campesinos no ganaban dinero, sino que les daban pagas diarias, *trudodní*, y en vez de cobrar en efectivo solían recibir alimentos y pequeñas cantidades de otros productos a cambio de su trabajo.

En teoría, todo esto debía llegar de forma espontánea, como resultado del gran aumento del entusiasmo rural. En noviembre de 1929 Stalin alabó el «movimiento» de colectivización, que, según afirmaba, estaba «arrasando en el país».

> […] un cambio radical […] ha tenido lugar en el desarrollo de nuestra agricultura, de granjas privadas pequeñas y retrógradas a una agricultura colectiva avanzada y a gran escala, al cultivo de la tierra en común […] la nueva y decisiva característica del movimiento campesino de las granjas colectivas es que los campesinos se unen a ellas no en grupos separados, como sucedía antes, sino como aldeas enteras, regiones enteras, distritos enteros e incluso provincias enteras.**[10]**

Pero, en realidad, hubo mucha presión desde arriba para imponer esta política. La semana del 10 de noviembre de 1929, el Comité Central del partido se reunió en Moscú y decidió «acelerar el proceso de colectivización de las familias campesinas» enviando cuadros del partido a las aldeas para que pusieran en marcha nuevas granjas comunales y convencieran a los campesinos de que se uniesen a ellas. La misma resolución condenó a quienes se oponían a la colectivización y expulsó del Politburó a su líder, Nikolái Bujarin (el principal rival político de Stalin en aquella época). Unas semanas más tarde el Comisariado Popular para la Agricultura afirmó que todas las regiones productoras de cereal de la Unión Soviética serían colectivizadas en el plazo de tres años.**[11]**

Los hombres y mujeres que se presentaron en la aldea de Dolot aquel verano fueron la primera prueba tangible de esa nueva política. Al principio, los campesinos no se los tomaron en serio. «Su aspecto personal nos hacía gracia. Sus rostros pálidos y su ropa estaban totalmente fuera de lugar en los alrededores de la aldea. Caminaban con cuidado para evitar ensuciarse de nieve los zapatos relucientes; eran una presencia extraña entre nosotros». Su líder, el camarada Zeitlin, era grosero con los campesinos y parecía desconocer por completo sus costumbres. Se dice que confundió un ternero con un potro. Un campesino le señaló su error. «Potro o ternero —respondió —, no importa. La revolución proletaria mundial no sufrirá por eso».**[12]**

El camarada Zeitlin era, como se decía en la época, un «veinticinco mil» —un «mil» para resumir—, lo que significaba que era uno de los alrededor de

veinticinco mil activistas urbanos de clase obrera reclutados a finales de 1929, tras la resolución del Comité Central, para contribuir a la colectivización de la agricultura soviética. Estos activistas urbanos, la manifestación física de la creencia marxista-leninista de que la clase obrera sería un «agente de la conciencia histórica», fueron atraídos a las zonas rurales mediante una operación que parecía una «campaña de reclutamiento militar en los compases iniciales de una guerra patriótica».[13] Los periódicos publicaban fotografías de esos «trabajadores-voluntarios» y las fábricas celebraban reuniones para homenajearlos. Al menos según las fuentes oficiales, había una competitividad feroz para unirse a sus filas. Posteriormente, un voluntario que había sido partisano rojo lo comparó de manera explícita con las sangrientas batallas de la década anterior. «Se alza ahora ante mí una imagen de 1919, cuando me encontraba en el mismo distrito, subiendo por los ventisqueros con el fusil en una mano y expuesto a las tormentas de nieve, al igual que ahora. Vuelvo a sentirme joven […]».[14]

Los hombres y mujeres de las urbes tenían diversas motivaciones. Algunos deseaban un ascenso y otros esperaban recibir recompensas materiales. Muchos de ellos sentían una verdadera pasión revolucionaria, avivada por la constante, repetitiva y furiosa propaganda. Otros también sentían miedo, ya que los periódicos escribían constantemente sobre la inminente guerra. En general señalaban a los campesinos como responsables de la escasez de alimentos en las ciudades, una carestía muy real, y los «veinticinco mil» lo sabían. En 1929 muchos ciudadanos soviéticos ya creían que los campesinos recalcitrantes suponían una verdadera amenaza para ellos mismos y para el futuro de su revolución. Esta fuerte creencia les permitió hacer cosas que la «moral burguesa» habría considerado malvadas.

Una de las personas que se aferró a esa pasión revolucionaria fue Lev Kópelev, un «veinticinco mil» que tuvo un papel poco común en la historia de las letras soviéticas. Kópelev había nacido en Kiev en una familia judía culta, había estudiado en Járkiv y hablaba ucraniano y ruso, pero se identificaba como «soviético». Mucho más tarde, en 1945, lo arrestaron y lo enviaron al Gulag. Sobrevivió, se hizo amigo del escritor Alexánder Solzhenitsin, inspiró uno de los personajes de este último, escribió unas memorias conmovedoras y se convirtió en un importante disidente. Pero en 1929 creía a pies juntillas en la causa:

> Al igual que el resto de mi generación, creía firmemente que el fin justificaba los medios. Nuestro gran objetivo era el triunfo universal del comunismo, y todo era permisible si se hacía en nombre de ese objetivo: mentir, robar, destrozar a cientos de miles e incluso millones de personas, a todo aquel que entorpecía nuestra labor o que podía entorpecerla, a todo aquel que

se cruzara en nuestro camino. Y poner todo esto en duda era rendirse al «recelo intelectual» y al «liberalismo estúpido», atributos de gente a la que «los árboles no dejan ver el bosque».[15]

No era el único. En 1929, Maurice Hindus, el socialista estadounidense, recibió una carta de una amiga rusa, Nadia, que aún no tenía la ventaja de contar con la mirada retrospectiva de Kópelev. Le escribió en un estado de excitación y euforia:

> Me encuentro en las aldeas con un grupo de otros brigadistas, organizando los koljoses. Es un trabajo ingente, pero estamos avanzando muchísimo […]. Confío en que con el tiempo no quedará ningún campesino con tierras propias. Aún debemos destruir los últimos vestigios del capitalismo y librarnos para siempre de la explotación […]. El propio aire arde con un nuevo espíritu y una nueva energía.[16]

Una sensación de injusticia daba fuerzas a Kópelev, a Nadia y a otros como ellos. Los bolcheviques habían hecho promesas extraordinarias al pueblo, les había ofrecido riquezas, felicidad, tierras, poder. Pero la revolución y la guerra civil habían sido violentas y los habían dejado desorientados, y esas promesas no se habían cumplido. Diez años después de la revolución, había mucha gente decepcionada. Necesitaban una explicación para el vacío del triunfo bolchevique. El Partido Comunista les ofreció un cabeza de turco y los animó a que no sintieran compasión. En su novela *Campos roturados*, Mijaíl Shólojov esbozó un retrato elocuente de uno de esos seguidores decepcionados. Davídov era un «veinticinco mil» que había ido a colectivizar a cualquier precio a los campesinos. Cuando en un momento dado un granjero le insinuó con timidez que había sido demasiado cruel con los kulaks de la aldea, le respondió agresivamente: «Tú te apiadas de ellos… Les compadeces. Bien… Y ellos, ¿han tenido ellos piedad de nosotros? ¿Han hecho las lágrimas de nuestros hijos llorar a nuestros enemigos? ¿Se han apiadado ellos de nuestros huérfanos?».[17]

Con este tipo de actitud, y tras unas sesiones de entrenamiento muy breves —no solían durar más de un par de semanas—, los voluntarios urbanos se dirigían a las aldeas. Sin embargo, a pesar de que al subir a los trenes en Leningrado, Moscú o Kiev lo hacían al compás de la música revolucionaria y los ecos de los discursos patrióticos, la música se iba apagando a medida que se adentraban en las zonas rurales. Años después un brigadista escribió lo siguiente: «Nos despidieron con una marcha triunfal y nos recibieron con un canto fúnebre».[18] Fue en ese momento específico cuando la retórica estalinista del progreso chocó de frente con la realidad de la vida de los campesinos ucranianos y rusos.

Los trenes aminoraban la marcha al entrar en las zonas rurales; no a todos los administradores ferroviarios provinciales les entusiasmaba la llegada de los nuevos activistas urbanos. En Ucrania la mayoría de estos forasteros voluntarios eran rusohablantes, de ciudades rusas o ucranianas, y en ambos casos parecían igual de foráneos a ojos de los campesinos ucranianohablantes. A veces, cuando llegaban a las capitales de provincia, los activistas se encontraban con un recibimiento hostil, algo que no los sorprendía. Para los campesinos locales que se acababan de recuperar de la escasez y la hambruna del verano de 1929, los recién llegados parecían idénticos a los soldados y activistas que habían llegado a las zonas rurales de Ucrania una década antes para expropiarles el cereal.

Su trabajo tampoco era fácil. Al principio, se suponía que la colectivización iba a ser voluntaria. Los activistas solo debían razonar y arengar para convencer a los granjeros. Se organizaron reuniones en las aldeas, y estos agitadores también fueron de casa en casa. Antonina Soloviova, activista urbana y miembro del Komsomol de los Urales, recordaba con nostalgia la campaña de colectivización:

> El objetivo era convencer a los campesinos particulares de que se unieran a la granja colectiva, asegurarse de que esta estaba lista para empezar a arar y, sobre todo, enterarse de dónde y quién escondía el cereal del Estado […]. Nos pasábamos largas tardes en el cuartel general de alguna granja colectiva, alrededor de una mesa con una lámpara de queroseno que parpadeaba débilmente, o en la choza de algún campesino pobre, junto a una estufa de leña. **[19]**

Pero, aunque los objetivos estuviesen claros, las líneas de mando no lo estaban. Había varios grupos con cierta responsabilidad en la implementación de la colectivización, entre ellos los partidos comunistas locales, el Komsomol (la organización de jóvenes comunistas), los Pioneros (la organización de niños comunistas), los Comités de Campesinos Pobres que quedaban, la Comisión Central de Control, la Inspección de Obreros y Campesinos, el Centro de Granjas Colectivas (*koljós-tsentr*), los sindicatos y, cómo no, la policía secreta. También participaron otros funcionarios, sobre todo profesores, que eran los formadores de la nueva generación.

Todas estas autoridades locales, que ya cargaban con el peso de caóticas cadenas de mando y de prioridades contradictorias, albergaban sentimientos encontrados hacia estos jóvenes entusiastas que no tenían experiencia alguna en el cultivo o la agricultura, ni siquiera en la vida rural. Al mismo tiempo, los jóvenes entusiastas de las urbes también tenían sentimientos encontrados hacia las autoridades locales. Varios documentos de la época mencionan quejas sobre los consejos municipales locales, que presuntamente no hacían

más que holgazanear o, por el contrario, obstaculizar el trabajo de los voluntarios enviados desde fuera. No cabe duda de que los consejos municipales eran ineficientes, pero también puede que quisieran proteger a sus vecinos del enorme impacto de las órdenes de los jóvenes forasteros fanáticos.[20]

Los propios campesinos, estuviesen o no clasificados como kulaks, sentían aún menos entusiasmo por los activistas urbanos. Cuando el especialista en historia oral William Noll entrevistó a ciudadanos ucranianos en la década de 1980, se dio cuenta de que el recuerdo popular sobre los «veinticinco mil» seguía siendo poderoso. Al igual que en la descripción de Dolot, los recordaban como unos incompetentes: utilizaban las semillas equivocadas, daban malos consejos y no sabían nada sobre el campo.[21] También los tenían en la memoria como extranjeros, rusos o judíos. Años más tarde Olexánder Honcharenko, un joven de la época, recordaba —de manera errónea, pues muchos de ellos procedían de ciudades ucranianas— que los «veinticinco mil» eran «todos rusos». También se acordaba de que en su aldea de la provincia de Cherkasi rechazaron enseguida al brigadista («obviamente» era ruso): «Vino a convencer a los campesinos de lo maravillosa que era la vida bajo el régimen soviético. Pero ¿quién le escuchaba? Nadie. Aquel mentiroso cruzó la aldea de una punta a otra. Nadie quería saber nada de él».[22]

Por supuesto, la falta de popularidad de los activistas urbanos no se debía tan solo a que los consideraban «extranjeros», sino también a la escasa popularidad de su política (una intensa impopularidad que se explicará en el próximo capítulo). Pero aunque un pequeño número de campesinos acabó simpatizando con sus ideales, al igual que Kópelev, la reacción de la mayoría fue la opuesta. En todo caso, la tenaz oposición de los campesinos encolerizó aún más a los activistas, les hizo más propensos a la violencia y los convenció más de lo justa que era su causa. En enero de 1930 Guénrij Yagoda, por entonces subdirector de la policía secreta, les dijo a los miembros de mayor rango del personal que se encontrarían con una resistencia feroz. El kulak «comprende perfectamente que la colectivización supone su fin y por lo tanto opone una resistencia más enconada y violenta, como ya estamos viendo, [que abarca] desde los planes de insurrección y las organizaciones contrarrevolucionarias de kulaks hasta los incendios provocados y el terror».[23]

Esa idea se filtró en las aldeas, donde los emisarios de la clase obrera interpretaron la hostilidad de los campesinos como una prueba de las «tendencias contrarrevolucionarias de los kulaks» de las que ya habían sido

advertidos. Este choque entre lo que querían los activistas urbanos y la realidad de las zonas rurales, tan diferente, puede explicar gran parte de la posterior crueldad.

También tenían que demostrar sus aptitudes y su lealtad. «Su deber —le dijo un comunista local a Antonina Soloviova— es participar en las tareas de agitación junto con los jóvenes de la aldea […] y descubrir dónde esconden el cereal los kulaks y quién destroza la maquinaria agrícola». Además, «tendrá que hablar con esa gente y explicarle las políticas del partido y la colectivización». Soloviova, por entonces una joven estudiante, tuvo un momento de duda. «Era una labor enorme, ¿estaríamos a la altura? En realidad no sabíamos nada de esas cosas, no sabíamos cómo empezar». Decidida a demostrar sus capacidades —«no había tiempo que perder»—, no había nada que la animase a ser amable.[24]

No cabe duda de que la campaña de colectivización fue ordenada desde Moscú, impuesta «desde arriba», y que fue una política personal de Stalin, como ya puso de relieve en su viaje a Siberia a finales de 1928. Tampoco cabe duda de que la primera vez que la colectivización llegó a las zonas rurales, lo hizo de la mano de forasteros de las ciudades ajenos a su cultura y, en el caso de Ucrania, ajenos también lingüística y a menudo étnicamente. Pero la campaña de colectivización también contó con simpatizantes entre los funcionarios locales y los campesinos. Del mismo modo que tras la revolución Olexánder Shlíjter había enfrentado a los aldeanos pobres con los más ricos, los bolcheviques volvieron a intentar dar poder a un grupo de campesinos para que pudiesen explotar a sus vecinos por el bien del Estado.

Nada más llegar, los agitadores comenzaron a identificar y ascender a colaboradores locales —los *aktiv*— que pudiesen ayudarlos a hacer justamente eso. Pasha Anguélina, que se convirtió en una conocida «trabajadora hiperproductiva» y una de las primeras mujeres en conducir un tractor en la Unión Soviética, escribió unas memorias marcadas por un fuerte carácter político sobre la colectivización en Starobésheve, su aldea de la provincia de Donetsk. El libro destaca por su rígida obediencia al patrón socialista realista —un cuento predecible sobre el triunfo del Partido Comunista sobre cualquier obstáculo—, así como por el verdadero odio que su acartonada prosa destila. A pesar de que da pocos detalles, Anguélina y su familia desempeñaron un papel activo a la hora de obligar a sus vecinos a unirse a las nuevas granjas colectivas. «Fueron tiempos difíciles, llenos de

tensión y de una feroz lucha de clases. Nosotros, los pobres, no pudimos sentir que estábamos realmente al mando hasta después de haber vencido a los kulaks y de haberlos expulsado de sus tierras». Ni ella, ni sus padres, ni sus hermanos sentían remordimientos.

> Fuimos a por los «kurkuls» que odiaban con fuerza y crueldad todo lo nuevo […]. Nuestra familia, y muchas otras como la nuestra, habían trabajado para los kulaks durante varias generaciones. Nos dimos cuenta de que vivir en las mismas tierras que esos chupasangres sería imposible. Los kulaks se encontraban entre nosotros y la buena vida, y no había argumento, coacción o impuesto que fuese capaz de sacarlos de nuestro camino. Una vez más, el partido comprendió lo que necesitábamos y nos dio la solución. A través del camarada Stalin, el partido nos dijo: «Dejad de limitar a los kulaks y aniquiladlos como clase […]».[25]

Anguélina y sus hermanos no estaban solos. Un informe de la policía secreta ucraniana de febrero de 1930 describía con entusiasmo cómo en algunas aldeas había grupos de campesinos pobres y de los llamados campesinos «medios», que se habían empobrecido bastante menos, que se reunían con «banderas rojas y canciones revolucionarias» para supervisar la colectivización.[26] Algunos de los participantes locales habían sido miembros de los «comités de campesinos pobres», exactamente la misma gente que había dirigido las campañas de confiscación de cereal entre 1918 y 1920, y seguían sintiendo la misma lealtad hacia el sistema soviético. Matví Havriliuk, que había contribuido a las confiscaciones de 1921 a pesar de que los kulaks «amenazaban con matarnos a mí y a mi familia», no dejó escapar la oportunidad de volver a unirse a la lucha. «Durante todo el año 1930 fui un agitador, participé en las brigadas […]. Incluso encontré a los kulaks que intentaban evitar la deskulaquización escondiéndose en los bosques. Los llevé personalmente ante la justicia».[27]

Otros trataron de utilizar la nueva situación revolucionaria para elevar su estatus. Como reconoció el propio OGPU, muchos de los «campesinos pobres» eran en realidad «elementos criminales» que vieron una forma de sacar provecho de la desgracia de sus vecinos.[28] A Sergó Ordzhonikidze, el jefe del OGPU que viajó entre Ucrania y Moscú en esa época, le preocupaba que las autoridades confiaran demasiado en gente que no tenía formación ni experiencia. «Cogemos a un miembro del Komsomol, añadimos dos o tres campesinos pobres y llamamos a esto un “aktiv”, y este *aktiv* dirige los asuntos de la aldea».[29]

Al igual que los «veinticinco mil», algunos de estos colaboradores locales se sentían atraídos por la ideología bolchevique. Creían en las promesas de una «vida mejor», una expresión que debía de significar estómagos llenos para algunos y algo más místico para otros, y pensaban que la destrucción de

los «enemigos» del partido podría hacer que esa vida mejor llegase antes. Como en 1918, la colectivización acabaría contribuyendo a crear una nueva élite rural, un estrato social que estaba convencido de su derecho al poder. Los activistas defendían, incluso años después, que a pesar de la oposición a la que se enfrentaron, la colectivización era «por un bien común».[30] Muchos, aunque no todos, fueron recompensados con puestos de trabajo y con raciones mejores. A la vez, el empoderamiento de esta nueva élite también ayudó a intimidar aún más a quienes se oponían a la colectivización. En marzo de 1930 un informe del OGPU sobre Ucrania explicaba, en tono aprobatorio, que «la actuación de los aldeanos fue tan buena que en el transcurso de la operación no hubo necesidad de llamar a las fuerzas armadas». Gracias «al entusiasmo y a la actividad» de los voluntarios locales, los detractores de la colectivización se sentían abandonados y solos. Según el OGPU, esto hizo que perdiesen la motivación para ofrecer resistencia y desmoralizó a quienes estaban bajo arresto.[31]

Es imposible saber, a partir de las pruebas de las que disponemos, qué parte del «entusiasmo y actividad» era real. Las memorias existentes sugieren que muchos de los que se unieron a las brigadas de colectivización, quizá incluso la mayor parte de ellos, no eran entusiastas, cínicos ni delincuentes, sino que tenían miedo; sentían que incorporarse a ellas era la única opción a su alcance. Tenían miedo de que les hicieran daño o que les golpeasen, de pasar hambre, de que los llamasen «kulaks» o incluso «enemigos». Los miembros del Komsomol recibieron órdenes directas de participar, y tal vez creyeran que era imposible negarse a ello.[32] Años más tarde, uno de ellos recordaba que «una vez ordenaron a todos los estudiantes y profesores miembros del Komsomol y del partido que rodeasen una de las aldeas, para que nadie escapase mientras [los furgones de la policía secreta] sacaban a los campesinos de la aldea y los llevaban a los vagones de tren climatizados que esperaban para deportarlos».[33] Un maestro recordaba que «se consideraba que todos los profesores debíamos colaborar en la socialización de la aldea, así que nos reclutaron automáticamente como activistas para animar a la gente a que se uniese a las granjas colectivas». Aquellos que se negaran podían perder sus pertenencias o podían ser trasladados a otra aldea.[34]

Según los que se oponían a ellos, estos colaboradores eran «vagabundos perezosos» o «ladrones» que esperaban beneficiarse de la desgracia ajena.[35] Pero muchos de los cooperantes autóctonos debían de sentirse tan aterrorizados y traumatizados como sus víctimas, intimidados por el mismo

trasfondo violento y el mismo lenguaje amenazador. Y cuando la hambruna llegó para quedarse, algunos de ellos también se convirtieron en víctimas.

Al despertar una mañana de enero de 1930, poco después de que los «veinticinco mil» llegasen a la aldea de Dolot, los campesinos descubrieron que varios de sus vecinos más prominentes —un maestro, un clérigo, el dueño de una tienda y muchos labradores relativamente adinerados, todos los cuales se encontraban entre los miembros más respetados de la comunidad— habían sido arrestados. Justo después, expulsaron de sus hogares a sus esposas y sus hijos. Una de las mujeres, la esposa de un granjero al que llamaban tío Tímish, trató de resistirse tras ser detenida.

> Se resistía y les tiraba del pelo. Al final la sacaron a rastras de su casa y la echaron sobre el trineo. Mientras dos hombres la sujetaban, otros sacaron a los niños. Lanzaron algunas de sus pertenencias al trineo y este partió. Aún sujetos por los dos oficiales, la esposa del tío Tímish y sus hijos desaparecieron en la niebla invernal entre llantos y gritos.[36]

Unos días después de deportar a este próspero granjero y a su esposa —nadie sabía si a Siberia o a alguna otra parte de Ucrania—, los hombres llegados de Moscú ocuparon la casa del tío Tímish y la arreglaron para utilizarla como oficina del distrito.

Lo que Dolot había visto era el principio de la «deskulaquización», el horrible término burocrático que básicamente significaba «la eliminación de los kulaks como clase».[37] Pero ¿quién era kulak? Como ya se ha señalado, ese no era un término tradicional en toda la Unión Soviética, y está claro que no lo era en Ucrania. Si bien desde la caída del zar Nicolás II los periódicos, los agitadores y todo tipo de autoridades lo habían utilizado ampliamente, siempre había sido un término difuso y poco definido. En sus memorias sobre la Revolución rusa, Yekaterina Olítskaia hizo la siguiente observación sobre la época de la guerra civil:

> Cualquiera que expresase descontento era un kulak. Familias de labradores que nunca habían contratado a nadie para trabajar fueron catalogadas como kulaks. Una familia con dos vacas, una vaca y un ternero o un par de caballos era considerada kulak. Las aldeas que se negaban a entregar el excedente de cereal o a poner al descubierto a los kulaks sufrían redadas de destacamentos disciplinarios. Así que los campesinos celebraban reuniones especiales para decidir quién iba a ser un kulak. Yo me quedé estupefacta con todo esto, pero los campesinos me lo explicaron: «Nos ordenaron que desenmascarásemos a los kulaks, ¿qué más podemos hacer?» […] Para salvar a los niños solían escoger a solteros sin hijos.[38]

En 1929, al igual que en 1919, la noción de un campesino «adinerado» seguía siendo algo relativo. En una aldea pobre, «adinerado» podía significar

un hombre con dos cerdos en vez de uno. Un campesino «adinerado» también podía ser alguien que no gustaba a sus vecinos, alguien que les daba envidia o alguien que se había ganado enemigos entre los dirigentes de la aldea o entre los comunistas locales.

Cuando las exigencias estatales de «eliminar a los kulaks como clase» pasaron a ser una prioridad, las autoridades ucranianas sintieron la necesidad de encontrar una definición más acertada. En agosto de 1929 el Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania promulgó un decreto que identificaba los «síntomas» de una granja kulak: una granja que contratase trabajadores con regularidad; una granja con un molino, una curtiduría, una fábrica de ladrillos o cualquier otra pequeña planta «industrial»; una granja que alquilase con regularidad edificios o aperos. Cualquier granja cuyos propietarios o administradores participasen en el comercio, la usura o cualquier otra actividad que produjese «rentas» también era propiedad de kulaks, sin duda alguna.[39]

Esta definición económica evolucionó con el tiempo. Las autoridades inventaron un nuevo término, porque necesitaban explicar cómo era posible que los granjeros que no contrataban trabajadores o que no alquilaban propiedades se opusieran aun así a la colectivización. Los *podkuláchniki*, los «subkulaks» —quizá «agentes kulaks» sería una traducción más acertada—, eran campesinos pobres que de alguna manera se encontraban bajo la influencia de algún familiar, patrón, vecino o amigo kulak. Un *podkuláchnik* podía ser un hombre pobre cuyos padres habían sido más adinerados y que, por lo tanto, había heredado parte de la esencia de los kulaks. También podía haber sido engañado o embaucado para oponerse a los bolcheviques, y ya no era posible reeducarlo.[40]

Otros campesinos pobres se convirtieron en kulaks por el simple hecho de negarse a unirse a la granja colectiva. En la aldea bielorrusa de Bolshoie Bíkovo, Maurice Hindus se quedó en el fondo de la habitación mientras un miembro del partido sermoneaba a un grupo de mujeres sobre las supuestas ventajas de unirse a la granja colectiva. «Apenas tendrían que preocuparse de sus bebés, dijo, pues cuidarían de ellos en guarderías bien equipadas. No tendrían que utilizar el horno, porque los comedores populares se encargarían de cocinar […]».

Respondieron a esta diatriba guardando silencio, y luego con un «alboroto de gritos». Al final, una de ellas soltó ante todos los presentes: «Aquí solo han venido cerdos; para eso me voy a casa». Un miembro de los activistas locales le respondió, gritando: «¿Qué estamos viendo? ¿Qué estamos oyendo? Una

vecina nuestra, una mujer pobre, pero con una marcada mentalidad de kulak, ¡acaba de llamarnos cerdos!». En otras palabras, no eran sus riquezas lo que definían a la mujer como «kulak» —o más bien como una persona «con mentalidad de kulak»—, sino su oposición a la colectivización.[41]

La definición, que podía adaptarse de un sinfín de maneras, parecía ser más flexible para abarcar a los grupos étnicos más pequeños que vivían en la Unión Soviética, incluidos los polacos y los alemanes, que tenían una presencia destacada en Ucrania. En 1929 y 1930 muchos funcionarios ucranianos creían que todos los alemanes del territorio, que habían llegado en el siglo XVIII, deberían ser clasificados como kulaks. En la práctica, la cantidad de alemanes a los que deskulaquizaron y deportaron fue unas tres veces mayor que la de ucranianos, y a menudo fueron objeto de abusos específicos. «Allá donde vosotros, destructivos insectos, os habéis asentado en nuestras tierras —les dijo en una ocasión el administrador de una granja colectiva a un grupo de aldeanos alemanes— ningún Dios dejará que el maná caiga del cielo para ayudaros, y nadie en ningún lugar escuchará vuestras lamentables súplicas».[42] En cambio, muy pocas veces clasificaban a los judíos como kulaks. A pesar de que arrestaron a muchos por especuladores, muy pocos de ellos tenían tierras, ya que el Imperio ruso había limitado su capacidad de poseerlas.

Al principio, la rapidez con que evolucionaba la definición de «kulak» incomodaba a algunos de los miembros del OGPU. En una nota que Yagoda le escribió a Stalin en marzo de 1930, manifestaba su temor al hecho de que «los campesinos de ingresos medios, los campesinos pobres e incluso los jornaleros y trabajadores de las granjas» estaban entrando en la categoría de «kulak», y lo mismo sucedía con los «partisanos rojos» y con las familias de los soldados del Ejército Rojo. En la provincia del Volga Central consideraban «kulaks recalcitrantes» a los «campesinos medios y pobres». Yagoda se quejaba de que en Ucrania contabilizaban a los campesinos pobres como kulaks basándose simplemente en que eran «charlatanes» o alborotadores. En la provincia de Tierras Negras Central —uno de los distritos administrativos rusos del norte de Ucrania— se descubrió que la lista de kulaks incluía a tres campesinos pobres y a un jornalero, que era el hijo empobrecido de un comerciante.[43]

Pero el OGPU era responsable de la rapidez con que se ampliaba la definición del término; en gran parte, el número de personas identificadas como kulaks siguió aumentando porque Moscú así lo exigía. Las órdenes de aniquilarlos iban acompañadas de cifras y listas: a cuántos debían eliminar, a

cuántos deportar, a cuantos enviar a los campos de concentración del Gulag, cuyo número empezaba a crecer, y a cuántos debían reubicar en otras aldeas. Los policías destinados a la zona eran responsables del cumplimiento de estas cuotas, fuesen o no capaces de identificar a los kulaks. Y, si no podían encontrarlos, tenían que inventárselos.

Al igual que los planificadores centrales de la misma época, el OGPU debía mostrarse ambicioso. De todas las regiones productoras de cereal de la Unión Soviética, se esperaba que Ucrania entregase la mayor parte de kulaks; había que arrestar a quince mil de los «kulaks más acérrimos y activos», deportar a entre treinta mil y treinta y cinco mil de sus familias, y enviar a cincuenta mil al Krai Septentrional, la región rusa ubicada cerca de Arcángel, en el mar Blanco. Por el contrario, las cifras respectivas de kulaks en Bielorrusia ascendían a entre cuatro mil y cinco mil, entre seis mil y siete mil, y doce mil. En la provincia de Tierras Negras Central se arrestó a entre tres mil y cinco mil, se deportó a entre diez mil y veinticinco mil, y se reubicó a un total de veinte mil. Puede que las elevadas cifras de Ucrania reflejasen el mayor porcentaje de campesinos de la zona, o quizá fuesen el reflejo de la percepción moscovita de que los campesinos ucranianos seguían siendo la principal amenaza política.[44]

La necesidad de cumplir con esas elevadas cifras también significó que la retórica antikulak tendió a volverse más extremista con el paso del tiempo, en vez de más moderada. Ya en enero de 1930, un operativo del OGPU utilizó el término «kulaks bandidos de la Guardia Blanca» para describir a quienes se oponían a la colectivización, estigmatizando así a los kulaks no solo como enemigos de clase, sino también como enemigos de la nación —agentes de la «Guardia Blanca»— y delincuentes.[45] En la aldea de Dolot una reunión obligatoria acabó de manera caótica cuando los vecinos se negaron a inscribirse en la granja colectiva. El «propagandista» de la brigada les instó a hacerlo, pero nadie respondió.

> «¡Vamos! Es tarde —nos instó—. Cuanto antes firméis, antes os marcharéis a casa». Nadie se movió. Todos se quedaron en silencio. El presidente, desconcertado y nervioso, susurró algo al oído del propagandista […]. Nos mantuvimos en silencio. Eso irritó a los funcionarios, sobre todo al presidente. Unos instantes después de que el propagandista hubiese acabado su reprimenda, el presidente salió súbitamente de detrás de la mesa, agarró al primer hombre que se encontró y lo zarandeó con fuerza. «Tú… ¡enemigo del pueblo! —gritó, atragantándose con la rabia—. ¿A qué esperas? ¿Quizá a Petliura?»[46]

Una vez más, la asociación inmediata con «Petliura», un nombre que evocaba el levantamiento antisoviético, no era casualidad; para los agitadores, cualquiera que no se uniese a la granja colectiva formaba, por definición,

parte de la contrarrevolución, parte del movimiento nacional ucraniano ya derrotado, parte de uno de los muchos «enemigos» del régimen soviético.

Tampoco se trataba de meros insultos. Cuando la deskulaquización comenzó de forma seria, el lenguaje agresivo tuvo consecuencias; una vez que un campesino recibía el nombre de «kulak», se convertía automáticamente en un traidor, un enemigo y un no-ciudadano. Perdía sus derechos patrimoniales, su capacidad jurídica, su hogar y su puesto de trabajo. Sus posesiones ya no le pertenecían, y solían ser expropiadas poco después. Los *aktiv*, junto con los activistas y la policía, podían y solían confiscar con total impunidad los hogares de los kulaks, sus aperos y su ganado.

En principio, las nuevas granjas colectivas eran las beneficiarias de estos robos en masa. En un informe del Centro de Granjas Colectivas a las autoridades de febrero de 1930 se habla positivamente de los «métodos resueltos» que empleaban quienes luchaban contra los labradores adinerados: «la confiscación de las posesiones de los kulaks […] los medios de producción, los aperos, el ganado y el forraje. Las casas de los kulaks se utilizan para las organizaciones comunales o como barracas para los jornaleros de las granjas».[47]

En la práctica, la deskulaquización pronto devino un saqueo. Algunas posesiones de los kulaks eran confiscadas y luego vendidas en subastas públicas e improvisadas. La ropa y los utensilios se apilaban en carretillas en la plaza de la aldea y se invitaba a los campesinos a que pujasen por las pertenencias de sus vecinos.

> Recuerdo esa escena como si estuviese sucediendo justo ahora: una chica, miembro del Komsomol, está frente al sóviet de la aldea y dirige una «subasta». Coge una triste prenda de ropa del montón de bienes confiscados a algún «kulak», la ondea en el aire y pregunta: «¿Quién hace una oferta por esto?».[48]

Muchas posesiones directamente se robaban. En una aldea cercana a Járkiv «deskulaquizaron» doce granjas. Esto significaba que, el día fijado para ello, un grupo de cuatrocientos campesinos con banderas rojas marcharon hacia las granjas indicadas. Llegaron, destrozaron las cabañas y se llevaron lo que querían. Uno de los líderes de la horda le arrancó al kulak el sombrero y el abrigo que vestía y se marchó con ambos puestos.[49] En otra aldea las posesiones confiscadas tan solo fueron repartidas entre la granja colectiva y el jefe de dicha granja.[50] Algunos llamaban «comunismo de guerra» a este tipo de robo, otro guiño al pasado.[51]

En ocasiones la expropiación tenía lugar de forma rápida y violenta. En la provincia de Cherníhiv, las brigadas locales expulsaron de su hogar a una

familia de campesinos en pleno invierno. Desnudaron a toda la familia en la carretera, los llevaron a un edificio sin calefacción y les dijeron que esa sería su nueva casa.[52] En el distrito de Bereznehuvate dejaron a una niña de doce años con tan solo una camisa. Desnudaron a un bebé y lo echaron a la calle junto con su madre. Una brigada de activistas le quitó la ropa interior a una adolescente y también la dejaron desnuda en la calle.[53]

En otros casos la deskulaquización se prolongó durante varios meses. Cuando un campesino se negó a unirse a la granja colectiva de su comunidad, las autoridades se lo hicieron pagar. «Cada vez nos cobraban más impuestos. Se llevaron la vaca, pero aun así gravaron con impuestos la mantequilla, el queso y la leche, ¡cosas que ya ni siquiera teníamos!» Cuando a la familia no le quedaba nada que entregar, llegaron los líderes de la brigada para llevarse lo que encontraran.

> Empezaron a forzar los contenedores donde guardábamos las semillas. Llegaban en sus carretas de caballos, las cargaban y se lo llevaban todo. Después de las semillas, empezaron a coger nuestra ropa. La confiscación se realizaba por fases […]. Se llevaron toda nuestra ropa de invierno, los abrigos de badana, las capas y otras prendas. Luego empezaron a quitarnos la ropa que llevábamos puesta.

Al final, en invierno, los *aktiv* locales expulsaron a la familia de su casa, deportaron al padre y repartieron a los hijos entre sus familiares.[54]

En algunos casos la expropiación tenía lugar por medio de elevados impuestos retroactivos. Un campesino donó su ganado a la granja colectiva y trabajó ahí durante un año, pero luego intentó recuperar las vacas; sus hijos se morían de hambre y necesitaba la leche. Le permitieron hacerlo, pero al día siguiente le exigieron pagar los onerosos impuestos de los campesinos «particulares». Para ello, tuvo que vender una vaca, dos cabras y algunas prendas de ropa. Aun así los impuestos siguieron aumentando, hasta que la familia se vio obligada a vender la casa y mudarse a un establo donde dormían sobre el heno. Finalmente consiguieron escapar y diluirse en el paisaje urbano de Leningrado.[55]

A medida que avanzaba la colectivización, también lo hacía la campaña de propaganda. En los lugares donde el esfuerzo parecía flaquear, de vez en cuando aparecía el Ejército Rojo. Los soldados desfilaban por las calles, hacían maniobras, disparaban al aire. La caballería recorría al galope las aldeas. En ocasiones también aparecían equipos urbanos de *agitprop*, «unos pocos centenares de personas de las ciudades vecinas [que desfilaban] en columnas disciplinadas […] obreros industriales corrientes, estudiantes, administrativos». Estaban ahí para demostrar el apoyo de las ciudades a la

colectivización, y traían películas de propaganda, teatros improvisados y «un ruido incesante».[56] A pesar de que en apariencia pretendían reflejar la solidaridad entre el campo y las ciudades, su presencia también recalcaba la inutilidad de oponer resistencia. Los campesinos debían comprender que la clase obrera urbana apoyaba la colectivización, y que no iban a ganarse aliados mediante la disidencia.

Presionadas para cumplir con las cuotas, y alentadas y aterrorizadas por la maquinaria propagandística, a veces las brigadas de colectivización recurrían abiertamente a la intimidación y la tortura. Hay memorias y archivos que registran varios casos de «persuasión» que implicaban amenazas, acoso y violencia física. En una aldea rusa una brigada violó a dos mujeres kulak y forzó a un anciano a bailar y cantar antes de propinarle una paliza. En otra aldea rusa obligaron a un hombre mayor a desnudarse, quitarse las botas y desfilar por una habitación hasta que se desmayó. Un informe del OGPU también menciona otros tipos de tortura. «En una aldea de Novoolexándrivka el secretario Erojin, de la célula del Komsomol, forzó a un campesino medio a tirar del final de una cuerda que le habían atado alrededor del cuello. El campesino respiraba con dificultad y el secretario se reía de él, le decía: "Toma agua, bebe"».[57]

En la provincia de Poltava la hija de otro kulak recordaba que encerraron a su padre en una cámara fría sin comida ni bebida. Durante tres días comió tan solo la nieve que entraba por las grietas de la pared. Al tercer día aceptó unirse a la granja colectiva.[58] En la provincia de Sumi los líderes de la brigada local establecieron su sede central en la cabaña de uno de los vecinos. Algunos de ellos se sentaron en la sala de estar con un arma sobre la mesa que había frente a ellos. Los campesinos recalcitrantes entraron uno por uno en la estancia y los activistas les pidieron que se incorporaran a la granja colectiva. Si se negaban, les enseñaban el revólver, y si eso no funcionaba, los llevaban desfilando a una celda de aislamiento en otra aldea, con las palabras «especulador malicioso de grano estatal» escritas con tiza en la espalda.[59]

Hubo muchas crueldades ocasionales. En una aldea ucraniana, las brigadas incendiaron la casa de dos hermanas que acababan de quedar huérfanas. La mayor fue a trabajar a la granja colectiva, y se le prohibió cuidar de su hermana cuando esta cayó muy enferma. Nadie se apiadó de ellas, sino más bien al contrario; los vecinos revolvieron los restos carbonizados de la casa en busca de leña y se llevaron las pocas posesiones que les quedaban.[60]

Sin embargo, las mismas circunstancias extremas que generaron miedo y odio también sacaron a relucir la valentía, la bondad y la piedad de la gente. Incluso el OGPU se dio cuenta de ello. Uno de sus agentes se fijó, con cierta preocupación, en que «debido a la inexistente labor de concienciación de las masas, algunos campesinos pobres y medios han tratado a los kulaks con piedad o indiferencia y en ciertos casos con compasión, ayudándolos a encontrar alojamiento y proporcionándoles ayuda física y material». En una aldea, el OGPU vio cómo «cincuenta campesinos pobres, sin oponer resistencia a la expropiación, lloraban junto con los kulaks y les ayudaban a sacar sus pertenencias y también [les ayudaban] hospedándolos».[61]

Desde el punto de vista del agente, los campesinos que «lloraban junto con los kulaks» antes de invitarlos a sus hogares demostraban que la «labor de concienciación de las masas» —una propaganda agresiva— había fracasado. Pero también demostraban que, incluso en un ambiente de violencia e histeria, en ciertos lugares ciertas personas habían logrado conservar su humanidad.

Una vez que los habían identificado como enemigos y les habían robado todas sus pertenencias, los kulaks afrontaban diversos destinos. A algunos les permitían quedarse en sus aldeas, donde recibían las peores tierras y las más inaccesibles. Si aun así se negaban a unirse a la granja colectiva, solían confiscarles los aperos y el ganado. Para referirse a ellos se utilizaban palabras como *odnoosíbnik* («solterón»), que acabaron convirtiéndose en insultos.[62] Cuando más tarde estalló la hambruna, solían ser los primeros en morir.

Para mantenerlos alejados de sus amigos y vecinos, a algunos kulaks les daban parcelas de tierra en otras partes del país, o incluso en los mismos distritos pero lejos de sus antiguas granjas y con una tierra peor. A la familia de Hénrij Pidvisotski la enviaron a los Urales. «Vivimos ahí durante un verano y nos pasamos la mayor parte del otoño caminando de vuelta».[63] Una orden gubernamental ucraniana de finales de 1930 decretó que había que expropiar a los kulaks y enviarlos a los territorios «más lejanos y menos cómodos posible» de la república.[64]

Muchos huyeron para evitar ese destino. En unos pocos casos, vecinos o funcionarios locales los ayudaron a vender sus posesiones, o incluso les devolvieron algunas de ellas para facilitarles el viaje.[65] Los que conseguían hacerlo se dirigían a las ciudades. Entre 1928 y 1932 unos diez millones de campesinos se incorporaron a la mano de obra industrial soviética; la

colectivización y la deskulaquización forzaron o convencieron en ese sentido a muchos de ellos, puede que a la mayoría.[66] Mientras que, justo uno o dos años atrás, en algunas ciudades el desempleo era un problema, las fábricas que luchaban por cumplir los objetivos del plan quinquenal en 1930 estaban desesperadas por conseguir más obreros, y sus orígenes sociales no les preocupaban tanto como hubieran debido hacerlo.

Para los kulaks que llegaban de las aldeas ucranianas el destino más obvio era el centro industrial y carbonero del Donbás, en el extremo sudoriental de la república. El Donbás se estaba extendiendo con gran rapidez, y llevaba mucho tiempo cargando con la reputación de «Este salvaje», de territorio de cosacos y aventureros. En la Rusia zarista, había atraído a siervos fugitivos, disidentes religiosos, criminales y traficantes del mercado negro.[67] En 1930 parecía el destino obvio de cualquiera que quisiera ocultar su origen «kulak». Olexánder Honcharenko recordaba más tarde que evitó ser arrestado al «esconderse» en el lugar; escribió que, como «todos sabían, en el Donbás no cazaban a los kulaks». Honcharenko creía que se trataba de algo deliberado; las autoridades soviéticas querían que los buenos trabajadores fueran a las fábricas y que la «gentuza» se quedase en las granjas colectivas.[68] Incluso más adelante, cuando las leyes exigían que los campesinos tuviesen permiso de residencia, en el Donbás a veces se podía incumplir esta ley. El trabajo en las minas y en la industria pesada era difícil y peligroso, y las autoridades estaban dispuestas a hacer la vista gorda ante el pasado de sus empleados.[69]

Aun así, algunos funcionarios les siguieron el rastro. En la provincia de Mikoláiv las autoridades documentaron la huida de ciento setenta y dos familias kulaks y su llegada al distrito industrial del Donbás, donde «vivían en apartamentos de clase obrera y llevaban a cabo una agitación antisoviética entre los trabajadores». En la provincia de Sumi también consideraron sospechosos a cientos de kulaks porque se habían «negado» a cultivar sus tierras y habían preferido abandonarlas y mudarse, presuntamente después de destrozar la maquinaria agrícola.[70]

Pero la inmensa mayoría de los kulaks acabaron muchísimo más lejos de sus hogares. Entre 1930 y 1933 más de dos millones de campesinos fueron deportados a Siberia, al norte de Rusia, a Asia central y a otras regiones poco pobladas de la Unión Soviética, donde vivían como «exiliados especiales», sin permiso para abandonar la aldea que se les había asignado.[71] La historia de este gran desplazamiento de personas no guarda relación con la de la colectivización y la hambruna, aunque no es menos trágica. Se trató de la primera de las muchísimas deportaciones soviéticas en masa que se dieron en

las décadas de 1930 y 1940, y la más caótica de todas. Cargaban a familias enteras en vagones que recorrían cientos de kilómetros y a menudo las dejaban en el campo sin comida ni alojamiento, ya que no se había hecho ningún preparativo para su llegada. A otros los abandonaban en las aldeas de Asia central, donde los desconfiados kazajos podían dignarse o no a ayudarlos. Muchos morían en el camino o durante el primer invierno, en los asentamientos aislados del mundo exterior.

Las instalaciones de casi todos esos lugares eran primitivas, y los funcionarios locales solían ser desorganizados e irresponsables. En lo que luego se convertiría en un campo de trabajos forzados de la región de Arcángel, un prisionero recién llegado se encontró con que no había «barracones ni una aldea. Había carpas a un lado, para los guardias y el equipo. No había mucha gente, a lo mejor un millar y medio de personas. La mayoría eran campesinos de mediana edad que habían sido kulaks. Y criminales».[72] En febrero de 1930 el propio Politburó debatió con carácter de urgencia el hecho de que Siberia no estaba preparada para un número tan elevado de prisioneros, por no hablar de sus esposas e hijos. Se decidió que el OGPU dividiría a los deportados en grupos de no más de sesenta mil familias. Ucrania, Bielorrusia y las demás regiones con una nutrida población de kulaks debían coordinar todas sus actividades en consecuencia.[73]

Con el paso del tiempo, el elevado número de kulaks deportados alimentó la rápida expansión del sistema soviético de trabajos forzados, la red de campos que acabó conociéndose como el Gulag. Entre 1930 y 1933 al menos cien mil kulaks fueron enviados directamente a él, y el sistema fue ampliado, entre otras razones, para poder acogerlos.[74] En esta época, el grupo relativamente pequeño de campos «políticos» de las islas Solovkí se extendió hacia el norte y el este. A instancias del OGPU, el Gulag lanzó una serie de ambiciosos proyectos industriales: el canal del mar Blanco, las minas de carbón de Vorkutá y las minas de oro de Kolimá; todos ellos fueron posibles gracias a que de pronto tuvieron acceso a muchísima mano de obra forzada.[75] En cambio, los ambiciosos líderes locales de algunas regiones trataron de incrementar la cantidad de trabajadores forzados de los que disponían para poder ampliar sus proyectos industriales. Puede que los burócratas de los Urales tratasen de aumentar el número de kulaks precisamente porque necesitaban trabajadores para las minas y las plantas metalúrgicas de la zona, ya que todas ellas debían satisfacer las exigencias inalcanzables del plan quinquenal.[76]

A su debido tiempo, los kulaks se enfrentaron a la misma variedad de destinos que otros prisioneros del Gulag y otros soviéticos deportados. Algunos murieron de hambre y otros fueron asesinados como «enemigos» en el Gran Terror de 1937. Algunos permanecieron en las ciudades o en las zonas industriales a las que los habían deportado, integrándose sin problemas en la cultura soviética de la clase obrera. Otros acabaron en el Ejército Rojo y lucharon contra los nazis. Unos pocos reconocieron que la deportación los salvó de la hambruna de 1932 y 1933; en la década de 1980 un campesino ucraniano le contó a un historiador oral que había tenido suerte de que lo enviaran a Siberia, puesto que eso significó que, cuando la comida comenzó a escasear, pudo llevarse a su familia consigo.[77]

La mayoría de los kulaks jamás regresaron a sus aldeas. Se quedaron en Siberia o en el Donbás, abandonaron la agricultura y se integraron en la clase obrera. Así fue como la política estalinista consiguió eliminar a los granjeros más prósperos, más eficientes y más desafiantes de las zonas rurales soviéticas.

La deskulaquización fue la herramienta más espectacular de todas las que se utilizaron para imponer la revolución en las zonas rurales. Pero iba acompañada de un ataque ideológico igual de poderoso contra el «sistema» que supuestamente representaban los kulaks y que las granjas colectivas debían sustituir: la estructura económica de la aldea, así como el orden social y moral que representaban las iglesias, los sacerdotes y cualquier tipo de símbolos religiosos que hubiese en el lugar. La represión religiosa comenzó en 1917 y se prolongó hasta 1991, pero en Ucrania la violencia alcanzó su punto álgido durante la colectivización. No es casualidad que el decreto del Politburó de enero de 1930 sobre la colectivización también ordenara que se cerrasen las iglesias y se arrestase a los sacerdotes; los líderes soviéticos sabían que una revolución de la estructura económica y social de las zonas rurales también requería una revolución de sus costumbres, sus tradiciones y su moral.

El ataque contra la religión formó parte de la colectivización desde el principio. En toda Ucrania, las mismas brigadas que organizaban la colectivización también ordenaban a los campesinos que bajasen y destruyesen las campanas de las iglesias, que las fundiesen para obtener metal, que quemasen las posesiones de la Iglesia y que destrozasen los iconos.[78] Ridiculizaban a los sacerdotes y profanaban los lugares sagrados.

Olexánder Honcharenko describió a un agitador que «se puso el hábito del sacerdote, cogió un candelabro y comenzó a hacer payasadas por la iglesia, pateando el iconostasio».[79] Muchos testigos —de las provincias ucranianas de Odesa, Cherkasi y Zhitómir, entre otros lugares— seguían recordando esta profanación muchos años después, sobre todo el silencio de las campanas.[80] La esposa de un sacerdote, oriunda de la provincia de Poltava, relató el asalto contra el campanario de su aldea: «Cuando subió un hombre a quitar la campana y esta cayó al suelo y resonó, todo el mundo estalló en llanto. Todos lloraban y se despedían de la campana, porque aquella fue la última vez que sonó […]».

A continuación los *aktiv* también destrozaron los iconos de la iglesia. Más tarde arrestaron a su esposo, junto con varios otros sacerdotes. «Se lo llevaron y nos dejaron solos, mi hijo se quedó sin padre».[81] A otros sacerdotes los obligaron a abandonar sus parroquias. A muchos los deportaron junto con los kulaks o los obligaron a cambiar de trabajo. Algunos colgaron el hábito y se convirtieron en peones u obreros de la industria.[82]

El Estado hizo que la destrucción de los símbolos religiosos físicos y la represión de los sacerdotes se vieran acompañadas de una oleada de furiosa propaganda antirreligiosa y de ataques contra las costumbres religiosas y de los campesinos en general. En las escuelas rurales y urbanas se les decía a los niños que no creyesen en Dios. El Estado prohibió las fiestas tradicionales —la Navidad, la Pascua y el día de Todos los Santos— y las misas dominicales, y las sustituyó por celebraciones bolcheviques, como el Primero de Mayo y el aniversario de la revolución. También organizó conferencias ateas y mítines antirreligiosos. Todo el ciclo de la vida tradicional campesina —bautizos, bodas y funerales— se vio alterado. Las autoridades fomentaron las «uniones» en vez de los matrimonios, un estatus que se obtenía visitando el registro civil en vez de una iglesia, y sin ningún tipo de fiesta o celebración tradicional.[83]

En el transcurso de una década también se perdieron las tradiciones musicales. En épocas pasadas, los jóvenes solían reunirse en casa de alguien; las chicas solteras ayudaban tejiendo o bordando mientras los chicos cantaban y tocaban música. Esta tradición del *dósvitki* —«hasta el amanecer»— fue perdiéndose poco a poco, y lo mismo ocurrió con los bailes dominicales y otras reuniones musicales informales. En lugar de ello animaron a los jóvenes a reunirse en el Komsomol, y los conciertos formales sustituyeron a la creación musical espontánea de las aldeas.[84]

Al mismo tiempo la institución del *kobzar* —el bardo errante tradicional que tocaba la bandura, que había sido en otra época la esencia de la vida rural ucraniana— desapareció tan repentinamente que, durante mucho tiempo, muchas personas creyeron que los habían arrestado en masa. No existen evidencias documentales de ello (a pesar de que Dmitri Shostakóvich lo mencionó en sus memorias), pero tampoco es algo impensable. Aun así, incluso sin una aniquilación premeditada, los *kobzar* habrían tenido problemas con las leyes de pasaportes aprobadas en 1932, y después la hambruna habría acabado con muchos de ellos, ya que habrían tenido dificultades para acceder a las cartillas de racionamiento. Inevitablemente, también habrían llamado la atención de la policía. Muchas de sus canciones tradicionales narraban leyendas cosacas y tenían un trasfondo antirruso que tras la revolución devino antisoviético. En 1930 un ciudadano vigilante de Járkiv escribió indignado una carta al periódico local en la que afirmaba había oído en un mercadillo cómo un bardo recitaba coplas rimadas antileninistas y antisemitas, y que le había oído cantar una canción antisoviética:

El Invierno pregunta al Hielo
si el koljós tiene botas.
No hay botas sino solo sandalias,
el koljós se desintegrará.[85]

La canción (que rima en ucraniano) debía de ser popular, pues dos etnógrafos registraron que otro hombre, un *kobzar* ciego, cantó justo la misma en un mercadillo de Kremenchuk. Cuando la policía llegó para arrestarlo, cantó otro verso:

Vean, buenos hombres,
qué mundo ha llegado;
el policía se ha convertido
en una guía para el ciego. [86]

La aversión oficial al *kobzar* y la bandura no era algo sorprendente; al igual que los bufones de la época de Shakespeare, siempre habían expresado pensamientos e ideas impolíticas, y a veces cantaban sobre temas de los que no se podía hablar. En el ambiente caldeado de la colectivización, cuando todo el mundo andaba a la caza de enemigos, este tipo de humor —junto con la nostalgia y la emoción que la música folclórica evocaba en Ucrania— era inaceptable. Un coronel del Ejército Rojo destinado en Kiev se quejó de ello a un compañero.

> ¿Por qué será que cuando escucho un concierto de piano, uno de violín, una orquesta sinfónica o un coro, siempre noto que el público está escuchando educadamente? En cambio, cuando escuchan el coro femenino de banduras y empiezan a cantar las *dumi* [baladas épicas],

veo cómo los ojos de los soldados del Ejército Rojo se llenan de lágrimas. Esas banduras tienen un espíritu petliurista.[87]

La música folclórica inspiraba un apego emocional a Ucrania y traía a la mente recuerdos de la vida rural. No es de extrañar que el Estado soviético quisiera destruirlos.

El ataque conjunto contra los rituales de las iglesias y de las aldeas tenía una justificación ideológica. Los bolcheviques eran ateos comprometidos que creían que las iglesias eran una parte fundamental del antiguo régimen. También eran revolucionarios que querían destruir incuso el recuerdo de otro tipo de sociedad. Las iglesias —donde los aldeanos se habían congregado durante infinidad de décadas o siglos— seguían siendo un poderoso símbolo del vínculo entre el presente y el pasado. En la mayoría de las ciudades rusas y ucranianas, los bolcheviques habían saqueado las iglesias de inmediato; entre 1918 y 1930 cerraron más de diez mil en toda la Unión Soviética, convirtiéndolas en almacenes, cines, museos o garajes.[88] A principios de la década de 1930 quedaban pocas iglesias que funcionasen como lugares de culto. El hecho de que aún siguiesen existiendo en tantas aldeas era una de las razones de que los campesinos pareciesen sospechosos a los ojos de los habitantes de la ciudad, y especialmente a los ojos de los agitadores que se dirigían a las aldeas para encargarse de la colectivización.

Las iglesias también tenían una función social, sobre todo en las aldeas más pobres que apenas contaban con otras instituciones sociales. Ofrecían un lugar de reunión que el Estado no controlaba, y a veces se utilizaban como centros de oposición a este. Durante una serie de violentos levantamientos de campesinos en la provincia de Riazán, cerca de Moscú, las campanas de la iglesia habían servido como toque militar, para advertir a los labradores de que los brigadistas y los soldados de la capital habían llegado.[89] Las iglesias servían sobre todo como un paraguas institucional bajo el que la gente podía organizarse para cualquier proyecto solidario y social. Durante la hambruna de 1921 los sacerdotes y las instituciones eclesiásticas ucranianos habían ayudado a planificar la ayuda para aquellos que pasaban hambre.

Una vez desaparecidas las iglesias, ningún organismo independiente de las zonas rurales fue capaz de motivar u organizar a voluntarios.[90] Las instituciones estatales —las «casas de cultura», los registros civiles, las escuelas soviéticas— ocuparon el lugar de la iglesia en la vida cultural y educativa de la aldea, siempre bajo el control del Partido Comunista. Las iglesias fueron eliminadas para evitar que se convirtieran en focos de oposición, y a efectos prácticos su ausencia también supuso que no pudieran

ser una fuente de asistencia o consuelo cuando la gente comenzó a morir de hambre.

Ya se hubiesen unido a las granjas comunales por voluntad propia o porque los hubieran obligado, ya se hubieran unido a la campaña o se hubiesen opuesto a ella, la colectivización fue un punto sin posible vuelta atrás para los habitantes de la Unión Soviética rural. Los aldeanos que habían participado en actos violentos se encontraron con que era difícil volver al antiguo *statu quo*. Hubo actos imperdonables que destruyeron amistades duraderas y relaciones sociales. La actitud ante la aldea, el trabajo y la vida cambió para siempre. Petró Hrihorenko quedó sorprendido al descubrir, en un viaje que hizo en 1930 al campo, que sus antiguos vecinos, antaño tan trabajadores, habían perdido incluso el interés en cultivar y cosechar cereal.

> Arjánhelka, una enorme aldea de la estepa compuesta por más de dos mil granjas, estaba desolada durante el apogeo de la época de cosecha. Ocho hombres trabajaban con una trilladora durante un turno al día. El resto de los trabajadores —hombres, mujeres y jóvenes— se sentaban de brazos cruzados o se tumbaban a la sombra. Cuando trataba de entablar conversación, la gente respondía con lentitud y total indiferencia. Si les decía que el grano se estaba cayendo de las espigas de trigo y que se estaba echando a perder, me respondían: «Claro que se va a echar a perder». Debían de albergar unos sentimientos realmente fuertes para llegar al extremo de abandonar el grano en los campos.[91]

También cambiaron las relaciones familiares. Los padres, privados de sus posesiones, ya no podían legar tierras a sus hijos y perdieron toda autoridad. Antes de la colectivización era muy raro que los padres abandonasen a sus hijos, pero después de ello las madres y los padres solían ir a buscar trabajo a la ciudad y volvían con muy poca frecuencia, si es que lo hacían.[92] Al igual que en el resto de la Unión Soviética, a los niños se les enseñaba a denunciar a sus padres, y en la escuela les hacían preguntas sobre lo que sucedía en casa.[93] La tradicional autonomía de las aldeas también llegó de pronto a su fin. Antes de la colectivización, los hombres del lugar escogían a sus propios líderes; tras ella, se celebraban elecciones «absurdas» en que los candidatos daban discursos incitando a sus vecinos a unirse al gran proyecto soviético. Pero todos sabían que el resultado había sido decidido de antemano y que estaba garantizado por la omnipresente policía.[94]

Finalmente, y quizá lo más inquietante de todo, la colectivización hizo que los campesinos dependieran del Estado. Una vez establecidas las granjas colectivas, ninguno de sus integrantes tenía forma de obtener un sueldo. Los jefes de las granjas distribuían los productos alimentarios y otros bienes de acuerdo con la calidad y la cantidad del trabajo realizado. En teoría, se suponía que ese sistema incentivaría a los campesinos a trabajar. En la

práctica, también comportaba que los granjeros no tuviesen dinero para comprar alimentos, y tampoco dispusieran de movilidad. Cualquiera que se marchase sin permiso o se negase a trabajar podía perder su ración. Cuando les quitaron las vacas y las parcelas de los huertos, como sucedió durante el otoño y el invierno de 1932 y 1933, los campesinos se quedaron sin nada.[95]

Por sí misma, la colectivización no tendría por qué haber causado una hambruna del calibre de la acontecida en 1932 y 1933, pero los métodos empleados para colectivizar a los campesinos destruyeron tanto la estructura ética de las zonas rurales como su orden económico. Los valores tradicionales —el respeto por la propiedad, la dignidad y la vida humana— desaparecieron. En su lugar, los bolcheviques les inculcaron los rudimentos de una ideología que estaba a punto de volverse letal.

6
Levantamiento
1930

¡Camaradas! Les pido que defiendan su propiedad y la propiedad del pueblo. Prepárense para la primera y última llamada. Los ríos y los mares se secarán y el agua fluirá hasta el alto Kurgán, y la sangre fluirá en los arroyos y la tierra se elevará en altos torbellinos […]. Les pido que se defiendan los unos a los otros, no vayan a las granjas colectivas, no se crean los rumores […]. Camaradas, recuerden los tiempos pasados, cuando vivían en libertad, todos vivíamos bien, ricos y pobres; ahora vivimos todos mal.

Proclama anónima, 1930 [1]

Si no hubiésemos tomado de inmediato medidas contra los ataques a la línea del partido, habríamos sido testigos de una gran oleada de levantamientos de campesinos rebeldes, y los campesinos habrían asesinado a buena parte de nuestros funcionarios de bajo rango.

Memorándum secreto del Comité Central, 1930 [2]

Durante el invierno de 1929 a 1930, en tan solo unos pocos meses, el Estado soviético llevó a cabo una segunda revolución en las zonas rurales, que para muchos fue más profunda y más sorprendente que la propia Revolución de Octubre. Se destituyó, expropió, arrestó o deportó a líderes locales, granjeros competentes, sacerdotes y ancianos de las aldeas de toda la Unión Soviética. En algunas localidades toda la población se vio obligada a renunciar a sus tierras, su ganado y a veces sus hogares para unirse a las granjas colectivas. Destrozaron las iglesias, hicieron pedazos los iconos y rompieron las campanas.

El resultado fue una resistencia rápida, masiva, en ocasiones caótica y a menudo violenta. Pero, a decir verdad, no sería correcto afirmar que la

resistencia siguió a la colectivización, ya que varios tipos de resistencia acompañaron a cada una de las fases de la deskulaquización y la colectivización, desde las confiscaciones de cereal de 1928 hasta las deportaciones de 1930 y también en 1931 y 1932, hasta que el hambre y la represión hicieron finalmente que oponer más resistencia fuese imposible. Desde el principio, la oposición contribuyó a dar forma a la naturaleza de la colectivización; como los campesinos se negaban a cooperar, aumentó el enfado de los jóvenes e idealistas agitadores foráneos y el de sus aliados locales; endurecieron los métodos y la violencia que empleaban. La resistencia, sobre todo en Ucrania, también hizo sonar las señales de alarma en las altas esferas. Cualquiera que recordase el levantamiento de los campesinos de 1918 y 1919 tenía la sensación de que la rebelión de 1930 resultaba familiar y peligrosa.

La rebelión adoptó diferentes formas en sus diferentes fases. La negativa inicial de unirse a las granjas colectivas también fue una forma de resistencia. Numerosos campesinos ucranianos desconfiaban del Estado soviético contra el que habían luchado hacía tan solo diez años. Algunas partes de Ucrania aún se estaban recuperando de la hambruna y la escasez de alimentos de 1929, y como compartir la propiedad de las tierras no era lo tradicional, los campesinos tenían una buena razón para creer que los forasteros empeorarían las cosas en vez de mejorarlas. Los campesinos de toda la Unión Soviética sentían apego por sus vacas, sus caballos y sus aperos, que no querían entregar a una entidad que desconocían. Incluso en Rusia, donde las tierras de labranza comunales sí que formaban parte de la tradición, los campesinos recelaban de las granjas colectivas, pues tenían un futuro incierto y una organización desconocida. El Estado soviético ya había propuesto con anterioridad cambios de políticas acelerados, y en ocasiones los había anulado con la misma rapidez. Algunos recordaban que la desorganización de la guerra civil había llevado a la Nueva Política Económica, que había sido más «razonable», y supusieron que la colectivización no era más que otra moda soviética efímera que pronto caería en el olvido.

Los campesinos tenían asimismo razones para temer que, incluso si la aceptaban, luego podría venir algo peor. En su primer informe de 1930 a Moscú, Vsévolod Bálitski observó que a muchos campesinos de ingresos medios —granjeros que no eran kulaks pero tampoco eran demasiado pobres — se les había oído decir que «cuando acaben con los kulaks, también nos deskulaquizarán a nosotros».[3]

Una acción inmediata solía seguir con frecuencia al rechazo absoluto. Cuando se les ordenó entregar su ganado a granjas colectivas en las que no confiaban, los campesinos empezaron a sacrificar a sus vacas, cerdos, ovejas e incluso a sus caballos. Se comieron la carne, la conservaron en sal, la vendieron o la escondieron; cualquier cosa con tal de evitar que las granjas colectivas se hicieran con ella. De pronto en toda la Unión Soviética, en todos los distritos rurales, los mataderos comenzaron a trabajar a destajo. Mijaíl Shólojov hizo un famoso retrato ficticio de un baño de sangre animal:

> Tan pronto anochecía se oía el balido ahogado de una oveja, el gañido agónico de un cerdo degollado, el mugido breve de una ternera. Tanto los campesinos individuales, como los que habían entrado en el koljós, daban muerte a sus animales: bueyes, ovejas, cerdos, hasta vacas, no había piedad para ninguno. Se mataban incluso los animales reservados para la reproducción […] Los perros arrastraban los despojos por los caminos; los graneros y los cobertizos se llenaban de carne. […] «¡Matemos el ganado! Ya no es nuestro». «Matemos el ganado, de todos modos nos lo cogerán para el aprovisionamiento de carnes». «Matemos a nuestros animales, porque en el koljós no tendremos ni un bocado de carne que llevarnos a la boca».[4]

Esta forma tan visceral e instantánea de resistencia siguió hasta bien entrado el año siguiente e incluso más adelante. Entre 1928 y 1933 el número de vacas y caballos del país disminuyó hasta casi la mitad. De veintiséis millones de cerdos se pasó a doce millones. De ciento cuarenta y seis millones de ovejas y cabras, el total bajó hasta cincuenta millones.[5]

Aquellos que no mataron a sus animales los protegieron ferozmente. En una aldea, el OGPU vio a una muchedumbre tratando de propinar una paliza a un miembro del Komsomol que intentaba llevarse un caballo; en otra aldea un grupo de veinte mujeres armadas con garrotes asaltaron una granja colectiva para recuperar sus caballos, y en otra los campesinos quemaron un establo lleno de caballos, pues preferían ver cómo morían sus animales antes que aceptar que se los confiscasen.[6] Hubo campesinos a los que se les oyó afirmar que era «mejor destrozarlo todo» que dejar que las autoridades se quedasen con lo que era suyo.[7]

En unos pocos casos los campesinos simplemente soltaron a sus animales en las calles en vez de entregarlos. En el Cáucaso septentrional, en la aldea de Yekaterínovka, un campesino dejó pasear con libertad por las calles a su yegua castaña, con un cartel que decía «Quien quiera que la coja». Un informe sobre este incidente señaló con indignación que el animal desempeñaba el papel de un «agitador kulak»; la yegua llevaba «ya dos días recorriendo la aldea, provocando curiosidad, risas y miedo».[8]

La decisión de matar a los animales y la de resistirse a su confiscación fueron por completo personales; los campesinos temían perder sus riquezas, sus alimentos, todo su futuro. Pero las autoridades percibieron la matanza como un acto puramente político; era un «sabotaje» premeditado, motivado por la mentalidad contrarrevolucionaria, y castigaban a los saboteadores como correspondía. Un hombre mató a su vaca tras negarse a entregarla a la granja colectiva, y lo obligaron a desfilar por la aldea con la cabeza de la vaca muerta atada al cuello. Los líderes de la brigada local querían «enseñar a toda la aldea lo que puede ocurrir, lo que todos pueden esperar que suceda».[9] Si aún no habían sido incluidos en esa categoría, lo más común era que aquellos que mataban a su ganado fuesen catalogados como «kulaks», con todo lo que ello conllevaba: la pérdida de sus propiedades, el arresto y la deportación.

Como era de esperar, la demanda de semillas de cereal suscitó reacciones parecidas. El recuerdo de las confiscaciones, la escasez de alimentos y las hambrunas de la década anterior seguía teniendo fuerza. Una mujer, que en aquella época aún era una niña, recordaba el día en que su padre llegó de pronto a casa y la dejó encerrada. Ella se quedó mirando por la ventana y vio a una docena de personas, sobre todo mujeres, que corrían por su jardín hacia la estación de ferrocarril. Los vio regresar poco después, arrastrando sacos de grano. Más tarde, su padre le contó que los habitantes de las aldeas cercanas habían atacado los contenedores de cereal que había en la estación ferroviaria del pueblo —que contenían el grano de su propia cosecha— y habían empezado a llevarse su contenido. A pesar de que los guardias de seguridad de la localidad no consiguieron evitar que entrasen en la zona donde se almacenaba el grano, desde Poltava llegaron refuerzos policiales. Los caballos pisotearon a los «ladrones». Unos pocos consiguieron escapar con algo de cereal, pero la mayoría se marcharon con las manos vacías.[10] Era algo bastante común; en un informe sobre dieciséis distritos ucranianos, el OGPU mencionaba que los disturbios ocurridos tras la «colectivización» de las semillas de cereal habían causado la muerte de treinta y cinco personas de «nuestro bando», es decir, de policías y autoridades. Otros treinta y siete resultaron heridos y trescientos catorce fueron apaleados. En el bando contrario murieron veintiséis amotinados (a los que la policía describía como «contrarrevolucionarios»).[11]

Pero si bien la policía veía a los amotinados como agentes políticos en vez de como personas desesperadamente pobres que temían morir de hambre, también es cierto que los amotinados consideraban al Gobierno una fuerza hostil o algo aún peor. Para algunos, la política de la colectivización fue la

traición definitiva de la revolución, una prueba de que los bolcheviques pretendían imponer una «segunda servidumbre» y gobernar como los zares del siglo XIX. En 1919 un temor similar había ayudado a despertar los sentimientos antibolcheviques del levantamiento campesino. Ahora la gente expresaba con frecuencia esos miedos, hasta el punto de que el OGPU tuvo noticia de ellos a través de informantes. En el distrito ruso de Tierras Negras Central, las fuentes del OGPU oyeron decirle a un campesino que «los comunistas nos engañaron en la revolución, repartieron todas las tierras para que trabajásemos gratis en ellas y ahora se llevan hasta la última vaca». En la provincia del Volga Medio otro afirmó que «me dijeron "revolución" y no lo entendí, pero ahora comprendo que esa revolución significa quitárselo todo a los campesinos y dejarlos hambrientos y desnudos». Un campesino de Ucrania dijo que «nos meten en las granjas colectivas para que seamos esclavos para siempre».[12] Muchas décadas después, Mijaíl Gorbachov, el último secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética y nieto de kulaks, describió las granjas colectivas como una «servidumbre». El recuerdo de estas como una «segunda servidumbre» debía de estar muy arraigado si se mantuvo con vida durante tanto tiempo.[13]

Pero para algunos el régimen pronto pasó a ser mucho más que un simple enemigo terrenal. En el pasado, el miedo al apocalipsis y el vaticinio del fin del mundo se habían apoderado de vez en cuando de las zonas rurales rusas y ucranianas, donde los cultos religiosos y las prácticas mágicas estuvieron presentes durante siglos. La Revolución de 1917 desencadenó otra oleada de obsesión religiosa. Durante la década de 1920 fueron comunes las profecías aterradoras, los presagios y los milagros. A la provincia de Vorónezh llegaron grupos de peregrinos para ver árboles que florecían repentina e inesperadamente; consideraban que su «regeneración» simbolizaba un cambio que estaba por venir.[14] En Ucrania una muchedumbre se congregó para ver cómo un viejo icono cerca de Járkiv «cobraba vida», llenándose de forma y color.[15]

En 1929 y 1930 algunos campesinos soviéticos, horrorizados por los ataques contra las iglesias y los sacerdotes, volvieron a convencerse de que la Unión Soviética era el Anticristo y de que, por lo tanto, los directores de las granjas colectivas eran sus representantes. Los sacerdotes les contaban a sus feligreses que el Anticristo se estaba llevando su comida, o que intentaba destruirlos.[16] En consonancia con esas creencias, los campesinos rechazaron las granjas colectivas no solo por razones materiales o políticas, sino también por motivos espirituales; temían a la condena eterna. El Estado atacaba a la

Iglesia, así que los grupos de oración, los cánticos y las misas se convirtieron en una forma de oposición. Un funcionario local recordaba las palabras de un labrador ucraniano: «Si entra usted a formar parte de la granja colectiva le obligarán a trabajar los domingos, le pondrán el sello del Anticristo en la frente y los brazos. El reino del Anticristo ya ha comenzado, e incorporarse a la granja colectiva es un gran pecado. Lo dice la Biblia».[17] Este mismo espíritu también afectó a los miembros de la minoría católica de Ucrania; el obispo de la aldea étnicamente alemana de Kándel, Antonius Zerr, comenzó a ofrecer consejos e incluso a ordenar en secreto a sacerdotes, como desafío a las leyes contra la religión.[18]

Incitados a veces por la fe y en otras ocasiones por el enfado fruto del robo de sus pertenencias, los campesinos se volvieron más osados. En respuesta a las canciones propagandísticas soviéticas que habían oído una y otra vez —canciones con estribillos como «¡Nuestras cargas son ya más ligeras! ¡Nuestras vidas son ya más alegres!»—, comenzaron a escribir las suyas propias:

> *Oye, nuestra cosecha no sabe de límites ni medidas.*
> *Crece, madura e incluso se derrama sobre la Tierra,*
> *ilimitada sobre los campos […] mientras los pioneros que patrullan*
> *salen a vigilar las espigas de trigo que maduran.*[19]

Las canciones y los poemas de resistencia pasaron de aldea en aldea. Según un vecino de la provincia de Dnipropetrovsk, a veces incluso las imprimían y las encuadernaban en pequeños libros.[20] Las pintadas también fueron parte de la cultura de la resistencia; un campesino ucraniano recordaba más tarde las inscripciones que aparecían en las paredes de las casas, cosas como «Abajo Stalin», «Abajo los comunistas». Las limpiaban y al día siguiente volvían a aparecer. Al final, arrestaron a dos hombres por pertenecer a la «organización» que las había escrito.[21]

Las protestas también adoptaron la forma de la huida, no solo de las zonas rurales sino también de la propia Unión Soviética. Ya en enero de 1930 unos guardias apresaron a tres campesinos en la provincia de Kamianets-Podilski tratando de cruzar la frontera entre Ucrania y Polonia.[22] Un mes más tarde, un grupo de cuatrocientos campesinos de diversas aldeas se dirigieron hacia la frontera gritando «No queremos granjas colectivas, ¡nos vamos a Polonia!». En el camino atacaron y apalearon a cualquiera que se interpusiera en su camino, hasta que los guardias fronterizos les frenaron los pies. Al día siguiente otra muchedumbre del mismo grupo de aldeas se dirigió hacia la frontera, esta vez gritando que les pedirían ayuda a los polacos. A ellos

también los pararon los guardias, en esta ocasión a tan solo cuatrocientos metros de la frontera. La policía secreta también registró varios intentos de asaltar graneros cercanos a la frontera. Al parecer, los campesinos que vivían en las inmediaciones de la divisoria se habían sentido inspirados por la cercanía de la vida «normal» que llevaban sus vecinos del otro lado.[23]

Inevitablemente, estas protestas espontáneas, reuniones eclesiásticas y marchas a la frontera dieron paso a una violencia organizada. En toda la Unión Soviética —pero en una proporción significativamente mayor en Ucrania—, quienes sentían que estaban a punto de perder sus pertenencias e incluso sus vidas tomaron las riendas de su destino. Los archivos del OGPU atestiguan lo que sucedió después.

En la provincia de Sumi trece «kulaks» cogieron las armas que habían guardado desde la guerra civil, se adentraron en el bosque y se convirtieron en guerrilleros. Según el informe de la policía secreta, cerca de Bila Tserkva, en la provincia de Kiev, otro exguerrillero estaba organizando una banda armada. Pasha Anguélina, la tractorista que había estado tan encantada con la caída de sus vecinos kulaks, vivió esta violencia de primera mano:

> En el verano de 1929, cuando mi hermano Kostia, mi hermana Lelia y yo nos dirigíamos a la reunión del Komsomol en la aldea vecina de Novobésheve, alguien nos disparó con una escopeta recortada […]. Nunca olvidaré cómo corrimos, descalzos, por las hierbas espinosas, con el corazón desbocado por el miedo.[24]

El OGPU respondió de inmediato ante estos primeros «incidentes terroristas». El 6 de febrero de 1930, tan solo unos pocos meses después del inicio de la colectivización en noviembre, la policía secreta de la Unión Soviética ya había arrestado a 15.985 personas en todo el país por «actos contrarrevolucionarios» en las zonas rurales. Cerca de un tercio eran ucranianos. Entre el 12 y el 17 de febrero la policía secreta llevó a cabo otros dieciocho mil arrestos en todo el país. Los que acabaron encarcelados fueron acusados de planear revueltas armadas organizadas, de «reclutar» a rebeldes entre los campesinos pobres y medianos e incluso de buscar contactos entre los soldados campesinos del Ejército Rojo, con el objetivo de alejarlos del Gobierno y de convertirlos a la causa kulak.[25]

Ninguna de estas noticias bastó para convencer a Stalin de que abandonase la colectivización o de que se replantease si era una buena idea obligar a los campesinos a que se unieran a las granjas que tanto detestaban. La situación seguía pareciendo estar bajo control. Aun así, estos informes iniciales le preocuparon lo suficiente como para rebajar el tono de la retórica de la colectivización, con resultados inesperados.

«Los éxitos se nos suben a la cabeza». Ese era el título de un artículo que Stalin escribió y publicó en el *Pravda* el 2 de marzo de 1930. La frase podría perfectamente ser atribuida a Iósef Reingold, el chequista que en 1919 había utilizado la misma expresión para poner fin a la sangrienta represión de los cosacos del Don. Pero, quisiera o no aludir a dicho personaje, está claro que Stalin no trataba de ser irónico. «Los éxitos se nos suben a la cabeza» comenzaba con un extenso homenaje a los logros de la colectivización. Afirmaba que la política no solo estaba funcionando, sino que se estaba desarrollando mucho mejor y más deprisa de lo esperado. La Unión Soviética ya había «cumplido con creces» el plan quinquenal para la colectivización. «Hasta nuestros enemigos se ven obligados a reconocer que hemos conseguido éxitos importantes». En tan solo unas semanas las zonas rurales ya habían efectuado «un viraje radical […] hacia el socialismo». Se había conseguido una cantidad extraordinaria de cosas, tanto que a lo mejor era el momento de ralentizar el ritmo del cambio. Pero advirtió de que incluso un logro así de importante tenía inconvenientes.

> Tales éxitos inducen a veces a la presunción y a la fanfarronería […]. Estos éxitos embriagan muchas veces a la gente, que empieza a marearse con ellos, perdiendo el sentido de la medida y la capacidad de comprender la realidad […] los intentos aventureros de resolver en un santiamén todos los problemas de la edificación del socialismo […]. De ahí la tarea del partido: combatir enérgicamente esos estados de ánimo, peligrosos y perjudiciales para la causa, y limpiar de ellos al partido.**[26]**

En un alarde de hipocresía, Stalin recordaba a los cuadros que la colectivización debía ser «voluntaria». Se suponía que no hacía falta utilizar la fuerza. Era posible que no avanzase de manera uniforme; no todas las regiones se podrían colectivizar al mismo ritmo. A causa del gran entusiasmo, temía que se hubiesen olvidado esos principios. Se habían producido ciertos excesos.

Por supuesto, ni Stalin ni nadie más en Moscú se hizo responsable de esos «excesos», ni entonces ni más adelante. Tampoco proporcionó ningún detalle real. Naturalmente, no mencionaba los asesinatos y las palizas ni los niños desnudos abandonados en la nieve. Al contrario, Stalin culpaba de cualquier error a los miembros locales del partido, a los hombres y las mujeres de los escalafones inferiores de la jerarquía, a quienes «se les han subido los éxitos a la cabeza y han perdido por un instante la lucidez de espíritu y la clara visión de las cosas». Se burlaba de ellos por utilizar un lenguaje militar —que era, obviamente, un eco del suyo propio— y criticaba sus «estúpidos» intentos de

agrupar diferentes tipos de granjas. Incluso les llamaba la atención por haber eliminado las campanas de las iglesias. «¿A quién pueden favorecer esas deformaciones, esas imposiciones burocráticas por decreto del movimiento koljosiano, esas amenazas indignas contras los campesinos? ¡A nadie más que a nuestros enemigos!»[27]

¿Por qué escribió este artículo? Para cuando fue publicado, Stalin ya había leído los informes de la policía secreta sobre el levantamiento, la resistencia y los ataques armados contra los miembros del partido. Es posible que también supiera que al menos algunos de los líderes del Partido Comunista tanto en Rusia como en Ucrania no estaban convencidos de la política. A pesar de que estas críticas no se expresaron con libertad hasta unos meses después, es probable que Stalin ya pudiese vaticinar la reacción negativa que se le podía venir encima tras una campaña de colectivización fallida o caótica, así que buscó a alguien a quien culpar. Los funcionarios de rango inferior del partido —los dirigentes locales, los jefes de las aldeas— eran el blanco perfecto; se encontraban lejos, eran anónimos y no tenían poder. La carta exoneraba a Stalin de la responsabilidad de lo que era, sin lugar a dudas, una política desastrosa, y la hacía recaer en un grupo social situado a gran distancia de Moscú.

Aparentemente, el artículo también era conciliador, ya que Stalin parecía querer poner fin, al menos de manera temporal, a los peores excesos de su política. Tras su publicación se hicieron algunas concesiones sinceras; por ejemplo, el Comité Central decidió permitir que los campesinos se quedasen con una vaca, algunas aves de corral y sus huertos.[28] Pero si el objetivo de estos gestos era frenar el levantamiento, tuvieron el efecto contrario. En vez de apaciguar a los campesinos, «Los éxitos se nos suben a la cabeza» desencadenó una nueva oleada de rebeliones, un gran despliegue de resistencia tanto armada como pacífica. Un funcionario llamó a este movimiento «Fiebre de marzo», pero se trataba de una expresión engañosa; implica que la oleada de protestas fue una enfermedad breve, o a lo mejor una forma de locura pasajera. Lo que comenzó a ocurrir fue, en realidad, algo mucho más profundo. «Lo que el Estado tildó de fiebre —escribió Lynne Viola— fue en realidad un enorme levantamiento campesino, con causas y contenidos razonados».[29]

Tuvo un efecto inmediato. En toda la Unión Soviética, los funcionarios del partido leyeron y debatieron el artículo de Stalin en reuniones y también entre ellos. En la aldea de Miron Dolot, como en muchas otras, un activista local se lo leyó en voz alta a los vecinos. Mientras explicaba que había habido

fallos, que se habían cometido equivocaciones y que los miembros del partido habían incurrido en grandes errores de cálculo, «la multitud reunida estaba completamente inerte». El activista pasó después a añadir su propio punto de vista: los judíos del partido tenían la culpa, no el propio partido. Esta explicación los eximía a él y a sus camaradas de toda responsabilidad. «Lo que sucedió después —escribió Dolot— fue una revuelta espontánea». «¡Fuera de aquí!», gritó un hombre. «¡Estamos hartos de vosotros! —le gritó otro—. ¡Nos habéis engañado! ¡Vamos a sacar nuestros caballos y vacas de esa asquerosa granja colectiva antes de que sea demasiado tarde!» Sin ningún tipo de orden, los aldeanos corrieron a recuperar su ganado, tropezándose los unos con los otros en la oscuridad. Dispararon a unos veinte campesinos en medio del caos.[30]

En los días siguientes hubo revueltas parecidas en todo el país, y en unos pocos lugares alcanzaron incluso un nivel superior de sofisticación. Los primeros indicios de oposición organizada que tanto habían preocupado a Bálitski en enero se convirtieron en un movimiento real en marzo, abril y mayo. Las revueltas pronto empezaron a estar organizadas —a veces muy bien organizadas— y adquirieron un carácter político mucho más obvio. En la primavera de 1930 hombres y mujeres de toda la Unión Soviética, pero sobre todo y en mayor número de Ucrania, atacaron, apalearon y asesinaron a activistas. Organizaron asaltos a almacenes y graneros. Rompieron cerraduras, robaron cereal y otros alimentos, y los distribuyeron por las aldeas. Incendiaron propiedades colectivas y soviéticas. Atacaron a «colaboracionistas». En una aldea, aquellos que «no estaban satisfechos con el régimen […] quemaron las casas de los activistas [de las granjas colectivas]».[31] El agitador que se había puesto «el hábito del sacerdote» y que había pisoteado el iconostasio apareció muerto en una cuneta al día siguiente.[32]

Las víctimas no eran objeto de mucha compasión. Un hombre que había sido miembro de una banda sinfónica local recordaba que le pidieron tocar en los funerales de los «veinticinco mil» que habían muerto a manos de los campesinos. «Para nosotros era un acontecimiento feliz porque, cada vez que mataban a alguien, nos llevaban a la aldea, nos daban de comer y luego tocábamos en el funeral. Y siempre estábamos deseando que llegase el siguiente funeral, porque significaba que tendríamos comida».[33]

Algunas de las protestas más airadas fueron las llamadas *babski bunti*, un término que literalmente se traduce como «revueltas» o «levantamientos de mujeres», aunque la palabra *baba* no hace referencia a una simple mujer sino

a una campesina, e implica algo tosco e irracional. Las mujeres del país ya habían organizado protestas con anterioridad, en 1927 y 1928, pero aquellas revueltas se habían centrado en la escasez de alimentos y no en asuntos políticos. Como escribió un policía secreto sobre aquellos levantamientos: «En esa época, las manifestaciones en las que participaban mujeres no tenían, por regla general, ningún tipo de naturaleza antisoviética; eran muchedumbres o grupos de mujeres que se reunían en organizaciones estatales y cooperativas para exigir pan».[34]

En la primavera de 1930, esas incipientes demandas de pan se convirtieron en ataques igual de rudimentarios contra los hombres que lo habían confiscado. Hubo grupos de mujeres que asaltaron a activistas, funcionarios soviéticos y dignatarios que visitaban las aldeas para pedirles que les devolviesen sus posesiones. Gritaban y coreaban, cantaban canciones y proferían amenazas. Otras se tomaron la justicia por su mano. Una niña de una aldea ucraniana vio cómo su madre, junto con otras «mujeres hambrientas», rompía las cerraduras del almacén de la granja colectiva y se llevaba el grano guardado allí; los funcionarios locales, intimidados por el grupo, llamaron a los funcionarios provinciales del partido y a los miembros del Komsomol para que los ayudasen a arrestar a las mujeres y recuperar el cereal. Pasaron dos semanas en la cárcel.[35] En otra aldea de Ucrania un chico vio cómo los activistas iban de casa en casa exigiendo las pertenencias de los moradores en nombre de la granja colectiva. En respuesta, un grupo de mujeres asaltaron la granja y reclamaron que se les devolviese todo. «Una mujer coge su arado; la otra, su caballo; una tercera, su vaca». Entonces los soldados, o puede que los efectivos de la policía secreta —el autor no lo tiene claro—, «llegaron y ahuyentaron a todas estas mujeres […] todo lo que había sido confiscado, las herramientas agrícolas y los caballos, volvió a pertenecer a la granja colectiva».[36] A principios de marzo de 1930 unas quinientas mujeres de etnia alemana, procedentes de tres aldeas diferentes, se pasaron una semana manifestándose, exigiendo que las granjas colectivas les devolviesen sus pertenencias y evitando que estas funcionasen con normalidad.[37]

En ocasiones llegaban incluso más lejos. El propio OGPU registró un incidente en la provincia ucraniana de Mariúpol, que se inició cuando una «muchedumbre» de unas trescientas mujeres apareció en el consejo municipal y exigió la llave de la iglesia, que se había convertido en un edificio administrativo. Las mujeres empezaron a gritar que Naúmenko, el jefe del sóviet municipal, había echado abajo la puerta de la casa de un miembro del

consejo eclesiástico. En cuanto éste negó haberlo hecho, «las mujeres lo sentaron en un carro (*tachanka*) y se lo llevaron a la fuerza a casa de aquel hombre, donde quedó claro que ya había estado ahí. El grupo decidió someterlo a un juicio improvisado».

Las mujeres obligaron a Naúmenko a firmar un documento en virtud del cual prometía liberar al clérigo, y luego trataron de arrestar a un funcionario local del partido, Filomínov. Se burlaron públicamente de los dos, les escupieron a los ojos y al rostro, y llamaron a los funcionarios comunistas «bandidos, ladrones y guardias blancos». Solo quedaron en libertad tras la intervención del OGPU. Después de eso, hubo grupos de gente armada con palos y garrotes que siguieron reuniéndose durante varios días frente a los edificios administrativos, exigiendo que se les devolviese lo que era suyo. Al final el levantamiento fue sofocado y se «apaciguó» a los campesinos, pero nadie creía que el Estado soviético se hubiese congraciado con ellos.**[38]**

Hubo muchos más incidentes parecidos. A finales de marzo de ese mismo año el OGPU había registrado dos mil protestas «masivas», la mayoría exclusivamente femeninas, tan solo en Ucrania.**[39]** En el verano de 1930, en el Congreso del Partido Comunista de Ucrania, varios oradores mencionaron el problema. Kaganóvich, que ya no era el líder del partido pero seguía muy interesado en los asuntos ucranianos, afirmó que las mujeres habían desempeñado el «papel más "importante" en la reacción contra la granja colectiva».**[40]** Como era de esperar, el OGPU explicó este fenómeno como una prueba de la influencia que el «elemento kulak antisoviético» había ejercido sobre sus ignorantes mujeres e hijas. El problema se solucionaría sin duda redoblando la propaganda y el activismo entre las mujeres campesinas. **[41]**

El OGPU también sospechaba que las mujeres protestaban justo porque sabían que había menos posibilidades de que las arrestasen. Quizá fuese verdad; incluso sin traer a los hombres, ellas podían atacar a los funcionarios —y hasta agredirlos físicamente— sin tanto temor a las represalias. Las protestas de las mujeres ofrecían asimismo una razón «legítima» para que los hombres participasen en ellas; si llegaban los activistas para pelear contra las mujeres, entonces los hombres de la aldea salían a protegerlas con la excusa de que defendían el honor de sus esposas, madres e hijas.

No todos necesitaban tener un pretexto. En la historia reciente muchos hombres ucranianos habían tomado las armas contra los gobernantes a los que odiaban. Tal y como habían hecho durante la guerra civil, algunos comenzaron a organizarse en unidades guerrilleras. Uno recordaba que «por

la noche se oían disparos de fusil. Había grupos de partisanos que actuaban fuera de los bosques. Fue una revuelta campesina típica. Destruyeron el sóviet municipal, y los líderes que no huían corrían el riesgo de ser asesinados».[42] Varios comunistas locales no llegaron a escapar y fueron asesinados de inmediato.

La violencia era real y generalizada. Los documentos soviéticos de 1930 registran 13.794 «incidentes de terror» y 13.754 «protestas masivas», la mayoría de ellos en Ucrania y, en opinión del OGPU, causados por la colectivización y la deskulaquización.[43] Los archivos locales de la policía secreta ucraniana son más emotivos y concretos al referirse a los levantamientos sucedidos en su territorio. A pesar de los intentos previos de confiscar armas, observaron que los campesinos aún conservaban algunas; tenían escopetas y fusiles guardados desde la guerra civil, y también picas y bastones. En la primavera de 1930 empezaron a utilizarlas de nuevo de manera coordinada. Bálitski no tenía dudas de que lo que estaba presenciando era el mismo tipo de «actividad antisoviética» que había tenido lugar en el pasado. «Los activistas kulaks contrarrevolucionarios no han abandonado su lucha —afirmó—, sino que más bien están reforzando su posición». Entre el 20 de enero y el 9 de febrero sus hombres arrestaron a 11.865 personas, entre ellas a miembros de «organizaciones y grupos contrarrevolucionarios» y también a quienes pudieran convertirse en «ideólogos» de la revolución. Cualquiera que tuviese vínculos con el extranjero —sobre todo con Polonia— era sospechoso, ya que podía recibir «ayuda activa» desde allí. Asimismo, la policía secreta se centró en aquellos que utilizasen cualquier eslogan que sonase a «chovinismo ucraniano» o a «petliurismo», e identificó tres importantes grupos de ese tipo de activistas en las provincias de Dnipropetrovsk, Járkiv y Kremenchuk, donde había habido importantes combates durante la guerra civil.[44]

Hacia mediados de marzo la situación había empeorado. El 9 de ese mes Bálitski informó de «grandes alzamientos» en dieciséis distritos de Ucrania. La mayoría habían sido «apaciguados» para cuando redactó el informe, pero en el distrito de Shepetivka, en la parte occidental del país, «elementos criminales y antisoviéticos», algunos en grupos de hasta trescientas o quinientas personas, se habían armado con recortadas, escopetas de caza y hachas. Los campesinos del lugar llevaban luchando desde febrero, cuando el propio Bálitski llegó al distrito. Siguiendo sus órdenes, el OGPU había enviado unidades de caballería armadas con ametralladoras y con el apoyo de guardias fronterizos y paramilitares.[45] Bálitski afirmó que el OGPU había

disuelto la banda, pero los rebeldes habían matado al líder del Komsomol y retenían a otros dirigentes comunistas como rehenes, y él temía que se hubiesen puesto en contacto con otro grupo armado de un distrito cercano.[46] Solo unas pocas semanas después de la publicación de «Los éxitos se nos suben a la cabeza», parecía que el levantamiento estaba a punto de quedar fuera de control.

Al leer los materiales de archivo de los levantamientos de 1930, separar los hechos de la ficción no siempre es tarea fácil. ¿Hasta qué punto estaba bien organizada la disidencia? ¿Cuántas conspiraciones se inventó la policía secreta donde no había nada? ¿En qué medida «encontraban» los movimientos nacionalistas que estaban buscando? ¿Hasta qué punto se inventaron un problema que luego aseguraban haber solucionado? Al fin y al cabo, el OGPU se había inventado la SVU, que era falsa, tan solo un año antes. Unos años más tarde, los policías secretos soviéticos formularon cientos de miles de acusaciones falsas durante el Gran Terror de 1937 y 1938.

En ocasiones, los informes archivísticos sobre del levantamiento de 1930 parecen adornados a propósito, como si el OGPU intentase demostrarle a Moscú que acataba sus órdenes al pie de la letra. En febrero de 1930, por ejemplo, el OGPU ejecutó en toda la Unión Soviética una operación contra «elementos contrarrevolucionarios kulaks de la Guardia Blanca y bandidos», arrestando otra vez a un número más elevado de personas en Ucrania, donde identificaron setenta y ocho células independientes de «activistas antisoviéticos». Entre las más importantes se encontraba la «Petliurivska», pues se creía que estos bandidos habían estado organizando un levantamiento armado en el distrito de Kremenchuk, en el centro de Ucrania, que iba a estallar en la primavera de ese mismo año. Identificaron al líder, «Mankó» —un nombre sospechosamente parecido a «Majnó»—, como un «exoficial de Petliura» que había entrado en Ucrania de forma ilegal, cruzando la frontera polaca en 1924.

El informe sobre la operación citaba a Mankó: «Cuando las autoridades del Estado lleven a cabo la colectivización, su influencia sobre las masas quedará garantizada, sus ojos estarán en todas partes y, por consiguiente, será difícil acercarse a ellos y nuestros esfuerzos organizativos acabarán fracasando». También dijo que su grupo había «establecido como objetivo la creación de una Ucrania independiente basada en el derecho a la posesión privada de tierras» y la defensa de los cosacos como clase. En teoría, Mankó

pretendía atacar la ciudad de Kremenchuk creando incendios fuera de la ciudad y haciéndose con el control de la estación ferroviaria y la oficina de telégrafos.[47]

Se creía que había otros grupos con objetivos parecidos. Se decía que algunos tenían vínculos entre sí, y otros eran sospechosos de propagar la desafección dentro del Ejército Rojo. En los distritos occidentales de Ucrania, otro grupo había creado una organización «kulakpetliurista» que presuntamente estaba llevando a cabo una «agitación contrarrevolucionaria» y que también estaba difundiendo «rumores provocadores». El mismo informe registró el arresto en el Cáucaso septentrional de cuatrocientos veinte miembros de «organizaciones y grupos contrarrevolucionarios» en un periodo de tan solo cinco días, así como arrestos en las regiones del Volga.[48] El propio Bálitski consignó su visita al distrito de Tulchín en la primavera de 1930, donde se encontró con rebeldes armados, trincheras que rodeaban las aldeas y campesinos que gritaban «abajo los soviéticos» y cantaban «Ucrania aún no ha muerto», el himno de la República Popular Ucraniana en la época de la Rada Central.[49]

El tono de estos informes puede parecer exagerado e histriónico. Sin embargo, tanto las pruebas documentales como las autobiográficas demuestran que no todos esos movimientos eran inventados. Había auténtica violencia, bien organizada y de carácter nacionalista. En varios lugares fue una violencia armada y contagiosa, que se extendía de aldea en aldea a medida que las acciones y los eslóganes de los campesinos iban dando confianza a sus vecinos.

A mediados de marzo de 1930, por ejemplo, una serie de aldeas del distrito de Tulchín organizaron protestas, una tras otra. Los informes archivísticos lo dejan claro: los campesinos gritaban «¡No queremos líderes que roban a los campesinos!» y «¡Abajo los comunistas, que llevan el país al desastre!». Incluso cuando no mataban a las autoridades locales, los destituían de su cargo. En trescientas cuarenta y tres aldeas, los campesinos eligieron a sus propios «starostas», ancianos que tradicionalmente habían desempeñado el papel de líder, y se negaron a cooperar con los comunistas.[50] En varios lugares también despidieron a los maestros soviéticos, prohibieron las cooperativas y anunciaron el regreso del libre comercio. Algunos campesinos comenzaron a hablar de organizar una resistencia armada, y unos pocos repartieron panfletos que, según la sombría descripción del OGPU, tenían «un carácter antisoviético». Quienes participaban en una asamblea pidieron que a los kulaks se les devolviesen sus propiedades y que se erradicasen las granjas

colectivas. Según se dice, los rebeldes cantaban con frecuencia el himno nacional. La victoria de Tulchín fue efímera; el OGPU culpó a los «petliuristas» y exigió que se tomasen «medidas operativas». Más tarde, la provincia fue dividida en diferentes sectores, y a cada uno se le asignó una unidad armada de caballería del OGPU.[51] Bálitski le dijo a un compañero que el propio Stalin le había indicado que debía «actuar con decisión en vez de dedicarse a dar discursos».[52]

En varios lugares los levantamientos no solo fueron verdaderamente políticos, sino que también estaban dirigidos por personas que habían desempeñado algún papel en las revueltas de campesinos, en el movimiento nacional o en la guerra civil. Ese fue el caso de Pavlohrad, un distrito de la provincia de Dnipropetrovsk, en el este de Ucrania, donde la insurrección armada ha sido documentada de manera exhaustiva.[53] Incluso antes de los levantamientos de la Fiebre de marzo, las autoridades esperaban que hubiese violencia en el propio Pavlohrad, fundado en origen como base cosaca. En el siglo XIX, una de las aldeas del distrito había participado en una revuelta contra la aristocracia local, y en 1919 varios de los habitantes habían apoyado a Majnó.[54] Previendo la violencia que estallaría tras la colectivización, en febrero de 1930 la policía local arrestó a setenta y nueve personas y ejecutó a veintiuna de ellas por fraguar un levantamiento.

Aun así, después de esos sucesos, varios líderes del distrito con experiencia militar seguían dispuestos a oponer resistencia. En marzo, Kirilo Shopin, un exsoldado del ejército del *hetman* Skoropadski, escapó de su arresto y comenzó a viajar por la región. Fue de aldea en aldea alentando a los campesinos a que se rebelaran. Algunos de los que acabaron uniéndose a él habían luchado a las órdenes de Petliura o de Majnó.

Los esfuerzos de Shopin dieron fruto a principios de abril, cuando representantes de toda la región se reunieron en Bohdanivka y comenzaron a organizar un alzamiento. Varios de los presentes habían perdido sus posesiones durante la colectivización, y estaban motivados en parte por la creencia de que podrían recuperarlas. Pero también tenían objetivos políticos, y utilizaron eslóganes que lo dejaban claro: «Abajo el poder soviético» y «Luchemos por una libertad diferente». Tras la primera reunión grupal se formaron unidades rebeldes, de manera bastante caótica, en las zonas rurales cercanas. El 4 de abril muchos de sus miembros comenzaron a llegar a Osadchi, un pequeño poblado cerca de Bohdanivka, con la esperanza de unirse al levantamiento y de que les entregasen armas.

Se tomaron precauciones; los rebeldes acordaron que, si el alzamiento fracasaba, todo aquel que se hubiera unido debía decir que lo habían obligado a participar. Los líderes intentaron ponerse en contacto con los soldados de la milicia del distrito de Pavlohrad, con la esperanza de que también se unieran a ellos. Trazaron un plan: marcharían hasta Pavlohrad, reunirían armas, las utilizarían para atacar Dnipropetrovsk y luego se apoderarían del resto de Ucrania. Según los archivos —los interrogatorios, las investigaciones, las memorias, los informes redactados más tarde—, parece claro que quienes participaron en el levantamiento de Pavlohrad estaban convencidos de que podrían salir victoriosos. Comentaban entre sí que en toda Ucrania los campesinos maltratados se alzarían y se unirían a ellos.

El 5 de abril comenzaron su insurrección en Osadchi, donde asesinaron a los activistas del sóviet y del partido, y luego avanzaron con rapidez hacia las aldeas vecinas, en las que reclutaron a más gente. Al mediodía, al llegar a Bohdanivka, hicieron sonar las campanas de la iglesia, tomaron el control de un puente estratégico y empezaron a luchar contra la milicia local. En el transcurso del día, los insurgentes mataron a varias docenas de personalidades del Gobierno, entre ellos a miembros del partido y del Komsomol, consejeros municipales y otros. Cuando el día estaba llegando a su fin, consiguieron cortar las líneas telefónicas, pero ya era demasiado tarde; el líder del consejo municipal ya había enviado un telegrama a Pavlohrad pidiendo ayuda.

La milicia del distrito, que no había aceptado la invitación de unirse a los rebeldes, llegó al anochecer. Los campesinos insurrectos retrocedieron, pero mientras tanto otro grupo de insurgentes había tomado el consejo municipal y los edificios del partido de una aldea cercana, Ternivka. Finalmente, el 6 de abril una unidad armada del OGPU llegó a Bohdanivka procedente de Dnipropetrovsk; eran doscientos hombres, cincuenta y ocho de ellos a caballo. Bálitski ya les había dado órdenes explícitas y había utilizado el lenguaje más agresivo que le había sido posible: «Aniquilad a esas bandas contrarrevolucionarias».

Al final, la lucha no duró más de dos días. A pesar de haber asesinado a varios funcionarios, el ejército campesino no tenía ninguna posibilidad de salir victorioso. Los líderes, en su mayoría analfabetos, carecían de comunicaciones, logística y armas suficientes. Los derrotaron sin dificultad, los arrestaron y los mataron. Murieron trece de ellos, e hirieron de gravedad a unos cuantos.

Detuvieron a más de trescientos, y doscientos diez de ellos fueron condenados tras un juicio que, a diferencia del de la SVU, fue a puerta

cerrada; el partido no podía arriesgarse a escenificar una farsa judicial para enjuiciar un levantamiento real. No era tan fácil manipular a los testigos y no se podía relatar lo sucedido de manera que escondiese lo acontecido en realidad: que campesinos pobres, dirigidos por hombres con una verdadera experiencia militar, habían tomado las armas contra el Estado. Tampoco podía permitir que los supervivientes contasen la historia. El 20 de mayo ejecutaron a veintisiete de ellos.

El levantamiento de Pavlohrad fue especialmente violento, pero no el único. En marzo el OGPU también se había visto sorprendido por una revuelta en la provincia de Kriví Rih, en el este de Ucrania, una región con un índice de colectivización «que rozaba el ciento por ciento» y que se consideraba sumisa. A pesar de que los arrestos y las deportaciones se habían visto «acompañados de ciertos fenómenos negativos», según un informe del OGPU, los campesinos más pobres y de ingresos medios habían apoyado con entusiasmo la deskulaquización.

Pero tras las órdenes de confiscar el cereal antes de la época de siembra de la primavera, hubo un «cambio en el estado de ánimo». A un campesino del lugar se le oyó decir que la recolección de semillas conllevaba que «se llevarán todo el pan de Ucrania y nos dejarán sin nada». En otra aldea alguien manifestó su miedo a que «nos vayan a quitar lo que nos queda de grano y vayan a dejar que los campesinos nos muramos de hambre». Tras la publicación de «El éxito se nos sube a la cabeza», los hombres del OGPU atribuyeron el estado de ánimo enrarecido al excesivo entusiasmo de los funcionarios de Kriví Rih, que habían presionado a los campesinos que no eran kulaks. Presuntamente, unos cuantos funcionarios habían confiscado algunas «piezas de ropa sucia» a un campesino pobre y le habían exigido leche y manteca para su brigada; otros habían echado abajo las puertas de las cabañas, habían desnudado a los campesinos que vivían en ellas y los habían echado a la calle. Ante ello, un grupo de mujeres rodearon a un activista local del partido y le gritaron que Stalin había dicho que las granjas colectivas debían organizarse «de manera voluntaria». Otros cursaron peticiones para exigir que les devolvieran sus tierras o se dirigieron de manera apresurada a las granjas colectivas para recuperar sus aperos y su ganado.

Algunas demandas fueron más lejos. El OGPU informó de que «bajo la influencia de la agitación antisoviética y kulak» los campesinos de la aldea de Shiroke plantearon una serie de «exigencias políticas contrarrevolucionarias». Finalmente, el 14 de marzo un grupo de quinientos hombres y mujeres rodearon las oficinas gubernamentales locales exigiendo la devolución de las

semillas, la disolución del Komsomol, la restitución de las propiedades que les habían confiscado o que se habían visto obligados a «donar» a la granja colectiva, y el reembolso de las multas en efectivo que habían pagado a las autoridades locales.[55]

Una vez más, el material de archivo deja claro que todos estos levantamientos de Tulchín, Pavlohrad, Kriví Rih y demás lugares fueron reales. Representaban una reacción organizada ante una política profundamente odiada y ante la violencia que se había empleado para imponerla; como era de esperar, algunos de los que lideraron los alzamientos eran vecinos que se habían opuesto desde el principio al Gobierno soviético.

Con todo, aunque los levantamientos fuesen reales, la explicación que el OGPU ofrecía sobre su origen e influencia resulta más difícil de creer. Los policías secretos de la Unión Soviética de Stalin no podían decirles a sus superiores que su política estaba fracasando, ni que había ciudadanos soviéticos honrados que se oponían a ella por razones lógicas. En cambio, debían insinuar que la influencia de los enemigos de clase y de los extranjeros existía de verdad, inventando o exagerando los vínculos y los contactos. Por ejemplo, un informe sobre Kriví Rih atribuía toda la violencia a «elementos antisoviéticos, kulaks y familiares de kulaks»: Karpuk, un «refugiado de Polonia», Lisohor, el hermano de un kulak exiliado, y Krasulia, un fabricante de botas que por lo tanto poseía algunos bienes.[56] Todas las personas mencionadas pertenecían a las categorías sospechosas: gente con relaciones en el extranjero, con familiares que habían sido arrestados y con bienes.

Una y otra vez los funcionarios trataron también de buscar en la historia de la provincia una explicación a la gran intensidad de la rebelión, para lo cual se centraron sobre todo en los levantamientos de 1918-1920. En un momento dado, el OGPU encomendó a un grupo de funcionarios la tarea de trabajar en varios distritos, y mencionó la «gran relevancia política que revisten las zonas fronterizas y el pasado histórico de dichas regiones». Entre estos distritos se encontraban el de Volinia, Berdíchiv, Moguiliov, Vínnitsia, Kamianets y Odesa, todos ellos lugares donde se habían producido grandes batallas en la década anterior.[57] En otro documento Bálitski registró que debían tener especial cuidado en cierta región porque era el territorio del «grupo de Zabolotni», una de las unidades partisanas de la guerra civil.[58]

Esta obsesión con el pasado no se circunscribía a Ucrania. Alcanzó el Cáucaso septentrional, donde las autoridades soviéticas también atribuyeron la resistencia violenta contra la colectivización a la influencia de los nacionalistas cosacos y ucranianos, y llegó asimismo a Siberia y los Urales,

donde la policía secreta se centró en los «antiguos oficiales de la Guardia Blanca». Del mismo modo, la violenta resistencia que hubo contra la colectivización en Asia central, Kazajistán, Tartaristán y Baskiria fue interpretada como una reacción antisoviética y contrarrevolucionaria, no sin razón. A la región centroasiática de Ferganá llegaron efectivos del Ejército Rojo para sofocar el movimiento rebelde de los basmachí. Aunque unos años antes ya había sido reprimido, el movimiento volvió a cobrar vida debido al enfado causado por la colectivización. Las repúblicas autónomas caucásicas de Chechenia y Daguestán también vivieron fuertes conflictos tras el proceso. **[59]**

Pero la fuerza del nacionalismo en las ciudades ucranianas hizo que la furia de las zonas rurales se volviese más peligrosa. En 1930 los analistas del OGPU volvieron una y otra vez al tema de las relaciones entre la ciudad y el campo, y a los vínculos entre los intelectuales y los campesinos ya augurados en 1929. Algunos de estos nexos quizá fueran reales, mientras que otros eran claramente una invención. El 21 de marzo Bálitski envió un informe a Stanislav Kosior, el secretario general del Partido Comunista de Ucrania, y a Yagoda, que ahora ejercía como jefe del OGPU; había descubierto un vínculo entre los líderes del alzamiento de una aldea de Vínnitsia y la SVU. Presuntamente, un rebelde del lugar había declarado que «tras la aniquilación de la SVU es necesario trabajar utilizando otros métodos, incitando a las masas ignorantes a que se subleven». En los días siguientes se «descubrió» a otros miembros de la organización en Vínnitsia. Bálitski se sentía orgulloso de haber dado con ellos y hasta de haber vaticinado la influencia de la SVU, una organización que él mismo se había inventado. Escribió que esas células «confirman los fuertes vínculos de la SVU con los cuadros activos de la contrarrevolución rural y las esperanzas de aquella de que se produjera un levantamiento en 1930 y 1931». Se felicitó a sí mismo: «[…] la eliminación a tiempo de la SVU fue la única razón de que las facciones de la organización acabaran desorganizadas, viéndose obligados a actuar con miedo y con riesgo personal». A lo mejor así fue como Bálitski sorteó las críticas por no haber conseguido poner coto a los levantamientos rurales; aseguraba que, de no haber eliminado de Ucrania la inexistente SVU, las revueltas podrían haber sido peores.**[60]**

Durante los meses siguientes la policía siguió adelante con la búsqueda de nuevas conspiraciones que no hubiesen salido a la luz. Incluso después de haber detenido a toda la SVU, el OGPU seguía vaticinando un «fortalecimiento de los vínculos entre los elementos contrarrevolucionarios de la ciudad y las zonas rurales», y aseguraba que una amplia variedad de

organizaciones agrarias tenían sus sedes centrales en pueblos. Se suponía que los contrarrevolucionarios de las ciudades estaban deambulando por toda Ucrania y que en las provincias occidentales de la república «una serie de grupos contrarrevolucionarios (sobre todo petliuristas) ya eliminados de Ucrania […] mantenían estrechos vínculos con Polonia».[61]

La búsqueda de la SVU y de los «petliuristas» continuó hasta bien entrado finales de la década. En retrospectiva, queda claro que 1932 y 1933 fueron en realidad el principio de una gran oleada de terror que se extendió por toda la Unión Soviética en 1937 y 1938. Antes de la hambruna ya se podían ver en Ucrania todos los elementos del «Gran Terror»: la sospecha, la propaganda histérica y los arrestos en masa llevados a cabo siguiendo las directrices planificadas de manera centralizada. La paranoia de Moscú con el potencial contrarrevolucionario de Ucrania no desapareció tras la Segunda Guerra Mundial ni en los años setenta u ochenta. Se transmitió a los policías secretos de generación en generación, del OGPU al NKVD y al KGB, así como a cada una de las generaciones de dirigentes del partido. Puede que también ayudase a dar forma al ideario de la élite postsoviética, mucho después de la disolución de la Unión Soviética.

7
La colectivización fracasa
1931-1932

Podríamos perder Ucrania…

STALIN a Kaganóvich, agosto de 1932 [1]

La policía secreta triunfó. A pesar de que las protestas ralentizaron el progreso de la colectivización, el Estado contraatacó con arrestos en masa, deportaciones en masa y represión en masa. El Partido Comunista esperó, y luego siguió adelante. El lenguaje moderado del artículo de Stalin «Los éxitos se nos suben a la cabeza» resultó ser solo eso, lenguaje. Se mantuvieron las mismas políticas e incluso se endurecieron.

En julio de 1930, unos pocos meses después de las protestas más intensas de la Fiebre de marzo, el Politburó estableció unos objetivos nuevos: antes de septiembre de 1931, al menos un 70 por ciento de las familias de las principales regiones productoras de cereal, entre ellas Ucrania, debían unirse a las granjas colectivas. En diciembre de 1930, ansiosos de demostrar su entusiasmo, los miembros del Politburó elevaron ese objetivo a un 80 por ciento de las familias.[2] Una resolución del Comité Central volvió a confirmar que en ciertas regiones —en Ucrania, así como en el Cáucaso septentrional y en las provincias del Volga Bajo y el Volga Medio— haría falta «aniquilar a los kulaks como clase» para poder alcanzar dicho objetivo. [3]

Durante la posterior siembra de otoño y la cosecha de invierno, y de nuevo durante la siembra de primavera y la cosecha de verano, se siguió presionando a los campesinos. Los impuestos sobre los granjeros que se quedaron en sus propias tierras siguieron siendo elevados. Aumentaron las deportaciones a los campos del Gulag, que se expandían con rapidez. La escasez de alimentos se volvió permanente. En el verano de 1930 los informes

de la policía secreta volvieron a identificar las primeras señales de una hambruna, pues una vez más la gente empezaba a sufrir enfermedades causadas por la desnutrición. En una aldea ucraniana un conductor debilitado por la falta de alimentos se cayó del tractor; en otra, la gente empezó a hincharse por la inanición. En el transcurso de unos pocos meses, quince mil campesinos del Cáucaso septentrional abandonaron sus granjas para buscar trabajo en las ciudades. Los habitantes de Crimea empezaron a comer pienso para caballos, lo que hizo que cayesen enfermos.[4]

Con la amenaza de la violencia y el miedo al hambre, cientos de miles de campesinos acabaron cediendo sus tierras, sus animales y sus aperos a las granjas colectivas. Pero, al haber sido obligados a mudarse, no se convirtieron en granjeros entusiastas del koljós de la noche a la mañana. Los frutos de su trabajo ya no les pertenecían; las autoridades confiscaban el cereal que sembraban y cosechaban.

La colectivización también significaba que los campesinos habían perdido la capacidad de tomar decisiones sobre su vida. Al igual que los siervos de antaño, se vieron obligados a aceptar un estatus legal especial, que incluía el control sobre sus movimientos; todos los campesinos de las granjas colectivas, los *koljózniks* o «koljosianos», necesitaban pedir permiso para trabajar fuera de la aldea. En vez de decidir cuándo sembrar, segar y vender, debían seguir las decisiones tomadas por los representantes locales del poder soviético. No percibían sueldos con regularidad, sino que les daban pagas diarias o *trudodní*, lo que solía significar que les pagaban en especies —grano, patatas u otros productos— en vez de con dinero. Perdieron asimismo su capacidad de autogobierno, ya que los jefes de las granjas colectivas y sus séquitos suplantaron a los consejos municipales tradicionales.

Como resultado, hombres y mujeres que hacía poco tiempo eran granjeros autosuficientes trabajaban ahora lo menos posible. No se realizaba el mantenimiento de la maquinaria agrícola y esta se estropeaba con frecuencia. De los 16.790 tractores que había en Ucrania en agosto de 1930, unos 3.600 necesitaban reparaciones. Con cinismo, se culpó del problema a la «lucha de clases» y a «saboreadores» que presuntamente averiaban la maquinaria.[5]

Incluso cuando los campesinos sembraban y labraban las tierras, a menudo hacían su trabajo sin el cuidado y el entusiasmo que le habían dedicado en el pasado. Las granjas colectivas producían muchísimo menos de lo que podrían o deberían haber producido. Todo el mundo intentaba tomar prestado o llevarse lo máximo posible de ellas; al fin y al cabo, el cereal del Estado no pertenecía «a nadie». Hombres y mujeres que nunca antes se

habrían planteado robar ya no sentían remordimientos por hurtar de unas organizaciones estatales que no tenían dueño o a las que nadie respetaba. Esta forma de «resistencia cotidiana» no se daba solo entre el campesinado.[6] Trabajar lo menos posible, robar bienes de propiedad pública, no cuidar del equipamiento y la maquinaria estatal; así es como se las arreglaba cualquier trabajador mal pagado, mal alimentado y poco motivado de la Unión Soviética.

Asimismo, los campesinos siguieron abandonando las granjas colectivas para trabajar en las ciudades; el OGPU citó a uno de ellos, según el cual «esto ya no se puede aguantar más». Se repartían la tierra o el cereal cosechado en vez de compartirlo con otros. En algunos lugares las autoridades se fijaron en que los kulaks a los que habían expulsado de sus propias granjas se unían para formar lo que dichas autoridades llamaron «colectivos kulaks». Trabajando juntos, «intentaban ganarse el afecto de los vecinos y demostrar que eran superiores a las otras granjas colectivas». Esto también se consideraba un tipo de actividad antisoviética.[7]

También continuaron los ataques contra las tiendas y los almacenes de cereal. En mayo de 1930 una muchedumbre de varios miles de personas —sobre todo mujeres— de los alrededores de Odesa entró en la ciudad y atacó varias tiendas de alimentos gestionadas por el Estado, así como un restaurante. Se envió a policías a caballo para restablecer el orden, y hubo numerosos arrestos. Los disturbios fueron lo bastante importantes como para aparecer en los informes de los consulados de Turquía y de Japón que había en Odesa, y dichos informes fueron lo suficientemente relevantes como para alarmar al OGPU. A pesar de que la policía reaccionó de inmediato, el consulado japonés observó que «en la ciudad se sigue respirando un ambiente de inquietud general».[8]

Sin embargo, desde el punto de vista de Moscú, el verano de 1930 pareció constituir un momento de victoria. A pesar del evidente sufrimiento y de los informes sobre el caos, la impresión de que la colectivización sería un «éxito» duró hasta finales de año, se les subiese o no a la cabeza. Se ha debatido mucho sobre si las cifras publicadas aquel año —y en los siguientes— eran reales, inventadas o simplemente erróneas. Pero no cabe duda de que el Estado afirmó, y al parecer Stalin se lo creyó, que el año 1930 fue un punto culminante. Las estadísticas oficiales decretaron que se habían recolectado 83,5 millones de toneladas de cereal, un gran aumento respecto a 1929 —un año de hambruna e inclemencias meteorológicas—, cuando la cifra fue de 71,7 millones de toneladas.[9] Convencido de que la colectivización iba

camino del éxito, el Kremlin tomó lo que resultó ser una decisión desastrosa y despiadada: incrementar la exportación de grano y de otros productos alimentarios fuera de la Unión Soviética a cambio de divisas.

Por supuesto, la exportación de cereal no era algo nuevo. Como ya se ha visto, en 1920 los bolcheviques habían considerado que el cereal era uno de los bienes más adecuados que se podían vender a Occidente, ya que para ello no hacía falta interactuar con los «capitalistas».[10] El grano tampoco era la única forma de conseguir divisas; también se obtuvieron fondos vendiendo obras de arte, muebles, joyas, iconos y otros objetos confiscados a la «burguesía» y a la Iglesia. Asimismo, en julio de 1930 el Estado abrió Torgsin, una cadena de tiendas en que solo se aceptaban divisas (el nombre deriva de *torgovlia s inostrántsami*, «comercio con extranjeros»); en un principio fue creada para atraer a los visitantes extranjeros que no podían utilizar la moneda de su país de origen en ningún otro lugar, pero luego tuvieron acceso a ella los ciudadanos soviéticos. Los bienes los podían comprar aquellos que tuvieran monedas de oro de la época zarista, y durante la hambruna se convirtió en un medio de supervivencia para los campesinos que habían guardado objetos de oro o que incluso recibían dinero de familiares que vivían en el extranjero.[11]

Pero la exportación más lucrativa seguía siendo la de cereal, sobre todo porque el comercio de la madera había sufrido problemas; en algunos países occidentales hubo llamamientos a realizar un boicot tras unos informes (rigurosos) que afirmaban que la madera soviética era producida por presidarios. Durante la década de 1920 el nivel de exportaciones de grano fue en aumento. En 1924 Gran Bretaña compró 26.799 toneladas de trigo a la Unión Soviética; en 1926 y 1927 esa cantidad ascendió a 138.486 toneladas. Las exportaciones a Italia, Turquía y los Países Bajos también crecieron. Entre 1929 y 1931 la exportación de grano soviético a Alemania se triplicó. [12]

A medida que aumentaban las exportaciones, los líderes soviéticos percibieron que estaban adquiriendo algo más que divisas. Como presagio del futuro uso soviético (y ruso) del gas como arma para ejercer influencia, los bolcheviques también empezaron a pedir favores políticos a cambio de grandes envíos de cereal a precios relativamente bajos. En 1920 exigieron que, a cambio de grano, los letones debían reconocer la República Soviética de Ucrania. En 1922 el Gobierno del país informó al secretario de Asuntos Exteriores británico, lord Curzon, de que cortaría el suministro de grano a menos que Gran Bretaña firmase un tratado de paz con la Rusia soviética.

Algunos sospechan que a finales de la década la Unión Soviética empezó a rebajar los precios del grano y vender a pérdida por razones geopolíticas; Stalin esperaba dañar el capitalismo occidental. Ya en 1930 un periódico alemán defendió el uso de aranceles para frenar la avalancha de «productos agrícolas rusos baratos». En una reunión de la Sociedad de Naciones celebrada en 1931 el ministro de Exteriores soviético, Maxim Litvínov, alardeó con arrogancia de que «el estatus especial del que disfruto aquí no se debe solo a que el país al que represento no sufre una crisis económica, sino a que, por el contrario, está viviendo un momento económico sin precedentes». **[13]**

Había un fuerte deseo de mantener ese «estatus especial», pero la presión interna para conseguir más importaciones también era enorme. En las ciudades y en las nuevas zonas donde se estaba construyendo, el entusiasmo industrializador de Stalin se estaba intensificando. Para alcanzar los objetivos extraordinariamente ambiciosos del plan quinquenal las fábricas necesitaban de manera urgente máquinas, piezas, herramientas y otros bienes que solo podían conseguirse con divisas. En una carta a Mólotov en julio de 1930, Stalin ya hablaba de la necesidad de «forzar la exportación de cereal […] esa es la clave». En agosto, por temor a que el grano estadounidense fuese a inundar el mercado, volvió a pedir que trabajasen con velocidad. «Si no exportamos entre ciento treinta y ciento cincuenta millones de *puds* [entre 2,1 y 2,4 millones de toneladas] nuestra situación monetaria se volverá crítica. Una vez más: debemos forzar la exportación de cereal con todas nuestras fuerzas».**[14]**

En otros ámbitos Stalin habló del riesgo que la falta de divisas suponía para la industria metalúrgica y para la fabricación de maquinaria, y de la necesidad de posicionarse bien en el mercado internacional. También criticó duramente a los «sabelotodo» del departamento de exportaciones que recomendaban esperar a que los precios subiesen, y que merecían ser expulsados agarrándolos del pescuezo. «Para poder esperar necesitaríamos reservas monetarias. Y no las tenemos».**[15]** En septiembre de 1930 Anastás Mikoián —por entonces comisario del pueblo para el Comercio Interior y Exterior— le escribió una nota al jefe de la empresa de exportaciones de cereal en que lo instaba a alcanzar acuerdos de exportación a más largo plazo con empresas europeas, aunque para ello tuviesen que «apartar algunas reservas para ellos».**[16]** Unas semanas más tarde el Politburó debatió la posibilidad de aumentar las exportaciones de alimentos a la Italia fascista, e

incluso se planteó la posibilidad de aceptar un crédito de los bancos italianos para financiar la operación.[17]

El resultado de esta directiva política apremiante fue una tasa de exportación de cereal mucho más elevada en 1930 —4,8 millones de toneladas, en comparación con las 170.000 de 1929— y una tasa aún mayor el año siguiente, con 5,2 millones de toneladas.[18] Estas cifras constituían un porcentaje relativamente pequeño de la cantidad, más de 83 millones de toneladas —con totales aún más elevados en un futuro—, que Stalin creía que había que cosechar. No obstante, cuando la cosecha no alcanzó esas cifras, ello significó que no habría alimento disponible para los ciudadanos soviéticos, y por supuesto tampoco para los campesinos que lo producían.

El optimismo posterior a la cosecha del verano de 1930 no duró. La época de siembra otoñal se retrasó por la confusión reinante —los campesinos seguían incorporándose, marchándose y volviendo a incorporarse a las granjas colectivas— y por las dudas acerca de quién controlaba cada parcela de tierra. La siembra de primavera de 1931 se vio obstaculizada por la escasez de caballos, tractores y semillas. Las bajas temperaturas fueron un problema aún mayor, y llovió mucho menos que en otros años, sobre todo en el este. La región del Volga, Siberia y Kazajistán sufrieron periodos de sequías, al igual que el centro de Ucrania. El mal tiempo, de por sí, quizá no hubiera llevado a una crisis, pero, al igual que en 1921, la combinación de las malas condiciones con el caos de las políticas soviéticas comportó que los campesinos no fueran capaces de producir lo que el Estado les exigía. Algunos tenían dificultades incluso para alimentarse a sí mismos.[19]

Ya en el verano de 1931 los burócratas y activistas de todos los niveles volvieron a advertir del peligro que se avecinaba. El OGPU de Ucrania predijo la pérdida de una «parte importante de la cosecha». Además de los problemas meteorológicos, su informe mencionaba depósitos de almacenaje mal acondicionados, así como tractores y otra maquinaria en condiciones paupérrimas. «No hay ni una sola región donde los planes del distrito se hayan aplicado en cada una de las aldeas y granjas colectivas […]. No ha habido una labor de educación de las masas ni preparativos con vistas a organizar la cosecha a escala local».[20] Multitud de informes —algunos fueron enviados directamente a Stalin— describían las malas prácticas laborales de las granjas colectivas y lo ineficientes que eran sus técnicas.[21]

Durante el verano y el otoño circuló por Moscú y Járkiv una oleada de cartas y directivas, todas ellas expresando el temor a que, sobre todo en Ucrania, la recolecta de cereal anduviera mal, o incluso a que los campesinos ni siquiera llegasen a sembrar nada. El 17 de junio Stalin y Mólotov emitieron una orden firmada por los dos en la que exigían que los líderes ucranianos se asegurasen de que «se sembrasen todas las tierras sin sembrar» y pedían abiertamente al Partido Comunista de Ucrania que movilizase todos los recursos posibles. «Por favor, infórmennos de los resultados antes del 25 de junio».[22]

Pero cuando llegó la fecha la situación no había mejorado, y ni siquiera lo hizo antes del otoño. En septiembre ya estaba claro que la cosecha de 1931 sería menor que la del año anterior, y no mayor, como se había previsto.[23] A los dirigentes soviéticos les preocupaba especialmente que el país no fuese a cumplir con las cuotas de exportación establecidas. A mediados de mes Mólotov envió un telegrama secreto a los líderes del partido del Cáucaso septentrional en que afirmaba que el acopio de cereal destinado a la exportación estaba avanzando «con una lentitud repugnante».[24] A finales de otoño no cabía duda de que la cantidad de grano recolectado en todo el país no alcanzaría los objetivos. La cosecha total oficial de 1931 y 1932 al final quedó en 69,5 millones de toneladas, en lugar de los más de 83 millones de toneladas que se habían previsto.[25]

Si las cifras no subían, las exportaciones soviéticas se verían afectadas. Peor aún, los habitantes de las ciudades volverían a quedarse sin pan. El líder de la provincia de Kiev ya había escrito una carta suplicándole a Mikoián, que por aquel entonces era el comisario del pueblo para el Comercio: «Llevamos dos semanas sin distribuir carne racionada, no estamos recibiendo nada de pescado, y solo a veces tenemos patatas». Como resultado, «los trabajadores están agitados, los pobres de las zonas rurales no tienen pan. La productividad industrial está al borde de una crisis importante». Rogaba que alguien «suministre pan a Kiev de inmediato, como dictan las normas establecidas».[26] En Moscú no había nada de carne.[27]

Todo el mundo comprendía hasta cierto punto que la colectivización era el origen de esta nueva escasez alimentaria. El propio Stalin había recibido informes que explicaban qué era exactamente lo que funcionaba mal en las granjas colectivas, describiendo con gran detalle su falta de eficiencia. Un funcionario de la provincia de Tierras Negras Central llegó a escribirle defendiendo con osadía la propiedad privada. «¿Cómo se explica este enorme descenso de la producción de las granjas colectivas? Es imposible explicarlo

salvo diciendo que el interés material y la responsabilidad por las pérdidas y por la mala calidad del trabajo no afectan directamente a cada uno de los campesinos de dichas granjas […]».[28]

La falta de «responsabilidad», que había desaparecido con la colectivización, atormentó a la agricultura (y también a la industria) soviética durante toda su existencia. Sin embargo, a pesar de que en 1931 eso ya estaba claro, dicha política no se podía cuestionar porque estaba demasiado vinculada a Stalin. Este se había jugado el liderazgo del partido en la colectivización y había vencido a sus rivales luchando por ella. No podía estar equivocado. Por lo tanto, el Comité Central dedicó una gran parte del pleno de octubre a buscar cabezas de turco alternativos. Puesto que Stalin no podía ser el responsable y los altos cargos del partido no querían serlo, se volvió a buscar a los culpables del desastre inminente en los escalafones más bajos de la jerarquía.

Haciéndose eco de las acusaciones de «El éxito se nos sube a la cabeza», Stanislav Kosior —secretario general del Partido Comunista de Ucrania desde 1928 y miembro del Politburó soviético— culpó de los fracasos agrícolas a los estratos inferiores de la jerarquía del partido. Los funcionarios ucranianos, explicó, se habían presentado en los distritos rurales, habían hablado en persona con los directores de las Estaciones de Máquinas y Tractores y los habían acusado directamente de no invertir toda su energía al acopio de cereal. Aun así, muchos de ellos habían «acabado siendo presa» de la idea de que las cantidades de grano que el Estado exigía eran demasiado elevadas. Y es que, tras sus estancias en el campo, habían regresado a Járkiv y Moscú con el mensaje erróneo para la cúpula dirigente: que los campesinos estaban muy hambrientos y necesitaban más comida.

Como buen bolchevique, Kosior solo podía ver esta exigencia como una conspiración. «Hasta nuestros comunistas y a menudo nuestros veinticinco mil se habían creído la falsa historia de los campesinos hambrientos», afirmó. Peor aún, «entre los veinticinco mil han aparecido una gran variedad de elementos extraños». El resultado: «No es solo que no hayan peleado ni que hayan fracasado a la hora de organizar a las masas del koljós en la lucha por el pan contra el enemigo de clase, sino que a menudo se han sumado al estado de ánimo de los campesinos, unas veces por pura credulidad y otras de manera consciente». Los miembros sospechosos ya habían sido expulsados del Partido Comunista de Ucrania. «Necesitamos a verdaderos bolcheviques en las zonas rurales, gente que luchará por la construcción del socialismo, por

la granja colectiva, por los intereses de nuestro Estado soviético, y no por tonterías de kulaks».[29]

Como tan a menudo hacían cada vez que sus políticas fracasaban, las autoridades también culparon al «sabotaje». Durante el juicio de Shajti de 1928, se habían centrado en los ingenieros de las minas para explicar el fracaso productivo de la industria pesada. Ahora buscaban a especialistas agrónomos a los que echar la culpa. En la primavera de 1931 los agentes de la policía secreta de la ciudad de Vínnitsia, en el oeste de Ucrania, desmantelaron y eliminaron una «organización contrarrevolucionaria saboteadora», el «Partido Obrero de los Campesinos de Podilia». La mayoría de los dieciséis arrestados por «actos de sabotaje premeditados en todos los sectores de la agricultura: planificación, administración de las tierras, créditos, suministro de maquinaria, etc». eran ingenieros agrónomos. La mayoría habían sido miembros de la filial de la Sociedad Agrícola Panucraniana de Podilia, una institución creada en 1923, un año en el que el optimismo había sido mayor. Ahora los acusaban de tratar de «derrocar al Gobierno soviético y establecer una república democrática burguesa».

A pesar de que ninguno tenía antecedentes claramente contrarrevolucionarios, era gente bien formada con contactos en las zonas urbanas y rurales, justo el tipo de sospechosos que más interesaba al OGPU. Stepán Cherniavski era un ingeniero agrónomo que llevaba trabajando para el Gobierno ucraniano desde la época de Petliura, y había sido el director de la oficina de catastro de Podilia. Yujim Pidkui-Muja había sido secretario en esa misma organización. Iván Olínik había trabajado como profesor en el Instituto de Agricultura de Kamianets-Podilski. Otros trabajaban en el ámbito de los créditos agrarios o como expertos en varios ámbitos de la agricultura y la ganadería. Además de cargar con la culpa de numerosos fracasos agrícolas, todas estas personas con estudios y experiencia profesional también podían ser acusadas de difundir ideales contrarrevolucionarios entre los campesinos de las zonas rurales. El juicio recibió una gran cobertura en la prensa soviética, y la mayoría de los acusados pasaron entre tres y diez años en el Gulag.[30]

La búsqueda de cabezas de turco surtió efecto, pero solo en un sentido limitado; el arresto de los agrónomos «enemigos» y la expulsión de ciertos miembros del partido sirvieron para explicar el fracaso de Ucrania a la hora de satisfacer sus cuotas, al menos de cara al resto del partido, pero no hicieron que la producción de cereal aumentara. Los furiosos telegramas que llegaban desde Moscú tampoco incrementaron la producción,[31] como tampoco lo hizo

lo dicho en octubre de 1931 por Mikoián, según el cual el plan anual todavía debía cumplirse sin importar la situación meteorológica, de modo que cualquier región que no estuviese afectada por la sequía debía aumentar su contribución. Puede que fuese algo injusto, como incluso él mismo admitió —«la gente trabaja mucho […] y ahora les exigimos más»—, pero eso apenas importaba, ya que esa orden tampoco podía hacer que llegase más pan a las estanterías.[32]

Ni las amenazas ni la persuasión estaban funcionando. Solo quedaba la opción de la extorsión, y en diciembre de 1931 Stalin y Mólotov la convirtieron en su nueva política; las granjas colectivas que no hubiesen cumplido con las cuotas fijadas tendrían que reembolsar cualquier préstamo pendiente, y también deberían devolver todos los tractores o herramientas que hubieran tomado prestados de la Estación de Máquinas y Transportes. El dinero que les sobrase —incluido el destinado a comprar semillas— sería confiscado. Mólotov, a quien enviaron a Járkiv para explicar las nuevas normas, mostró poca consideración. Desestimó todas las quejas sobre los problemas meteorológicos y la mala cosecha. El problema no era la falta de cereal, les dijo a los líderes del partido de Ucrania, sino su incompetencia. Estaban mal organizados, no se habían movilizado y no habían conseguido reunir todo el cereal que debían. En los distritos sermoneó a los líderes de las granjas colectivas, a los que llamó «agentes de los kulaks». Repitió la amenaza de Stalin de llevarse sus tractores al tiempo que los tentaba con la promesa de más bienes manufacturados para las granjas que cumpliesen con los objetivos estatales. En cuanto volvió a Moscú, Mólotov y Stalin enviaron otra misiva a Kosior, que se encontraba de vacaciones en Sochi. Le ordenaron que volviese a Ucrania y le exigieron que obligase a la república a cumplir con los requisitos de cereal tal y como se había planeado.[33]

Tras esa agria reunión, el Politburó ucraniano se volvió a reunir a finales de diciembre. Una vez más, los comunistas de Ucrania defendieron de boquilla el plan quinquenal. Aceptaron recolectar 8,3 millones de toneladas de cereal, aunque todos los presentes en la sala debían de saber que eso era algo imposible. Declararon que irían en persona a las aldeas a supervisar el acopio, a pesar de que todos ellos debían de saber que eso no cambiaría nada. Para aumentar la eficacia de toda la operación, volvieron a organizar el país en seis distritos de acopio y pusieron a un líder del partido al frente de cada uno de ellos. Debían de sentirse muy nerviosos por la tarea que se les venía encima.

A lo mejor les tranquilizó la noticia de que cada uno de los jefes de distrito recibiría potestades extraordinarias, entre ellas la autoridad de despedir a cualquiera que obstaculizara el cumplimiento del plan; una vez más, quienes fracasaran podrían echar parte de la culpa a algún cabeza de turco.[34] Pero, al mismo tiempo, había algo más en juego. Las cosechas de los Urales, el Volga, Kazajistán y el oeste de Siberia habían sido insatisfactorias. Eso significaba que los ucranianos y otros habitantes del oeste de la Unión Soviética no solo debían recolectar la cuota original, sino también una cantidad adicional de semillas para que las otras regiones pudieran sembrarlas en primavera. En otras palabras, el Estado había añadido una nueva exigencia de imposible cumplimiento a una cuota que ya desde el principio había sido imposible alcanzar.[35]

En la primavera de 1932, funcionarios desesperados, preocupados por su trabajo e incluso por sus vidas, conscientes de que una nueva hambruna podía estar en camino, empezaron a hacer acopio de cereal donde y como podían. Hubo confiscaciones en masa en toda la Unión Soviética, y en Ucrania alcanzaron una intensidad casi fanática. Al visitar la república autónoma de Moldavia, que entonces formaba parte de Ucrania, un corresponsal del *Pravda* quedó aturdido al descubrir hasta dónde eran capaces de llegar los funcionarios encargados de la recolecta.[36] En una carta privada escrita a un colega, mencionó «ataques abiertamente contrarrevolucionarios» contra los campesinos. «En general los registros se llevan a cabo por la noche, y se efectúan con ferocidad, con muchísima seriedad. Hay una aldea justo en la frontera con Rumanía donde no queda ni una sola casa en la que no hayan destrozado la cocina».

Peor aún, cada vez que descubrían que alguien tenía algo de pan o de cereal —incluso los campesinos más pobres— lo sacaban a la fuerza de su casa y le arrebataban sus pertenencias, tal y como había sucedido con los kulaks en los meses anteriores. Pero eso no era algo común. «Muy de vez en cuando encontraban una cantidad más o menos decente; los registros solían acabar con la confiscación de las últimas rebanadas de pan, casi siempre en cantidades ínfimas».[37] Ninguna de las autoridades cuestionaba la sensatez de este comportamiento; el hecho de que los funcionarios del OGPU y del Partido Comunista permitiesen que los periodistas, incluso los que eran fieles al régimen, fueran testigos de la confiscación de cereal significaba que los

integrantes de las altas esferas estaban convencidos de que lo que hacían estaba justificado.

Los líderes locales del partido, que se jugaban sus carreras, organizaron grupos de activistas y los enviaron de pueblo en pueblo para que empezasen a confiscar todo el grano que pudiesen encontrar. Un campesino de la aldea de Sobolivka, en el oeste de Ucrania, escribió a sus familiares polacos para describirles cómo funcionaba todo:

> Esto es lo que hacen las autoridades: envían las llamadas brigadas, que van a la casa de un vecino o un granjero y realizan un registro tan minucioso que miran hasta en el suelo utilizando afiladas herramientas de metal, en las paredes utilizando cerillas, en el huerto, en el techo de paja, y si encuentran medio *pud* se lo llevan en el carro de caballos. Aquí a esto lo llaman vida […]. Querido hermano Ignaci, si te es posible, te pido que me envíes un paquete, pues me hace mucha falta. No tengo nada que llevarme a la boca, pero necesito comer.**[38]**

Todos estos métodos recordaban a lo sucedido en el pasado; en los días del «comunismo de guerra» el Ejército Rojo había utilizado una violencia similar para inspeccionar las propiedades de los campesinos, con la misma falta de consideración por sus vidas. Pero también eran un presagio de un futuro inmediato; se trató de los primeros registros intensos y vandálicos de los miles que un año más tarde, en el invierno de 1932 a 1933, llevaron a cabo en toda Ucrania. El uso de la violencia y la destrucción de paredes y muebles en busca de grano escondido eran una señal de lo que estaba por venir.

Los focos de auténtica hambruna que surgieron en toda la Unión Soviética también fueron una advertencia agorera. Los informes del distrito del Volga, del Cáucaso y de Kazajistán ya mencionaban a niños famélicos, gente demasiado débil para trabajar y distritos enteros sin pan. En Ucrania la situación de varias aldeas de la provincia de Odesa era tan dramática que en marzo los líderes del partido del distrito de Zinovivski enviaron un equipo médico para que investigara. Lo que encontraron dejó estupefactos a los doctores. En la aldea de Kozirivka la mitad de los habitantes habían muerto de hambre. El día de su visita solo quedaban cien hogares de trescientos sesenta y cinco; el resto «se están vaciando». «Están desmontando unas cuantas cabañas de las que quedan, los marcos de las ventanas y las puertas se utilizan como leña». La familia de Iván Mironenko —siete personas, incluidos tres niños en edad escolar— estaba sobreviviendo «solo a base de carroña». Cuando el equipo entró en su cabaña, los Mironenko se encontraban comiendo piel de caballo hervida, con un «líquido amarillo apestoso» hecho con el caldo. Cerca de ahí, los inspectores se encontraron con la familia Koval, que tenía cuatro hijos. Al entrar en la cabaña se encontraron a María

Koval hirviendo los huesos de un caballo. Una anciana yacía en la cama y pedía medicamentos «para morir más rápido».[39]

En la aldea de Tarásivka la situación no era mucho mejor. El número de familias se había reducido a la mitad, de cuatrocientas a doscientas. Había cadáveres en las calles, ya que no había nadie para enterrarlos. Al equipo médico le dijeron que eso se había convertido en algo normal en las aldeas, donde a veces los cadáveres pasaban tres o cuatro días sin que nadie los tocase. Los médicos visitaron un hogar en el que el padre estaba «amarillo, raquítico, apenas podía mantenerse en pie».[40] Igual de horrorizados, informaron de que los funcionarios de la provincia, del distrito, de la aldea y del partido «intentan ignorar la incidencia de la hambruna, y tratan de no hablar del asunto». En realidad, los dirigentes locales intentaban «esconder» la creciente mortalidad, un patrón que pronto se repetiría.[41]

El OGPU de Ucrania no se engañaba sobre lo que estaba sucediendo. En el primer trimestre de 1932 sus agentes registraron que ochenta y tres ucranianos se habían hinchado debido al hambre y que seis habían muerto. Los informantes también señalaron que las provincias de Járkiv, Kiev, Odesa, Dnipropetrovsk y Vínnitsia habían sufrido esporádicamente escasez de alimentos. También habían observado que los caballos morían a un ritmo más elevado de lo común; desde el inicio de la colectivización en Ucrania, el número de equinos se había reducido a menos de la mitad.[42] Los líderes de una granja colectiva informaron todos juntos a las autoridades del partido de que estaban perdiendo hasta cuatro caballos al día debido al hambre y al exceso de trabajo. Peor aún, no podían evitar que los campesinos se los comiesen. «En varias ocasiones hemos advertido a los koljosianos de que no se coman a los animales muertos, pero siempre responden lo mismo: "De todas formas vamos a morir de hambre, y nos comeremos a los animales muertos, hasta a los que estén enfermos. Pueden dispararnos si quieren"».[43]

Las cartas inundaron las oficinas del partido, sobre todo las que iban dirigidas a Stalin. «Es horrible tener hijos y no ser capaz de criarlos en condiciones civilizadas. Mejor no tenerlos», le escribió una mujer de Nizhniodniprovsk.[44] Un miembro del partido relató cómo los equipos de requisa entraban en las cabañas de los campesinos pobres y medios que habían «cumplido con todas sus obligaciones en lo tocante a la confiscación de cereal» pero, aun así, se llevaban el que les quedaba, «dejándoles sin nada que comer, nada para la siembra de otoño».[45] Otro le escribió lo siguiente:

Querido Stalin:

> Por favor, respóndame: ¿por qué a los koljosianos de las granjas colectivas se les está hinchando el estómago de hambre y están comiendo caballos muertos? Tenía vacaciones y fui al distrito de Zinovivski, donde vi con mis propios ojos cómo la gente se comía a los caballos […].[46]

En la primavera de 1932 los informantes de la policía secreta también empezaron, por primera vez en una década, a utilizar la palabra «hambruna» para describir la situación de las aldeas ucranianas.[47] El Gobierno republicano de Járkiv también comenzó a actuar como si comprendiese que la amenaza de una hambruna era muy real. En abril los almacenes de grano gubernamentales pusieron en circulación más de dos mil toneladas de mijo para ayudar a quienes se encontraban «en las situaciones más difíciles».[48] Un mes más tarde el Gobierno provincial de Kiev debatió la posibilidad de entregar comida adicional a treinta distritos, sobre todo para los niños.[49] También decidieron enviar enseguida suministros urgentes de cereal a dos distritos donde la necesidad era extrema.[50]

La sensación de crisis inminente afectó asimismo a los extranjeros que vivían en Ucrania. El cónsul polaco en Kiev envió un cable a Varsovia contando que había observado una «grave escasez de alimentos» en varias aldeas. Había visto a gente desmayarse de hambre en las calles de Vínnitsia y Uman.[51] El cónsul alemán informó de que varios miembros de la minoría alemana le habían pedido ser reconocidos como ciudadanos para así poder emigrar. «No hay suficiente pan, los aldeanos se ven obligados a comer sucedáneos [de comida] inaceptables […] los aldeanos desnutridos de las granjas colectivas y los trabajadores cuyas raciones no son suficientes están mendigando comida».[52]

Teniendo en cuenta la magnitud de la escasez alimentaria no es sorprendente que en primavera los campesinos se resistieran y, al igual que en 1921, se negaran a cultivar sus tierras; si plantaban sus últimas semillas de grano, se quedarían sin nada que comer. También debían de saber que todo lo que consiguieran cosechar sería confiscado. En abril de 1932 el OGPU dio la señal de alarma: había más de cuarenta mil familias que no tenían la intención de plantar nada.[53] A medida que el hambre se iba extendiendo, muchos estaban demasiado débiles para trabajar en el campo. Los terrenos vacíos no eran ningún secreto; el *Visti VUTsVK*, el principal periódico del Gobierno republicano de Ucrania, informó explícitamente de que esa primavera tan solo se habían sembrado alrededor de dos tercios de los campos ucranianos.[54]

En ese momento ningún testigo imparcial podía creer que Ucrania tuviese ninguna posibilidad real de satisfacer la cantidad de cereal que Moscú exigía

para ese año. No cabía duda de que el suministro de alimentos iba a descender. El cereal destinado a la exportación no iba a materializarse. Y mucha, muchísima gente iba a morir de hambre.

En la primavera de 1932 algunos comunistas ucranianos de alto rango reunieron finalmente el valor para pedir un drástico cambio de dirección. En febrero, Hrihori Petrovski —un «viejo bolchevique», miembro del partido desde antes de la revolución, integrante del Politburó ucraniano y presidente del Sóviet Supremo de Ucrania— escribió una breve carta a sus camaradas. No mencionaba ningún cabeza de turco ni trataba de justificar la escasez de alimentos como algo «temporal» o imaginario, sino que, por el contrario, señalaba la falta de alimentos «no solo en las aldeas, sino también en los pueblos de clase obrera» de toda Ucrania, en las provincias de Kiev y Vínnitsia, así como en Odesa, Dnipropetrovsk y Járkiv.

Petrovski redactó una lista de propuestas: escribir una carta al Comité Central describiendo la «drástica escasez de productos agrícolas para la población y de pienso para el ganado»; exigirle que suspendiera la recolección de cereal en Ucrania y que restableciese la libre circulación de mercancías «de acuerdo con la ley»; hacer un llamamiento a la Cruz Roja y a otras organizaciones de ayuda humanitaria para que dedicasen sus recursos, tal y como habían hecho en 1921, a rescatar a los habitantes de las zonas más afectadas, sobre todo a los niños, y movilizar a las organizaciones de la república ucraniana para que ayudasen en las regiones hambrientas. Petrovski afirmó abiertamente que el Estado soviético no debería esperar llevarse nada en absoluto de Ucrania en 1932. Para poder alimentar a los campesinos, toda la comida cosechada debería quedarse dentro de la república.[55]

Los dirigentes del partido ucraniano prestaron atención a Petrovski. En marzo, en lo que constituyó un giro de ciento ochenta grados respecto de sus declaraciones anteriores, los funcionarios del partido les dijeron a los líderes locales que dejasen de hacer acopio de cereal. A pesar de no haber cumplido con las cuotas de la primavera, los campesinos debían centrarse en sembrar la cosecha de la próxima temporada.[56] Animados por las palabras de sus superiores, varios funcionarios de los escalafones más bajos de la jerarquía se negaron a obedecer las demandas de grano ucraniano procedentes de otras repúblicas y otras instituciones estatales. Un funcionario al que le habían pedido que enviase mil toneladas de cereal a los Urales les respondió diciendo

que eso era «imposible». También se rechazó una petición de alubias y guisantes.[57]

Las consiguientes discusiones —entre los dirigentes de Moscú, en el seno del Partido Comunista de Ucrania en Járkiv, y entre unos y otros— fueron turbias y cautelosas, e incluso confusas y contradictorias. A esas alturas todos los bandos eran perfectamente conscientes de la elevada probabilidad de que se produjera una hambruna generalizada. Sin embargo, una vez más, también se entendía a la perfección cuál era la responsabilidad personal de Stalin en la política de colectivización (la había concebido y defendido, había apostado por ella y la había apoyado); oponerse a ella de manera abierta, y sobre todo insinuar que en cierto modo había fracasado, parecía una crítica al propio líder. Todo el mundo sabía que el suministro de ayuda alimentaria a Ucrania era una aceptación tácita del fracaso de Stalin, pero también sabían que si no dejaban que los campesinos se quedaran con su grano y no los instaban a sembrar las tierras, sucedería una catástrofe.

Cada líder probó una estrategia diferente, escogiendo con cuidado sus palabras. El 26 de abril Kosior escribió una carta extensa y en exceso cautelosa a Stalin en que le describía la situación general de las zonas rurales de Ucrania y restaba importancia a los problemas. Decía que acababa de visitar varios distritos del sur. A pesar de los informes negativos, estaba convencido de que la cosecha de 1932 superaría la del año anterior, sobre todo porque el clima había mejorado. Contradiciendo las temerosas misivas de sus colegas, afirmaba que «debían abandonar categóricamente toda conversación sobre la "hambruna" de Ucrania». Sí, en algunas provincias «se habían cometido graves errores en la recolección de cereal», pero esperaba que fueran corregidos. Kosior también admitía que habían tenido lugar algunos «incidentes» en la provincia de Kiev, donde había habido ciertas protestas de carácter «petliurista»; había campesinos hambrientos que se negaban a sembrar el grano. Pero Kosior le aseguró a Stalin que todo iba bien. El Estado había ofrecido algo de ayuda alimentaria en dichas provincias, incluido un poco de mijo, maíz y pienso para caballos. Este pequeño desliz lo indujo a pedir un favor: debido a estas minúsculas alteraciones, un poco de «ayuda extra» vendría bien en otras partes de Ucrania. Para ello «nos veremos obligados a recurrir una vez más al Comité Central».[58]

En otras palabras, Kosior pedía con delicadeza alimentos, pero tan solo para unos pocos distritos, en cantidades limitadas y solo porque las protestas de algunos contrarrevolucionarios habían trastocado la temporada de siembra. Él y otros líderes comunistas de Ucrania tenían razones para creer que Stalin

consideraría de manera favorable la solicitud que con tanta cautela habían formulado. Varias veces durante la primavera de 1932 el mandatario soviético había parecido dispuesto a modificar su política. A Kaganóvich le había dicho que deberían poner más bienes a disposición de los campesinos para que tuvieran más incentivos, y en abril había ofrecido pequeños envíos de cereal para aliviar la escasez de alimentos.[59] Mientras las exportaciones a países occidentales seguían en marcha, incluso había autorizado compras secretas de maíz, trigo y otros cereales al Lejano Oriente y Persia, lo que demostraba que estaba al corriente de los problemas de escasez de la Unión Soviética.[60] Había apoyado una decisión del Politburó de autorizar otro pequeño envío de cereal a la provincia de Odesa.[61] Stalin incluso le había dado vueltas a la idea de que los planes de suministro de cereal de la Unión Soviética eran «demasiado mecánicos» y que debían ajustarlos al clima de la región y a otros factores locales. En verano tanto Kaganóvich como Mólotov reiterarían esa observación.[62]

Pero en abril el tono de Stalin cambió; había recibido información preocupante sobre la situación política de Ucrania. Los archivos no indican qué fue exactamente lo que leyó, aunque se puede adivinar. Puede que fueran las protestas «petliuristas» a las que aludía Kosior, o un informe del distrito de Pavlohrad. A lo mejor fue un documento sobre el estado de ánimo dentro del mismo Partido Comunista. El OGPU de Bálitski estaba recopilando diligentemente crónicas de los informantes de las zonas rurales, documentando en particular la falta de satisfacción entre los miembros del partido, lo poco que les gustaba la colectivización y su resentimiento hacia Moscú. Más tarde, en otoño, la policía secreta presentó a Stalin una lista de comentarios airados hechos por funcionarios del partido de Ucrania que sus informantes habían oído, junto con descripciones de miembros del partido que devolvían sus carnets de afiliado al partido. Puede que en primavera Stalin hubiese visto algo parecido. Fuera lo que fuese, en una carta del 26 de abril arremetió contra Kosior: «A juzgar por este material, parece que en varios lugares de Ucrania el poder soviético ha dejado de existir. ¿Es eso realmente cierto? ¿Es la situación de las zonas rurales tan terrible como parece? ¿Dónde están los órganos del OGPU y qué están haciendo? ¿Puede verificar todo esto e informar al Comité Central de cuáles son las medidas que ha tomado?».[63]

Impulsado por lo que fuese que hubiese provocado su nota, Stalin retiró de inmediato la ayuda en forma de mijo y otros alimentos a Ucrania y también exigió que el Partido Comunista del territorio mantuviese su política de confiscar tractores y otras herramientas a las granjas que no rendían como

era debido. No quería que ningún gesto de generosidad se malinterpretase como una acción independiente de la cúpula dirigente ucraniana y tampoco quería que se considerase como una «manifestación contra Moscú y el Partido Comunista de la Unión Soviética».[64] Le preocupaba sobremanera la fiabilidad del partido de Ucrania. Utilizando un lenguaje que ilustra lo lejos que la tiranía personal había llegado en el Estado soviético, les dijo a Kaganóvich y a Mólotov que los líderes locales no eran lo suficientemente leales. «Presten mucha atención a Ucrania —les escribió el 2 de junio—, [Vlas] Chubar [jefe del Gobierno ucraniano], con su naturaleza corrupta y oportunista, y Kosior, con su despreciable diplomacia […] y su actitud criminalmente frívola ante cualquier asunto, están arruinando por completo la república. Estos camaradas no están preparados para liderar la Ucrania de hoy».[65]

Sin embargo, estos líderes «despreciables» y denigrados por Stalin hicieron una última petición. El 10 de junio Petrovski escribió la carta más sincera de todas. Acababa de visitar varios distritos rurales en los que la gente empezaba a morir de hambre, y se había enfrentado personalmente a esos campesinos famélicos:

> Sabíamos de antemano que satisfacer las cantidades de cereal fijadas por el Estado sería difícil, pero lo que he visto en las zonas rurales indica que nos hemos excedido, nos hemos esforzado demasiado. He estado en muchas aldeas y he visto una parte considerable del campo hundida en la hambruna. No son muchas, pero hay personas hinchadas por la desnutrición, sobre todo campesinos pobres y campesinos medios. Están comiendo las últimas migajas que les quedan, si es que cuentan con ellas. Durante las grandes reuniones municipales, los campesinos obviamente me maldicen, las ancianas lloran y a veces también lo hacen los hombres. En ocasiones las críticas a la situación, que va a peor, se vuelven muy graves y muy generalizadas: ¿por qué han creado una hambruna artificial? Al fin y al cabo, la cosecha era buena. ¿Por qué se han llevado todas las semillas para la siembra? Eso no pasaba ni siquiera durante el régimen anterior, no lo habíamos visto ni con el régimen anterior. ¿Por qué tenemos los ucranianos que hacer viajes peligrosos para conseguir pan en las regiones menos fértiles? ¿Por qué no nos traen pan? Y cosas así […]. Bajo estas circunstancias es difícil ofrecer una explicación. Claro que uno condena a aquellos que cometieron excesos, pero en general te sientes como un pez saltando en una sartén caliente […].[66]

Petrovski explicaba que en las aldeas se producían cada vez más robos. En las tiendas no había sido capaz de comprar pan, azúcar ni nada. Los precios iban en aumento y se estaba extendiendo la «especulación». Las oficinas locales se negaban a vender billetes de tren, y no sabían por qué. Cada uno de esos hechos «se estaba utilizando contra el partido y contra las granjas colectivas», escribió, y acababa con una petición de ayuda: «Para concluir, le vuelvo a pedir que considere todos los métodos y recursos disponibles con vistas a facilitar ayuda alimentaria urgente a las aldeas ucranianas y

suministrar trigo sarraceno para la siembra en cuanto sea posible, a fin de compensar todo lo que no se ha sembrado».[67]

El mismo día Chubar, el líder ucraniano, escribió también una larga carta a Stalin y Mólotov en que describía la mala cosecha y los focos de la hambruna. «Ya se pueden contar al menos cien distritos que necesitan asistencia alimentaria». Al igual que Petrovski, Chubar había estado en las zonas rurales. Al igual que Kosior, había evitado culpar directamente a la política estatal, atribuyendo la crisis a «la mala organización y gestión» de la cosecha. Pero dejó completamente claro lo que estaba sucediendo. «En marzo y abril había en las aldeas decenas de miles de vecinos famélicos e hinchados que morían de hambre, y aparecían niños abandonados por sus padres y huérfanos. Los gobiernos de los distritos y las provincias proporcionaban ayuda alimentaria de sus reservas internas; pero la desesperación, que iba en aumento, y la psicología de la hambruna dieron lugar a más peticiones de ayuda».

Chubar llegaba a la misma conclusión: ya era hora de acabar con las políticas «poco realistas» de acopio de cereal. «Incluso algunas de las granjas colectivas que ya han cumplido con su cuota han recibido avisos de que tienen que volver a satisfacerla por segunda o tercera vez».[68]

Kaganóvich remitió las dos cartas a Stalin. Le dijo que le parecía que la nota de Chubar tenía un «estilo más formal y autocrítico». Por el contrario, la de Petrovski contenía un elemento de «podredumbre». A Kaganóvich le desagradaba especialmente la crítica que el líder ucraniano hacía del Partido Comunista de la Unión Soviética y, por lo tanto, de Stalin. Sin embargo, apoyaba su petición; ya era hora de ofrecer algo de ayuda a Ucrania.[69] Mólotov también le escribió a Stalin y propuso reducir, por el momento, las exportaciones de cereal soviético para proporcionar algo de asistencia alimentaria a Ucrania.[70]

Stalin no estaba de acuerdo. Por el tono de su carta está claro que no creía (o no quería creer) que fuera verdad que en Ucrania no había suficiente grano.

> No me han gustado las cartas de Chubar y Petrovski. El primero suelta «autocríticas» para poder obtener de Moscú un millón más de *puds* de pan, y el segundo finge ser un santo y afirma ser víctima [del Comité Central] con el objetivo de reducir los niveles del acopio de cereal. Ni el uno ni el otro son aceptables. Chubar se equivoca si piensa que la autocrítica es necesaria para obtener «ayuda» del exterior y que no lo es para movilizar las fuerzas y los recursos de Ucrania. En mi opinión, ya hemos entregado más que suficiente a ese territorio […].[71]

Por supuesto, el grano que según Stalin estaban «entregando» a Ucrania era el que, para empezar, se le había confiscado al territorio. Pero nadie se

oponía a él. El 16 de junio Kaganóvich volvió a escribir a Stalin para decirle que «este año la campaña de cosecha será especialmente difícil, sobre todo en Ucrania. Por desgracia, la república no está lo bastante preparada para ello».[72] No obstante, a diferencia de sus colegas ucranianos, no habló de enviar ayuda alimentaria en masa.

En lugar de ello, en el verano de 1932 se abandonaron con discreción las políticas que podrían haber evitado la hambruna generalizada en Ucrania. Se envió algo de cereal a Kiev y Odesa, aunque no la cantidad que habían pedido, y no se incluyeron caballos ni tractores.[73] Kosior anunció a los jefes locales del partido que solo había suficiente grano para ayudar a «veinte» de los más de seiscientos distritos. «Informen de inmediato por telegrama de cuáles son los distritos de sus provincias que deberían aparecer en esa lista».[74]

Incluso cuando la hambruna empezó a propagarse, el Estado siguió emitiendo directrices y órdenes destinadas a mantener la exportación de cereal al extranjero. En marzo de 1932 Moscú informó a Járkiv de que los funcionarios ucranianos «asumirían personalmente la responsabilidad de la exportación de centeno desde el puerto de Odesa». El Consejo de Comisarios del Pueblo instó a todas las empresas involucradas en la exportación a que mejorasen la calidad de sus barriles y contenedores, así como la del almacenamiento de los bienes que se enviaban al extranjero.[75] A los ucranianos, que veían cómo la comida salía de la república azotada por el hambre, la política de exportación les parecía una locura, incluso algo suicida. Mikola Kostirko, un ingeniero que por entonces vivía en Odesa, recordaba los «buques extranjeros» que llegaban al puerto. «Lo exportaban todo para conseguir capital extranjero con el que cubrir las "necesidades estatales" en materia de tractores y por razones propagandísticas de cara a otros países». Recordaba que en un momento dado los estibadores de Odesa se negaron a cargar cerdos en un barco. Se envió un destacamento de soldados del Ejército Rojo para que lo hicieran por ellos.[76]

Un empleado del consulado italiano en Odesa también recordaba el enfado generalizado por la política de exportación. «Aquí no hay aceite [vegetal], ni siquiera mientras se están enviando al extranjero el aceite y las semillas que se utilizan para su producción».[77] El enfado público a raíz de las exportaciones tampoco era ningún secreto para el Partido Comunista. En abril de 1932 los líderes del partido de Ucrania habían decidido que jamás debatirían el tema en público, ya que solo crearía «mal ambiente».[78] A finales de año las exportaciones habían disminuido de manera drástica, de 5,2

millones a 1,73 millones de toneladas.[79] Su valor para el Estado también había caído en picado, de 203,5 millones de rublos en 1931 a 88,1 millones en 1932.[80] Pero los envíos no se detuvieron por completo.

El estado de ánimo tampoco mejoró dentro del partido. Mólotov y Kaganóvich regresaron a Ucrania en julio, de nuevo con el objetivo de invalidar las objeciones que pudiesen quedar. Tenían órdenes directas de Stalin, que les había escrito el día 2 de ese mismo mes repitiéndoles su preocupación acerca de Ucrania y sus dirigentes: «Presten mucha más atención a Ucrania —les escribió el 2 de junio—. El deterioro de Chubar y su naturaleza oportunista, y la despreciable diplomacia de Kosior […] y su actitud criminalmente frívola ante cualquier asunto, acabarán por perder a Ucrania».[81]

Utilizaron la III Conferencia del Partido de Ucrania —una mala ocasión— para hacerse oír. Todos los ucranianos presentes se opusieron, en la medida en que se atrevieron, a la cuota asignada a su territorio. Algunos líderes locales fueron bastante francos. El primer secretario de un distrito de la provincia de Járkiv señaló que, por la falta de reservas y de semillas de cereal, había «escasez de alimentos» en su zona.[82] Uno de sus colegas de la provincia de Kiev se quejó aún más abiertamente de que las brigadas de acopio condenaban a los campesinos a la muerte; el partido, dijo, era culpable de «distorsiones» en su política agraria.[83] Un camarada del distrito de Melitópol se quejó de que el plan central no solía guardar relación alguna con la situación específica de cada granja colectiva y que parecía que Moscú elaboraba los planes sin consultarlo con los campesinos locales.[84] Román Térejov, de la provincia de Járkiv, afirmó que todos los distritos sabían a la perfección que los planes estaban mal hechos, que el trabajo estaba mal organizado y que todo ello había causado «grandes pérdidas», dando lugar a una «escasez de alimentos» en al menos veinticinco distritos.[85]

A pesar de que no repitió su petición de poner fin a la política de acopio de cereal, Mikola Skrípnik, el comisario de Educación, también fue bastante franco. Ucrania no podía producir la cantidad de grano requerida, y no iba a hacerlo. El plan no se cumpliría; se trataba de «un fracaso enorme y vergonzoso».[86] Tanto Petrovski como Chubar también hablaron de «escasez» y de «fracasos».[87] De todas formas, lo que ambos pedían era que se redujera la cantidad de cereal que se exigía producir a Ucrania.

Mólotov y Kaganóvich se negaron a ceder. Mólotov les dijo a los comunistas ucranianos que se habían convertido en «susurradores y capituladores».[88] Más tarde los dos hombres le dijeron a Stalin que habían

rechazado una resolución ucraniana en virtud de la cual se solicitaban cuotas más bajas. «Nos hemos negado categóricamente a revisar el plan y hemos exigido la movilización de las fuerzas del partido para luchar contra las pérdidas y el despilfarro de grano y para fortalecer las granjas colectivas».[89] El resultado fue que, en vez de dar marcha atrás, la conferencia aprobó una resolución que reconocía como «correcto» el plan —irrealizable— de 5,8 millones de toneladas (356 millones de *puds*), y decidió «adoptarlo para cumplirlo de manera incondicional».[90]

Mólotov y Kaganóvich también describieron el estado de ánimo de los líderes del Partido Comunista de Járkiv como «más prometedor» de lo que se habían esperado, lo que parece significar que los ucranianos aún estaban dispuestos a recibir órdenes.[91] Con cautela, los dos hombres le recomendaron a Stalin mantener en secreto la gravedad de la situación. «Para no dar información a los periodistas extranjeros, tan solo debemos publicar críticas moderadas en la prensa de nuestro país, sin publicar información sobre la situación de los peores distritos».[92] Por consiguiente, la línea oficial siguió siendo positiva. Unas pocas semanas después de la conferencia, el Gobierno soviético y el Partido Comunista declararon conjuntamente una «victoria absoluta» en el ámbito de la agricultura. La «teoría burguesa» según la cual la Unión Soviética tendría que recurrir al capitalismo y a los mercados había «sido destrozada y había mordido el polvo».[93]

No cabe duda de que por entonces Stalin ya sabía que 5,8 millones de toneladas era una cifra poco realista. El 25 de julio le dijo a Kaganóvich que pretendía permitir que las «sufridas» granjas colectivas de Ucrania afrontasen cuotas más bajas. Escribió que hasta ese momento había evitado hablar de una reducción en la recolección de grano porque no quería «desmotivar» aún más a los ucranianos o entorpecer la cosecha. Al contrario, quería esperar hasta más adelante para hacer la declaración, con la esperanza de «estimular» así a los campesinos durante la época de la cosecha —y para parecer bondadoso— ofreciéndoles una pequeña reducción de treinta millones de *puds* (490.000 toneladas) o, «como último recurso» (esas palabras estaban subrayadas), cuarenta millones de *puds* (655.000 toneladas). Kaganóvich le escribió para decirle que estaba de acuerdo: «Este no es el momento de informar a los ucranianos» sobre la reducción. Era mejor dejar que se preocupasen por satisfacer una demanda imposible.[94]

Antes de que pudiesen poner en práctica esta jugada, las malas noticias que llegaban de toda la Unión Soviética volvieron a distraer a Stalin, sobre todo las procedentes de Ucrania, especialmente malas. Durante todo el verano, el OGPU había estado registrando casos de robos, que iban en aumento. Los hurtos se daban en los ferrocarriles, en las tiendas, en las empresas y sobre todo en las granjas colectivas. No era algo sorprendente: los trabajadores de estas últimas (y también los de las fábricas) solían tener la sensación de que las posesiones estatales no pertenecían a nadie y de que llevárselas no causaba ningún daño. Más importante aún, tenían mucha hambre. Esa era la clara conclusión a la que llegaba un informe del OGPU archivado en julio, en el que se describía una tendencia preocupante: varios campesinos habían empezado a cosechar el cereal antes de tiempo y en secreto, y se lo estaban guardando. El siguiente informe es de la provincia del Volga Central:

> La noche del 9 de julio encontraron a cinco mujeres en los campos cortando las espigas de trigo. Cuando intentaron detenerlas, huyeron en varias direcciones. El guardia disparó dos veces con un arma de caza. Una de las mujeres de la granja colectiva que intentó huir resultó herida de gravedad (murió unas horas más tarde) […].

Esa misma noche, en la misma aldea, un vigilante también descubrió a un grupo de «quince ladrones a caballo con sacos de cereal que habían robado». Este grupo de «ladrones» salió mejor parado que las cinco mujeres. Tras resistirse con violencia, el vigilante se asustó y escapó.[95]

Al igual que en otras ocasiones, Stalin encontró una interpretación política a esos actos de desesperación. Mientras se encontraba de vacaciones en Sochi —adonde había viajado en un «tren bien abastecido de buenas provisiones»— escribió varias cartas sobre el tema a Kaganóvich.[96] Compartían el mismo punto de vista. El Estado y sus políticas no suponían un peligro para los campesinos hambrientos, pero estos últimos sí que constituían un peligro para el Estado. Stalin le dijo a Kaganóvich que «los kulaks, los deskulaquizados y los elementos antisoviéticos son todos unos ladrones. El crimen se debe castigar con diez años o con la pena capital», y no debería haber amnistía. «Sin estas estrictas medidas socialistas (y otras parecidas) es imposible establecer una nueva disciplina social, y sin esa disciplina es imposible fortalecer y defender nuestro nuevo orden».[97]

Unos días más tarde, en otra serie de cartas enviadas a Kaganóvich y Mólotov, ofreció más detalles, sin duda tras haber dedicado más tiempo a pensar en ello durante sus vacaciones costeras. Ahora le preocupaba que una

nueva ley no fuera un elemento lo bastante disuasorio. Para que la gente dejase de robar comida, la nueva ley necesitaría el apoyo de una campaña de propaganda basada por entero en la teoría marxista. El capitalismo había vencido al feudalismo porque el Estado garantizaba la protección de la propiedad privada; el socialismo, en cambio, solo podría derrotar al capitalismo si afirmaba que la propiedad pública —las propiedades cooperativas, colectivas y estatales— era sagrada e inviolable. Era perfectamente posible que la supervivencia del socialismo dependiera de si el Estado era o no capaz de impedir que los «elementos antisociales, kulak-capitalistas» robasen la propiedad pública.[98]

La fe obsesiva que Stalin tenía en la teoría marxista volvió a triunfar sobre lo que él habría llamado «moralidad burguesa». El 7 de agosto de 1932 la Unión Soviética aprobó un decreto que era severo incluso para lo que solía ser habitual en dicho país. Empezaba con una declaración:

> La propiedad pública (estatal, del koljós y de las cooperativas) [es] la base del sistema soviético; es sagrada e inviolable, y aquellos que intentan robarla deben ser considerados como enemigos del pueblo […] la lucha decisiva contra los saqueadores de la propiedad pública es la obligación principal de todos los órganos de la administración soviética.

Y continuaba con una definición y una conclusión:

> Por la presente, el Comité Ejecutivo Central y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética resuelven […]
>
> 1. Considerar la propiedad de los koljoses y las cooperativas (las cosechas que se encuentran en los almacenes, etc.) equivalentes a la propiedad estatal.
> 2. Aplicar la medida más elevada de defensa social como medida punitiva por saquear (robar) las propiedades colectivas y de los koljoses: la ejecución y confiscación de todas las propiedades, que podrían ser sustituidas […] por la privación de libertad durante un periodo no inferior a diez años.[99]

En otras palabras, el robo de cantidades ínfimas de alimentos se podría castigar con diez años en un campo de trabajos forzados o con la muerte. Hasta entonces tales castigos se habían reservado solo para actos de alta traición. Ahora, una campesina que robara unos pocos granos de trigo de una granja colectiva podría recibir el mismo trato que un oficial del ejército que hubiese traicionado al país en tiempos de guerra. La ley no tenía precedentes, ni siquiera en la Unión Soviética. Solo unos meses antes, el Tribunal Supremo republicano de Rusia había condenado a tan solo un año de trabajos forzados a un individuo que había robado trigo del campo de una granja colectiva.[100]

Obedeciendo los deseos de Stalin, hubo una campaña de prensa de índole educativa. Dos semanas después de aprobar el decreto, el *Pravda* publicó una

crónica del caso de «Gribánova, la mujer kulak», que había estado robando grano de los campos de la granja colectiva Constructor Rojo. La condenaron a morir fusilada. La prensa ucraniana informó con detalle de tres casos sometidos a juicio en Odesa, entre ellos el de un hombre y su esposa a los que ejecutaron por «hurto».[101] Otras historias publicadas incluían el caso de un campesino al que fusilaron por poseer una pequeña cantidad de grano que su hija de diez años había espigado.[102]

Esta ley extraordinaria causó un número de víctimas extraordinario. A finales de 1932, menos de seis meses después de ser aprobada la ley, cuatro mil quinientas personas habían sido ejecutadas por quebrantarla, y otras muchas —más de cien mil personas— habían sido sentenciadas a diez años en campos de trabajos forzados. Esta predilección por las sentencias largas en los campos en vez de por la pena capital, que venía desde arriba, tenía una razón claramente pragmática; los condenados a los campos podían trabajar en los nuevos proyectos industriales del sistema del Gulag —minas, fábricas, operaciones de explotación forestal— que se estaban poniendo en marcha. [103]

En las siguientes semanas y meses, miles de campesinos inundaron el sistema de campos, víctimas de la ley del 7 de agosto. Según los datos oficiales (que no reflejan todos los arrestos), entre 1932 y 1934 el número de presos del Gulag casi se duplicó, pasando de doscientos sesenta mil a quinientos diez mil. El sistema de campos no tenía los recursos ni la capacidad de organización necesarios para poder hacer frente a semejante afluencia de personas, muchas de las cuales llegaron ya consumidas por el hambre. Como resultado, las muertes en el Gulag también se dispararon, de un 4,81 por ciento en 1932 a un 15,3 por ciento en 1933.[104] Puede que para otros el encarcelamiento fuese la salvación. Años más tarde, Susannah Pechora, que sería prisionera del Gulag en una etapa posterior, recordaba el momento en que conoció a otra reclusa, una excampesina. Al recibir su diminuta ración diaria de pan, la mujer suspiró y acarició el pequeño y duro pedazo de pan. «*Jlébushka*, mi pequeña rebanada de pan —susurró—, ¡y pensar que te recibo todos los días!»[105]

En el verano de 1932 los robos no eran lo único que preocupaba a Stalin. Poco después de que se aprobara la ley del 7 de agosto, recibió un documento sorprendente de la policía secreta de Ucrania. El historiador Terry Martin, el primero en señalar su importancia, lo definió como «extraordinario y único».

[106] Puede que Stalin hubiese recibido informes comparables con anterioridad y que el documento fuese parecido al material que había causado su arrebato de abril, cuando había exigido saber si «el poder soviético ha dejado de existir» en ciertas partes de Ucrania. Pero esta vez, con una nueva crisis alimentaria en curso, su reacción fue aún más dura.

Normalmente, el OGPU enviaba sus informes a Stalin escritos en una prosa cuidada y repleta de frases hechas sobre enemigos y conspiraciones. Pero en agosto de 1932 la policía secreta de Ucrania le envió una lista de citas directas sin ningún comentario. Las había reunido a través de sus informantes y las atribuía a miembros del partido de Ucrania cuyo ámbito de actuación eran los distritos, todos ellos firmes detractores de la campaña de confiscación de cereal. Este tipo de materia prima solía servir como base para un informe más elaborado, pero esta vez la materia prima era lo suficientemente impactante como para enviarla sin ningún añadido.

Casi todas las pruebas del documento expresaban un desafío directo a las órdenes de Moscú. «No obedeceré este plan [de confiscación] —había afirmado un miembro del partido—. No quiero aceptar este plan. No llevaré a cabo este plan de confiscación de cereal». El policía secreto informó de que acto seguido «puso su carnet del partido en la mesa y abandonó la sala».

Otro también reaccionó de forma parecida. «Será difícil luchar por el cumplimiento de este plan, pero conozco una manera de evitar ese problema; enviaré mi carnet del partido al consejo local y entonces seré libre».

Y un tercero: «No aceptaremos el plan de requisa de cereal, ya que, tal y como ha sido concebido, no se puede llevar a cabo. Y volver a obligar a la gente a morir de hambre es delictivo. Para mí es mejor devolver mi carnet del partido que sentenciar a los campesinos de los koljoses a morir de hambre mediante el engaño».

Y un cuarto: «Veo que este plan es mi condena. Pediré a la célula del partido que me despida de mi trabajo, ya que de lo contrario pronto seré excluido por no lidiar con mi faena e incumplir las tareas del partido».**[107]**

Si intentaban poner al líder soviético contra Ucrania, los hombres del OGPU no podían haber escogido una forma mejor de hacerlo, puesto que el informe confirmaba todos los peores miedos de Stalin. Llevaba tiempo percibiendo un vínculo obvio entre los problemas del acopio de cereal en Ucrania y la amenaza del nacionalismo en la república. Ahora oyó un claro eco de los acontecimientos de la anterior década: la guerra civil, el levantamiento de los campesinos y los reveses de los bolcheviques. Su respuesta, en una carta a Kaganóvich, fue dura:

> El tema principal es ahora Ucrania. Las cosas están allí fatal. Es terrible para el partido. Dicen que en algunas partes de Ucrania (al parecer en Kiev y Dnipropetrovsk) los comités de alrededor de cincuenta distritos se han manifestado contra el plan de confiscación de cereal, que consideran poco realista. No parece que la situación sea mejor en otros distritos. ¿Qué es esto? Esto no es el partido ni un parlamento, sino la caricatura de un parlamento […].
>
> Si no nos esforzamos ahora por mejorar la situación, podríamos perder Ucrania. Tenga en mente que Piłsudski no está soñando despierto, y sus agentes en Ucrania son mucho más fuertes de lo que Redens o Kosior piensan. Tenga en cuenta que en el Partido Comunista de Ucrania hay no pocos elementos podridos, petliuristas conscientes o inconscientes, así como agentes directos de Piłsudski. En cuanto las cosas empeoren, estos elementos no tardarán en abrir un frente dentro del partido (y sin él) contra el propio partido. Lo peor es que los ucranianos simplemente no ven el peligro […].**[108]**

Stalin enumeraba a continuación todos los cambios que quería hacer en el Partido Comunista de Ucrania. Quería expulsar a Stanislav Redens, el líder de la policía secreta de Ucrania (y su cuñado), y también quería trasladar a Bálitski, su fiel aliado, otra vez a Ucrania desde Moscú, donde había servido de manera breve como segundo al mando del OGPU, una orden que sería ejecutada en octubre. Quería que Kaganóvich volviese a asumir la plena responsabilidad del Partido Comunista de Ucrania. «Encárguese de transformar rápidamente a Ucrania en una fortaleza real de la Unión Soviética, en una república verdaderamente ejemplar. No escatimaremos en gastos para esta tarea».**[109]** Creía que era el momento adecuado para recuperar las tácticas que se habían empleado en el pasado. «Lenin estaba en lo cierto al decir que una persona que no tenga valor para nadar a contracorriente cuando hace falta no puede ser un verdadero líder bolchevique […]».

Asimismo, creía que tenían poco tiempo. «Repito que, sin medidas como esta y otras parecidas (una labor ideológica y política en Ucrania, sobre todo en los distritos de la frontera, etcétera), podríamos perder Ucrania […]».**[110]**

Para Stalin, que recordaba la guerra civil en Ucrania, la posibilidad de perder la república era demasiado peligrosa. En 1919 un levantamiento de campesinos en Ucrania había llevado al Ejército Blanco a unos pocos días de distancia de Moscú, y en 1920 el caos reinante allí había llevado al ejército polaco a las profundidades del territorio soviético. La Unión Soviética no podía permitirse volver a perder Ucrania.

8
Decisiones sobre la hambruna, 1932
Confiscaciones, listas negras y fronteras

Como los judíos a los que Moisés liberó de la esclavitud egipcia, los habitantes pesados, estúpidos y medio salvajes de las aldeas rusas […] se extinguirán y una nueva tribu ocupará su lugar: un pueblo culto, sensato y cordial.

MAXIM GORKI, *O rússkom krestianstv (Sobre el campesinado ruso)*, 1922 **[1]**

En algún momento de la madrugada del 9 de noviembre de 1932 —dos días después de la solemne celebración del decimoquinto aniversario de la revolución— Nadiezhda Serguéievna Allilúieva, la esposa de Stalin, se pegó un tiro con una pequeña pistola. Murió al instante.

Unas horas más tarde un médico examinó el cadáver y afirmó que la causa de la defunción había sido «una herida abierta en el corazón». Poco después, tras intercambiar unas duras palabras con Mólotov y Kaganóvich, el médico cambió de opinión. En el certificado de defunción escribió que la causa había sido una «apendicitis aguda». El círculo más cercano a Stalin tenía muy claro cuál era el motivo político que se encontraba tras este cambio; en el otoño de 1932 todos sabían que el suicidio de Nadia, sin importar cuál hubiese sido la verdadera causa, sería interpretado como una forma de protesta política, incluso como un grito atormentado contra la creciente hambruna.**[2]**

Fuese verdad o no, así es como se recordó el suicidio de Nadia. Años después su hija Svetlana escribió sobre la «terrible y devastadora decepción» que su madre sentía por su padre y sus políticas.**[3]** Un osetio charlatán que había coincidido con Nadia en una fiesta de estudiantes en 1929 recordaba que ella simpatizaba con Bujarin, el rival más importante de Stalin, que se oponía a la colectivización y que por ello perdería su plaza en el Politburó y

después también perdería la vida.[4] La hambruna había sido un tema de conversación habitual entre sus compañeros de la Academia Industrial, y varias personas la habían oído criticar la colectivización. En los últimos años de su vida había sufrido migrañas, dolores de estómago, cambios de humor repentinos y ataques de histeria. En retrospectiva, estas dolencias se han atribuido a una fuerte depresión, y en aquel momento fueron descritas, entre susurros, como síntomas de una conciencia intranquila, de decepción y desesperación.[5]

Claro que la hambruna también desagradaba a otros miembros del entorno más cercano de Stalin. Aquel verano, vigilando tras las cortinas de encaje de sus trenes bien equipados, varios bolcheviques de alto rango vieron cosas que los horrorizaron, y unos pocos tuvieron el suficiente valor para decírselo a su líder. En agosto de 1932, cuando todavía se hallaba en Sochi, Stalin había recibido una carta de Klement Voroshílov, que pronto se convertiría en comisario de Defensa.

> En la región de Stávropol he visto todos los campos sin cultivar. Esperábamos una buena cosecha, pero no la hemos conseguido […]. La verdad es que, vista desde la ventana de mi tren, la región ucraniana parece menos cultivada incluso que el Cáucaso septentrional […]. Siento decirle estas cosas mientras se encuentra de vacaciones, pero no puedo guardar silencio. **[6]**

Otra figura militar de alto rango, el héroe de la guerra civil Semén Budionni, también le escribió a Stalin: «Mirando a la gente desde las ventanas del tren, veo a personas exhaustas con ropa vieja y raída, y nuestros caballos están en los huesos».[7] Cuando Kira Allilúieva, la sobrina de Nadiezhda, viajó a Járkiv para visitar a su tío —Stanislav Redens, que entonces era el jefe del OGPU de Ucrania—, también vio a mendigos en las estaciones de tren, gente demacrada con la barriga hinchada. Se lo contó a su madre y esta se lo dijo a Stalin, quien le quitó importancia a la historia: «Es una niña, se inventa las cosas».[8]

Otros que no eran tan cercanos al líder soviético vieron u oyeron lo mismo. Bujarin ya se había retractado de su punto de vista; en diciembre de 1930 había declarado que ya entendía la necesitad de destruir a los kulaks y de «romper con la vieja estructura».[9] Pero otros no lo habían hecho. Martemián Riutin, un líder del partido de Moscú, fue uno de ellos. A Riutin lo habían expulsado del partido en 1930 por «exponer ideas derechistas y oportunistas», pero a diferencia de Bujarin se había negado a retractarse. Lo arrestaron y luego lo dejaron en libertad. Pero se mantuvo en contacto con otros futuros disidentes y en la primavera de 1932 invitó a una docena de

ellos a que lo ayudaran a redactar un escrito de oposición. En agosto el grupo se reunió en un barrio residencial de Moscú para añadir los toques finales a una plataforma política que exigía el cambio, así como un «Llamamiento a todos los miembros del partido», un escrito más breve.[10] Ambos documentos fueron copiados y distribuidos, a mano y por correo, en Moscú, Járkiv y otras ciudades.

«La Plataforma de Riutin», como pasó a ser conocida, criticaba sin ambages a Stalin. Los autores lo llamaban un «conspirador político sin escrúpulos», se burlaban de él por sus pretensiones de ser el sucesor de Lenin y lo acusaban de tener aterrorizados tanto a los obreros como a los campesinos. Sobre todo, Riutin estaba furioso por los ataques de Stalin contra las zonas rurales soviéticas. Señaló que la política de la «colectivización total» no había sido voluntaria, como afirmaba la propaganda, y que no había tenido éxito. Más bien al contrario.

> Se basa en formas directas e indirectas de la extorsión más dura, diseñada para obligar a los campesinos a unirse a las granjas colectivas. No se basa en la mejora de sus condiciones, sino en su expropiación directa e indirecta y en su empobrecimiento masivo […] en este momento los gritos de Stalin a los kulaks son tan solo una forma de aterrorizar a las masas y de ocultar la quiebra del propio líder.

Riutin escribió que no eran solo errores, sino crímenes. Hizo un llamamiento a sus compañeros disidentes para organizar un levantamiento.

> En la lucha para destruir la dictadura de Stalin, ante todo no debemos depender de los antiguos líderes, sino de las nuevas fuerzas. Estas fuerzas existen, crecerán deprisa. Surgirán inevitablemente nuevos líderes, nuevos organizadores de masas, nuevas autoridades […]. Una lucha da vida a nuevos líderes y héroes. Debemos empezar a hacer algo.[11]

Este era un lenguaje claramente bolchevique, lo que podría explicar por qué Stalin, cuando lo leyó, se lo tomó tan en serio. Había visto pasión revolucionaria en otras ocasiones y sabía que podía volver a estallar. Después del soplo de un informante al OGPU en septiembre, no mostró piedad. En cuestión de días el Partido Comunista expulsó y arrestó a veintiuna personas, entre ellas el hijo de Hrihori Petrovski, el presidente del Sóviet Supremo de Ucrania, y también al propio Riutin. Todos fueron acusados de contrarrevolucionarios y ejecutados, al igual que lo serían, a su debido tiempo, la esposa y los dos hijos adultos de Riutin.[12] En los años siguientes, haber leído «La plataforma de Riutin» o incluso haber oído hablar de ella se convirtió en un delito penado con la muerte.

Stalin debió de suponer que mucha gente compartía el punto de vista de Riutin, sobre todo en los escalafones más bajos del partido y entre la gente

que mantenía un contacto diario con la población rural hambrienta, ya que el asunto de Riutin acentuó su sensibilidad hacia otras señales de descontento. Durante el verano de 1932 había estado leyendo informes de toda la Unión Soviética, incluidos los más alarmantes documentos sobre Ucrania. A principios de septiembre llegaron más. El OGPU afirmó haber descubierto un grupo contrarrevolucionario en el Cáucaso septentrional que se oponía a la política soviética porque «el ritmo de la colectivización total ha sido demasiado elevado».[13] En toda la Unión Soviética había policías secretos que advertían a sus superiores acerca de las «nuevas tácticas de los kulaks», que ahora incluían «falsas» quejas de desnutrición. Se les recomendó investigar. «Allí donde se descubra un caso en el que la hambruna sea fingida, debemos considerar a los perpetradores elementos contrarrevolucionarios».[14]

La muerte de Nadia, el asunto Riutin, las preocupantes cartas de los colegas más cercanos y las escuetas misivas desde las zonas rurales alimentaron la creciente paranoia de Stalin aquel otoño. El descontento proliferaba a su alrededor, y de pronto la posibilidad de una contrarrevolución parecía real. Los historiadores han considerado durante mucho tiempo que los acontecimientos del verano y el otoño de 1932 fueron los catalizadores de los arrestos y las ejecuciones en masa de 1937 y 1938, lo que más tarde se conocería como el Gran Terror.[15] Sin embargo, también fueron el trasfondo directo de una extraordinaria serie de decisiones que afectaban a Ucrania.

En otoño aún se podría haber dado marcha atrás. El Kremlin podría haber ofrecido ayuda alimentaria a Ucrania y a las otras regiones productoras de cereal de la Unión Soviética, tal y como había hecho el régimen en 1921 y como había empezado a hacer, a tropezones, a principios de ese mismo año. El Estado podría haber redistribuido todos los recursos disponibles o podría haber importado alimentos desde el extranjero. Incluso podría haber pedido, al igual que en 1921, la ayuda de otros países.

En vez de ello, Stalin comenzó a usar un lenguaje duro cada vez que hablaba de Ucrania y del Cáucaso septentrional, una provincia rusa que era en buena medida ucraniana. «Asuma usted la tarea de transformar con rapidez a Ucrania en una fortaleza real de la Unión Soviética, en una república verdaderamente ejemplar —fueron las palabras de Stalin a Kaganóvich en agosto—. Maldiga a los dirigentes del Cáucaso septentrional por el mal trabajo que han hecho en la confiscación de cereal», afirmó.[16] Otros repitieron sus palabras. A principios de octubre, Stanislav Kosior, el secretario general del Partido Comunista de Ucrania, acusó a los funcionarios

de distrito que no habían sido capaces de hacer acopio de suficiente cereal de mostrar «actitudes derechistas». Unos días más tarde, tras una semana en que las provincias ucranianas produjeron tan solo un 18 por ciento de la cuota asignada, el Politburó de Ucrania, alarmado, envió una carta a los líderes locales advirtiéndoles de que les quedaba «poco tiempo» y exigiéndoles «poner fin a la actitud relajada de los organismos del partido y el Estado».[17] Poco después, Mólotov llegó a Járkiv y Kaganóvich se dirigió al Cáucaso septentrional para «luchar contra el enemigo de clase que saboteaba la siembra y la recolección de cereal».[18]

De todas formas, en noviembre de 1932 ya estaba claro que la cosecha de otoño no cumpliría con el plan. En la Unión Soviética fue un 40 por ciento inferior de lo que habían previsto los organizadores, y en Ucrania un 60 por ciento menor.[19] Curiosamente, el descenso total de la producción no fue tan drástico como lo había sido en 1921, y durante los siguientes años permaneció bastante estable. En toda la Unión Soviética, de 1931 a 1932 se cosecharon un total de 69,5 millones de toneladas de cereal (en comparación con los 83,5 millones de 1930 a 1931), y de 1932 a 1933 fueron 69,9 millones de toneladas. De 1933 a 1934 la Unión Soviética cosechó 68,4 millones de toneladas, y de 1934 a 1935 la cifra fue de 67,6 millones. Aun así, las exigencias poco realistas del Estado a los campesinos —la esperanza de que alcanzaran unos objetivos imposibles— creó la sensación de que habían fracasado por completo. A su vez, la insistencia en que los campesinos entregasen el cereal que Stalin creía que debía existir condujo a una catástrofe humanitaria.[20]

Aquel otoño las políticas de Stalin causaron inexorablemente una hambruna en todas las regiones productoras de cereal de la Unión Soviética. Pero en noviembre y diciembre de 1932 metió el dedo aún más en la llaga de Ucrania y agravó deliberadamente la crisis todavía más. Paso a paso, utilizando un lenguaje burocrático y una farragosa terminología jurídica, la cúpula dirigente soviética, con la ayuda de sus atemorizados camaradas ucranianos, generó una hambruna dentro de la hambruna, un desastre dirigido en especial a Ucrania y a los ucranianos.

Ese otoño se creó la hambruna que hoy en día se recuerda como el Holodomor, mediante varios conjuntos de normativas sobre las confiscaciones, las granjas y aldeas incluidas en las listas negras, los controles fronterizos y el fin de la ucranianización (junto con un bloqueo informativo y registros extraordinarios, con el propósito de eliminar todo lo comestible de los hogares de millones de campesinos).

El Holodomor, a su vez, tuvo el resultado esperado: el movimiento nacional ucraniano desapareció por completo de la política y la vida pública soviéticas. Los dirigentes bolcheviques habían aprendido la «cruel lección de 1919», y Stalin no tenía intención alguna de repetirla jamás.

CONFISCACIONES

En julio de 1932 Stalin había barajado la idea de reducir las exageradas demandas de cereal de Ucrania para parecer así más benévolo. En otoño, cuando empezaba a quedar claro que el territorio ni siquiera se acercaría a la cifra requerida, cambió de táctica. A Ucrania se le «permitiría» producir menos de lo exigido, incluso setenta millones de *puds* menos (1,1 millones de toneladas), pero eso significaba que la nueva cuota —que seguía siendo poco realista— se debía satisfacer íntegramente. El 29 de octubre Mólotov envió un telegrama a Stalin confirmándole lo que les había dicho a los ucranianos: el resto del plan debía «cumplirse sin condiciones, por completo, sin reducir ni un gramo».[21]

El 18 de noviembre los comunistas de Ucrania satisficieron los deseos del líder. El partido aprobó una resolución en virtud de la cual «la tarea principal de todas las granjas colectivas es el cumplimiento íntegro de los planes de suministro de cereal», que debían priorizarse por encima de cualquier otra cosa, incluyendo la acumulación de reservas de grano, de reservas de semillas, de pienso para los animales y, peor aún, del abastecimiento diario de alimentos. En la práctica, tanto los granjeros particulares como los koljosianos tenían prohibido guardar nada en absoluto. Incluso aquellos a los que antes se les permitía conservar grano debían entregarlo. Cualquier koljosiano que cultivase cereal para su familia en una parcela privada estaba ahora obligado a entregarlo también.[22] No se aceptaban excusas.

Unas pocas semanas después de dar esta orden, Kaganóvich fue a Ucrania para asegurarse de que se estaba cumpliendo. Tras otra turbulenta reunión del Politburó, que duró hasta las cuatro de la madrugada, envió un telegrama a Stalin. Un sinfín de comunistas ucranianos le habían rogado que a los campesinos se les permitiese guardar algunas reservas para su consumo y algunas semillas para la cosecha del año siguiente, pero le aseguró que se había mantenido firme. «Estamos convencidos de que esta “preocupación” por las reservas, incluidas las de semillas, está obstaculizando y minando seriamente todo el plan de acopio de grano».[23] Dos días más tarde, el 24 de diciembre, el Partido Comunista de Ucrania dejó de ofrecer resistencia. Los

líderes cedieron por completo y dieron a todas las granjas colectivas que no estaban rindiendo lo suficiente un plazo de «cinco días para enviar, sin excepciones, todas las reservas de la granja, incluidas las semillas para la siembra».[24]

El cereal no era el único alimento que Moscú pretendía arrebatarle a Ucrania. Durante los últimos años de malas cosechas y mal tiempo, los campesinos habían sobrevivido gracias a su ganado y a las hortalizas que cultivaban en sus huertos. Tras la mala cosecha de 1924, los ingenieros agrónomos soviéticos se fijaron en que la industrias láctea y avícola en realidad habían crecido.[25] Pero en el otoño de 1932 las granjas particulares y colectivas de bajo rendimiento no solo debían entregar sus reservas de semillas, sino que también debían pagar una sanción en forma de carne —una «cuota de quince meses de productos cárnicos del ganado de las granjas colectivas y privadas»— y otra en forma de patatas, que consistía en «una cuota anual de patata». A efectos prácticos esta ley obligaba a las familias a ceder las pocas patatas que aún tuviesen guardadas y a entregar el ganado que les quedase, incluidas las vacas familiares que se les había permitido tener a partir de marzo de 1930.[26]

Para asegurarse de que nadie se quejaba de esas órdenes o se oponía a ellas, el 1 de enero de 1933 Stalin envió un telegrama a los dirigentes del Partido Comunista de Ucrania en Járkiv exigiéndoles que utilizasen la ley del 7 de agosto sobre el «robo de la propiedad estatal» para acusar a los integrantes de las granjas colectivas y particulares que presuntamente escondían grano.[27] El historiador Stanislav Kulchitski ha defendido que este telegrama, enviado por el mismísimo jefe del partido en aquel momento de exaltación, era una señal para dar inicio a los registros y las acusaciones en masa. Este punto de vista no se sustenta en pruebas sólidas, es solo una interpretación; Stalin jamás escribió o conservó ningún documento en el que ordenara la hambruna. Pero en la práctica aquel telegrama obligó a los campesinos ucranianos a tomar una dura decisión. Podían entregar sus reservas de cereal y morir de hambre, o podían esconder parte de las reservas y arriesgarse a que los arrestasen, los ejecutasen o les confiscasen el resto de su comida, de forma que también acabarían muriendo de hambre.[28]

Dos semanas y media después el Gobierno soviético emitió otra orden cuyo objetivo era, según parece a primera vista, amortiguar el golpe. En una declaración redactada de forma extraña, el Consejo de Ministros criticó los métodos irregulares de acopio de alimentos que se habían utilizado en todo el país —los planes, sus fracasos, los planes adicionales— y pidió que, en lugar

de ello, los campesinos pagasen un impuesto en forma de un porcentaje fijo de su producción. Pero añadía una advertencia: el impuesto no entraría en vigor hasta 1933. Hasta entonces continuarían las letales confiscaciones.[29] En otras palabras, Stalin sabía que los métodos que estaban utilizando eran perjudiciales y que fracasarían. Sin embargo, permitió que continuaran durante varios fatídicos meses en los que murieron millones de personas.[30]

Sin duda, durante el invierno de 1933 no ofreció ayuda alimentaria adicional ni tampoco moderó la recolección de grano. Las exportaciones siguieron saliendo de la Unión Soviética, si bien a un menor ritmo que en el pasado. Desde la primavera de 1932 los funcionarios soviéticos encargados del comercio internacional se habían quejado del descenso de la cantidad de cereal destinado a la exportación. En Odesa los responsables de los envíos también se quejaban de que recibían cereal de mala calidad y mal empaquetado. Tiempo atrás, a los funcionarios soviéticos se les había indicado específicamente que llevasen a cenar y halagasen a los empresarios occidentales para compensar el hecho de que los envíos de grano salían tarde o no llegaban a hacerse.[31] Es muy probable que en 1933 tales gestos fuesen necesarios, ya que, como se ha señalado antes, los niveles de exportación habían caído en picado.[32]

Pero las cifras nunca bajaron hasta cero. Las exportaciones de otros tipos de alimentos tampoco cesaron. En 1932 la Unión Soviética exportó más de 3.500 toneladas de mantequilla y 586 toneladas de beicon solo desde Ucrania. En 1933 dichas cifras ascendieron a 5.433 toneladas de mantequilla y 1.037 toneladas de beicon. En ambos años los exportadores soviéticos siguieron enviando huevos, aves de corral, manzanas, frutos secos, miel, mermelada, pescado enlatado y verdura y carne enlatadas, alimentos que podrían haber ayudado a alimentar a Ucrania.[33]

LISTAS NEGRAS

En noviembre y diciembre de 1932, mientras se asumía la importancia de las nuevas órdenes «incondicionales» sobre las confiscaciones, el Partido Comunista de Ucrania amplió y formalizó el sistema de las listas negras de la república. El término «lista negra» (*chorna doshka*, que literalmente significa «tabla negra») no era nuevo. Desde sus primeros días en el poder, los bolcheviques habían estado luchando contra el problema de la baja productividad. Ya que ni los jefes ni los trabajadores de las empresas estatales tenían incentivos comerciales por los que trabajar ni mucho ni bien, el Estado

creó complejas estrategias para recompensarlos y castigarlos. Entre otras cosas, varias fábricas comenzaron a escribir los nombres de sus trabajadores más competentes en «tablas rojas» y los de los trabajadores menos competentes en «tablas negras». En marzo de 1920 el propio Stalin había pronunciado un discurso en el Donbás y había mencionado específicamente la necesidad de «favorecer a un grupo por encima del otro» y de recompensar con «medallas rojas» a los líderes de la brigada de trabajadores, «como en una operación militar». Al mismo tiempo, a los camaradas que evitaban trabajar había que «sacarlos de los pelos». «Para ellos necesitamos tablas negras». Durante la guerra civil, entre 1919 y 1921, los bolcheviques habían puesto a pueblos enteros en las listas negras cuando estos no llegaban a satisfacer los requisitos de la confiscación de cereal.[34]

En 1932 la lista negra regresó como una herramienta para reforzar la política de acopio de cereal. A pesar de que hasta cierto punto se utilizaron en todas las regiones productoras de cereal de la Unión Soviética, en Ucrania las listas negras se aplicaron antes y de manera más extendida y rigurosa. Desde principios de año, las autoridades provinciales y locales habían empezado a añadir granjas colectivas a las listas negras, así como cooperativas e incluso aldeas enteras que no habían cubierto sus cuotas de grano, y las sometieron a diversos castigos y sanciones. A finales del verano los líderes locales ampliaron las listas. En noviembre la práctica era ya algo extendido, ampliándose hasta incluir aldeas y granjas colectivas de casi todos los distritos de Ucrania.[35]

Los nombres de las aldeas que aparecían en las listas negras se publicaban en los periódicos de toda la república, junto con el porcentaje de la cuota de cereal que habían satisfecho. Por ejemplo, en septiembre de 1932 apareció uno de esos artículos en la provincia de Poltava, titulado simplemente «La lista negra» y rodeado por un marco negro. La lista contaba con siete aldeas, cada una de las cuales había alcanzado entre un 10,7 y un 14,2 por ciento del plan anual.[36]

Ya que en cada provincia de Ucrania los registros se llevaban por separado, es difícil determinar el número total de entidades que aparecieron en estas listas Pero a finales de año había cientos, quizá miles de aldeas, granjas colectivas y granjas particulares en las listas negras de toda la república.[37] Había al menos setenta y nueve distritos íntegros en las listas, y casi la mitad de todos los distritos de la república, ciento setenta y cuatro, lo estaban solo en parte.[38] A pesar de que eran dirigentes locales los que reunían los nombres, Moscú se mostró muy interesado en el proceso.

Kaganóvich presionó él mismo para que el sistema de las listas negras se extendiese a Kubán, la provincia del Cáucaso septentrional que era históricamente cosaca y de mayoría ucranianohablante.[39] Varios años atrás Kubán había recibido una atención negativa, cuando los fanáticos de la ucranianización habían empezado a promover el idioma en el territorio. Ahora el propio Kaganóvich tomó el mando de una comisión creada para combatir el doble problema de las entregas de cereal y el patriotismo en la provincia. El 4 de noviembre los dirigentes del Cáucaso septentrional publicaron debidamente una lista negra de quince asentamientos cosacos (*stanitsi*).

Después hubo una serie de sanciones a las granjas y aldeas que aparecían en las listas. En un telegrama enviado a todas las provincias, el Comité Central de Ucrania prohibió comprar bienes manufacturados o industriales a todos los distritos de la lista que no hubieran alcanzado los objetivos de entrega de cereal. En la primera orden se hizo una excepción con el queroseno, la sal y las cerillas. Dos semanas más tarde, en un telegrama enviado desde Moscú, Mólotov ordenó a Kosior que también prohibiese la posesión de esos tres artículos. Tras la entrada en vigor de la prohibición, cualquier campesino que tuviese alimentos pronto se encontraría con problemas para poder cocinarlos.[40]

Luego se impuso una prohibición total del comercio. Unos meses antes un decreto había prohibido a los campesinos comerciar con cereal y productos cárnicos si sus granjas no habían cubierto las cuotas de confiscación. Ahora, los distritos que no habían cumplido con los objetivos de la adquisición de grano —lo que incluía a la mayor parte de Ucrania— ya no podían comerciar legalmente con cereal, semillas, harina o pan. Se podía arrestar a cualquiera que fuera descubierto vendiendo algo. Los policías se incautaron del grano o del pan a la venta en los mercadillos. Los campesinos que vivían en las granjas que cultivaban menos de lo debido no podían comprar cereal, ni conseguirlo mediante trueques, ni obtenerlo o poseerlo de manera legal.

El siguiente decreto del Politburó purgó a los «elementos contrarrevolucionarios» de las comunidades que aparecían en las listas negras. Los activistas locales de Kubán se ganaron el derecho a llevar a cabo sus propios «juicios» contra los saboteadores locales, y en las semanas siguientes deportaron a cuarenta y cinco mil personas. Para sustituirlas mandaron traer a soldados del Ejército Rojo desmovilizados y a otros extranjeros.[41] Kaganóvich no tenía dudas sobre cuál era el objetivo de la lista negra de Kubán. Tal y como le escribió a Stalin, quería que «todos los cosacos de Kubán sepan que en 1921 los del Térek que opusieron resistencia

fueron deportados. Justo igual que ahora: no podemos permitirles que en las tierras de Kubán, en sus doradas tierras, se nieguen a sembrarlas y en cambio nos estorben».[42]

En Ucrania las listas negras también servían como una lección sobre lo disparatada que era la resistencia. A diferencia de Rusia y Bielorrusia, donde el término «lista negra» se limitaba a los productores de cereal, en Ucrania también se podía aplicar a casi cualquier entidad. Había distritos enteros en las listas. Estaciones de Máquinas y Tractores, compañías madereras y todo tipo de empresas provinciales que apenas estaban relacionadas con la producción de cereal también aparecían en las listas. En palabras de un historiador, «la lista negra se convirtió en un arma universal dirigida contra todos los habitantes de las zonas rurales» de Ucrania.[43] Las listas negras no solo afectaron a los campesinos, sino también a artesanos, enfermeras, profesores, dependientes, funcionarios, etcétera, a cualquiera que viviese en una aldea incluida en las listas o que trabajase en una empresa que se encontrase en la misma situación.

A medida que aumentaba el número de personas afectadas, también cambiaba la definición de lo que significaba estar en una lista negra. Como todos los habitantes de las regiones que no habían alcanzado los objetivos en materia de cereal, los que estaban en las listas negras no podían recibir ningún tipo de artículo manufacturado, incluidos el queroseno, la sal y las cerillas gracias a Mólotov. Los activistas también les obligaron a devolver a las autoridades centrales cualquier bien manufacturado —ropa, muebles, herramientas— que tuviesen en las tiendas y almacenes.

A continuación vinieron las sanciones económicas; las granjas y empresas que aparecían en las listas negras ya no podían recibir ningún tipo de crédito. Si tenían préstamos pendientes debían reembolsarlos enseguida. En algunos casos confiscaron todo su dinero; el Estado podía cerrar sus cuentas bancarias y obligar a los empleados a saldar las deudas colectivas. El Estado prohibió moler grano, con lo que fue imposible elaborar harina (si es que podían conseguir grano) para luego hacer pan. Las granjas de las listas no podían recibir servicios de la Estación de Máquinas y Tractores, lo que significaba que todo el trabajo de la granja debía realizarse a mano o con ganado.[44] En algunos lugares había brigadas especiales o equipos de soldados o policías secretos que se aseguraban de que las listas negras se respetasen, bloqueando el comercio con la aldea, la granja o el distrito.[45]

En ocasiones había granjas específicas que recibían sanciones adicionales. Después de que la aldea de Horodishche, en el distrito de Voroshílov de la

provincia de Donetsk, fuera incluida en la lista negra en noviembre de 1932, las autoridades locales se fijaron en que las normas no estaban teniendo un gran impacto. Horodishche se encontraba cerca de la gran estación ferroviaria de Debáltseve, donde se daba una gran cantidad de comercio ilegal. Varios de los aldeanos eran artesanos o trabajaban en las minas cercanas, tenían muchos contactos además de parcelas de tierra privadas y estaban encontrando formas de hacerse con los productos que necesitaban. Peor aún, Horodishche tenía un historial sospechoso; el informe del comité del partido local señalaba que, durante la guerra civil, la aldea había acogido a varios «grupos de bandidos, cuatreros y demás». En la aldea la colectivización también se había «topado con una resistencia activa» a causa de una «gran comunidad kulak». Los dirigentes del distrito decidieron endurecer las normas solo en Horodishche. Exigieron la devolución anticipada de un préstamo de veintitrés mil quinientos rublos que la granja colectiva había suscrito; se incautaron de tres tractores; confiscaron todas las existencias de semillas que había en la aldea; impusieron «multas» cárnicas —lo que significaba la confiscación del ganado — y se quedaron con las parcelas de los mineros. Asimismo, organizaron el despido de ciento cincuenta personas de sus puestos de trabajo en las fábricas locales porque sus familias no habían entregado el grano. Al final, arrestaron y juzgaron a los jefes de la granja colectiva y advirtieron a todos los vecinos de la aldea de que, si no ponían fin al «sabotaje», serían deportados y sustituidos por «koljosianos concienzudos». Confiscarían sus hogares y los entregarían a los «trabajadores industriales que necesitaban un lugar donde alojarse».[46]

Al parecer, las listas negras tenían el propósito de convencer a los campesinos sancionados de que debían trabajar más y producir más cereal. A efectos prácticos, tuvieron un resultado bastante distinto. Sin grano, ganado, aperos, dinero ni crédito, sin capacidad de comerciar ni de abandonar su lugar de trabajo, los habitantes de las aldeas incluidos en las listas no podían cultivar, preparar o comprar absolutamente nada que llevarse a la boca.

FRONTERAS

A medida que el hambre aumentaba entre los campesinos, surgió otro problema: cómo evitar que la gente hambrienta abandonase sus hogares en busca de algo que comer.

No era un problema nuevo. Ya en 1931 el OGPU había advertido de un éxodo «sistemático» de campesinos de las aldeas ucranianas, y la cifra había

seguido aumentando.[47] Sus propias estadísticas mostraban que el número de trabajadores rurales estaba descendiendo con rapidez, ya que miles de personas estaban huyendo de las granjas colectivas.[48] De pronto, en enero de 1932 el problema empeoró. En un informe que envió a Stalin, Vsévolod Bálitski, que aún era el jefe del OGPU de Ucrania, calculó que el mes anterior más de treinta mil personas habían huido de la república.[49] Un año después el OGPU de Ucrania hizo un cálculo aún más preocupante: entre el 15 de diciembre de 1932 y el 2 de febrero de 1933 unos noventa y cinco mil campesinos habían abandonado sus hogares. El OGPU estuvo a punto de admitir que la gente se estaba marchando porque se moría de hambre —«la mayoría de los que huyen son granjeros particulares y kulaks que no han conseguido satisfacer sus obligaciones en materia de acopio de cereal y que tienen miedo de enfrentarse a la represión»—, pero reconoció que algunos de los que habían escapado se veían «afectados por problemas relacionados con el abastecimiento de alimentos».[50]

Algunos cruzaban la frontera de Ucrania en busca de comida en Rusia. «Cuando se quedó sin patatas —recordaba un obrero ucraniano—, la gente empezó a ir a las aldeas de Rusia y a intercambiar su ropa por alimentos. Curiosamente, después de Járkiv, donde empieza el territorio ruso, no había hambruna».[51] Es cierto, puesto que ya a principios de 1932 los funcionarios de los distritos rusos colindantes con la frontera con Ucrania habían empezado a quejarse de la afluencia de ucranianos. «Multitudes» de personas, familias enteras con niños pequeños y ancianos llegaban a raudales por la frontera, tratando de comprar o mendigar pan. «La situación se está volviendo peligrosa», escribió un funcionario local ruso. Su carta también mencionaba la amenaza «moral» que suponían los hambrientos recién llegados y el aumento de los robos.[52]

Unas pocas semanas después un grupo de trabajadores bielorrusos escribieron una carta al Partido Comunista de Ucrania. Se quejaban de que había ucranianos hambrientos obstaculizando las carreteras y las vías férreas.

> Es vergonzoso; cuando miras a estos muertos de hambre errantes y cuando les preguntas por qué no siguen trabajando, responden que no hay semillas para sembrar, que no hay nada que hacer en sus granjas colectivas y que andan escasos de suministros […] un hecho es un hecho: millones de personas deambulan desnudas y famélicas por los bosques, las estaciones, los pueblos y las granjas de Bielorrusia, mendigando trozos de pan.[53]

Pero los ucranianos siguieron huyendo, sobre todo porque era verdad que en Rusia y Bielorrusia había más comida disponible. A finales de octubre de 1932 el padre de una niña llegó hasta Leningrado. Partió en secreto, en mitad

de la noche, y su familia se las arregló para unirse a él semanas más tarde, viajando por las estaciones llenas de ucranianos hambrientos. «En ese momento ni Moscú ni ninguna otra ciudad cercana estaban pasando hambre —recordaba la que era la niña—. Solo Ucrania tenía el honor de poseer esa corona de espinas». Por realizar aquel arduo viaje hasta el norte, la familia entera sobrevivió.[54]

Otros también lo consiguieron: en enero de 1933 el OGPU observó que en la estación de Lozová se habían vendido dieciséis mil quinientos billetes de larga distancia y en Sumi otros quince mil; ambas ciudades estaban en la provincia de Járkiv, en el norte de Ucrania.[55] Otras decenas de miles de personas estaban tratando de huir con ellos. A finales de 1932 las estaciones de toda Ucrania estaban ya abarrotadas de gente raquítica y andrajosa que intentaba mendigar comida y billetes, ya que muchos de ellos no tenían dinero. Un chico que viajaba para reunirse con su madre vio cadáveres en la estación ferroviaria de Járkiv, y presenció cómo una joven cogía huesos de pollo del suelo del restaurante de la estación y comenzaba a roerlos. Los que conseguían subirse al tren se escondían tras los asientos; el revisor los expulsaba, pero se subían aún más.[56] Eran los mismos que habían inquietado a Voroshílov, Budionni y Kira Allilúieva en el verano de 1932. En el otoño del mismo año y en el invierno de 1933 la cifra no cesó de aumentar aún más.

Otros se marcharon en barco. En la ciudad georgiana de Batumi, en la costa del mar Negro, uno de los varios cónsules italianos especialmente observadores estimó que en enero de 1933 «todos los barcos de vapor que llegan desde Odesa —tres a la semana— suelen traer a entre mil y dos mil ucranianos». Parece que los ucranianos habían intentado con anterioridad comprar comida en Batumi, harina o semillas que pudiesen comer en casa o vender a cambio de un dinero. Pero, a finales de otoño, el movimiento masivo de personas se había convertido en un aluvión de refugiados, con miles de personas tratando de asentarse «donde los medios de subsistencia y las oportunidades de obtener alimentos son más abundantes».[57]

Al igual que en 1930, algunos campesinos también intentaron abandonar el país. Maria Błaz’ejewska, de etnia polaca, entró en Polonia desde Ucrania en octubre de 1932 fingiendo ser una lavandera. Mientras hacía la colada en el río Zbruch, que en aquella época servía de frontera, cruzó desapercibidamente al otro lado. Dos de sus hijos realizaron la peligrosa travesía con ella; a un tercero ya lo habían deportado al Lejano Oriente. «Desde 1932 —le dijo a un policía fronterizo polaco— la vida en la Rusia soviética […] se ha convertido en una tortura insoportable porque las

autoridades del país empezaron a llevarse casi todo nuestro grano y nuestro ganado, dejándome con una cantidad ínfima que no era suficiente ni para el más modesto nivel de vida».[58] Leon Woz'niak, de quince años, también escapó en octubre. «Nos expulsaron de nuestra propia casa […] mi hermano y yo trabajábamos en los bosques, pero no nos podíamos ganar la vida con eso. Como ahora ya no hay trabajo y me estaba muriendo de hambre, el 15 de octubre escapé de la Rusia soviética y entré en Polonia junto con mi madre, Małgorzata, y mi hermano, Bronisław».[59]

Otros trataron de huir del mismo modo, pero fracasaron en el intento. Unos meses después de que Maria y Leon cruzaran la frontera, sesenta personas intentaron cruzar en grupo el río Zbruch. Solo catorce lo consiguieron; el resto se ahogaron o fueron abatidos por guardias fronterizos. Otras doscientas cincuenta familias intentaron cruzar la frontera en el invierno de 1932 a 1933. En diciembre, el ministro de Interior polaco creó una comisión especial para los refugiados ucranianos, que incluía a un representante de la Cruz Roja y a otro de la Sociedad de Naciones.[60]

Aun así, otros también intentaron caminar, cabalgar o subirse a trenes con destino a las ciudades ucranianas. Si se marchaban lo bastante pronto, tenían familiares con los que reunirse y contaban con fuerzas suficientes para trabajar, a veces lo conseguían. Antes de eso muchos «kulaks» se habían librado de la deportación al mudarse a Kiev y Járkiv, así como a las minas y las fábricas del Donetsk. Pero a finales de 1932 el número de personas empezó a multiplicarse, y las ciudades, sobre todo Kiev, Járkiv y Odesa, ya no podían lidiar con la situación. Un memorialista recordaba el «ambiente de inquietud» que se respiraba en Járkiv en el otoño de 1932.

> No había comida. Había largas colas, y en los periódicos había mucho ruido sobre el acopio de cereal, sobre el modo en que se suponía que los elementos antisoviéticos, los llamados *kurkuls* o kulaks, estaban escondiendo el grano para que el Gobierno no lo encontrara […]. El pan, que podía conseguirse con cartillas de racionamiento, solo se vendía de vez en cuando. Las hileras se empezaban a formar por la noche, pero la milicia solía dispersarlas a menudo. Para ocultar la situación, el pan no se entregaba en las tiendas sino al aire libre.[61]

Con la llegada de más campesinos al centro de Járkiv, las cosas empeoraron. Era fácil identificarlos por su ropa harapienta y los pies descalzos; a causa del sistema *trudodní* de racionamiento, no tenían dinero y no podían comprar alimentos ni ropa. Por instinto, los ciudadanos, que también tenían muy poca comida y dependían del racionamiento, se mantenían alejados de ellos. En invierno, los campesinos de la ciudad apenas estaban en una situación mejor que los que se habían quedado en casa.

> Había varios aldeanos deambulando por las calles de la ciudad. Te los encontrabas en todas partes. Eran de edades diversas: ancianos, jóvenes, niños y bebés. Su deterioro físico era evidente por la lentitud con la que movían el cuerpo. En su rostro demacrado y en ocasiones hinchado se había apagado la luz de su triste mirada. Estaban hambrientos, exhaustos, andrajosos, sucios, ateridos de frío y mugrientos. Algunos se atrevían a llamar a la puerta de los vecinos o tocaban alguna ventana, y algunos apenas eran capaces de extender la mano para mendigar. Había otros que se sentaban apoyados en las paredes, se quedaban quietos y no decían ni una palabra.[62]

Otro memorialista recordaba a los campesinos en los mercados.

> Las madres que llevaban bebés en los brazos eran las que más impresionaban. No solían mezclarse con los otros. Recuerdo ver a una de esas madres que parecía más una sombra que un ser humano. Estaba de pie a un lado del camino, y su pequeño bebé esquelético, en vez de mamar del pecho seco de su madre, se chupaba los pequeños nudillos cubiertos por una fina piel traslúcida. No tengo ni idea de cuántos de los desafortunados a los que vi consiguieron sobrevivir. Todas las mañanas, de camino al trabajo, veía cadáveres en la acera, en cunetas, bajo un arbusto o un árbol, que luego eran retirados.[63]

Como resultado de esa afluencia, las autoridades municipales se encontraron tratando de hacer frente al mismo tiempo a varios tipos de crisis. Los huérfanos inundaron los orfanatos de las ciudades, ya que muchos padres abandonaron a sus hijos con la esperanza de que así pudieran sobrevivir. Los cadáveres causaron una crisis sanitaria. En enero de 1933 se tuvieron que retirar cuatrocientos de las calles de Kiev; en febrero la cifra ascendió a quinientos dieciocho, y solo en los primeros ocho días de marzo fueron doscientos cuarenta y ocho.[64] Y esas eran solo las cifras oficiales. Varios testigos de Kiev y Járkiv recuerdan camionetas que circulaban por la ciudad y hombres que retiraban a los muertos de las calles y los cargaban en los vehículos. Por la forma en que lo hacían, no parecía que nadie se hubiese planteado contarlos.

Los mendigos de las zonas rurales aumentaban la presión sobre los ciudadanos que también se estaban quedando cortos de comida. Los ánimos se caldearon con especial rapidez en Járkiv. Esa primavera el cónsul de Italia informó de que varios miles de personas habían atacado a los milicianos encargados de distribuir pan en un barrio residencial. En otra parte de la ciudad un grupo enfurecido atacó dos panaderías, robó la harina y destrozó los edificios. La policía empezó a utilizar medidas preventivas especiales a modo de respuesta. Un día, en torno a las cuatro de la madrugada, según informó el cónsul, la policía de Járkiv bloqueó las calles laterales que rodeaban una panadería donde cientos de personas se habían pasado toda la noche esperando a que abriesen las puertas. Los hicieron retroceder a golpes y

los obligaron a dirigirse hacia la estación ferroviaria. Ahí, los metieron a la fuerza en trenes y los llevaron fuera de la ciudad.

La afluencia desmoralizaba aún más a las zonas rurales, porque la migración en masa hacía que la vida fuese más difícil para los que se quedaban atrás. Por pura desesperación, en el otoño de 1932 un miembro del Partido Comunista de Vínnitsia le escribió una carta a Stalin suplicando ayuda.

> Todos los campesinos se están mudando y están abandonando las aldeas para salvarse de la hambruna. En las aldeas, cada día mueren de hambre entre diez y veinte familias, los niños huyen adonde pueden, todas las estaciones de tren están llenas de campesinos que tratan de escapar. En el campo no quedan caballos ni vacas. Los campesinos famélicos de las granjas colectivas lo dejan todo atrás y desaparecen […] es imposible hablar siquiera de completar la campaña de siembra, porque el pequeño porcentaje de campesinos que quedan están consumidos por el hambre.[65]

Lo que de verdad preocupaba a las autoridades soviéticas era la importancia política de esta migración en masa. En toda la Unión Soviética, en el extremo septentrional y en el extremo oriental, en los territorios ucranianohablantes de Polonia y de Ucrania, los ucranianos itinerantes no solo estaban difundiendo noticias sobre la hambruna, sino que también llevaban consigo sus actitudes presuntamente contrarrevolucionarias. Cuando su número aumentó de forma drástica, el Gobierno soviético afirmó por fin que ya no cabía ninguna duda: «la fuga de aldeanos y el éxodo de Ucrania del año pasado y de este año están [siendo] organizados por los enemigos del Gobierno soviético […] y agentes de Polonia con el objetivo de difundir la propaganda entre los campesinos».

Encontraron una solución. En enero de 1933 Stalin y Mólotov simplemente cerraron las fronteras de Ucrania. Cualquier campesino ucraniano descubierto fuera de la república era devuelto a su lugar de origen. Dejaron de vender billetes de tren a los aldeanos ucranianos. Solo aquellos con permiso podían abandonar su hogar, y por supuesto no concedían permisos.[66] Las fronteras del Cáucaso septentrional, un distrito considerablemente ucraniano, también se cerraron, y en febrero también se bloqueó el distrito del Volga Bajo.[67] Los cierres fronterizos se mantuvieron durante toda la hambruna.

Por otro lado, se continuó trabajando en un sistema de pasaportes internos, por fin establecido en diciembre de 1932. A efectos prácticos, ello significaba que todos los residentes de la ciudad necesitaban un pasaporte especial, un documento de residencia, y a los campesinos se les impedía de forma explícita conseguirlos. Junto con esta nueva ley, se iban a eliminar de Járkiv,

Kiev y Odesa los «elementos sobrantes» de las zonas rurales.[68] Se tranquilizó a los ciudadanos; las nuevas medidas facilitarían «la recuperación de las ciudades y la purga de elementos criminales kulaks».[69]

Estas restricciones fueron instauradas a una velocidad sin precedentes. El OGPU envió refuerzos desde Moscú en cuestión de días. Aparecieron cordones en los caminos que salían de Ucrania y en las carreteras importantes de entrada a las ciudades. Entre el 22 y el 30 de enero de 1933 Guénrij Yagoda, el jefe del OGPU, les dijo a Stalin y Mólotov que sus hombres habían atrapado a 24.961 personas intentando cruzar las fronteras; dos tercios provenían de Ucrania y casi todas las demás, del Cáucaso septentrional. A la mayoría los enviaron de vuelta a casa, aunque casi ocho mil estaban siendo detenidos bajo investigación policial y ya habían arrestado a más de mil.[70]

Según sus propios informes, los colegas ucranianos de Yagoda estaban aún más ocupados. En febrero señalaron que habían «prohibido de manera incondicional emitir ningún documento de viaje» para que ningún campesino pudiese abandonar de forma legal su aldea. Además, habían creado «patrullas móviles» que habían detenido a más de tres mil ochocientas personas descubiertas en las carreteras y a más de dieciséis mil en las vías férreas. Habían movilizado a «agentes secretos» y a «activistas de las aldeas» para desenmascarar a los «organizadores del éxodo» y ayudar a arrestarlos.[71]

Todas esas medidas tuvieron un fuerte efecto, como si de pronto hubiera una frontera invisible entre Ucrania y Rusia. Un diplomático polaco que viajó en coche de Járkiv a Moscú en mayo de 1933 quedó impresionado.

> Lo que más me intrigó durante todo el viaje fue la diferencia entre el aspecto de las aldeas de Ucrania y de la provincia [rusa] vecina de Tierras Negras […]. Las aldeas ucranianas están en declive, están vacías, desiertas, y tienen un aspecto deprimente, con cabañas medio derruidas en las que los tejados se han venido abajo; no se ven casas, los niños y los ancianos parecen más bien esqueletos, tampoco hay ganado a la vista […]. Después, cuando me encontraba [en Rusia] tenía la impresión de haber cruzado la frontera de un Estado soviético a Europa occidental.[72]

Para mantener la sensación de orden, los policías también empezaron a eliminar a cualquier campesino que hubiese conseguido llegar a las ciudades. Vasili Grossman —el escritor soviético que había crecido en Ucrania y trabajado en el Donbás, y que conoció la hambruna mientras tenía lugar— recordaba que «en las carreteras cerraron el paso para evitar que los campesinos entrasen en Kiev. Pero utilizaron desviaciones, bosques o pantanos para llegar a la ciudad».[73] Los que consiguieron entrar lo hicieron «atravesando» los cordones o abriéndose paso entre la maleza.[74] Pero incluso los que llegaron a ocupar un sitio en las colas para conseguir pan

tampoco tenían por qué durar mucho tiempo, como recordaba otro vecino de Kiev: «La policía se llevaba a los aldeanos que estaban en las colas, los cargaban en camiones y los sacaban de la ciudad».[75]

Halina Kirichenko vio cómo también en Járkiv la policía se llevaba a gente de las colas del pan. Recordaba que los metían en camiones y los dejaban tan lejos de la ciudad que no podían volver. «Con lo agotados que estaban, morían en algún lugar por el camino». La policía también detenía a la gente que parecía estar intentando comprar o intercambiar pan, ya que hacerlo era sospechoso; los ciudadanos tenían acceso a cartillas de racionamiento y los obreros debidamente acreditados comían en comedores. La propia Kirichenko, que entonces tenía trece años, escapó en varias ocasiones de la policía.[76]

Los ucranianos de las ciudades veían lo que sucedía y difundieron rumores al respecto. A María Úmanska su padre le dijo que había ayudado a recoger a campesinos y a sus hijos en las calles de Járkiv. Las autoridades le habían prometido que los alimentarían y los llevarían a casa, pero él había oído otra historia: de noche, cargaban a los vivos y a los muertos en camiones, los llevaban a un desfiladero fuera de la ciudad y los lanzaban por el barranco. «Decían que el suelo temblaba».[77] Olena Kobilko oyó la misma historia: se decía que cuando recogían a los campesinos de las calles de Járkiv «se los llevaban en un tren de mercancías fuera de la ciudad, a un campo, para que murieran ahí, sin que nadie los viera», y luego, vivos o muertos, los echaban en fosas.[78]

No cabe duda de que estas historias llegaron hasta las aldeas, que era lo que se pretendía. Los campesinos sabían que, si se marchaban de su hogar sin el permiso de las autoridades locales, podrían devolverlos a la fuerza. La conclusión de Lev Kópelev fue dura: «El sistema de pasaportes sentó las bases administrativas y judiciales para la nueva servidumbre [y] dejó al campesinado tan subyugado como lo había estado antes de la emancipación de 1861».[79]

9
Decisiones sobre la hambruna, 1932
El fin de la ucranianización

Pusieron su talento al servicio de los kulaks *y de los nacionalistas ucranianos contrarrevolucionarios, y hasta ahora no han demostrado los síntomas de desarrollo artístico que indicarían que ya están listos para servir por completo con su arte a los intereses del partido, del Gobierno soviético y de los obreros de la gran patria socialista, la Unión Soviética.*

IVÁN MIKITENKO explica por qué a algunos escritores ucranianos no se les permitió ser miembros de la Unión de Escritores, 1934 [1]

En el otoño de 1932 cualquiera que conociese las zonas rurales de Ucrania tenía claro que iba a producirse una hambruna generalizada y que mucha gente moriría. Una catástrofe tan extraordinaria necesitaba una explicación extraordinaria. Eso es precisamente lo que el Politburó ofreció en diciembre. Al mismo tiempo que publicaba los nuevos decretos sobre la confiscación de alimentos y las listas negras, también promulgó, el 14 y el 15 de diciembre respectivamente, dos decretos confidenciales que culpaban de manera explícita a la ucranianización del fracaso de las confiscaciones.

En el contexto más general de la hambruna soviética de 1932 y 1933, estos dos decretos son únicos, al igual que lo son los acontecimientos posteriores a ellos. Es cierto que hubo otras regiones que también recibieron un trato especial. Es probable que la falta de confianza en su lealtad contribuyera a una tasa de mortalidad más elevada entre los campesinos de las provincias del Volga, donde también se pusieron en práctica algunas de las políticas empleadas en Ucrania —como los arrestos en masa de los líderes comunistas—, aunque no al mismo nivel.[2] En Kazajistán el régimen bloqueó las rutas nómadas tradicionales y confiscó el ganado para alimentar a las ciudades rusas, lo que ocasionó un enorme sufrimiento entre los nómadas de

etnia kazaja. Más de un tercio de la población, un millón y medio de personas, falleció durante una hambruna que apenas afectó a la población eslava de Kazajistán. Esta agresión contra los nómadas, a veces denominada «sedentarización», fue otra forma de sovietización y un claro ataque contra un grupo étnico recalcitrante.[3] Pero en ningún otro lugar hubo una relación tan estrecha entre el fracaso agrícola y la lengua o cultura nacional como en el caso de Ucrania y el Cáucaso septentrional, donde la población era en gran parte ucranianohablante.

El primero de los decretos culpaba de la incapacidad de hacer acopio de cereal en Ucrania y el Cáucaso septentrional a «la falta de esfuerzo y la ausencia de vigilancia revolucionaria» de los partidos comunistas locales y regionales. A pesar de que fingían ser leales a la Unión Soviética, estos comités del partido de menor rango estaban supuestamente «infiltrados por elementos contrarrevolucionarios: kulaks, exoficiales zaristas, petliuristas, simpatizantes de la Rada de Kubán, etc».. Eran traidores encubiertos, y se habían instalado en el corazón del partido y de la burocracia estatal.

> Han conseguido encontrar la manera de entrar en las granjas colectivas como directores y otros miembros influyentes de la administración, contables, almacenistas, encargados de las eras para trillar las mieses, etc. Han logrado infiltrarse en los sóviets municipales, en los órganos de gestión de las tierras, en las sociedades cooperativas, y ahora intentan dirigir el trabajo de dichas organizaciones en la dirección opuesta a los intereses del Estado proletario y de la política del partido. Están asimismo tratando de organizar un movimiento contrarrevolucionario y actos de sabotaje contra las campañas de cosecha y siembra […].
>
> Los peores enemigos del partido, de la clase obrera y de los campesinos de las granjas colectivas son los saboteadores del acopio de cereal que tienen el carnet del partido en el bolsillo. Para complacer a los kulaks y a otros elementos antisoviéticos, organizan fraudes contra el Estado, negocios turbios y el fracaso de las tareas encomendadas por el partido y el Gobierno.[4]

La culpa la tenía la política de ucranianización; según explicaba el decreto, se había realizado «de manera mecánica», sin fijarse bien en cuáles eran sus objetivos. En vez de fomentar los intereses de la Unión Soviética, la ucranianización había permitido que los «elementos nacionalistas burgueses, los petliuristas y otros» crearan células contrarrevolucionarias secretas dentro del aparato estatal. No se trataba solo de un problema de Ucrania. El decreto también arremetía contra la «irresponsable “ucranianización” no bolchevique del Cáucaso septentrional», que había proporcionado una tapadera legítima a los «enemigos del poder soviético».[5]

Se culpaba a los kulaks, a los antiguos oficiales blancos, a los cosacos y a los miembros de la Rada de Kubán, aquellos que durante la guerra civil habían luchado por la creación de un Estado cosaco en Kubán. Los metieron a

todos en el mismo saco y los tildaron de «ucranianos», o al menos de beneficiarios de la ucranianización.

El segundo decreto repetía lo mencionado en el primero, pero ampliaba la prohibición de la ucranianización al Lejano Oriente, Kazajistán, Asia Central, la provincia de Tierras Negras Central y «otras zonas de la Unión Soviética» que pudiesen estar infectadas por el nacionalismo ucraniano. El Gobierno soviético emitió este anexo para «reprobar las propuestas de ciertos camaradas ucranianos sobre la ucranianización obligatoria en zonas enteras del país» y para autorizar la interrupción inmediata del proceso en cualquier lugar. Se ordenó que las regiones mencionadas dejasen de inmediato de imprimir periódicos y libros ucranianos e impusieran el ruso como lengua principal en la enseñanza.[6]

Los dos decretos ofrecían una explicación de la crisis del cereal y nombraban cabezas de turco. Provocaron asimismo una purga masiva inmediata entre los funcionarios del Partido Comunista de Ucrania, y también ataques verbales y físicos contra profesores universitarios y maestros de escuela, académicos e intelectuales; contra cualquiera que hubiese fomentado los ideales del nacionalismo ucraniano. Durante el año siguiente se purgaron, clausuraron o transformaron todas las instituciones relacionadas con la cultura ucraniana: universidades, academias, galerías y asociaciones.

Los decretos establecieron un vínculo directo entre el ataque contra la identidad nacional ucraniana y la hambruna. La misma organización de la policía secreta se encargaba de ambos. Los mismos funcionarios supervisaban la propaganda que los describía. Desde el punto de vista estatal, formaban parte del mismo proyecto.

LA PURGA DEL PARTIDO COMUNISTA DE UCRANIA

Aunque el OGPU ideaba a menudo increíbles teorías conspirativas sobre sus enemigos, es cierto que los rangos más bajos del Partido Comunista de Ucrania se habían opuesto a la política de confiscación de cereal. En noviembre de 1932 se actualizaron y se volvieron a poner en circulación los informes sobre la insatisfacción del partido que habían llevado a Stalin a afirmar que «las cosas en Ucrania están fatal». Cientos de miembros del partido de la república se opusieron con regularidad y en repetidas ocasiones a las confiscaciones de cereal y a las listas negras, tanto de palabra como en la práctica.

A veces sus súplicas resultaban emotivas. Un miembro del partido de la localidad de Svátove manifestó abiertamente su punto de vista en una extensa carta al comité local del partido. Decía lo siguiente: «Recuerdo cuánto desde mi primer día en el Komsomol, en 1921, deseaba trabajar e iba a hacerlo con la sensación de que la línea del partido era la correcta y de que yo también estaba en lo cierto». Pero en 1929 había empezado a albergar dudas. Y cuando la gente comenzó a pasar hambre, sintió que debía protestar: «La línea general del partido es errónea y su implementación ha llevado a las zonas rurales a la pobreza y la proletarización forzosa de la agricultura, algo que corroboran nuestras estaciones de tren y la aparición de grupos de huérfanos sin hogar en las ciudades».[7] Sin duda otros interpretaron las nuevas confiscaciones como un ataque contra la propia república. «Podían cometer errores en diez o veinte distritos —oyeron decirle a un secretario local del partido—, pero cometer errores en todos los distritos de Ucrania quiere decir que algo va mal».[8]

Semejantes muestras de desconfianza inquietaban a los dirigentes soviéticos. Y es que, si los comunistas ya no apoyaban la política oficial, ¿quién iba a aplicarla? Nadie se tomó este problema más en serio que el propio Stalin. Después de consultarlo con Bálitski, con quien se reunió dos veces en noviembre de 1932, envió una carta a todos los líderes del partido, nacionales, regionales y locales, de todo el país, en que declaraba la guerra a los traidores que había dentro de la organización. «Un enemigo con un carnet del partido en el bolsillo deber ser castigado con mayor dureza que uno sin carnet del partido», indicaba.

> Los organizadores de los sabotajes son en la mayoría de los casos «comunistas», es decir, personas que llevan el carnet del partido en el bolsillo pero que hace mucho tiempo que han cambiado por completo y que han roto con el partido. Son los mismos estafadores y delincuentes que administran la política kulak bajo la falsa bandera de su «acuerdo» con la línea general del partido.[9]

Para entonces el cambio en las altas esferas ya había empezado. Stalin había enviado a Bálitski de vuelta a Ucrania para que se hiciera cargo de la policía secreta del territorio, poniendo fin a su breve estancia en el cuartel general de Moscú, y también a Pavló Póstishev, antiguo jefe del partido de Járkiv, tras una temporada dirigiendo la oficina de propaganda del Comité Central de Moscú. En los meses siguientes Póstishev ejerció como emisario directo de Stalin, como un gobernador general de Ucrania. El líder soviético también expulsó a Vlas Chubar de la cúpula dirigente ucraniana, aunque permitió que Stanislav Kosior y Hrihori Petrovski se quedaran (el primero fue

arrestado en 1938 y ejecutado en 1939; el segundo consiguió sobrevivir hasta la década de 1950).[10] En el invierno de 1932 a 1933 lanzó una nueva oleada de investigaciones, arrestos y enjuiciamientos de los miembros de bajo rango del Partido Comunista de Ucrania que se habían atrevido a protestar. El resultado de esta purga, que tuvo lugar al mismo tiempo que la hambruna, fue que el partido de Ucrania se convirtió en una herramienta de Moscú, sin autonomía ni capacidad para tomar sus propias decisiones.[11]

Los líderes locales pagaron un alto precio por su honestidad. En la aldea de Oríjiv, por ejemplo, los comunistas locales habían intentado hacer pública la verdad. «Somos miembros del partido y deberíamos ser sinceros —les dijeron a sus camaradas de Járkiv—: el plan es poco realista y no lo cumpliremos. Conseguiremos entre un cuarenta y cinco y un cincuenta por ciento».[12] Años más tarde, cuando se revisó el caso de Oríjiv —en 1964, durante el breve periodo conocido como «el deshielo de Jrushchov»—, los testigos declararon uno tras otro que los comunistas de la aldea no habían cumplido con el plan porque aquello era imposible; sus tierras simplemente no producían tanto cereal. Uno de ellos, Mijailo Nesterenko, el exjefe de una granja colectiva, recordaba cuánta presión habían sufrido durante esos años. «El quid de la cuestión es que en esos años la palabra “sabotaje” carecía de significado. A nosotros, los jefes, nos llamaban saboteadores por el más insignificante de los defectos, y nos amenazaban con la represión».[13]

En aquella época, esa forma de pensar se consideraba una traición, y varios funcionarios del partido de Oríjiv fueron arrestados y condenados. Algunos pasaron largos periodos en el Gulag, y muchos jamás regresaron a casa. El OGPU justificó estos castigos desmesurados dando una interpretación más profunda a sus acciones: aunque fingían ser miembros del partido, los comunistas como los de Oríjiv planeaban en secreto derrocar al Estado. Los de Oríjiv habían escogido seguir el «camino de los kulaks de traicionar al partido y al Estado obrero, el camino del sabotaje, el de la desmoralización de las granjas colectivas, el del sabotaje organizado del acopio de cereal, todo ello mientras escondían sus hurtos kulaks tras la pretensión de un “acuerdo” con la línea general del partido».[14]

Una de las personas condenadas —María Skipián-Basilévich, una burócrata del partido que pasó diez años en el Gulag— declaró, treinta años más tarde, que «gente completamente inocente había sufrido, comunistas honrados y con principios».[15] Pero en 1933 los arrestos de Oríjiv transmitieron un poderoso mensaje: ni siquiera los propios miembros del partido podían librarse de las acusaciones. Cualquiera, sin importar lo leal que

fuese en apariencia ni lo buen comunista que fuera, podía convertirse en un cabeza de turco si se atrevía a llevarles la contraria a las autoridades.

El lenguaje usado para acusar a los comunistas de Oríjiv se aplicó en toda la república. El 18 de noviembre, el mismo día en que el Politburó de Ucrania exigió la confiscación de todas las reservas de cereal que quedasen, también promulgó un decreto «sobre la aniquilación de las madrigueras de contrarrevolucionarios y la derrota de los grupos de kulaks». En las aldeas que aparecían en las listas negras se organizó el arresto de «kulaks, petliuristas, pogromistas y otros elementos contrarrevolucionarios».[16] Cuatro días después el Politburó de Moscú decidió condenar a muerte a los líderes del partido y de las granjas colectivas que no hubieran conseguido satisfacer las cuotas de cereal asignadas. Una «troika» especial de funcionarios ucranianos, que incluía a Kosior, fue autorizada a ordenar las ejecuciones. También tenían instrucciones de informar a Moscú de sus decisiones cada diez días.[17]

Se dieron prisa. En cuatro días el OGPU no solo descubrió muestras de un amplio descontento, sino también evidencias de una conspiración «petliurista kulak» en 243 distritos de Ucrania.[18] Solo en noviembre de 1932 la policía secreta arrestó a 14.230 personas, y aquel año el número total de arrestos fue de 27.000, suficientemente elevado como para aniquilar al partido de raíz.[19] Metieron en el mismo saco incluso a jóvenes que aún no eran miembros del partido; entre finales de 1932 y principios de 1934 el Komsomol expulsó a 18.638 de sus miembros.[20]

A medida que tenían lugar los arrestos, el lenguaje del OGPU se volvió aún más estridente. «El golpe operativo contra los grupos antisoviéticos del interior de las granjas colectivas continúa a un buen ritmo», afirmaba el boletín operativo del OGPU ucraniano en diciembre de 1932.

> Las actividades contrarrevolucionarias de los grupos descubiertos y aniquilados en las granjas colectivas habían consistido en minar campañas agrícolas importantes, sobre todo la de acopio de cereal; en malgastar, esconder y ocultar cereal, y en la agitación anticolectiva y antisoviética […]. La inmensa mayoría de los grupos que han sido liquidados dentro de las granjas colectivas tenían una fuerte influencia de los kulaks y de grupos contrarrevolucionarios, sobre todo de elementos petliuristas que corrompían a las granjas colectivas y a su aparato administrativo […].[21]

Esa «conspiración» ficticia también se volvió más densa y compleja y acabó siendo vinculada más estrechamente a los levantamientos del pasado. Muchos de los arrestados, sobre todo en noviembre y diciembre, eran directores o líderes de granjas colectivas; otros eran contables o administrativos. Los nombres de los arrestados aparecían a menudo en listas

junto con sus vínculos reales o imaginaros y sus credenciales: «excomandante petliurista»; «hijo de un comerciante, su madre ha sido enviada al norte»; «exterrateniente»; «exmiembro activo de las bandas petliuristas y de Majnó». Sus «crímenes» siempre estaban relacionados con presuntos robos de pan, críticas a la campaña de acopio de cereal y otras actividades que de algún modo explicaban el fracaso de las cosechas en Ucrania.[22] Aun así, se afirmaba que sus motivaciones eran no solo políticas, sino también contrarrevolucionarias. Se decía que tenían influencias de Majnó, de Petliura, de la SVU y de elementos hostiles a la clase obrera, de kulaks o de algún otro movimiento revolucionario del pasado.

En algunos casos, había un claro vínculo entre el pasado y el presente. En diciembre de 1932 las autoridades de la aldea de Kostiantínivka, en la provincia de Odesa, arrestaron a Timofí Pikal a raíz del comportamiento que había tenido en época reciente y de sus actividades pretéritas. El informe del caso citaba a Pikal diciéndoles a los otros granjeros que no entregasen el grano: «Este año las autoridades soviéticas van a llevarse todo nuestro pan, todos moriremos de hambre si lo entregamos». Al mismo tiempo la policía señalaba que en la década anterior Pikal había sido «comandante de una unidad durante el levantamiento de los campesinos». Lo arrestaron bajo el infame artículo ucraniano 54-10 —«agitación y propaganda antisoviéticas»— y se lo llevaron para ser condenado.

Petró Ovcharenko, vecino de otra aldea de la provincia de Odesa, se enfrentó a un destino parecido. En diciembre de 1932, al mismo tiempo que a Pikal, lo acusaron de haber «organizado un grupo sectario» en el pasado, así como de haber llevado a cabo una «agitación sistemática contra los planes de acopio de cereal». Presuntamente lo habían oído haciendo las siguientes preguntas: «¿Por qué necesitamos estos planes? ¿Quién tiene derecho a llevarse nuestro grano y dejar que muramos de hambre? No lo entregaremos […]».[23]

A finales de año la «conspiración» ya había adquirido dimensiones internacionales. En las postrimerías de diciembre, Bálitski reveló la existencia de un complot, una «insurgencia clandestina polacopetliurista que abarca sesenta y siete distritos locales de Ucrania». En febrero de 1933 volvió a escribir sobre la «insurgencia clandestina contrarrevolucionaria, vinculada a extranjeros y al espionaje extranjero, sobre todo al Estado Mayor de Polonia».[24] Los colegas rusos de Bálitski reforzaron este tipo específico de teorías conspirativas a principios de año, cuando los órganos del OGPU de Moscú redactaron un informe aún más minucioso «sobre las organizaciones

contrarrevolucionarias insurgentes del Ejército Blanco kulak, descubiertas y erradicadas» no solo en Ucrania, sino también —tras los decretos de diciembre de 1932— en el Cáucaso septentrional, la provincia de Tierras Negras Central y los Urales.

El informe de Moscú superaba incluso las increíbles aseveraciones de Bálitski, pues afirmaba que habían encontrado vínculos entre las granjas colectivas que rendían por debajo de lo debido y la «Unión Militar Rusa», una organización de exoficiales zaristas exiliados dirigida por Peter Wrangel, un general del Ejército Blanco. En Ucrania el OGPU había capturado a un kulak llamado Barílnikov, al que Wrangel en teoría había enviado desde París para hacer campaña en contra del acopio de cereal y la colectivización. También habían descubierto a «veintitrés representantes polaco-petliuristas»; un «movimiento de resistencia clandestino ampliamente extendido» en los distritos occidentales de Ucrania y también en el Donbás, al parecer relacionado con un Gobierno ucraniano en el exilio «radicado en Varsovia»; un «grupo de desinformación de kulaks y miembros del Ejército Blanco», vinculado a la inteligencia rumana, y en Kubán organizaciones vinculadas a los «centros cosacos de exiliados blancos». Entre otras cosas, todos estos grupos fueron acusados de distribuir panfletos políticos; de provocar incendios en las propiedades de los koljoses; de destruir una granja avícola y matar once mil aves de corral; de establecer vínculos con organizaciones contrarrevolucionarias extranjeras utilizando a marineros como agentes y, obviamente, de sabotear la cosecha y robar cereal.[25]

Aunque en los escalafones inferiores del partido la resistencia había sido real, estas extensas redes internacionales eran absurdas, incluso a tenor de las prácticas habituales del OGPU. En julio de 1932 Polonia había firmado un pacto de no agresión con la Unión Soviética.[26] Los generales del Ejército Blanco mencionados en los informes eran ya hombres mayores parcialmente jubilados que vivían en París, y no tenían capacidad de injerencia ni influencia real en la Unión Soviética. Petliura había muerto hacía tiempo.

Pero las acusaciones inventadas por Bálitski y el jefe del OGPU, Guénrij Yagoda, no tenían el propósito de reflejar la verdad. El descubrimiento de esta gran conspiración política proporcionaba una explicación: por qué la cosecha era inferior a lo esperado; por qué la gente sufría hambre; por qué estaba fracasando esa política agrícola tan estrechamente relacionada con Stalin. Para reafirmarlo, a finales de diciembre Stalin envió en persona una carta a los miembros y candidatos a miembro del Comité Central, así como a otros dirigentes republicanos, provinciales y locales del partido. Adjuntó

extensos y prolijos documentos jurídicos que detallaban el «sabotaje contra la recolección de cereal en las provincias de Járkiv y Dnipropetrovsk», así como la actividad de «grupos destructivos en Kubán». Al final del documento añadió listas de funcionarios culpables y sus crímenes.[27]

La fábula de la conspiración también proporcionó a quienes siguieron en el partido una justificación ideológica de lo que estaban a punto de hacer. Moscú no podía aplicar en solitario los nuevos decretos letales; requería colaboradores locales. Al cabo de pocas semanas miles de personas deberían poner en práctica políticas que llevarían a sus vecinos a la inanición. Necesitarían infinidad de motivaciones: el miedo a ser arrestados, el miedo a morir de hambre y también la histeria, la sospecha y el odio hacia sus enemigos.

LA PURGA DEL MOVIMIENTO NACIONAL: «EL RENACIMIENTO EJECUTADO»

El Partido Comunista de Ucrania fue la víctima directa de los decretos de diciembre. Pero las órdenes que vinculaban la ucranianización con la confiscación de cereal también marcaron el fin del movimiento nacional de Ucrania en la Unión Soviética.

De hecho, en el otoño de 1932 la situación de los líderes culturales nacionales ya había empeorado considerablemente. Desde las protestas contra el «shumskismo» organizadas en 1927, la vida de muchas personas vinculadas a la cultura ucraniana se había vuelto más precaria. Se había seguido atacando a Mijailo Hrushevski, recurriendo a métodos visibles pero también a otros que pasaban inadvertidos. La información que la policía secreta tenía sobre él había fomentado a propósito cierta animosidad a su alrededor e incitado a sus amigos a criticarlo. Se había quedado sin fondos. Una nueva escuela de historiadores marxistas atacaba ahora sus libros sobre la historia de Ucrania, bajo el argumento de que no prestaba suficiente atención a la historia de la clase obrera y de que mostraba demasiado interés en el desarrollo de la identidad ucraniana.

En la primavera de 1931 el OGPU arrestó al fin a Hrushevski mientras se encontraba de viaje en Moscú. Lo llevaron a Ucrania, donde Bálitski tomó personalmente la decisión de enviar al historiador ucraniano más importante al exilio en vez de a la prisión. El OGPU lo devolvió a Rusia y le dijo que se quedase ahí. Poco después las autoridades organizaron tres debates públicos destinados a deslegitimar toda su obra. Estas «farsas judiciales» fueron escenificadas con gran pompa y solemnidad en tres edificios relacionados con

el movimiento nacional: la ópera de Kiev, el antiguo edificio de la Rada Central y la Academia de Ciencias. «Desenmascararon» a Hrushevski como un agente enemigo en activo, un «nacionalista y fascista burgués ucraniano que presuntamente trabajaba por la separación de Ucrania de la Unión Soviética y por que el territorio acabase bajo la opresión del Occidente capitalista».[28] Su nombre desapareció de la vida pública y jamás regresó a Ucrania. Murió en 1934 bajo circunstancias que muchos consideran aún sospechosas en la ciudad balneario caucásica de Kislovodsk.

En los meses posteriores a los juicios de Hrushevski, los nacionalcomunistas —los bolcheviques leales que creían que podrían inspirar a los campesinos y los obreros de la república por medio de la cultura ucraniana y la retórica soviética— se enfrentaron a un destino similar. Mikola Skrípnik, que había encabezado la acusación contra Shumskí, se había conformado con las denuncias a Hrushevski y se había mantenido fiel a la línea del partido, se convirtió en la víctima principal. En enero de 1933, el partido abolió las clases de historia y lengua ucranianas que Skrípnik había implantado en las universidades de Ucrania. En febrero se vio obligado a defenderse ante la acusación de que había intentado «ucranianizar» a la fuerza a niños rusos. En marzo, mientras la hambruna hacía estragos en las zonas rurales, Póstishev, en su papel de portavoz *de facto* de Stalin en Ucrania, obligó mediante un decreto a eliminar los libros de texto en ucraniano y las lecciones adaptadas a los niños del territorio.[29]

El sistema escolar de Skrípnik se encontraba en ruinas. En junio, Póstishev lo acusó de haber cometido «errores» teóricos como comisario del pueblo para la Educación. Pero también fue más lejos:

> […] estos [errores teóricos] son triviales si se comparan con la destrucción que tuvo lugar en los órganos educativos que tenían como objetivo confundir a nuestra juventud mediante una ideología hostil al proletariado […]. [Como resultado] la ucranianización quedó a menudo en manos de canallas petliuristas, y esos enemigos con carnets del partido se ocultaron tras su ancha espalda como miembros del Politburó de Ucrania, y usted los ha defendido en varias ocasiones. Debería haberlo dicho. Ese es el problema principal.

Póstishev no llamó a Skrípnik «enemigo encubierto», pero estuvo muy cerca de hacerlo.[30] Poco después, una serie de artículos en la prensa comunista atacaron el lenguaje de Skrípnik y su política lingüística, incluida su nueva ortografía, redactada en el transcurso de varios años con la participación de académicos de todos los territorios ucranianohablantes.[31] En una reunión del Politburó celebrada el 7 de julio, Skrípnik se quejó de esas acusaciones ante todos sus camaradas, que rechazaron formalmente sus comentarios. «Skrípnik no ha cumplido con su obligación de entregar una

breve carta al Comité Central admitiendo sus errores». Pero para entonces ya se había marchado de la reunión; regresó a su casa y se pegó un tiro.[32]

Otros también tenían la soga atada al cuello, sobre todo los artistas y escritores ucranianos que se habían instalado en la Búdinok «Slovo», la Casa de los Escritores, un bloque de viviendas de Járkiv reservado para figuras culturales. A partir de 1930 la Búdinok «Slovo» había sido objeto de una vigilancia casi histérica por parte del OGPU. Había escoltas que observaban el edificio a todas horas; la policía registraba con frecuencia los sesenta y ocho apartamentos e interrumpía cualquier conversación informal entre más de tres personas que se juntasen en el patio, bajo el pretexto de que podían ser reuniones para «organizar» un complot. Un escritor, Ostap Vishnia, dejó de salir de su apartamento; otro, Mikola Bazhán, dormía todas las noches con la ropa puesta por si llegaban en su busca.

Los arrestos empezaron a dejar el edificio vacío, creando un ambiente especialmente duro para Mikola Jviloví, el escritor cuyo llamamiento a una literatura «europea» en Ucrania tanto había conmocionado a Kaganóvich y Stalin. Para entonces, Jviloví ya había retirado buena parte de sus obras más provocativas o había abjurado de ellas, incluido su famoso eslogan «¡Fuera de Moscú!». También había viajado por las zonas rurales diezmadas y había sido testigo de cómo la cifra de campesinos hambrientos iba en aumento, y había regresado a Járkiv desolado. Le dijo a un amigo que la hambruna que había presenciado se trataba de una construcción puramente política, «diseñada para solucionar de una vez por todas un peligrosísimo problema ucraniano». Para Jviloví el nexo que había entre la letal política de confiscación de cereal y las duras medidas que se habían tomado contra la cultura ucraniana era obvio. Los agentes de la policía secreta que lo vigilaban también dejaron constancia de que, tras su regreso de los distritos azotados por la hambruna, «sus emociones se habían apoderado de él por encima de cualquier otra cosa». Parece ser que el arresto de un amigo cercano, el escritor Mijailo Yaloví, fue la gota que colmó el vaso. Jviloví también se pegó un tiro, y dedicó sus últimas horas a redactar una nota de suicidio. En ella hablaba sobre «el asesinato de una generación […] ¿para qué? ¿Porque éramos los comunistas más sinceros? No lo entiendo». Su conclusión: «Larga vida al comunismo. Larga vida a la construcción del socialismo. Larga vida al Partido Comunista».[33]

La muerte de Jviloví hizo que una mala situación fuese a peor; los informantes de la Búdinok «Slovo» les dijeron a los escoltas del OGPU que los amigos que el escritor aún conservaba consideraban su suicidio un «acto

de heroísmo». Otros se quejaron con vehemencia de que durante el funeral no podría haber protestas, pues el partido «controlaría de antemano todos los discursos». La conclusión de los informantes fue la siguiente: «Los elementos antisoviéticos de los institutos de investigación académica y la *intelligentsia* ucraniana están utilizando la muerte de Jviloví como una nueva oportunidad para los complots contrarrevolucionarios». Hubo más arrestos, y entre las nuevas víctimas se encontraba Olexánder Shumskí. Unos meses más tarde una revista del partido metió en el mismo saco a Jviloví, Shumskí y Skrípnik; los tres querían «separar a la Ucrania soviética de la Unión Soviética, y querían convertirla en una colonia imperialista».[34]

La purga del Comisariado de Educación de Skrípnik ya llevaba bastante tiempo en marcha. Ya habían preparado el terreno en 1927, cuando una investigación del OGPU sobre su punto de vista político había llegado a la conclusión de que los profesores, al igual que los trabajadores de las granjas colectivas, ocultaban sus «opiniones antisoviéticas tras una fachada de apoyo al Estado».[35] Durante los juicios a que fue sometida la SVU en 1929 y 1930 se había acusado a miles de personas de conspiración contrarrevolucionaria.[36] Sin embargo, tras la renuncia y el suicidio de Skrípnik, el despido sistemático de profesores, catedráticos y burócratas ucranianos del ámbito de la enseñanza progresó hasta una conclusión lógica. En 1933 se destituyó a los jefes de todos los departamentos de educación regionales, así como a la gran mayoría de los burócratas locales de dicho ámbito. Unos cuatro mil profesores ucranianos fueron clasificados como «enemigos hostiles a la clase obrera». De veintinueve directores de institutos pedagógicos, se destituyó a dieciocho.[37] Cualquier persona de la república que tuviese algún tipo de vínculo con el nacionalismo —o cualquiera que tuviese un vínculo imaginario con cualquier cosa que pudiese parecerse al nacionalismo— perdió el trabajo. Posteriormente muchos fueron arrestados.

Se mire por donde se mire, la cifra de víctimas fue muy elevada; en el transcurso de dos años, 1932 y 1933 —los de la hambruna—, la misma policía secreta soviética encargada de supervisar la hambruna en las zonas rurales arrestó a casi doscientas mil personas en toda la república de Ucrania.[38] Pero, por muy alta que sea esta cifra, subestima el impacto catastrófico de esta purga dirigida a unas instituciones y unos sectores específicos de la sociedad, sobre todo en el ámbito de la enseñanza, la cultura, la religión y la industria editorial. Básicamente, esos doscientos mil representaban una generación entera de ucranianos cultos y patrióticos. En el contexto ucraniano, la escala de esta purga de 1932 y 1933 fue similar a la del «Gran

Terror» de 1937 y 1938, que aniquiló a la mayor parte de la cúpula dirigente soviética y que también se llevó por delante a numerosos ucranianos.[39]

Durante los decisivos años de 1932 y 1933 se cerraron instituciones enteras —el instituto pedagógico de Polonia, una escuela secundaria alemana — o se limpiaron íntegramente las plantillas de profesorado y personal.[40] Se cerraron facultades y editoriales, y se despidió a cuarenta empleados de la Biblioteca Nacional de Ucrania por «saboteadores nacional-fascistas».[41] Todos los departamentos de la Academia de Ciencias de Ucrania que aún quedaban fueron eliminados.[42] La Academia Ucraniana de Ciencias Agronómicas perdió entre el 80 y el 90 por ciento de su presídium. Otras organizaciones eliminadas del mismo modo en 1933 fueron el consejo editorial de la Enciclopedia Soviética Ucraniana, la Administración Geodésica, el Estudio de Cine, la Oficina de Pesas y Medidas, el Instituto de la Ley Soviética de Járkiv y muchas otras. Se prohibieron doscientas obras de teatro y un par de docenas de traducciones de clásicos universales ambas ucranianas «nacionalisas».[43]

El destino del instituto pedagógico de Nizhin, en la provincia de Cherníhiv, fue especialmente conmovedor, pues sus orígenes se remontaban a principios del siglo XIX y entre sus licenciados se encontraba Nikolái Gógol. En la segunda mitad de 1933 una comisión especial del Comité Central investigó el instituto y «descubrió» una gran red de elementos sospechosos que residían en sus edificios clásicos. Sus hallazgos no auguraban nada bueno; se decía que la revista del instituto estaba llena de peligrosos ejemplos de nacionalismo, que los profesores estaban difundiendo las ahora inaceptables obras de Hrushevski y que los investigadores idealizaban a los líderes cosacos de antaño. El jefe del departamento de historia soviética había ignorado el papel de la lucha de clases en la historia de Ucrania, y se vio obligado a retractarse en público de sus opiniones, mientras que el jefe del departamento de economía había apoyado una teoría «antileninista» sobre la crisis económica. Tras leer este informe, la célula local del partido expulsó a los jefes de varios departamentos —entre ellos el de biología, el de historia y el de economía— y cerró el museo y la revista del instituto. El instituto Nizhin sobrevivió, pero con un nombre distinto y una plantilla de profesores completamente diferentes.[44]

Otros captaron la indirecta. Aunque en teoría la política de ucranianización siguió existiendo, en la práctica el idioma ruso volvió a predominar tanto en la enseñanza superior como en la vida pública. Millones de personas dieron por sentado que cualquier relación con la lengua o la

historia de Ucrania era tóxica, incluso peligrosa, y también «retrógrada» e inferior. El gobierno municipal de Donetsk abandonó el uso del ucraniano, y los periódicos de las fábricas que se habían estado publicando en dicha lengua se pasaron al ruso.[45] Las universidades de Odesa, que habían adoptado el idioma hacía poco, también volvieron a la enseñanza en ruso. Los estudiantes más ambiciosos trataban abiertamente de evitar estudiar en ucraniano; preferían recibir su formación en ruso, la lengua que les abría más puertas y les ofrecía más oportunidades profesionales.[46]

Algunos empezaron a temer hablar en ucraniano. El director de la Academia de Bellas Artes de Odesa, que impartía la mayor parte de las clases en ese idioma, lo dejó muy claro: «Tras el asunto de Skrípnik, todo el mundo volvió al ruso por miedo a que los etiquetasen de nacionalistas ucranianos».[47] Dicha tendencia cuajó asimismo en los museos locales, así como en los pequeños boletines dedicados a los estudios regionales y la historia de Ucrania. La mayoría dejaron de recibir financiación, y también empezaron a desaparecer.[48]

Una oleada de represión parecida inundó a la religión. La Iglesia ortodoxa ucraniana autocéfala, creada en 1921 como una rama independiente de la fe ortodoxa, ya había quedado muy debilitada durante los juicios de la SVU de 1929, cuando arrestaron y condenaron a varios de sus líderes. En febrero de 1930, en el momento álgido del levantamiento campesino, la Unión Soviética había promulgado el decreto sobre «la lucha contra los nuevos elementos contrarrevolucionarios de los órganos rectores de las uniones religiosas» y, como ya se ha mencionado, había fomentado el robo de campanas e iconos, así como el arresto de sacerdotes.

Entre 1931 y 1936 miles de iglesias —tres cuartas partes de las que había en todo el país— dejaron de funcionar. Varias fueron demolidas; entre 1934 y 1937 se destruyeron sesenta y nueve tan solo en Kiev. Se transformaron iglesias y sinagogas para darles otros usos. Según se informó a los campesinos hambrientos, los edificios eran necesarios para utilizarlos como «graneros». El resultado fue que en 1936 solo mil ciento dieciséis iglesias daban misa en toda la República de Ucrania. En muchas provincias grandes —Donetsk, Vínnitsia, Mikoláiv— no quedaba ninguna iglesia ortodoxa. En otras —Luhansk, Poltava, Járkiv— tan solo seguía en funcionamiento una.[49]

La ciudad de Kiev también sufrió. Como muchos edificios de la ciudad estaban asociados a las victorias nacionales del pasado, también se convirtieron en el centro de atención de los ataques antinacionales tras la hambruna. En su revista profesional, la Unión de Arquitectos de la Unión

Soviética criticó la arquitectura de la ciudad por plasmar la «ideología hostil a la clase obrera». Se creó una comisión especial del Gobierno para llevar a cabo la reconstrucción socialista de Kiev, en la que participaron tanto Bálitski como Póstishev.[50] En 1935 el comité ya había aprobado un «plan general» que convertiría «una ciudad de iglesias y monasterios en un centro arquitectónicamente completo y socialista de verdad de la Ucrania soviética».[51] Unos pocos años antes la Academia de Ciencias de Ucrania había propuesto crear una zona de conservación histórica, una «Acrópolis de Kiev» en la parte más antigua de la ciudad. Bien al contrario, en 1935 se destruyeron docenas de monumentos arquitectónicos, incluidos cementerios ortodoxos y judíos, así como iglesias y estructuras eclesiásticas. También desaparecieron de la ciudad las sepulturas y los monumentos de figuras políticas y literarias del siglo XIX y principios del XX.[52] Según se dice, Póstishev creía que este vandalismo ayudaría al partido a combatir el nacionalismo burgués que esta «basura histórica» inspiraba.[53]

La destrucción de los edificios se vio acompañada de un ataque contra quienes mejor los entendían: una generación entera de historiadores y conservadores de arte. Aquellos que habían dedicado su vida a las causas del arte y el conocimiento afrontaron destinos horribles. A Mijailo Pavlenko, de la galería de pinturas de Kiev, lo arrestaron en 1934 y lo fusilaron en 1937, tras haber pasado tres años viviendo en el exilio. Fédir Kozubovski, el director del Instituto de Historia de la Cultura Material de Kiev, fue fusilado en 1938; antes de eso, los interrogatorios lo llevaron a tal estado de desesperación que pidió veneno para aliviar su sufrimiento. A Pavló Pototski, un coleccionista de arte que había donado sus cuadros al Museo de Historia, lo arrestaron a los ochenta y un años. Murió de un ataque al corazón en la Lubianka, la famosa cárcel moscovita.[54]

Una vez fueron eliminados los monumentos y las personas, lo siguiente fue un ataque contra los libros. El 15 de diciembre de 1934 las autoridades publicaron una lista de autores prohibidos y decretaron que todas sus obras, de cualquier año y en cualquier idioma, debían ser eliminadas de las bibliotecas, las librerías, los institutos de enseñanza y las academias. Al final se publicaron cuatro de esas listas, que enumeraban obras de escritores, poetas, críticos, historiadores, sociólogos e historiadores del arte ucranianos, así como de cualquier otra persona que hubiese sido arrestada. En otras palabras, el exterminio de la clase intelectual fue de la mano del exterminio de sus palabras y sus ideas.[55]

Finalmente, la nueva clase dirigente cultural atacó al propio idioma ucraniano, empezando por el diccionario de Skrípnik, que había sido fruto de una colaboración tan cuidadosa; dependía demasiado de las fuentes prerrevolucionarias, ignoraba las nuevas palabras «soviéticas» y revolucionarias e incluía elementos lingüísticos que tenían un «carácter de enemigo de clase». Sus autores representaban la «teoría lingüística del nacionalismo burgués», «seguían la tradición de la Unión para la Liberación de Ucrania [SVU]» y debían ser purgados y expulsados de sus instituciones. Muchos fueron arrestados y después asesinados.[56]

La abolición del diccionario provocó cambios lingüísticos en los documentos oficiales y académicos, en la literatura y en los libros de texto. Se eliminó la letra ucraniana «g» (Ґ), algo que hacía que el idioma pareciese más «cercano» al ruso. Las palabras extranjeras adoptaron formas rusas en vez de ucranianas. Los boletines ucranianos recibieron listas de «palabras que no se pueden usar» y «palabras que se deben usar»; las primeras incluían más palabras ucranianas, y las últimas sonaban más rusas. Algunos de estos cambios fueron revocados de nuevo en 1937, cuando el «Gran Terror» llevó al arresto de los lingüistas ucranianos que quedaban, incluidos aquellos que habían impuesto los cambios de 1934. A finales de la década ya reinaba el caos, como bien describió el lingüista George Shevelov:

> Los profesores estaban aturdidos y asustados, los alumnos estaban desconcertados. No seguir la nueva tendencia era ilegal, pero seguirla era imposible por la falta de información. La inestabilidad parecía ser un rasgo inherente del idioma ucraniano, a diferencia del ruso, que no sufría ningún tipo de alteración. El prestigio del ucraniano, que ya estaba dañado, se hundió aún más.[57]

En 1939, cuando Nikita Jrushchov se convirtió en el primer secretario del partido de Ucrania, las cosas se estabilizaron un poco. Pero para entonces los expertos estaban encarcelados o muertos; ninguno de sus libros ni las gramáticas que habían redactado con tanto esmero volvieron a salir a la luz en la Ucrania soviética.

10
Decisiones sobre la hambruna, 1932
Los registros y sus ejecutores

El hechizo pasó y veo a los seres humanos. ¿Por qué me endurecí tanto? ¡Cuánto sufrió esa gente, cómo los trataron! Pero yo decía: no son seres humanos, son kulaks […].

VASILI GROSSMAN, *Todo fluye*, 1961 [1]

Mucho antes del comienzo de la colectivización, el fenómeno del expropiador violento —un hombre blandiendo un arma, soltando eslóganes y exigiendo comida— ya era común en la Ucrania soviética. Dichos hombres habían aparecido en 1918 y 1919, en busca de cereal para alimentar a los ejércitos; habían vuelto a hacerlo en 1920, cuando los bolcheviques recuperaron el poder; regresaron en 1928 y 1929, al comienzo de la nueva oleada de escasez alimentaria, y en el invierno de 1932 a 1933 aparecieron una vez más, pero su actitud había cambiado.

A diferencia de lo que ocurre con el resto de las medidas tomadas en relación con Ucrania en 1932 y 1933, jamás se han encontrado instrucciones por escrito destinadas a controlar la actitud de los activistas. A lo mejor no quedaron plasmadas negro sobre blanco, o quizá fueron destruidas junto con otros materiales de archivo de Ucrania de esa época, que a escala provincial y de distrito son mucho más escasos que los de Rusia del mismo periodo. Sin embargo, un conjunto de testimonios orales excepcionalmente coherentes muestra que justo antes del Holodomor hubo un cambio importante en la actitud de los activistas.

Aquel invierno los equipos que operaban en las aldeas de toda Ucrania comenzaron a buscar no solo cereal, sino cualquier cosa comestible. Estaban expresamente equipados con herramientas especiales para ello, con largas

varas de metal que a veces tenían un gancho en un extremo y que podían utilizarse para atravesar cualquier superficie en busca de grano. Los campesinos utilizaban multitud de nombres para denominar a estos instrumentos: alambre de hierro, garrote, palo de metal, palo afilado, caña, lanza, arpón o vara.[2] Miles de testigos han descrito cómo los utilizaban para registrar hornos, camas, cunas, paredes, baúles, chimeneas, desvanes, tejados y sótanos; para husmear detrás de los iconos, en el interior de barriles, en troncos de árboles huecos, en casetas de perros, en el fondo de los pozos y tras montones de basura. No había nada que frenase a los hombres y mujeres que los empleaban; rastreaban incluso cementerios, graneros, casas vacías y huertos de árboles frutales.[3]

Al igual que quienes habían realizado las confiscaciones en el pasado, estos también buscaban cereal, pero, además, se llevaban la fruta de los árboles, las semillas y las verduras de los huertos —remolachas, calabazas, coles, tomates—, así como la miel y los panales, la mantequilla y la leche, y la carne y los embutidos.[4] Olha Tsimbaliuk recordaba que las brigadas se llevaron «la harina, el cereal, todo lo que estuviese guardado en tarros, la ropa, el ganado. Era imposible esconder nada. Registraban con varas de metal […], registraban las estufas, rompían el suelo y arrancaban paredes».[5] Anastasía Pavlenko recordaba que a su madre le arrancaron un collar de cuentas del cuello al sospechar que contenía algo comestible.[6] Larisa Shevchuk vio cómo los activistas se llevaban los plantones de remolacha y amapola que su abuela iba a sembrar en el huerto.[7]

María Béndrik, de la provincia de Cherkasi, escribió que los activistas «venían y se lo llevaban todo. Miraban en los tarros, se llevaron las alubias de uno, las cortezas secas de otro. Los vaciaban y se lo llevaban».[8] En la provincia de Kirovohrad, Leonid Vernidub vio cómo la brigada arrancaba tres mazorcas de maíz que habían colgado del techo para que se secaran con vistas a utilizarlas para la siembra del año siguiente. También se llevaron «alubias rojas, cereal, harina e incluso fruta deshidratada para hacer compota».[9]

En la provincia de Cherníhiv, María Kozhedub vio a grupos de personas llevarse no solo la sopa de trigo sarraceno, sino también la cazuela en que la habían preparado. Se llevaron asimismo «leche, huevos, gallinas […] tenían varas de hierro y las utilizaban para buscar la comida escondida. Los más inteligentes ocultaban la comida en el bosque; los activistas podían encontrar todo lo que se había guardado en una casa o un granero».[10]

En muchos lugares se llevaron incluso las vacas que desde 1930 se les había permitido poseer a numerosas familias, incluso las que vivían en las

granjas colectivas. En ocasiones esta pérdida se recordaba con mayor intensidad o mayor tristeza que la muerte de personas. Una campesina adolescente lloró y se aferró a los cuernos de la vaca familiar cuando se la llevaron.[11] Un padre y un hijo vigilaban su vaca con armas y horcas para evitar que se la arrebataran.[12] «Quien tenía una vaca sobrevivía», recordaba Hanna Maslianchuk, de Vínnitsia. Su familia consiguió conservar la suya y siguieron con vida; los vecinos no tenían ninguna, se hincharon por el hambre y murieron.[13] Incapaces de conseguir o comprar pienso, las familias hacían un esfuerzo enorme para mantener con vida a las vacas, a las que alimentaban incluso con la paja de sus propios tejados.[14]

Los activistas también se llevaban otros tipos de animales, incluidos cerdos y aves de corral, y en ocasiones también perros y gatos. En la provincia de Kiev Mikola Patrinchuk vio cómo los activistas se llevaban «toda nuestra comida […] hasta mataron a nuestro perro y cargaron el cadáver en un carro».[15] Muchos otros supervivientes también mencionan la confiscación o el sacrificio de perros, hasta tal punto que su caza —quizá para que dejasen de ladrar o morder— se convirtió casi en un deporte. «Mientras viva nunca voy a olvidar cómo conducían sus dos vehículos, con entre ocho y doce hombres en cada uno de ellos […] iban con las piernas colgando a los lados del vehículo, y fueron de patio en patio con sus fusiles matando a todos los perros. Después, una vez eliminados todos, empezaron a reunir la comida […]».[16]

Los activistas también tenían instrucciones de regresar para coger desprevenidos a los campesinos que hubieran sacado sus alimentos del escondite. En muchos lugares las brigadas volvieron en más de una ocasión. Registraban a las familias, y luego volvían a hacerlo para asegurarse de que no les quedaba nada. «Vinieron tres veces —recordaba una mujer—, hasta que ya no quedaba nada más. Entonces dejaron de venir».[17] A veces las brigadas llegaban a diferentes horas del día o de la noche, dispuestas a sorprender con las manos en la masa a cualquiera que tuviese alimentos.[18] Si resultaba que una familia estaba tomando una cena escasa, a veces los activistas les quitaban el pan de la mesa.[19] Si resultaba que estaban cocinando una sopa, la apartaban del fuego y desechaban su contenido. Entonces exigían saber cómo era posible que la familia aún tuviese algo para poner en la sopa.[20]

Registraban con especial vigor a aquellos que parecían haber conseguido comer; quienes no se estaban muriendo de hambre eran, por definición, sospechosos. Un superviviente recordaba que en una ocasión su familia

consiguió algo de harina y la utilizó para hacer pan por la noche. Al instante, recibieron la visita de una brigada que había detectado el sonido de algo cocinándose. Entraron por la fuerza y se llevaron el pan directamente del horno.[21] Otro superviviente describió cómo la brigada «vigilaba las chimeneas desde una colina; cuando veían humo, iban a esa casa y cogían lo que estuviese en el fuego».[22] Otra familia también recibió un paquete de un familiar que contenía arroz, azúcar, mijo y zapatos. Unas horas más tarde llegó una brigada y se lo llevaron todo salvo los zapatos.[23]

Con el paso del tiempo, sin embargo, los activistas también aprendieron a identificar los lugares donde los campesinos podían esconder la comida. Como muchas personas enterraban el cereal en el suelo, las brigadas empezaron a buscar indicios de tierra recién cavada, utilizando sus varas de hierro para pinchar el terreno.[24] Un superviviente recordaba que su madre puso algo de mijo en una bolsa, la escondió en una chimenea y la cubrió con cemento. Pero el cemento estaba fresco y descubrieron el mijo. Entretanto, una vecina escondió harina bajo la cuna de su bebé, pero también lo descubrieron. «Ella lloraba y les rogaba que le dejasen la harina porque el bebé moriría de hambre; pero ellos, asesinos, se la llevaron de todas formas».[25]

Incluso cuando no salían a hacer redadas, las brigadas y sus líderes recopilaban información sobre la comida y sobre quién podía tenerla. Reclutaron a informantes para ayudar a los activistas. En algunas aldeas se depositaron cajas especiales donde la gente podía depositar confesiones anónimas o información acerca del paradero del grano que sus vecinos ocultaban.[26] Hanna Sujenko recordaba que aportar información era algo «popular», puesto que cuando una persona descubría la comida de otra, le entregaban hasta un tercio de lo encontrado como recompensa.[27] Se esperaba que los funcionarios locales también contribuyesen. La familia de Íhor Buhaiévich sobrevivió en la provincia de Poltava porque su madre, que había encontrado trabajo en Leningrado, solía enviar a casa paquetes de costras de pan seco. Pero los paquetes hicieron que el jefe de la oficina de correos empezase a sospechar, y se dirigió a la casa de la familia acompañado de un activista que descubrió lo que había en ellos. Confiscó la mitad de las costras.[28]

A otros les pagaban en secreto. Halina Omélchenko recordaba que un lugareño, a quien utilizaban como espía, observaba de cerca a su familia y transmitía a las autoridades información sobre su comportamiento.[29] Mikola Mílov se acordaba de un vecino que un día se presentó e inspeccionó toda su

casa. Al día siguiente llegaron activistas y confiscaron la comida. Mílov le preguntó al vecino si los había delatado. «Claro que fui yo, ¿crees que me da miedo confesar? Ahora me han dado dos sacos de trigo y mis seis hijos no pasarán hambre».[30] Hubo muchos ejemplos parecidos del modo en que se utilizó la hambruna para hacer cómplices a los campesinos.

Las brigadas también exigían dinero. Los campesinos seguían sujetos a la ley de 1929, que los obligaba a pagar multas de hasta cinco veces la cantidad de cereal que no habían sido capaces de producir. Los habitantes de las aldeas que aparecían en las listas negras debían entregar también todos sus ahorros. Hacía tiempo que recolectar dichas sumas era un problema; en una entrada de su diario de diciembre de 1932, Lázar Kaganóvich, el colaborador cercano de Stalin en Ucrania, se fijó en que los granjeros privados de la república acumulaban multas por valor de 7,8 millones de rublos, pero que solo se habían recaudado 1,9 millones. Vlas Chubar había defendido de manera poco convincente que eso se debía a que no tenían «nada que vender».[31] Sin embargo, en el otoño de 1932 se organizaron subastas de muebles y otros bienes para que los campesinos pudiesen saldar esas deudas. «Cuando un campesino pagaba el impuesto, se le imponía otro aún mayor. Padre no podía pagar este segundo impuesto, así que se organizó una subasta […] vendieron un almacén y un cobertizo».[32] En ocasiones estas exigencias no tenían nada que ver con pagos del pasado; en cierta aldea se exigió que cualquiera que tuviese familiares en Estados Unidos estregase el dinero que presuntamente había recibido desde allí.[33]

Durante los registros en busca de alimentos y dinero, a menudo se utilizaba la violencia. Una mujer de la provincia de Cherníhiv recordaba lo siguiente:

> Durante el registro, los activistas preguntaron dónde estaban el oro y el grano. Madre le respondió que no teníamos ni uno ni otro. La torturaron. Le pusieron los dedos en el marco de una puerta y cerraron la hoja. Le rompieron los dedos, le manaba sangre, perdió el conocimiento. Le echaron agua por la cabeza, la volvieron a torturar. La golpearon, le introdujeron una aguja bajo las uñas […].[34]

Dos hermanas de la provincia de Zhitómir presenciaron un ataque parecido contra su padre:

> Nuestro padre escondió tres cubos de cebada en el altillo y por la noche mi madre cocinó gachas a hurtadillas para mantenernos con vida. Entonces alguien debió de denunciarnos, se lo llevaron todo y golpearon con brutalidad a mi padre por no haber entregado la cebada durante los registros […] le sujetaron los dedos y cerraron de golpe la puerta para rompérselos, lo insultaron y le propinaron patadas mientras estaba en el suelo. Ver cómo lo golpeaban y lo

> insultaban nos dejó paralizadas, éramos una familia decente, siempre hablábamos en voz baja en presencia de nuestro padre […].[35]

En la provincia de Vínnitsia llevaron a un herrero ante el comité municipal porque había robado espigas de trigo para alimentar a sus tres hijos; «lo apalearon, lo torturaron, le retorcieron completamente la cabeza hacia atrás y hacia delante y lo tiraron por las escaleras».[36] En la provincia de Dnipropetrovsk encerraban a los hombres dentro de estufas encendidas hasta que confesaban haber escondido cereal.[37] Al igual que durante la colectivización, cuando descubrían que un campesino había escondido alimentos le robaban todo lo que le quedaba, lo echaban de su hogar y lo dejaban desnudo en la nieve.[38]

El encarcelamiento era otra herramienta. En una aldea el presidente del sóviet municipal recluía en una «nevera» a los campesinos que no podían conseguir cereal. La nevera no era más que la habitación trasera del ayuntamiento, sin camas ni mesas y sin comida. Los campesinos simplemente se sentaban en el suelo, hambrientos, a menos que sus familiares pudiesen contribuir a su alimentación. «Encerraban a los hombres y a las mujeres juntos, todos tumbados uno al lado del otro sobre la paja».[39]

Algunos recordaban que, además de llevarse la comida, las brigadas hacían lo imposible para que esta se echara a perder. En Horodishche, una aldea incluida en las listas negras a la que prestaron muchísima atención, un superviviente recordaba que los activistas echaban agua al cereal para que se pusiera negro y germinara, y luego lo lanzaban por el barranco de la aldea. También vertían ácido carbólico sobre el pescado salado, que los campesinos comían de todas formas.[40] Otra familia vio cómo toda la comida que les habían arrebatado de su hogar quedaba inservible para el consumo humano. «Tenían un saco enorme, y lo echaban todo —semillas, harina, trigo— a ese saco. Solo los cerdos podrían comerlo, porque estaba todo mezclado».[41] Muchos creían que esta actitud no era más que una forma de sadismo. «Cada vez que descubrían algo lo desparramaban por el suelo y disfrutaban viendo cómo los niños lloraban y recogían las lentejas o las alubias del barro».[42]

Para asegurarse de que los campesinos famélicos no «robaban» el cereal que estaba creciendo en los campos, los líderes de las brigadas también enviaban guardias a caballo —normalmente vecinos a los que habían chantajeado prometiéndoles comida— para vigilar los campos, o bien mandaban construir torres de vigilancia al lado para asegurarse de que nadie lo robaba. Pusieron guardias armados —de nuevo, muchos de ellos eran aldeanos— frente a los graneros y en otros lugares donde se almacenaba la

cosecha. Ahora que quedaba tan poca comida, la ley del 7 de agosto contra los espigadores empezó a marcar la diferencia. A finales del otoño de 1932, «para comer seguíamos recogiendo espigas de trigo en los campos cultivados —recordaba un hombre de Poltava—. Pero espigar estaba prohibido, y los supervisores nos perseguían a caballo y nos azotaban».[43] Castigaban a la gente por robar remolachas que se habían congelado, semillas que habían germinado e incluso trigo de sus propias parcelas.[44] En la provincia de Kiev, fuera de una fábrica de remolacha azucarera, al lado de los montones de remolachas sin procesar yacían cadáveres que no habían sido enterrados para ahuyentar a otros que quisieran robarlas.[45]

Para evitar que su familia muriera de hambre, algunos campesinos enviaban a los niños más pequeños a los campos en busca del grano que había sobrado, con la esperanza de que pasasen desapercibidos. «Los niños corríamos a las rastrojeras de las granjas colectivas para recoger las cañas —recordaba Kostiantín Mochulski, que entonces tenía ocho años—. Los guardias a caballo perseguían a los niños, intentando azotarlos con látigos de cuero sin curtir. Pero yo recogí unos diez kilos de grano».[46] Algunos no conseguían evitar a los supervisores. En una ocasión una niña de la provincia de Járkiv logró recoger a hurtadillas algunas espigas de trigo, pero al volver de los campos a casa se encontró con tres jóvenes del Komsomol. Le quitaron el trigo y la golpearon «con tanta dureza que los moretones de los hombros y de la parte baja de las piernas no se me fueron en mucho tiempo».[47] A lo mejor tuvo suerte; otra superviviente recordaba que a una niña directamente le dispararon por recoger las patatas que habían sobrado.[48]

Poseer y preparar alimentos, incluso moler grano, se convirtió en algo sospechoso. En la provincia de Cherkasi los activistas rompieron todas las piedras de molino que había en la aldea de Timóshivka. Los vecinos supusieron que lo habían hecho «para que no hubiese ningún lugar donde moler un puñado de grano, ni siquiera si en algún sitio quedaba un poco».[49] En la misma provincia también rompieron las piedras de molino de otra aldea, Stari Babaní. Los campesinos del lugar creían que las habían destruido para conseguir más dinero de los vecinos, pues si querían moler el grano, tendrían que llevarlo a las granjas colectivas y pagar por ello.[50]

Con el paso de las semanas, incluso estar vivo empezó a ser sospechoso. Si una familia seguía con vida, significaba que tenía alimentos. Pero, si así era, tendrían que haberlos entregado, y si no lo habían hecho, eran kulaks, petliuristas, agentes polacos y enemigos. En la provincia de Cherkasi, la brigada que registraba la casa de Mijailo Balanovski exigió saber «¿cómo es

posible que todavía nadie haya muerto en esta familia?».[51] En la provincia de Sumi, una brigada que buscaba entre la paja del tejado de la casa de Hrihori Moroz no encontró nada de comida y preguntó: «¿Con qué ayuda cuentas para seguir con vida?».[52] Con cada día que pasaba, las demandas eran más imperiosas y el lenguaje, más grosero: ¿por qué no has desaparecido aún?, ¿por qué sigues sin caerte muerto?, ¿por qué estás vivo?[53]

Años y décadas más tarde, los supervivientes encontraron diferentes formas de describir los grupos de hombres y mujeres —muy pocas— que habían aparecido en sus hogares y les habían quitado la comida, a sabiendas de que iban a morir. En las historias orales dichos grupos han sido descritos en ocasiones como «activistas», «Komsomol», «confiscadores» o «asesinos», e incluso como una «brigada de hierro», un «equipo rojo», una «caravana roja» o una «escoba roja» que barría las aldeas. A veces los llamaban *komnezami*, como los «comités de campesinos pobres» creados en 1919, y sus miembros eran a menudo veteranos de esos comités. A las brigadas especiales las llamaban «remolcadores» —*buksírniki*— porque arrastraban a las aldeas hacia la cuota. A veces se los recordaba simplemente como «rusos», «extranjeros» o «judíos».[54]

En realidad, en el otoño de 1932 y el invierno de 1933 las brigadas eran casi siempre una amalgama. Al igual que en 1930, solían incluir a miembros de diferentes organizaciones: los dirigentes locales del partido y del Gobierno provincial, el Komsomol, los funcionarios y la policía secreta. Era algo premeditado. Si todas las instituciones de las zonas rurales participaban, la responsabilidad por los resultados obtenidos era compartida. Su plantilla solía solaparse con la de los antiguos equipos de acopio de cereal, y a menudo incluía a algunos de los mismos activistas que habían contribuido a la colectivización, así como a vecinos que habían sido miembros de los «comités de campesinos pobres» en 1920.

Pero había algunas diferencias. Las brigadas contaban con más integrantes; el 11 de noviembre de 1932 el Partido Comunista de Ucrania hizo un llamamiento para que antes del 1 de diciembre —es decir, en menos de tres semanas— se crearan al menos mil cien nuevas brigadas de activistas. Ese fue el primero de varios intentos de aumentar el número de personas que se dedicaban a imponer la política de confiscaciones. Con el paso del tiempo, hicieron falta más no solo para recolectar alimentos, sino también para proteger los campos y los cultivos de los campesinos hambrientos, para evitar

que la gente entrase en las estaciones de tren o cruzase las fronteras y, al final, para enterrar a los muertos.[55]

Su trabajo también difería del que habían realizado en 1930. Estas nuevas brigadas no llevaban a cabo una reforma agraria, algo que ni siquiera fingían hacer, sino que les quitaban la comida a las familias hambrientas, así como cualquier objeto de valor que se pudiera intercambiar por comida y, en algunos casos, cualquier utensilio que se pudiera utilizar para prepararla. Por esta razón, es preciso analizar con mayor detenimiento sus características y sus motivaciones.

Al igual que en otros tiempos, en los grupos de activistas solía haber al menos uno o dos forasteros, gente que no era oriunda de la aldea, la provincia o ni siquiera de la república. Un puñado de ellos habían pertenecido a los «veinticinco mil», y casi un tercio de estos últimos se habían quedado en el campo después de 1930, trabajando en las granjas colectivas, en las Estaciones de Máquinas y Tractores o en la burocracia del partido.[56] Pero esta vez también se envió a propósito a algunos activistas de fuera de la república. En diciembre de 1932 Kaganóvich visitó Voznesensk, en el sur de Ucrania, y advirtió a un grupo de activistas del partido de que no eran lo suficientemente duros. «Dice un proverbio ucraniano que “hay que apretar las tuercas, pero sin pasarse”». Sin embargo, ellos habían decidido «no apretarlas ni siquiera un poco». Explicó con sinceridad que el objetivo era sembrar tanto pánico en las aldeas que «los propios campesinos revelen sus escondites».[57]

Aquel mismo mes Kaganóvich también le envió un telegrama a Stalin en el que se quejaba de lo «poco de fiar» que eran los miembros ucranianos de las brigadas de acopio de cereal y solicitaba la ayuda de personal de la república de Rusia. La orden fue ejecutada al cabo de un mes.[58] Un exactivista recordaba la primera vez que se encontró con «hombres jóvenes hablando en ruso» en la aldea de Krupoderentsi. Le dijeron que se encontraban ahí porque «las autoridades no confiaban en los activistas locales del partido para hacer el trabajo».[59]

Algunos de los forasteros eran «foráneos» en otro sentido. A pesar de que eran activistas, estudiantes o profesores de universidades ucranianas, a los campesinos les parecían extranjeros, al igual que durante la colectivización. Algunos eran veteranos de esta última, pero para muchos se trataba de la primera vez que iban a las zonas rurales, sin saber con qué se encontrarían. En 1933 enviaron a estudiantes de la Universidad de Járkiv a hacer trabajos «voluntarios» para ayudar con la recolección de cereal, y quedaron estupefactos al descubrir la realidad. «Parece que hayas visto un fantasma», le

dijo el estudiante Víktor Krávchenko a un amigo que acababa de volver de la zona de Poltava. «Es que lo he visto», respondió el joven, apartando la mirada.[60]

Poco después el mismo Krávchenko fue al campo —le dijeron que las autoridades municipales necesitaban una «inyección de hierro bolchevique»— y enseguida vio la distancia que mediaba entre la propaganda y la realidad. Los kulaks no eran ricos, sino que se morían de hambre. Las zonas rurales no eran fértiles, sino una tierra yerma. «Había grandes cantidades de aperos y maquinaria, que en otra época sus propietarios privados habían cuidado como joyas, tirados a la intemperie; estaban sucios, oxidándose y sin arreglar. Las vacas y los caballos, raquíticos, cubiertos de estiércol seco, vagaban por el patio. Bandadas de gallinas, gansos y patos escarbaban en el grano sin trillar».[61]

En ese momento Krávchenko no protestó. Como explicó más tarde, se había permitido deliberadamente sucumbir a una forma de ceguera intelectual, como habían hecho los «veinticinco mil» antes que él. Krávchenko habló en nombre de muchos cuando lo describió: «Para evitar el sufrimiento emocional, enmascaras las verdades incómodas entrecerrando los ojos y la mente. Inventas excusas motivadas por el pánico e ignoras tus conocimientos utilizando palabras como “exageración” e “histeria”».[62] El lenguaje propagandístico también ayudaba a esconder la realidad.

> Los comunistas, entre nosotros, esquivábamos el tema o lo tratábamos con los eufemismos altisonantes de la jerga del partido. Hablábamos del «frente campesino» y de la «amenaza kulak», de «socialismo aldeano» y «resistencia de clase». Para sobrellevarlo teníamos que hacer que la realidad resultase irreconocible utilizando un camuflaje verbal.[63]

Al igual que Krávchenko, en diciembre de 1932 Lev Kópelev también se unió a una de las brigadas de confiscación de cereal. Después de haber participado en la colectivización, estaba mentalmente preparado. En aquella época era una especie de periodista, pues escribía artículos para el periódico de una fábrica de Járkiv. Cuando llegó a Mírhorod, en la provincia de Poltava, empezó a dar clases vespertinas a los campesinos, «hombres con bigote y caftanes de piel grises, y jóvenes que hacían gala de una indiferencia soñadora o una hosquedad rebosante de desprecio». Cada dos días él y otros compañeros publicaban un boletín con «estadísticas sobre la entrega de cereal, reproches a los campesinos menos meticulosos e insultos contra los saboteadores a los que habían descubierto». Pero la agitación no tardó en fracasar y comenzaron los registros.

Equipos compuestos por varios jóvenes koljosianos, el sóviet municipal y el propio Kópelev registraron «la cabaña, el granero, el patio, y se llevaron todas las reservas de semillas, la vaca, el caballo y los cerdos». También se llevaron cualquier objeto de valor: iconos, abrigos de invierno, alfombras y dinero. A pesar de que las mujeres «aullaban histéricas», aferrándose a las reliquias familiares, los registros continuaron. Los activistas les decían que entregasen el cereal y que luego se lo devolverían. El propio Kópelev sentía que la tarea era «insoportable», pero también aprendió que la constante repetición de propaganda odiosa le ayudaba a armarse de valor para su cometido. «Me convencí a mí mismo, me lo expliqué a mí mismo. No debo ceder ante la compasión, que te vuelve débil. Estábamos llevando a cabo una necesidad histórica. Estábamos realizando nuestro deber revolucionario. Estábamos consiguiendo cereal para la patria socialista. Para el plan quinquenal».[64]

La propaganda también ayudó a convencer a muchos activistas de que debían pensar en los campesinos como ciudadanos de segunda clase, incluso como seres humanos de segunda clase, si es que cabía considerarlos humanos. Los campesinos ya les parecían gente muy extraña a la mayoría de los residentes en las ciudades. Ahora su honda pobreza e incluso la hambruna que sufrían los volvía desagradables, inhumanos. La ideología bolchevique indicaba que no tardarían en desaparecer. Al escritor francés Georges Simenon, que visitó Odesa en la primavera de 1933, un hombre le dijo que no debía sentir compasión por los *malheureux*, los «desgraciados» a los que había visto en las calles mendigando comida. «Esos son kulaks, campesinos que no se han adaptado al régimen […] lo mejor que pueden hacer es morirse». No hacía falta compadecerse; pronto serían sustituidos por tractores, que podían hacer el trabajo de diez hombres. El nuevo mundo feliz no podría dar cabida a tantas personas inútiles.[65]

Este sentimiento también quedó reflejado en la obra de teatro del absurdo de Andréi Platónov *Chetírnadtsat krásnij izbúshek* («Catorce cabañas rojas»), de 1933. «¿Qué servicio le hacemos así al Estado? —le pregunta un personaje hambriento a otro—. Al Estado le iría mucho mejor si aquí hubiera mar en vez de personas. Por lo menos en el mar hay peces».[66] El lenguaje de Platónov reflejaba lo que el autor leía en la prensa oficial. Durante los dos últimos años, en repetidas ocasiones se había acusado de manera categórica a estos moradores toscos, incultos, retrógrados y básicamente inútiles de las zonas rurales de obstaculizar el desarrollo del proletariado progresista. Los periódicos soviéticos habían explicado una y otra vez que la escasez de

alimentos que había en las ciudades no se debía a la colectivización, sino más bien a los campesinos codiciosos que se quedaban con los productos agrícolas. Años más tarde, Kópelev lo explicó en una entrevista.

> Yo era de esos que creían que había que fustigar a las aldeas para lograr que entregasen el cereal […]. Que los campesinos no tenían conciencia ni conocimientos, que eran retrógrados. Que solo les importaba su propiedad, que no se preocupaban por los obreros. Que no les interesaban los problemas generales de la construcción del socialismo ni el cumplimiento del plan quinquenal […].
>
> Eso es lo que me enseñaron en la escuela, en el Komsomol, eso es lo que leía en los periódicos y lo que me decían en las reuniones. Todos los jóvenes pensábamos igual.[67]

Como otros miembros del partido, creía que «los campesinos estaban escondiendo pan y carne». Todos a su alrededor se mostraban igual de hostiles. Kópelev parafraseó las opiniones de su generación con estas palabras: «Soy un verdadero proletario y no tengo suficiente pan. Y vosotros, paletos de pueblo, sembradores de trigo sarraceno, vosotros no sabéis trabajar, pero tenéis los bolsillos llenos de manteca de cerdo».[68]

En las ciudades, los jefes del partido que reclutaban a activistas para ir a las aldeas sacaban partido a ese mismo sentimiento. En las localidades donde la comida escaseaba, aparecían por todas partes anuncios que pedían «soldados para luchar en el frente del pan».[69] Los activistas repetían ese mismo lenguaje cuando llevaban a cabo la recolección de alimentos. «No hacían más que gritar que teníamos que cumplir con nuestra cuota: "¡Vete por ahí y muérete, pero Rusia se salvará!"».[70] En sus memorias, Kópelev describió cómo habían contagiado este lenguaje ponzoñoso incluso a la vecina de una aldea, una joven campesina muy hambrienta que entregó de manera voluntaria un kilo y medio de trigo para alimentar a la brigada de activistas. «El chico moreno dijo que los obreros pasaban mucha hambre, que sus hijos no tenían pan. Así que les llevé todo lo que pude, todo el cereal que me quedaba».[71]

Pero la gran mayoría de los miembros de las brigadas que registraban las aldeas en busca de comida en 1932 y 1933 no eran forasteros. Tampoco los motivaba el odio hacia los campesinos ucranianos, porque ellos mismos lo eran. Es más, eran los vecinos de aquellos a los que les robaban la comida: jefes de la granja colectiva local, miembros del consejo municipal, profesores y catedráticos, funcionarios, líderes del Komsomol, exmiembros de los «comités de campesinos pobres» de 1919, vecinos que habían participado en

la deskulaquización. Al igual que en otros genocidios de la historia, los convencieron para matar a personas a las que conocían a la perfección.

En las altas esferas no se consideraba plenamente de fiar a estos activistas. En parte, los forasteros a los que enviaban para ayudarlos se encontraban ahí solo para asegurarse de que cumplían con su trabajo. A menudo les decían que en vez de sus aldeas debían registrar las de los alrededores, donde no conocían personalmente a los campesinos a los que les confiscaban la comida.[72] Los líderes ucranianos solían discutir sobre la posibilidad de que las brigadas de recolección empatizasen demasiado con sus víctimas. «Hay que reemplazar con más frecuencia a los miembros —señaló Chubar en un momento dado—, porque enseguida se familiarizan con los aldeanos y los encubren».[73]

Asimismo, las evidencias autobiográficas y documentales demuestran que varios activistas locales se negaron a acatar órdenes que sabían que acabarían con la vida de sus vecinos. Mikola Musichuk, un miembro del Partido Comunista de Vínnitsia desde 1925 que en 1932 fue destinado a un comité de acopio de cereal, perdió su carnet del partido por haberse negado a llevarse el grano de las ollas y los tarros de los campesinos. Dos días más tarde se ahorcó.[74] El jefe de la granja colectiva de Toporishche, Dmitró Sliniuk, les arrebató el grano a los activistas después de que estos lo hubiesen confiscado, lo molió y repartió la harina entre los campesinos hambrientos. Perdió su trabajo por ello.[75] En la aldea de Bashtanka, al padre de Vira Kirichenko le pidieron que se uniera a la brigada, pero este se negó. Lo encerraron durante tres días, y luego viajó a la ciudad de Mikoláiv en busca de trabajo, pero no tuvo suerte. Acabó muriendo de hambre. Al hermano de Vira le hicieron la misma oferta; también la rechazó, lo arrestaron y le dieron una paliza de tal magnitud que murió tras ser puesto en libertad.[76] Años más tarde, los campesinos relataron cómo deportaban a hermanos y padres, los ejecutaban o los apaleaban por negarse a cooperar.[77]

Pero muchos de ellos sí que colaboraron, de diferentes modos y en distintos grados, y por diferentes motivos. A algunos no les quedaba otra alternativa. Una chica de trece años se unió a una brigada tras ser reclutada directamente en el aula de su escuela; los activistas llegaron, le ordenaron que fuese con ellos y se la llevaron a efectuar registros. Ni siquiera pudo decírselo a sus padres y pasó una semana con la brigada, en busca de cereal.[78]

Ella y otros como ella creían que no tenían otra opción, o temían que los arrestaran o los matasen si se negaban. De las miles de largas condenas a prisión que les cayeron a los comunistas ucranianos en esa época, la mayoría

se debían a que los acusados, en ocasiones de forma deliberada, no habían presionado a sus vecinos para que entregasen toda su comida. Para cuando empezó el acopio de cereal, la purga de Bálitski en el Partido Comunista ya había comenzado, y los dirigentes de todos los niveles sabían que corrían el peligro de ser arrestados o ejecutados. Los periódicos hablaban abiertamente de los juicios del partido. Los nombres de los arrestados eran publicados en los boletines de este que se enviaban a los funcionarios municipales o de distrito.[79] Nadie que estuviese vinculado al partido quería compartir ese destino.

El recuerdo de la violencia del pasado reforzaba ese miedo. Casi todos los habitantes de Ucrania habían sufrido a raíz de las sucesivas oleadas de cambio político. Todos salvo los más jóvenes recordaban los pogromos y los asesinatos en masa de la guerra civil, que había tenido lugar hacía tan solo trece años. Todos recordaban también la crueldad, más reciente, que había acompañado a la deskulaquización.[80] Mucha gente ya había ejercido poder sobre sus vecinos, y sabían lo que se podía obtener de ello. El líder de la brigada de Kópelev, Bubir, era el hijo tísico de un campesino sin tierras que «se había quedado huérfano muy temprano». Bubir había formado parte de pelotones de castigo durante la revolución, había trabajado para el Komsomol a partir de 1921, había participado en la colectivización y en la deskulaquización, y está claro que disfrutaba con el poder que le permitía amenazar a sus vecinos. En 1921 Matví Havriliuk, miembro del «comité de campesinos pobres» de la aldea de Toporishche, había sido miembro de una brigada con la que, según contó más tarde a un tribunal, «recogía el pan de los kulaks» y trabajaba para «organizar a las masas de campesinos pobres». Había asumido un papel activo en la deskulaquización, había hecho campaña a favor de la colectivización y había participado con entusiasmo en los registros de los hogares que condujeron a la hambruna. Conocía bien a la gente a la que mataba de hambre, pero no sentía empatía hacia ellos. «No tenía nada en común con los kulaks, y la prueba está en que siempre han estado en mi contra».[81]

Cuando en el invierno y la primavera de 1933 a los campesinos les empezó a faltar la comida, el hambre se convirtió en la mayor motivación de todas. En un mundo devastado en el que los alimentos eran insuficientes y las pertenencias escaseaban, la gente desesperada se apropiaba de la comida de sus vecinos para comérsela. A menudo era difícil distinguir la actitud de las brigadas de la de las bandas de delincuentes. «Les desvalijaban a todos y vivían bien —recordaba Marina Korobska, de la provincia de Dnipropetrovsk

—. Se vestían con la ropa que habían robado y se comían nuestros alimentos».[82]

Hasta los que no robaban directamente esperaban sacar algún provecho. Como ya se ha señalado, los informantes confiaban en ser recompensados. En algunos distritos, los activistas recibían un porcentaje del total de lo que habían recolectado. La ley del 2 de diciembre sobre las listas negras incluía la orden de «emitir una directriz sobre las bonificaciones a los activistas que encuentran cereal escondido».[83] Una resolución del consejo provincial de Dnipropetrovsk recomendaba en 1933 que los miembros de la brigada recibiesen justo «entre el 10 y el 15 por ciento» de lo que habían recolectado, y otras provincias dieron instrucciones similares.[84] Todo el mundo sabía que trabajar con el partido podía dar acceso a alimentos o a las cartillas de racionamiento, o a otras personas que ya las tenían. Katerina Yaroshenko, también de la provincia de Dnipropetrovsk, sobrevivió a la hambruna porque su padre era un dirigente que tenía acceso a las tiendas especiales del Partido Comunista que suministraban cereal y azúcar.[85] Los funcionarios de más alto rango del partido también tenían cartillas de racionamiento, que les permitían comprar artículos que para otros eran imposibles de obtener. También sus hijos disfrutaban de privilegios, como recordaban los menos afortunados. «Había una escuela especial para los hijos de los mandatarios. Dentro había un comedor […] de la cocina salían olores maravillosos que me hacían llorar, ¡cómo me hacían llorar!»[86]

Otros creían que recibirían comida, pero los habían engañado, tal y como recordaba un hombre de Poltava. «La mitad de los que iban con varas y registraban las casas en busca de alimentos murieron de hambre. Les habían prometido que recibirían comida si realizaban los registros. ¡No recibieron nada!»[87] Otro superviviente recordaba que los miembros de la brigada que robaron comida y la guardaron en sus casas quedaron horrorizados cuando a ellos también los registraron. A los activistas de una aldea los enviaban a registrar los hogares de otra aldea, y no eran necesariamente compasivos con los otros colaboracionistas.[88] Algunos de los responsables también fueron objeto de violencia por parte de los vecinos a los que habían robado. En diciembre de 1932, en el transcurso de tan solo tres semanas, asesinaron a nueve funcionarios locales en la provincia de Kiev; hubo otros ocho intentos de asesinato y once casos de incendios provocados, cuando los campesinos habían intentado incendiar las casas de los miembros de las brigadas.[89] Incluso los niños realizaban pequeños actos de venganza. El hijo de un activista de Novopokrovka, en la provincia de Dnipropetrovsk, escondía sus

hogazas de pan blanco para que los otros niños no las encontrasen, pero era en vano. Sus compañeros de clase lo golpeaban también.[90]

Con la llegada de la primavera, y a causa de los estragos causados por la escasez de alimentos, la gran mayoría de los campesinos dejaron de oponer resistencia. Incluso los que se habían rebelado en 1930 se quedaron en silencio. La razón era de índole física, no psicológica. Una persona famélica simplemente está demasiado débil para luchar. El hambre vence incluso las ganas de plantar cara.

Ya fuesen lugareños o forasteros, todos los que acataron las órdenes de confiscar alimentos lo hicieron con una sensación de impunidad. Puede que en los años siguientes tuvieran cierta sensación de culpa, o quizá fuesen conscientes de la cólera y la desesperación de los campesinos a los que habían dejado morir de hambre, pero también estaban seguros de que los miembros de las altas esferas aprobaban sus acciones. Les habían dicho una y otra vez que sus hambrientos vecinos eran agentes kulaks, enemigos peligrosos. En noviembre de 1932 el Partido Comunista de Ucrania ordenó a sus miembros que volvieran a repetir dicho lenguaje. «Al mismo tiempo», mientras llevaban a cabo una represión jurídica y física, el partido y sus brigadas de acopio debían actuar «contra los saqueadores, los rufianes y los ladrones de pan, contra aquellos que engañan al Estado proletario y a los koljosianos […] debemos aumentar el odio de las masas de las granjas colectivas, debemos asegurarnos de que todas las de los koljoses denigren a estas personas como agentes kulaks y enemigos de clase».[91] Con estas instrucciones resonando en sus oídos, además de no temer ser castigados por su actitud, los recolectores de grano esperaban recibir recompensas.

La curiosa historia de Andrí Richitski ilustra a la perfección el problema, ya que constituye una de las pocas excepciones a esta regla. Para cuando se convirtió en plenipotenciario del distrito, Richitski ya había participado en varios de los movimientos intelectuales y políticos de su época. De joven había formado parte del levantamiento campesino de 1919, actuando con uno de los grupos guerrilleros, al menos según su ficha policial. Más tarde apoyó a los socialrevolucionarios, antes de ver la luz y convertirse en un comunista apasionado, aunque fuese como uno de los dirigentes del Partido Comunista de Ucrania, una de las formaciones políticas «nacional-comunistas» que al principio se habían opuesto a los bolcheviques. Luego escribió una biografía del poeta Tarás Shevchenko y fue el primer traductor de Karl Marx al

ucraniano. En 1931 Richitski participó en los ataques organizados contra Mijailo Hrushevski, «desenmascarando» al famoso historiador como enemigo burgués del socialismo.[92] A pesar de esos esfuerzos por congraciarse con el régimen, su complejo historial político lo convirtió en una figura sospechosa en la Ucrania de principios de la década de 1930, y en noviembre de 1933 fue arrestado en el marco del proceso contra la inexistente «Organización Militar Ucraniana».[93]

El juicio contra Richitski, celebrado en marzo de 1934, se centró en su breve carrera como recolector de grano y líder de la brigada de activistas de Arbuzinka, en la provincia de Mikoláiv, desde diciembre de 1932 hasta finales de febrero de 1933. La investigación sobre sus actividades durante esos tres meses fue rigurosa; el sumario tenía cientos de páginas e incluía el testimonio de más de cuarenta testigos. El tribunal acusó a Richitski y a otros líderes locales, en particular a Iván Kobzar, el secretario del comité del partido del distrito, de contrarrevolucionarios, de tergiversar la línea del partido y de utilizar deliberadamente una violencia excesiva con el objetivo de crear «descontento».

En realidad, los documentos demuestran que Richitski, Kobzar y los otros líderes habían actuado igual que miles de otros funcionarios comunistas de la zona en esa misma época. A Richitski lo habían enviado a Arbuzinka precisamente porque ya contaba con un buen historial como recolector de cereal en la provincia de Vínnitsia. Antes incluso de eso, en 1930, había servido como recolector de cereal en la república ucraniana autónoma de Moldavia —uno de los lugares que emplearon métodos brutales muy temprano— y había recibido una medalla por sus esfuerzos. Al llegar a su nuevo puesto de trabajo, comenzó enseguida a formar una brigada que obligaría también a los campesinos de Arbuzinka a cumplir sus objetivos.

Sus intenciones quedaron claras desde la primera noche, como testificó un labrador. Richitski reunió a los líderes de la aldea en una sala, cerró la puerta y «empezó a gritar que todos los koljosianos eran petliuristas y que debíamos apalearlos hasta hacer acopio de todo el cereal». Cuando algunos de los presentes se opusieron, volvió a gritar: «¿Sabéis con quién estáis hablando? Con un miembro del Gobierno, un miembro del Comité Central, un candidato a miembro del Politburó». Entonces propuso crear una brigada que actuaría de manera diferente a como lo habían hecho todas las precedentes: «Después de recibir la visita de esta brigada, cada casa debe necesitar una reforma a fondo. No debe quedar ni el horno ni el tejado».

Varios informantes y funcionarios locales de la policía secreta se unieron a la brigada. También lo hicieron dos conocidos criminales, como era común; una vez más, la policía los escogía por su crueldad. Uno de ellos era Spiridón Velichko, a quien habían expulsado por robo de una de las granjas colectivas en septiembre de 1932. Le permitieron participar en la brigada porque estaba dispuesto a informar sobre sus compañeros del koljós y a revelar dónde habían escondido el grano. Lo interpretó como un *quid pro quo*, y en su caso funcionó. «Durante la hambruna no cayó en el olvido», según los testimonios. En otras palabras, no pasó hambre.

En las semanas siguientes a la llegada de Richitski, la nueva brigada de Arbuzinka introdujo algunos cambios en los métodos tradicionales de recolección de grano. Encerraban a los campesinos indómitos en un sótano, a veces durante dos o tres días, con muy poca comida o sin ninguna en absoluto. Los apaleaban con frecuencia, hasta que revelaban dónde se encontraba el grano. A otros los sometían a un tipo de humillación pública: los desnudaban, los metían en barriles y los conducían de aldea en aldea como «ejemplo» que otros no debían seguir. Si ninguno de esos métodos funcionaba, el equipo de Richitski recurría a castigos aún más espectaculares. Tras confiscar las pertenencias de los campesinos —ropa interior, sartenes, zapatos—, simplemente destrozaban por completo sus hogares.

También utilizaban otros tipos de violencia y tortura. Un lugareño describió los resultados que los métodos de Richitski tuvieron en una ocasión. «Después de que yo descubriera cuatro escondites de cereal en la casa de un granjero, llevé al hombre ante el consejo municipal. Richitski lo apaleó, gritándole: "¿Sabe que por esconder el grano le van a fusilar?". El hombre le respondió a gritos: "Me da igual, vamos a morir de todas formas"». En otra ocasión varios miembros de la brigada vertieron queroseno sobre un gato, le prendieron fuego y lo lanzaron a un sótano donde habían encerrado a hombres, mujeres y niños. También se utilizaba la coerción sexual como arma; el miembro de una brigada les dijo a varias mujeres que si se acostaban con él no tendrían que entregar su grano.

Al parecer, las acusaciones de abuso iban encaminadas a culpar retrospectivamente de la violencia a elementos solitarios y así minimizar el papel desempeñado por el partido en estos crímenes. Pero Richitski tenía una buena justificación: había seguido órdenes claras, y le habían recompensado de manera sistemática por ello. En su declaración explicó que al llegar a Arbuzinka descubrió que en realidad los decretos del otoño de 1932 no se habían aplicado. Los comunistas locales no habían empezado a confiscar toda

la comida de los campesinos ni les habían obligado a pagar «impuestos» si no alcanzaban las cuotas de cereal establecidas. No habían desahuciado a nadie. Esos eran precisamente los métodos que Richitski había utilizado con éxito en Vínnitsia, con la aprobación de las autoridades superiores, y al llegar a Arbuzinka había decidido volver a ponerlos en práctica.

Richitski también declaró que el propio Kaganóvich había fortalecido su fe en esos métodos. El 24 de diciembre de 1932 Richitski y Kobzar, el líder local del partido, se habían reunido con Kaganóvich en la aldea de Voznesensk. Los dos hombres habían oído claramente cómo este gerifalte soviético les decía a los funcionarios del partido presentes que no eran lo bastante duros. Incluso habían oído la orden que se ha mencionado más arriba, en virtud de la cual su tarea era sembrar semejante pánico en las aldeas que «los propios campesinos revelen sus escondites».[94] En la reunión, que acabó a las cuatro de la madrugada, se había llegado al acuerdo de recolectar doce mil toneladas de grano antes del 1 de febrero de 1933. Richitski testificó que se había sentido inspirado por aquel discurso. Lo había convencido de que era preciso abandonar los viejos e «ineficaces» métodos de acopio de cereal y adoptar técnicas más duras.

Kaganóvich tampoco fue la única figura de alto rango del partido que subrayó este punto. En la segunda mitad de enero, un líder del Politburó de Ucrania, Volodímir Zatonski, había visitado Arbuzinka y estaba más que satisfecho con el violento trabajo de la brigada. En particular, a Zatonski le parecían bien los «ataques concentrados» contra los campesinos, junto con las multas, los desahucios y los arrestos. Todo ello era necesario para «asustar a los demás». Richitski admitió abiertamente que este lenguaje lo había alentado a destruir los hogares de los campesinos. «Consideraba que, para conseguir un mayor efecto, había que destrozar las casas que iban a ser confiscadas. Para que la gente pudiera verlo con sus propios ojos».

El de Richitski fue un juicio curioso, entre otras cosas porque decía las cosas de manera convincente, en ocasiones a pesar de las protestas de un fiscal que intentaba desestimar sus argumentos. No está claro quién ordenó la investigación, ni por qué permitieron que se hiciera; por regla general, era muy poco común que los responsables de la hambruna se enfrentaran a ningún tipo de castigo.[95] No cabe duda de que ocurrió por razones relacionadas con la polifacética carrera de Richitski, que llamó la atención de los funcionarios del OGPU que buscaban a nacionalistas y contrarrevolucionarios encubiertos. Fue condenado a muerte en 1934.

En cualquier caso, el testimonio de Richitski disipa cualquier duda sobre el ambiente moral que prevalecía en la época. Lejos de ser un caso aparte o un criminal, se sentía parte del orden establecido. Él y los otros miembros de la brigada tenían buenas razones para creer que la cúpula dirigente del partido autorizaba el uso de la crueldad extrema y estaba a favor del robo de alimentos y pertenencias al campesinado. No había ningún malentendido.

11
Hambruna
Primavera y verano de 1933

¿Cómo íbamos a oponer resistencia si no teníamos fuerzas para salir a la calle?

MARÍA DZIUBA, provincia de Poltava, 1933 [1]

Ninguno de ellos era culpable de nada, pero pertenecían a una clase que era culpable de todo.

ILIÁ EHRENBURG, 1934 [2]

Una vez que empieza, la inanición siempre sigue el mismo camino en el ser humano. En la primera fase, el cuerpo consume todas las reservas de glucosa. Aparece una sensación de hambre intensa, junto con pensamientos constantes en torno a la comida. En la segunda fase, que puede durar hasta varias semanas, el cuerpo comienza a consumir su propia grasa y el organismo se debilita de forma drástica. En la tercera fase, el cuerpo devora las proteínas, canibalizando los tejidos y los músculos. Al final, la piel se vuelve más fina, los ojos se dilatan y las piernas y el estómago se hinchan puesto que los fuertes desequilibrios hacen que el cuerpo retenga agua. El más mínimo esfuerzo causa agotamiento. A lo largo del proceso, varios tipos de enfermedades pueden adelantar la muerte: el escorbuto, el *kwashiorkor*, el marasmo, la neumonía, el tifus, la difteria y un amplio abanico de infecciones y enfermedades cutáneas causadas, de manera directa o indirecta, por la falta de alimentos.

Los ucranianos de las aldeas a los que les había faltado comida en el otoño y el invierno de 1932 comenzaron a experimentar todas esas fases en la primavera de 1933, si es que no lo habían hecho antes. Años más tarde,

algunos de los supervivientes trataron de describir aquellos meses terribles por medio de testimonios escritos y en miles de entrevistas. Para otros de los que sobrevivieron, la experiencia fue tan horrible que después fueron incapaces de recordar nada de lo ocurrido. Una mujer que había sobrevivido a la hambruna con once años podía rememorar hechos que le habían causado tristeza o decepción antes de la hambruna, incluso cosas triviales como haber perdido un pendiente. Sin embargo, no guardaba ningún recuerdo emocional de la hambruna, ni de terror ni de dolor. «Es probable que el hambre atrofiara mis sentimientos». Ella y otros se han preguntado si la hambruna los dejó entumecidos, una experiencia que más adelante eliminó las emociones y los recuerdos. A algunos les parecía que la hambruna había «mutilado las inmaduras almas de los niños».[3]

Algunos buscaron metáforas para describir lo ocurrido. Tetiana Pavlichka, que vivía en la provincia de Kiev, recordaba que su hermana Tamara «tenía el estómago grande e hinchado, y el cuello largo y delgado como el de un pájaro. Las personas no parecían tales, eran más bien como fantasmas muriéndose de hambre».[4] Otro superviviente recordaba que su madre «parecía una jarra de agua, llena de agua limpia de manantial. Todo lo que se podía ver de su cuerpo […] era transparente y estaba lleno de agua, como una bolsa de plástico».[5] Una tercera recordaba a su hermano, tumbado, «con vida pero completamente hinchado, su cuerpo brillaba como si estuviese hecho de cristal».[6] Nos sentíamos «mareados —según recordaba otro—. Todo parecía estar envuelto en niebla. Las piernas nos dolían muchísimo, como si alguien nos estuviese arrancando los tendones».[7] Otra no podía borrar de la mente el recuerdo de un niño sentado, balanceándose «atrás y adelante, atrás y adelante», recitando una «canción» interminable con la voz apagada: «Come, come, come».[8]

Un activista procedente de Rusia, uno de los que habían enviado a Ucrania para que ayudase a poner en práctica la política de confiscación, también recordaba a los niños.

> Todos estaban igual: la cabeza como una nuez pesada, el cuello delgado como el de una cigüeña, cada movimiento de sus huesos se podía ver bajo la piel de los brazos y las piernas, la propia piel como una gasa amarillenta que se extendía sobre el esqueleto. Los rostros de aquellos niños estaban avejentados, exhaustos, como si ya llevasen setenta años sobre la faz de la Tierra. Y los ojos, ¡Dios mío![9]

Algunos supervivientes recordaban sobre todo las numerosas enfermedades de la hambruna y sus diferentes efectos secundarios. El escorbuto hacía que a la gente le doliesen las articulaciones, que perdiesen los

dientes. También causaba ceguera nocturna; la gente no podía ver en la oscuridad, y por lo tanto temían salir de sus casas por la noche.[10] La hidropesía —edema— hacía que las piernas de los afectados se hinchasen y volvía su piel muy fina, incluso transparente. Nadía Malishko, de una aldea de la provincia de Dnipropetrovsk, recordaba que su madre «se hinchó y se debilitó hasta parecer una anciana, aunque solo tuviera treinta y siete años. Las piernas le brillaban y la piel se le había quebrado».[11] Hlafira Ivánova, de la provincia de Proskúriv, recordaba que la gente se volvía amarilla y negra. «La piel de la gente hinchada se agrietaba y supuraba líquido por las heridas».[12]

Los que tenían las piernas hinchadas, cubiertas de llagas, no se podían sentar. «Cuando esas personas se sentaban, se les rasgaba la piel, les empezaba a correr un líquido por las piernas, el olor era espantoso y sentían un dolor insoportable».[13] A los niños se les hinchaba la barriga, y sus cabezas parecían demasiado pesadas para sus cuellos.[14] Una mujer recordaba a una niña tan esquelética que «se podía ver cómo le latía el corazón debajo de la piel».[15] M. Míshchenko describió las últimas fases: «Aumenta la debilidad general, y el afectado no puede sentarse en la cama ni moverse siquiera. Cae en un estado de somnolencia que puede durar una semana, hasta que el corazón deja de latir por el cansancio».[16]

Una persona demacrada puede morir muy rápido, de forma inesperada; fue lo que les sucedió a muchos. La hermana de Volodímir Slípchenko trabajaba en una escuela, donde vio a niños morir de hambre durante las clases —«un niño está sentado en su pupitre, se desmaya, se cae»— o mientras jugaban fuera, en el patio.[17] Muchas personas fallecieron mientras intentaban huir a pie. Otro superviviente recordaba que los caminos que llevaban al Donbás estaban cubiertos de cadáveres. «Había aldeanos muertos en las carreteras, en las cunetas y en los caminos. Había más cadáveres que personas para moverlos».[18]

Los que carecían de alimentos también podían morir repentinamente al ingerir alguno, si es que conseguían hacerse con algo de comida. Hrihori Simiá recordaba que en la primavera de 1933 llegaba un hedor insoportable de los campos de trigo cercanos a la carretera; la gente hambrienta se había arrastrado hasta las cañas de trigo para cortar las espigas, se las habían comido y habían muerto ahí mismo, puesto que sus estómagos vacíos ya no podían digerir nada.[19] Lo mismo ocurría en las ciudades, en las colas del pan. «Se daban casos en que una persona compraba pan, se lo comía y fallecía ahí mismo, pues estaba demasiado agotado por el hambre».[20] Un

superviviente estaba atormentado por el recuerdo de haber encontrado unas remolachas que regaló a su abuela. Se comió dos crudas y el resto las cocinó. Murió pocas horas después, porque su cuerpo no fue capaz de digerirlas.[21]

Para los que seguían con vida, los síntomas físicos solían ser solo el principio. Los cambios psicológicos podían ser igual de dramáticos. Más tarde, algunos hablaron de la «psicosis del hambre», aunque no cabe duda de que algo así no se podía definir ni evaluar.[22] Petró Boichuk recordaba que «el hambre alteraba la mente de las personas. El sentido común los abandonaba, los instintos naturales se desvanecían».[23] Pitirim Sorokin, que había sufrido la hambruna de 1921, recordaba que tras solo una semana de falta de alimentos «me resultaba muy difícil concentrarme durante cualquier plazo de tiempo en nada que no fuese comida. Si me esforzaba muchísimo, era capaz de ahuyentar de mi conciencia los "pensamientos del hambre" durante breves periodos, pero siempre acababan regresando y se apoderaban de mi mente». Al final, dichos pensamientos «empiezan a multiplicarse de forma considerable en la conciencia, y adquieren una diversidad y una viveza sin precedentes que a menudo alcanzan la categoría de alucinaciones». El resto de los pensamientos «desaparecen del campo de la conciencia, se vuelven difusos y no resultan interesantes».[24]

Los supervivientes han escrito y hablado una y otra vez sobre el modo en que el hambre altera la personalidad y deja de existir un comportamiento normal. El deseo de comer simplemente sobrepasaba todo lo demás, sobre todo los sentimientos hacia la familia. Una mujer que siempre había sido amable y generosa cambió de pronto cuando la comida empezó a escasear. Echó de casa a su propia madre y le dijo que se fuese a vivir con otro familiar. «Llevas dos semanas viviendo con nosotros —le dijo—, ve a vivir con él y no seas una carga para mis hijos».[25]

Otro superviviente recordaba a un chico joven que buscaba el cereal que había sobrado en un campo. Su hermana fue corriendo hacia él y le dijo que volviese a casa porque su padre había muerto. El chico respondió: «Que se vaya al infierno, yo quiero comer».[26] Una mujer le contó a un vecino que su hija menor se estaba muriendo, así que no le estaba dando nada de pan. «Necesito salir adelante, mis hijos van a morir de todas formas».[27] Un niño de cinco años cuyo padre había muerto entró en la casa de su tío para robar algo de comida. Enfurecida, la familia del tío lo encerró en un sótano, donde también falleció.[28]

Al enfrentarse a elecciones terribles, muchos tomaron decisiones que nunca hubiesen sido capaces de imaginar. Una mujer dijo en su aldea que,

aunque siempre podría tener más hijos, solo tenía un marido, y que quería que sobreviviese. Así pues, a sus hijos les confiscaba el pan que recibían en la guardería, y todos los niños murieron.[29] Un matrimonio dejó a sus hijos en un profundo hoyo para no tener que ver cómo morían. Los vecinos oyeron los gritos de los niños, los rescataron y sobrevivieron.[30] Otra superviviente recordaba que su madre se iba de casa para no oír los lamentos de su hermano pequeño.[31]

Uliana Litvín, que tenía ochenta años cuando la entrevistaron, recordaba estos cambios emocionales y, ante todo, la desaparición de los sentimientos hacia la familia —el amor maternal y paternal—. «Créame, el hambre convierte a las personas buenas y honradas en animales completamente aturdidos. Sin intelecto ni raciocinio, sin aflicción ni conciencia. Esto es lo que se les puede hacer a labradores buenos y honrados. Cuando a veces sueño con aquel infierno, aún lloro dormida».[32]

También se incrementó la desconfianza, que desde luego ya había ido en aumento desde el principio de las campañas de colectivización y deskulaquización de los años anteriores. «Habían hecho que los aldeanos espiasen a sus propios vecinos —escribió Miron Dolot—; algunos se habían visto obligados a traicionar a sus amigos, a los niños les habían enseñado a acusar a sus padres, y hasta las familias evitaban reunirse. La tradicional y cálida hospitalidad de los aldeanos había desaparecido, sustituida por la desconfianza y la sospecha. El miedo se convirtió en un compañero fiel; nos daba pavor la idea de quedarnos irremediablemente solos y sin poder hacer nada ante el monstruoso poder del Estado».[33]

Yarina Mítsik recordaba que las familias que siempre habían dejado abierta la puerta de su casa, incluso durante los años de la revolución y la guerra civil, ahora la cerraban. «Esa sinceridad y generosidad centenarias dejaron de existir. Desaparecieron cuando llegaron los estómagos vacíos».[34] Los padres advertían a sus hijos de que tuviesen cuidado de los vecinos a los que habían conocido durante toda la vida; nadie sabía quién iba a resultar ser un ladrón, un espía o incluso un caníbal. Además, nadie quería que los demás supieran cómo había conseguido sobrevivir. «La confianza se esfumó —escribió María Doronenko—. Cualquiera que conseguía comida o que descubría los medios necesarios para obtenerla, se guardaba el secreto y se negaba a compartirlo incluso con los miembros más cercanos de la familia».[35]

La empatía también desapareció, y no solo entre los más hambrientos. La desesperación y la histeria de los vecinos famélicos causaban terror y miedo,

incluso entre aquellos que aún tenían suficiente para comer. Una carta anónima, que con el paso del tiempo llegó a los archivos del Vaticano, describía lo que se sentía al estar rodeado de gente hambrienta:

> Es imposible traer pan a casa por la tarde ni durante el día sin ser descubierto. Los vecinos hambrientos te paran y te lo quitan de las manos, a menudo te muerden las manos o te las hieren con una navaja. Nunca he visto rostros tan enjutos y tan salvajes, ni cuerpos tan menudos cubiertos con harapos […]. Hay que vivir aquí para entender y dar crédito al alcance de este desastre. Incluso hoy, tras haber estado en el mercado, he visto cómo unos soldados lanzaban a un carro a dos hombres que habían muerto de hambre, uno encima del otro. ¿Cómo podemos vivir?**[36]**

Al igual que durante el Holocausto, los testigos de un sufrimiento tan intenso no siempre sentían —quizá no podían sentir— lástima, sino que, por el contrario, dirigían su enfado hacia las víctimas.**[37]** La propaganda fomentaba esos sentimientos; el Partido Comunista culpaba con vigor y saña a los campesinos ucranianos de su destino, y otros también lo hacían. Un vecino de Mariúpol recordaba una escena especialmente dura:

> Un día, mientras hacía cola frente a la tienda para comprar pan, vi a una granjera de unos quince años, en harapos y con el hambre reflejada en los ojos. Estiraba la mano hacia cualquiera que comprase pan, le pedía unas migajas. Al final se aproximó al tendero. Debía de ser algún recién llegado que no sabía, o no quería, hablar ucraniano. Empezó a regañarla, diciéndole que era demasiado vaga para trabajar en la granja, y le golpeó la mano que tenía extendida con la parte roma de un cuchillo. La chica cayó al suelo y perdió una migaja de pan que tenía en la otra mano. Entonces el hombre se le acercó, le dio una patada y gruñó: «¡Levántate! ¡Vete a casa y trabaja!». La niña gimió, se estiró y murió. Algunos en la cola comenzaron a llorar. El tendero comunista se dio cuenta y los amenazó: «Aquí algunos os estáis poniendo demasiado sentimentales. Es fácil detectar a los enemigos del pueblo».**[38]**

El hambre también hizo que los desconocidos y los forasteros fueran cada vez más sospechosos, aunque se tratara de niños. Los habitantes de las ciudades se volvieron especialmente hostiles hacia los campesinos que conseguían superar los cordones policiales y entrar en las zonas urbanas para mendigar, o incluso hacia cualquier residente de la ciudad que no lograra encontrar nada para comer. El padre de Anastasía J., una niña que vivía en Járkiv durante la hambruna, la llevaba muchas veces a la puerta de una cafetería para hacerse con los restos de comida que los clientes no se habían acabado, hasta que un «hombre bien vestido» les gritó y les dijo que se marchasen.**[39]** Pero también vivió la experiencia contraria. En una ocasión volvía corriendo a casa tras haber conseguido comprar una hogaza de pan. Una mujer campesina con un bebé la paró y le rogó que la compartiese con ella. Pensando en su familia, se marchó a toda prisa. «En cuanto me hube ido, la pobre mujer se desplomó y murió. El miedo me inundó el corazón, pues

parecía que sus ojos abiertos me acusasen por haberle negado el pan. Vinieron y se llevaron al bebé, al que agarraba con fuerza incluso después de morir. La imagen de esta mujer fallecida me atormentó durante mucho tiempo. Era incapaz de dormir por las noches, porque seguía viéndola».[40]

En estas circunstancias, las normas éticas usuales dejaron de tener sentido. Robar a los vecinos, a los primos, en la granja colectiva, en el puesto de trabajo, se volvió algo común. Entre las víctimas de la hambruna, el robo estaba más que consentido. La gente robaba gallinas a sus vecinos, y luego se defendía como podía.[41] El autor anónimo de una carta enviada al comité de la provincia de Dnipropetrovsk se quejaba de que durante el día la gente cerraba la puerta de su casa desde fuera y por la noche desde dentro. «No hay garantías de que no vayan a entrar en casa, llevarse lo que queda de comida e incluso matarte. ¿Dónde se puede buscar ayuda? Los milicianos tienen hambre y miedo».[42]

Cualquiera que trabajase en una institución estatal —una granja colectiva, una escuela, una oficina— también robaba todo lo que podía. La gente guardaba grano en los bolsillos o se lo metía en los zapatos antes de salir de los edificios públicos. Otros hacían agujeros secretos en las herramientas de trabajo de madera y escondían el grano en el interior.[43] La gente robaba caballos —incluso de los cuarteles generales de la milicia—, vacas, ovejas y cerdos, los mataba y se los comía. En un solo distrito de la provincia de Dnipropetrovsk, robaron treinta caballos de las granjas colectivas entre abril y mayo de 1933; en otro distrito los ladrones se llevaron cincuenta vacas. En algunos lugares se informó de que, por la noche, los campesinos guardaban a las vacas, si es que las tenían, dentro de sus casas.[44]

La gente también robaba reservas de semillas, que por supuesto habían sido confiscadas y almacenadas en depósitos. A menudo eran pequeñas cantidades; a los trabajadores de las granjas colectivas solían sorprenderlos llenándose los bolsillos. Pero se convirtió en un problema tan extendido que en marzo de 1933 las autoridades ucranianas promulgaron un decreto especial en virtud del cual el OGPU, la milicia y los grupos de activistas debían proteger las semillas y castigar a los ladrones aplicándoles la dura ley del 7 de agosto. Se crearon tribunales móviles especiales para acelerar los procesos judiciales.[45]

Ya nadie se sentía culpable por robar pertenencias comunales. Un hombre escribió lo siguiente sobre sus hurtos durante la hambruna: «En esa época no pensábamos que fuese un gran crimen, ni siquiera recordábamos que probablemente habíamos matado a alguien al privarlo de alimentos».[46] Iván

Brinza y su amigo de la infancia, Volodia, esperaban junto a un montacargas para el cereal y se unían a la disparatada pelea que estallaba cada vez que algunos granos caían al suelo.

> Los sacos se rasgaban, pero las avispadas tropas del NKVD rodeaban de inmediato el lugar y gritaban: «¡Ni se os ocurra tocar propiedad socialista!». Ponían el grano desparramado en sacos nuevos, pero siempre quedaban entre el polvo una docena de granos o algo así. Los hambrientos niños se abalanzaban sobre el polvo, tratando de recoger todo lo que pudiesen. Pero en esa «batalla» acababan golpeados y aplastados. Debilitados por el hambre, nunca llegaban a levantarse del suelo.[47]

A veces el robo tenía lugar a una escala mucho mayor. En enero de 1933, una inspección en las fábricas de pan y las panaderías de Ucrania reveló que los trabajadores de toda la república estaban guardando pan y harina en cantidades ingentes, ya fuese para uso personal o para venderlo en el mercado negro. Como resultado, prácticamente todo el pan que se ponía a la venta en las tiendas oficiales era «de mala calidad»; contenía demasiado aire y agua, y también sustancias de relleno —serrín y otros cereales— en vez de trigo. En algunos casos había «organizaciones criminales» que controlaban las fábricas e intercambiaban el pan por otro tipo de productos alimentarios. También se manipulaban a gran escala los libros de contabilidad para ocultar esos manejos.[48]

La transformación sufrida por personas honradas al convertirse en ladrones fue tan solo el comienzo. A medida que pasaban las semanas, la hambruna volvió literalmente loca a la gente, provocando ataques de ira irracionales y agresiones aún más extraordinarias. «La hambruna fue terrible, pero hubo más; la gente se volvió tan colérica y tan salvaje que daba miedo salir a la calle», recordaba un superviviente. Entonces era solo un niño, y recordaba cómo el hijo de sus vecinos provocaba a otros niños con una hogaza de pan y mermelada que su familia había conseguido. Empezaron a lanzarle piedras y acabaron matándolo a golpes. Otro niño falleció después, mientras se peleaba por la hogaza de pan.[49] Los adultos no estaban mejor capacitados para enfrentarse a la rabia que el hambre traía consigo; un superviviente recordaba que un vecino se enfadó tanto por el sonido que sus hijos hacían al llorar pidiendo comida, que asfixió al bebé en la cuna y mató a otros dos de sus hijos golpeándoles la cabeza contra la pared. Solo uno consiguió escapar.[50]

La policía secreta documentó una historia similar en la provincia de Vínnitsia, donde un granjero, que no podía soportar la idea de que sus hijos fueran a morir de hambre, «encendió la estufa y cerró la chimenea» para

matarlos. «Cuando los niños empezaron a ahogarse por el humo y a gritar pidiendo auxilio, los estranguló con sus propias manos. Después fue al consejo municipal y confesó […]». El granjero dijo haber cometido los asesinatos porque «no había nada para comer». Posteriormente, cuando registraron su hogar, no encontraron nada de comida.[51]

El vigilantismo se generalizó. Guardias armados disparaban contra aquellos a quienes vieran recogiendo espigas de trigo, y cualquiera que intentase robar algo de un almacén corría la misma suerte. A medida que la hambruna iba a peor, la gente común también empezó a vengarse de los ladrones. Olexí Litvinski recordaba que vio cómo el jefe de una granja colectiva cogía a un chico que había robado pan y le golpeaba la cabeza contra un tronco; un asesinato por el que nunca fue juzgado.[52] Hanna Tsivka sabía de una mujer que había matado a su propia sobrina por haber robado una hogaza de pan.[53] Al hermano mayor de Mikola Basha lo descubrieron buscando patatas que se habían echado a perder en el huerto de un vecino, y este lo agarró y lo encerró en un sótano lleno de agua que le llegaba hasta la cintura.[54] A la tía de otro superviviente la mataron con una horca por haber robado cebolletas del patio de un vecino.[55]

En ocasiones este vigilantismo se apoderaba de todo un conjunto de personas. En la granja colectiva Nueva Unión de la provincia de Dnipropetrovsk, un grupo —que incluía al director de la granja, al veterinario y al contable— mató de una paliza a un koljosiano por haber robado una jarra de leche y unas galletas.[56] Cuando los granjeros de una aldea robaron una oveja de la granja colectiva de Ráshkova Slobodá, en la provincia de Cherníhiv, se organizó una cacería. Los granjeros de la población encontraron a los cuatro culpables, los rodearon y les dispararon ahí mismo. Mikola Opanásenko fue testigo de este ataque cuando era solo un niño. Más tarde hizo esta observación: «Surge una pregunta amarga: ¿quién insufló en las almas de los campesinos tanta ferocidad animal, hasta el punto de que tratasen con tan poca piedad a la gente?».[57]

A veces las turbas que linchaban a gente torturaban antes a sus víctimas. En la provincia de Vínnitsia un grupo encerró en un granero a una mujer sospechosa de robo y la tuvo allí sin comida ni agua durante dos días, antes de enterrarla viva. En otro distrito de Vínnitsia asesinaron a María Sokirko, una niña de doce años, por haber cogido cebollas. En la provincia de Kiev el líder del consejo municipal «arrestó» a dos chicas adolescentes acusadas de robo, les quemaron los brazos con cerillas, les clavaron agujas y les pegaron con tanta violencia que una de ellas murió y la otra tuvo que ser hospitalizada.[58]

Este tipo de actitud se volvió tan común que en junio de 1933 el Gobierno de Ucrania ordenó que los fiscales evitasen la «justicia popular» sometiendo a los responsables a juicios públicos. En junio y julio se celebraron docenas de «farsas judiciales» a pequeña escala en toda Ucrania, pero en 1934 e incluso en 1935 siguieron produciéndose linchamientos masivos.[59]

Esa «ferocidad animal» aún podía ir a más. El hambre pronto dio lugar a varias formas de verdadera locura: alucinaciones, psicosis y depresión. Una mujer cuyos hijos habían muerto en mayo de 1933, en el plazo de tres días, perdió por completo la cabeza; dejó de vestirse, se deshizo las trenzas y les dijo a todos que la «escoba roja» se había llevado a su familia.[60] Una superviviente se acordaba de la terrible historia de Várvara, una vecina que se había quedado sola con dos hijos. A principios de 1933, Várvara cogió la ropa que aún conservaba y viajó a una ciudad cercana con la esperanza de intercambiarla por pan. Lo consiguió y volvió a casa con una hogaza entera. Pero al cortarla empezó a gritar; la hogaza no estaba entera, sino rellena de una bolsa de papel, de modo que, una vez más, no tenía nada que comer. Cogió el cuchillo, se dio la vuelta, lo clavó en la espalda de su hijo y empezó a reírse de manera histérica. Su hija vio lo que sucedía y huyó corriendo para salvarse.[61]

Con el paso del tiempo, todas estas emociones se apagaron y una indiferencia absoluta ocupó su lugar. Tarde o temprano, el hambre volvía apático a todo el mundo, los dejaba incapaces de moverse o pensar. La gente se sentaba en un banco de su granja, junto a la carretera, en su casa… y permanecía inmóvil. Mikola Proskóvchenko, que sobrevivió a la hambruna en la provincia de Odesa, recordaba que en las aldeas más bulliciosas reinaba un silencio absoluto. «Había un silencio extraño en todas partes. Nadie lloraba, se lamentaba ni se quejaba […]. Había indiferencia por todas partes; la gente estaba hinchada o completamente exhausta […]. Hasta sentían una especie de envidia hacia los muertos».[62] En la primavera de 1933, en medio de la noche, Olexandra Rádchenko escribió en su diario: «Ya son las tres de la madrugada, lo que significa que hoy es 27 de abril. No duermo. Estos últimos días han estado llenos de una terrible apatía […]».[63]

«Ya nadie siente pena por nadie —escribió Halina Budántseva, otra superviviente—, la gente no desea nada, ya ni siquiera quiere comer. Caminas sin rumbo por el patio, por la calle. Después de un rato ya no quieres caminar, no te quedan fuerzas para eso. Te tumbas y esperas a que llegue tu hora».

Halina se recuperó porque un tío suyo fue a rescatarla, pero su hermana Tania murió camino de la aldea de su familiar.[64]

Petró Hrihorenko, que por entonces estudiaba en una academia militar, fue testigo de esta indiferencia cuando en diciembre de 1931 recibió una extraña carta de su madrastra en que mencionaba la mala salud de su padre. Preocupado, Petró regresó a su aldea. Ahí descubrió que su padre, que había defendido con entusiasmo la colectivización, se estaba muriendo de hambre. Petró se dirigió a la oficina de la granja colectiva local para informar a los funcionarios de que iba a llevarse a sus padres.

> El contable era un amigo mío de la época del Komsomol. Estaba sentado solo, no había nadie más. «¡Buenos días, Kolia!», lo saludé. Se quedó ahí sentado, mirando a la mesa. Sin levantar siquiera la vista me dijo, como si nos hubiésemos despedido hacía unos minutos: «Ah, Petró. —Estaba completamente apático—. ¿Así que has venido a por tu padre? Pues llévatelo. Quizá sobreviva. Nosotros no».[65]

Vasili Grossman también describió esa fase de la hambruna en *Todo fluye*:

> Al principio el hambre te echa de casa. Primero es un fuego que te quema, te atormenta, te desgarra las tripas y el alma: el hombre huye de casa. La gente desentierra lombrices, arranca hierba; ya lo ves, incluso se abrieron paso hasta Kiev. Y todos se van de casa, todos. Luego llega el día en que el hambriento vuelve atrás, se arrastra hasta casa. Esto significa que el hambre le ha vencido, aquel hombre ya no se salvará. Se mete en la cama y permanece tumbado. Una vez el hambre lo ha vencido, el hombre ya no se levantará, no solo porque ya no tenga fuerzas: le falta interés, ya no quiere vivir. Se queda tumbado en silencio y no quiere que nadie lo toque. El hambriento no quiere comer […] no quiere que le molesten: quiere que le dejen en paz.[66]

Los servidores públicos también quedaron estupefactos con esta indiferencia generalizada. Ya en agosto de 1932 un informante de la policía les dijo a sus contactos que un colega, que trabajaba en un banco, le había confesado su «pérdida absoluta de la fe en un futuro mejor». Les explicó lo siguiente: «Todos los habitantes de las ciudades y las aldeas están profundamente desesperados, tanto los mayores como los jóvenes, tanto los miembros del partido como quienes no lo son. Los intelectuales y los representantes del trabajo físico pierden fuerza muscular y energía intelectual porque lo único en lo que piensan es en cómo poner fin a su sensación de hambre y a la de sus hijos».[67]

En un extenso informe que envió a Kaganóvich y Kosior en junio de 1933, un funcionario del partido que trabajaba en una Estación de Máquinas y Tractores del distrito de Kámianski les notificó que había miles de personas muriendo de hambre en su zona. Enumeró un ejemplo tras otro de gente que fallecía mientras trabajaba en el campo y de vuelta a casa, de gente que ni

siquiera era capaz de salir de sus hogares. Pero también había observado que la indiferencia iba en aumento. «La gente está cada vez más apática, no reacciona ante nada —escribió—. Ni ante la mortalidad, ni ante el canibalismo, ni ante nada».[68]

La indiferencia no tardó en hacerse extensiva a la muerte. En el pasado los funerales tradicionales ucranianos habían combinado la tradición eclesiástica con la folclórica, y solían incluir un coro, una comida, cánticos de los salmos, lecturas de la Biblia y a veces también plañideras. Pero ahora todos esos ritos estaban prohibidos.[69] Ya nadie tenía la fuerza suficiente para cavar una tumba, celebrar una ceremonia o tocar música. Las prácticas religiosas desaparecieron junto con las iglesias y los sacerdotes. Para una cultura que había concedido tanto valor a sus rituales, la imposibilidad de despedirse de los difuntos como era debido se convirtió un trauma añadido. «No había funerales —recordaba Katerina Márchenko—. No había sacerdotes, ni réquiems, ni lágrimas. No había fuerza para llorar».[70]

Una mujer recordaba que a su abuelo lo enterraron sin ataúd. Lo depositaron en un hoyo en el suelo junto con una vecina y sus dos niños. «Sus hijos no lo lloraron ni le cantaron "Memoria eterna", como manda la tradición cristiana».[71] Otro hombre recordaba cómo trataban sus amigos a su padre moribundo. «En 1933 los niños íbamos a los campos en busca de patatas congeladas. Las llevábamos a casa y las utilizábamos para hacer "galletas" […]. Una vez fui a visitar a mis amigos, que estaban esperando a sus "galletas" [a que estuvieran listas]. Su padre estaba tumbado en un banco, hinchado y sin poder levantarse. Les pidió a sus hijos que le dieran solo un trocito y estos le dijeron que no. "Ve tú a buscar patatas", le respondieron». El hombre murió esa misma tarde.[72]

Otro niño simplemente quedó desamparado.

> Madre se había ido, yo estaba durmiendo sobre la estufa y me desperté antes del amanecer. «Papá, quiero comer, ¡papá!» La casa estaba fría. Papá no respondía. Empecé a gritar. Amaneció; mi padre tenía espuma bajo la nariz. Le toqué la cabeza; estaba fría. Entonces llegó un carro con cadáveres, estaban todos amontonados. Entraron dos hombres en casa, metieron a mi padre en un saco de yute y lanzaron su cadáver al carro […]. Después de eso ya no podía dormir en casa, lo hacía en establos y almiares, estaba hinchado y harapiento.[73]

En muchos casos tampoco quedaban familiares para cuidar de los moribundos o para enterrar a los difuntos. Los edificios públicos se convirtieron rápidamente en morgues primitivas. En marzo de 1933 Anna S. se enteró de que su escuela estaba cerrada debido a una «epidemia de disentería y fiebre tifoidea». Quitaron los pupitres de las aulas, esparcieron

heno por el suelo y llevaron ahí a los hambrientos para que se murieran, padres e hijos juntos.[74] A veces se utilizaban casas particulares con el mismo propósito. En la provincia de Zhitómir las autoridades locales entraron en dos casas cuando los vecinos les informaron de que hacía varios días que no salía humo de la chimenea. En su interior encontraron a ancianos, adultos y niños. «Había cadáveres sobre una estufa, en el banco de al lado, en la cama». Los echaron todos en un pozo y los cubrieron con tierra.[75] A veces tardaban en encontrar los cadáveres. El invierno de 1933 fue muy frío y en varios lugares solo se pudo enterrar a los muertos cuando el hielo empezó a derretirse. Los perros y los lobos se ensañaban con los restos.[76] En primavera «el aire estaba cargado con el hedor omnipresente de cadáveres en descomposición. El viento lo extendía en todas direcciones, a toda Ucrania».[77]

También se empezaron a acumular en las estaciones de tren, en las vías férreas y en las carreteras. Los campesinos que habían intentado huir morían allí donde estaban, sentados o de pie, y luego «los recogían como si fuesen leña y se los llevaban».[78] En marzo de 1933 una testigo viajó con su madre por una región devastada por la hambruna y recordaba haber visto cadáveres tirados o a veces incluso sentados junto al camino. «El cochero partió un trozo de arpillera que tenía y cubrió los rostros de los muertos».[79]

Otros ni siquiera se molestaban en ello. Un empleado del ferrocarril, Olexánder Honcharenko, recordaba que «todas las mañanas, mientras iba camino del trabajo, me encontraba con dos o tres cadáveres junto a las vías, pero pasaba por encima de ellos sin pisarlos y seguía adelante. La hambruna me había robado la conciencia, el alma humana y los sentimientos. Al pasar por encima de los cadáveres no sentía absolutamente nada, era como si estuviera sorteando troncos».[80] Petró Mostoví recordaba que los vecinos que llegaron a su aldea «parecían fantasmas», se sentaban junto a los caminos o bajo las vallas y se morían. «Nadie los enterraba, bastante teníamos con nuestro propio sufrimiento». Como si ese horror no fuese suficiente, los gatos y perros salvajes roían los cadáveres. Mostoví, que entonces no era más que un niño, tenía miedo de ir a un poblado cercano porque todos los habitantes habían muerto, y no había nadie para enterrarlos. Quedaron tal cual, dentro de sus hogares y sus graneros, durante muchas semanas.[81] El resultado fue que hubo epidemias de tifus y otras enfermedades.[82]

En las ciudades, donde las autoridades aún trataban de encubrir el horror que estaba aconteciendo en las zonas rurales, los hombres del OGPU solían recoger los cadáveres por la noche y los escondían en secreto. Entre febrero y junio de 1933, por ejemplo, el OGPU de Járkiv documentó que había

enterrado a escondidas 2.785 cadáveres.[83] Unos años más tarde, durante el Gran Terror de 1937 y 1938, ese secretismo fue aún más lejos. Las fosas comunes de la hambruna fueron cubiertas y escondidas, e incluso saber dónde estaban se volvió algo peligroso. En 1938 arrestaron a todos los trabajadores del cementerio kievita de Lukiánivske, los juzgaron y los fusilaron tras acusarlos de fraguar una insurrección contrarrevolucionaria, probablemente para evitar que revelasen todo lo que sabían.[84]

En los pueblos y las aldeas más grandes los funcionarios locales organizaron equipos para que recogieran los cuerpos. En ocasiones estos equipos estaban compuestos por miembros del Komsomol.[85] A finales de la primavera de 1933, algunos de ellos eran soldados, enviados desde otras zonas, que ordenaban a los lugareños que cooperasen y lo mantuviesen en secreto.[86] Otros eran simplemente personas con suficiente capacidad física para cavar fosas comunes y dispuestas a trabajar a cambio de alimentos. Una mujer admitió haber sobrevivido a la hambruna porque la habían nombrado sepulturera, y por lo tanto recibía media hogaza de pan y un arenque al día.[87] Otro recordaba que estas brigadas recibían pan a cambio de cadáveres. «Si durante el día morían cuarenta personas, recibían una buena remuneración».[88] A menudo, sobre todo en ciudades como Kiev y Járkiv, los equipos de recogimiento de cadáveres trabajaban de noche para encubrir mejor la magnitud de su trabajo.[89]

Los entierros grupales, organizados a toda prisa, tenían lugar sin ningún tipo de ceremonia. Una testigo recordaba que «a la gente la enterraban sin ataúd, simplemente la tiraban en hoyos y los cubrían con tierra».[90] En otros casos, el equipo de enterradores cavaba una tumba en el lugar donde se encontraba el cadáver, sin intentar identificar a la persona ni marcar el lugar. «El montículo de tierra pronto desaparecía tras unos pocos días de lluvias intensas, la hierba lo cubría y no quedaba ninguna pista».[91] La abuela de una superviviente solía conducir de casa en casa un carro tirado por reses. Si veía cuervos «significaba que había cadáveres». Cuando encontraba a alguien que todavía no estaba del todo muerto, lo acercaba a la puerta «para que [luego] fuese más fácil sacarlo».[92] Muchas veces ni siquiera se marcaba el emplazamiento de las fosas comunes. En algunos lugares, unos años más tarde, las generaciones más jóvenes eran incapaces de encontrarlas.[93]

La indiferencia de algunos equipos de enterradores aumentó hasta el punto de convertirse en crueldad. Muchos supervivientes, de diferentes partes de Ucrania, han repetido historias parecidas de gente muy enferma a la que enterraban viva. «Había casos en que enterraban a personas medio vivas.

“Buenos hombres, déjenme. No estoy muerto”, se quejaban los “cadáveres”. “¡Vete al infierno! ¿Quieres que tengamos que volver mañana?”, solían responder».[94] Otro equipo también se llevaba a gente aún viva bajo el pretexto de que al día siguiente estarían en otra calle, así que para el caso cargaban ya con ella, recibían el «pago» por cada «cadáver» y así tenían más comida.[95] Muchos pensaban que, una vez cavadas las fosas comunes, no importaba cómo las llenasen. «Ni siquiera les disparaban, se ahorraban las balas y echaban a gente viva en el hoyo».[96] Hasta las familias trataban a sus enfermos del mismo modo. Una abuela cayó enferma y quedó inconsciente. «Cuando entró en un estado como de somnolencia, todos sus familiares pensaron que había muerto. Sin embargo, en cuanto empezaron a enterrarla, se dieron cuenta de que aún respiraba, a pesar de lo cual siguieron adelante porque iba a morir de todas formas. Nadie sintió pena».[97]

Con todo, algunos lograron escapar. Un hombre llamado Denís Lébid ha descrito cómo lo echaron a una fosa común. Trató de salir, pero descubrió que estaba demasiado débil. Se quedó ahí esperando la muerte, o a que otro cadáver cayese encima de él. Al final lo rescató el conductor de un tractor que había ido a allanar la tierra sobre el hoyo.[98] Se pueden oír ecos de su historia en el testimonio de una mujer a la que otra sacó de una fosa común tras oír sus gritos cuando pasaba por allí.[99] Se han documentado historias similares en las provincias de Cherkasi, Kiev, Zhitómir y Vínnitsia, entre otras.[100]

Ninguno de los que presenciaron tales sucesos —o, peor aún, de los que los vivieron— pudo olvidarlos jamás. «Pasé tanto miedo por lo ocurrido que no pude hablar durante varios días. Veía cadáveres en mis sueños. Y gritaba muchísimo […]».[101]

El horror, el agotamiento, la indiferencia inhumana por la vida y la exposición constante a un lenguaje de odio dejaron huella. Todo ello, unido a la falta absoluta de alimentos, dio lugar a una forma de locura muy poco común en las zonas rurales de Ucrania; a finales de la primavera y en verano se generalizó el canibalismo. Y lo que es más extraordinario aún: su existencia no era un secreto, ni en Járkiv, ni en Kiev, ni en Moscú.[102]

Muchos supervivientes fueron testigos de casos de canibalismo o, con mucha mayor frecuencia, de necrofagia, el consumo de cadáveres de personas que habían muerto de inanición. Aun así, a pesar de que el fenómeno estaba extendido, nunca llegó a ser algo «común» y —si bien un funcionario de la Estación de Máquinas y Tractores afirmó que el canibalismo no afectaba a la

gente— no solía tratarse con indiferencia. La memoria colectiva sobre el canibalismo se divide a menudo entre aquellos que oyeron historias de lo ocurrido en aldeas lejanas y aquellos que recordaban sucesos reales. Los primeros, lejanos en el tiempo o en el espacio, solían describirlo como algo que se había vuelto «habitual». Diez años después de la hambruna, un hombre que viajó por la Ucrania ocupada por los nazis aseguró haber conocido a «hombres y mujeres que admitían abiertamente haber comido carne humana […] la población considera que semejantes casos fueron el resultado de una necesidad extrema, así que no los condenan».[103] Un informe que el jefe del OGPU de la provincia de Kiev redactó para sus superiores de Ucrania también menciona que el canibalismo se había convertido en un «hábito». En algunas aldeas, «la idea de que es posible consumir carne humana cobra cada día más fuerza. Esta opinión ha arraigado sobre todo entre los niños hambrientos e hinchados».[104]

Pero aquellos que sí fueron testigos de algún incidente de canibalismo casi siempre tenían un recuerdo muy diferente. Tanto las memorias como los documentos de la época confirman que el canibalismo causaba estupefacción y horror, y a veces llevaba a la intervención de la policía o del consejo municipal.

Larisa Vénzhik, de la provincia de Kiev, recordaba que al principio eran tan solo rumores, historias «de niños que desaparecían en algún lugar, de padres degenerados que se comían a sus hijos. Resultó que no eran rumores, sino verdades terribles». En su calle desaparecieron dos niñas, las hijas de unos vecinos. Su hermano Misha, de seis años, escapó de casa. Vagó por la aldea, mendigando y robando. Cuando le preguntaron por qué se había fugado de casa, respondió que tenía miedo. «Padre me cortará en pedazos». La policía registró la vivienda, encontró las pruebas y arrestó a los padres. En cuanto al hijo que les quedaba, «Misha fue abandonado a su suerte».[105]

La policía también arrestó a un hombre en la aldea de María Davidenko, en la provincia de Sumi. Tras la muerte de su esposa, el hambre lo había vuelto loco y se había comido primero a su hija y después a su hijo. Un vecino se fijó en que el padre no estaba tan hinchado como otros, y le preguntó por qué. «Me he comido a mis hijos —le respondió—, y si te vas de la lengua te comeré a ti también». Alejándose de él mientras le gritaba que era un monstruo, el vecino fue a la policía, que arrestó y condenó al padre.[106]

Los supervivientes de la provincia de Vínnitsia también recordaban el destino de Yarina, que había matado a su propio hijo con un cuchillo. Ella misma contó la historia: «Me pasó algo. Puse a mi niño en una pequeña

palangana y me preguntó: “Mami, ¿qué vas a hacer?”. Yo le contesté: “Nada, nada”». No obstante, un vecino que estaba vigilando sus patatas junto a la ventana de Yarina vio lo que estaba sucediendo e informó al consejo municipal. Cumplió tres años de condena, pero al final regresó a casa. Acabó casándose de nuevo, pero cuando le contó a su marido lo que había hecho durante la hambruna, este la repudió.[107] Cargó durante muchos años con ese estigma.

Mikola Moskalenko también recordaba el horror que invadió a su familia al descubrir que los hijos de una vecina habían desaparecido. Él se lo dijo a su madre y esta avisó a las autoridades locales. Un grupo de aldeanos se congregaron alrededor de la granja de la vecina. «Entramos en su casa y le preguntamos dónde estaban sus hijos. Nos dijo que habían muerto y que los había enterrado en el campo. Fuimos ahí pero no encontramos nada. Empezaron a registrar la casa; había descuartizado a los niños […] le preguntaron por qué lo había hecho y respondió que sus hijos iban a morir de todas formas, pero que así ella sobreviviría». Se la llevaron y es probable que la condenaran.[108]

Historias como esa se difundieron con rapidez y acentuaron la sensación de amenaza. Incluso en las ciudades la gente repetía historias de niños a los que cazaban para comérselos. Sergio Gradenigo, el cónsul italiano, informó de que en Járkiv todos los padres acompañaban a sus hijos al colegio y que iban con ellos a todas partes, por miedo a que la gente hambrienta los raptase. «Los hijos de los dirigentes del partido y del OGPU son un blanco primordial, porque van mejor vestidos que otros niños. El tráfico de carne humana se está volviendo cada vez más activo».[109]

Las autoridades ucranianas tenían noticia de muchos de los incidentes; la policía redactaba sus informes con todo lujo de detalles. Pero Bálitski se esforzó mucho en evitar que esas historias se difundieran. El jefe de la policía secreta de Ucrania advirtió a sus subordinados de que no incluyeran demasiada información sobre la hambruna. «Transmitan solamente información sobre los problemas alimentarios a los primeros secretarios de los comités provinciales del partido, y solo de forma oral […]. Esta medida tiene la finalidad de asegurarnos de que no hay notas escritas sobre este tema circulando entre los funcionarios, que pueden originar rumores […]».[110]

Sin embargo, la policía secreta, la policía judicial y otros funcionarios locales conservaron los informes. Uno de la policía de la provincia de Kiev redactado en abril de 1933 empezaba diciendo: «Tenemos un caso extraordinario de canibalismo en el distrito de Petrovski».

> Una mujer kulak de cincuenta años que llevaba desde 1932 escondida en Kubán volvía con su hija (adulta) a Zelenki, su pueblo natal del distrito de Bohuslavski. En el camino de la estación de Horodíshchenska a Korsún, atrajo a un chico de doce años que pasaba por ahí y le cortó el cuello. Introdujo los órganos y otras partes del cuerpo en una bolsa. En la aldea de Horodishche, un vecino llamado Sherstiuk le permitió pasar la noche en su casa. La mujer le mintió y le aseguró que los órganos eran de un ternero, y se los dio al anciano para que los cociese y para que asase el corazón. Sirvió para alimentar a toda la familia, incluido él mismo. Por la noche, cuando iba a utilizar parte de la carne que había en la bolsa, el anciano descubrió las partes descuartizadas del cuerpo del chico. Las homicidas han sido arrestadas.[111]

En medio de todo ese horror moral, muchos de los informes también reflejan la preocupación de los policías por que las historias fueran a difundirse y tuvieran repercusiones políticas. En la provincia de Dnipropetrovsk el OGPU documentó la historia de Iván Dúdnik, el miembro de una granja colectiva que mató a su hijo con un hacha. El asesino declaró que «somos una familia grande y mantenerse con vida es difícil, así que lo he matado». Pero el informe policial daba cuenta de la actuación, que aprobaba, de los miembros de la granja colectiva; se reunieron y decidieron someterlo a un juicio público y «condenar a Dúdnik a la pena de muerte».[112] También señalaba con gran satisfacción que, en vista de lo sucedido, los aldeanos habían decidido doblar la apuesta de su campaña para la siembra y aumentar la producción.

Asimismo, cuando un muchacho de catorce años asesinó a su hermana para comérsela en la aldea Novoolexándrivka, en el sudeste de Ucrania, el OGPU informó con satisfacción de que el incidente no había suscitado ningún «cotilleo malsano». Todos los vecinos creían que el chico tenía problemas mentales, y simplemente temían que regresara a la aldea.[113] Según documentó el OGPU, una mujer que había asesinado a su hija para comérsela en la provincia de Dnipropetrovsk era la esposa de un hombre al que habían arrestado por negarse a entregar el cereal. Teniendo en cuenta que la mujer mostraba señales de ser un «peligro social», la policía recomendó que la ejecutaran.[114]

La policía también tenía claro cuál era la verdadera causa de esa «enfermedad mental» o de esos ataques repentinos de emociones «peligrosas para la sociedad»: que la gente se estaba muriendo de hambre. Según un informe del OGPU de Vínnitsia, en Pénkivka un koljosiano había matado a dos de sus hijas y se había comido su carne. «K. culpó del asesinato de sus hijas al largo periodo de inanición. Durante el registro no se encontró ningún alimento». En la aldea de Dúbini otro granjero también mató a sus dos hijas, y «culpó a la hambruna de los asesinatos». Según afirmó la policía, hubo «otros incidentes similares».[115]

Durante la primavera de 1933 aumentaron las cifras de ese tipo de sucesos. En la provincia de Járkiv, el OGPU registró multitud de casos de padres que se habían comido la carne de hijos que habían muerto víctimas de la inanición, así como casos en que «miembros hambrientos de la familia habían matado a los más débiles, normalmente a los niños, y se habían alimentado de su carne». En marzo se denunciaron nueve incidentes de esa clase; en abril cincuenta y ocho; en mayo ciento treinta y dos, y en junio doscientos veintiuno.[116] En la provincia de Donetsk también se produjeron infinidad de incidentes, que también comenzaron en marzo. «Irina Jripunova estranguló a su nieta de nueve años y cocinó sus órganos. Antón Jripunov sacó los órganos internos de su hermana muerta de ocho años y se los comió». El informe concluía casi de manera cortés: «Le hago conocedor de estos sucesos para pedirle que nos dé las instrucciones pertinentes».[117]

En marzo el OGPU de la provincia de Kiev recibía al menos diez denuncias de canibalismo al día.[118] Aquel mismo mes sus compañeros de la provincia de Vínnitsia dejaron constancia de que el mes anterior habían ocurrido seis incidentes de «canibalismo causado por la hambruna, en que los padres mataron a sus hijos y utilizaron su carne como alimento». Pero las cifras reales quizá fueran mucho más elevadas. El jefe del OGPU de la provincia de Kiev escribió en un informe que entre el 9 de enero y el 12 de marzo se dieron treinta y seis casos de canibalismo. Sin embargo, «estas cifras obviamente no son exactas, ya que en realidad hubo muchos más casos».[119]

No cabe duda de que las autoridades lo trataban como un crimen, en ocasiones etiquetando a los caníbales también como «enemigos». Por ejemplo, a Hanna Bilorús la condenaron tanto por canibalismo como por divulgación de propaganda polaca; murió en la cárcel en 1933.[120] Los archivos de la policía secreta contienen varios informes de caníbales a los que después encarcelaron, ejecutaron o lincharon. Una atípica memorialista sobre el Gulag llegó a describir el encuentro que en 1935 mantuvo con algunos caníbales en el campamento para prisioneros de la isla de Solovkí, en el mar Blanco. Olga Mane era una joven polaca a la que arrestaron al cruzar la frontera con la Unión Soviética en 1935 (quería estudiar medicina en Moscú) y la condenaron por espionaje. Tras pasar un tiempo en el campo, la enviaron a Múxalma, una de las islas del archipiélago de Solovkí. Ella se opuso, porque había oído que allí había unos trescientos «caníbales ucranianos». Pero cuando al fin tuvo trato con ellos, cambió de parecer.

> La fuerte impresión que me produjeron los caníbales y el miedo que les tenía no duraron mucho; bastó con ver a estos ucranianos infelices, descalzos y medio desnudos. Los encerraban en los viejos edificios del monasterio; muchos de ellos tenían el estómago hinchado por el hambre, y la mayoría tenían problemas mentales. Yo cuidaba de ellos, escuchaba sus historias y sus confidencias. Explicaban que sus hijos habían muerto de hambre y que ellos, a punto de morir también, cocinaron los cadáveres de sus hijos y se los comieron. Esto había sucedido mientras estaban en estado de shock a causa del hambre. Más tarde, cuando comprendieron lo sucedido, enloquecieron.
>
> Sentía compasión por ellos, intentaba ser amable, encontraba palabras cariñosas cuando les daban los ataques de arrepentimiento. Eso ayudaba durante un tiempo. Se calmaban, empezaban a llorar y yo lloraba con ellos […].[121]

Los dirigentes ucranianos conocían las historias sobre el canibalismo, y también los de Moscú. Como ya se ha mencionado, no cabe duda de que Kaganóvich estaba informado; un grupo de trabajo del Comité Central ucraniano encargado de la campaña de siembra de la primavera de 1933 había informado al partido de que su labor estaba resultando especialmente difícil en las regiones donde había «canibalismo» y «niños indigentes».[122] El OGPU siguió documentando casos de canibalismo hasta bien entrado el año 1934.[123]

Con todo, aún se desconoce si Járkiv o Moscú llegaron a dar instrucciones acerca de cómo actuar ante el canibalismo o si llegaron a reflexionar más a fondo sobre sus causas. No hay pruebas de que se tomase ninguna medida. Se redactaron los informes, los funcionarios los recibieron, y luego los archivaron y se olvidaron de ellos.

12
Supervivencia
Primavera y verano de 1933

Iba a la iglesia que había en lo alto de la colina y arrancaba la corteza del tilo. En casa teníamos cáscaras de trigo sarraceno. Madre las tamizaba, añadía hojas y corteza de tilo molido y hacía galletas. Así es como comíamos.

HRIHORI MAZURENKO, provincia de Kiev, 1933 [1]

Cuando las grosellas aumentaron de tamaño las recogimos, aunque no estuviesen maduras. Comimos geranios manchados. La acacia floreció. La sacudimos para que cayeran las flores y nos las comimos.

VIRA TÍSHCHENKO, provincia de Kiev, 1933 [2]

Rumiábamos pasto y bledo, como el ganado.

TODÓS HODÚN, provincia de Cherkasi, 1933 [3]

Incluso ante todos esos cambios físicos y psicológicos, incluso a pesar del hambre, la sed, el agotamiento y la delgadez extrema, la gente hacía todo lo posible para sobrevivir. Ello exigía a veces una capacidad enorme para hacer el mal —muchos sobrevivieron uniéndose a las brigadas de activistas— o para romper algunos de los tabúes más fundamentales para el ser humano. Pero otros hallaron grandes reservas de talento y fuerza de voluntad; o, si no, tuvieron la asombrosa buena suerte de ser rescatados por alguien que sí poseía dichas cualidades.

Una niña de diez años de la región de Poltava, al observar el deterioro de los adultos a su alrededor, tuvo la extraordinaria idea de abandonar a su familia. Escribió a un tío que vivía en la provincia de Járkiv.

¡Querido tío!:

No tenemos pan ni nada que comer. Mis padres están exhaustos por el hambre, se han tumbado y no se levantan. A mi madre el hambre la ha dejado ciega y no puede ver, la he sacado a la calle. Tengo muchas ganas de comer pan. Tío, llévame a Járkiv contigo porque voy a morir de hambre. Llévame contigo, soy pequeña y quiero vivir, y aquí me moriré, porque todo el mundo se muere […].[4]

No sobrevivió. Pero esas mismas ganas de vivir salvaron a otros.

La gente comía cualquier cosa para no morir. Comían alimentos podridos o sobras de comida que las brigadas hubiesen pasado por alto. Comían caballos, perros, gatos, ratas, hormigas, tortugas. Hervían ranas y sapos. Comían ardillas. Cocinaban erizos en hogueras y freían huevos de pájaros.[5] Comían la corteza de los robles, musgo y bellotas.[6] Comían hojas y dientes de león, así como caléndulas y armuelles, un tipo de espinaca silvestre. Mataban cuervos, palomas y gorriones.[7] Nadía Lutsíshina recordaba que «las ranas no duraron mucho. Las cazaron todas. Se comieron todos los gatos, las palomas, las ranas; la gente se lo comía todo. Solía imaginarme el olor de comida deliciosa mientras masticábamos hierbajos y remolacha».[8]

Las mujeres hacían sopa de ortigas y cocían pan con bledo. Machacaban bellotas, elaboraban un sucedáneo de harina y luego la utilizaban para hacer tortitas.[9] Comían los brotes de los tilos. «Estaban buenos, suaves, no eran amargos», recordaba una superviviente.[10] Comían campanillas de invierno, una herbácea cuyas raíces tenían forma de cebolla y «parecían más dulces que el azúcar».[11] La gente también hacía tortitas con hojas y tierra.[12] Otros mezclaban hojas de acacia con patatas podridas —que las brigadas de recolección solían ignorar— y las asaban juntas para hacer un sucedáneo de *perepichki*, un tipo de salchicha tradicional envuelta en pan.[13] También sacaban la fécula de las patatas podridas para freírla.[14] La tía de Nadía Ovcharuk hacía galletas con hojas de tilo. «Secaba las hojas en el horno, les quitaba las venas y hacía las galletas».[15]

Los niños comían semillas de cáñamo.[16] La gente comía la parte inferior de los juncos de río, «cuya parte cercana a la raíz, cuando eran tiernos, sabía dulce como un pepino»; aunque las autoridades ni siquiera les dejaron eso, ya que los pisoteaban y los quemaban.[17] En una aldea la gente solía comer los desechos de un matadero, hasta que los administradores empezaron a echar ácido carbólico sobre los huesos y las pieles. Aun así, tanto Oxana Zhihadno como su madre comieron parte de las vísceras y cayeron enfermas. Su madre murió, pero Oxana sobrevivió.[18] Varios campesinos recordaban cómo echaban agua en las madrigueras de los ratones de campo para sacar el grano

que los roedores habían almacenado. Otros hervían cinturones y zapatos para comer el cuero.

Al igual que sucedía con los casos de canibalismo, las autoridades también eran conscientes de las cosas insólitas que la gente intentaba comer. Un informe de la policía secreta fechado en marzo de 1933 indicaba, como un hecho objetivo, que las familias desnutridas comían «zuros y tallos de maíz, vainas de mijo, paja seca, hierba, sandías y remolachas podridas, piel de patata y vainas de acacia», y también gatos, perros y caballos.[19] Muchos de esos alimentos hacían que la gente ya enferma enfermase aún más.

Algunos sobrevivieron con alimentos menos singulares, sobre todo si vivían cerca de lagos o ríos. Katerina Butkó, que vivía en una aldea cercana a un río, admitió que «sin los peces nadie hubiese sobrevivido».[20] Aquellos que podían también utilizaban redes para atrapar bígaros. Los hervían y sacaban los pequeños trozos de carne de las conchas.[21] Los campesinos que vivían cerca de los bosques podían salir a buscar setas y bayas o cazar pájaros y animales pequeños.

Un número incontable de personas se salvaron por una razón mucho más simple: lograron conservar la vaca familiar. Incluso en las épocas buenas, en las familias de campesinos las vacas eran algo muy importante, pues a menudo contaban con cuatro o más hijos. Pero durante la hambruna poseer una vaca para uso personal era literalmente un asunto de vida o muerte, tanto en el caso de los campesinos que habían evitado la colectivización y la confiscación como en el de los koljosianos que lo tenían permitido (algunos tenían esa suerte). En cientos de testimonios orales los campesinos explican su supervivencia con una sola frase: «Nos salvó la vaca». La mayoría vivían de la leche; muchos, como una familia de la provincia de Kiev, utilizaban la leche de la vaca para hacer trueques, intercambiándola por cereal o pan.[22]

Los sentimientos hacia las vacas estaban a flor de piel. Petró Mostoví, de la provincia de Poltava, recordaba que la vaca de la familia era tan preciada que su padre y su hermano mayor la vigilaban con armas y horcas.[23] En la provincia de Cherkasi, a una campesina le robaron la suya, y después la mujer se enteró de que la habían matado y que uno de sus vecinos había almacenado la carne. Se dirigió al almacén y «le sacó los ojos a su agotado enemigo con un rastrillo».[24] Para alimentar a la vaca, la familia de María Pata tuvo que deshacer el techo de paja de su casa, romperlo en trozos pequeños y ablandarlo con agua hirviendo para que el animal pudiese comerlo.[25]

Los que no tenían vaca se veían a menudo obligados a depender de otros. Los actos espontáneos de buena fe salvaron algunas vidas, al igual que los

lazos de amor y parentesco que perduraron a pesar del hambre. En la provincia de Poltava, Sofía Zalivcha y dos de sus hermanas se ofrecieron a trabajar como jornaleras en una granja colectiva. A modo de pago recibían una sopa aguada y doscientos gramos de pan al día. Comían la sopa y guardaban el pan. Todos los fines de semana una de ellas volvía a casa con la familia —tenían otros siete hermanos— y compartía con ellos el pan duro. Tres de los diez niños murieron durante la hambruna, pero el resto sobrevivieron gracias al pan y la sopa.[26]

Otros niños vivieron porque fueron adoptados por vecinos o familiares. Una chica recordaba que «la prima de mis padres y su marido se iban a Járkiv, y nos llevaron a mi hermana pequeña y a mí con ellos […] sobrevivimos gracias a eso». «Hasta el día de hoy me acuerdo con gratitud y cariño de mi tía Marfa, pues me salvó la vida en aquellos años de hambruna», explicó otro.[27]

Los familiares de fuera de Ucrania también podían servir de ayuda. La hermana de Anatoli Bakái, que se había mudado a los Urales, envió cinco kilos de harina a casa. En una carta que adjuntó decía que en los Urales no había hambruna y que ni siquiera todo el mundo creía que hubiese en Ucrania. La harina no fue suficiente para salvar a la madre de Anatoli, pero ayudó a mantenerlo a él con vida.[28]

Hay pruebas anecdóticas de que algunos campesinos ucranianos recibieron ayuda de sus vecinos judíos; la mayoría de estos no eran granjeros y por lo tanto no estaban sometidos a las letales confiscaciones, a no ser que la aldea en la que vivían apareciese en una lista negra. María Hávrish, de la provincia de Vínnitsia, recordaba la visita de una vecina judía —«a ellos los dejaban en paz porque no tenían tierras»— cuando estaba enferma, hinchada y pensando que iba a morir. La mujer fue a su casa, le preparó una comida, alimentó a toda la familia, y les dejó algo de pan y también vodka, «salvándonos así a todos».[29] En una época en que todas las formas de odio y de sospecha iban en aumento, fue un acto profundamente conmovedor.

Como ya se ha mencionado, los campesinos intentaron viajar y hacer negocios, aunque ambos estuviesen prohibidos. Cruzaron a escondidas cordones policiales y se arrastraron por debajo de vallas para entrar en las ciudades y mendigar comida. Intentaron acceder a centros fabriles y complejos industriales. Entraron a hurtadillas en los núcleos mineros del Donbás, donde hacían falta trabajadores y los encargados podían hacer la vista gorda. Buscaban cualquier cosa comestible en torno a las fábricas, como los restos que desechaban las destilerías o las plantas de envasado. También

recogían cualquier resto que pudiesen encontrar e intentaban venderlo. Arthur Koestler, el escritor húngaro-alemán que en aquella época era un comunista devoto, nos ha dejado un inolvidable retrato de un mercado que vio en Járkiv en 1933:

> Aquellos que tenían algo para vender se ponían en cuclillas en medio del polvo, manteniendo delante de sí sus artículos diseminados sobre un pañuelo o chal. Los artículos iban desde un puñado de clavos herrumbrados hasta una colcha andrajosa o un recipiente de leche agria que se vendía a cucharadas, moscas inclusive. Allí podía uno ver a una vieja sentada durante horas frente a un huevo de Pascua pintado o a un trozo de queso de cabra reseco; o a un anciano, con los pies descalzos cubiertos de llagas, que trataba de canjear sus botas rotas por un kilo de pan negro y un paquete de tabaco *majorka*. Zapatillas de cáñamo y hasta las suelas y tacones arrancados del calzado constituían también a menudo objetos de intercambio. Algunos viejos, que no tenían nada que vender, cantaban baladas ucranianas y ocasionalmente recibían por ello alguna moneda. Había mujeres que mantenían en el regazo a sus criaturas, mientras les daban de mamar, y otras las dejaban tendidas junto a ellas, en el sucio pavimento; los labios de los niños, por los que corrían las moscas, se pegaban a los secos pechos de sus madres, de los cuales parecían extraer bilis en lugar de leche.[30]

El hecho de que se permitiese la existencia de un mercadillo —incluso el más mísero de ellos— en la Ucrania urbana significaba que había una vía de sustento, al menos para algunos. Pero la verdadera razón de que no hubiera tanta desesperación en las ciudades era el racionamiento; los obreros y los burócratas recibían cupones de comida. No todo el mundo podía acceder a ellos. Según una ley de 1931, todos los ciudadanos soviéticos que trabajasen para el sector estatal recibían cartillas de racionamiento. Eso excluía a los campesinos, y también a otros que no tuviesen empleos formales. Además, el tamaño de las raciones dependía no solo de la importancia del obrero, sino también del lugar donde trabajaba. Las regiones industriales clave tenían prioridad, y en Ucrania solo estaba el Donbás. En la práctica, alrededor del 40 por ciento de la población ucraniana recibía en torno al 80 por ciento de los suministros de comida.[31]

Para aquellos que no ocupaban los puestos más altos de la lista, las raciones podían ser irrisorias. Cuando Andrew Cairns, un ingeniero agrónomo canadiense, viajó a Kiev en 1932, vio a dos mujeres recogiendo hierba en un parque de la ciudad para hacer sopa. Le dijeron que tenían raciones, pero que no eran suficientes. «Señalé al río y comenté que era muy bonito; ellas estaban de acuerdo, pero tenían mucha hambre». De hecho, estas mujeres eran trabajadoras «de tercera categoría» que recibían ciento veinticinco rublos al mes y doscientos gramos de pan al día, unas cuatro rebanadas.[32]

El gerente de una tienda cooperativa de Kiev, otro trabajador «de tercera categoría», también le dijo a Cairns que recibía doscientos gramos de pan al

día y otros doscientos gramos para su hijo, junto con cien rublos al mes. Un trabajador de «segunda categoría» recibía quinientos veinticinco gramos de pan al día y ciento ochenta rublos al mes. Eso no daba para mucho en los mercados municipales, que vendían poco más que pan, tomates y a veces pollo o productos lácteos, y todo ello a precios exorbitados. El pan podía costar cinco o seis rublos el kilo; un huevo, medio rublo o más y la leche, dos rublos el litro.[33] Peter Egides, que en aquella época estudiaba en Kiev, recibía un estipendio que no llegaba ni a la mitad de lo que costaba una hogaza de pan. «La situación llegó a tal extremo que con diecisiete años caminaba con bastón, porque ni siquiera tenía fuerzas para andar». La abuela de Egides acabó muriendo de hambre, a pesar de que también vivía en Kiev.[34]

En teoría, las tiendas administradas por el Estado deberían haber vendido alimentos a precios más bajos y asequibles. Pero esas tiendas estaban vacías. Heorhi Sambros, un profesor y funcionario público que escribió un diario durante esos años, ha dejado una descripción memorable de las tiendas de Járkiv. En todas ellas había «grandes espacios», que antes solían estar llenos de productos hasta el techo, totalmente vacíos o con nada más que puro alcohol («botellas de vodka, como caídas del cielo, inundaron la ciudad»). Vendían comida muy de vez en cuando, pero mirarla resultaba casi demasiado repulsivo.

> Solo en algunas tiendas, y en el mostrador, se podían encontrar los «productos» habituales, cinco o seis bandejas o platos de comida preparada a toda prisa. Una ensalada fría, que parecía forraje, hecha con un chucrut podrido y asqueroso; un paté hecho con sobras de pescado con col remojada y rodajas de pepinillos salados; muy de tanto en tanto trozos de carne congelada con una salsa que parecía betún para el calzado; tomates verdes en remojo que olían a tonel podrido; tomates agrios, congelados y asados, con un relleno de carne demasiado cocinado para evitar que apestase, hecho con los restos de alguna carne misteriosa, y por último, en muy pocas ocasiones, exquisiteces como huevos cocidos o algunas frutas pequeñas, etc. Ponían todos esos platos (¡los recuerdo muy bien!) en el mostrador y los clientes los compraban enseguida.[35]

Andrew Cairns también consiguió hacer cola en una tienda donde había visto «pan rancio, caliente, denso y que se vendía a diez rublos la hogaza, y un poco de manteca de cerdo a trece rublos el medio kilo».[36]

En los comedores gubernamentales que había en todos los puestos de trabajo se podía encontrar comida de mejor calidad: sopas, *kasha* y de vez en cuando también carne. Pero para utilizarlos hacía falta un certificado especial (un carnet del partido o del sindicato). Sambros, que no tenía ni uno ni otro, entabló amistad con una secretaria del instituto de enseñanza en el que trabajaba y esta le daba cupones de comida sin pedirle el carnet. «En esa

época vivía, respiraba y comía “como un criminal”, de forma ilegal». Cuando la escasez de alimentos empeoró y el instituto empezó a comprobar quién podía recibir los cupones, se valió de un conocido para conseguir entrar en la Casa de Escritores de Ucrania.

> Era consciente de los riesgos; podrían haber venido a mi mesa, me podrían haber pedido el carnet de afiliado que tenían los escritores y podrían haberme dejado en ridículo expulsándome de la mesa. Pero no había otra alternativa, tenía que arriesgarme, así que empecé a frecuentar el comedor de los escritores. Tuve suerte; comí ahí durante un mes y medio o dos meses, y nadie, ni en una sola ocasión, me preguntó quién era […].[37]

Después Sambros se las arregló para entrar en el comedor de la Academia de Agricultura, y estuvo unas semanas almorzando ahí. Gracias a ello se mantuvo con vida. Pero se pasaba la mayor parte de los días pensando en comida; su «salario íntegro, casi sin excepciones, lo gastaba en eso».[38] Y, por supuesto, él estaba muchísimo mejor que muchos otros.

A pesar de que no era un campesino, la experiencia de Sambros fue en cierto modo típica; paradójicamente, la fuente de ayuda más importante para los que sufrían la hambruna provenía de burócratas soviéticos y de la administración del país. El historiador Timothy Snyder ha descrito cómo las instituciones estatales de la Europa ocupada por los nazis, cuando aún funcionaban, pudieron rescatar a algunos judíos del Holocausto, y lo mismo cabe decir de la Unión Soviética de Stalin.[39] Aunque los bolcheviques habían destruido de manera sistemática las instituciones independientes —incluidas las iglesias, las organizaciones benéficas y las empresas privadas—, las instituciones estatales —escuelas, hospitales y orfanatos— se mantuvieron, y algunas estaban capacitadas para ayudar. En teoría, algunas de ellas recibieron órdenes de hacerlo.

Los que más podían ayudar a los hambrientos eran sus familiares, padres o hijos con puestos de trabajo dentro del sistema. Petró Shélest, que mucho más tarde se convertiría en el primer secretario del Partido Comunista de Ucrania, escribió una autobiografía sobre aquellos años —empezó como un diario— que su familia publicó en 2004. Para él no había duda alguna sobre la tragedia de 1933: «Familias enteras, incluso aldeas enteras, se estaban muriendo de hambre. Había muchísimos casos de canibalismo […]. Era a todas luces un crimen cometido por nuestro Gobierno, pero eso se mantiene vergonzosamente en secreto». En aquella época Shélest estaba estudiando y trabajando como ingeniero en una fábrica de armamento. Pero también era un

miembro del Partido Comunista que disfrutaba de una buena posición, y eso le permitía enviar comida a su madre. Su ayuda la salvó de morir de hambre en la provincia de Járkiv.[40]

Los contactos y los amigos también ayudaban; una joven de la provincia de Poltava sobrevivió a la hambruna porque su padre había estudiado un curso de agricultura con un hombre que acabó trabajando en el gobierno local. A escondidas, el amigo se encargó de que la familia recibiese una vaca para sustituir a la que les habían confiscado, y así sobrevivieron.[41] Otra chica tuvo la suerte de que una tía suya estuviese casada con el presidente de una granja colectiva. «Acudí a ella porque tenía pan, manteca de cerdo y leche. Me lo dio todo en secreto para que nadie se enterase».[42] A menudo una sola persona con un puesto de trabajo dentro del sistema podía salvar a una familia entera. La madre de Nadía Malishko consiguió un empleo como limpiadora en una escuela de la provincia de Dnipropetrovsk, donde el director la ayudó a hacerse con una ración de comida (un cuarto de litro de aceite y ocho kilos de harina de maíz al mes).[43] También en la provincia de Dnipropetrovsk, cuatro de los siete niños de la familia de Várvara Horbán sobrevivieron porque ella fue a trabajar a un montacargas de cereal donde recibía una pequeña hogaza de pan al día.[44]

Los que no encontraban un empleo estatal a veces intentaban salvar a sus hijos entregándoselos al Estado. Una madre llevó a sus cuatro hijos a la oficina central de la granja colectiva de la zona, afirmó que no podía darles de comer, renunció a su responsabilidad y les dijo a los directores de la granja que ahora estaban a su cargo.[45] En la provincia de Vínnitsia, la madre de Halina Timoshchuk tomó la misma decisión.

> Mi madre se presentó ante el jefe de la granja colectiva […] y le dijo: «Al menos quédese con mis dos hijas. Nosotros moriremos, si eso es lo que tiene que pasar». Era amable y sé que mi madre le caía bien. Así que le dijo: «Traiga a sus dos hijas». Y nos acogió. Su esposa se encargaba de la guardería y mi hermana se convirtió en su ayudanta. Más tarde, mi madre empezó a trabajar en el comedor de la guardería como friegaplatos. Yo todavía era joven, tenía solo ocho años. El jefe de la granja colectiva me acogió en su casa. Así que nosotras sobrevivimos mientras otros morían, al parecer todos los demás, muchos, muchísimos.[46]

Los orfanatos eran un destino más común. En febrero de 1933, en cuestión de tres semanas, unos ciento cinco niños fueron abandonados a las puertas de los orfanatos solo en la provincia de Vínnitsia.[47] En ocasiones surtía efecto. Un chico sobrevivió a la hambruna porque su madre lo llevó en secreto a un orfanato de la aldea de Drizhina; le advirtió de que no le contase a nadie que ella seguía viva, puesto que tal vez no le darían comida si no era huérfano «de verdad», y una mujer del orfanato, consciente de la situación,

también le dijo que no mencionase a su madre. Ella lo protegió y lo ayudó a sobrevivir, y al final volvió a reunirse con su familia.[48] Una mujer de la provincia de Poltava también se sintió agradecida hasta el fin de sus días porque una profesora de la escuela municipal había arriesgado su estatus al alimentar de manera encubierta a ella y a sus hermanos, a pesar de que eran «hijos de kulaks». No era gran cosa —caldo sin pan y pequeñas bolas de trigo sarraceno «del tamaño de una alubia»—, pero fue suficiente para mantenerlos a todos con vida.[49]

En toda la república, la imagen de niños famélicos vagando por las calles alentó a los empleados de algunas instituciones soviéticas a emprender acciones más sistemáticas. Los que de verdad querían ayudar a veces conseguían hacerlo, sobre todo socorriendo a los niños. Una serie de cartas que el jefe del comité del partido de Pavlohrad envió a sus superiores de Dnipropetrovsk demuestran que defender a los huérfanos desnutridos era posible, al menos en el ámbito local. En la primera carta, escrita el 30 de marzo, describió, entre otras cosas, el impacto que la hambruna había tenido en los niños.

> En nuestra aldea aparecieron multitud de niños indigentes a los que sus padres habían abandonado o que se habían quedado solos tras la muerte de estos. Según cálculos aproximados, son al menos ochocientos niños. Hacen falta como mínimo dos o tres orfanatos especiales que requerirán fondos de los que no disponemos en nuestro presupuesto. Mientras tanto, estamos empezando a organizar un suministro de alimentos extraordinario, para lo cual necesitamos reservas de comida adicionales. Les pido que, por favor, lo tengan en cuenta y nos guíen de acuerdo con la política soviética correcta.[50]

Un mes más tarde, el 30 de abril, el secretario del comité del partido de Pavlohrad envió otro informe. «En comparación con lo que les he expuesto en los informes anteriores, la indigencia aumenta cada vez más». Solo en los dos días previos habían recogido a sesenta y cinco niños de las calles del pueblo, y explicaba que las autoridades locales habían organizado comedores asistenciales para alimentar a setecientos diez niños en siete lugares diferentes. Pero estas medidas no bastaban; el distrito necesitaba más recursos, puesto que solo disponían de lo imprescindible. A modo de alternativa, propusieron la creación de orfanatos para acoger a mil quinientos niños. «Ahora mismo este problema se ha vuelto tan apremiante para tantos niños que, cuanto antes lo solucionemos, mejores resultados obtendremos en cuando al objetivo de erradicar el fenómeno de las barrigas hinchadas que se ha generalizado entre los niños, pues dejarlos en semejantes condiciones durante más tiempo acabará por matarlos».[51] La carta acababa con una súplica: «No hemos tenido noticia de ninguna reacción hasta ahora, a pesar de

que este asunto es extremadamente serio y exige una solución urgente».[52] El pueblo hizo todo lo que pudo, y algunos niños quizá se salvaran gracias a ello.

En Járkiv, una de las ciudades en las que más intentaban entrar los hambrientos, la situación era mucho peor. En teoría las autoridades municipales sí que trataron de ayudar, al menos a los niños, o por lo menos reconocieron la magnitud del problema. El 30 de mayo el departamento de sanidad de Járkiv informó a las autoridades de la República de Ucrania de «un flujo enorme y constante de huérfanos, niños indigentes y famélicos que llegan a Járkiv y a otras poblaciones grandes de la provincia». El presupuesto de 1933 incluía una partida destinada a crear diez mil plazas para niños en los orfanatos, pero por entonces la cifra real ascendía a más del doble, 24.475. Una semana más tarde recogieron de las calles al menos a nueve mil niños más, setecientos de ellos en una sola noche, entre el 27 y el 28 de mayo. La provincia de Járkiv pidió al Estado 6,4 millones de rublos para poder cuidarlos, así como otros cuatrocientos cincuenta mil para los adultos que morían de hambre.

En la práctica, este tipo de medidas no solían tener éxito. Un informe especial archivado por el jefe de la policía secreta de Vínnitsia, que describe las condiciones de uno de los orfanatos en mayo de 1933, resulta duro de leer.

> Los servicios sociales recogían a los niños de las calles. Está hecho para acoger a cuarenta niños, pero ahora hay ahí más de cien. A causa de la escasez de camas y sábanas, en cada cama duermen dos niños. Solo hay sesenta y siete sábanas, y sesenta y nueve mantas, y algunas de estas últimas ya no están en condiciones de ser usadas. También faltan cucharas, platos y otros enseres. A menudo dejan sucios a los más pequeños, con legañas en los ojos y sin aire fresco. En ocasiones, los niños que llegan en condiciones satisfactorias mueren a los dos o tres meses de su llegada. El índice de mortalidad va en aumento: en marzo murieron treinta y dos niños (de ciento quince); en abril murieron treinta y ocho (de ciento treinta y cuatro), y durante la primera mitad de mayo, dieciséis (de ciento treinta y cinco). Los niños enfermos están junto a los sanos, a los que transmiten enfermedades. Los empleados roban comida. Han cortado la electricidad y no hay agua corriente.[53]

En las provincias más lejanas la situación podía ser incluso peor. En el orfanato de la ciudad de Velika Lepetija las condiciones eran tan malas que durante el día los niños se escapaban y merodeaban por el mercado para mendigar y robar comida.[54] En Jersón los cuatro orfanatos de la ciudad estaban saturados después de que el número de niños casi se duplicara en las tres primeras semanas de marzo, cuando pasaron de cuatrocientos ochenta niños a setecientos cincuenta, sobre todo debido a los niños indigentes a los que habían recogido de las calles.[55] En Járkiv las peticiones de alimentos y ayuda significaban que habían llegado demasiado tarde. En mayo el departamento de sanidad de la ciudad informó de que la mayoría de los niños

de los atestados orfanatos de la ciudad estaban debilitados por el hambre. Muchos de ellos tenían el sarampión u otras enfermedades contagiosas, y la tasa de mortalidad ascendía al 30 por ciento.[56]

También había «orfanatos» que apenas merecían ser llamados así. En 1933, Liubov Drázhevska, que en aquel entonces estudiaba geología en Járkiv, descubrió al llegar a su instituto que se habían cancelado las clases. Al día siguiente, junto con otras casi cuarenta personas, la llevaron en tranvía a la estación de tren y les enseñaron vagones llenos de niños. «Un hombre con uniforme [de policía secreto], creo, se acercó y nos dijo: "Durante las próximas semanas van a trabajar con estos niños, ustedes los cuidarán y los alimentarán"».

Drázhevska subió a uno de los vagones. «Algunos niños se encontraban más o menos en un estado normal, pero la mayoría estaban muy pálidos y muy flacos, y muchos estaban hinchados por el hambre». Ella y los demás empezaron a servir gachas a los niños, aunque no muchas porque estaban tan famélicos que podían enfermar si comían demasiado. La mayoría de ellos no podían explicar cómo habían llegado a los vagones; sus padres los habían dejado ahí, los habían recogido de la calle… no se acordaban. Drázhevska recordaba que muchos niños fallecieron el primer día. «Por primera vez en mi vida vi a gente morir, y, claro, fue muy duro». Otros estaban trastornados. Una chica empezó a gritar: «¡No me rajes, no me rajes!», y también tuvo alucinaciones; se puso a chillar: «¡Mi tía está ahí, escardando remolachas!». Al final tuvieron que sacarla del vagón para que no molestara a los otros.

Para Drázhevska fue una experiencia insoportable. «En general era una persona con bastante autocontrol, pero aquel día, al llegar a casa, me dio un ataque de histeria. Antes de eso no tenía ni idea de lo que significaba ponerse histérica, pero entonces lo viví en mis carnes». Pronto se acostumbró a esa situación tan extraña y también a los niños. Pudo llevarles libros y papel, e intentó enseñarles a leer. Todos los días moría alguno, pero otros sobrevivían. Finalmente encontraron un lugar para ellos.

> Fuimos en tranvía a un distrito de Járkiv, y luego tuvimos que ir andando muy lejos. Ya había anochecido. Los niños tenían cinco o seis años. Estaban cansados, y no hacían más que preguntarme: «Tía, ¿adónde vamos?». Pero yo no lo sabía. Lo único que sabía era que debía llevarlos a los barracones y dejarlos ahí. Eso es todo. No sé lo que fue de ellos.[57]

Incluso en medio de tanta muerte y sufrimiento, la historia de Drázhevska pone de manifiesto una verdad descarnada: sin policías que organizasen a los «voluntarios», sin los orfanatos, sucios y desprovistos de fondos —incluso los que tenían empleados poco honrados y unas condiciones pésimas—, habrían

muerto aún más niños. Los orfanatos eran terribles, pero su existencia salvó vidas.

Se puede llegar a la misma conclusión paradójica sobre otra institución soviética menos popular, las tiendas Torgsin de divisas. Ya se ha mencionado que al principio, cuando estas tiendas abrieron sus puertas en 1930, lo hicieron solamente para los extranjeros que por ley no podían poseer rublos. En 1931 se permitió que también tuvieran acceso a ellas los ciudadanos soviéticos, para darles la posibilidad de intercambiar cualquier moneda extranjera u objeto de oro que pudiesen tener. Durante los años de la hambruna, en 1932 y 1933, crecieron en número, en volumen de negocio y en importancia, hasta el punto de registrar ventas históricas y dar pie a lo que algunos recordaban como «la fiebre del oro de las Torgsin». En noviembre de 1932 el Politburó soviético decretó que las tiendas también podían comprar plata además de oro, un hecho que al cónsul de Italia le pareció lo suficientemente importante como para mencionarlo en su informe de enero de 1933. «Se dice que pronto también se aceptarán joyas».[58] En su momento de mayor apogeo, en 1933, había mil quinientas tiendas Torgsin, a menudo en lugares destacados; en Kiev había una en la calle Jreshchátik, la zona comercial más importante de la ciudad.

No fue una expansión accidental; el régimen sabía que la hambruna traería oro a las arcas del Estado. Tras la excelente cifra de negocios de las Torgsin en 1932 —aquel año las tiendas aportaron veintiuna toneladas de oro, una cantidad 1,5 veces superior a la procedente de las minas soviéticas—, el Estado situó con avaricia el objetivo de 1933 por encima del doble de esa cifra.[59] Los beneficios de las Torgsin se convirtieron en un factor decisivo en el comercio soviético internacional; entre 1932 y 1935, el oro y otros objetos de valor que el Estado obtuvo a través de las Torgsin supusieron una quinta parte de las divisas que el Estado soviético gastó en maquinaria, materia prima y tecnología.[60]

Para la gente que pasaba hambre, las tiendas Torgsin —a menudo el único lugar donde se podía encontrar comida con facilidad— se convirtieron en el centro de sus sueños y obsesiones. Atraían miradas, espectadores curiosos y mendigos. En 1933 el periodista galés Gareth Jones visitó una de esas tiendas en Moscú. «Mucho de todo», anotó en su cuaderno.[61] Malcolm Muggeridge escribió sobre los «grupos melancólicos» de personas que se quedaban fuera de esas tiendas, mirando las «tentadoras pirámides de fruta».[62] En la novela

de Bulgákov *El maestro y Margarita*, dos demonios hacen una aparición memorable ante «las puertas de luna del Torgsin en el mercado Smolenski», antes de entrar en las salas llenas de «montones de piezas de percal con estampados muy variados», donde «se perdían en el infinito verdaderas pilas de cajas de zapatos».[63]

Fuera de la capital, la mayoría de las tiendas Torgsin eran oscuras y sucias, como el resto de los comercios soviéticos, y los empleados que atendían a la clientela solían ser groseros y estar malhumorados.[64] Aun así muchos campesinos, confundidos por los productos que se vendían y por la presencia de divisas, pensaban que las tiendas eran «estadounidenses».[65] Los rumores sobre lo que se podía conseguir en una Torgsin hicieron que un hombre se marchase de Rostov, en Rusia, adonde había huido para evitar la colectivización. Su hijo recordaba que, después de oír que en Ucrania se podía cambiar oro por pan, decidió que merecía la pena arriesgarse a volver a casa solo para sacar de su escondite las monedas de oro de la época zarista e intercambiarlas por varios kilos de trigo sarraceno y unas hogazas de pan.[66]

Ese tipo de largos viajes eran habituales. Aunque había unas pocas tiendas Torgsin móviles que viajaban por las zonas rurales con la esperanza de comprar oro, los campesinos que no tenía acceso a ellas hacían grandes expediciones para llegar a las de las ciudades. El padre de Nadía Babenko reunió los anillos de boda, las cruces y los pendientes bautismales de la familia, y recorrió doscientos kilómetros desde su aldea, Pilipóvichi, hasta la Torgsin de Kiev. Pero mereció la pena; a cambio recibió un *pud* de harina (dieciséis kilos), un litro de aceite y dos kilos de trigo sarraceno, que, junto con patatas congeladas, acederas, setas, bayas y bellotas, ayudaron a mantener con vida a la familia durante las semanas siguientes.[67]

No todos esos viajes tenían un final feliz. Había ladrones que merodeaban cerca de las tiendas Torgsin, y robaban o incluso asesinaban a la gente al entrar y salir. Los empleados también engañaban a los campesinos o los trataban mal. Iván Klimenko y su madre viajaron desde Krasna Slobidka, una aldea de la provincia de Kiev, hasta la calle Jreshchátik para vender la alianza de boda de su abuela a cambio de varias paladas de harina. Nadie se había molestado en pesar el anillo, así que no sabían si la transacción había sido justa; en cuanto volvieron a casa, su madre se dio cuenta de que la harina estaba mezclada con cal. Se la comieron de todas formas.[68] Hrihori Simiá fue a una Torgsin con su padrastro, que quería vender su medalla del ejército, una cruz georgiana de plata. El vendedor no la aceptó; según decía, esa medalla en particular solo se les concedía a los «servidores del zar» con

puestos relevantes en los cuerpos de oficiales. El padrastro de Simiá protestó en vano, diciendo que había sido médico en el ejército y que había tratado a los heridos sin importar su rango. El vendedor respondió: «¡Así que trataba a los oficiales! ¡De clase alta! ¡Enemigos de la revolución! ¿Verdad? ¡Fuera de aquí o llamaré a la policía!».[69]

Cuando la hambruna empeoró, algunos buscaron oro dondequiera que pudiesen encontrarlo. Durante siglos, a los ucranianos los habían enterrado con sus pertenencias más preciadas, incluidas sus joyas, armas y cruces. El hambre eliminó todo sentimiento de respeto que subsistiera, y hubo robos en más de un cementerio antiguo, al principio solo de noche, pero al final también de día. Puesto que los cementerios eran «cristianos», las autoridades soviéticas no siempre se oponían a los saqueos, y en algunos lugares los organizaban ellos mismos.[70]

Al mismo tiempo, el régimen soviético también empezó a utilizar las tiendas Torgsin para fomentar que amigos y familiares de los ciudadanos soviéticos aportasen divisas desde el extranjero. En los años anteriores se habían prohibido todos esos contactos extranjeros, y mantenerlos podía ser peligroso e incluso letal. Pero en 1932 y 1933 el deseo del régimen de obtener divisas alcanzó tales cotas que permitió que la gente que vivía fuera de la Unión Soviética enviase «transferencias de comida» a sus familiares hambrientos a través de las tiendas.[71] Los suficientemente afortunados como para recibir algo debían entregar un 25 por ciento del total al Estado, y en ocasiones hasta un 50 por ciento, pero entonces recibían cupones que les permitían comprar alimentos en la Torgsin. Llegaban transferencias desde Alemania, Polonia, Lituania, Francia, Reino Unido y sobre todo Estados Unidos.[72] La comunidad alemana de Ucrania, así como la de la región del Volga, lanzó campañas de redacción de cartas destinadas a sus correligionarios extranjeros —menonitas, baptistas y católicos— pidiéndoles alimentos. Incluso las cantidades más ínfimas de ayuda podían tener un impacto enorme. La diarista Olexandra Rádchenko, una profesora de la región de Járkiv, recibió una transferencia de tres dólares, con los que obtuvo «en la Torgsin seis kilos de harina de trigo, dos kilos de azúcar, tres o cuatro de arroz y un kilo de avena a medio moler. Nos fue de gran ayuda».[73]

A pesar de que la actividad comercial de las Torgsin salvó vidas, también generó un gran rencor. Muchas personas criticaban con suma dureza dichos comercios; estaban ahí para robarles a los campesinos hambrientos la poca riqueza familiar que les pudiese quedar. En Odesa, un informante advirtió al OGPU de que había oído a dos profesores especulando con que el objetivo de

la hambruna pudiera ser apropiarse de la riqueza de los campesinos. «La han provocado para que las Torgsin consigan más oro y plata».[74] En Poltava los campesinos bromeaban en tono sombrío con que en realidad el acrónimo TORGSIN significaba «Továrishchi, Revoliutsia Gibnet, Stalin Istrebliáiet Narod!» («¡Camaradas, la revolución se muere, Stalin está exterminando al pueblo!»).[75] No había forma de protestar contra la explotación del sistema de las Torgsin, excepto de manera anónima. Al llegar una mañana a trabajar, los empleados de una de las tiendas encontraron una pancarta en la puerta: «Stalin es un verdugo».[76]

Aun así, innumerables familias sobrevivieron gracias a lo que pudieron vender. Una superviviente recordaba que «vendimos oro para comprar maíz».[77] La familia de Pavló Chorni hizo lo propio con las medallas de plata de un bisabuelo, obtenidas en la década de 1830 durante la guerra imperial rusa en el Cáucaso.[78] Otra mujer recordaba que su madre tenía «algunos objetos de oro de la época prerrevolucionaria; guardaba el reloj de oro de mi padre, varios anillos y otras cosas, así que de vez en cuando iba a la Torgsin […]. A mi madre le daban gachas, patatas o harina a cambio de la plata o el oro. Mezclaba todos esos productos con diferentes hierbas y nos daba de comer una vez al día. Así sobrevivimos».[79] Otra mujer recordaba que su madre intercambió pendientes y su alianza de boda por harina, faldas y blusas a cambio de remolachas y cereal, y su dote —«telas, toallas bordadas y ropa blanca»— a cambio de salvado o mijo.[80]

Esas mujeres sobrevivieron, pero perdieron parte de su identidad. Objetos que acaso habían heredado de su madre, que las podrían haber conectado a su pasado, anillos y joyas que podrían haber utilizado o invertido de cualquier otra forma…; lo habían perdido todo. La hambruna también destruyó la historia, la cultura, la familia y la identidad, todo ello sacrificado en nombre de la supervivencia.

13
Consecuencias

Вже половіє жито,
В нього ж сторчма волосся
Адже до хліба дожити
Небагатьом вдалося. […]
Він не засне до ранку. […]
Потім приходить мати
І промовляє з болем:
«Сину, пора вставати.
Сонце зійшло над полем.
Нам не лежиться в могилі,
Мертвим не до спочинку:
Хто ж колосочки милі
В полі догляне, синку?»

El centeno empieza a madurar
pero —y se le eriza el pelo—
no muchos han sobrevivido
para ver la nueva cosecha. […]
No se dormirá hasta el alba […]
Entonces se acerca su madre
y le dice con tristeza:
«Hijo mío, es hora de levantarse,
el sol se ha elevado sobre el campo,
no podemos quedarnos en la tumba tranquilos,
los muertos no podemos descansar.
¿Quién cuidará de las preciadas espigas de grano
que hay en el campo, querido hijo mío?».

MIKOLA RUDENKO, «Jrest» («La cruz»), 1976 [1]

En primavera, las zonas rurales de Ucrania son un estallido de flores de cerezo, pétalos de tulipán, hierba brotando y barro negro. Tan solo a una hora en coche de Kiev, las aldeas parecen demasiado provincianas para haber sido testigos de acontecimientos históricos importantes. Las carreteras están llenas

de charcos; algunas de las destartaladas granjas aún tienen techos de paja. En todas las casas hay un huerto y muchas tienen colmenas, gallineros y casetas de jardín llenas de herramientas.

Sin embargo, fue en primavera, en estas mismas zonas rurales de provincias, donde la hambruna de 1933 llegó a su punto álgido. Hoy en día, esa historia sigue ahí si uno la busca, en los vastos campos que antes pertenecieron a las granjas colectivas, en los cementerios descuidados y en los monumentos que se han erigido desde la disolución de la Unión Soviética. Justo en las afueras de la aldea de Kodakí, allí donde las casas dan paso a campos extensos, los lugareños han erigido un monumento de piedra negra. Tiene un agujero en forma de cruz en el centro y una dedicatoria: «En recuerdo de las víctimas del Holodomor». En Hrebinki, un montículo abandonado a las afueras del pueblo —una fosa común en la que enterraron a las víctimas de la hambruna de 1933, que luego cayó en el olvido y años después fue redescubierta— está ahora rodeado por un muro de ladrillos y señalado, desde 1990, con una sencilla cruz.

En Bárajti es difícil que el monumento en recuerdo de la hambruna pase desapercibido: una gran estatua de una madre de duelo, arrodillada junto a una cruz, en una importante intersección en el centro de la población. Una lista de víctimas grabada en el granito negro tras la estatua revela y oculta al mismo tiempo. Los apellidos se repiten, lo cual demuestra que la hambruna aniquiló a familias enteras, pero a menudo faltan los nombres de pila porque los registros no se habían llevado bien:

Bóndar, Overko
Bóndar, Yósip
Bóndar, María
Bóndar, dos niños

Los nombres que faltan señalan un problema más profundo. Incluso bajo circunstancias mejores hubiese sido difícil llevar un registro preciso de las enormes cifras de hombres y mujeres que murieron en las carreteras, en las estaciones de tren o en las calles de Kiev. Los secretarios del registro civil del distrito hubiesen tenido problemas para llevar la cuenta de todos los que emigraron o escaparon, o incluso de todos los niños que sobrevivieron, por algún milagro, en un orfanato lejano. Pero el régimen empeoró esos problemas. A pesar de que en 1933 las estadísticas de mortalidad fueron compiladas con la máxima exactitud posible, las autoridades, como se explicará en el siguiente capítulo, alteraron después los registros de defunción

de toda Ucrania para ocultar la cifra de muertes que la hambruna había causado, y en 1937 eliminaron un censo entero por lo que desvelaba.

Por todas estas razones, los cálculos acerca de la cifra de víctimas mortales han variado muchísimo en el pasado, desde unas pocas decenas de miles hasta dos millones, siete millones o incluso diez millones. Sin embargo, en los últimos años un equipo de demógrafos ucranianos han vuelto a analizar las cifras que fueron tabuladas en los diferentes distritos y provincias, y luego enviadas a Járkiv y Moscú, y han obtenido respuestas más atinadas.[2] Tras constatar que «se falsificaron las causas de muerte de algunos de los certificados de defunción, pero no se alteraron las cifras de fallecimientos registradas», han tratado de establecer una cifra fidedigna de «mortalidad excesiva», lo cual alude al número de muertes que sobrepasan la media prevista, y también han estudiado los «nacimientos perdidos», es decir, el número de nacimientos que no tuvieron lugar, en comparación con los que cabría esperar, debido a la hambruna.[3] Gracias a su trabajo, se está llegando a dos cifras de consenso: 3,9 millones de muertes de más, o pérdidas directas, y 0,6 millones de nacimientos perdidos, o pérdidas indirectas, lo cual establece el número total de pérdidas ucranianas en 4,5 millones. Dicho cálculo incluye a todas las víctimas, dondequiera que murieran —en la carretera, en la cárcel, en orfanatos—, y se basa en el número de personas que había en Ucrania antes y después de la hambruna.

En aquel momento la población total de la república era de unos 31 millones de personas. Las muertes directas ascienden a casi un 13 por ciento de esa cifra.[4] La gran mayoría de las pérdidas tuvieron lugar en el campo; de 3,9 millones de muertes de más, 3,5 millones fueron en las zonas rurales y 400.000 en las zonas urbanas. Más del 90 por ciento de las muertes ocurrieron en 1933, y la mayoría en la primera mitad del año, con las cifras de mortalidad más altas en mayo, junio y julio.[5]

Pero dentro de esos datos hay otras historias. Una de ellas es que las estadísticas reflejan un descenso brusco y notable de la esperanza de vida entre 1932 y 1934, en una amplia variedad de grupos. Los hombres de las zonas urbanas que nacieron antes de 1932 tenían una esperanza de vida de entre cuarenta y cuarenta y seis años, y las mujeres de entre cuarenta y siete y cincuenta y dos años. Los hombres de las zonas rurales tenían una esperanza de vida de entre cuarenta y dos y cuarenta y cuatro años, y las mujeres de entre cuarenta y cinco y cuarenta y ocho años.

En cambio, los hombres ucranianos nacidos en 1932, ya fuese en la ciudad o en el campo, tenían una esperanza de vida media de unos treinta

años. Las mujeres nacidas aquel año podían esperar vivir un promedio de cuarenta años. En el caso de aquellos que nacieron en 1933, las cifras eran aún más desoladoras. Las niñas nacidas en Ucrania aquel año vivían, de promedio, hasta los ocho años. Los niños nacidos ese mismo año podían esperar vivir hasta los cinco años.[6] Estas estadísticas reflejan, simplemente, lo alta que fue la tasa de mortalidad infantil aquel año.

Aplicar los nuevos métodos estadísticos a Rusia también resulta revelador. Demuestran que en general la hambruna afectó muchísimo menos a dicha república que a Ucrania, con un promedio del 3 por ciento de «mortalidad excesiva» en la Rusia rural frente al 14,9 por ciento de la Ucrania rural. Solo unas pocas regiones rusas se vieron afectadas por los mismos patrones de hambruna que se dieron en Ucrania; la región alemana del Volga, la región de Sarátov, Krasnodar y el Cáucaso septentrional tuvieron tasas de mortalidad muy elevadas en la primera mitad de 1933, que coinciden con las decisiones políticas tomadas aquel verano. Pero incluso en esos casos las cifras totales de «mortalidad excesiva» fueron más bajas que las correspondientes a las regiones más afectadas de Ucrania.[7]

Las estadísticas generales no pueden revelarlo todo. Por ejemplo, encubren la historia de algunos grupos específicos de Ucrania de los que no se llevó un registro por separado. Así, las pruebas anecdóticas indican que, si bien la comunidad alemana sufrió muchísimo tanto en Ucrania como en la región del Volga, algunos de sus miembros recibieron ayuda alimentaria y otras formas de asistencia de fuentes alemanas. Andor Hencke, el cónsul alemán en Kiev entre 1933 y 1936, dedicó gran parte de los primeros meses que pasó en Ucrania intentado conseguir alimentos para la comunidad alemana minoritaria, a pesar de que «las autoridades del partido y las instituciones soviéticas no suelen mostrarse favorables a la campaña de ayuda». Recomendó a los habitantes de etnia alemana que fueran discretos y que evitasen visitar en persona el consulado para no llamar la atención, aunque se comunicaba con ellos por correo.[8] Asimismo, como ya se ha visto, hay pruebas anecdóticas de que la tasa de supervivencia de los judíos de las zonas rurales también fue más elevada debido a que la mayoría no eran granjeros y, por lo tanto, no estaban sujetos a la deskulaquización ni a la colectivización. Los judíos, los alemanes y los polacos contaban además con otra ventaja: no se les consideraba parte del movimiento nacional ucraniano y, por consiguiente, la oleada de represión de 1932 y 1933 no se centró en ellos, aunque más tarde sí que estuvieron en el punto de mira.

Las estadísticas también han sacado a la luz algunas historias inesperadas sobre la hambruna en diferentes regiones de Ucrania. En el pasado —en el siglo XIX o incluso en épocas anteriores— las sequías y las hambrunas siempre habían azotado con mayor fuerza a las regiones esteparias meridionales y orientales, puesto que estas eran las que más dependían del cereal. Eso fue sin duda lo que ocurrió en 1921-1923, al igual que durante la hambruna, menos intensa, de 1928, y también fue lo que sucedió en la hambruna de la posguerra, en 1946 y 1947. Pero en 1932 y 1933 la tasa de mortalidad más elevada se dio en las provincias de Kiev y Járkiv, donde los campesinos siempre habían optado por una mayor variedad de cultivos, entre ellos remolachas, patatas y otras hortalizas, y donde históricamente la hambruna había sido poco común. En la provincia de Kiev la tasa de mortalidad en 1932 y 1933 fue en torno a un 23 por ciento más elevada de lo que hubiese sido sin el Holodomor; en la provincia de Járkiv aumentó un 24 por ciento; en Vínnitsia y en la provincia «autónoma» de Moldavia la cifra se situó en un 13 por ciento, y en Dnipropetrovsk y en Odesa ascendió a un 13 y un 14 por ciento, respectivamente. En la provincia de Donetsk, en cambio, durante los años de la hambruna la tasa de mortalidad fue tan solo un 9 por ciento más elevada.[9]

Los demógrafos han planteado un amplio abanico de hipótesis para interpretar estas variaciones regionales, y se han encontrado buenas explicaciones en al menos tres casos excepcionales. Por ejemplo, se supone que los campesinos que vivían en zonas boscosas tenían un mayor acceso a setas, pequeños animales y otras fuentes de comida. Este factor ambiental podría explicar por qué la provincia de Cheníhiv, en el norte de Ucrania, se vio menos afectada que otras partes de la república, pero no puede esclarecer las altas tasas de mortalidad que se dieron en las provincias de Járkiv y Kiev, situadas en regiones que combinaban bosques con estepa y que, de hecho, contenían algunas zonas cubiertas de árboles o pantanos.[10]

La proximidad con las fronteras internacionales también pudo afectar a las tasas de mortalidad, que fueron inferiores en Vínnitsia y Moldavia, las dos provincias fronterizas con Polonia y Rumanía, al igual que en los distritos más occidentales de la región de Kiev. Parece que las autoridades locales de esas zonas, preocupadas por el contrabando, el descontento y la sedición procedente del extranjero, dudaron a la hora de aplicar las políticas con el mismo nivel de crueldad. Los campesinos que vivían en esas regiones también podrían haber conseguido alimentos haciendo trueques, mediante

contactos trasfronterizos y gracias a familiares que vivían al otro lado de la frontera.[11]

Asimismo, la región de Donetsk fue al parecer un caso especial. Puesto que, como se ha visto, era una de las pocas regiones de Ucrania que el régimen consideraba una «prioridad» industrial, a los obreros se les asignó una mayor cantidad de alimentos. Parece que las zonas rurales también recibieron más comida —en términos relativos—, probablemente a través de familiares que vivían en las ciudades. La cercanía también comportaba que a los campesinos de la región les resultara más fácil escapar de la hambruna que estaba azotando al campo y unirse al proletariado de las minas y las fábricas.

Sin embargo, la diferencia más interesante es la que hubo entre Kiev y Járkiv, que tuvieron pérdidas directas muy elevadas, y Dnipropetrovsk y Odesa, donde el número de ese tipo de muertes fue relativamente bajo. Parece que la mejor explicación es política: tanto en 1918-1920 como en 1930-1931, las regiones de Kiev y Járkiv fueron testigos de una mayor actividad de resistencia política, al principio contra los bolcheviques y después contra la colectivización. Las cifras más elevadas de «incidentes terroristas» se dieron en esas regiones, al igual que las de intervenciones de la policía secreta. Andrea Graziosi ha sostenido que la «impresionante continuidad geográfica, ideológica e incluso personal y "familiar" entre los levantamientos sociales y nacionales de base campesina que se dieron entre 1918 y 1920, y los ocurridos en 1930 y 1931 contra las confiscaciones de la deskulaquización y la colectivización, fue mayor en los territorios donde la hambruna fue más intensa».[12] Aunque esta correlación no es exacta —entre otras cosas, los hombres de Majnó fueron muy activos en el sudoeste de Ucrania—, es cierto que estas dos provincias, que albergan las dos ciudades ucranianas de mayor importancia cultural, tenían muchos vínculos con el movimiento nacional. Eso podría explicar por qué allí la represión fue más atroz, la ayuda alimentaria, más escasa y la tasa de mortalidad, más elevada.[13]

En otras palabras, las regiones que «normalmente» más sufrían la sequía y la hambruna se vieron menos afectadas en 1932 y 1933, debido a que la hambruna de aquellos años no fue «normal». Fue una hambruna política, provocada con el objetivo específico de debilitar la resistencia campesina y, de paso, la identidad nacional. Y eso sí que lo logró.

La hambruna ucraniana alcanzó su apogeo en la primavera de 1933. Las tasas de mortalidad aumentaron en enero, y siguieron creciendo a lo largo de la

primavera. Pero en vez de acabar súbitamente ese verano, la tragedia fue mermando poco a poco. Siguió habiendo una «mortalidad excesiva» durante el resto de 1933 y en 1934.

En mayo el régimen aprobó por fin el envío de una ayuda alimentaria considerable a Ucrania —como es obvio, los alimentos que les habían quitado primero a los campesinos—, aunque se centró sobre todo en las regiones fronterizas (donde el miedo a la influencia extranjera era mayor) y en las zonas donde no había suficiente gente sana para sacar adelante la cosecha.[14] Cuando finalmente llegó, la cosecha también marcó una diferencia. Hubo estudiantes, obreros y otras personas que se dirigieron a las zonas rurales para compensar la mano de obra que se había perdido, y hubo una mayor disponibilidad de alimentos tanto en el campo como en las ciudades. En teoría, los recolectores de cereal también habían abandonado las confiscaciones, de acuerdo con el decreto que el Consejo de Ministros había promulgado en enero. A partir de la primavera, debían imponer un impuesto —un porcentaje de la cosecha— en vez de una cantidad específica de grano basada en un plan pergeñado en Moscú. En realidad, esta norma no se aplicaba de forma regular. En algunos lugares a los campesinos se les cobraban impuestos, pero en otros se continuó con las confiscaciones.[15]

En mayo, el Comité Central y el Gobierno de Ucrania también emitieron una directiva conjunta sobre «el cese del destierro en masa de campesinos, la reducción del número de arrestos y la disminución del número de cárceles». Este decreto confidencial, que fue enviado a todos los funcionarios del partido, así como al OGPU, a los tribunales y a las oficinas de los fiscales, reflejaba la decisión de «abandonar, como norma, el uso del destierro en masa y de formas de represión agresivas en las zonas rurales», y la de introducir un régimen rural menos duro. Había razones pragmáticas para ese cambio; en el momento de su aprobación había ochocientas mil personas bajo arresto en toda la Unión Soviética, las cárceles y los campos estaban abarrotados, y el Estado estaba desbordado. Además, el régimen reconocía que iba a necesitar más gente para sacar adelante la cosecha. Pero el decreto también puso fin al maltrato del que eran objeto los campesinos y, por lo tanto, a la política de confiscación de alimentos.[16]

Al igual que en los años anteriores, a finales del verano de 1933 hubo una campaña de acopio, y al igual que en los años anteriores, también hubo déficits, a pesar de que en 1933 los debates al respecto fueron mucho más apagados. En octubre de 1933 Stanislav Kosior, el secretario general del Partido Comunista de Ucrania, escribió a Stalin alabando la cosecha de otoño,

que, según señalaba, había sido una «mejora» respecto a las cosechas anteriores. Sin embargo, admitía que aún había «problemas»; todavía no se habían materializado las cantidades previstas.[17] También le pedía una reducción del plan de acopio de cereal para Ucrania.

El 18 de octubre el Politburó soviético aprobó dicha petición. Se redujo en cuatrocientas quince mil toneladas la contribución exigida a Ucrania para el año 1934. Unas semanas más tarde, Kosior y Pavló Póstishev se reunieron con el líder soviético —esta vez en el lujoso escenario de su vagón personal— y este les confirmó una nueva reducción de quinientas mil toneladas en la contribución ucraniana. A pesar de que la república aún debía producir una cantidad ingente de cereal para el Estado, se trató de un cambio importante.

En agradecimiento por estas concesiones, los comunistas ucranianos también modificaron el tono de su discurso. Dejaron de criticar la dura política de confiscaciones y, en vez de ello, en varios discursos y artículos se solidarizaron con la guerra soviética contra el «nacionalismo», la plaga a la que el Gobierno ahora culpaba de todos los «errores» que se habían cometido en la política rural. Kosior afirmó en un pleno de noviembre que «en algunas repúblicas de la Unión Soviética, sobre todo en Ucrania, la resistencia desesperada de los kulaks contra nuestra victoriosa ofensiva socialista llevó a un aumento del nacionalismo».

Sin embargo, esa referencia a los «errores» no fue lo suficientemente fuerte para el líder, que revisó él mismo el discurso con el objetivo de endurecerlo. «En algunas repúblicas de la Unión Soviética, sobre todo en Ucrania, la amenaza principal es ahora el nacionalismo ucraniano que se alía con los intervencionistas imperialistas».[18] El propio Stalin lo dejó claro en enero de 1934 en el XVII Congreso del Partido, conocido como el Congreso de los Vencedores. En un discurso largo y muy aplaudido, indicó el fin de la peor hambruna de la historia soviética con un ataque agresivo contra el nacionalismo.

> […] hay que señalar que los vestigios del capitalismo en la conciencia de los hombres están mucho más arraigados en el plano de la cuestión nacional que en cualquier otro. Poseen más vitalidad porque pueden enmascararse bien con el ropaje nacional […].
>
> La desviación nacionalista refleja los intentos de la burguesía «propia», de la burguesía «nacional» por socavar el régimen soviético y restaurar el capitalismo […]. Es el *abandono* del internacionalismo leninista […] (*Aplausos entusiastas*.)[19]

En ese mismo congreso, Póstishev, como el comunista ucraniano de más alto rango, asumió toda la responsabilidad de los «desatinos y errores garrafales» cometidos en la agricultura ucraniana —no mencionó la hambruna

—, de los que culpó explícitamente al nacionalismo, a los contrarrevolucionarios y a fuerzas extranjeras invisibles.

> El PC(b)U [Partido Comunista de Ucrania] no tuvo en cuenta todas las características distintivas de la lucha de clases de Ucrania, ni las peculiaridades de la situación interna del PC(b)U.
>
> ¿Cuáles son esas características? […].
>
> La primera característica es que en Ucrania el enemigo de clase oculta su actividad contra la construcción socialista tras la bandera nacionalista y los eslóganes chovinistas.
>
> La segunda característica es que el kulak ucraniano tuvo un largo aprendizaje sobre la lucha contra el poder soviético, pues en Ucrania la guerra civil fue en especial violenta y duradera como consecuencia de que la república estuvo bajo el control del bandolerismo político durante un periodo particularmente largo.
>
> La tercera característica es que grupos escindidos de varias organizaciones y partidos contrarrevolucionarios se establecieron en Ucrania más que en ningún otro sitio, atraídos por su proximidad a las fronteras occidentales.
>
> La cuarta característica es que Ucrania ha demostrado ser objeto de atracción para varios centros intervencionistas y se encuentra bajo una vigilancia especialmente concienzuda.
>
> Y, por último, la quinta característica es que, en todos los asuntos relativos al partido, los desviacionistas del PC(b)U solían aliarse y continúan haciéndolo con los elementos nacionalistas que hay en sus filas, con los desviacionistas en materia de nacionalidad […].
>
> Por desgracia, el PC(b)U no llegó a todas esas conclusiones en la medida en que hubiera sido deseable. Ahí reside la explicación de los errores y fracasos tanto en la agricultura como en la aplicación de la política leninista en relación con la nacionalidad […].**[20]**

Hubo más concesiones. En la primavera de 1934 no hubo confiscaciones de hortalizas. A los campesinos se les permitió quedarse con los alimentos que habían cultivado en las parcelas privadas que aún conservaban. El Gobierno ucraniano se atrevió a informar abiertamente a Stalin de que algunos campos no iban a cultivarse —no quedaba nadie para hacerlo— y de que había una escasez de semillas, entre ellas de maíz, lino y cáñamo, y también de cereales. En esta ocasión, Stalin accedió a «prestar» semillas y alimentos a Ucrania.**[21]**

La colectivización continuó de forma acelerada; aquel verano todos los granjeros particulares que habían sobrevivido a la hambruna se unieron en masa a las granjas colectivas. Esta vez no se habló de rebelión, ya que 151.700 familias aterrorizadas abandonaron sus hogares y sus posesiones para trabajar para el Estado. Otras 51.800 lo hicieron en otoño. La exigencia de cereal se suavizó discretamente, y el número de arrestos en las zonas rurales disminuyó.**[22]**

La vida no volvió a la «normalidad» —jamás llegó a hacerlo—, pero poco a poco los ucranianos dejaron de morir de hambre.

A finales de la primavera de 1933 el Gobierno provincial reclutó a Max Harmash, un ingeniero agrónomo de la región de Dnipropetrovsk, para que ayudase con la siembra y la cosecha de una granja colectiva ubicada a unos veinticinco kilómetros de su casa. En su primera noche en el campo, un consejero municipal envió a Harmash a una casa en la que le dijeron que podía quedarse a dormir. Ahí se encontró con un «hombre muy delgado y andrajoso» que no respondió cuando lo saludó. También halló el «grotesco cuerpo hinchado y medio desnudo» de otra persona, tirado en el jergón. Había harapos desparramados por el suelo; el hedor era insoportable. Harmash se marchó de la casa, dejándoles parte de su pan a los moradores, y volvió corriendo al edificio del consejo municipal. Ahí, un guardia le dijo que en los alrededores apenas se podía encontrar comida. Solo unos pocos miembros de la granja colectiva seguían teniendo reservas. Cerca de la mitad de los aldeanos ya habían muerto. El resto sobrevivían comiendo gatos, perros y pájaros.

Horrorizado y conmocionado por lo que había visto, Harmash abandonó la aldea moribunda en cuanto pudo. Después de ello pasó mucho tiempo con «pesadillas», y esperaba recibir una dura sanción por haber incumplido su tarea. Le daba miedo contarle a la gente lo ocurrido. Pero la sanción nunca llegó. Años más tarde se imaginó que los funcionarios que lo habían enviado a la aldea debían de saber que no había grano para sembrar ni personas para hacerlo, pero lo habían mandado de todas formas. Alguien les había dicho que debían hacerlo, y ellos tan solo cumplieron con su deber. Nadie se atrevía a decir claramente que los aldeanos se estaban muriendo de hambre.[23]

En torno a la misma época también enviaron a Lidia, una estudiante de Járkiv, a las zonas rurales como miembro de una brigada de trabajo. Ella y sus compañeros fueron alojados en el edificio vacío de una escuela, y les advirtieron de que no salieran por la noche y de que no abriesen la puerta. Durante el día iban a los campos y escardaban remolachas azucareras. No veían a nadie. Pero en unos pocos días su misión se vio interrumpida. «Volvimos a Járkiv al amanecer, pero no nos permitieron irnos a casa. Nos llevaron a un edificio oficial, a pesar de que estábamos hambrientos y sucios. Cuando llegaron los funcionarios del Gobierno, una chica me dijo que debía ir a un departamento especial. El director me preguntó qué había visto. Yo le respondí que nada. Luego me dijo: “Váyase y no diga nada”. Aterrorizada,

nunca me atreví a preguntarles a los demás si también los habían llevado a ese departamento».[24]

Lidia y Max fueron testigos de otra faceta de la crisis que siguió a la hambruna; de pronto, en 1933, el Estado soviético se encontró con una drástica escasez de mano de obra en las zonas rurales ucranianas, que en algunos distritos llegó a ser especialmente acentuada. Por ejemplo, en el de Markivka, en la provincia de Donetsk, los líderes del consejo municipal reconocieron en una reunión que el futuro era aciago. Unas veinte mil personas, más de la mitad de la población, habían fallecido durante la hambruna. Se había sacrificado a más del 60 por ciento de los caballos locales y al 70 por ciento de los bueyes. Sus propietarios también habían muerto, señaló uno. «Ahora, cuando uno va al campo se pueden ver aldeas tan vacías que hay lobos viviendo en las casas». Había tan pocas provisiones de cereal que era imposible entregar las raciones diarias a los trabajadores de las granjas colectivas a cambio del trabajo que realizaban. La cantidad de tierra sembrada estaba disminuyendo; las más de ochenta mil hectáreas de 1931 se redujeron a sesenta y siete mil en 1933.[25]

Las brigadas de estudiantes, obreros y funcionarios del partido enviadas de las ciudades a las zonas rurales ayudaron algo. Pero por entonces esta política entrañaba ciertos riesgos: los equipos de la Unión Soviética urbana podían llegar a ver, de primera mano, lo que había sucedido en las aldeas. Al igual que Max, algunos huyeron, y como a Lidia, a algunos los tuvieron que someter a vigilancia. Podían volver y describir las escenas de muerte y destrucción, con consecuencias imprevisibles.

Los estudiantes y los trabajadores tampoco podían ofrecer una solución permanente. Para ello, el régimen necesitaba una población estable, personas nuevas que pudiesen vivir en las zonas rurales y seguir cultivando. Así pues, a finales de 1933 lanzó un programa de reasentamiento. Su resultado a efectos prácticos, en muchas partes de Ucrania, fue reemplazar a ucranianos por rusos, al menos mientras duró el programa, que no tuvo éxito.

En 1933 la Unión Soviética ya atesoraba cierta experiencia en el traslado y reasentamiento de gente. Se había llevado a cientos de miles de kulaks a las regiones deshabitadas del norte y el este del país, así como a los distritos más pobres y despoblados de Ucrania. Durante la Segunda Guerra Mundial, una serie de deportaciones explícitamente étnicas darían lugar a la expulsión de nacionalidades enteras, incluidos varios pueblos de las tribus caucásicas —los chechenos y los ingusetios, los karacháis, los calmucos, los balkarios, los mesj—, así como los tártaros de Crimea y los alemanes del Volga. En su

famoso «Informe secreto», Nikita Jrushchov denunció estos traslados de población masivos y bromeó con que «los ucranianos escaparon a esta suerte porque eran demasiado numerosos y no había lugar donde poder deportarlos; si no, [Stalin] también los hubiese arrancado de su tierra». La transcripción oficial constata que este comentario causó «risas y jolgorio en la sala».[26]

Oficialmente, el traslado de rusos a Ucrania empezó como respuesta a una necesidad obvia. Aquellos que estaban en la cúspide del sistema conocían la drástica escasez de mano de obra. En un telegrama enviado en agosto de 1933, Yákov Yákovlev, el comisario de Agricultura soviético, describió una granja colectiva de Melitópol, en el sudeste de Ucrania, donde «no quedan más que un tercio de las casas […] menos de una quinta parte tienen caballos». Había familias que cargaban con la responsabilidad de cultivar por sí solas veinte hectáreas de tierra fértil. En el oeste de Rusia, en cambio, las condiciones de hacinamiento hacían que cada familia tuviese solo una hectárea de tierra. En una nota a Mólotov, Stalin respondió que «es necesario acelerar un posible "reasentamiento del campesinado"».[27]

La primera fase del proyecto comenzó con ciento diecisiete mil campesinos rusos —veintiún mil familias— de Rusia y Bielorrusia. Empezaron a llegar a Ucrania en el otoño de 1933. En enero y febrero de 1934 llegaron otros veinte mil a las aldeas despobladas del este y el sur de Ucrania, esta vez desde Rusia y de otras regiones de Ucrania.[28] Puede que las cifras mencionadas sean inferiores a las reales, ya que solo incluyen a aquellos que recibieron una ayuda estatal para hacer el viaje. Otros —se desconoce la cantidad— simplemente cargaron con todas las pertenencias que pudieron e hicieron el viaje por cuenta propia desde Rusia y otras regiones, tras oír que había más espacio y tierras gratuitas en Ucrania. En general, esta primera oleada fue sobre todo voluntaria —los nuevos pobladores creían que recibirían alojamiento gratuito, buenas raciones y medios de transporte—, a pesar de que a algunos los habían expulsado de sus hogares por ser kulaks o enemigos y, por lo tanto, tampoco habían tenido elección.

Muchos quedaron decepcionados. Habían albergado la esperanza de encontrar alojamiento y tierras fértiles. El Estado les había pagado el transporte, incluido el del ganado y los aperos, les había dado comida caliente y raciones durante el viaje e incluso les había prometido impuestos menores. Pero la verdad resultó ser muy diferente, como recordaba una mujer que se había reasentado en la provincia de Zhitómir siendo una niña.

> A nosotros también nos expulsaron de nuestro hogar, pero nos enviaron a Horodishche, en la provincia de Dnipropetrovsk. La aldea había quedado deshabitada y nos reasentaron ahí

> […]. En Horodishche nos dieron una pequeña habitación en una cabaña, pusimos algo de heno en el suelo y dormíamos ahí. En la granja colectiva nos dieron un kilo de pan para diez días. Nos prometieron mucho pero no hemos visto nada de eso.[29]

Hubo más sorpresas. Nada más llegar, muchos rusos tuvieron la sensación de que la estepa ucraniana era poco complaciente. No sabían cómo encender hogueras con paja y hierba seca, como hacían los ucranianos. Sus nuevos vecinos, que hablaban un idioma que ellos no entendían, no les ofrecieron una bienvenida especialmente calurosa. Las aldeas estaban desiertas; como señalaron los planificadores ucranianos a finales de 1933, incluso los gatos y los perros brillaban por su ausencia, lo que causó una plaga de ratones en las casas y los campos.[30] Uno de los nuevos pobladores explicó en una carta enviada a sus familiares de Rusia que el ambiente parecía insólito y extraño, aunque, si conocía la existencia de la hambruna, no lo mencionó. «Aquí murió mucha gente —escribió, en cambio—, en 1932 hubo epidemias. Quedaron tan pocos que ellos solos no pueden labrar las tierras». Otro señaló que «todas las casas están destrozadas y abandonadas, y en los lugares de trabajo reina el caos. Los lugareños dicen que antes no era así, que solía haber orden en la aldea. La gente vivía bien […] las patatas crecen sorprendentemente bien».[31]

A otros empezó a preocuparles que fueran a enfrentarse al mismo destino que sus predecesores, sobre todo cuando, tras unos pocos meses viviendo allí, todo aquello que les habían prometido empezó a desaparecer poco a poco. En 1935 les dijeron que ellos, al igual que los lugareños, tendrían que pagar impuestos cárnicos y lácticos, algo que también debió de ser un mal presagio. Los informes del distrito de Markivka indican que varios de los pobladores rusos se marcharon en la primavera de 1935, y que los que se quedaron se sentían inquietos. Escribían a casa, se quejaban de las condiciones del lugar y se fijaron en que sus vecinos parecían aletargados, medio muertos. No tenían zapatos. Comían hojas de maíz.[32]

A pesar de que es probable que los archivos estén incompletos, lo cierto es que muchas de las personas enviadas a Ucrania en la primera oleada de reasentamientos regresaron a casa aquel mismo año. Quizá como consecuencia de ello, hubo nuevas oleadas de deportaciones. Pero en este segundo grupo no hubo voluntarios. Según las órdenes de deportación de los treinta y nueve mil «pobladores» de febrero de 1935, estas eran personas que no habían «demostrado su valía a la hora de fortalecer la frontera y el sistema de las granjas colectivas», así como «elementos nacionalistas y antisoviéticos». Muchos provenían de regiones del oeste de Ucrania

fronterizas con países extranjeros, y entre ellos había numerosos contingentes de etnia alemana y polaca. Así pues, la «quinta columna» que tantas veces había descrito el OGPU fue eliminada para siempre de la región fronteriza.

Esta vez el Estado se esforzó muchísimo más por impedir la partida de los nuevos pobladores. Los policías secretos reclutaron a habitantes de la zona para que los ayudaran a controlar a los recién llegados y evitar que escapasen. Sancionaban a los que descubrían intentando huir. Este nuevo reasentamiento relativamente «exitoso» volvió a repetirse en 1936, aunque en esa ocasión a muchos de los deportados de Ucrania occidental los enviaron a destinos lejanos, más allá del este del país. Unas quince mil familias polacas y alemanas —según algunos, setenta mil personas— fueron destinadas a Kazajistán, donde la hambruna también había asolado las zonas rurales.[33]

Incluso en aquella época, estas campañas de reasentamiento se interpretaron como una forma de rusificación. Sergio Gradenigo, el observador cónsul de Italia en Járkiv, informó a Roma de una conversación que había mantenido con un conocido cuyo nombre no especificaba, que estaba de acuerdo en que se estaba llevando a cabo una «rusificación del Donbás». Relacionó esa política con la clausura de los teatros en lengua ucraniana, con la restricción de la música de ópera ucraniana a tan solo tres ciudades, Kiev, Járkiv y Odesa, y con el fin de la ucranianización.[34] La gente corriente también sabía que las aldeas deshabitadas se estaban poblando con rusos. Un testigo recordaba lo siguiente: «Se decía que lo que las autoridades querían era aniquilar a Ucrania con la hambruna y luego poblar el territorio con habitantes rusos, para que Rusia llegue hasta aquí».[35] Una carta anónima de un vecino de Poltava al periódico *Kommunist* llegaba a la misma conclusión. «El exterminio físico de la nación ucraniana, sin precedentes históricos, […] es uno de los objetivos centrales del programa ilegal del centralismo bolchevique». Esta carta se consideró lo bastante importante como para informar al mismo Stalin.[36]

Por muy dramáticos que fuesen los traslados de emergencia efectuados entre 1933 y 1936, son mucho menos importantes, en cuanto a cifras e influencia, que el traslado al ralentí que se dio en los siguientes años y décadas, cuando se enviaron rusos a una Ucrania despoblada y a unas instituciones ucranianas empobrecidas. Algunos llegaron para apuntalar al Partido Comunista de Ucrania, que nunca se había recuperado de la oleada de arrestos de 1933. Durante la hambruna y después de ella el Estado purgó, arrestó e incluso ejecutó a decenas de miles de funcionarios del partido ucraniano. A menudo, sus sustitutos venían directamente de Moscú. Solo en

1933, el Partido Comunista de la Unión Soviética envió a Ucrania a miles de cuadros políticos rusos de todos los escalafones de la jerarquía. En enero de 1934 solo cuatro de cada doce miembros del Politburó del Partido Comunista de Ucrania eran ucranianos. En otras palabras, ocho de cada doce no hablaban ucraniano, que seguía siendo el idioma nativo de la mayoría de los habitantes del territorio.[37]

La purga tampoco acabó ahí. Tres años más tarde, la cúpula dirigente ucraniana se convirtió en un blanco específico del Gran Terror, el ataque de Stalin a escala nacional contra los miembros más veteranos del Partido Comunista de la Unión Soviética. Como es bien sabido, el propio Jrushchov recordaba en sus memorias que en 1937 y 1938 el Partido Comunista de Ucrania «quedó impoluto tras la purga».[38] Desde luego estaba en condiciones de saberlo, ya que él mismo había orquestado los arrestos. Jrushchov, que había nacido en una aldea rusa cerca de la frontera con Ucrania, creció entre la clase obrera del Donbás. Al igual que Kaganóvich, se identificaba con la Ucrania rusohablante y proletaria, no con el campesinado ucranianohablante. En 1937 regresó a Kiev por petición de Stalin, acompañado de una multitud de efectivos de la policía secreta. Tras un conflicto interno —al principio el Partido Comunista de Ucrania opuso resistencia— supervisó el arresto de todos los líderes, incluidos Kosior, Chubar y Póstishev. En cuestión de meses los tres estaban muertos, mientras que a la mayoría de los miembros del Gobierno ucraniano los ejecutaron en la primavera de 1938. Los afiliados de base del partido también desaparecieron; entre enero de 1934 y mayo de 1938 una tercera parte del Partido Comunista de Ucrania, ciento sesenta y siete mil personas, estuvo bajo arresto.[39] En palabras de Jrushchov, «parecía que no quedaba ni un solo secretario del comité ejecutivo o regional, ni un solo secretario del Consejo de los Comisarios del Pueblo, ni siquiera un solo adjunto. Tuvimos que empezar desde cero».[40]

A finales de la década la purga había sido completada; cuando en 1939 estalló la guerra, ninguno de los líderes del Partido Comunista de Ucrania estaba vinculado ni simpatizaba con el movimiento nacional, ni siquiera con el nacional-comunismo. Cuando en 1945 acabó el conflicto bélico, la ocupación nazi y el Holocausto habían dejado aún más asoladas a la república y sus instituciones. En la época de la posguerra el partido continuó defendiendo de boquilla los símbolos «ucranianos» e incluso su idioma, pero la inmensa mayoría de los altos cargos eran rusohablantes. A menudo, los pocos ucranianos nativos que había en el partido procedían de los grupos de

activistas que habían llevado a cabo los registros causantes de la hambruna, y en los siguientes años les siguieron sus hijos y nietos.[41] Ninguno de los miembros del partido recordaba una Ucrania diferente.

La gente iba adonde se lo ordenaba el partido. Entre 1959 y 1970 más de un millón de rusos emigraron a Ucrania, atraídos por las oportunidades que una población mermada por la guerra, la hambruna y las purgas había creado para los nuevos residentes, rebosantes de energía. Con la industrialización de la economía soviética, una red de gerentes rusohablantes contrataron a colegas del norte. Las universidades, los hospitales y otras instituciones hicieron lo mismo. A su vez, casi todas las minorías que seguían viviendo en Ucrania —los judíos que aún quedaban, los alemanes, los bielorrusos, los búlgaros y los griegos— se integraron en la mayoría rusohablante. Los campesinos que se habían mudado de las zonas rurales a las ciudades solían alternar entre el ucraniano y el ruso para poder salir adelante. Al igual que en el siglo XIX, el ruso ofrecía más oportunidades y progreso. El ucraniano se convirtió simplemente en un idioma «retrógrado» de las provincias.[42]

En las décadas de 1970 y 1980, la idea de un movimiento nacional ucraniano, más que muerta, parecía enterrada. Los intelectuales mantuvieron viva la llama en unas pocas ciudades, pero la mayor parte de los rusos y muchos ucranianos volvieron a considerar a Ucrania una simple provincia de Rusia. La mayoría de los forasteros no conseguían diferenciar entre Rusia y Ucrania, si es que llegaban a acordarse del nombre de esta última.

En la primavera de 1933 Mijaíl Shólojov, que ya entonces era un escritor famoso, se sentó ante su máquina de escribir en Vióshenskaia Vstanitsa, una *stanitsa* cosaca del Cáucaso septentrional, y redactó una carta para Stalin. No fue la primera misiva de esa índole. Como patriota y ciudadano prosoviético, Shólojov llevaba varios meses informando a Stalin sobre el progreso de la colectivización en Vióshenskaia Vstanitsa. A lo mejor porque había conocido al líder soviético en Moscú, no temía las consecuencias. Sus primeras cartas fueron breves y escritas a mano, y a menudo se centraban en pequeños errores que él mismo había visto. En 1931 le escribió preocupado sobre las vacas y los caballos que veía en las zonas rurales, pues morían por falta de alimentos. En 1932 lo que le intranquilizaba era que los koljosianos robaban semillas directamente de las sembradoras. También le advirtió al líder soviético de que una orden de colectivizar el ganado había fracasado. En algunas de las aldeas de la zona había «compradores» de animales que propinaban palizas a los

campesinos y que se llevaban a la fuerza su ganado. En una aldea los campesinos se enfrentaron a ellos y asesinaron a un confiscador.

Pero de pronto, en la primavera de 1933, el tono de Shólojov se volvió más apremiante; Vióshenskaia Vstanitsa estaba en crisis. Stalin debía saber que la gente se estaba muriendo de hambre.

> En este distrito, al igual que en otros, los koljosianos y los granjeros particulares se están muriendo de hambre a partes iguales; los adultos y los niños están hinchados y comen cosas que ningún ser humano debería comer jamás, desde carroña hasta la corteza de los robles y todo tipo de raíces embarradas.

Shólojov agregaba más detalles. Con un lenguaje evocador y literario, describía a los campesinos que se negaban a trabajar porque «todo nuestro pan es enviado al extranjero». Ofrecía un retrato del secretario local del partido, Ovchínnikov, que había afirmado: «¡Hay que hacer acopio de cereal a cualquier precio! ¡Lo destruiremos todo, pero nos apropiaremos de ellos!». Describía las tácticas de Ovchínnikov, entre ellas la extorsión para obtener semillas de cereal, la confiscación de vacas, patatas y alimentos encurtidos…; es decir, todas las tácticas que los decretos de 1932 habían estipulado para el Cáucaso septentrional y Ucrania.

Shólojov también describió lo ocurrido después de que el Partido Comunista purgase a sus afiliados de base. Aquellos que perdieron sus carnets fueron arrestados, sus familias dejaron de tener acceso a los alimentos racionados y también empezaron a sufrir la hambruna. El escritor le rogó a Stalin que enviase a «verdaderos» comunistas a Vióshenskaia Vstanitsa, de esos que tuvieran la valentía necesaria para poner fin a la crisis. Utilizando un lenguaje estalinista, le pidió ayuda para «desenmascarar» a aquellos que habían apaleado y atormentado con violencia a los campesinos, aquellos que habían robado su cereal y destrozado la economía agraria de la región.

La respuesta de Stalin fue contundente. En dos telegramas, así como en una respuesta por escrito, le dijo a Shólojov que lamentaba recibir noticias de esos errores del partido. Se ofreció a enviar ayuda material a Vióshenskaia Vstanitsa y al distrito vecino de Verjne-Donskí. Pero no acababa de mostrarse del todo comprensivo. Tenía la impresión de que el punto de vista del escritor era incompleto. «Usted solo ve un aspecto de la cuestión —le dijo a Shólojov —. Los productores de cereal de su región (y no solo de la suya) están llevando a cabo un sabotaje y dejando al Ejército Rojo sin cereal». Le explicó que esos hombres podían parecer simples granjeros, pero que en realidad estaban librando una guerra silenciosa, sin derramamiento de sangre, pero aun así auténtica, «contra el poder soviético». Acaso el escritor tuviese la

impresión de que eran inofensivos. Si era así, estaba profundamente equivocado.

En su respuesta a Shólojov en la primavera de 1933, en el apogeo de la hambruna, Stalin repitió las frases conspirativas que solía utilizar en su correspondencia personal, así como en los discursos y debates del partido: los que se estaban muriendo de hambre no eran inocentes, al contrario, eran traidores, saboteadores, estaban conspirando para debilitar la revolución proletaria. Estaban librando «una guerra contra el poder soviético».

Mientras que en 1921 el Gobierno soviético había hablado de los campesinos famélicos como víctimas, en 1933 Stalin cambió el vocabulario. Los que se morían de hambre no eran víctimas, sino perpetradores. No eran damnificados, sino los responsables de su horrible destino. Ellos habían causado la hambruna, y por lo tanto merecían morir. Esa valoración traía consigo una conclusión lógica: el Estado tenía motivos para negarse a ayudarlos a mantenerse con vida.

Ese fue el argumento que Stalin defendió durante el resto de su vida. Jamás negó, ni a Shólojov ni a nadie, que los campesinos hubiesen muerto por la hambruna causada por la política estatal de 1933, y desde luego jamás se disculpó por ello. No cabe duda de que leyó las misivas de Shólojov y de que se las tomó lo suficientemente en serio como para responder. Pero nunca admitió que algún elemento importante de su política —ni la colectivización, ni la expropiación de cereal, ni los registros y las extorsiones que habían agravado la hambruna de Ucrania— pudiese haber sido un error. Al contrario, señaló con firmeza a aquellos que estaban muriendo como los responsables de la escasez de alimentos y las muertes en masa.[43]

Eso fue, sin duda, lo que le dijo al partido. A principios de 1934, durante el Congreso de los Vencedores, cuando Stalin denunció el nacionalismo, también auguró que habría aún más violencia. «Hemos vencido a los kulaks», afirmó, pero el exterminio aún no se había acabado. Los agentes del anterior régimen —«la gente de antes», como solía llamarlos— aún podían causar mucho daño. Para ser más precisos, el partido debía esperar una mayor resistencia de esas «clases moribundas». «Precisamente porque están agonizando y viven sus últimos días, pasarán de unas formas de acometida a otras más violentas, apelando a las capas atrasadas de la población y movilizándolas contra el poder soviético».[44]

Era un razonamiento que iba en consonancia con el pensamiento marxista: la acentuación de las contradicciones y el incremento de la presión, esos eran los precursores del cambio revolucionario. En otras palabras, la muerte de

millones de personas no significaba que la política de Stalin hubiese fracasado. Al contrario, era un indicio de éxito. Se había obtenido la victoria, se había derrotado al enemigo. Durante toda la existencia de la Unión Soviética, esa opinión jamás fue puesta en duda.

14
El encubrimiento

No hay una hambruna ni muertes por inanición, pero sí una amplia mortalidad por enfermedades fruto de la malnutrición.

WALTER DURANTY, *The New York Times*, 31 de marzo de 1933

Soy casi analfabeto y escribo de forma simple, pero lo que escribo es real, y la verdad, dicen, vencerá al mal.

PETRÓ DROBILKO, provincia de Sumi, 1933 [1]

En 1933 las ciudades sabían que las aldeas se estaban muriendo. Los líderes y los administradores del Partido Comunista y del Gobierno sabían que las aldeas se estaban muriendo. Las pruebas estaban ante los ojos de todo el mundo: los campesinos en las estaciones de ferrocarril, los informes procedentes de las zonas rurales, las escenas en los cementerios y las morgues. No cabe duda de que la cúpula dirigente soviética también lo sabía. En marzo de 1933 Kosior escribió una carta a Stalin en la que mencionaba de forma explícita el hambre —las provincias de Ucrania estaban suplicando ayuda al Comité Central— y preveía que las cosas irían a peor, señalando que «ni siquiera la hambruna ha enseñado a proceder con sentido común a los campesinos», que seguían trabajando con demasiada lentitud en la siembra de primavera.[2] En abril le volvió a escribir para informarle del elevado número de personas que se estaban uniendo a las granjas colectivas. «La hambruna ha tenido un papel importante, pues ha afectado sobre todo a los granjeros particulares».[3]

Pero en el mundo soviético oficial la hambruna ucraniana, al igual que la hambruna soviética más general, no existía. No existía en los periódicos ni en los discursos públicos. Tampoco la mencionaban los líderes nacionales ni los

locales, y jamás llegaron a hacerlo. Mientras que la reacción ante la hambruna de 1921 había sido una petición de ayuda internacional que recibió una buena respuesta, la reacción a la de 1933 fue una negación absoluta, tanto en la Unión Soviética como en el extranjero, de la existencia de ninguna escasez de alimentos seria. El objetivo era hacer desaparecer la hambruna, como si nada hubiese ocurrido. En la época anterior a la televisión y a internet, anterior a las fronteras abiertas y a la libertad de movimientos, eso se podía conseguir con mayor facilidad que en el siglo XXI. Pero incluso en 1933 el encubrimiento requirió de un esfuerzo extraordinario por parte de muchísimas personas durante varios años.

La negación organizada de la hambruna empezó temprano, antes incluso de que hubiese comenzado la peor parte. Los promotores tuvieron desde el principio una serie de objetivos diferentes. Dentro de la Unión Soviética el objetivo del encubrimiento era en parte engañar al público soviético, o al menos a quienes desconocían de primera mano la existencia de la hambruna, aunque es probable que en ese aspecto no tuviese éxito. Era imposible controlar los rumores, que, como Stalin bien sabía, a veces se repetían incluso en el seno de las familias de la élite bolchevique. Pero las cartas de protesta, que todo tipo de personas —campesinos, funcionarios, burócratas— solían enviar con frecuencia en los años anteriores a la hambruna, no tardaron en dejar de llegar. Hay pruebas anecdóticas de los esfuerzos soviéticos por controlar la correspondencia que llegaba al Ejército Rojo. El hermano de María Bondarenko, un soldado que servía en el Cáucaso, le contó a su hermana que en 1933 ningún soldado ucraniano recibió cartas desde casa. Los miembros de su unidad acabaron encontrando las misivas interceptadas; solo entonces se enteraron de lo que de verdad les estaba ocurriendo a sus familias. **[4]** Otros soldados jamás llegaron a recibir carta alguna de casa en 1932 ni en 1933; algunos recordaban que era como si sus familias simplemente hubiesen desaparecido.**[5]**

Se hizo un esfuerzo aún mayor por controlar el discurso público. Un soldado ucraniano del Ejército Rojo empezó el servicio militar en 1934, tras haber sobrevivido a la hambruna. Durante una de las clases de «instrucción política» a las que debían asistir todos los reclutas, preguntó al profesor algo sobre la hambruna. Este lo amonestó con brusquedad: «No ha habido tal hambruna y no ha podido haberla; te encerrarán durante diez años si sigues hablando así».**[6]** A los estudiantes y obreros que enviaron a las zonas rurales para contribuir a la cosecha de 1933 les advertían sin rodeos de que no contasen nada de lo que habían visto. Muchos obedecieron por miedo. Una

mujer recordaba que les habían dicho que «nos cosiéramos la boca».[7] Todos comprendían el código de silencio.

> En el trabajo nadie hablaba de la hambruna o de los cadáveres que había por las calles, como si todos participásemos en una conjura de silencio. Solo hablábamos de las terribles noticias de las aldeas con los amigos más cercanos y más de fiar […]. Los rumores quedaron confirmados cuando obligaron a gente de la ciudad a ir a las zonas rurales para ayudar con la cosecha y estos vieron con sus propios ojos de dónde venían los esqueletos vivientes que rondaban por las calles de nuestra ciudad.[8]

El tabú que suponía hablar en público sobre la hambruna afectó también al personal médico. Tanto los médicos como las enfermeras recordaban que les dijeron que «se inventasen algo» para los certificados de defunción, o que en todos los casos de muerte por inanición escribiesen que la causa había sido una «enfermedad infecciosa» o un «paro cardiaco».[9]

El miedo afectó incluso a la correspondencia entre los funcionarios. En marzo el secretario del gobierno local de Dnipropetrovsk escribió una carta al Comité Central del Partido Comunista de Ucrania en que se quejaba de varios casos de gente hambrienta, hinchada, y de muertes por inanición que no habían recibido una atención oficial porque los funcionarios de bajo rango no habían dado cuenta de ello. «Se consideraba que reaccionar ante ello era ir en contra del partido, incluso algo reprobable». Se dio el caso de un secretario municipal del partido que estaba hinchado por el hambre y que no llegó a informar de ello por miedo a la censura.[10]

Cuando concluyó el estado de emergencia, la vigilancia oficial se extendió a los encargados de los registros. En abril de 1934 los dirigentes de la provincia de Odesa enviaron una nota a todos los comités locales del partido advirtiéndolos de la «manera criminalmente monstruosa» en que se estaban registrando los nacimientos y las muertes. «En realidad, en varios consejos municipales esta labor está en manos de los enemigos de clase: kulaks, seguidores de Petliura, deportados especiales, etc». En teoría con el objetivo de aumentar el grado de supervisión, los dirigentes de Odesa retiraron los libros de registro de defunciones de todos los consejos municipales, los del año 1933 «sin excepciones» y en algunas regiones también los de 1932.[11] Hubo órdenes similares en la provincia de Járkiv, donde los funcionarios también reclamaron los registros de defunción expedidos entre noviembre de 1932 y finales de 1933, bajo la excusa de que se encontraban en manos de «elementos hostiles a la clase obrera», como kulaks, petliuristas y deportados especiales.[12]

En realidad, los dos tipos de documentos se ciñeron a una fórmula idéntica, probablemente como resultado de una orden de las autoridades ucranianas, y ambos tenían como objetivo eliminar cualquier prueba de la existencia de la hambruna.[13] A pesar de que las cifras de mortalidad recopiladas a escala provincial y nacional se mantuvieron en los archivos estadísticos, se destruyeron físicamente muchos de los registros municipales. Testigos de las provincias de Cherníhiv y Zhitómir han descrito cómo los registros de defunción de sus aldeas desaparecieron entre 1933 y 1934.[14] En Vínnitsia, Stepán Podolián recordaba que a su padre le pidieron que quemase los libros del registro municipal y que redactase unos nuevos, eliminando cualquier referencia a la hambruna.[15]

En las altas esferas el encubrimiento funcionó como una forma de disciplina de partido; era una forma de controlar a los funcionarios, incluso de poner a prueba su lealtad. Para demostrar su dedicación, los miembros del partido debían aceptar y apoyar las mentiras oficiales. En el otoño de 1932 Román Térejov, uno de los jefes del partido de Járkiv, se atrevió a emplear la palabra «hambruna» en público y en presencia de Stalin, como el propio Térejov recordaba más tarde. La respuesta del líder soviético fue dura. «Cuenta usted historias sobre la hambruna pensando que nos va a intimidar, ¡pero no lo conseguirá!» Al contrario, Stalin le dijo: «Váyase a la Unión de Escritores y escriba cuentos de hadas para que los puedan leer los idiotas».[16] Dos semanas después Térejov perdió su trabajo.

En los discursos pronunciados en la conferencia del partido celebrada el año siguiente se puede encontrar un eco de este incidente. En muchos de ellos los comunistas ucranianos mencionaron «problemas» o «dificultades», pero en muy pocos casos la palabra «hambruna». Desde luego, sabían lo que estaba ocurriendo, pero para poder sobrevivir debían tener en cuenta los tabúes del Kremlin. La palabra se siguió utilizando en privado, como ya se ha visto en el caso de las cartas de Kosior a Stalin. No obstante, aunque no existe ningún documento escrito sobre la orden de no utilizar la palabra «hambruna» en público, es sorprendente lo poco que se empleaba.[17] En su lugar, los funcionarios soviéticos recurrían a eufemismos. Por ejemplo, cuando un cónsul japonés de Odesa hizo una consulta oficial sobre la hambruna, incluso a él le dijeron que «hay una escasez de alimentos, pero no una hambruna».[18]

Borrar el rastro de las víctimas fue más difícil. Incluso después de enterrar los cadáveres en fosas comunes sin señalar y hasta de alterar los registros de defunción, aún quedaba el problema de las estadísticas soviéticas. En 1937 el Instituto Soviético de Estadística se dispuso a contabilizar la población

soviética, una tarea inmensa que se volvió acuciante debido a la necesidad de coordinar la planificación centralizada. Pero cuando dio inicio el complejo proceso —que implicaba pedirles a millones de personas que rellenasen formularios—, el liderazgo soviético empezó a ponerse nervioso por los posibles resultados. «No se puede publicar ni una sola cifra del censo». Eso fue lo que se les dijo a los empleados de las oficinas estadísticas locales en diciembre de 1936. Tampoco se llevaría a cabo «ningún tipo de procesamiento preliminar del material recogido».[19]

Aun así, el resultado final del censo de 1937 fue estremecedor. Los periódicos habían publicado avances de noticias sobre el aumento vertiginoso de la población, «evidencias del crecimiento del nivel de vida de los obreros» tras «diez años de nuestra heroica lucha por el socialismo».[20] Los estadísticos, que no querían que los culpasen de transmitir un mensaje negativo, también habían estado archivando con regularidad informes sobre el crecimiento. Un informe preliminar sí que daba a entender con suma cautela que los niveles de población se encontraban quizá por debajo de lo previsto en Ucrania, en el Cáucaso septentrional y en la región del Volga —«regiones donde la resistencia de los kulaks contra la colectivización había sido especialmente enérgica y encarnizada»—, pero no dedicaba mucho espacio al problema. En general, las predicciones eran optimistas. En 1934 los funcionarios del censo habían estimado que la población de la Unión Soviética era de ciento sesenta y ocho millones de personas. En 1937 estimaron que la cifra ascendía a ciento setenta millones o incluso ciento setenta y dos.

Los datos reales, cuando al fin estuvieron disponibles, eran bastante distintos. La Unión Soviética contaba con un total de ciento sesenta y dos millones de habitantes, lo que significaba que (según aquellos que habían previsto ciento setenta millones) «faltaban» unos ocho millones de personas. Dicha cifra aproximada incluía a las víctimas de la hambruna y a sus hijos nonatos, y reflejaba asimismo el auténtico caos de los años de la hambruna. Los campesinos que habían fallecido en las cunetas, las migraciones en masa, las deportaciones, la imposibilidad de llevar una estadística exacta en las aldeas en las que todos, incluidos los funcionarios, habían muerto de hambre…; todos esos aspectos dificultaban aún más la labor de los censistas.[21] A decir verdad, nadie estaba del todo seguro de cuántas personas habían muerto realmente y cuántas habían sobrevivido, estuviesen contabilizadas o no. Los censistas habían pecado de precavidos.

En vez de aceptar el resultado, Stalin lo abolió. Se celebraron reuniones y se crearon paneles de expertos. Una resolución especial del Comité Central señaló que el censo se había organizado de manera incorrecta y poco profesional, y que era «una grave violación de los fundamentos básicos de la ciencia estadística».[22] La revista *Bolshevik* afirmó que el censo había sido «alterado por despreciables enemigos del pueblo, espías trotskistas-bujarinistas y traidores a la patria que por entonces se habían infiltrado en la jefatura del Directorio Central de Contabilidad Económica del Pueblo […]. Los enemigos del pueblo se fijaron el objetivo de tergiversar la cifra real de habitantes».[23]

La publicación del censo de 1937 se frenó de inmediato, y los resultados jamás salieron a la luz. Los estadísticos fueron quienes se llevaron la peor parte. El jefe del Instituto Soviético de Estadística, Iván Krával, que en aquella época residía en la Casa del Malecón, la residencia más exclusiva del partido en Moscú, fue arrestado y ejecutado por un pelotón de fusilamiento en septiembre. También ejecutaron a sus colegas más cercanos. La represión se extendió a Kazajistán, Ucrania y las provincias rusas, donde despidieron a cientos de funcionarios del censo de los escalafones inferiores (en algunos casos fueron arrestados y ejecutados). La lista de damnificados no solo incluía a los responsables directos del censo, sino también a los estadísticos que podían haber tenido acceso a las cifras originales. A Mijailo Avdienko, el director de la revista kievita *Radianski Statistik* («Estadística Soviética»), lo arrestaron en agosto y lo ejecutaron en septiembre. Olexánder Askatin, el jefe del departamento de economía de la Academia de Ciencias de Ucrania, corrió el mismo destino.[24]

En noviembre un equipo completamente nuevo de funcionarios había sustituido a esos hombres, y todos sus miembros comprendían lo peligroso que era ofrecer datos rigurosos.[25] Esta vez Stalin no esperó al resultado. Incluso antes de que se hubiese realizado el censo, cantó victoria.

> Bajo el sol de la Gran Revolución Socialista, está teniendo lugar un crecimiento de la población asombrosamente veloz y sin precedentes. La poderosa industria ha dado vida a nuevas profesiones. Decenas de miles de personas, que ayer eran trabajadores sin aptitudes, se han convertido hoy en maestros cualificados de los más diversos sectores de la producción. Los estajanovitas de ayer se han convertido en los técnicos e ingenieros de hoy. Millones de campesinos minifundistas, que llevaban una vida de mendicidad, se han convertido en prósperos campesinos colectivos, creadores de cosechas socialistas […]. El censo de la población de la Unión Soviética debe reflejar todos los grandes cambios que han tenido lugar en la vida de las personas, el incremento del nivel cultural y material de las masas, el aumento de la cualificación de los obreros de las fábricas y los trabajadores de las oficinas […].[26]

Stalin consiguió lo que había ordenado; en el XVIII Congreso del Partido, celebrado en marzo de 1939, antes de que se hubiese completado el cómputo final, anunció con gran ostentación que la población soviética sí que había alcanzado los ciento setenta millones de habitantes.[27]

Con el paso del tiempo, los estadísticos encontraron formas de hacer que las cifras coincidiesen con la retórica. Manipularon los datos para escamotear las elevadas cifras de prisioneros que había en el norte y el este de la Unión Soviética —entre 1937 y 1939 el Gulag experimentó una fuerte expansión— y, obviamente, para ocultar los estragos causados por la hambruna. Alteraron los datos censales de trescientas cincuenta mil personas que vivían en otros lugares y las asignaron a Ucrania, y atribuyeron a Kazajistán otras trescientas setenta y cinco mil personas ya difuntas. Además de modificar los totales, los censistas también eliminaron algunos grupos nacionales y étnicos pequeños, y alteraron el equilibrio de la población en las regiones étnicamente divididas para que se ajustasen a la política soviética. En total, inflaron la población en al menos un 1 por ciento. Durante décadas, el censo de 1939 fue considerado un modelo de investigación estadística.[28]

Con la publicación de aquel censo la gran hambruna desapareció no solo de los periódicos, sino también de la demografía, la política y la burocracia soviéticas. El Estado jamás conservó ningún registro sobre las víctimas, su vida o su muerte. Durante toda su existencia, nunca aceptó siquiera que esa gente hubiese fallecido.

La violencia, la represión y la falsificación del censo consiguieron acallar cualquier debate sobre la hambruna dentro de la Unión Soviética. Pero para encubrir lo sucedido en el extranjero hacían falta tácticas diferentes. Fuera del país la información no se controlaba con tanta facilidad. Y la información, al igual que la gente, cruzaba fronteras. En mayo de 1933 un periódico ucraniano de Leópolis (la ciudad todavía pertenecía a Polonia) publicó un artículo que denunciaba la hambruna como un ataque contra el movimiento nacional ucraniano.

> Ahora la orilla oriental del río Zbruch [la frontera] parece un verdadero campamento militar, difícil de cruzar para un ciudadano incluso de noche, al igual que en tiempos de guerra. De esto nos informan los refugiados que hace poco consiguieron cruzar el Zbruch […] llegaron como esqueletos vivientes porque la hambruna que ahí se está dando es horrible. Matan incluso a los perros, y a los esclavos contemporáneos de las granjas colectivas les dan de comer carne de perro, puesto que en la fértil Ucrania no quedan pan ni patatas.[29]

Los funcionarios y cónsules que cruzaban de forma legal la frontera

difundían más noticias, al igual que las cartas que se enviaban desde los puertos, que los viajeros llevaban consigo o que los censores habían pasado por alto. Los habitantes de etnia alemana escribían a personas de Estados Unidos o Alemania, en ocasiones a familiares y otras veces a líderes desconocidos de sus comunidades religiosas. «Queridos padres y hermanos de la lejana Alemania, yo, de nombre alemán, les envío una súplica desde Rusia […] me dirijo a ustedes para pedirles consejo y ayuda, y para exponerles lo que aflige a mi corazón apesadumbrado».[30] Algunas cartas consiguieron llegar incluso a Canadá.

Estas misivas no pasaron inadvertidas, al igual que los pocos refugiados que lograron salir del país. Incluso durante la hambruna, los ucranianos que vivían en el extranjero comenzaron a protestar contra ella, de forma tanto pacífica como no tan pacífica. Los políticos de etnia ucraniana sacaron a colación el tema de la hambruna en las sesiones del Parlamento polaco y lo describieron en la prensa escrita de la comunidad ucraniana.[31] En octubre de 1933 Mikola Lémik, miembro de una organización nacionalista ucraniana de Polonia, asesinó al secretario del cónsul soviético en Leópolis. Durante el juicio en un tribunal polaco, Lémik, que había planeado matar al propio cónsul, describió el asesinato como una venganza por la hambruna.[32] A finales del mismo mes la comunidad ucraniana de Polonia intentó organizar una manifestación masiva en protesta por la hambruna, pero el Gobierno polaco los contuvo temiendo que hubiese más violencia.[33]

En torno a esas mismas fechas, en el otro extremo del mundo, el Consejo Nacional de Ucrania, una organización fundada en mayo de 1933, organizó manifestaciones en las calles de Winnipeg, en Canadá, y envió una carta al presidente Roosevelt, junto con el testimonio de un testigo de la hambruna.[34] En una reunión de la Iglesia ucraniana de Winnipeg, los líderes de la diáspora leyeron en voz alta cartas de ucranianos exhortando al público a que ayudase a Ucrania a «liberarse» de la Unión Soviética.[35] Los ucranianos de Bruselas, Praga, Bucarest, Ginebra, París, Londres y Sofía, entre otras ciudades, crearon comités de acción que trataron, sin mucha suerte, de divulgar la hambruna y de enviar ayuda a sus víctimas.[36]

También llegaron más noticias a través de la Iglesia católica. En Polonia, en 1933 curas grecocatólicos ucranianos organizaron colectas para las víctimas de la hambruna, celebraron un día de luto y colgaron banderas negras en las fachadas de las iglesias ucranianas y de las oficinas locales de Prosvita, el instituto cultural ucraniano.[37] Los diplomáticos polacos e italianos, junto con los sacerdotes que tenían contactos dentro de la Unión

Soviética, también alertaron a la jerarquía de la Iglesia. En abril de 1933 el Vaticano recibió por primera vez una descripción por escrito de la hambruna, incluida en una carta anónima enviada de contrabando desde el puerto ruso de Novorosíisk. En agosto llegó a Roma una segunda carta anónima desde el Cáucaso septentrional. El papa Pío XI ordenó que ambas fueran publicadas en el periódico del Vaticano, *L'Osservatore Romano*.[38] Aquel mismo mes el arzobispo de Viena, el cardenal Innitzer, hizo un llamamiento que denotaba su profunda preocupación. Denunció las condiciones en que se hallaban Rusia y los «distritos ucranianos de la Unión Soviética».

> [las condiciones se ven] acompañadas de fenómenos, propios de una hambruna generalizada, tan crueles como el infanticidio y el canibalismo […]. Ya se ha demostrado que esa catástrofe no ha remitido, incluso en la época de la nueva cosecha. En cuatro meses volverá a alcanzar un nuevo pico. Una vez más, se perderán millones de vidas […]. Quedarse simplemente de brazos cruzados ante una situación así sería incrementar la responsabilidad que el mundo civilizado tiene por las muertes en masa de Rusia. Significaría cargar con la culpa del hecho de que, en un momento en que regiones enteras del mundo se hallan casi desbordadas por un excedente de trigo y alimentos, hay hombres muriendo de hambre en Rusia.[39]

Más tarde Innitzer recibió un tipo de prueba poco común: una colección de dos docenas de fotografías tomadas por Alexander Wienerberger, un ingeniero austriaco que trabajaba en una fábrica de Járkiv y que había sacado las fotos de contrabando. Conservadas en un archivo de la diócesis de Viena, siguen siendo las únicas fotografías verificadas que alguien tomó en Ucrania a víctimas de la hambruna en 1933.[40] Muestran a personas hambrientas en cunetas, casas vacías y fosas comunes. No dejan lugar a dudas acerca de la magnitud que alcanzó la tragedia. Pero en 1933 el problema para la Iglesia no eran las pruebas, sino la política. En el Vaticano estalló un debate; unos querían enviar una misión de socorro a la Unión Soviética y otros abogaban por la cautela diplomática. Ganó el argumento de la cautela. A pesar de que el Vaticano siguió recibiendo información sobre la hambruna, en público la Santa Sede mantuvo un silencio casi sepulcral. Entre otras cosas, la victoria electoral de Hitler en enero de 1933 creó una trampa política: la jerarquía eclesiástica temía que utilizar un lenguaje duro para aludir a la hambruna soviética diera la impresión de que el Papa apoyaba a la Alemania nazi.[41]

En otros lugares también arraigaron argumentos similares, influenciados por obstáculos políticos de la misma índole. Varios ministros europeos de asuntos exteriores tenían muchísima información sobre la hambruna mientras estaba aconteciendo, en tiempo real. En efecto, en 1933 Ucrania tuvo la suerte de contar con varios residentes extranjeros extraordinariamente observadores.

Gradenigo, el cónsul italiano que vivió en Járkiv entre 1930 y 1934, comprendió la magnitud de la hambruna y el impacto que tuvo en el movimiento nacional ucraniano. No dudaba de que «el hambre es ante todo el resultado de una hambruna organizada para dar una lección a los campesinos».

> […] El desastre actual llevará a los rusos a colonizar Ucrania. Transformará el carácter del territorio. En un futuro cercano no habrá razones para hablar de Ucrania o de los ucranianos, por el simple hecho de que el «problema ucraniano» ya no existirá cuando Ucrania se convierta en una parte indistinguible de Rusia […].[42]

En 1933 el cónsul alemán de Odesa fue igual de categórico a la hora de describir los orígenes de la hambruna.

> Los gobernantes comunistas no permiten que los campesinos recuerden durante mucho tiempo sus desgracias, algo que consiguen haciendo que se tengan que enfrentar a una adversidad tras otra y así, quieran o no, se olviden de los miedos del pasado. Antes, si algún vecino de una aldea se veía afectado por la mala suerte, lo recordaban generaciones enteras. [43]

En aquella época Gustav Hilger, un diplomático alemán en Moscú que luego se convirtió en un importante consejero de Hitler (y tiempo después de la CIA) en materia de política soviética, también creía que la hambruna era artificial.

> Entonces teníamos la impresión de que las autoridades se abstenían deliberadamente de ayudar a la población damnificada, excepto a quienes estaban organizados en granjas colectivas, con el objetivo de demostrarle al campesino recalcitrante que morir de hambre era la única alternativa a la colectivización.[44]

Sin embargo, en Italia y Alemania —uno de ellos ya era un Estado fascista y el otro estaba en camino de serlo— la hambruna no tuvo repercusiones en la política oficial. Benito Mussolini leyó y anotó él mismo algunos de los informes enviados desde Ucrania, pero jamás dijo nada en público, tal vez porque mostrar compasión no encajaba con las características de su régimen, o quizá porque los italianos, que habían firmado un tratado de no agresión con la Unión Soviética en septiembre de 1933, estaban más interesados en el comercio.[45] Por su parte, en aquella época los alemanes, más allá del esfuerzo premeditadamente discreto de ayudar a la comunidad alemana residente en Ucrania y de utilizar después la hambruna con propósitos propagandísticos, no hicieron ningún intento de protestar ni de ofrecer ayuda.

No a todos los informes se les dio crédito. Los diplomáticos polacos estaban tan conmocionados por la hambruna que los suyos fueron ignorados.

A Stanislaw Kosnicki, el jefe del consulado de Kiev, lo amonestaron en 1934 por haber incluido demasiada «información sobre la hambruna, la miseria, la persecución de la población, la lucha contra el ucranianismo, etc».. Aun así, los diplomáticos polacos, al igual que sus colegas, no dudaban que la hambruna y la represión eran parte de un plan. «El peligro del movimiento nacional ucraniano no puede explicar ni justificar los arrestos en masa y la opresión […] la verdadera causa de lo que está aconteciendo reside en la política premeditada, a largo plazo, de los dirigentes de Moscú, que se están convirtiendo cada vez más en imperialistas y fortaleciendo su sistema político y las fronteras del Estado».[46]

Los diplomáticos británicos, por otra parte, no veían motivo alguno para no dar crédito a las peores historias que oían. Tenían una gran red de informantes, entre ellos el ingeniero agrónomo canadiense Andrew Cairns, que había viajado por Ucrania y el Cáucaso septentrional en 1932 en representación del Consejo Mercantil del Imperio. Cairns informó de que había visto a «campesinos hambrientos vestidos con harapos, algunos mendigando pan; la mayoría esperaban, generalmente en vano, hacerse con billetes [de tren]; muchos se subían a las escaleras o se unían a la muchedumbre en el techo de los coches; todos estaban sucios y afligidos, sin rastro alguno de sonrisa».[47] También Cairns llegó a la conclusión de que el plan de exportación de cereal del Gobierno era «ridículo» y de que era imposible cumplirlo.[48]

Pero el Gobierno británico no solo se negó a ofrecer ayuda, sino que en 1933 se opuso activamente a varios esfuerzos independientes de conseguir alimentos para las víctimas de la hambruna, bajo el pretexto de que el Gobierno soviético rechazaba tales esfuerzos y, por lo tanto, llevarlos a cabo sería ingenuo. Laurence Collier, que en la época era jefe del Departamento del Norte del Foreign Office, también se mostró contrario a la presencia de la diáspora ucraniana en varias de las organizaciones benéficas. «Todo lo que tuviera algo que ver con el nacionalismo ucraniano era como una provocación para las autoridades soviéticas». Collier entendía lo que estaba sucediendo —«En pocas ocasiones he leído un documento más convincente», escribió sobre el informe de Cairns—, pero prefirió no levantar ampollas.[49]

El silencio diplomático le vino bien a la cúpula dirigente soviética, que tenía buenas razones para frenar la difusión de aquellas historias sobre la hambruna. A pesar de que el objetivo bolchevique de una revolución mundial había quedado fuera de su alcance, jamás lo abandonó del todo. En 1933 volvía a parecer posible un cambio político radical en Europa. El continente

estaba sumido en una crisis económica; Hitler acababa de convertirse en el canciller de Alemania. El empeoramiento de la situación internacional significaba, según la ideología marxista-leninista, que la última crisis del capitalismo debía de estar al caer. En este contexto, la percepción que en el extranjero se tuviese sobre la Unión Soviética era algo que importaba muchísimo a sus líderes, que esperaban aprovechar la crisis para presentar al país como una civilización superior.

A los mandatarios soviéticos la opinión pública exterior también les importaba por razones nacionales. Desde 1917 se habían servido de extranjeros, desde el comunista estadounidense John Reed hasta el escritor francés Anatole France, para afianzar la propaganda. En el país se publicaron y se divulgaron escritos de extranjeros elogiando los logros de la revolución, al igual que las reflexiones de visitantes entusiastas —comunistas, escritores, intelectuales— a los que habían llevado a ver las escuelas, las granjas y las fábricas de la Unión Soviética. Tras la hambruna, los dirigentes soviéticos alentaron a esos «compañeros de viaje» a que desmintiesen cualquier mención a la escasez de alimentos, algo que algunos hicieron.

Tenían diversos motivos. Algunos, como los socialistas británicos Beatrice y Sidney Webb, eran «auténticos creyentes» que querían que estallara algún tipo de revolución socialista en sus países y que trataron de utilizar el ejemplo de la Unión Soviética para conseguir lo que deseaban. Los Webb eran conscientes de la hambruna, pero le quitaron importancia para así elogiar la colectivización. «La experiencia de las tres últimas cosechas parece corroborar la afirmación del Gobierno soviético de que ya se han superado las dificultades iniciales de esta enorme transformación —escribieron en 1936—. Desde luego, hay pocas razones para poner en duda que la producción colectiva de alimentos está creciendo a un buen ritmo».[50]

Parece que el acicate de otros visitantes fue la vanidad, así como la ostentación y los favores inmensos con los que la Unión Soviética podía agasajar a los famosos. En 1931 el escritor George Bernard Shaw, junto con la diputada Nancy Astor, celebró su septuagésimo quinto cumpleaños en un banquete organizado en Moscú (uno vegetariano, adaptado a su gusto). Tras una gran recepción y después de que una banda de música tocase en su honor, Shaw estaba de un humor magnífico cuando se dirigió a la audiencia de funcionarios soviéticos y extranjeros distinguidos.[51] Tras dar las gracias a sus anfitriones, se declaró enemigo de quienes se dedicaban a difundir rumores antisoviéticos. Les dijo a los presentes que, cuando sus amigos se habían enterado de que se marchaba a Rusia, le habían dado latas de comida

para el viaje. «Creían que Rusia se estaba muriendo de hambre, pero yo arrojé toda esa comida por la ventana en Polonia, antes de cruzar la frontera soviética».

Un periodista que asistió al evento recordaba que el público «se quedó sin aliento». «Se pudo oír la reacción convulsiva de sus estómagos. Una lata de carne de ternera inglesa podría haber supuesto una fiesta inolvidable en la casa de cualquier trabajador o intelectual ahí reunido».[52] En la obra *Catorce cabañas rojas*, de Andréi Platónov, se puede percibir el hastío escéptico con el que al menos parte de la *intelligentsia* soviética recibía a estos forasteros pretenciosos. La obra de teatro presenta a un intelectual extranjero que exige saber: «¿Dónde puedo encontrar socialismo? Muéstrenmelo. El capitalismo me irrita».[53]

En el verano de la hambruna, la versión real más importante del antihéroe de Platónov fue Édouard Herriot, un político radical francés y ex primer ministro al que invitaron a Ucrania a finales de agosto de 1933, concretamente para desmentir los rumores sobre la hambruna, que estaban cada vez más extendidos. Parece que los motivos de Herriot eran políticos. Como otros estadistas «prácticos» de diversas capitales occidentales, quería fomentar las relaciones comerciales de su país con la Unión Soviética, y la naturaleza de su gobierno no era algo que le incomodara especialmente. En un viaje que duró dos semanas, visitó una colonia modelo para niños, vio tiendas cuyas estanterías habían sido llenadas con prisa de antemano, viajó en barco por el río Dniéper y se reunió con campesinos y obreros entusiastas que habían recibido instrucciones específicas para la ocasión. Antes de su llegada, renovaron a toda prisa el hotel de Herriot y entregaron uniformes nuevos a los trabajadores.

Lo más destacado del viaje del político francés fue la visita a una granja colectiva. Después recordaría lo «admirablemente bien irrigadas y cultivadas» que estaban sus huertas. «He viajado por toda Ucrania —declaró—, y puedo aseguraros que he visto un vergel en todo su esplendor».[54] Según los informes del OGPU archivados más tarde, Herriot sí que hizo algunas preguntas sobre la hambruna, pero se le aseguró que ya se había superado cualquier dificultad del pasado.[55] El *Pravda* utilizó enseguida la visita con fines propagandísticos, y aseguró con orgullo que Herriot «desmintió de manera categórica las patrañas de la prensa burguesa en relación con la hambruna de la Unión Soviética», por si algún ciudadano soviético hubiese llegado a oír tales rumores.[56]

Los diplomáticos y los escasos visitantes no representaron un desafío para las autoridades soviéticas. Los mandarines del Ministerio de Asuntos Exteriores eran demasiado prudentes para revelar sus opiniones. Hombres como Herriot y Shaw no hablaban el idioma ni tenían poder de decisión sobre sus itinerarios, así que era relativamente fácil controlar lo que hacían y con quién se encontraban. Por el contrario, manipular a los cuerpos de prensa extranjeros que había en Moscú requería de una sofisticación mucho mayor. Sus movimientos y conversaciones no se podían controlar del todo, y no podían darles órdenes sobre qué escribir.

En 1933 el régimen ya había tenido malas experiencias con los miembros de los cuerpos de prensa extranjeros que poseían una mentalidad más independiente. Entre ellos estaba Rhea Clyman, una canadiense extraordinaria que pasó cuatro años en Moscú antes de decidir recorrer en coche la Unión Soviética junto a dos mujeres estadounidenses de Atlanta, discutiendo con los funcionarios a cada paso. Finalmente detuvieron a Clyman en Tiflis en el verano de 1932 y la deportaron a la fuerza (las otras dos mujeres llegaron hasta Tashkent antes de correr el mismo destino).[57] El resultado fue un titular enorme en el *Toronto Evening Telegram*:

PERIODISTA DEL TELEGRAM EXPULSADA DE RUSIA

Rhea Clyman expone las condiciones de los campos de prisioneros y enfurece a los dictadores soviéticos[58]

En cuanto supo que jamás podría regresar a la Unión Soviética, Clyman publicó una serie de historias escritas en un tono morboso pero rigurosas, en que describía a familias de kulaks que habían enviado al extremo norte, la escasez cada vez mayor de alimentos en Ucrania y los primeros campos del Gulag en Karelia, cerca de la frontera con Finlandia. También describió las secuelas de la colectivización en Ucrania.

> Las aldeas estaban extrañamente desoladas y desiertas. Al principio no podía entenderlo. Las casas estaban vacías, las puertas, abiertas de par en par y los tejados, medio derruidos. Tenía la sensación de que íbamos tras la estela de alguna horda hambrienta que iba por delante de nosotras arrasando con todo y dejando tras de sí todos esos hogares vacíos […]. Cuando cruzamos diez o quince de esas aldeas empecé a caer en la cuenta. Eran las casas de los miles de campesinos expropiados —los kulaks— a los que había visto trabajando en las minas y cortando leña en el norte. Seguimos adelante a gran velocidad, levantando una densa nube de polvo por delante y por detrás, pero las casas vacías seguían apareciendo ante nosotras, mirándonos con ojos que no veían.[59]

Aunque los escritos de Clyman eran sumamente incómodos para el Gobierno soviético, ni ella ni su periódico tenían el suficiente prestigio para crear mayor revuelo. Su expulsión ayudó al Estado soviético a mantener el orden. Transmitía un mensaje: los periodistas más consolidados y más influyentes que trabajaban en Moscú debían tener cuidado si querían mantener su empleo.

De hecho, debían andarse con cuidado si querían ser capaces de hacer su trabajo. En aquella época los corresponsales de Moscú necesitaban el permiso del Estado no solo para seguir viviendo ahí, sino también para presentar sus artículos. Sin una firma y un sello oficial del departamento de prensa, la oficina central de telégrafos no enviaba ningún reportaje al extranjero. Para obtener dicho permiso, los periodistas a menudo negociaban con los censores del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre qué palabras podían utilizar, y solían mantener una relación amistosa con Konstantín Úmanski, el funcionario soviético a cargo de los cuerpos de prensa extranjeros.[60] William Henry Chamberlin, el entonces corresponsal en Moscú del *Christian Science Monitor*, escribió que el enviado extranjero que se negaba a suavizar su crónica «trabaja bajo una espada de Damocles; con la amenaza de ser expulsado del país o de que no lo dejen volver a entrar, que viene a ser lo mismo».[61]

Había recompensas adicionales para quienes les seguían el juego a las autoridades soviéticas, como bien ilustra el caso de Walter Duranty. Fue corresponsal de *The New York Times* en Moscú entre 1922 y 1936, una tarea que le hizo relativamente rico y famoso durante algún tiempo. Duranty, británico de nacimiento, no mantenía ningún vínculo con la izquierda ideológica, sino que adoptaba más bien la postura del periodista «objetivo» terco y escéptico, tratando de escuchar a las dos partes de una historia. «Se puede poner en duda que la vivisección de animales muertos sea algo triste y espantoso, y es cierto que los kulaks y otros que se han opuesto al experimento soviético no son gente feliz», escribió en 1935. Pero «en ambos casos el sufrimiento infligido obedece a una causa noble».[62]

Esa postura hizo que Duranty fuese muy útil para el régimen, que hizo todo lo posible para asegurarse de que vivía bien en Moscú. Tenía una gran casa, un coche y una amante, era el corresponsal que más fácilmente podía acceder a las altas esferas y en dos ocasiones obtuvo el codiciado permiso para entrevistar a Stalin. Sin embargo, parece que el principal motivo de la cobertura halagadora que Duranty hacía de la Unión Soviética se debía a la atención recibida gracias a sus reportajes. Mientras que los escritos de

Clyman tocaron algunas fibras sensibles, las misivas de Duranty desde Moscú lo convirtieron en uno de los periodistas más influyentes de la época. Muchos de los hombres que después formaron parte del Brain Trust de Franklin Roosevelt estaban buscando nuevas ideas económicas y tenían un profundo interés en el experimento soviético; muchos de ellos habían visitado Moscú en 1927, donde se les concedió una entrevista de seis horas con Stalin. Las crónicas de Duranty encajaban con su visión general del mundo y atraían mucha atención; en 1932 le otorgaron el Premio Pulitzer por una serie de artículos sobre el éxito de la colectivización y del plan quinquenal. Poco después Roosevelt, que entonces era gobernador de Nueva York, invitó a Duranty a su mansión de Albany, donde el candidato presidencial demócrata lo acribilló a preguntas. «Esta vez se lo pregunté todo. Fue fascinante», le confesó Roosevelt a otro periodista.[63]

A medida que la hambruna se agravaba, no obstante, los controles se volvieron aún más estrictos. En 1933 los acompañantes del Ministerio de Asuntos Exteriores, tras haber aprendido la lección con Clyman y sus compañeras, empezaron a exigir a los corresponsales que obtuviesen un permiso y entregasen una propuesta de itinerario antes de iniciar cualquier viaje. Toda petición de visitar Ucrania o el Cáucaso septentrional era denegada. El único corresponsal francés en Moscú recibió permiso para cubrir la visita de Herriot en el verano de 1933 solo después de que aceptara permanecer dentro del grupo del ex primer ministro francés, atenerse a la ruta establecida y no escribir sobre ninguna otra cosa que no fuesen los actos que el Estado soviético había preparado con sumo cuidado. Los censores también empezaron a controlar los envíos por si informaban en secreto de la hambruna. Algunas frases estaban permitidas («grave escasez de alimentos», «falta de comida», «déficit alimentario», «enfermedades causadas por la desnutrición»), pero nada más.[64] A finales de 1932 los funcionarios soviéticos fueron incluso a visitar a Duranty a su casa y consiguieron ponerle nervioso.[65]

En esa situación pocos corresponsales se atrevían a escribir sobre la hambruna, a pesar de que todos ya sabían de ella. «Oficialmente no había hambruna», escribió Chamberlin. Pero «para cualquiera que viviese en Rusia en 1933 y mantuviese los ojos y los oídos abiertos, la historicidad de la hambruna era incuestionable».[66] A finales de 1932 el propio Duranty debatió al respecto con William Strang, un diplomático de la embajada británica. Strang informó con cierta indiferencia de que el corresponsal de *The New York Times* llevaba «un tiempo siendo consciente de la verdad», a

pesar de que no había «dejado que el gran público estadounidense conozca el secreto». Duranty también le dijo a Strang que, a su juicio, «es bastante probable que hasta diez millones de personas hayan fallecido directa o indirectamente por la falta de alimentos», aunque esa cifra jamás apareció en ninguno de sus reportajes.[67] Puede que la reticencia de Duranty a escribir sobre la hambruna fuese en especial fuerte —la historia ponía en duda sus anteriores reportajes positivos (y galardonados)—, pero no era el único. Eugene Lyons, que en aquella época era el corresponsal en Moscú de United Press International y también un entusiasta del marxismo, escribió años más tarde que todos los extranjeros de la ciudad sabían a la perfección lo que estaba sucediendo en Ucrania, en Kazajistán y en la región del Volga.

> Lo cierto es que no tratamos de corroborarlo por la simple razón de que no teníamos ninguna duda al respecto. Los hechos eran demasiado visibles para requerir de la confirmación de testigos […]. La investigación necesaria para demostrar la mera existencia de la hambruna rusa no era mayor que la precisada para demostrar la depresión estadounidense. En el país nadie albergaba dudas. La hambruna se aceptaba como algo natural en las conversaciones informales que manteníamos en los hoteles y en nuestras casas. Entre los miembros de la colonia extranjera se calculaba que la cantidad de víctimas mortales causadas por la hambruna ascendía a más de un millón; entre los rusos esa cifra sobrepasaba los tres millones […].[68]

Todo el mundo lo sabía, pero nadie lo mencionaba. De ahí la extraordinaria reacción que la clase dirigente soviética y los cuerpos de prensa moscovitas tuvieron ante la escapada periodística de Gareth Jones.

Jones era un joven galés de tan solo veintisiete años cuando viajó a la Unión Soviética en 1933. Quizá alentado por su madre —de joven había sido institutriz en casa de John Hughes, el emprendedor galés que fundó la ciudad de Donetsk—, Jones estudió ruso, francés y alemán en la Universidad de Cambridge. Luego encontró trabajo como secretario privado de David Lloyd George, el ex primer ministro británico. Al mismo tiempo comenzó a escribir por cuenta propia sobre la política europea y soviética y realizó viajes cortos dentro y fuera de la Unión Soviética, algo que lo situó en una posición diferente de la de los corresponsales en Moscú que necesitaban la aprobación del régimen para poder conservar su permiso de residencia. En uno de aquellos viajes a principios de 1932, antes de que se prohibieran los desplazamientos, Jones recorrió las zonas rurales (junto con Jack Heinz II, vástago del imperio del kétchup), donde dormía en «suelos infestados de insectos» en las aldeas soviéticas y donde fue testigo del inicio de la hambruna. Unos meses más tarde viajó a Frankfurt-am-Main con el séquito

de Adolf Hitler; fue el primer corresponsal que tuvo acceso al canciller de Alemania recién electo.[69]

En la primavera de 1933 Jones regresó a Moscú, esta vez con un visado que se le había concedido sobre todo bajo el argumento de que trabajaba para Lloyd George (incluía un sello que ponía «Besplatno», «Gratis», una señal del favor soviético oficial). Iván Maiski, el embajador soviético en Londres, ansiaba impresionar a Lloyd George y había ejercido presión en favor de Jones. Nada más llegar, Jones dio vueltas por la capital soviética, reuniéndose con otros corresponsales y funcionarios extranjeros. Lyons lo recordaba como «un hombrecillo serio y meticuloso […] el tipo de persona que lleva un cuaderno encima y apunta todas tus palabras sin cortarse un pelo».[70] Jones se reunió con Úmanski, le enseñó una invitación para visitar al cónsul general de Alemania en Járkiv, le resumió un plan para visitar una fábrica de tractores alemana y le pidió permiso para viajar a Ucrania. Úmanski aceptó la propuesta. Con un sello de aprobación oficial, Jones partió hacia el sur.[71]

El 10 de marzo subió al tren en Moscú. Pero, en vez de viajar hasta Járkiv, Jones se apeó unos sesenta y cinco kilómetros al norte de la ciudad. Con una mochila llena de «un montón de hogazas de pan blanco, mantequilla, queso, carne y chocolate comprados con moneda extranjera en las tiendas Torgsin», empezó a seguir las vías del tren hacia la capital ucraniana.[72] Durante tres días, sin acompañante ni escolta oficiales, cruzó a pie más de veinte aldeas y granjas colectivas, viendo la Ucrania rural en el apogeo de la hambruna, documentando sus pensamientos y sus impresiones en los cuadernos que más tarde conservó su hermana.

> Crucé la frontera de la Gran Rusia con Ucrania. En todos los lugares hablaba con los campesinos con los que me cruzaba. Todos contaban la misma historia.
>
> «No hay pan. Llevamos más de dos meses sin pan. Se está muriendo mucha gente». En la primera aldea ya no había patatas y se estaban quedando sin reservas de *buriak* [remolacha]. Todos decían lo mismo: «El ganado se está muriendo, *nechem kórmit* [no hay nada con lo que alimentarlo]. Solíamos alimentar al mundo y ahora tenemos hambre. ¿Cómo vamos a sembrar si solo nos quedan unos pocos caballos? ¿Cómo vamos a poder trabajar en los campos si estamos débiles por la falta de comida?».
>
> Luego me junté con un campesino con barba que caminaba conmigo. Tenía los pies cubiertos con yute. Empezamos a charlar. Hablaba en ruso de Ucrania. Le di [un] pedazo de pan y otro de queso. «Eso no se puede conseguir en ningún lugar por veinte rublos. Es que no hay nada de comida».
>
> Caminamos juntos y hablamos. «Antes de la guerra esto era todo oro. Teníamos caballos, vacas, cerdos y gallinas. Ahora estamos en la ruina […] Estamos condenados».[73]

Jones dormía en el suelo de las cabañas de los campesinos. Compartía su comida con la gente y escuchaba sus historias. «Intentaron llevarse mis iconos, pero les dije que soy un campesino, no un perro —le contó alguien—.

Cuando creíamos en Dios éramos felices y vivíamos bien. Cuando trataron de deshacerse de Dios, llegó el hambre». Otro hombre le dijo que hacía un año que no comía carne.

Jones vio a una mujer haciendo tejido casero para la ropa y una aldea en la que la gente comía carne de caballo.[74] Finalmente, un «miliciano» se enfrentó a él y le pidió la documentación. Justo después unos policías de paisano, sin duda del OGPU, insistieron en acompañarlo al próximo tren a Járkiv y en llevarlo hasta la puerta del consulado alemán. Jones, «regocijándome en mi libertad, me despedí amablemente de él; una desilusión que se agradecía».[75]

En Járkiv siguió tomando notas. Vio a miles de personas haciendo cola para obtener pan. «Empezaban a hacer cola a las tres o las cuatro de la tarde para conseguir pan a las siete de la mañana siguiente. Hacía un frío terrible, varios grados bajo cero».[76] Jones pasó una tarde en el teatro —«El público: mucho carmín pero nada de pan»— y habló con la gente sobre la represión política y los arrestos en masa que estaban teniendo lugar en toda Ucrania al mismo tiempo que la hambruna.

> «Ahora en las fábricas son estrictos hasta la crueldad. Si faltas un día, te despiden, te quitan la cartilla del pan y no puedes conseguir el pasaporte».
>
> «La vida es una pesadilla. No puedo ir en tranvía, me pone de los nervios».
>
> «Es más terrible que nunca. Ahora, si dices una sola palabra en la fábrica, te despiden. Ya no hay libertad […]».
>
> «Hay persecución en todas partes. Hay terror en todas partes. Un hombre al que conocíamos nos contó: "Mi hermano murió, pero sigue ahí tumbado y no sabemos cuándo lo enterraremos, pues hay cola para el entierro"».
>
> «No quedan esperanzas para el futuro». [77]

Parece que Jones intentó llamar al colega de Úmanski en Járkiv, pero no consiguió hablar con él. Discretamente, se marchó de la Unión Soviética. Unos días más tarde, el 30 de marzo, apareció en Berlín en una rueda de prensa que quizá había organizado Paul Scheffer, el periodista del *Berliner Tageblatt* al que habían expulsado en 1929. Jones anunció que se estaba produciendo una gran hambruna en toda la Unión Soviética y emitió un comunicado.

> En todos los lugares se oía el mismo grito: «No hay pan. Nos estamos muriendo». Esta queja llegaba de todos los rincones de Rusia, del Volga, de Siberia, de la Rusia Blanca, de Asia Central […].
>
> En el tren un comunista me negó que hubiese hambruna alguna. Eché a la escupidera un pedazo del pan que había estado comiendo de mis propias reservas. Un campesino que viajaba conmigo lo pescó y se lo comió con voracidad. Eché una piel de naranja a la escupidera y el campesino también la cogió y la devoró. El comunista se quedó callado. Pasé una noche en una aldea donde antes solía haber doscientos bueyes y en la que solo quedaban seis. Los

> campesinos se estaban comiendo el pienso del ganado y solo les quedaban reservas para un mes. Me dijeron que muchos ya habían muerto de hambre. Llegaron dos soldados para arrestar a un ladrón. Me advirtieron de que no viajara de noche, ya que había demasiados hombres «hambrientos» desesperados.
>
> «Estamos esperando a la muerte —es lo que me decían como bienvenida—. Mire, nosotros aún tenemos el pienso del ganado. Vaya más al sur. Ahí no tienen nada. Muchas casas están vacías porque ya se han muerto todos», lloraban.

Dos veteranos periodistas estadounidenses asentados en Berlín cubrieron la rueda de prensa de Jones, para el *New York Evening Post* («Rusia, azotada por la hambruna. Millones de personas están pereciendo y aumenta el paro, asegura un británico») y el *Chicago Daily News* («La hambruna rusa es ya tan grave como la de 1921, afirma el secretario de Lloyd George»).[78] Muchas publicaciones británicas se hicieron también eco de la noticia. Los artículos explicaban que Jones había realizado «un largo viaje a pie por Ucrania», citaban su comunicado y añadían detalles sobre la hambruna generalizada. Señalaban, al igual que el propio Jones, que este había quebrantado las normas que atenazaban al resto de los periodistas. «Vagabundeé por la región de la tierra negra —escribió— porque aquella había sido en otra época la tierra de cultivo más rica de Rusia y porque los corresponsales tienen prohibido viajar ahí para ver con sus propios ojos lo que está sucediendo».[79] Jones publicó una docena más de artículos en el *London Evening Standard* y el *Daily Express*, así como en el *Cardiff Western Mail*.[80]

Las autoridades que habían prodigado favores a Jones estaban coléricas. Maxim Litvínov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, se quejó enfurecido al embajador Maiski, para lo cual hizo una mordaz referencia literaria a la famosa obra de teatro de Gógol sobre un burócrata fraudulento:

> Es increíble que Gareth Johnson [*sic*] haya interpretado el papel de Jlestakov y conseguido que todos ustedes interpreten el del alcalde y el de varios otros personajes de *El inspector general*. De hecho, él no es más que un ciudadano normal, dice ser el secretario de Lloyd George y, supuestamente por invitación de este último, pide un visado y usted, en la misión diplomática, sin hacer ninguna verificación, insiste en que [el OGPU] se lance a satisfacer su petición. Dimos a este individuo todo tipo de apoyos, lo ayudamos en su trabajo, yo incluso accedí a reunirme con él, y resulta que es un impostor.

Inmediatamente después de la rueda de prensa de Jones, Litvínov anunció una prohibición más férrea aún de los viajes de los periodistas fuera de Moscú. Más tarde Maiski se quejó a Lloyd George, que, según el informe del embajador soviético, se distanció de Jones y afirmó que él no había financiado el viaje y que no había enviado al periodista como su representante. Se desconoce lo que creía en realidad, pero Lloyd George no volvió a ver a Jones.[81]

Los cuerpos de prensa en Moscú estaban aún más furiosos. Obviamente, todos sus miembros sabían que lo que Jones había publicado era cierto, y unos pocos estaban empezando a buscar la manera de narrar la misma historia. Malcolm Muggeridge, que por entonces trabajaba como corresponsal del *Manchester Guardian* —en sustitución de Chamberlin, que se encontraba fuera del país—, acababa de enviar tres artículos por valija diplomática. El *Guardian* los publicó de manera anónima después de que los redactores, que no aceptaban su crítica de la Unión Soviética, suprimieran varias cosas. Los artículos fueron ignorados; competían con otros más importantes sobre Hitler y Alemania. Pero el resto del cuerpo de prensa, que dependía de la buena voluntad de Úmanski y Litvínov, se posicionó contra Jones. Lyons describió con todo detalle lo ocurrido.

> Deponer a Jones fue la tarea más desagradable que nos tocó afrontar a cualquiera de nosotros durante esos años en que nos dedicamos a hacer malabarismos para agradar a los regímenes dictatoriales; pero lo dispusimos, de manera unánime y casi con las mismas fórmulas evasivas. El pobre Gareth Jones debió de ser la persona más sorprendida de la tierra cuando la información que con tanto esfuerzo nos había sonsacado se vio enterrada bajo la avalancha de nuestra negación […]. Hubo muchas negociaciones en una atmósfera de toma y daca caballeroso, bajo el resplandor de la sonrisa dorada de Úmanski, antes de llegar a una negación formal. Admitimos lo suficiente como para acallar nuestras conciencias, pero utilizando oraciones indirectas que condenaban a Jones como mentiroso. Tras librarnos de ese asunto repugnante, alguien pidió vodka y *zakuski*.**[82]**

Esta reunión, fuese real o no, resume de manera metafórica lo que ocurrió a continuación. El 31 de marzo, un día después de la declaración de Jones en Berlín, el propio Duranty ofreció una respuesta. El titular de *The New York Times* decía lo siguiente: «Los rusos están hambrientos, pero no se mueren de hambre». El artículo de Duranty hacía todo lo posible por ridiculizar a Jones.

> Ha aparecido en la prensa estadounidense, de cierta fuente británica, una gran historia de miedo sobre una supuesta hambruna en la Unión Soviética, con «miles de personas ya muertas y millones bajo la amenaza de la muerte y la inanición». Su autor es Gareth Jones, que fue secretario de David Lloyd George y que recientemente pasó tres semanas en la Unión Soviética y llegó a la conclusión de que el país estaba «al borde de una crisis horrible», en palabras del autor. El señor Jones es un hombre de mente aplicada y activa, y se ha tomado la molestia de aprender ruso, idioma que habla con considerable fluidez; pero el autor de este artículo estimó que la opinión del señor Jones parecía algo precipitada y le preguntó en qué se basaba. Parece ser que hizo un viaje a pie de sesenta y cinco kilómetros por aldeas de las proximidades de Járkiv y que las condiciones le parecieron lamentables.
>
> Le insinué que esa era una muestra representativa bastante inapropiada de un país enorme, pero nada hacía flaquear su convicción de que estábamos a las puertas de una gran catástrofe. **[83]**

Duranty continuaba utilizando una expresión que más tarde se haría famosa («Diciéndolo de forma bruta: no se puede hacer una tortilla sin

romper algunos huevos») y explicaba que había hecho «indagaciones exhaustivas» y que había llegado a la conclusión de que «las condiciones son malas, pero no hay hambruna».

Indignado, Jones escribió una carta al director de *The Times* en que enumeraba pacientemente todas sus fuentes —una gran variedad de entrevistados, entre ellos más de veinte cónsules y diplomáticos— y atacaba a los cuerpos de prensa de Moscú.

> La censura los ha convertido en maestros del eufemismo y el circunloquio. Por ello, a la «hambruna» le dan el agradable nombre de «escasez de alimentos», y «muriéndose de hambre» se suaviza para que se pueda leer como «amplia mortalidad fruto de enfermedades causadas por la desnutrición».

Ahí se quedó el asunto. Duranty había eclipsado a Jones; era más famoso, más leído, más creíble. También era un autor incontestado. Más tarde Lyons, Chamberlin y otros se mostraron arrepentidos por no haberse enfrentado con más firmeza a él. Pero en aquella época nadie salió a defender a Jones, ni siquiera Muggeridge, uno de los pocos corresponsales de Moscú que se habían atrevido a expresar un punto de vista similar. En cuanto a Jones, fue secuestrado y asesinado en 1935 por bandidos chinos mientras realizaba un reportaje en Manchukuo.[84]

«Los rusos están hambrientos, pero no se mueren de hambre» se convirtió en la teoría aceptada. También encajaba a la perfección con las duras consideraciones políticas y diplomáticas de la época. Con la llegada de 1934 y luego de 1935, los europeos empezaron a preocuparse cada vez más por Hitler. Édouard Herriot fue tan solo uno de los muchos políticos franceses, incluidos los exprimeros ministros Jean-Louis Barthou y Pierre Laval, que creían que el ascenso del nazismo requería de una alianza francosoviética.[85] En el Foreign Office británico, Laurence Collier creía que una anglosoviética también podría ser necesaria. En respuesta a la consulta de un parlamentario, explicó lo siguiente:

> Lo cierto es, por supuesto, que disponemos de cierta cantidad de información sobre las condiciones de la hambruna […] y que no estamos obligados a no publicarla. De todas formas, no queremos hacerla pública porque el Gobierno soviético se sentiría molesto y nuestras relaciones con ellos se verían perjudicadas.[86]

Los polacos, que tenían información muy detallada sobre la hambruna procedente de varias fuentes diferentes, también guardaron silencio. Habían firmado un pacto de no agresión con la Unión Soviética en julio de 1932, y en 1939 esa política de tregua y paz fría con sus vecinos soviéticos se volvió con mucha fuerza en su contra.[87]

A finales de 1933 la nueva administración Roosevelt ya estaba buscando de forma activa razones para ignorar cualquier mala noticia sobre la Unión Soviética. El equipo del presidente había llegado a la conclusión de que, tras los acontecimientos en Alemania y la necesidad de contener a los japoneses, finalmente, era hora de que Estados Unidos entablase relaciones diplomáticas plenas con Moscú. El interés de Roosevelt en la planificación centralizada y en lo que creía que eran los grandes éxitos económicos de la Unión Soviética —el presidente leía con sumo cuidado los reportajes de Duranty— le llevó a creer que también se podría mantener una relación comercial lucrativa.[88] Al final se llegó a un acuerdo. Litvínov llegó a Nueva York para firmarlo, acompañado de Duranty. En un lujoso banquete en honor del ministro de Asuntos Exteriores soviético en el Waldorf Astoria, Duranty fue presentado ante los mil quinientos invitados. Éste se levantó e hizo una reverencia.

Se produjo un fuerte aplauso. El nombre de Duranty, según informó después *The New Yorker*, provocó «el único momento de alboroto realmente prolongado» de la noche. «De hecho, daba la impresión de que Estados Unidos, en un arrebato de buen criterio, estaba reconociendo tanto a Rusia como a Walter Duranty».[89] Con eso, el encubrimiento parecía estar completo.

15
El Holodomor en la historia y la memoria

Мій Боже милий, знову лихо…!
Було так любо, було тихо;
Ми заходились розкувать
Своїм невольникам кайдани.
Аж гульк!.. Існову потекла
Мужицька кров!

Querido Dios, ¡otra desgracia!…
Estaba tan tranquilo, ¡tan sereno!
Acabábamos de empezar a romper las cadenas
que condenan a nuestro pueblo a la esclavitud.
Entonces ¡para!… Vuelve a fluir
la sangre del pueblo.

TARÁS SHEVCHENKO, «Mi Bozhe mili, znovu lijo!» («Querido Dios, ¡otra desgracia!»), 1859 **[1]**

En los años posteriores a la hambruna, los ucranianos tenían prohibido hablar de lo ocurrido. Les daba miedo expresar su duelo en público. Incluso si se hubiesen atrevido a hacerlo, no había iglesias en las que rezar ni tumbas que decorar con flores. Cuando el Estado destrozó las instituciones de las zonas rurales de Ucrania, también asestó un duro golpe a la memoria popular.

Sin embargo, en privado los supervivientes sí que se acordaban. Tomaron notas reales o mentales sobre lo acontecido. Algunos conservaron sus diarios «guardados en cajas de madera», como recordaba una mujer, y los escondían bajo tarimas o los enterraban.**[2]** En sus aldeas, en los círculos familiares, la gente también les contó a sus hijos lo que había sucedido. Volodímir Chépur tenía cinco años cuando su madre le explicó que ella y su padre le daban todo lo que tenían para comer. Aunque ellos fallecieran, querían que él sobreviviese para que pudiese dar testimonio. «No debo morir, y cuando crezca debo contarle a la gente cómo nosotros, al igual que nuestra Ucrania,

morimos entre tormentos».[3] Elida Zolotoverja, hija de la diarista Olexandra Rádchenko, también les dijo a sus hijos, nietos y bisnietos que lo leyesen y recordasen «el horror por el que pasó Ucrania».[4]

Esas palabras, que tantas personas repitieron en privado, dejaron huella. El silencio oficial casi les confirió un poder secreto. A partir de 1933 esas historias se convirtieron en una narrativa alternativa, una «historia real» sobre la hambruna con mucho poder emocional, una tradición oral que creció y se desarrolló a la par que la negación oficial.

A pesar de que vivían en un Estado propagandístico donde el partido controlaba el debate público, en la república millones de ucranianos conocían esta narrativa alternativa. La sensación de disyunción, la brecha entre la memoria privada y la pública, el vacío en el que debería haber estado el luto nacional…; todo ello afectó a los ucranianos durante décadas. En la provincia de Dnipropetrovsk, después de que sus padres murieran de inanición, Havrilo Prokopenko no podía dejar de pensar en la hambruna. Escribió un relato sobre el tema para la escuela, con una ilustración que la acompañaba. Su profesora alabó la obra, pero le dijo que la destruyera por miedo a meterse en problemas. Eso le dio la sensación de que algo andaba mal. ¿Por qué no se podía mencionar la hambruna? ¿Qué intentaba esconder el Estado soviético? Tres décadas más tarde Prokopenko consiguió leer, en un canal de televisión local, un poema que incluía un verso sobre «gente negra de hambre». Poco después recibió una visita amenazadora de las autoridades locales, pero eso le dejó aún más convencido de que la Unión Soviética era responsable de la tragedia.[5]

La ausencia de una conmemoración también molestaba a Volodímir Samoiliuk. A pesar de que después sobrevivió a la ocupación nazi y combatió en la Segunda Guerra Mundial, nunca nada le pareció tan trágico como la experiencia de la hambruna. El recuerdo lo acompañó durante décadas, y siguió esperando a que esta hiciese su aparición en la historia oficial. En 1967 vio un programa de televisión soviético sobre el año 1933. Se quedó mirando la pantalla, esperando ver un reflejo del horror que él recordaba, pero, aunque aparecían escenas de los héroes entusiastas del plan quinquenal, del desfile del Primero de Mayo e incluso de los partidos de fútbol de aquel año, «no dijeron ni una sola palabra sobre la horrible hambruna».[6]

Desde 1933 hasta finales de la década de 1980 hubo un silencio sepulcral en Ucrania… con una clamorosa, dolorosa y compleja excepción.

Hitler invadió la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. En noviembre la Wehrmacht ya había ocupado la mayor parte de la Ucrania soviética. Al principio, sin saber lo que estaba por venir, muchos ucranianos, incluso judíos, dieron la bienvenida a las tropas alemanas. Una mujer recordaba que «las niñas ofrecían flores a los soldados y la gente les ofrecía pan». «Estábamos muy contentos de verlos. Iban a salvarnos de los comunistas que nos lo habían quitado todo y habían dejado que nos muriéramos de hambre». [7]

El ejército alemán recibió una bienvenida parecida en los estados bálticos, que la Unión Soviética había ocupado entre 1939 y 1941. El Cáucaso y Crimea también dieron una calurosa bienvenida a las tropas alemanas, pero no porque sus habitantes fueran nazis. La deskulaquización, la colectivización, el terror de masas y los ataques bolcheviques contra la Iglesia habían dado pie a unas ideas inocentemente optimistas sobre lo que la Wehrmacht podría traer.[8] En muchas partes de Ucrania, la llegada de los alemanes causó una descolectivización espontánea. Los campesinos no solo recuperaron sus tierras, sino que también destrozaron tractores y cosechadoras en un ataque de furia ludita.[9]

El bullicio duró poco, y todo aquel que esperaba tener una vida mejor bajo la ocupación alemana vio enseguida cómo sus esperanzas se hacían añicos. Una descripción exhaustiva de todo lo que ocurrió después queda fuera del alcance de este libro, puesto que la devastación que los nazis infligieron a Ucrania fue amplia, violenta y brutal a una escala casi ininteligible. Para cuando llegaron a la Unión Soviética, los alemanes habían acumulado mucha experiencia en la destrucción de otros estados, y sabían lo que querían hacer en Ucrania. El Holocausto comenzó de inmediato, y se desarrolló en público en vez de en lejanos campos de concentración. En lugar de deportarlos, la Wehrmacht llevó a cabo ejecuciones en masa de judíos y gitanos frente a sus propios vecinos, en las afueras de las aldeas y en los bosques. Dos de cada tres judíos ucranianos murieron durante la guerra —entre ochocientas mil y un millón de personas—, un porcentaje considerable de todos los millones que fallecieron en el continente.

Las víctimas soviéticas de Hitler también incluyeron a más de dos millones de prisioneros de guerra, la mayoría de los cuales murieron a causa de enfermedades o de inanición, y muchos de ellos en territorio ucraniano. El canibalismo volvió a hacer acto de presencia en Ucrania; en el Stalag 306 de

Kirovohrad los guardias registraron casos de prisioneros que se comían a sus camaradas muertos. Un testigo del Stalag 365 de Volodímir Volinski documentó casos similares.[10] Los soldados y los policías nazis robaban, apaleaban y asesinaban arbitrariamente a otros ucranianos, sobre todo a funcionarios. Los eslavos, en la jerarquía nazi, eran *untermenschen* infrahumanos, acaso un nivel por encima de los judíos, pero destinados a ser eliminados en algún momento. Muchos de los que habían dado la bienvenida a la Wehrmacht pronto se dieron cuenta de que habían cambiado una dictadura por otra, sobre todo cuando los alemanes iniciaron una nueva oleada de deportaciones. En el transcurso de la guerra, las tropas nazis enviaron a más de dos millones de ucranianos a realizar trabajos forzados en Alemania.[11]

Como cualquier otra fuerza invasora en Ucrania, los nazis tenían básicamente un único interés, el cereal. Hitler llevaba mucho tiempo afirmando que «la ocupación de Ucrania nos libraría de todas nuestras preocupaciones económicas» y que el territorio ucraniano aseguraría que «nadie volverá a morir de hambre, como sucedió en la anterior guerra». Su Gobierno llevaba planeando hacer realidad esa aspiración desde finales de la década de 1930. Herbert Backe, el siniestro oficial nazi a cargo de la alimentación y la agricultura, concibió un «Plan Hambre» con un claro objetivo: «Solo podemos ganar la guerra si, en el tercer año, Rusia alimenta a toda la Wehrmacht». Pero también llegó a la conclusión de que solo se podría alimentar a la Wehrmacht y a toda Alemania si se privaba por completo de alimentos a la población soviética. Como explicó Backe en «Directrices de la política económica», publicado en mayo, así como en un memorándum que fue distribuido entre miles de funcionarios alemanes en junio de 1941, una «terrible hambruna» pronto azotaría Rusia, Bielorrusia y las ciudades industriales de la Unión Soviética (Moscú y Leningrado, y también Kiev y Járkiv). No se trataría de una hambruna accidental; el objetivo era la «extinción» de unos treinta millones de personas.[12] Las directrices para el Equipo Económico del Este, que sería el responsable de explotar el territorio invadido, lo dejaban claro.

> En este territorio van a sobrar muchas decenas de millones de personas y tendrán que morir o emigrar a Siberia. *Cualquier intento de salvar a la población local de morir de inanición mediante un superávit en la zona de la tierra negra no hará más que dificultar el abastecimiento de Europa. Tales intentos entorpecen la posibilidad de que Alemania resista en la guerra; impiden que Alemania y Europa resistan el asedio. En cuanto a esto, debe haber una claridad absoluta*.[13] [La cursiva es del original.]

Era la misma política de Stalin, pero multiplicada por mucho: exterminar a naciones enteras mediante la hambruna.

Los nazis no llegaron a tener tiempo de poner en práctica el «Plan Hambre» en Ucrania, pero su influencia se pudo palpar en la política de ocupación. Se puso fin de inmediato a la descolectivización espontánea, bajo el pretexto de que sería más fácil confiscar el cereal de las granjas colectivas. Según se dice, Backe afirmó que «los alemanes tendrían que haber introducido las granjas colectivas si los soviéticos no lo hubiesen hecho antes».[14] En 1941 las granjas debían convertirse en «cooperativas», pero eso jamás llegó a suceder.[15]

El hambre también regresó. La política de «tierra quemada» de Stalin había acarreado la destrucción de gran parte de los activos económicos de Ucrania por parte del Ejército Rojo en retirada. La ocupación empeoró la situación para los que quedaban. Justo antes de que Kiev cayese en septiembre, Hermann Göring, el ministro de Economía del Reich, se reunió con Backe. Llegaron al acuerdo de que la población de la ciudad no tendría permitido «devorar» comida. «Aunque quisiéramos alimentar a todos los habitantes del territorio recién conquistado, no podríamos hacerlo». Unos pocos días más tarde Heinrich Himmler, de las SS, le dijo a Hitler que los habitantes de Kiev eran racialmente inferiores y podían ser eliminados. «Podríamos arreglárnoslas sin problemas sin el ochenta o noventa por ciento de ellos».[16]

En el invierno de 1941 los alemanes cortaron los suministros de alimentos de la ciudad. Desmintiendo los estereotipos, las autoridades alemanas fueron mucho menos eficientes que sus homólogos soviéticos; los comerciantes campesinos lograron cruzar los cordones improvisados —en 1933 había sido difícil hacerlo— y miles de personas volvieron a echarse a las carreteras y a las vías férreas en busca de comida. Sin embargo, la escasez de alimentos se propagó por todo el territorio ocupado. Una vez más, la gente empezó a hincharse, a aletargarse, a mirar al infinito y a morir. Ese invierno miles de personas fallecieron de hambre en Kiev. En Járkiv, que estaba acordonado por un comandante nazi, mil doscientas dos personas murieron en las dos primeras semanas de mayo de 1942; el número total de muertos por inanición durante la época de la ocupación ascendió a alrededor de veinte mil.[17]

Fue en este contexto —de adversidad y caos, bajo una ocupación violenta y con la amenaza de una nueva hambruna— cuando fue posible, por primera vez, hablar abiertamente de la hambruna de 1933 en Ucrania. Las circunstancias determinaron el modo en que se narró el episodio. Durante la

ocupación el objetivo del debate no fue ayudar a los supervivientes a llorar lo ocurrido, a recuperarse y elaborar una memoria sincera ni a aprender la lección de cara al futuro. Quienes esperaban algún tipo de reconocimiento de lo ocurrido se sintieron decepcionados; muchos de los campesinos que habían escrito diarios secretos sobre la hambruna los desenterraron y los llevaron a las oficinas de los periódicos locales. Pero, «por desgracia, la mayoría de los redactores ya no estaban interesados en esos años pasados, y las valiosas crónicas no recibieron ningún tipo de publicidad».[18] En lugar de ello, esos redactores —ahora debían su trabajo y su vida a la nueva dictadura— publicaron ante todo artículos al servicio de la propaganda nazi. El objetivo del debate fue justificar el nuevo régimen.

En realidad, los nazis sabían muchísimo sobre la hambruna soviética. Los diplomáticos alemanes la habían descrito muy detalladamente en sus informes a Berlín mientras estaba teniendo lugar; en 1935 Joseph Goebbels había mencionado la hambruna en un discurso pronunciado en el congreso del Partido Nacionalsocialista, en el que habló de cinco millones de víctimas mortales.[19] Desde el momento de su llegada, los invasores alemanes de Ucrania utilizaron la hambruna en su «labor ideológica». Esperaban intensificar el odio hacia Moscú, recordarle a la gente las consecuencias del dominio bolchevique. En especial anhelaban transmitírselo a los ucranianos de las zonas rurales, cuyos esfuerzos eran necesarios para producir los alimentos que precisaba la Wehrmacht. Los carteles propagandísticos, los periódicos murales y las caricaturas mostraban a campesinos infelices y medio muertos de hambre. En uno de ellos aparecía una madre con un niño ante una ciudad en ruinas, sobre el eslogan «Esto es lo que Stalin dio a Ucrania». En otro había una familia empobrecida sentada a la mesa sin comida, bajo otro eslogan que rezaba: «La vida se ha vuelto mejor, camaradas, la vida se ha vuelto más alegre», una famosa cita de Stalin.[20]

Para conmemorar el décimo aniversario de la hambruna, en 1942 y 1943 —el punto culminante, por cierto, del poder nazi en Ucrania— varios periódicos publicaron materiales con el objetivo de ganarse el apoyo de los campesinos. En julio de 1942, *Ukraínski Jliborob*, un semanario agrícola que llegaba a doscientas cincuenta mil personas, publicó un extenso artículo sobre un «año de trabajo sin los bolcheviques judíos».

> Todos los campesinos se acuerdan perfectamente del año 1933, cuando el hambre aplastó a la gente como si de pasto se tratase. En dos décadas los soviéticos convirtieron la tierra de la abundancia en la tierra del hambre, donde millones de personas perecieron. El soldado alemán detuvo este ataque, los campesinos recibieron al ejército alemán con pan y sal, al ejército que luchó para que los campesinos ucranianos trabajen en libertad.[21]

Aparecieron artículos similares y empezaron a echar raíces. Un diarista de la época escribió que la propaganda nazi causaba un fuerte impacto porque lo que decía era en parte cierto.

> […] el aspecto de nuestro pueblo, nuestras casas, nuestros patios, nuestros suelos, nuestros retretes, nuestros consejos municipales, las ruinas de nuestras iglesias, las moscas, la suciedad. En pocas palabras: todo lo que horroriza a los europeos pero que nuestros líderes y sus secuaces ignoran, esos que se han distanciado de la gente corriente y del nivel de vida de la Europa actual.[22]

Un refugiado de Poltava declaró, en una entrevista inmediatamente posterior a la guerra, que bajo la ocupación se había debatido muchísimo sobre la hambruna. También recordaba que, en cierto momento, cuando parecía que el Ejército Rojo podría regresar, la gente se preguntaba: «¿Y qué van a traernos esos "rojos" nuestros? ¿Una nueva hambruna como la de 1933?».[23]

Al igual que todo lo que aparecía en la prensa nazi, estos relatos de la época de la guerra rebosaban de antisemitismo. Culpaban una y otra vez a los judíos de la hambruna —así como de la pobreza y la represión—, una idea que sin duda ya había gozado antes de cierta popularidad, pero que esta vez formaba parte de la ideología de los invasores. Un periódico escribió que los judíos fueron el único segmento de la población que no sufrió la hambruna porque compraban todo lo que necesitaban en las tiendas Torgsin. «A los judíos no les faltaban ni oro ni dólares». Otros hablaban del propio bolchevismo como una «creación judía».[24] Un memorialista recordaba que durante la guerra le enseñaron en Kiev una película de propaganda antisemita sobre la hambruna. Aparecían fotografías de cadáveres exhumados, y acababa con el asesinato de un policía secreto judío.[25]

La prensa de la época llegó a publicar un reducido número de artículos sobre la hambruna cuyo propósito específico no era encajar en el marco de la propaganda nazi. S. Sosnovi, un economista especializado en agricultura, publicó en un periódico de Járkiv, *Nova Ukraína*, el que quizá sea el primer estudio semiacadémico sobre la hambruna. El texto estaba libre de jerga nazi y ofrecía un relato claro y sencillo de lo ocurrido. Aseguraba que la hambruna había tenido por finalidad destruir la oposición de los campesinos ucranianos al poder soviético. No había sido fruto de «causas naturales». «De hecho, las condiciones climatológicas de 1932 no fueron tan extraordinarias como, por ejemplo, las de 1921». Sosnovi también realizó la primera estimación seria del número de víctimas. Tras consultar los censos de 1926 y 1939 y otras estadísticas soviéticas (no el censo eliminado de 1937, aunque probablemente

supiera de su existencia), llegó a la conclusión de que 1,5 millones de personas habían muerto de inanición en Ucrania en 1932, y 3,3 millones en 1933; cifras algo más elevadas que las que ahora cuentan con una aceptación general, pero no por mucho.

Sosnovi también describió con acierto el modo en que se desarrolló la hambruna, con lo cual demostró que la historia real, la «narrativa alternativa», seguía viva incluso una década después de los hechos.

> Primero se llevaron todo lo que había en los almacenes de las granjas colectivas, todo lo que los granjeros habían ganado por sus «días de trabajo» (*trudodní*). Luego se llevaron el forraje y las semillas, y después se dirigieron a las cabañas y se adueñaron de lo que quedaba del cereal que los campesinos habían recibido de antemano […]. Sabían que había menos terreno cultivado; la cantidad de grano cosechado en 1932 en Ucrania fue inferior. Sin embargo, el plan de acopio de cereal era extremadamente ambicioso. ¿No es este el primer paso para organizar una hambruna? Durante la requisa, los bolcheviques vieron que quedaba una cantidad ínfima de cereal, pero siguieron adelante y se lo llevaron todo; así es, sin duda, como se provoca una hambruna.**[26]**

Más tarde, ideas similares sentaron las bases del argumento que define la hambruna como un genocidio, un plan premeditado para destruir a los ucranianos como nación. Pero en 1942 ese término aún no se utilizaba, y en la Ucrania ocupada por los nazis el concepto ni siquiera interesaba a nadie.

El artículo de Sosnovi era árido y analítico, pero un poema que lo acompañaba era la prueba de que el duelo del pueblo continuaba, aunque lo ocultara en público. Escrito por Olexa Veretenchenko, «En algún lugar del lejano y salvaje Norte» formaba parte del ciclo *1933*, una serie de poemas que aparecieron en *Nova Ukraína* a lo largo de 1943. Cada uno de los poemas transmitía un sentimiento diferente de dolor o nostalgia.

> *¿Qué ha sido de la risa,*
> *de las hogueras que las niñas prendían en la fiesta de San Juan?*
> *¿Dónde están las aldeas ucranianas*
> *y los huertos de cerezos frente a las casas?*
> *Todo ha desaparecido bajo el hambriento fuego.*
> *Las madres devoran a sus hijos,*
> *hay locos que venden carne humana*
> *en los mercados.***[27]**

También se podía oír un eco de esas emociones en la privacidad de los hogares de la gente. Puesto que las invasiones soviética y alemana habían conseguido unificar al oeste de Ucrania (Galitzia, Bukovina y el oeste de Volinia) con el resto del país, muchos ucranianos occidentales consiguieron viajar por primera vez al este, documentando todo lo que vieron y oyeron. A pesar de que en 1933 se había debatido mucho sobre la hambruna, a Bohdan Liubomírenko, que viajó al centro de Ucrania durante la guerra, le siguió

sorprendiendo oír una y otra vez las historias sobre la hambruna. «Cada vez que visitábamos a alguien, ninguno de los que participaban en la conversación podía evitar mencionar, como algo muy espantoso, la época de la hambruna a la que sobrevivieron». A veces los anfitriones hablaban «toda la noche de sus horribles experiencias».

> Los aterradores años de la hambruna artificial que en 1932 y 1933 el Gobierno organizó con sumo deleite y crueldad contra Ucrania habían dejado una profunda huella en la memoria de la gente. Diez largos años no han sido capaces de borrar ese rastro asesino ni de dispersar los sonidos emitidos por los niños, las mujeres y los hombres inocentes al expirar, por aquellos jóvenes debilitados por la inanición. Los tristes recuerdos siguen suspendidos como una bruma negra sobre las ciudades y las aldeas, y producen un miedo mortal entre los testigos que escaparon de la hambruna.[28]

Los ucranianos también empezaron a hablar abiertamente sobre la colectivización, la resistencia y la milicia armada que había llegado para reprimirlos en 1930. Muchos dejaban claro cuáles habían sido las causas políticas de la hambruna, y explicaban «cómo robaban a los campesinos, cómo lo confiscaban todo dejando sin nada a las familias, incluso a las que tenían niños pequeños. Lo confiscaron todo y lo exportaron a Rusia».[29] Los ucranianos de todos los rincones de la Unión Soviética hicieron lo mismo. En la década de 1980 la escritora Svetlana Alexiévich conoció a una veterana rusa que durante la guerra había tenido una compañera de armas ucraniana. Esta última, que había sobrevivido a la hambruna y había perdido a toda su familia, le había explicado que ella había sobrevivido comiendo estiércol de caballo. «Mi padre enseñaba historia en la escuela y me decía: "Un día el camarada Stalin pagará por sus crímenes"».[30]

Tal y como iba a suceder más tarde —y al igual que hoy en día—, no todos aquellos que oían estas historias se las creían. A la veterana rusa le preocupaba que su camarada fuese una «enemiga» o una «espía». Incluso los nacionalistas ucranianos de Galitzia tenían dificultades para lidiar con la noción de una hambruna creada por el Estado. «Sinceramente, nos cuesta creer que un gobierno pueda hacer algo así».[31] La idea de que Stalin hubiese permitido a sabiendas que la gente muriera de hambre era demasiado espeluznante, demasiado monstruosa, incluso para quienes lo odiaban.

La finalización de la Segunda Guerra Mundial no comportó un regreso al *statu quo*. En Ucrania el conflicto bélico cambió el lenguaje del régimen. Los que criticaban a la Unión Soviética ya no eran meros enemigos, sino «fascistas» o «nazis». Cualquier mención a la hambruna era «propaganda

hitleriana». Las memorias sobre lo acontecido acabaron enterradas aún más en cajones y armarios, y cualquier debate sobre el tema se convirtió en un acto de traición. En 1945 acosaron literalmente a una de las diaristas más elocuentes del Holodomor, Olexandra Rádchenko, por sus escritos personales. Durante un registro en su apartamento, la policía secreta confiscó su diario. Tras ser interrogada durante seis meses, la acusaron de haber escrito un «diario de contenido contrarrevolucionario». Durante el juicio declaró ante los jueces que «el objetivo principal de mis escritos era entregárselos a mis hijos. Lo escribí porque dentro de veinte años los niños no darán crédito a lo violentos que fueron los métodos empleados para construir el socialismo. Entre 1930 y 1933 el pueblo ucraniano sufrió horrores […]». Hicieron oídos sordos a su alegato y la condenaron a diez años en el Gulag, tras los cuales, en 1955, regresó a Ucrania.[32]

El recuerdo de los nuevos horrores se sumó a los de 1933. El asesinato de los judíos de Kiev en el barranco de Babi Yar en 1941; las batallas de Kursk, Stalingrado y Berlín, todas ellas libradas con soldados ucranianos; los campos de prisioneros de guerra, el Gulag, los campos de control y filtrado para los deportados que regresaban, las matanzas y los arrestos en masa; las aldeas calcinadas y los campos devastados…; ahora todo ello también formaba parte de la historia de Ucrania. En la historiografía soviética oficial la «Gran Guerra Patria», como pasó a denominarse la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en el eje central de la investigación y la conmemoración, mientras que la represión de la década de 1930 jamás llegó a ser objeto de debate. El año 1933 se desvaneció tras los años 1941, 1942, 1943, 1944 y 1945.

Incluso 1946 dejó un poso amargo, ya que el caos de la posguerra, el regreso a las confiscaciones implacables, una gran sequía y, una vez más, la necesidad de realizar exportaciones, esta vez para alimentar a la Europa central ocupada por los soviéticos, alteraron aún más el suministro de comida. Entre 1946 y 1947 se enviaron unos 2,5 millones de toneladas de cereal soviético a Bulgaria, Rumanía, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia e incluso a Francia. Los ucranianos volvieron a pasar hambre, tanto en las zonas rurales como en las ciudades, al igual que otros en la Unión Soviética. El número de muertes relacionadas con la privación de alimentos fue muy elevado; hubo varios cientos de miles de personas desnutridas.[33]

La situación también cambió fuera de Ucrania, y en una dirección radicalmente diferente. En mayo de 1945, cuando acabó la guerra en Europa, cientos de miles de ucranianos se quedaron, al igual que otros ciudadanos soviéticos, fuera del país. A muchos de ellos los habían forzado a ir a

Alemania para trabajar en fábricas y granjas. Algunos se habían retirado junto con la Wehrmacht o habían huido a Alemania antes del regreso del Ejército Rojo; tras la experiencia de la hambruna, sabían que no tenían nada que ganar con el restablecimiento del poder soviético. Olexa Woropay, un ingeniero agrónomo de Odesa que había sido testigo de la hambruna, se quedó en un «campamento para personas desplazadas» cerca de la ciudad alemana de Munster, donde él y sus compatriotas vivían en «un garaje militar que habían transformado en un barracón gigante». En el invierno de 1948, mientras esperaban a ser enviados a Canadá o Gran Bretaña, «no había nada que hacer y las tardes se hacían largas y aburridas. Para pasar el tiempo, la gente contaba historias sobre lo que habían vivido». Woropay las transcribió.[34] Unos años más tarde fueron publicadas en Londres, en un pequeño volumen titulado *The Ninth Circle*.

A pesar de que en la época pasó bastante desapercibido, el libro constituye ahora una lectura fascinante. Refleja el punto de vista de personas que habían vivido la hambruna siendo adultos, que aún la recordaban claramente y que habían tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre sus causas y consecuencias. Woropay, al igual que había hecho Sosnovi unos años antes, defendía que la hambruna había sido planeada a propósito, que Stalin la había organizado con sumo cuidado y que desde el principio había tenido como objetivo doblegar y «sovietizar» a Ucrania. Describía las rebeliones que habían seguido a la colectivización y explicaba su significado.

> Moscú comprendía que todo ello marcaba el comienzo de una nueva guerra ucraniana y tenía miedo, pues recordaba la lucha por la liberación que había tenido lugar entre 1918 y 1921. También sabía cuánto amenazaría al comunismo una Ucrania económicamente independiente, sobre todo porque en las aldeas ucranianas aún quedaba mucha gente con conciencia nacional y fuerza moral suficientes para abrigar la idea de una Ucrania independiente y unificada […]. Por lo tanto, el Moscú rojo adoptó el más ignominioso de los planes para quebrar el poder de resistencia de una nación ucraniana de treinta y cinco millones de personas. La hambruna debía debilitar la fuerza de Ucrania.[35]

Otros miembros de la diáspora estaban de acuerdo. De forma espontánea, dondequiera que se encontrasen, comenzaron a organizarse en torno a la hambruna, a señalarla y a solemnizarla como un punto de inflexión en la historia de Ucrania. En 1948 los ucranianos que había en Alemania, muchos de ellos en campamentos para desplazados, conmemoraron el decimoquinto aniversario de la hambruna; en Hannover organizaron una manifestación y repartieron octavillas que describían la hambruna como un «asesinato en masa».[36] En 1950 un periódico ucraniano de Baviera volvió a publicar el artículo de Sosnovi aparecido por primera vez en Járkiv bajo la ocupación

nazi, y repitió sus conclusiones: el régimen soviético había «organizado» la hambruna.[37]

En 1953 un exiliado ucraniano llamado Semén Pidhaini fue un paso más allá. Nacido en Kubán en una familia cosaca, Pidhaini era un veterano del Gulag. Lo arrestaron y lo encarcelaron en el campo de concentración de la isla de Solovkí, lo dejaron en libertad antes de la invasión nazi y durante la guerra trabajó en la administración municipal de Járkiv. Acabó en Toronto en 1949, donde se dedicó a estudiar y difundir la historia de Ucrania. Al igual que los ucranianos de Alemania, sus objetivos eran tanto políticos como morales; quería recordar, llorar lo ocurrido, pero también quería dirigir la atención de Occidente a la naturaleza brutal y represiva del régimen soviético. En esos años iniciales de la Guerra Fría aún había un fuerte sentimiento prosoviético en muchas partes de Europa y de Norteamérica. Pidhaini y la diáspora ucraniana se dedicaron a luchar contra él.

En Canadá, Pidhaini fundó la Asociación Ucraniana de Víctimas del Terror Comunista Ruso. También se convirtió en un importante coordinador de los exiliados y habló en varias ocasiones con grupos de expatriados, animándolos a que escribiesen sus memorias no solo sobre la hambruna, sino sobre la vida en la Unión Soviética. Otras instituciones de exiliados también hicieron lo mismo, o ya lo habían hecho. El Centro Cultural y Educativo Ucraniano de Winnipeg, fundado en 1944, organizó un concurso de redacción de memorias en 1947. A pesar de que el objetivo era recabar material sobre la Segunda Guerra Mundial, muchas de las memorias presentadas versaban sobre la hambruna, y el Centro acabó reuniendo una colección de dimensiones considerables.[38] La comunidad ucraniana de todo el mundo también respondió al llamamiento de un periódico de la diáspora de Múnich que solicitó memorias que pudiesen «servir como una denuncia rigurosa de la arbitrariedad de los bolcheviques en Ucrania».[39]

Como resultado de ese esfuerzo vio la luz *Las negras acciones del Kremlin*, un libro editado por Pidhaini. La obra, que acabó dividida en dos volúmenes —el primero fue publicado en 1953, en el vigésimo aniversario de la hambruna—, contenía docenas de testimonios, así como análisis sobre la hambruna y sobre otros aspectos represivos del régimen soviético. Entre los autores se encontraba Sosnovi. En esta ocasión sus argumentos habían sido resumidos y traducidos. Bajo el título «La verdad sobre la hambruna», su ensayo empezaba sin rodeos: «La hambruna de 1932 y 1933 era necesaria para el Gobierno soviético, para quebrantar la espina dorsal de la oposición

ucraniana y así completar el dominio ruso. Por ello, fue una jugada política y no el resultado de causas naturales».[40]

Otros describían sus propias experiencias. Testimonios breves y conmovedores, combinados con reminiscencias más extensas y literarias, y también dibujos y fotografías de las víctimas mortales. G. Sova, que había sido economista en Poltava, recordaba que «en repetidas ocasiones vi cómo les quitaban a los granjeros su último puñado de cereal, de harina e incluso de guisantes y judías».[41] I. J-ko describió cómo su padre «consiguió esconder algo de grano en el forro de sus botas» mientras registraban su casa, pero acabó muriendo de todas formas. «Nadie lo enterró, ya que todos los cadáveres yacían desperdigados por doquier».[42]

Los editores distribuyeron *Las negras acciones del Kremlin* por las librerías de todo el país. Pero, al igual que *The Ninth Circle*, los artículos periodísticos publicados en Canadá y las octavillas de Alemania, la mayoría de los estudiosos y de las principales publicaciones académicas de la Unión Soviética lo ignoraron.[43] La combinación de los emotivos recuerdos de los campesinos con los ensayos semiacadémicos no resultaba atractiva para los historiadores estadounidenses profesionales. Paradójicamente, la Guerra Fría no ayudaba a la causa de los expatriados ucranianos. El lenguaje que muchos de ellos utilizaban —«negras acciones» o «hambruna como arma política»— sonaba demasiado politizado a los oídos de muchos académicos de las décadas de 1950, 1960 y 1970. Tacharon sin mayor problema a los autores de «soldados de la Guerra Fría» que contaban cuentos.

La ocultación activa de la historia de la hambruna por parte de las autoridades soviéticas también tuvo, de manera inevitable, un fuerte impacto en los historiadores y escritores occidentales. La absoluta falta de información sólida sobre la hambruna hizo que los postulados ucranianos parecieran como mínimo sumamente exagerados e incluso increíbles: seguro que si esa hambruna hubiese existido de verdad, el Gobierno soviético habría reaccionado de algún modo; ningún gobierno se queda de brazos cruzados mientras el pueblo se muere de hambre.

La diáspora también se vio socavada por el estatus de Ucrania. En la posguerra el concepto de «Ucrania» parecía, incluso para los especialistas más serios en la historia rusa, más discutible que nunca. La mayoría de los extranjeros tenían muy pocos conocimientos sobre el breve periodo de independencia posrevolucionaria, y menos aún sobre los levantamientos de los campesinos de 1919 y 1930. Tampoco tenían ninguna información sobre los arrestos y la represión de 1933. El Gobierno soviético logró que los

foráneos y sus propios ciudadanos pensaran en la Unión Soviética como una sola entidad. Los representantes oficiales de Ucrania en la escena internacional eran portavoces de la Unión Soviética, y en la posguerra Occidente consideraba de forma casi unánime que Ucrania no era más que una provincia de Rusia. La gente que se hacía llamar «ucraniana» parecía en cierto modo poco seria, al igual que lo habían parecido en su momento los defensores de la independencia de Escocia o Cataluña.

En la década de 1970 la diáspora ucraniana de Europa, Canadá y Estados Unidos era lo suficientemente nutrida como para disponer de sus propios historiadores y publicaciones, y lo bastante rica como para fundar el Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard y el Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos en la Universidad de Alberta, en Edmonton. Pero estos esfuerzos no bastaron para influir en la narrativa histórica predominante. Frank Sysyn, uno de los académicos más destacados de la diáspora, ha señalado que la «etnificación» del campo podría incluso haber suscitado el rechazo del resto de la comunidad académica, al hacer que la historia ucraniana pareciese secundaria e indigna de estudio.[44] El recuerdo de la ocupación nazi y la colaboración de algunos ucranianos con el ocupante también hicieron que, incluso décadas más tarde, fuese muy fácil llamar «fascista» a cualquier defensor de la independencia de Ucrania. Para varios norteamericanos y europeos, el modo en que la diáspora ucraniana insistía en su identidad parecía «nacionalista» y, por lo tanto, sospechoso.

Se podía tachar a los exiliados de «claramente tendenciosos», menospreciar sus testimonios como «cuentos de terror de dudosa verosimilitud». Un importante especialista en la historia soviética llegó a describir *Las negras acciones* como una «pieza de coleccionista» de la Guerra Fría sin ningún tipo de valor académico.[45] Sin embargo, en Ucrania tuvieron lugar nuevos acontecimientos.

En 1980, cuando se acercaba el quincuagésimo aniversario de la hambruna, grupos de la diáspora de toda Norteamérica volvieron a organizar distintos actos de conmemoración. En Toronto el Comité para la Investigación de la Hambruna Ucraniana empezó a grabar por toda Europa y Norteamérica entrevistas a los supervivientes y testigos de la hambruna.[46] En Nueva York el Fondo de Estudios Ucranianos encargó a James Mace, un joven académico que había escrito una tesis doctoral sobre Ucrania, que iniciase un importante proyecto de investigación en el Instituto Ucraniano de Harvard.[47] Al igual

que había sucedido en el pasado, se organizaron conferencias y manifestaciones, y se celebraron reuniones en iglesias ucranianas y en salas de actos de Chicago y Winnipeg. Pero esta vez la repercusión fue diferente. Pierre Rigoulot, el historiador francés del comunismo, afirmó que «el conocimiento humano no se acumula como los ladrillos de un muro, que va creciendo con regularidad, según el trabajo del albañil. Su desarrollo, pero también su estancamiento o retroceso, depende del marco social, cultural y político».[48] Para Ucrania ese marco empezó a cambiar en los años ochenta, y siguió haciéndolo a lo largo de la década.

En parte, el cambio experimentado por la percepción que Occidente tenía sobre Ucrania se debió a lo sucedido en la Ucrania soviética, aunque ello tardase en tener lugar. La muerte de Stalin en 1953 no llevó a una reevaluación de la hambruna. En su transcendental «Informe secreto» de 1956, el sucesor de Stalin, Nikita Jrushchov, criticó el «culto a la personalidad» que había rodeado al dictador soviético y acusó a Stalin del asesinato de cientos de miles de personas en 1937 y 1938, entre ellos varios líderes del partido. Pero Jrushchov, que había tomado el mando del Partido Comunista de Ucrania en 1939, no dijo nada sobre la hambruna ni la colectivización. Su negativa a hablar de ello hizo que en los años posteriores siguiera siendo difícil discernir el destino de los campesinos, incluso para los intelectuales disidentes. En 1969 Roy Medvédev, un alto cargo del partido, mencionó la colectivización en su libro *Que juzgue la historia*, la primera crónica «disidente» sobre el estalinismo. En el libro, Medvédev describió cómo «decenas de miles» de campesinos murieron de hambre, pero admitió que sabía muy poco sobre lo ocurrido.

Sin embargo, el «deshielo» de Jrushchov causó algunas grietas en el sistema. A pesar de que los historiadores no podían abordar los temas más delicados, a veces los escritores sí que podían hacerlo. En 1962 una revista literaria soviética publicó *Un día en la vida de Iván Denísovich*, de Alexánder Solzhenitsin, la primera caracterización sincera del Gulag soviético. En 1968 otra revista publicó una novela corta de un autor ruso mucho menos conocido, Vladímir Tendriakov, en la que escribió sobre «los kulaks ucranianos, a los que expropiaron y desterraron de su tierra natal», que se morían en la plaza de una ciudad de provincias. «Uno se acostumbraba a ver a los muertos ahí tirados por la mañana, y aparecía Abram, el mozo de cuadra del hospital, y apilaba los cadáveres en su carro. No todos fallecieron. Muchos de ellos vagaban por los arenosos y sucios callejones, arrastrando las piernas con

hidropesía, enormes y de un color azul pálido, y tiraban de la ropa a todos los transeúntes, mendigando con mirada de cachorro».[49]

En Ucrania el rechazo intelectual y literario al estalinismo tenía un tinte marcadamente nacional. En el ambiente menos represivo de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, los intelectuales ucranianos —de Kiev y Járkiv, y ahora también de Leópolis, que había sido territorio polaco hasta su incorporación a la Ucrania soviética en 1939— volvieron a reunirse, a escribir, a debatir sobre la posibilidad de un nuevo despertar nacional. Muchos habían estudiado en escuelas de primaria que seguían impartiendo las clases en ucraniano, y varios de ellos habían crecido oyendo versiones de la «historia alternativa» de su territorio, de boca de sus padres o abuelos. Algunos empezaron a abogar abiertamente por que se fomentaran el idioma y la literatura ucranianos y una historia de Ucrania que se alejase de la de Rusia.

Estos débiles intentos de reavivar la sombra de la identidad nacional alarmaron a Moscú. En 1961 se arrestó y se juzgó a siete académicos ucranianos de Leópolis, entre ellos a Stepán Virún, que había ayudado a escribir un panfleto que criticaba la «injustificada represión, acompañada de acusaciones de nacionalismo, y la aniquilación de cientos de figuras culturales y del partido».[50] En 1966 otras dos docenas de personas fueron juzgadas en Kiev. Entre otros «delitos», una de ellas fue acusada de poseer un libro en el que aparecía un poema «antisoviético»; como se había impreso sin el nombre del autor, la policía no consiguió identificar la obra de Tarás Shevchenko (cuyas obras eran por entonces totalmente legales).[51] Shélest, el líder del Partido Comunista de Ucrania, fue el encargado de coordinar esos arrestos, a pesar de que después, cuando en 1973 perdió el cargo de secretario general, también fue víctima de esos ataques, bajo el pretexto de que su libro *Ukraína nasha Radianska* («Ucrania, nuestra tierra soviética») «dedica demasiado espacio al pasado de Ucrania, a su historia anterior a la Revolución de Octubre, y no glorifica lo suficiente algunos acontecimientos, como el triunfo de la Gran Revolución de Octubre o la lucha por la construcción del socialismo».[52] El libro fue prohibido y Shélest quedó desprestigiado hasta 1991.

Sin embargo, en la década de 1970 la Unión Soviética ya no estaba tan aislada del mundo, y en esta ocasión las detenciones tuvieron eco. Los prisioneros ucranianos consiguieron que las noticias sobre sus casos llegasen hasta Kiev, y los disidentes de la ciudad aprendieron cómo ponerse en contacto con Radio Liberty o la BBC. En 1971 ya se había filtrado tanta información desde la Unión Soviética que pudo publicarse una recopilación

de testimonios de Ucrania, que incluía declaraciones apasionadas de activistas nacionales encarcelados. En 1974 los disidentes publicaron una revista clandestina que incluía varias páginas sobre la colectivización y la hambruna de 1932 y 1933. También apareció una traducción al inglés de la revista, bajo el título *Ethnocide of Ukrainians in the U.S.S.R.* («Etnocidio de ucranianos en la URSS»).[53] Poco a poco, los analistas soviéticos y los observadores occidentales fueron cobrando conciencia de que los disidentes ucranianos tenían una serie de reivindicaciones propias, distintas del resto. Cuando la invasión soviética de Afganistán en 1979 y la elección de Ronald Reagan como presidente estadounidense en 1981 pusieron fin a la época de distensión, una franja mucho más amplia del público occidental volvió a centrarse en la historia de la represión soviética, incluida la acontecida dentro de Ucrania.

A principios de la década de 1980 la diáspora ucraniana también había cambiado. Más afianzada y con una financiación mucho mejor —sus miembros ya no eran refugiados pobres, sino miembros bien establecidos de la clase media norteamericana y europea—, las organizaciones de la diáspora podían permitirse proyectos mucho más enjundiosos y convertir el material desperdigado en libros y películas. El proyecto canadiense de entrevistas dio pie a un documental importante, *Harvest of Despair* («La cosecha de la desesperanza»), que fue galardonado en festivales de cine y emitido en la televisión pública de Canadá en la primavera de 1985.

En Estados Unidos la reticencia inicial de la televisión pública a emitir el filme —temían que fuese demasiado «derechista»— causó cierta controversia. La cadena de televisión PBS lo emitió finalmente en septiembre de 1986 como un episodio especial de *Firing Line*, un programa producido por William Buckley, un columnista conservador y director de la *National Review*. Tras la emisión hubo un debate entre Buckley, el historiador Robert Conquest y los periodistas Harrison Salisbury, de *The New York Times*, y Christopher Hitchens, que entonces trabajaba en *The Nation*. Gran parte del debate ni siquiera guardó relación con la hambruna. Hitchens sacó el tema del antisemitismo ucraniano, y la mayoría de los comentarios de Salisbury se centraron en Duranty.[54] Pero le siguió una avalancha de críticas y artículos.

Se produjo una oleada de interés aún mayor unos meses más tarde, tras la publicación del libro de Conquest *Harvest of Sorrow*, el fruto más visible del proyecto de documentación de Harvard. La obra (al igual que esta) fue escrita en colaboración con el Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard. Conquest no tenía acceso a los archivos que están disponibles hoy en día,

pero trabajó junto con Mace para reunir todas las fuentes existentes (documentos soviéticos oficiales, memorias y el testimonio oral de los supervivientes en la diáspora). *Harvest of Sorrow* apareció finalmente en 1986 y fue reseñado en todos los periódicos británicos y estadounidenses importantes, así como en varias publicaciones académicas; algo sin precedentes, hasta la época, para un libro sobre Ucrania. Muchos críticos manifestaron su asombro por lo poco que sabían acerca de semejante tragedia. En *The Times Literary Supplement*, el historiador Geoffrey Hosking confesó haber quedado atónito tras descubrir «la gran cantidad de material que se ha acumulado durante los años, la mayor parte de fácil acceso en las bibliotecas británicas». «De manera casi increíble, el libro de Conquest es el primer estudio histórico de lo que debe considerarse uno de los mayores horrores causados por el hombre en un siglo repleto de ellos». Frank Sysyn fue conciso: «Ningún libro sobre Ucrania había recibido jamás tanta atención». **[55]**

No toda la atención recibida fue positiva; un amplio abanico de revistas profesionales ni siquiera publicaron reseñas del libro, mientras que algunos historiadores norteamericanos, que consideraban a Conquest el representante de una escuela de kremlinología más tradicional y también un miembro de la derecha política, criticaron el libro en términos inequívocos. En la *London Review of Books* J. Arch Getty se quejó de que el punto de vista de Conquest estaba influenciado por el Instituto Estadounidense de la Empresa, un laboratorio de ideas conservador, y tachó sus fuentes de «partidistas» porque estaban vinculadas a «exiliados ucranianos en Occidente». Getty sacó la siguiente conclusión: «Estoy seguro de que, en el clima político conservador de hoy en día, el libro tendrá mucho éxito a raíz de su discurso sobre el "imperio del mal"». En esa época, al igual que ahora, la política interna de Estados Unidos determinaba el discurso histórico sobre Ucrania. A pesar de que no había ninguna razón objetiva por la que el estudio debiera considerarse «derechista» o «izquierdista», la Guerra Fría y la influencia política que esta ejercía en la academia hacían que cualquiera que escribiese sobre las atrocidades soviéticas fuese encasillado fácilmente.**[56]**

Harvest of Sorrow acabó teniendo resonancia incluso en Ucrania, a pesar de que las autoridades trataron de impedirlo. Justo cuando el proyecto de investigación de Harvard daba sus primeros pasos en 1981, una delegación de la Misión de las Naciones Unidas de la República Socialista Soviética de Ucrania visitó la universidad y pidió al Instituto de Investigación Ucraniana que lo abandonase. A cambio se le ofreció tener acceso a los archivos soviéticos, algo muy poco común en la época. Harvard rechazó la oferta.

Después de que apareciesen fragmentos del libro de Conquest en el periódico *The Globe and Mail* de Toronto, el enervado primer secretario de la embajada soviética escribió una carta al director. Sí, algunos se habían muerto de inanición, afirmaba en ella, pero fueron víctimas de la sequía y el sabotaje de los kulaks.[57] Una vez publicado el libro, resultó imposible conseguir que los ucranianos ignorasen su existencia. En el otoño de 1986 se leyó en voz alta para los oyentes soviéticos de Radio Liberty, la emisora de radio con sede en Múnich y respaldo estadounidense.

En 1987 llegó una respuesta soviética más detallada con la publicación de *Fraud, Famine and Fascism. The Ukrainian Genocide Myth from Hitler to Harvard*. El autor aparente, Douglas Tottle, un activista sindical canadiense, describía la hambruna como una farsa urdida por fascistas ucranianos y grupos occidentales antisoviéticos. A pesar de que Tottle reconocía que el mal tiempo y el caos posterior a la colectivización habían acarreado una escasez de alimentos en aquellos años, se negaba a admitir que un Estado malintencionado hubiese participado en la propagación de la hambruna. La obra no solo describía la hambruna ucraniana como un «mito», sino que también defendía que cualquier relato sobre el tema era, por definición, propaganda nazi. El libro de Tottle sugería, entre otras cosas, que todos los miembros de la diáspora ucraniana eran nazis; que los libros y las monografías sobre la hambruna constituían una campaña de propaganda antisoviética y nazi que también estaba vinculada a los servicios de inteligencia occidentales; que la Universidad de Harvard «hace mucho tiempo que es un centro de investigación, estudios y programas anticomunistas» y que estaba relacionada con la CIA; que los escritos de Malcolm Muggeridge sobre la hambruna cargaban con la infamia de haber sido utilizados por los nazis, y que el propio Muggeridge era un agente británico.[58]

Las sedes de Kiev y Moscú del Instituto de Historia del Partido contribuyeron al manuscrito de Tottle, y sus oficinas y las de los dos comités centrales del partido intercambiaron versiones sin firmar del documento para introducir correcciones y comentarios. Los diplomáticos soviéticos estuvieron atentos a la publicación y evolución del libro y lo promocionaron allí donde pudieron,[59] y este acabó obteniendo cierto seguimiento; en enero de 1988 la revista *Village Voice* publicó un artículo titulado «En busca de un Holocausto soviético. Una hambruna ocurrida hace 55 años alimenta a la derecha», que utilizaba de manera poco crítica la obra de Tottle.[60]

Visto en retrospectiva, se trató de un libro importante sobre todo como una señal de lo que iba a acontecer casi treinta años más tarde. El argumento

central apuntaba a una supuesta relación entre el «nacionalismo» ucraniano —interpretado como cualquier debate sobre la represión soviética en Ucrania o sobre la independencia o soberanía del territorio—, el fascismo y los servicios de inteligencia estadounidense y británico. Mucho más tarde esas mismas relaciones —entre Ucrania, el fascismo y la CIA— fueron utilizadas en la campaña informativa rusa contra la independencia de Ucrania y el movimiento anticorrupción de 2014. En un sentido muy real, en 1987 se sentaron las bases de dicha campaña.

Al igual que otras apologías soviéticas de la época, *Fraud, Famine and Fascism* admitía que de 1932 a 1933 la gente había pasado cierta hambre en Ucrania y Rusia, pero atribuía la hambruna generalizada a las exigencias de la «modernización», al sabotaje de los kulaks y a los supuestos problemas meteorológicos. Como en otras campañas de desprestigio más sofisticadas, había elementos reales combinados con falacias y exageraciones. El libro de Tottle señalaba, con razón, que algunas de las fotografías que en aquella época solían atribuirse a la hambruna de 1933 en realidad habían sido tomadas durante la de 1921. Asimismo, el autor identificó, con acierto, algunos informes erróneos o engañosos de la década de 1930 y señaló, también correctamente, que algunos ucranianos habían colaborado con los nazis y que durante la ocupación de Ucrania estos últimos habían escrito y hablado muchísimo sobre la hambruna.

A pesar de que estos datos no atenuaban la magnitud de la tragedia de 1932 y 1933 ni invalidaban sus causas, ese vínculo entre los «nazis» y los «nacionalistas» tenía como objetivo desprestigiar a cualquiera que escribiese sobre la hambruna. La estrategia funcionó hasta cierto punto; la campaña soviética contra la memoria ucraniana de la hambruna y contra los historiadores especializados en ella dejó un rastro de incertidumbre. Incluso Hitchens se sintió obligado a mencionar, en el debate sobre *Harvest of Despair*, a los ucranianos que habían colaborado con los nazis, y parte de la comunidad académica siempre abordaría con cierta cautela el libro de Conquest.[61] En la década de 1980, sin poder acceder a los archivos, seguía siendo imposible describir la serie de decisiones premeditadas que habían llevado a la hambruna en la primavera de 1933, al igual que era imposible exponer en detalle sus consecuencias, el encubrimiento o el censo suprimido de 1937.

Sin embargo, los proyectos de investigación en los que se habían basado tanto *Harvest of Despair* como *Harvest of Sorrow* tuvieron un eco aún mayor. En 1985 el Congreso estadounidense creó una comisión bipartita para

investigar la hambruna de Ucrania y nombró a Mace como investigador jefe. Su objetivo era «llevar a cabo un estudio de la hambruna ucraniana de 1932 y 1933, para aumentar el conocimiento que el mundo tiene sobre dicho suceso y para que el público estadounidense comprenda mejor el sistema soviético revelando el papel desempeñado por los soviéticos» en todo lo ocurrido.[62] La comisión tardó tres años en elaborar el informe, una colección de testimonios orales y por escrito de supervivientes de la diáspora, que sigue siendo uno de los más extensos publicados en inglés. Cuando la comisión presentó su trabajo en 1988, la conclusión contradecía directamente la línea soviética. «No cabe duda —concluyó— de que un elevado número de habitantes de la República Socialista Soviética Ucraniana y del territorio del Cáucaso septentrional fallecieron de inanición en una hambruna causada por el hombre entre 1932 y 1933, fruto de la confiscación de la cosecha de 1932 por parte de las autoridades soviéticas».

Además, la comisión halló que «las aseveraciones soviéticas oficiales sobre un "sabotaje de los kulaks", al que culparon de todas las dificultades durante la hambruna, son falsas»; que «la hambruna no tenía, como se afirmaba, relación alguna con la sequía», y que «trataron de evitar que las víctimas de la hambruna viajasen a zonas donde había una mayor disponibilidad de alimentos». La conclusión de la comisión fue que «la causa de la hambruna ucraniana de 1932 y 1933 fue la incautación de los productos agrícolas a la población rural»; en otras palabras, que no fue consecuencia de los «problemas meteorológicos» o del «sabotaje de los kulaks».[63]

Los hallazgos de Conquest se vieron reflejados en los de la comisión. Asimismo, consolidaron la autoridad de Mace y proporcionaron mucho material nuevo que otros académicos podrían utilizar en los años posteriores. Pero, para cuando la comisión publicó su última declaración en 1988, los debates más importantes sobre la hambruna empezaban por fin a tener lugar no en Europa o Norteamérica, sino en la propia Ucrania.

El 26 de abril de 1986, los sistemas de monitorización de la radiación instalados en Escandinavia empezaron a indicar niveles que se salían de lo común. Científicos nucleares de toda Europa, que al principio sospecharon que se trataba de un fallo de los equipos, dieron la señal de alarma. Pero las cifras no eran casuales. Unos pocos días más tarde las fotografías tomadas por los satélites señalaron el lugar de origen de la radiación: una central nuclear de la ciudad de Chernóbil, en el norte de Ucrania. Se preguntó por ello al

Gobierno soviético, pero este no ofreció ninguna explicación ni dio indicaciones. Cinco días después tuvo lugar el desfile del Primero de Mayo en Kiev, a menos de ciento veinte kilómetros. Miles de personas caminaron por las calles de la ciudad ucraniana, ajenas a la radiación invisible. El Gobierno era muy consciente del peligro. El líder del Partido Comunista de Ucrania, Volodímir Shcherbitski, llegó tarde al desfile, claramente angustiado; el secretario general de la Unión Soviética le había ordenado personalmente que no lo cancelara. «Si echa a perder el desfile —le había dicho Mijaíl Gorbachov a Shcherbitski— deberá entregar su carnet del partido».[64]

Dieciocho días después del accidente, Gorbachov cambió de manera súbita de política. Apareció en la televisión soviética y anunció que el público tenía derecho a saber qué había sucedido. Equipos de cámaras soviéticos entraron en el lugar, grabaron entrevistas a médicos y habitantes de la zona y explicaron lo ocurrido. Se había tomado una mala decisión, un experimento con las turbinas había salido mal y había causado la fusión de un reactor nuclear. Soldados de toda la Unión Soviética cubrieron de hormigón los humeantes escombros. Todos los que vivían a menos de treinta kilómetros de Chernóbil habían abandonado sus hogares o sus granjas, de forma indefinida. El número de víctimas mortales, que según la versión oficial fue de treinta y una, ascendió en realidad a miles, puesto que los hombres que habían arrojado el hormigón y quienes habían sobrevolado el reactor en helicópteros empezaron a morir en otros lugares de la Unión Soviética debido a la radiación.

El impacto psicológico del accidente no fue menos profundo. Chernóbil hizo pedazos el mito de la competencia técnica de los soviéticos, una de las pocas en que mucha gente seguía creyendo. Si la Unión Soviética había prometido a sus ciudadanos que el comunismo los guiaría a un futuro tecnológicamente avanzado, Chernóbil hizo que se cuestionasen si se podía confiar en ella. Y lo que es aún más importante: Chernóbil recordó a la Unión Soviética y al resto del mundo cuáles eran las terribles consecuencias del secretismo soviético, algo que incluso llevó a Gorbachov a reconsiderar la negativa del partido a debatir sobre su pasado y su presente. Conmovido por el accidente, el mandatario soviético puso en marcha la política de la *glásnost*, que significa literalmente «apertura» o «transparencia» y que animaba a los funcionarios públicos y los ciudadanos de a pie a revelar la verdad sobre las instituciones y la historia soviéticas, incluida la de 1932 y 1933. Como resultado de esta decisión, la red de mentiras que se había entretejido para ocultar la hambruna —la manipulación de las estadísticas, la destrucción de

los registros de defunción, la encarcelación de los diaristas— por fin se desharía.[65]

En Ucrania el accidente despertó los recuerdos de traiciones pasadas y catástrofes históricas, llevando a sus habitantes a desafiar al hermético Estado. El 5 de junio, seis semanas después de la explosión de Chernóbil, el poeta Iván Drach tomó la palabra en una junta de la Unión de Escritores de Ucrania, un ente de carácter oficial. Su intervención tuvo un matiz sentimental poco común; el hijo de Drach había sido uno de los jóvenes soldados a los que habían enviado al lugar del accidente sin un traje de protección adecuado, y ahora estaba sufriendo los efectos de la radiación. Aunque el propio Drach había sido un defensor de la energía nuclear porque, según él, ayudaría a modernizar Ucrania,[66] culpó al sistema soviético del accidente, del velo de secretismo que había encubierto las explosiones y del caos consiguiente. Drach fue la primera persona que comparó abiertamente lo ocurrido en Chernóbil con la hambruna. Hablando con todo lujo de detalles, afirmó que «un relámpago nuclear había azotado al genotipo de la nación».

> ¿Por qué se ha alejado de nosotros la generación más joven? Porque no aprendimos a hablar abiertamente, a decir la verdad sobre cómo vivíamos y cómo estamos viviendo. Nos hemos acostumbrado tanto a la mentira […]. Cuando veo a Reagan presidir una comisión sobre la hambruna de 1933 me pregunto lo siguiente: ¿dónde está el Instituto de Historia cuando se trata de la verdad acerca de 1933?[67]

Más tarde las autoridades del partido restaron importancia a las palabras de Drach considerándolas «un arrebato emocional», y censuraron incluso la transcripción interna del discurso. La referencia al «relámpago nuclear» que había «azotado al genotipo de la nación» —una frase que mucha gente recordaba erróneamente como una alusión directa al genocidio— fue sustituida por «azotó causando sufrimiento».[68]

Pero no había vuelta atrás; los comentarios de Drach calaron hondo entre quienes los oyeron en su momento y entre quienes los repitieron después. Los sucesos empezaron a cobrar ritmo, y muy pronto la *glásnost* se volvió una realidad. Gorbachov pretendía que la política revelase los mecanismos de las instituciones soviéticas que tenían algún defecto, con la esperanza de que así funcionasen mejor. Otros interpretaron la *glásnost* de manera más general. En la prensa soviética empezaron a aparecer hechos históricos reales. Las obras de Alexánder Solzhenitsin y de otros cronistas del Gulag fueron publicadas por primera vez. Gorbachov se convirtió en el segundo líder soviético, después de Jrushchov, en hablar abiertamente sobre los «vacíos» de la historia

soviética. Y, a diferencia de su predecesor, hizo sus observaciones en televisión.

> […] la falta de una verdadera democratización de la sociedad soviética fue precisamente lo que hizo posible el culto a la personalidad y las violaciones de la ley, la arbitrariedad y la represión de la década de 1930; crímenes todos ellos basados en el abuso del poder. Muchos miles de miembros y no miembros del partido se vieron sometidos a la represión de masas. Esa es, camaradas, la cruda realidad.[69]

Con la misma rapidez, la *glásnost* se empezó a quedar corta a ojos de los ucranianos. En agosto de 1987 Viacheslav Chornovil, uno de los líderes intelectuales de la disidencia, escribió una carta abierta de treinta páginas a Gorbachov, acusándolo de haber instaurado una *glásnost* «superficial» que preservaba la «soberanía ficticia» de Ucrania y de otras repúblicas no rusas, pero que acallaba su idioma, su memoria y su verdadera historia. Chornovil le ofreció su propia lista de «vacíos» de la historia de Ucrania, que incluía a las personas y los incidentes que seguían sin ser mencionados en los relatos oficiales: Hrushevski, Skrípnik, Jviloví, los arrestos en masa de intelectuales, la destrucción de la cultura nacional, la persecución del idioma ucraniano y, obviamente, la gran hambruna «genocida» de 1932 y 1933.[70]

Otros siguieron su ejemplo. El Capítulo Ucraniano de la Conmemoración, una sociedad soviética en recuerdo de las víctimas de Stalin, empezó por primera vez a reunir testimonios y recuerdos de forma pública. En junio de 1988 otro poeta, Borís Olínik, tomó la palabra en el famoso XIX Congreso del Partido celebrado en Moscú, el más abierto y polémico de la historia, y el primero en emitirse en directo. Planteó tres cuestiones: el estatus de la lengua ucraniana, los peligros de la energía nuclear y la hambruna. «Se deben hacer públicas las razones por las que tuvo lugar la hambruna de 1933, que acabó con la vida de millones de ucranianos, y los responsables de dicha tragedia [deben] ser identificados por su nombre».[71]

En ese contexto, el Partido Comunista de Ucrania se preparó para responder al informe del Congreso estadounidense. Ante el dilema, el partido decidió formar un comité, como tan a menudo hizo en los sofocantes últimos años de la Unión Soviética. Shcherbitski les asignó a los especialistas de la Academia de Ciencias de Ucrania y del Instituto de Historia del Partido —las organizaciones que se encontraban tras la publicación de *Fraud, Famine and Fascism*— la tarea de desmentir las acusaciones generales, y en particular la de argumentar contra las concusiones a las que había llegado el informe del Congreso. Una vez más, los miembros del comité debían ofrecer una negativa

oficial. Para asegurarse el éxito, los historiadores recibieron permiso para acceder a las fuentes archivísticas.[72]

El resultado fue inesperado. Para muchos de los académicos los documentos supusieron toda una revelación. Contenían informes precisos sobre las decisiones políticas, las confiscaciones de cereal, las protestas de los activistas, los cadáveres que yacían en las calles de las ciudades, la tragedia de los huérfanos, el miedo y el canibalismo. La conclusión del comité fue que no había existido fraude alguno y que el «mito de la hambruna» tampoco era un complot fascista. La hambruna había sido real, había ocurrido, y no podían seguir negándolo.

El sexagésimo aniversario de la hambruna, en el otoño de 1993, fue diferente de todos los anteriores. Dos años antes, Ucrania había elegido a su primer presidente y había votado de manera casi unánime a favor de la independencia; la posterior negativa del Gobierno a firmar un nuevo tratado de unión había precipitado la disolución de la Unión Soviética. El Partido Comunista de Ucrania, en uno de sus últimos actos inolvidables antes de abandonar el poder, había aprobado una resolución que culpaba de la hambruna de 1932 y 1933 al «rumbo criminal seguido por Stalin y su séquito más cercano».[73] Drach y Olínik se habían unido a otros intelectuales para fundar Ruj, un partido político independiente y la primera manifestación legal del movimiento nacional desde la represión de principios de la década de 1930. Por primera vez en la historia, Ucrania era un Estado soberano y la mayor parte del mundo lo reconocía como tal.

En el otoño de 1993 Ucrania ya era libre, como Estado soberano, de debatir sobre su propia historia y conmemorarla. Por una combinación de razones, los antiguos comunistas y disidentes ansiaban tomar la palabra. El Gobierno organizó una serie de eventos públicos en Kiev. El 9 de septiembre el viceprimer ministro inauguró una conferencia académica en que resaltó la importancia política de las conmemoraciones de la hambruna. «Solo una Ucrania independiente puede garantizar que una tragedia así no vuelva a repetirse», señaló ante el público presente. James Mace, que para entonces ya era una figura muy reconocida y admirada, también se encontraba ahí. Sus conclusiones también fueron políticas: «Espero que esta conmemoración ayude a los ucranianos a recordar el peligro que acarrean el caos político y la dependencia política de potencias vecinas». También habló el presidente Leonid Kravchuk, un antiguo *apparátchik* comunista. «Una forma de

gobierno democrática protege al pueblo de tales infortunios —dijo—. Si perdemos nuestra independencia, estamos destinados a quedarnos para siempre muy rezagados en el ámbito de la economía, la política y la cultura. Es más, si eso sucede, siempre nos enfrentaremos a la posibilidad de repetir esas terribles páginas de nuestra historia que fueron organizadas por una potencia extranjera, incluida la hambruna».[74]

Iván Drach, el líder de Ruj, pidió que la importancia de la hambruna recibiese un mayor reconocimiento; exigió que los rusos «se mostrasen arrepentidos» y que siguiesen el ejemplo de los alemanes a la hora de reconocer su culpa. Mencionó directamente el Holocausto, señalando que los judíos habían «obligado al mundo entero a admitir su culpa ante ellos». A pesar de que no afirmó que todos los ucranianos hubiesen sido víctimas —«en Ucrania, los saqueadores bolcheviques también movilizaron a vecinos ucranianos»—, sí que utilizó un tinte nacionalista. «La primera lección que se está convirtiendo en una parte integral de la conciencia ucraniana es que a Rusia nunca le ha interesado ni nunca le interesará Ucrania para nada más que la destrucción absoluta de la nación ucraniana».[75]

Las ceremonias duraron todo el fin de semana. Banderines negros colgaban de los edificios del Gobierno, y miles de personas asistieron a una misa conmemorativa en la catedral de Santa Sofía. Pero las celebraciones más emotivas fueron espontáneas. Multitud de personas se dirigieron a Jreshchátik, la avenida principal de Kiev, donde la gente había colgado documentos y fotografías personales en carteles situados en tres puntos de la calle. Se levantó un altar a mitad de camino, y los visitantes dejaban flores y pan frente a él. Líderes civiles y políticos de toda Ucrania depositaron coronas de flores a los pies de un nuevo monumento. Algunos llevaron tarros de tierra que habían recogido de las fosas comunes de las víctimas de la hambruna.[76]

Para los que estaban presentes, aquel momento debía de parecer definitivo. La hambruna se había reconocido y recordado públicamente. Es más: tras siglos de colonización imperial rusa y décadas de represión soviética, el reconocimiento y la conmemoración se habían producido en una Ucrania soberana. Para bien o para mal, la historia de la hambruna se había convertido en parte de la política y de la cultura contemporánea del país. Los niños la estudiarían en la escuela y los investigadores reconstruirían el relato completo en archivos. Se erigirían monumentos y se escribirían libros. El largo proceso de comprensión, interpretación, perdón, debate y luto estaba a punto de empezar.

EPÍLOGO
La cuestión ucraniana reconsiderada

El asesinato en masa de pueblos y naciones que ha caracterizado al avance de la Unión Soviética hacia Europa no es un rasgo reciente de su política de expansionismo […]. Al contrario, ha sido una característica de larga duración incluso de la política interna del Kremlin, para la que los actuales líderes han encontrado abundantes precedentes en las operaciones de la Rusia zarista. Se trata de un paso indispensable para el proceso de «unión» que los líderes soviéticos esperan, ingenuamente, que creará al «hombre soviético» y la «nación soviética», y para alcanzar ese objetivo, esa nación unificada, los líderes del Kremlin destruirán con mucho gusto las naciones y las culturas que durante tanto tiempo han habitado Europa del Este.

RAPHAEL LEMKIN, «Soviet Genocide in the Ukraine», 1953 **[1]**

Ще не вмерла України і Слава, і Воля

(Aún no han muerto la gloria ni la libertad de Ucrania)

Himno nacional de Ucrania

Los que sobrevivieron a la hambruna ucraniana siempre la describieron, cuando les permitieron hacerlo, como un acto de agresión estatal. Los campesinos que vivieron los registros y las listas negras los recordaban como un ataque colectivo contra ellos y su cultura. Los ucranianos que fueron testigos de los arrestos y los asesinatos de intelectuales, académicos, escritores y artistas los recordaban del mismo modo, como un ataque premeditado contra la élite de su cultura nacional.

Los materiales de archivo confirman el testimonio de los supervivientes. Ni la mala cosecha ni los problemas climatológicos causaron la hambruna de Ucrania. A pesar de que el caos de la colectivización ayudó a crear las condiciones que condujeron a ella, el elevado número de muertes que hubo en Ucrania entre 1932 y 1934, y sobre todo el pico de la primavera de 1933,

tampoco fueron una consecuencia directa de la colectivización. La hambruna fue más bien el resultado de la incautación forzosa de la comida de los hogares de la gente; de los cortes de carreteras que impidieron que los campesinos buscasen trabajo o alimentos; de las duras normas de las listas negras impuestas a las granjas y aldeas; de las restricciones aplicadas al intercambio y el comercio, y de la agresiva campaña propagandística destinada a convencer a los ucranianos de que mirasen, impasibles, cómo sus vecinos morían de hambre.

Como ya se ha visto, Stalin no trató de matar a todos y cada uno de los ucranianos, ni tampoco todos estos ofrecieron resistencia. Al contrario, algunos colaboraron, de manera tanto activa como pasiva, con el proyecto soviético. En este libro se han mencionado varios casos de ataques de vecinos contra vecinos, un fenómeno de sobra conocido que ha venido produciéndose en los asesinatos en masa ocurridos en otros lugares y otras épocas. Pero Stalin sí que trató de eliminar físicamente a los ucranianos más activos y comprometidos, tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Entendía las consecuencias de la hambruna y de la oleada simultánea de arrestos en masa mientras estaban teniendo lugar en Ucrania, y también lo hacían las personas de su círculo más cercano, incluidos los líderes comunistas ucranianos.

En aquel momento no existía ninguna palabra para describir el ataque organizado por el Estado contra un grupo étnico o una nación, y no había ninguna ley internacional que lo definiera como un tipo de crimen específico. Pero en cuanto empezó a utilizarse el término «genocidio» a finales de la década de 1940, muchos trataron de aplicarlo a la hambruna de Ucrania y a las purgas que la acompañaron. Esos esfuerzos se vieron entorpecidos, al igual que ahora, por las múltiples interpretaciones de la palabra «genocidio» —una categoría jurídica y moral en vez de histórica— y por la intrincada y en constante cambio situación política de Rusia y Ucrania.

Los orígenes del concepto se encuentran, en un sentido muy literal, en Ucrania, específicamente en la ciudad polaca-judía-ucraniana de Leópolis. Raphael Lemkin, el jurista que acuñó el término —combinando la palabra griega *genos*, que significa «raza» o «nación», con la latina *cidio*, que significa «asesinato»—, estudió derecho en la Universidad de Leópolis en la década de 1920, cuando la ciudad aún se llamaba Lwów.[2] Esta última había sido polaca hasta el siglo XVIII, y luego había formado parte del Imperio austrohúngaro. Después de la Primera Guerra Mundial volvió a formar parte de Polonia; se convirtió en una ciudad soviética tras la invasión del Ejército Rojo en 1939; fue alemana entre 1941 y 1944; formó parte de la Ucrania

soviética hasta 1991, y a continuación quedó integrada en la independiente. Cada cambio iba acompañado de agitación y a veces de violencia de masas, puesto que los nuevos gobiernos imponían cambios en el idioma, la cultura y la ley.

A pesar de haberse mudado de Leópolis a Varsovia en 1929, Lemkin escribió en su autobiografía que la historia de su región y las intensas emociones que la azotaron durante la Primera Guerra Mundial lo habían llevado a pensar en el genocidio. «Empecé a leer más sobre historia para estudiar si también se estaban destruyendo otros grupos nacionales, religiosos o raciales», escribió. En particular, el ataque de los turcos contra los armenios, «a los que asesinaron por la simple razón de ser cristianos», lo condujo a pensar con mayor profundidad en el derecho internacional y a preguntarse cómo podía utilizarse para evitar semejantes tragedias.[3] La invasión nazi de Varsovia en 1939 hizo que su trabajo se volviera más perentorio, pues enseguida comprendió que conllevaría un ataque contra los judíos como grupo, y que sucedería lo mismo con otros. Acabó articulando su punto de vista en *El dominio del Eje en la Europa ocupada. Leyes de ocupación, análisis de la administración gubernamental, propuestas de reparaciones*, un libro que publicó en Estados Unidos en 1944, tras huir de la Polonia ocupada. En él, Lemkin definía la palabra «genocidio» no como un único acto, sino como todo un proceso.

> Hablando en términos generales, el genocidio no significa en rigor la destrucción inmediata de una nación, excepto cuando se la lleva a cabo a través del asesinato masivo de todos los miembros de un país. Debiera más bien comprenderse como un plan coordinado de diferentes acciones cuyo objetivo es la destrucción de las bases esenciales de la vida de grupos de ciudadanos, con el propósito de aniquilar a los grupos mismos. Los objetivos de un plan semejante serían la desintegración de las instituciones políticas y sociales, de la cultura, del lenguaje, de los sentimientos de patriotismo, de la religión y de la existencia económica de grupos nacionales y la destrucción de la seguridad, la libertad, la salud y la dignidad personales e incluso de la vida de los individuos que pertenecen a dichos grupos. El genocidio se dirige contra el grupo nacional como una entidad, y las acciones involucradas se dirigen contra los individuos, no en su capacidad de individuos, sino como miembros del grupo nacional.[4]

En *El dominio del Eje* Lemkin también hablaba sobre los diferentes tipos de genocidio: político, social, cultural, económico, biológico y físico. Por otro lado, en un resumen de la historia del genocidio que no acabó ni publicó, enumeraba asimismo las técnicas que se podían emplear para cometer este tipo de exterminio, e incluyó entre ellas la profanación de símbolos culturales y la destrucción de centros de cultura como iglesias y escuelas.[5] En otras palabras, como ya apuntó Lemkin en sus trabajos publicados e inéditos de la

década de 1940, el «genocidio» incluía sin duda alguna la sovietización de Ucrania y la hambruna ucraniana. Más tarde defendió esa conclusión de forma explícita. En un ensayo de 1953 titulado «Soviet Genocide in the Ukraine», Lemkin escribió que la Unión Soviética había atacado a las élites ucranianas porque eran «pequeñas y fáciles de eliminar, y es precisamente por ello que sobre estos grupos ha recaído casi toda la fuerza del hacha soviética, con las conocidas herramientas que utiliza para ello: asesinatos en masa, deportaciones y trabajos forzados, exilio e inanición».[6]

Si el concepto de «genocidio» se hubiese quedado en una simple idea en las mentes y los escritos de los académicos, hoy en día no habría debate alguno; según la definición de Lemkin, el Holodomor fue un genocidio, como lo es también según las interpretaciones más intuitivas del mundo. Con todo, el concepto de «genocidio» pasó a formar parte del derecho internacional en un contexto totalmente diferente, el de los juicios de Nuremberg y los debates jurídicos posteriores.

Lemkin ejerció de asesor del principal abogado del proceso, el juez del Tribunal Supremo Robert Jackson, y el término fue utilizado en él gracias a su respaldo, a pesar de que ninguno de los veredictos lo mencionaba. Después de que acabaran los juicios de Nuremberg muchos creyeron, por razones morales y de *Realpolitik*, que los documentos básicos de la ONU debían recoger el término. Pero como han defendido Norman Naimark y otros, la política internacional, y más específicamente la de la Guerra Fría, tuvieron mucho mayor peso que los conocimientos jurídicos de Lemkin o ningún otro en el borrador de la convención de las Naciones Unidas acerca del genocidio. [7]

Una resolución inicial de la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1946 condenaba el genocidio utilizando un lenguaje que se hacía eco de la visión más general de Lemkin. Identificaba el genocidio como «un crimen bajo el derecho internacional […] ya se cometa por motivos religiosos, raciales, políticos o cualesquiera otros». Los primeros borradores de lo que se convertiría en la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio también incluían a «grupos políticos» como posibles víctimas del genocidio. Pero la Unión Soviética, que sabía que podría ser considerada culpable de llevar a cabo un genocidio contra «grupos políticos» —por ejemplo, contra los kulaks—, se opuso a esa definición más general. En vez de ello, la delegación soviética defendió que los grupos políticos «se encontraban por completo fuera de lugar en una definición científica del genocidio, y su inclusión debilitaría la convención y entorpecería la lucha contra el genocidio». La delegación soviética trató en cambio de asegurarse

de que la definición de «genocidio» quedase «orgánicamente ligada al fascismo-nazismo y a otras teorías raciales parecidas». El propio Lemkin empezó a abogar por una definición más restringida, al igual que hicieron otros que anhelaban la aprobación de la medida y que temían que, de no ser así, la Unión Soviética la bloquearía.[8]

Finalmente, la Convención fue aprobada en 1948, un triunfo personal para Lemkin y muchos otros que habían abogado por ello. Pero la definición jurídica era restrictiva, y en los próximos años se interpretó de manera aún más restringida. A efectos prácticos, el «genocidio», según la definición de los documentos de la ONU, pasó a significar el exterminio físico de todo un grupo étnico, de manera similar al Holocausto.

El Holodomor no cumple ese criterio. La hambruna de Ucrania no fue un intento de eliminar a todos y cada uno de los ucranianos, y también se le puso fin en el verano de 1933, mucho antes de arrasar con toda la nación. Aunque más tarde Lemkin defendió una ampliación del término, e incluso llegó a describir la sovietización de Ucrania como el «ejemplo clásico de genocidio soviético», ahora ya es difícil clasificar la hambruna ucraniana, o cualquier otro crimen soviético, como un genocidio según el derecho internacional.[9] Es algo que no resulta sorprendente teniendo en cuenta que la propia Unión Soviética contribuyó a dar forma al lenguaje precisamente para evitar que los crímenes soviéticos, entre ellos el Holodomor, fuesen clasificados como «genocidio».

La dificultad de clasificar el Holodomor como genocidio según el derecho internacional no ha evitado que una serie de gobiernos ucranianos hayan tratado de hacerlo. El primer intento fue tras la Revolución Naranja de 2004, una serie de protestas callejeras en Kiev contra un fraude electoral, la corrupción y la influencia rusa que se percibía en la política ucraniana. Las protestas llevaron a la elección de Víktor Yúshchenko, el primer presidente de Ucrania que no había sido miembro del Partido Comunista. El movimiento nacional ucraniano ejerció un influjo excepcional sobre Yúshchenko durante su mandato, y este lo utilizó para fomentar el estudio de la hambruna. Aludió al Holodomor en su discurso inaugural y creó un Instituto de Memoria Nacional con el Holodomor como principal tema de investigación. También presionó para que la ONU, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y otras instituciones internacionales reconocieran el Holodomor como genocidio. Bajo su gobierno se incrementó de manera

drástica la financiación para investigar la hambruna. Por ejemplo, docenas de grupos locales —profesores, estudiantes, bibliotecarios— unieron sus fuerzas para crear el Libro de la Memoria, una lista completa de las víctimas de la hambruna.[10] En enero de 2010 un tribunal ucraniano declaró culpables de «perpetrar un genocidio» a Stalin, Mólotov, Kaganóvich, Póstishev, Kosior y otros. El tribunal cerró el caso porque todos los acusados estaban muertos.[11]

Yúshchenko comprendió el poder de la hambruna como un episodio nacional cuyo recuerdo unía a los ucranianos, sobre todo por haber sido negado durante tantos años. No cabe duda de que él lo «politizó», en el sentido de que utilizó herramientas políticas para que la historia suscitase un mayor interés. Algunas de sus declaraciones sobre la hambruna, en particular acerca del número de víctimas, eran exageradas. Pero se abstuvo de utilizarla para enfrentarse a los vecinos rusos y no la describió como un crimen «ruso» contra los ucranianos. De hecho, en 2008, en la ceremonia de conmemoración del septuagésimo quinto aniversario del Holodomor, al igual que en otras ocasiones, Yúshchenko hizo todo lo posible por evitar culpar a la nación rusa de aquella tragedia.

> Pedimos a todos, sobre todo a la Federación de Rusia, que digan la verdad, sean honestos y sinceros ante sus hermanos a la hora de denunciar los crímenes del estalinismo y de la Unión Soviética totalitaria […]. Sufrimos aquel infierno juntos. Negamos la descarada mentira de que culpamos a alguien en particular de nuestra tragedia. Esto no es cierto. Solo hay un criminal: el régimen imperial, comunista y soviético.[12]

Los compatriotas de Yúshchenko no siempre tenían en cuenta sus palabras. Obviamente, estaba en lo cierto al culpar de la hambruna a la política del Partido Comunista de la Unión Soviética y no a la política rusa; en 1933 no existía «Rusia», o al menos no un Estado ruso soberano. Pero como en aquella época la sede central del Partido Comunista estaba en Moscú, y como Moscú, la capital de la Rusia postsoviética, heredó muchos de los activos de la Unión Soviética tras su disolución en 1991, algunos ucranianos ahora culpan a «Rusia» de la hambruna.

La clase política rusa, que a mediados de la década de 2000 estaba recuperando sus ambiciones imperiales en la región, decidió interpretar la campaña de Yúshchenko como un ataque contra Rusia y no contra la Unión Soviética, lo cual complicó aún más el tema. Los grupos prorrusos de Ucrania siguieron el ejemplo del Estado ruso; en 2006 un grupo de matones nacionalistas rusos, liderados por un miembro del Partido Comunista local, entraron en el despacho de Volodímir Kalinichenko, un historiador que ha escrito sobre la hambruna en la región de Járkiv, pegando patadas a las

puertas y profiriendo amenazas.[13] En 2008 la prensa rusa denunció las conmemoraciones del Holodomor como «rusófobas» y el presidente ruso, Dmitri Medvédev, rechazó una invitación para asistir a ellas, tachando de «inmoral» cualquier mención al «supuesto Holodomor».[14] Entre bastidores Medvédev amenazó a los líderes de la región y les recomendó que no votaran a favor de una moción para que la ONU calificase al Holodomor como «genocidio». Según el príncipe Andrés de Gran Bretaña, Medvédev le dijo al presidente azerbaiyano que se podía «olvidar de Nagorno-Karabaj», una región que se disputan Azerbaiyán y Armenia, si votaba a favor de la propuesta de llamar «genocidio» al Holodomor.[15]

La campaña no fue solo diplomática, sino que vino acompañada de la aparición de una narrativa histórica rusa que no negaba la hambruna, pero que le restaba muchísima importancia. En Rusia apenas se ha conmemorado la hambruna ucraniana o la soviética en general, y los debates públicos sobre el tema han escaseado. En la medida en que se ha hecho mención de ella, ha sido más bien como parte de un argumento que niega de plano que el sufrimiento fuese particularmente mayor en Ucrania. En 2008 el académico ruso Víktor Kondrashin publicó la versión más elocuente de esta contranarrativa. *Gólod 1932-1933. Traguedia Rossiskoi derevni* («La hambruna de 1932-1933. La tragedia del pueblo ruso») detallaba los horrores que durante aquellos años se vivieron en la provincia rusa de Penza, en la región del Volga. Kondrashin no negaba que hubiese habido una hambruna generalizada en Ucrania. Al contrario, su trabajo mostraba que Stalin había iniciado un proceso despiadado de colectivización y confirmaba que había ordenado la «insensata» confiscación de cereal de 1932 y 1933, a sabiendas de que morirían millones de personas. Pero Kondrashin también argumentaba que los cálculos ucranianos sobre la tasa de mortalidad en Ucrania eran demasiado elevados, que las estimaciones de víctimas mortales en las regiones del Volga habían sido por regla general demasiado bajas y que las políticas de Stalin habían afectado a todos por igual. En una entrevista declaró que el «mecanismo para crear la hambruna fue el mismo» en Rusia y en Ucrania; «no hubo diferencias nacionales».[16]

En parte, el argumento de Kondrashin era cierto. El presidente Yúshchenko es una de las muchas figuras importantes que en ocasiones mencionan cifras exageradas sobre las víctimas del Holodomor. A pesar de que hoy en día la comunidad académica de Ucrania, con algunas excepciones, está llegando a una cifra de consenso situada justo por debajo de los cuatro millones de víctimas mortales, aún se puede oír que hubo hasta diez millones

de muertes.[17] Kondrashin también podía haber estado en lo cierto al afirmar que la provincia de Penza —al igual que Ucrania, una región conocida por un levantamiento de campesinos en tiempos de la guerra civil que enfureció a Lenin en 1918— había sido un blanco especial del Estado soviético.[18]

Está claro que la hambruna «especial» de Penza hay que examinarla de cerca y que la de Kazajistán requiere de una investigación aún más minuciosa, pues hubo una tasa de mortalidad muy elevada que indica la existencia de algo mucho más siniestro que una simple negligencia. Pero no por ello se debe negar la necesidad de reconocer las circunstancias especiales que rodean a la hambruna de Ucrania. Como se ha demostrado en este libro, los registros históricos incluyen decretos dirigidos directa y exclusivamente a Ucrania, como los que ordenaban cerrar su frontera, incluir docenas de sus granjas colectivas y aldeas en las listas negras y vincular de manera implícita el fracaso del acopio de cereal con la ucranianización. Los registros demográficos también señalan que en aquellos años la tasa de mortalidad en Ucrania fue mucho más elevada que en cualquier otra parte de la Unión Soviética.

En un debate público con el historiador ucraniano Stanislav Kulchitski, el propio Kondrashin escribió que Stalin interpretó la crisis alimentaria de 1932 como una «oportunidad».

> […] la hambruna de 1932 y 1933 y la crisis económica general de Ucrania dieron al régimen estalinista una excusa para adoptar medidas preventivas contra el movimiento nacional ucraniano y también, visto en retrospectiva, contra su posible base social (intelectuales, burócratas y campesinos).[19]

Puesto que este es, más o menos, el argumento de la mayoría de los historiadores ucranianos más reconocidos —y el de este libro—, parece que la diferencia entre las interpretaciones académicas «rusa» y «ucraniana» de la hambruna no es tan grande como se afirma en ocasiones.

Sin embargo, la politización del debate sobre la hambruna ha dado pie a que las diferencias entre las interpretaciones públicas ucraniana y rusa de la hambruna se vuelvan relevantes, tanto en el contexto ruso-ucraniano como en la propia Ucrania. Yúshchenko hablaba a menudo de la hambruna, y procedía con sumo cuidado a la hora de plantearse cómo podía ser conmemorada. Pero su oponente y sucesor, Víktor Yanukóvich —un presidente «prorruso», elegido con el apoyo económico y financiero de Rusia—, revertió de golpe esa política. Yanukóvich eliminó de la página web presidencial las referencias al Holodomor, sustituyó al jefe del Instituto de Memoria Nacional por un

historiador excomunista y dejó de utilizar la palabra «genocidio» para describir la hambruna.

Yanukóvich continuó hablando de la hambruna como una «tragedia» e incluso como un «Armagedón» y utilizó con frecuencia la palabra «Holodomor», que conlleva la idea de una hambruna creada de forma artificial. También siguió celebrando ceremonias conmemorativas anuales y no mandó detener ni acosar a los investigadores, como hizo el presidente Vladímir Putin en Rusia en torno a la misma época, a pesar de que muchos habían creído que sí lo haría.[20] Sin embargo, el cambio de tono y de énfasis del presidente enfureció a sus oponentes políticos, que criticaron en particular su negativa a utilizar la palabra «genocidio» como un gesto de deferencia hacia Rusia (cabe destacar que en 2010, durante el mandato de Yanukóvich, el presidente Medvédev visitó finalmente el monumento en recuerdo del Holodomor que hay en Kiev, quizá en «recompensa» por el lenguaje más moderado). Un grupo de ciudadanos trató incluso de llevar a Yanukóvich a los tribunales acusándolo de «negación del genocidio».[21] Su desastrosa presidencia desacreditó aún más todas sus políticas, incluida la de restar importancia a la hambruna. Socavó de manera sistemática las instituciones políticas de Ucrania y estuvo involucrado en profundidad en tramas de corrupción. Huyó del país en febrero de 2014, después de que su policía matara a tiros a más de cien manifestantes en la plaza Maidán de Kiev, durante una amplia protesta contra el presidente.

Inevitablemente, la caída en desgracia de Yanukóvich dejó huella en el debate histórico público. A raíz de las connotaciones políticas que rodeaban a la palabra «genocidio», se convirtió en una suerte de etiqueta identitaria en la política ucraniana, un término que señalaba a quienes la utilizaban como simpatizantes de un partido político y a quienes no hacían uso de ella como simpatizantes de otro. El problema empeoró en la primavera de 2014, cuando el Gobierno ruso recurrió a un argumento caricaturesco sobre el «genocidio» para justificar su propio comportamiento. Durante las invasiones rusas de Crimea y del este de Ucrania, los separatistas que contaban con el apoyo de Rusia y los políticos rusos dijeron que sus intervenciones ilegales se trataban de una «defensa contra el genocidio», en alusión al «genocidio cultural» que se suponía que los «ucranianos nazis» estaban llevando a cabo contra los rusohablantes de Ucrania.

A medida que se intensificaba el conflicto entre Rusia y Ucrania, los ataques contra la historia y la historiografía también se agravaron. En agosto de 2015 los separatistas respaldados por Rusia destrozaron deliberadamente

un monumento a las víctimas de la hambruna en el pueblo de Snizhne, en el territorio ocupado del este de Ucrania (el mismo lugar desde el que los separatistas habían lanzado un misil BUK un año antes, derribando el vuelo número 17 de Malaysian Airlines y matando a todos los pasajeros).[22] También en agosto de 2015 Sputnik News, una página web de propaganda del Gobierno ruso, publicó un artículo en inglés titulado «El fraude del Holodomor», que presentaba unos puntos de vista que recordaban a la vieja época de la negación, llamaba a la hambruna «uno de los mitos más famosos y de las piezas más virulentas de propaganda antisoviética del siglo XX», e incluso citaba *Fraud, Famine and Fascism*, el libro de Douglas Tottle que llevaba tanto tiempo desprestigiado.[23] Los vínculos que este había afirmado que existían entre los historiadores de la hambruna, los supuestos nazis ucranianos y las supuestas fuerzas antisoviéticas de Occidente resultaron útiles para una Rusia que volvía a intentar tachar a los ucranianos de «nazis».[24]

En 2016 se había cerrado el círculo de los argumentos esgrimidos. El Estado ruso postsoviético volvía a negarlo todo: el Holodomor jamás existió, y solo los «nazis» afirmaban lo contrario. Todos estos razonamientos tuvieron tanto éxito a la hora de enturbiar el uso de la palabra «genocidio» que utilizarla en cualquier contexto ruso o ucraniano se ha vuelto algo muy polémico. La gente está agotada del debate, y puede que ese fuese, desde el principio, el objetivo del ataque ruso contra la historiografía de la hambruna.

Pero el debate sobre el genocidio, tan enconado hace solo una década, también ha languidecido por otras razones. La cantidad de pruebas acumuladas significa que hoy en día reviste menos importancia si a la hambruna de 1932 y 1933 se la considera un genocidio, un crimen contra la humanidad o, simplemente, un acto de terror de masas. Sea cual sea la definición escogida, fue un ataque espantoso que un gobierno llevó a cabo contra su propio pueblo, una de las muchas arremetidas de ese tipo que tuvieron lugar en el siglo XX (y no todas ellas encajan en una definición jurídica nítida). Cada vez está más aceptado, tanto en Ucrania como en Occidente, que la hambruna fue algo real y deliberado, y formó parte de un plan político para minar la identidad ucraniana, lo confirme o no un tribunal internacional.

Poco a poco, el debate está perdiendo importancia para los ucranianos. En realidad, las discusiones jurídicas sobre la hambruna y el genocidio eran a menudo una representación de las controversias sobre Ucrania, su soberanía y su derecho a existir. El debate en torno a la hambruna era un modo de insistir

en su derecho a tener una historia y una memoria nacionales propias. Pero ahora —tras más de un cuarto de siglo de independencia, dos revoluciones callejeras y una invasión rusa que el ejército ucraniano acabó deteniendo— la soberanía es un hecho, no una teoría que requiera una justificación histórica o de cualquier otro tipo.

Por lo devastadora que fue, porque se silenció a conciencia y por el profundo impacto que tuvo en la demografía, la psicología y la política de Ucrania, la hambruna continúa dando forma a la manera en que los ucranianos y los rusos piensan sobre sí mismos y los unos acerca de los otros, de maneras tanto obvias como sutiles. La generación que vivió la hambruna y sobrevivió a ella cargó con los recuerdos durante toda su vida, pero la tragedia sigue influyendo incluso a los hijos y los nietos de los supervivientes y los perpetradores.

No cabe duda de que la aniquilación de la élite ucraniana en la década de 1930 —los mejores académicos, escritores y líderes políticos de la nación, así como sus granjeros más activos— sigue siendo importante. Aunque hayan pasado tres generaciones, el origen de muchos de los problemas políticos actuales de Ucrania, entre ellos la amplia desconfianza hacia el Estado, las débiles instituciones nacionales y una clase política corrupta, se remonta directamente a la pérdida de esa primera élite patriótica y posrevolucionaria. En 1933 los hombres y mujeres que podrían haber liderado el país, las personas a las que habrían influido y que a su vez habrían influido a otros, fueron eliminados de la escena. Se intimidó a quienes los sustituyeron para que guardaran silencio y obedecieran, se les enseñó a ser precavidos, cuidadosos y pusilánimes. En los años siguientes el Estado se convirtió en algo que temer en vez de admirar; a los políticos y los burócratas jamás se les volvió a considerar servidores públicos benévolos. Todas las actuales patologías políticas de Ucrania —la pasividad política, la tolerancia de la corrupción y el recelo general de las instituciones estatales, incluso de las democráticas— se remontan a 1933.

La rusificación que siguió a la hambruna también dejó su huella. De resultas de que la Unión Soviética destruyera sistemáticamente la cultura y la memoria ucranianas, muchos rusos no tratan a Ucrania como una nación diferente con una historia diferente. Muchos europeos solo conocen vagamente su existencia, y los propios ucranianos tienen lealtades variadas y confusas. Esa ambigüedad puede traducirse en cinismo y apatía. Es poco

probable que aquellos que no se preocupan o no saben mucho sobre su nación trabajen para convertirla en un lugar mejor. Los que no sienten una responsabilidad civil no están tan interesados en poner fin a la corrupción.

Las actuales batallas lingüísticas de Ucrania también datan de la década de 1930. Paradójicamente, Stalin consolidó el vínculo entre la lengua y la identidad nacional de Ucrania cuando intentó destruirlas. Como resultado, en la actualidad la polémica lingüística sigue reflejando un debate más profundo sobre la identidad. Ucrania es un país completamente bilingüe —la mayoría de los habitantes hablan ucraniano y ruso—, pero aquellos que prefieren una u otra lengua siguen quejándose a menudo de discriminación. En 2012 estallaron protestas cuando el Estado ucraniano reconoció el ruso como un idioma «oficial» de varias provincias, lo que significaba que se podía utilizar en los tribunales y en las oficinas gubernamentales. En 2014, el Gobierno ucraniano post-Maidán intentó revocar la ley, y a pesar de que la revocación fue invalidada de inmediato, los «separatistas» respaldados por Rusia utilizaron dicha propuesta de cambio para justificar su invasión de Ucrania. El desafío de Rusia, tanto a la lengua como a la soberanía ucranianas, también ha causado otro tipo de reacción popular inesperada. En 2005 menos de la mitad de la población utilizaba el ucraniano como la principal forma de comunicación. Diez años más tarde dos tercios lo prefieren frente al ruso.[25] Gracias a la presión de Rusia, la nación se está unificando bajo el idioma ucraniano de una forma en que no lo había hecho desde la década de 1920.

Si el estudio de la hambruna ayuda a explicar la Ucrania contemporánea, también ofrece una guía sobre algunas de las actitudes de la Rusia actual, muchas de las cuales forman parte de patrones más antiguos. Desde la época de la revolución, los bolcheviques sabían que en Ucrania constituían una minoría. Para subyugar a la mayoría, no solo utilizaron una violencia extrema, sino también formas de propaganda agresivas y furiosas. Antes del Holodomor hubo una década de lo que hoy en día se conocen como «discursos de incitación al odio» polarizantes, un tipo lenguaje que designaba a algunos como ciudadanos soviéticos «leales» y a otros como «kulaks» enemigos, una clase privilegiada que debía ser destruida para que la revolución del pueblo fuese posible. Ese lenguaje ideológico justificaba el comportamiento de los hombres y las mujeres que posibilitaron la hambruna, el de la gente que confiscó alimentos a las familias hambrientas y también el de los policías que arrestaron y mataron a sus conciudadanos. Asimismo, les daba una sensación de justificación moral y política. Muy pocos de los que organizaron la hambruna se sintieron culpables por haberlo hecho; los habían

convencido de que los campesinos que morían eran «enemigos del pueblo», malhechores peligrosos a los que debían eliminar en nombre del progreso.

Ochenta años más tarde, el FSB, el sucesor institucional del KGB (que fue a su vez el sucesor del OGPU), sigue utilizando la propaganda y la desinformación para demonizar a sus oponentes. La naturaleza y la forma del discurso de incitación al odio en Ucrania han cambiado, pero las intenciones de quienes se sirven de él siguen siendo las mismas. Al igual que en el pasado, el Kremlin utiliza el lenguaje para enfrentar a la gente, para crear ciudadanos de primera y de segunda clase, para dividir y desviar la atención. De 1932 a 1933 los medios de comunicación estatales de la Unión Soviética describían a las tropas del OGPU que trabajaban con los colaboradores locales como «patriotas soviéticos» que luchaban contra «petliuristas», «kulaks», «traidores» y «contrarrevolucionarios». En 2014 los medios de comunicación estatales de Rusia describieron a las fuerzas especiales que invadieron Crimea y el este de Ucrania como «patriotas separatistas» que luchaban contra «fascistas» y «nazis» de Kiev. Hubo asimismo una extraordinaria campaña de desinformación llena de fotografías e historias falsas —por ejemplo, que los nacionalistas ucranianos habían crucificado a un bebé— no solo en Rusia, sino también en los medios de comunicación que el Estado ruso patrocina en todo el mundo. A pesar de que fue mucho más sofisticada que nada de lo que Stalin hubiese podido imaginar en una época anterior a los medios de comunicación electrónicos, la esencia de la campaña de desinformación fue básicamente la misma.

Ochenta años después, el miedo que Stalin le tenía a Ucrania —o más bien su temor a que la agitación se extendiese desde esta hasta Rusia— sigue resonando. Stalin se refería de manera obsesiva a la pérdida del control en Ucrania y a complots polacos o de otros países extranjeros para subvertir el país. Sabía que los ucranianos sospechaban del gobierno centralizado, que la colectivización no sería popular entre los campesinos que sentían un gran apego por sus tierras y tradiciones, y que el nacionalismo ucraniano era una fuerza galvanizadora, capaz de desafiar al bolchevismo e incluso de acabar con él. Una Ucrania soberana podría desbaratar el proyecto soviético, no solo al privar de su cereal a toda la Unión Soviética, sino también al despojarla de su legitimidad. Ucrania llevaba siglos siendo una colonia rusa, su cultura y la de Rusia estaban estrechamente entrelazadas y sus idiomas tenían fuertes vínculos. Si Ucrania rechazaba el sistema soviético y su ideología, podía poner en duda todo el proyecto soviético, y eso es precisamente lo que hizo en 1991.

El actual Gobierno ruso conoce de sobra esta historia. Al igual que en 1932, cuando Stalin le dijo a Kaganóvich que su mayor preocupación era «perder» Ucrania, el actual Gobierno ruso también cree que una Ucrania soberana, democrática, estable y unida al resto de Europa mediante vínculos culturales y comerciales supone una amenaza para los intereses de los líderes rusos. Al fin y al cabo, si Ucrania se vuelve demasiado europea —si consigue que parezca que se ha integrado con éxito a Occidente—, los rusos pueden preguntarse por qué no pueden hacerlo ellos. La revolución popular que estalló en Ucrania en 2014 representó la peor pesadilla de la cúpula dirigente de Rusia: jóvenes que pedían un Estado de derecho, que denunciaban la corrupción y ondeaban banderas europeas. Un movimiento como ese podría ser contagioso, y por lo tanto debían detenerlo por cualquier medio. El actual Gobierno de Rusia utiliza la desinformación, la corrupción y la fuerza militar para socavar la soberanía ucraniana como hicieron los gobiernos soviéticos tiempo atrás. Al igual que en 1932, las constantes menciones a la «guerra» y a los «enemigos» siguen resultando útiles para los líderes rusos, que no pueden explicar el estancamiento del nivel de vida ni justificar sus privilegios, su riqueza y su poder.

Además de tragedias, la historia también ofrece esperanza. Al final Ucrania no fue destruida. Su idioma no desapareció, como tampoco lo hicieron su deseo de independencia y de democracia o de una sociedad más justa, o de un Estado ucraniano que representase de verdad a sus ciudadanos. En cuanto les fue posible, los ucranianos manifestaron esos deseos. Cuando se les permitió hacerlo, en 1991, votaron casi de forma unánime a favor de la independencia. Ucrania, como proclama su himno nacional, no murió.

A la postre Stalin también fracasó. En la década de 1930 se asesinó a una generación de intelectuales y políticos ucranianos, pero su legado no murió. Al igual que en el pasado, la aspiración nacional, ligada a la aspiración de libertad, revivió en la década de 1960, permaneció oculta en las de 1970 y 1980, y resurgió en la de 1990. Una nueva generación de intelectuales y activistas ucranianos volvió a aparecer con el nuevo siglo.

La historia de la hambruna es una tragedia sin final feliz, pero la de Ucrania no es una tragedia. Asesinaron a millones de personas, pero la nación sigue apareciendo en el mapa. Acallaron su memoria, pero los ucranianos de hoy discuten y debaten su pasado. Los registros censales fueron destruidos, pero hoy en día los archivos son accesibles.

La hambruna y sus consecuencias dejaron una terrible huella. Pero, a pesar de que las heridas siguen ahí, millones de ucranianos están tratando de curarlas por primera vez desde 1933. Como nación, los ucranianos saben lo que ocurrió en el siglo XX, y ese conocimiento puede ayudar a construir su futuro.

Resurgimiento nacional



ЧЕТВЕРТИЙ УНІВЕРСАЛ

УКРАЇНСЬКОЇ ЦЕНТРАЛЬНОЇ РАДИ.

Народе України!

Твоєю силою, волею, словом стала на землі Української Вільної Народньої Республіки. Сповнилась вікована мрія батьків Твоїх, борців за вольності і права трудящих. Але в тяжку годину відроджень волі України. Чотири роки лютої війни заскакали наш Край і людність, фабрики товарів не виробляють, вивози спинилися, заводські робітництві, гроші в цій вакності, клітя закопалося, наступає голод. По краю розплодились юрби грабіжників і злодіїв, особливо після розкладу в фронту війська, совершили крізаву різню, заливає і руйнує нашій Землі. Через все це не могли відбутися вибори в Українські Установчі Збори в призначений нашим попереднім Універсалом час і ці Збори, призначені на нинішній день, не могли відбутись, щоб прибоєм з наших рук знову захопити найвищу революційну владу над Україною, установити лад в Народній Республіці нашій і організувати своє Правительство. А тим часом, Петроградське Правительство Народніх Комісарів, щоб поширити під свою власть Вільну Українську Республіку, оголосило війну Україні, і вислало на наші землі свої війська-красногвардійців, большевиків,—вони грабують хліб наших селян і без всякої плати висилають його в Росію, не жалкуючи взяти зерно, заготовленого на засів, обмежують постачання вашей, і спить серед безладдя, злодійство, безчинство.

Ми, Українська Центральна Рада, пробували все, щоб не допустити сей братовбивчої війни двох суспільних народів, але Петроградське Правительство не тільки нам за зустріч, і веде далі кривду боротьбу з нашим Народом і Республікою, крім того, те саме Петроградське Правительство Народних Комісарів почуває залогати мир і вдяче на нашу війну, посилаючи й до того нас сапшенкою. Зовні ворожі брати, наша вільний трудовий народ повинен власти свое життя.

Ми, Українська Центральна Рада, обрана вільною волею, робітників і салдатів України, на те пристати тепер не можемо, поки війна відбирається не буде, бо Української Нарід хоче миру, і миру демократичного, повинний бути як найшвидче. Але для того, щоб ні Руське правительство, ні яке инше не сгягали України на перешкоді установити той бажаний мир, для того, щоб вести свій Край до ладу, до творчої роботи, до скасування революції та волі нашої, ми, Українська Центральна Рада, сповіщаємо всіх громадян України: одній Української Народня Республіка стає самостійна, ні від кого незалежна Вільна Суверенна Державне Українського Народу. Зо всіма сусідніми державами як от: Росія, Німеччина, Австрія, Румунія, Туреччина та инші, ми хочемо жити в згоді і приязні, але ні вони з нас не можуть втручатися в життя Самостійної Української Республіки,— власть у ній буде належати Вільна Народній Україні, якою нині, поки зберуться Українські Установчі Збори, будемо радити ми, Українська Центральна Рада, представники робочого народу селян, робітників і салдатів, та инші виборчий орган, який одинні мають право назву „Рада Народніх Міністрів".

Насамперед правительство Республіки—вашої Ради Народніх Міністрів—від сього дня вести розмови чи вже переговори про мир з Центральними Державами цілими самостійно і окремо їх до того, не полягаючи ні на які перешкоди з боку инших частин бувшої Російської Імперії, і установити мир, щоб наш Край розпочав свое господарське життя в спокою і ладі.

Да так знову большовиків, та инших найманців, що вносять за руйнують наш Край, примушує Правительству Української Народньої Республіки твердо і рішуче взятись до боротьби з ними, а всім громадам нашої Республіки якнайшвидче не залучати життя боронити добробут і свободу. Нехай Народня Українська Держава повинна буде нечущена ні насильних з Петрограду посилками, ні тощими правами Української Республіки.

Незважаючи тяжкої війни, розпочатої буржуазними правительствами, тяжко покутувала нам Нарід, яке знищила наш Край, розбила господарство. Тепер тому кусить бути кінець, а тим, як армія буває демобілізуватись, пропускаю опускати до-ниже після підтвердження мирних переговорів розпустити врешті земців. Потім, замість постійної армії, вивести народню мілїцію, щоб військо наше служило виключно робочому народу, а не більшим панучих верств.

Порушений війною і демобілізацією місцевість мають бути відновлені за цивільно і заходом всього Державного Скарбу. Коли волею нашої повернуться до влад, народні ради, волості, повітові та городські думи мають бути перевибрані о час, який буде призначено, щоб і вони нові волі в нас голос, а тим часом, аби встановити на місцях тиху власть, до якої б мали довіря і яка б опиралась на всі революційно-демократичні верстви народу, Правительство повинно закликати до співробітництва ради селянських, робітничих і салдатських депутатів, вибраних в місцевої людності.

В справі земельній цілій, зібрана на останній своїй нараді, уже виробила закон про передачу земель трудовому народові без викупу, приймаючи за основу скасування власності поміщицької землі, згідно з нашою постановою на попередній своїй. Закон сей буде розглянено за кілька день в повній Центральній Раді.

Рада Народніх Міністрів вказує всіх заходів, щоб передача земель в руки трудового люду почалась без затяжки весняних робіт через земельні комітети негайно відбулась.

Дісі, волі і всі багатства підземні, як добро Українського трудящого народу, переходять в розпорядження Української Народньої Республіки.

Війна тяжко вибрала на себе всі трудові робочі сили нашої країни. Коштовні заводи, фабрики, майстерні зароблені плавні те, що було потрібно для війни, і через полиці зовсім без товарів. Тому вільні спілки. Отож пропонуємо Раді Народніх Міністрів негайно приступити до переведення всіх заводів і фабрик на мирний лад, на виробництво продуктів, потрібних виключно трудовому народові.

Та сама війна заполонила сотні тисяч безробітних, в тюрмі і заслані. В Самостійній Народній Республіці України не повинно терпіти ні одне трудящої особи. Правительство Республіки має відповідальність Державне, щоб розпочать творчу роботу в усіх галузях, де всі безробітні могли б найти працю і прожиток своєю силу і—вивати всіх заходів до побудження скалічених від каторжанах від війни.

За старого ладу торговці та урядні посередники наживали з бідних виробників великі величезні капітали. Отожно Українська Народня Республіка бере в свої руки найважнійші галузі торгівлі і весь дохід з неї потратить на користь народу. За товарами, які будуть потрібовитись в великому і виключно до народу, буде встановити свою Державна монополія, щоб не було тяжкої дороговизні, яку терпіть найбільшій класи через спекулянтів. Правительству Республіки на полегшення свого тяжкого фінансового крайовіту і представити на затвердження законів про зміну, а також про монополію солі, нафти, тютюну і инших продуктів і товарів, з яких найбільше прибутків з робочих класів, на користь потрудящих.

Так само пропонуємо встановити державно-народній контроль над всіма банками, що крепляли, большими акціонерними товариствами, експлуатуючи класи трудящих. Окремі величезні капіталі банків має дістатися головним чином на підтримку трудового населення та розвитку народнього господарства Української Народньої Республіки, а не на спекуляцію та різні більшої експлуатації і визиску.

На грунті безладдя, викликаного в цілості і окремості продуктів росте незвичайно через до-ной часто дорожизна. Тим незвичайно користуються різні темні сили і підбивають несвідомих людей до старих порядків. Ці темні сили хочуть знову повернуть всі добре корисні під гаслом царської влади Росії. Рада Народніх Міністрів попереджує рішуче боротися з усіма контр-революційними силами. А всякого, хто виступить до виступів проти Самостійної Української Народньої Республіки, до повороту старого ладу, того карати, як за державну зраду.

Всі демократичні свободи, проголошені цим Універсалом, Українська Народня Республіка гарантирує, і в—окрема гарантує у Самостійній Народній Українській Республіці всі наші користуються права національно-персональної автономії, предвиділа за нами законом. Это січня.

Всього, чого з вищезазначеного в сім Універсалі не встигнемо зробити ми, Центральна Рада, в найближчих тижнях, те повно доверить скликать і до останнього порядку провадить Українські Установчі Збори. Ми наперед наш призначаємо скликати вибори до цих зо найвідповідніше, вжити всіх заходів, щоб скористувати голосів тільки тих, що найкорінні, щоб за цілих тижнів збирався ці наші Установчі Збори—найвищий господар і впорядник Землі нашої—і закріпили свободу, лад і добробут конституції Незалежної Української Народньої Республіки на добро всього трудящого народу—тепер і на будучину.

Сьому Найвищому нашому органові належить рішати про федеративний союз народніми республіками бувшої Російської держави.

До того часу всіх громадян Самостійної Української Народньої Республіки ключно виконувати свято на сторожі добутої волі та прав нашого Народу і всіма силами боронити свою долю від всіх ворогів селянсько-робітничої Самостійної Республіки Української.

Українська Центральна Рада.

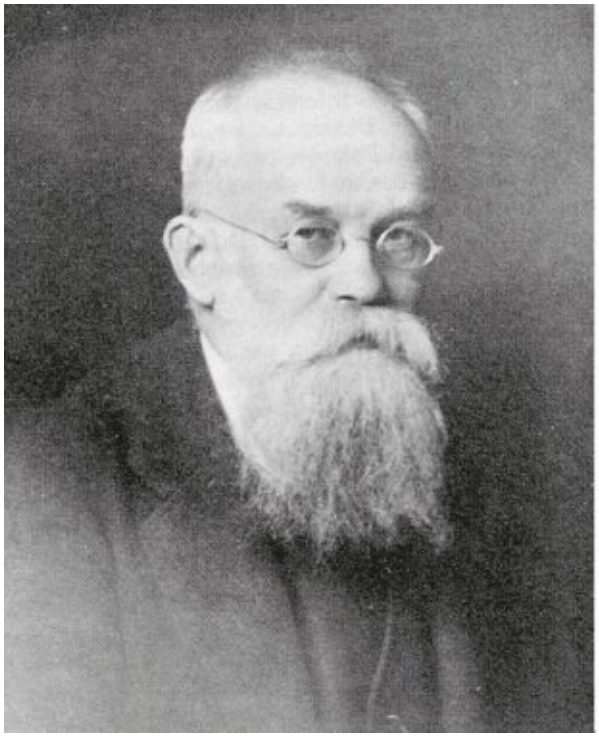
1. «A partir de hoy, la República Popular de Ucrania se declara independiente, sin estar sujeta a nadie, un Estado libre y soberano del pueblo ucraniano.» La Rada Central declara la independencia, cuarta universal, 9 de enero de 1918.



2. Heorhi Nárbut diseñó el escudo de armas, los sellos y los billetes de Ucrania, así como esta portada de la revista cultural *Nashe Minule*, que significa «Nuestro pasado».



3. Una concentración por la independencia en 1917 en Jreshchátik, la calle principal de Kiev y el lugar donde en 2014 tuvieron lugar las manifestaciones del Euromaidán.



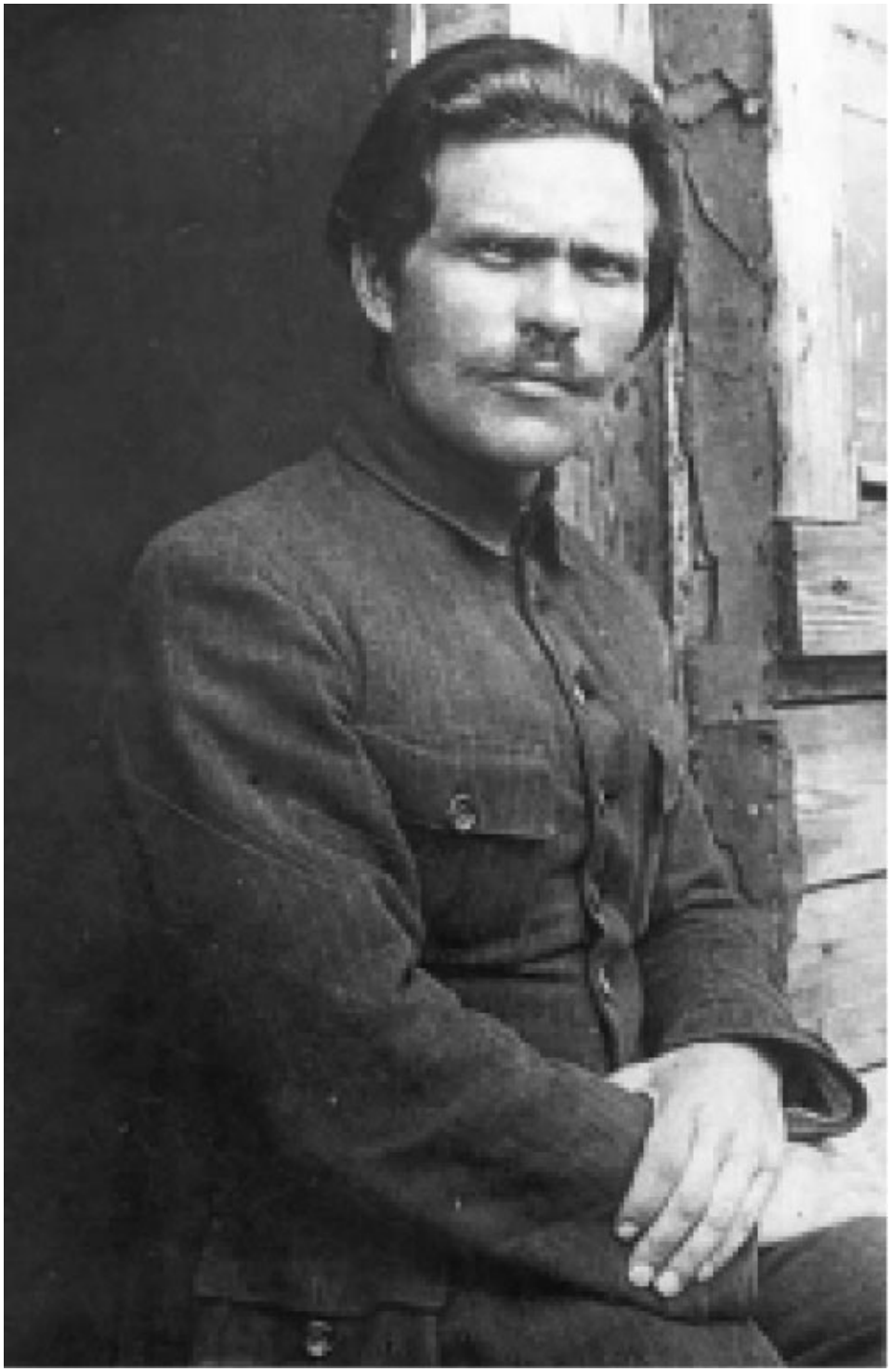


4-5. Mijailo Hrushevski, una de las principales figuras del resurgimiento nacional de Ucrania, y la portada de *Istoria Ukraíni*, el libro de referencia que publicó en 1917.

Nacionalistas y anarquistas



6. Simon Petliura (*en el centro a la derecha*), presidente del Directorio de Ucrania, con el líder polaco Józef Piłsudski (*en el centro a la izquierda*), Stanisláviv, 1920. El recuerdo de esta alianza entre Ucrania y Polonia atormentó a Stalin durante muchos años.

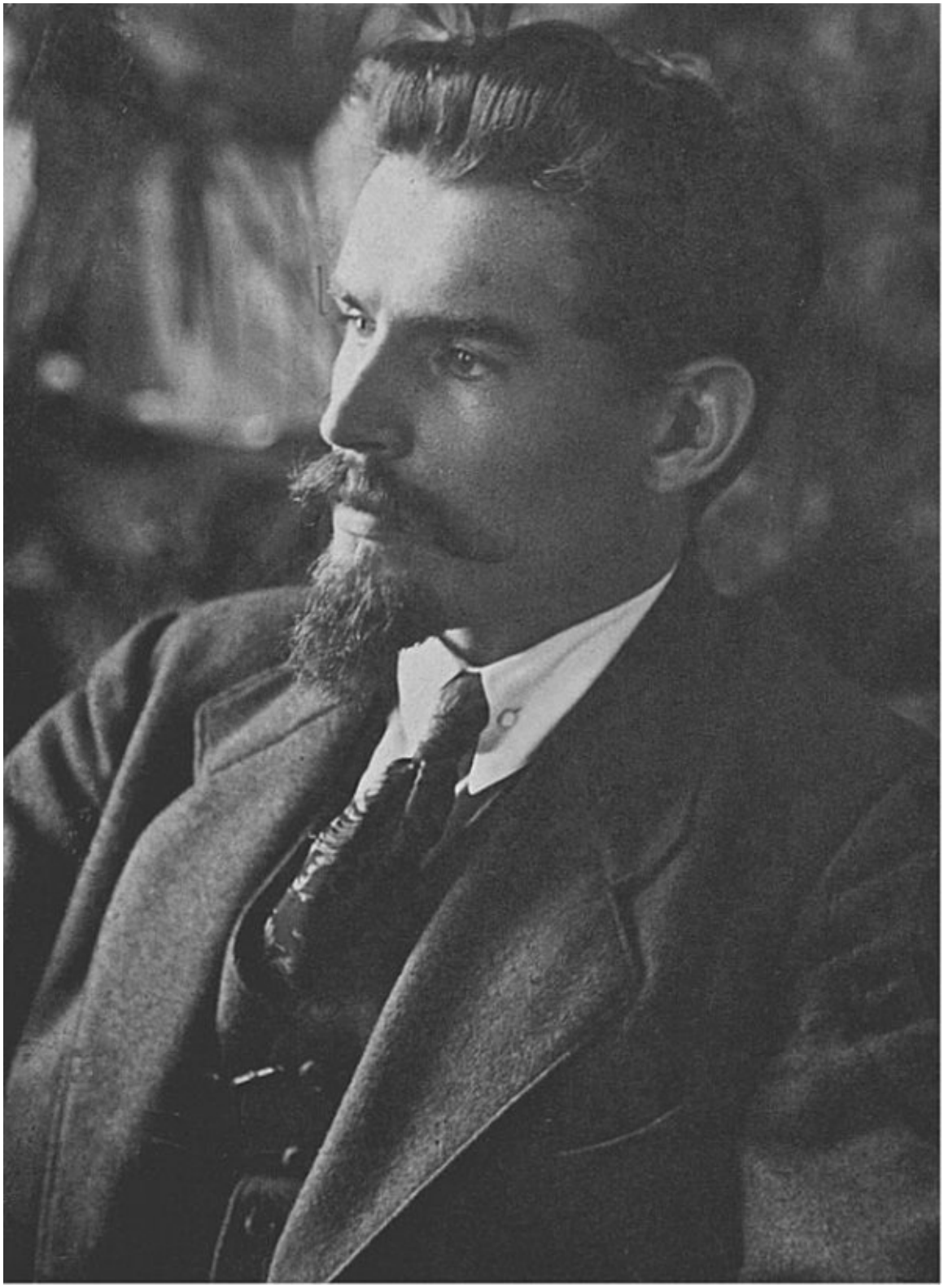


7. Néstor Majnó, cuyo Ejército Negro anarquista luchó por igual contra los ucranianos, los bolcheviques y los ejércitos blancos.

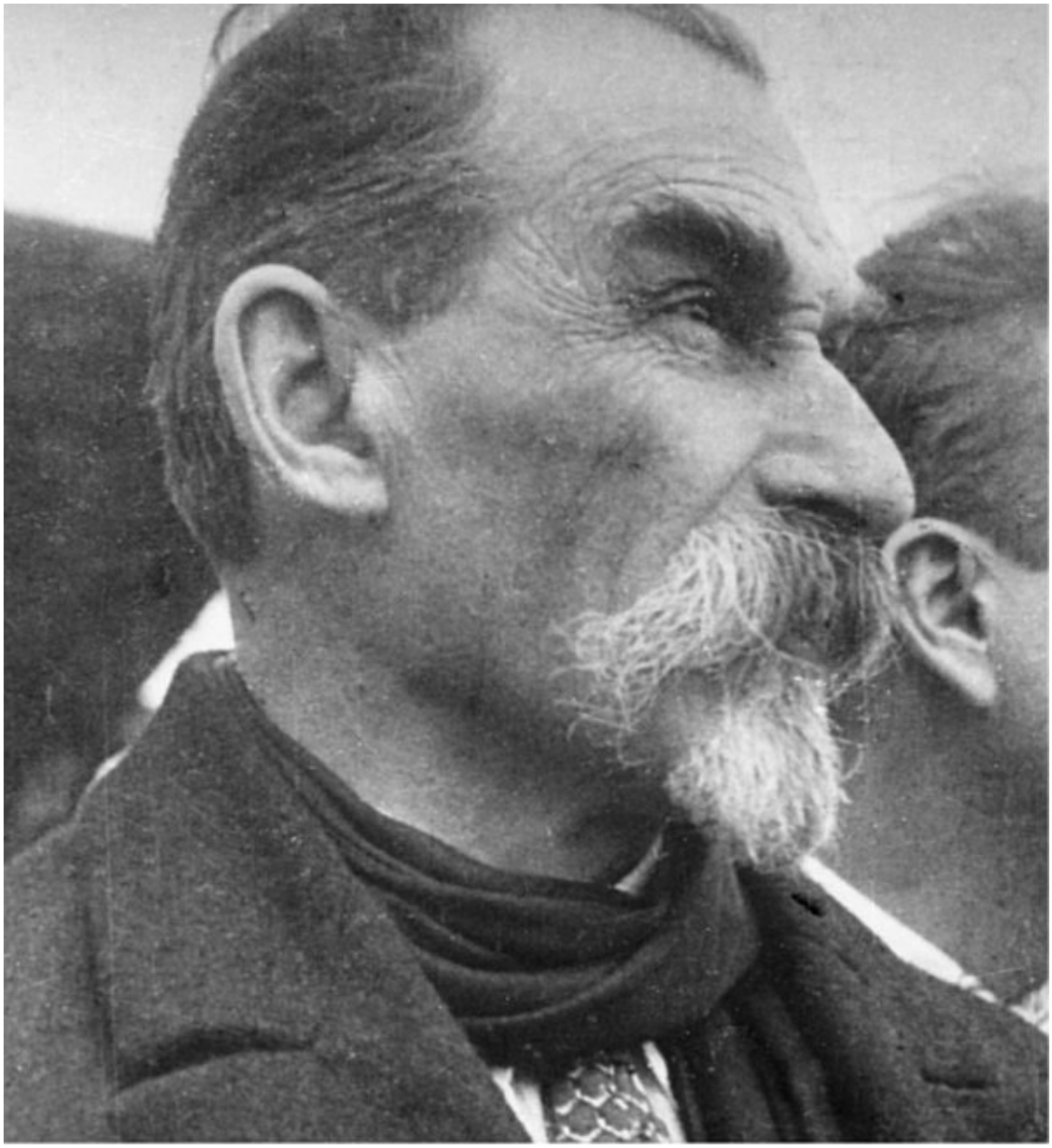


8. Pavló Skoropadski (*centro*), que adoptó el título cosaco de *hetman* y gobernó Ucrania con el respaldo de Alemania en 1918.

Comunistas



9. Olexánder Shumskí, el líder del Partido Borotbista que se unió a los bolcheviques antes de ser expulsado por nacionalista. Fue arrestado durante la hambruna.



10. Mikola Skrípnik, el líder «nacionalcomunista». Se suicidó durante la hambruna.



11. Hrihori Petrovski, líder del Gobierno de la República de Ucrania durante la hambruna, con un miembro de los Pioneros, que le pone una corbata de dicha organización juvenil.



12. Vsévolod Bálitski, OGPU. Jefe de la policía secreta ucraniana durante la hambruna.

Deskulaquización



13. Subasta de pertenencias de kulaks.



14. Una familia kulak camino del exilio.



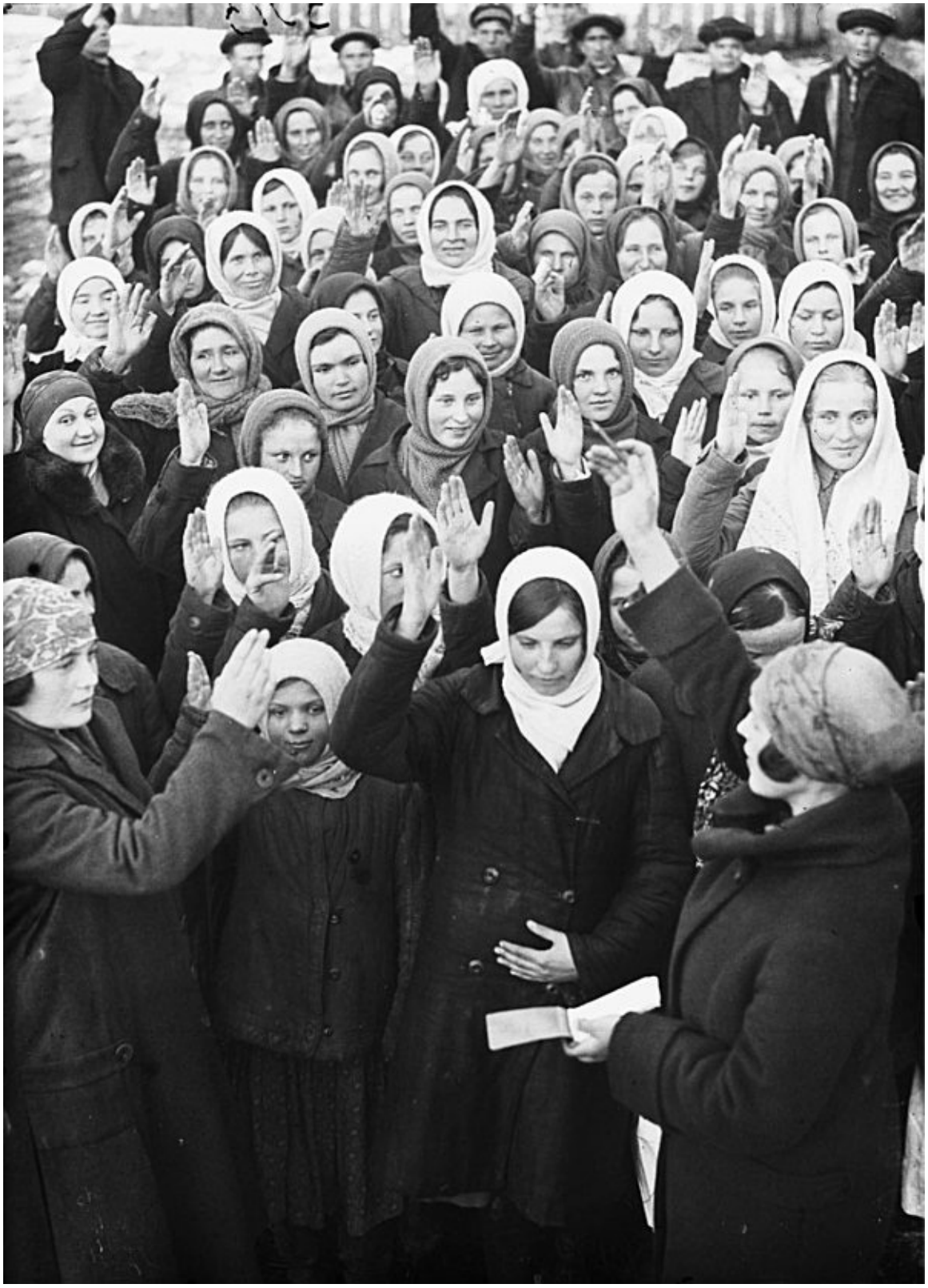
15. Confiscación de iconos, Járkiv.



16. Campanas de iglesia desechadas y antes de ser fundidas, Zhitómir.



17. Campesinos pobres junto a los restos de una casa quemada.



18. Cómo se suponía que debía ser la colectivización; mujeres votan para decidir si se unen a una granja colectiva.

Colectivización, versión oficial



19. Campesinos escuchando la radio durante un descanso de las labores del campo.



20. Familia de campesinos leyendo el *Pravda*.



21. Una cosecha de tomates abundante.



22. Trabajadores de una fábrica local ayudan «de manera voluntaria» a sacar adelante la cosecha.

Confiscación de cereal



23. Una brigada de activistas encuentra cereales escondidos bajo tierra. El líder sujeta una de las largas varas de hierro que se utilizaban en los registros.



24. Una brigada de activistas muestra con orgullo los sacos de trigo y maíz que han descubierto.



25. Vigilando los campos a caballo.



26. Vigilando los graneros con un arma.

Hambruna, provincia de Járkiv, primavera de 1933



27. Campesinos se van de casa en busca de comida.



28. Una casa de campesinos abandonada.



29. Gente famélica en un arcén.



30. Una familia famélica sobre la tierra baldía.



31. Niña campesina. Una de las fotografías más famosas de Alexander Wienerberger.



32-33. Colas del pan en Járkiv.



Hambruna, Járkiv, primavera de 1933



34-37. Retratos de Wienerberger de los cadáveres en las calles de Járkiv.







Consecuencias



38-39. Wienerberger sacó estas dos fotografías del mismo hombre, primero vivo y después muerto.





40. Dos fotografías tomadas por Mikola Bokan en Baturin, provincia de Cherníhiv, e incluidas en su expediente policial. En la primera, de abril de 1933, se lee «Trescientos días sin una rebanada de pan».



41. La segunda fotografía de Bokan, de julio de 1933, incluye un homenaje a «Kostia, que murió de hambre». Bokan y su hijo fueron arrestados por documentar la hambruna. Ambos fallecieron en el Gulag.

La prensa occidental

FAMINE RULES RUSSIA

The 5-year Plan Has Killed the Bread Supply

By GARETH JONES

Mr. Jones is one of Mr. Lloyd George's private secretaries. He has just returned from an extensive tour on foot in Soviet Russia. He speaks Russian fluently—and here is the terrible story the peasants told him.

A FEW days ago I stood in a worker's cottage outside Moscow. A father and a son, the father a Russian skilled worker in a Moscow factory, and the son a member of the Young Communist League, stood glaring at one another.

The father, trembling with excitement, lost control of himself and shouted at his Communist son: "It's terrible now. We workers are starving. Look at Chelyabinsk, where I once worked. Disease there is carrying away numbers of us workers and the little food there is is uneatable. That is what you have done to our Mother Russia."

The son cried back: "But look at the giants of industry which we have built. Look at the new tractor works. Look at the Dnlepostroy. That construction has been worth suffering for."

"Construction indeed!" was the father's reply. "What's the use of construction when you have destroyed all that's best in Russia?"

What that worker said at least 96 per cent. of the people of Russia are thinking. There has been construction, but, in the act of building, all that was best in Russia has disappeared. The main result of the Five Year Plan has been the tragic ruin of Russian agriculture. This ruin I saw in its grim reality. I tramped through a number of villages in the snow of March. I saw children with swollen bellies. I slept in peasants' huts, sometimes nine of us in one room. I talked to every peasant I met, and the general conclusion I draw is that the present state of Russian agriculture is already catastrophic but that in a year's time its condition will have worsened tenfold.



MR. GARETH JONES.

What did the peasants say? There was one cry which resounded everywhere I went, and that was: "*There is no bread.*" The other sentence, which was the *leitmotiv* of my Russian visit, was: "All are swollen." Even within a few miles of Moscow there is no bread left. As I was going through the countryside in that district I chatted to several women who were trudging with empty sacks towards Moscow. They all said: "It is terrible. We have no bread. We have to go all the way to Moscow to get bread and then they will only give us four pounds, which costs three roubles (six shillings nominally). How can a poor man live?"

"Have you potatoes?" I asked. Every peasant I asked nodded negatively with sadness.

"What about your cows?" was my next question. To the Russian peasant the cow means wealth, food and happiness. It is almost the centre-point upon which his life gravitates.

"*The cattle have nearly all died. How can we feed the cattle when we have only fodder to eat ourselves?*"

"And your horses?" was the question I asked in every village I visited. The horse is now a question of life and death, for without a horse how can one plough? And if one cannot plough, how can one sow for the next harvest? And if one cannot sow for the next harvest, then death is the only prospect in the future.

The reply spelled doom for most of the villages. The peasants said: "Most of our horses have died and we have so little fodder that the remaining ones are scraggy and ill."

If it is grave now and if millions are dying in the villages, as they are, for I did not visit a single village where many had not died, what will it be like in a month's time? The potatoes left are being counted one by one, but in so many homes the potatoes have long run out. The beet, once used as cattle fodder, may run out in many huts before the new food comes in June, July and August, and many have not even beet.

The situation is graver than in 1921, as all peasants stated emphatically. In that year there was famine in several great regions, but in most parts the peasants could live. It was a localised famine, which had many millions of victims, especially along the Volga. But to-day the famine is everywhere, in the formerly rich Ukraine, in West Russia, in Central Asia, in North Caucasia—everywhere.

What of the towns? Moscow as yet does not look so stricken, and no one staying in Moscow would have an inkling of what is going on in the countryside, unless he could talk to the peasants who have come hundreds and hundreds of miles to the capital to look for bread. The people in Moscow look warmly clad, and many of the skilled workers, who have their warm meal every day at the factory, are well fed. Some of those who earn very good salaries, or who have special privileges, look even well dressed, but the vast majority of the unskilled workers are feeling the pinch.

I talked to a worker who was hauling a heavy wooden trunk. "It is terrible now," he said. "I get two pounds of bread a day and it is rotten bread. I get no meat, no eggs, no butter. Before the war I used to get a lot of meat and it was cheap. But I haven't had meat for a year. Eggs were only a kopeck each before the war, but now they are a great luxury. I get a little soup, but it is not enough to live on."

And now a new dread visits the Russian worker. That is unemployment. In the last few months very many thousands have been dismissed from factories in many parts of the Soviet Union. I asked one unemployed man what happened to him. He replied: "We are treated like cattle. We are told to get away, and we get no bread card. How can I live? I used to get a pound of bread a day for all my family, but now there is no bread card. I have to leave the city and make my way out into the countryside where there is also no bread."

The Five Year Plan has built many fine factories. But it is bread that makes factory wheels go round, and the Five Year Plan has destroyed the bread-supplier of Russia.

42. Gareth Jones, *Evening Standard*, 31 de marzo de 1933.



43. Walter Duranty (*en el centro a la derecha*), cenando opíparamente en su apartamento de Moscú.

RUSSIANS HUNGRY, BUT NOT STARVING

Deaths From Diseases Due to Malnutrition High, Yet the Soviet Is Entrenched.

LARGER CITIES HAVE FOOD

Ukraine, North Caucasus and Lower Volga Regions Suffer From Shortages.

KREMLIN'S 'DOOM' DENIED

Russians and Foreign Observers In Country See No Ground for Predictions of Disaster.

By WALTER DURANTY.
Special Cable to THE NEW YORK TIMES.

MOSCOW, March 30.—In the middle of the diplomatic duel between Great Britain and the Soviet Union over the accused British engineers there appears from a British source a big scare story in the American press about famine in the Soviet Union, with "thousands already dead and millions menaced by death from starvation."

Its author is Gareth Jones, who a former secretary to David Lloyd George and who recently spent three weeks in the Soviet Union and reached the conclusion that the country was "on the verge of a terrific smash," as he told the writer.

Mr. Jones is a man of a keen and active mind, and he has taken the trouble to learn Russian, which he speaks with considerable fluency, but the writer thought Mr. Jones's judgment was somewhat hasty and asked him on what it was based. It appeared that he had made a forty-mile walk through villages in the neighborhood of Kharkov and had found conditions sad.

I suggested that that was a rather inadequate cross-section of a big country, but nothing could shake his conviction of impending doom.

Predictions of Doom Frequent.

The number of times foreigners, especially Britons, have shaken rueful heads as they composed the Soviet Union's epitaph can scarcely be computed, and in point of fact it has done the Soviet Union incalculable harm since the day when William C. Bullitt's able and honest account of the situation was shelved and negatived during the Versailles Peace Conference by reports that Admiral Kolchak, White Russian leader, had taken Kazan—which he never did—and that the Soviet power was "on the verge of an abyss."

Admiral Kolchak faded. Then General Denikin took Orel and the Soviet Government was on the verge of an abyss again, and General Yudenich "took" Petrograd. But where are Generals Denikin and Yudenich now?

A couple of years ago another British "eyewitness" reported a mutiny in the Moscow garrison and "rows of corpses neatly piled in Theatre Square," and only this week a British news agency revealed a revolt of the Soviet Fifty-fifth Regiment at Dauria, on the Manchurian border. All bunk, of course.

This is not to mention a more regrettable incident of three years ago when an American correspondent discovered half the Ukraine flaming with rebellion and "proved" it by authentic documents eagerly proffered by Rumanians, which documents on examination appeared to relate to events of eight or ten years earlier.

Saw No One Dying.

But to return to Mr. Jones. He told me there was virtually no bread in the villages he had visited and that the adults were haggard, gaunt and discouraged, but that he had seen no dead or dying animals or human beings.

I believed him because I knew it to be correct not only of some parts of the Ukraine but of sections of the North Caucasus and lower Volga regions and, for that matter, Kazakstan, where the attempt to change the stock-raising nomads of the type and the period of Abraham and Isaac into 1933 collective grain farmers has produced the most deplorable results.

It is all too true that the novelty and mismanagement of collective farming, plus the quite efficient conspiracy of Feodor M. Konar and his associates in agricultural commissariats, have made a mess of Soviet food production. [Konar was executed for sabotage.]

But—to put it brutally—you can't make an omelette without breaking eggs, and the Bolshevist leaders are just as indifferent to the casualties that may be involved in their drive toward socialization as any General during the World War who ordered a costly attack in order to show his superiors that he and his division possessed the proper soldierly spirit. In fact, the Bolsheviki are more indifferent because they are animated by fanatical conviction.

Since I talked with Mr. Jones I have made exhaustive inquiries about this alleged famine situation. I have inquired in Soviet commissariats and in foreign embassies with their network of consuls, and I have tabulated information from Britons working as specialists and from my personal connections, Russian and foreign.

Disease Mortality Is High.

All of this seems to me to be more trustworthy information than I could get by a brief trip through any one area. The Soviet Union is too big to permit a hasty study, and it is the foreign correspondent's job to present a whole picture, not a part of it. And here are the facts:

There is a serious food shortage throughout the country, with occasional cases of well-managed State or collective farms. The big cities and the army are adequately supplied with food. There is no actual starvation or deaths from starvation, but there is widespread mortality from diseases due to malnutrition.

In short, conditions are definitely bad in certain sections—the Ukraine, North Caucasus and Lower Volga. The rest of the country is on short rations but nothing worse. These conditions are bad, but there is no famine.

The critical months in this country are February and March, after which a supply of eggs, milk and vegetables comes to supplement the shortage of bread—if, as now, there is a shortage of bread. In every Russian village food conditions will improve henceforth, but that will not answer one really vital question—What about the coming grain crop?

Upon that depends not the future of the Soviet power, which cannot and will not be smashed, but the future policy of the Kremlin. If through climatic conditions, as in 1921, the crop fails, then, indeed, Russia will be menaced by famine. If not, the present difficulties will be speedily forgotten.

44. Walter Duranty, *The New York Times*, 31 de marzo de 1933.



45. Los vencedores: Kaganóvich, Stalin, Póstihev, Voroshílov, 1934.



46. Las víctimas: una fosa común en las afueras de Járkiv, 1933.

Créditos de las imágenes

Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con los titulares de los derechos de autor. Los editores estarán encantados de enmendar cualquier error u omisión de que se les informe en las futuras ediciones. Los números hacen referencia a las láminas.

TsDKFFA Ukraíni im. H. S. Psheníchnoho: 12, 16, 17, 18, 19, 20 y 21.

TsDKFFA Ukraíni im. H. S. Psheníchnoho: 13, 14, 15, 24 y 25. Publicadas anteriormente en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y V. Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni*, Kiev, Vidávnitstvo im. Oleni Telihi, 2008.

TsDKFFA Ukraíni im. H. S. Psheníchnoho: 22 y 23. Publicadas anteriormente en Serhii Kokin, Valeri Vasíliev y Nicolas Werth, eds., «Dokumenti órhaniv VKP(b) ta DPU USRR pro nastroi i modeli povedinki partino-radiánskij pratsívnikiv u respúblitsi, 1932-1933 rr.», *Z Arjíviv VUChK, GPU, NKVD, KGB*, vol. 1-2, n.º 40-41 (2013).

Diözesanarchive, Viena: 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34 35, 36, 37, 38 y 45. Con permiso de Samara Pearce, familia de Alexander Wienerberger.

HDA SBU: 39 y 40. Publicadas anteriormente en Valentina Borisenko *et al.*, ed., *Rozsekréchena pámiat. Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni v dokumentaj GPU-NKVD*, Kiev, Stilos, 2007.

British Library, Londres: 42. © British Library Board/Bridgeman Images. Al igual que en el 44, las columnas del original se han marcado para presentarlas en la página.

El mapa 4 ha sido adaptado a partir del programa MAPA: Digital Atlas of Ukraine, del Instituto de Investigación Ucraniana de la Universidad de Harvard.

Bibliografía seleccionada

ARCHIVOS

Canadá

UCRDC Ukrainian Canadian Research and Documentation Centre (Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación)

Rusia/Unión Soviética

Archivos, algunos de los cuales ya no se utilizan, que proporcionaron documentos citados en colecciones y monografías:

APRF Arjiv Prezidenta Rossiskoi Federatsi (Archivo del Presidente de la Federación de Rusia)

GARF Gosudárstveni arjiv Rossiskoi Federatsi (Archivo Estatal de la Federación de Rusia)

RGAE Rossiski gosudárstveni arjiv ekonomiki (Archivo Estatal Ruso de Economía)

RGASPI Rossiski gosudárstveni arjiv sotsialno-politícheskoi istori (Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica)

RGVA Rossiski gosudárstveni voienni arjiv (Archivo Estatal Ruso Militar)

RTsJIDNI Rossiski tsentr jranenia i izuchenia dokumentov noveishei istori (Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos de Historia Contemporánea). Este archivo se ha fusionado con el RGASPI.

TsA FSB RF Tsentralni arjiv Federalnoi sluzhbi bezopásnosti Rossiskoi Federatsi (Archivo Central del Servicio de Seguridad Federal de la Federación de Rusia)

TsGANJ Tsentralni gosudárstveni arjiv naródnogo joziaistva SSSR (Archivo Estatal Central de la Economía Nacional de la URSS), el antiguo nombre del RGAE.

Ucrania

Archivos, algunos de los cuales ya no se utilizan, utilizados por la autora o que proporcionaron documentos citados en colecciones y monografías:

DADO Derzhavni arjiv Dnipropetrovskoi óblasti (Archivo Estatal del Óblast de Dnipropetrovsk)

DADskO Derzhavni arjiv Donetskoi óblasti (Archivo Estatal del Óblast de Donetsk)

DAJO Derzhavni arjiv Jersonskoi óblasti (Archivo Estatal del Óblast de Jersón)

DATO Derzhavni arjiv Ternópilskoi óblasti (Archivo Estatal del Óblast de Ternópil)

DAVO Derzhavni arjiv Vínnitskoi óblasti (Archivo Estatal del Óblast de Vínnitsia)

DAZhO Derzhavni arjiv Zhitómirskoi óblasti (Archivo Estatal del Óblast de Zhitómir)

HDA SBU Haluzevi derzhavni arjiv Sluzhbi Bezpeki Ukraíni (Archivo Estatal del Servicio de Seguridad de Ucrania)

PA Arjiv Institutu Istori Parti (Archivo del Instituto de Historia del Partido); este archivo ahora se llama T-DAHOU.

TsDAHOU Tsentralni derzhavni arjiv hromadskij obiednan Ukraíni (Archivo Estatal Central de Organizaciones Públicas de Ucrania)

TsDAVOU Tsentralni derzhavni arjiv víshchij órhaniv vladi ta upravlinnia Ukraíni (Archivo Estatal Central de Órganos Supremos del Poder y el Gobierno de Ucrania)

TsDAZhR Tsentralni derzhavni arjiv Zhovtnevoi Revoliutsi Ukraínskoi Radianskoi Sotsialistichnoi Respúbliki (Archivo Estatal Central de la Revolución de Octubre de la República Socialista Soviética de Ucrania); este archivo ahora se llama TsDAVOU.

COLECCIONES DE DOCUMENTOS EDITADOS

Berelovich, Alexis, V. A., e Institut rossiskoi istori (Rossískaia Akademia Naúk), eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD, 1918-1939. Dokumenti i materiali*, 4 vols., Moscú, ROSSPEN, 1998-2012.

Bojko, Diana, y Jerzy Bednarek, *Holodomor. The Great Famine in Ukraine 1932-1933*, de la serie *Poland and Ukraine in the 1930s-1940s. Unknown Documents from the Archives of the Secret Services*, Varsovia, Instituto de Memoria Nacional, Comisión para el Procesamiento de Crímenes contra la Nación Polaca, 2009.

Borisenko, Valentina, V. M. Danilenko, Serhii Kokin *et al.*, eds., *Rozsekréchena pámiat. Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni v dokumentaj GPU-NKVD*, Kiev, Stilos, 2007.

Borkowski, Jan, ed., *Rok 1920. Wojna Polsko-Radziecka we wspomnieniach i innych dokumentach*, Varsovia, Państwowy Instytut Wydawniczy, 1990.

Carynnyk, Marco, Bohdan S. Kordan y Lubomyr Y. Luciuk, eds., *The Foreign Office and the Famine. British Documents on Ukraine and the Great Famine of 1932-1933*, Kingston (Ontario), Limeston Press, 1988.

Colley, Nigel Linsan, «"1933 Newspaper Articles". Gareth Jones—Hero of Ukraine», <**www.garethjones.org/overview/articles1933.htm**> (consultado el 11 de enero de 2017).

Danilenko, V. M., *Pavlohradske povstannia, 1930. Dokumenti i materiali*, Kiev, Ukraínski Písmennik, 2009.

—, *et al.*, eds., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni za dokuméntami HDA SBU. Anotóvani dovídnik*, Leópolis, Tsentr Doslidzhen Vizvólnoho Ruju, 2010.

Danílov, V. P., R. Manning y L. Viola, eds., *Traguedia sovietskoi derevni. Kollektivizatsia i raskuláchivanie. Dokumenti i materiali v 5 tomaj, 1927-1939*, 5 vols., Moscú, Rossískaia Politícheskaia Entsiklopedia, 1999-2006.

—, y N. A. Ivnitski, eds., *Dokumenti svidételstvuiut. Iz istori derevni nakanune i v jode kollektivizatsi, 1927-1932 gg*, Moscú, Politizdat, 1989.

Graziosi, Andrea, «"Lettres de Kharkov". La famine en Ukraine et dans le Caucase du Nord (à travers les rapports des diplomates italiens, 1932-1934)», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, vol. 30, n.º 1 (1989); <**www.persee.fr/doc/cmr_0008-0160_1989_num_30_1_2176**>.

—, *Lettere da Kharkov. La carestia in Ucraina e nel Caucaso del nord nei rapporti diplomatici italiani 1923-1933*, Turín, Einaudi, 1991; <**www.ibs.it/lettere-da-kharkov-carestia-in-libro-vari/e/9788806121822**>.

—, *Listi z Járkiva. Hólod v Ukraíni ta na Pivníchnomu Kavkazi v povidómlenniaj italískij diplomátiv 1932-1933 roki*, Járkiv, Folio, 2007.

Jlevniuk, O. V., *et al.*, eds., *Stalin i Kaganóvich. Perepiska, 1931-1936 gg*. Moscú, ROSSPEN, 2001.

Kokin, S. A., Valeri Vasíliev y Nicolas Werth, eds., «Dokumenti órhaniv VKP(b) ta DPU USRR pro nástroi i modeli povedinki partinoradiánskij pratsívnikiv u respúblitsi, 1932-1933 rr.», *Z Arjíviv VUChK, GPU, NKVD, KGB*, vols. 1-2, n.º 40-41 (2013).

—, *Partino-Radianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru 1932-1933 rr. Vozhdi, pratsívniki, aktivisti. Zbírnik dokuméntiv ta materiáliv*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013.

Kondrashin, V. V., *et al.*, eds., *Gólod v SSSR: 1929-1934. Rossía XX vek*, Moscú, Mezhdunarodni fond «Demokratia», 2011.

Kudriáchenko, A. I., ed., *Holodomor v Ukraíni 1932-1933 rókiv za dokuméntami politíchnoho arjivu Ministerstva Zakordónnij Sprav Federativnoi Respúbliki Niméchchina*, Kiev, Natsionalni Institut

Stratehíchnij Doslidzhen, 2008.
Kulchitski, Stanislav, ed., *Kolektivizatsia i hólod na Ukraíni, 1929-1933. Zbírnik dokuméntiv i materiáliv*, Kiev, Naukova Dumka, 1992.
Kuśnierz, Robert, *Pomór w «raju bolszewickim». Głód na Ukrainie w latach 1932- 1933 w świetle polskich dokumentów dyplomatycznych i dokumentów wywiadu*, Toruń, Wydawnictwo Adam Marszałek, 2009.
Le Comité Commémoratif Simon Petliura, *Documents sur les Pogroms en Ukraine et l'assassinat de Simon Petliura à Paris*, París, Librairie du Trident, 1927.
Lenin, V. I., *Collected Works*, Moscú, Progress Publishers, 1965.
Lozitski, V. S., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni: zlochin vladi—trahedia narodú. Dokumenti i materiali*, Kiev, Heneza, 2008.
Pirih, R. Ya., ed., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Dokumenti i materiali*, Kiev, Kíevo-Mohilianska Akademia, 2007.
Shapoval, Yuri, Vadim Zolotariov y Volodímir Pristaiko, *ChK-GPU-NKVD v Ukraíni. Osobi, fakti, dokumenti*, Kiev, Abris, 1997.
Stalin, Iósif, *Works*, 13 vols., Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1954; <**www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1933/01/07.htm**> [hay trad. cast.: *Obras*, 15 tomos, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953].
Szczesniak, Boleslaw, *The Russian Revolution and Religion. A Collection of Documents Concerning the Suppression of Religion by the Communists, 1917-1925*, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, 1959.
Vólkov, A. G., «Perepís naselenia SSSR 1937 goda. Istoria i materiali/Express-informatsia», *Istoria Statístiki*, vol. 3-5, n.º chast II (1990), pp. 6-63.

MEMORIAS Y COLECCIONES DE HISTORIA ORAL

Borisenko, Valentina, *Svicha pámiati. Usna istoria pro henotsid ukraíntsiv u 1932-1933 rókaj*, Kiev, Stilos, 2007.
—, *A Candle in Remembrance. An Oral History of the Ukrainian Genocide of 1933-1934 (Svicha Pámiati)*, trad. ing. de Mark Tarnawsky, Nueva York, Ukrainian Women's League of America, 2010.
Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Report to Congress*, informe incorporado por la Comisión el 19 de abril de 1988 y presentado ante el Congreso el 22 de abril de 1988, Washington, D.C., Oficina de Publicaciones del Gobierno de Estados Unidos (a la venta por el superintendente de documentos), 1988, pp. 341, 342 y 346.
—, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*. Reuniones de la Comisión sobre la Hambruna Ucraniana y audiencias ante esta celebradas en 1986: reunión organizativa en Washington, D.C. el 23 de abril de 1986; reunión y audiencia en Washington, D.C. el 8 de octubre 1986; audiencia en Glen Spey (Nueva York) el 26 de octubre de 1986; audiencia en Chicago (Illinois) el 7 de noviembre de 1986; audiencia en Warren (Michigan) el 24 de noviembre de 1986. Washington, D.C., Oficina de Publicaciones del Gobierno de Estados Unidos (a la venta por el superintendente de documentos), 1987.
—, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*. Reuniones de la Comisión sobre la Hambruna Ucraniana y audiencias ante esta celebradas en 1987: audiencia en San Francisco (California) el 10 de febrero de 1987; audiencia en Phoenix (Arizona) el 13 de febrero de 1987; audiencia y reunión en Washington, D.C. el 30 de abril de 1987; audiencia en Filadelfia (Pennsylvania) el 5 de junio de 1987. Washington, D.C., Oficina de Publicaciones del Gobierno de Estados Unidos (a la venta por el superintendente de documentos), 1988.
—, James E. Mace y Leonid Heretz, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933*, proyecto de historia oral de la Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, Washington, D.C., U.S. G.P.O., 1990.
Dolot, Miron, *Execution by Hunger. The Hidden Holocaust*, Nueva York, W. W. Norton, 1985.
Duranty, Walter, *I Write as I Please*, Nueva York, Simon and Schuster, 1935.

Epp, Heinrich, «The Day the World Ended: December 7, 1919, Steinbach, Russia», trad. ing. de D. F. Plett, *Preservings. Newsletter of the Hanover Steinbach Historical Society*, n.º 8, parte 2 (junio de 1996), pp. 5-7.
Jones, Gareth, *Tell Them We Are Starving. The 1933 Diaries of Gareth Jones*, ed. de Lubomyr Y. Luciuk, Kingston (Ontario), Kashtan Press, 2015.
Karás, A. V., *Svídchennia ochevídtsiv pro holod 1930-1940-j rr. na Sivershchini*, Hlújiv, RVV HDPU, 2008.
Kópelev, Lev, *To Be Preserved Forever*, trad. ing. de Anthony Austin, Nueva York, Lippincott, 1977. [Hay trad. cast.: *Consérvese a perpetuidad*, Barcelona, Noguer, 1977.]
—, *The Education of a True Believer*, trad. ing. de Gary Kern, Londres, Wildwood House, 1981.
Kovalenko, L. B., y Volodímir Maniak, eds., *33-i Hólod. Narodna knihamemorial*, Kiev, Radianski Pisménnik, 1991.
Krávchenko, Víktor, *I Chose Freedom. The Personal and Political Life of a Soviet Official*, trad. ing. de Rhett R. Ludwikowski, Londres, Robert Hale, 1946. [Hay trad. cast.: *Yo escogí la libertad. Vida íntima y política de un alto funcionario soviético fugado de la embajada de la URSS en Washington*, Madrid, Ciudadela Libros, 2008.]
Lemkin, Raphael, *Totally Unofficial. The Autobiography of Raphael Lemkin*, New Haven (Connecticut) y Londres, Yale University Press, 2013.
Leshuk, Leonard, *Days of Famine, Nights of Terror. First-Hand Accounts of Soviet Collectivization 1928-1934*, Washington, D.C., Europa University Press, 2000.
Lyons, Eugene, *Assignment in Utopia*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1937.
Mítsik, Yuri, *et al.*, eds., *Ukraínski holokost 1932-1933. Svídchennia tij, jto vízhiv*, 10 vols., Kiev, Kíevo-Mohilianska Akademia, 2004-2014.
Price, M. Philips, *My Reminiscences of the Russian Revolution*, Londres, George Allen & Unwin, 1921.
Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y V. Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni*, Kiev, Vidávnitstvo im. Oleni Telihi, 2008.
—, y E. I. Borodín *et al.*, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Dnipropetrovska óblast*, Dnipropetrovsk, ART-PRES, 2008.
—, y T. T. Dmitrenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Kirovohradska óblast*, Kirovohrad, TOV «Imeks LTD», 2008.
—, y V. P. Latsiba, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Vínnitska óblast*, Vínnitsia, DP «DFK», 2008.
—, y F. H. Túrchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Zaporizka óblast*, Zaporizhia, Dyke Pole, 2008.
—, y V. I. Uliáchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Kívska óblast*, Bila Tserkva, Bukva, 2008.
—, y S. H. Vodotika, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Jersonska óblast*, ed. de I. P. Yujnovski *et al*., Jersón, Vidavnitstvo «Naddniprianska pravda», 2008.
Universidad de Harvard, Proyecto Online sobre el Sistema Social Soviético, Biblioteca Fung, Universidad de Harvard.
Veselova, O. M., y O. F. Nikíliev, *Pámiat narodu. Henotsid v Ukraíni hólodom 1932-1933 rókiv. Svídchennia*, 2 vols., Kiev, Vidavnichni dim «Kalita», 2009.
Woropay, Olexa, *The Ninth Circle. In Commemoration of the Victims of the Famine of 1933*, Cambridge (Massachusetts), Fondo de Estudios Ucranianos de Harvard, 1983.

FUENTES SECUNDARIAS SELECCIONADAS

Adams, Arthur E., *Bolsheviks in the Ukraine. The Second Campaign, 1918-1919*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1963.
Applebaum, Anne, *Gulag. A History*, Nueva York, Doubleday, 2003. [Hay trad. cast. de Magdalena Chocano Mena: *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate,

2004.]
Arshínov, Piotr, *The History of the Makhnovist Movement (1918-1921)*, trad. ing. de Fredy y Lorraine Perlman, Londres, Freedom Press, 1974. [Hay trad. cast. de Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento Makhnovista (1918-1921)*. Madrid, Asociación LaMalatesta, 2012.]
Ball, Alan M., *Russia's Last Capitalists. The Nepmen, 1921-1929*, Berkeley (California), University of California Press, 1987.
Berkhoff, Karel, *Harvest of Despair. Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge (Massachusetts), Belknap Press, 2004.
—, «The Great Famine in Light of the German Invasion and Occupation», en Andrea Graziosi, Halyna Hryn y Lubomyr Hajda, eds., *After the Holodomor. The Enduring Impact of the Great Famine of Ukraine*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2014.
Bilenky, Serhiy, *Romantic Nationalism in Eastern Europe. Russian, Polish and Ukrainian Political Imaginations*, Stanford (California), Stanford University Press, 2012.
Bóndar, N. I., y O. V. Matvéiev, *Istorichéskaia pámiat naselenia iuga Rossí o gólode 1932-1933. Materiali nauchno-praktícheskoi konferentsi*, Krasnodar, Isd-vo Traditsia, 2009.
Bóriak, Hennadi, «Sources and Resources on the Famine in Ukraine's Archival System», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 27, n.º 2004-2005 (2008), pp. 117-147.
Bóriak, Tetiana, *1933. «I chohó vi shche zhiví?»*, Kiev, Clio, NAN Ukraíni, 2016.
Borys, Jurij, *The Sovietization of Ukraine 1917-1923. The Communist Doctrine and Practice of National Self-Determination*, Edmonton (Alberta), Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 1980.
Bulgákov, Mijaíl, *The White Guard*, trad. ing. de Marian Schwartz, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2008. [Hay trad. cast. de José Laín Entralgo: *La guardia blanca*. Barcelona, Debolsillo, 2014.]
Carr, E. H., y R. W. Davies, *A History of Soviet Russia. Foundations of a Planned Economy, 1926-1929*, 4 vols., Londres, Macmillan, 1978. [Hay trad. cast. de Joaquín Bollo Muro: *Historia de la Rusia soviética. Bases de una economía planificada (1926-1929)*, Madrid, Alianza, 1980.]
Chamberlin, William Henry, «Soviet Taboos», *Foreign Affairs*, vol. 13, n.º 3 (1935), pp. 431-440.
Cherfas, Teresa, «Reporting Stalin's Famine. Jones and Muggeridge. A Case Study in Forgetting and Rediscovery», *Kritika. Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 14, n.º 4 (agosto de 2013), pp. 775-804.
Colley, Margaret Siriol, *Gareth Jones. A Manchukuo Incident*, Newark (New Jersey), N. L. Colley, 2001.
Collingham, Lizzie, *The Taste of War. Warld War II and the Battle for Food*, Nueva York, Penguin Press, 2012.
Comeford, Vincent, Lindsay Jansen y Christian Noack, eds., *Holodomor and Gorta Mor. Histories, Memories and Representations of Famine in Ukraine and Ireland*, Londres, Anthem Press, 2014.
Conquest, Robert, *The Great Terror. Stalin's Purge of the Thirties*, ed. rev., Londres, Macmillan, 1968. [Hay trad. cast.: *El Gran Terror. Las purgas stalinianas de los años treinta*, Barcelona, Caralt, 1974.]
—, *The Harvest of Sorrow. Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.
Danilenko, Vasil, ed., *Ukraínska intelihentsia i vlada. Zvedennia sekrétnoho víddilu DPU USRR 1927-1929 rr*., Kiev, Tempora, 2012.
Davies, R. W., *The Socialist Offensive. The Collectivization of Agriculture 1929-1930*, Londres, Macmillan, 1980.
—, y S. G. Wheatcroft, *The Years of Hunger. Soviet Agriculture, 1931-1933*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009.
Duranty, Walter, «Russians Hungry but not Starving», *The New York Times*, 31 de marzo de 1933.
Figes, Orlando, *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, Clarendon Press, 1989.

—, *A People's Tragedy. The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Pimlico, 1997. [Hay trad. cast. de César Vidal: *La Revolución rusa (1891-1924): La tragedia de un pueblo*. Barcelona, Edhasa, 2000.]
—, *The Whisperers. Private Life in Stalin's Russia*, Nueva York, Metropolitan Books, 2007. [Hay trad. cast. de Mirta Rosenberg: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, Barcelona, Edhasa, 2009.]
Fisher, H. H., *The Famine in Soviet Russia, 1919-1923. The Operations of the American Relief Administration*, Nueva York, Macmillan, 1927.
Fitzpatrick, Sheila, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979 (2002).
—, «The Great Departure. Rural-Urban Migration in the Soviet Union, 1929-1933», en William G. Rosenberg y Lewis H. Siegelbaum, eds., *Social Dimensions of Soviet Industrialization*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1993.
Gamache, Ray, *Gareth Jones. Eyewitness to History*, Cardiff, Welsh Academic Press, 2013.
Gergel, Nahum, «The Pogroms in Ukraine in 1918-1921», *YIVO Annual of Jewish Social Science*, vol. 6 (1951).
Getty, J. Arch, y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2002. [Hay trad. cast.: *La lógica del Terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona, Crítica, 2001.]
Graziosi, Andrea, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales (à travers les rapports du GPU d'Ukraine de février-mars 1930)», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 35, n.º 3 (julio-septiembre de 1994); <**www.persee.fr/doc/cmr_0008-0160_1989_num_30_1_2176**>.
—, *Bolsheviki i kréstiane na Ukraíne, 1918-1919 godi. Ócherk o bolshevizmaj, natsional-sotsialízmaj i krestianskij dvízheniaj*, Moscú, AIRO-XX, 1997.
—, *A New, Peculiar State. Explorations in Soviet History*, Westport (Connecticut), Praeger, 2000.
—, «The Great Famine of 1932-1933. Consequences and Implications», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 25, n.º 3-4 (otoño de 2001), pp. 157-165.
—, «The Soviet 1931-1933 Famines and the Ukrainian Holodomor. Is a New Interpretation Possible, and What Would Its Consequences Be?», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 27, n.º 1-4 (2004-2005), pp. 97-115.
—, *L'Urss di Lenin e Stalin. Storia dell'Unione Sovietica, 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007.
—, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*, de *Holodomor Series*, Cambridge (Massachusetts), Fondo de Estudios Ucranianos, 2009.
—, *L'Unione Sovietica 1914-1991*, Bolonia, Il Mulino, 2011.
—, Halyna, Hryn, y Lubomyr Hajda, eds., *After the Holodomor. The Enduring Impact of the Great Famine of Ukraine*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2013.
Grossman, Vasili, *Everything Flows*, trad. ing. de Robert y Elizabeth Chandler, Nueva York, New York Review Classic Books, 2009. [Hay trad cast.: *Todo fluye*, trad. de Marta-Ingrid Rebón Rodríguez, Barcelona, Debolsillo, 2010.]
Heifetz, Elias, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in 1919*, Nueva York, Thomas Seltzer, 1921.
Hindus, Maurice, *Red Bread. Collectivization in a Russian Village*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1988.
Hosking, Geoffrey A., *Russia. People and Empire, 1552-1917*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1997.
Hrinévich, Liudmila, «Vid zaperechuvannia do vimúshenoho viznanniá. Pro mejanizmi vjódzhennia temi hólodu 1932-1933 rr. v ofitsini publichni próstir u SRSR ta URSR naprikintsi 1980-j rr.», en *Problemi Istori Ukraíni. Fakti súdzhennia, póshuky. Mizhvidomchi zbírnik naukóvij prats*, vol. 18 (spetsialni vípusk: Hólod 1932-1933 rókiv-henotsid ukraínskoho narodu) (2008), pp. 232-244.
—, *Hólod 1928-1929 rr. u radianski Ukraíni*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013.
—, «The Price of Stalin's "Revolution from Above". Anticipation of War among the Ukrainian Peasantry», trad. ing. de. Marta Olynyk, en *Key Articles on the Holodomor Translated from*

Ukrainian into English, Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor, <**http://holodomor.ca/translated-articles-on-the-holodomor**>.
Hunczak, Taras, ed., *The Ukraine, 1917-1921. A Study in Revolution*, Cambridge (Massachusetts), distribuido por Harvard University Press para el Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 1977.
Ivnitski, N. A., *Kollektivizatsia i raskuláchivanie, nachalo 30-j gg*., Moscú, Interprax, 1994.
Jones, Gareth, «Famine Grips Russia, Millions Dying, Idle on Rise, Says Briton», *Chicago Daily News* y *Evening Post Foreign Service*, 29 de marzo de 1933.
—, Comunicado de prensa, citado en «Famine Grips Russia, Millions Dying, Idle on Rise, Says Briton», *Evening Post Foreign Service*, 29 de marzo de 1933.
—, «Soviet Confiscate Part of Workers' Wages», *Daily Express*, 5 de abril de 1933.
—, «Fate of Thrifty in USSR. Gareth Jones Tells How Communists Seized All Land and Let Peasants Starve», *Los Angeles Examiner*, 14 de enero de 1935.
Kasianov, Georgiy, «Revisiting the Great Famine of 1932-1933. Politics of Memory and Public Consciousness (Ukraine after 1991)», en Michal Kopecek, ed., *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest, Central European University Press, 2007, pp. 197-220.
—, «Holodomor and the Politics of Memory in Ukraine after Independence», en Vincent Comeford, Lindsay Jansen y Christian Noack, eds., *Holodomor and Gorta Mor. Histories, Memories and Representations of Famine in Ukraine and Ireland*, Londres, Anthem Press, 2014, pp. 167-188.
Khlevniuk, Oleg V., *Stalin. New Biography of a Dictator*, trad. ing. de Nora Seligman Favorov, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2015.
Kiridón, Alla, «Ruinuvannia kútovij sporud (1920-1930-ti rr.). Porúshennia traditsinoi ritmolohi próstoru», *Ukraínski Istorichni Zhurnal*, vol. 22, n.º 6 (2013), pp. 91-102.
Kirilenko, Vitali Petróvich, «Hólod 1921-1923 rókiv u pivdenni Ukraíni», tesis doctoral, Mikolaívski Natsiónalni Universitet ímeni V. O. Sujomlínskoho, 2015.
Klid, Bohdan, «The Black Deeds of the Kremlin. Sixty Years Later», *Genocide Studies International*, vol. 8 (2014), pp. 224-235.
—, «Daily Life Under Soviet Rule and the Holodomor in Memoirs and Testimonies of the Late 1940s. Some Preliminary Assessments», presentado en el congreso anual de la Asociación Canadiense de Eslavistas, Ottawa (Ontario), 26 de mayo de 2015.
Kondrashin, Viktor, *Gólod 1932-1933 gódov. Traguedia rossiskoi derevni*, Moscú, ROSSPEN, 2008.
—, y S. V. Kulchitski, «O Sámom Glávnom. Proféssor Stanislav Kulchitski i egó rossiski kollega Víktor Kondrashin. Chom bil Golodomor 1932-1933 gódov?», *Den*, Kiev (3 de junio de 2008).
Kotkin, Stephen, *Stalin. Paradoxes of Power*, vol. 1, Nueva York, Penguin Press, 2014.
Kubanin, M., *Majnóvshchina. Krestiánskoe dvizhenie v stepnói Ukraíne v godi grazhdanskoi voiní*, Leningrado, Pribói, 1927.
Kulchitski, Stanislav V., *Holodomor 1932-1933 rr. iak henotsid. Trúdnoshchi usvidómlennia*, Kiev, Nash chas, 2008.
—, *Narisi povsiakdénnoho zhittiá radianskoi Ukraíni v dobú NEPu (1921-1928 rr.) kolektivna monohrafia v 2-j chastínaj*, 2 vols., Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2010.
—, «Holodomor in the Ukrainian Countryside», en Andrea Graziosi, Halyna Hryn y Lubomyr Hajda, eds., *After the Holodomor. The Enduring Impact of the Great Famine of Ukraine*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2013.
—, «Holodomor u prátsiaj ukraínskij radiánskij istórikiv 1956-1987 rr.», *Istoria v Suchasni Shkoli. Naukovo-Metodichni Zhurnal*, n.º 10 (146) (2013), pp. 29-31.
—, *Chérvoni víklik. Istoria komunizmu v Ukraíni vid johó narodzhennia do zahibel*, vols. 1-3, Kiev, Tempora, 2013-2017.
—, «Comments at UNAS (National Academy of Sciences) Institute of History of Ukraine Seminar», presentado en el Seminario del Instituto de Historia de Ucrania, Kiev, 19 de abril de 2016.
—, y O. M. Movchán, *Nevídomi storinki hólodu 1921-1923 rr. v Ukraíni*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 1993.

Kuromiya, Hiroaki, *Freedom and Terror in the Donbas. A Ukrainian-Russian Borderland, 1870s-1990s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
Lemkin, Raphael, *Axis Rule in Occupied Europe. Laws of Occupation —Analysis of Government— Proposals for Redress*, Washington, D.C., Carnegie Endowment for International Peace, 1944. [Hay trad. cast.: *El dominio del Eje en la Europa ocupada. Leyes de ocupación, análisis de la administración gubernamental, propuestas de reparaciones*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.]
—, «Soviet Genocide in the Ukraine», conferencia inédita, 1953, Archivos de Raphael Lemkin, Biblioteca Pública de Nueva York, Departamento de Manuscritos y Archivos, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden, Raphael Lemkin ZL-273, carrete 3; disponible en <**www.uccla.ca/ OVIET_GENOCIDE_IN_THE_UKRAINE.pdf**>.
—, *Lemkin on Genocide*, ed. de Steven Leonard Jacobs, Lanham (Maryland), Lexington Books, 2012.
Litvín, V. M., *et al.*, eds., *Ukraína. Politichna Istoria XX pochátok-XXI stolittia*, Kiev, Parlámentske vidavnitstvo, 2007.
—, et al., *Istoria ukraínskoho selianstva. Narisi v 2-j tomaj*, vol. 2, Kiev, Naukova Dumka, 2006.
Mace, James, *Communism and the Dilemmas of National Liberation. National Communism in Soviet Ukraine, 1918-1933*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 1983.
Magocsi, Paul Robert, *A History of Ukraine. The Land and its Peoples*, 2.ª ed., Toronto, University of Toronto Press, 2010.
Márochko, Vasil, y Olha Movchán, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Jrónika*, Kiev, Kíevo-Mohilianska Akademia, 2008.
Marples, David, *Holodomor. Causes of the Famine of 1932-1933 in Ukraine*, Saskatoon (Saskatchewan), Heritage Press, 2011.
Martin, Terry, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2001.
—, «Famine Initiators and Directors. Personal Papers. The 1932-1933 Ukrainian Terror. New Documentation on Surveillance and the Thought Process of Stalin», en Isajiw W. Wsevolod, ed., *Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933*, Toronto, Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación, 2003.
Maskudov, Sergei, «Victory over the Peasantry», en Halyna Hryn, ed., *Hunger by Design. The Great Ukrainian Famine and its Soviet Context*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2008.
Mattingly, D., «Idle, Drunk and Good-for-Nothing. The Cultural Memory of the Holodomor Rank-and-File Perpetrators», en Anna Wylegała y Małgorzata Głowacka-Grajper, eds., *The Burden of Memory. History, Memory and Identity in Contemporary Ukraine*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 2017.
Medvédev, Roy A., *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism*, ed. rev. y ampliada, ed. y trad. ing. de George Shriver, Oxford, Oxford University Press, 1989 (ed. original de 1969). [Hay trad. cast.: *Que juzgue la historia. Orígenes y consecuencias del estalinismo*, Barcelona, Destino, 1977.]
Merridale, Catherine, «The 1937 Census and the Limits of Stalinist Rule», *The Historical Journal*, vol. 39, n.º 1 (1 de marzo de 1996).
—, *Night of Stone. Death and Memory in Twentieth-Century Russia*, Nueva York, Viking, 2001.
Montefiore, Simon Sebag, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Nueva York, Knopf, 2004. [Hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2004.]
—, *The Romanovs*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2016. [Hay trad. cast. de Joan Rabasseda: *Los Románov*, Barcelona, Crítica, 2016.]
Motyl, Alexander, *The Turn to the Right. The Ideological Origins and Development of Ukrainian Nationalism, 1919-1929*, Nueva York, Columbia University Press, 1980.
Naimark, Norman M., *Stalin's Genocides*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 2010.

Noll, Wiliam, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva. Usna istoria ukraínskoi seianskoi kulturi, 1920-1930 rókiv*, Kiev, Rodovid, 1999.
Osokina, Elena A., *Our Daily Bread. Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia, 1927-1941*, trad. ing. de Kate Transchel y Greta Bucher, Londres y Nueva York, Routledge, 2005.
—, *Zóloto dlia industrializatsi. Torgsin*, Moscú, ROSSPEN, 2009.
Palij, Michael, *The Anarchism of Nestor Makhno, 1918-1921. An Aspect of the Ukrainian Revolution*, Seattle (Washington), University of Washington Press, 1976.
Papakin, Heorhi V., «Chorna doshka». *Antiselianski represi, 1932-1933*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013.
—, *Donbass na «chorni doshtsi», 1932-1933. Naukovo-populiarni naris*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2014.
—, «Blacklists as an Instrument of the Famine-Genocide of 1932-1933 in Ukraine», trad. ing. de Marta Olynyk, *Key Articles on the Holodomor Translated from Ukrainian into English*, Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor; <**http://holodomor.ca/translated-articles-on-the-holodomor**>.
Pasternak, Borís, *Doctor Zhivago*, trad. ing. de Richard Pevear y Larissa Volokhonsky, Nueva York, Pantheon Books, 2010. [Hay trad. cast. de Fernando Gutiérrez: *El doctor Zhivago*, Barcelona, Debolsillo, 2012.]
Patenaude, Bertrand, *The Big Show in Bololand. The American Relief Expedition to Soviet Russia in the Famine of 1921*, Stanford (California), Stanford University Press, 2002.
Pauly, Matthew D., *Breaking the Tongue. Language, Education, and Power in Soviet Ukraine, 1923-1924*, Toronto, University of Toronto Press, 2014.
Pidhaini, S. O., ed., *The Black Deeds of the Kremlin. A White Book*, 2 vols., Toronto, Basilian Press, 1953. [Hay trad. cast.: *Las negras acciones del Kremlin. Libro de testimonios*, 2 vols., Buenos Aires, DOBRUS, 1966.]
Pipes, Richard, *Russia under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Vintage Books, 1995.
—, ed., *The Unknown Lenin. From the Secret Archive*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1996.
Platónov, Andréi Platónovich, *Fourteen Little Red Huts and Other Plays*, trad. ing. de Robert Chandler, Jesse Irwin y Susan Larsen, Nueva York, Columbia University Press, 2016.
Plokhii, Serhii, *Unmaking Imperial Russia. Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History*, Toronto, University of Toronto Press, 2005; <**www.deslibris.ca/ID/418634**>.
—, *The Gates of Europe. A History of Ukraine*, Nueva York, Basic Books, 2015.
—, «Mapping the Great Famine», *MAPA. Digital Atlas of Ukraine*, Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, <**http://gis.huri.harvard.edu/images/pdf/MappingGreatUkrainianFamine.pdf**> (consultado el 23 de abril de 2017).
Pohl, Otto J., Eric J. Schmaltz y Ronald J. Vossler, «"In Our Hearts We Felt the Sentence of Death". Ethnic German Recollections of Mass Violence in the USSR, 1928-1948», *Journal of Genocide Research*, vol. 11, n.º 2 (2009), pp. 325-327.
Power, Samantha, *A Problem from Hell*, Nueva York, Basic Books, 2002.
Prymak, Thomas M., *Mykhailo Hrushevsky. The Politics of National Culture*, Toronto, University of Toronto Press, 1987.
Rigoulot, Pierre, *Les paupières lourdes. Les français face au Goulag. Aveuglements et indignations*, París, Éditions Universitaires, 1991.
Ríznikiv, Olexa, *Idlo 33-ho. Slóvnik holodomoru*, Odesa, Yuridichna Literatura, 2003.
Romanets, N. R., «Borotba z samosúdami v Ukraínskomu selí, 1933-1935 rr.», *Naukovi Pratsi Istoríchnoho Fakultetu Zaporískoho Natsionálnoho Universitetu*, n.º XXIX (2010), pp. 186-191.
Rublov, Olexánder Serhíovich, y Olexánder Petróvich Reient, *Ukraínski vizvolní zmahannia, 1917-1921 rr.*, Kiev, Alternativi, 1999.
Sands, Philippe, *East West Street. On the Origins of «Genocide» and «Crimes Against Humanity»*, Nueva York, Knopf, 2016. [Hay trad. cast. de Francisco J. Ramos Mena: *Calle Este-Oeste. Sobre*

los orígenes de «genocidio» y «crímenes contra la humanidad», Barcelona, Anagrama, 2017.]
Serhíchuk, Volodímir, *Pohromi v Ukraíni 1914-1920. Vid shtúchnij stereotípiv do hirkoi pravdi, prijovuvanoi v radiánskij árjivaj*, Kiev, Vid-vo im. Oleni Telihi, 1998.
—, *et al*., *Ukraínski jlib na éxport, 1932-1933*, Kiev, PP Serhíchuk M. I., 2006.
Service, Robert W., *Lenin. A Biography*, Londres, Papermac, 2001. [Hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *Lenin. Una biografía*, Madrid, Siglo XXI, 2001.]
Shapoval, Yuri, *Ukraína 20-50 rr. Storinki nenapísanoi istori*, Kiev, Naukova Dumka, 1993.
—, «The Mechanisms of the Informational Activity of the GPU-NKVD», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 22 (2001), pp. 207-230.
—, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 44, n.º 2-3 (2003), pp. 369-399.
—, «Stoletni Shelest. 14 fevraliá ispolniáietsia 100 let odnomú iz sámij kolorítnij rukovodítelei USSR», *Den* (8 de febrero de 2008).
—, «Petro Shelest. 100th Anniversary of the Birth of One of Ukraine's Most Spectacular Political Figures», *Den* (4 de marzo de 2008).
—, «Zhittia ta smert Mikoli Jvilóvoho. U svitli rozsekréchenij dokuméntiv HPU», *en Z Arjíviv VUChK, HPU, NKVD, KHB*, vol. 2, n.º 30-31 (2008), pp. 316 y 317.
—, «The Case of the "Union for the Liberation of Ukraine". A Prelude to the Holodomor», *Holodomor Studies*, vol. 2, n.º 2 (verano-otoño de 2010).
—, «Fatalna Ambivaléntnist», *Krítika. Mizhnarodni Ohliad Knizhok ta Idéi* (mayo de 2015); <**https://krytyka.com/ua/articles/fatalna-ambivalentnist**>.
—, «The Symon Petliura Whom We Still Do Not Understand», *Den*, n.º 18; <**www.ukemonde.com/petlyura/petlyura_notunder.html**> (modificado por última vez el 6 de junio de 2006, consultado el 20 de abril de 2017).
Shevelov, George Y., *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century, 1900-1941. Its State and Status*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 1989.
Shkandrij, Myroslav, y Olga Bertelsen, «The Soviet Regime's National Operations in Ukraine, 1929-1934», *Canadian Slavonic Papers*, vol. 55, n.º 3-4 (septiembre-diciembre de 2013), pp. 160-183.
Shlíjter, Olexánder, «Borbá za jleb na Ukraíne v 1919 godú», *Litopis Revoliutsi. Zhurnal Istori KP(b)U ta Zhovtnevoi Revoliutsi na Ukraíni*, vol. 2, n.º 29 (1928).
Shólojov, Mijaíl, *Virgin Soil Upturned*, trad. ing. de Stephen Garry, Londres, W. & J. Mackay, 1977. [Hay trad. cast. de Preslit-Moscú: *Campos roturados*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1946.]
Sipko, S., «A Report for the Holodomor Research and Education Consortium», s. l., 2013.
Smolí, Valeri, *et al*., *Istoria ukraínskoho selianstva. Narisi v 2-j tomaj*, 2 vols., Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2006.
Snyder, Timothy, *Sketches from a Secret War. A Polish Artist's Mission to Liberate Soviet Ukraine*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2005.
—, *Bloodlands. Europe Between Hitler and Stalin*, Nueva York, Basic Books, 2010. [Hay trad. cast.: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.]
—, *Black Earth. The Holocaust as History and Warning*, Nueva York, Tim Duggan Books, 2015. [Hay trad. cast. de Paula Aguiriano Aizpurua: *Tierra negra. El Holocausto como historia y advertencia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.]
—, y Ray Brandon, *Stalin and Europe. Imitation and Domination, 1928-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2014.
Sosnovi, S., «Pravda pro veliki hólod na Ukraíni v 1932-1933 rókaj», *Ukraínski Visti* (7 de febrero de 1948).
Subtelny, Orest, *Ukraine. A History*, Toronto, University of Toronto Press, 1988.
Sysyn, Frank, «The Ukrainian Famine of 1932-1933. The Role of the Ukrainian Diaspora in Research and Public Discussion», en Levon Chorbajian y George Shirinian, eds., *Studies in Comparative Genocide*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999.

—, «Thirty Years of Research on the Holodomor. A Balance Sheet», en Frank Sysyn y Andrij Makuch, eds., *Contextualizing the Holodomor. The Impact of Thirty Years of Ukrainian Famine Studies*, Toronto, Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 2015.

Taylor, Sally J., *Stalin's Apologist. Walter Duranty, the New York Times's Man in Moscow*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

Thévenin, Étienne, «France, Germany and Austria Facing the Famine of 1932-1933 in Ukraine», presentado en el panel conmemorativo de James Mace, Congreso de la Asociación Internacional de Estudios Ucranianos, Donetsk, Ucrania (6 de junio de 2005).

Tottle, Douglas, *Fraud, Famine, and Fascism. The Ukrainian Genocide Myth from Hitler to Harvard*, Toronto, Progress Books, 1987.

Tucker, Robert C., *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, W. W. Norton, 1992.

Vasíliev, Valeri, «Osoblívosti polítiki kerivnitstva VKP(b) u sílskomu hospodarstvi URSR (Kinets 1933-1934 rr.)», *Ukraínski Selianin. Pratsi Naukovo-doslídnoho Institutu Selianstva*, vol. 10 (2006), pp. 342-348.

—, *Politichne kerivnitstvo URSR i SRSR. Dinámika vidnosin tsentr-subtsentr vladi, 1917-1938*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2014.

—, y Yuri I. Shapoval, *Komandiri velíkoho hólodu. Poízdki V. Mólotova i L. Kahanóvicha v Ukraínu ta Pivnichni Kavkaz, 1932-1933 rr*., Kiev, Heneza, 2001.

Viola, Lynne, *The Best Sons of the Fatherland. Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization*, Nueva York, Oxford University Press, 1987.

—, *Peasant Rebels Under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

—, *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry, 1927-1930. The Tragedy of the Soviet Countryside*, trad. ing. de Steven Shabad, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2005.

Wolowyna, Oleh, Serhii Plokhii, Nataliia Levchuk, Omelian Rudnytskyi, Pavlo Shevchuk y Alla Kovbasiuk, «Regional Variations of 1932-1934 Famine Losses in Ukraine», *Canadian Studies in Population*, vol. 43, n.º 3-4 (2016), pp. 175-202.

Yakubova, L. D., *Etnichni menshini v suspilno-politíchnomu ta kultúrnomu zhittí USRR, 20-i—persha polovina 30-j rr. XX st.*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2006.

Yefímenko, H., «Lijovisni 30-ti roki na Márkivshchini», en Stanislav V. Kulchitski y O. M. Veselova, eds., *Hólod-henotsid 1933 roku v Ukraíni. Istóriko-politolohichni análiz sotsialno-demohrafíchnij ta moralno-psijolohíchnij náslidkiv. Mizhnarodna naukovo-teoretichna konferentsia, Kyiv, 28 listopada 1998 r. Materiali, Institut Istori Ukraíni (Natsionalna Akademia Naúk Ukraíni), Asotsiatsia doslídnikiv holodomóriv v Ukraíni*, Kiev, Vid-vo M. P. Kots, 2000.

—, «Pereselennia ta deportatsi v postholodomorni roki (1933-1936). Poraionni zriz», *Problemi Istori Ukraíni. Fakti súdzhennia, póshuki. Mizhvidomchi zbírnik naukóvij prats*, vol. 22 (2013), pp. 136-166.

—, y L. Yakubova, «Natsionalni vidnósini v radianski Ukraíni (1923-1938)», en V. M. Litvín *et al*., eds., *Natsionalne pitannia v Ukraíni XX -pochatku XXI st. Istorichni nárisi*, Kiev, Nika-Tsentr, 2012.

Yevsieieva, Tetiana, «The Activities of Ukraine's Union of Militant Atheists during the Period of All-Out Collectivization, 1929-1933», trad. ing. de Marta Olynyk, en *Key Articles on the Holodomor Translated from Ukrainian into English*, Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor; <**http://holodomor.ca/translated-articles-on-the-holodomor**>.

Índice alfabético

Academia de Ciencias de Ucrania
Administración Estadounidense de Socorro (ARA)
Afganistán, invasión soviética (1979) de
agricultura
  Academia Ucraniana de Ciencias Agrónomas
  cosecha de 1924
  cosecha de 1933
  cosechas de 1928-1929
  dos cosechas anuales
  escasez de mano de obra tras la hambruna
  exportación de grano
  programa de reasentamiento tras la hambruna
  sequía de 1920-1921
  sequía de 1931
  sequía de 1946
  siembra de primavera de 1931
  Sociedad Agrícola Panucraniana
  «tierra negra», región de
  tradición comunal rusa
  véase también campesinado; campesinado ucraniano; colectivización; granjas colectivas (koljós); grano, adquisición de
Alejandro I, zar
Alejandro II, zar
alemana, minoría
  alemanes del Volga
  colectivización y
  definidos como «kulaks»
  hambruna de 1932 y 1933 y
  repoblación tras la hambruna y
  tiendas Torgsín y
Alemania
  Brest-Litovsk (1918)
  Ejército Negro de Majnó y
  exportaciones de grano a
  hambruna de 1932 y 1933 y
  juicio falso de Shajti y
  Primera Guerra Mundial
  régimen de Skoropadski y
  surgimiento como nación
  victoria electoral de Hitler en enero de 1933

véase también Alemania nazi
Alemania nazi
antisemitismo
colaboración con algunos ucranianos
conocimiento de la hambruna de 1932 y 1933
invasión de Hitler de la Unión Soviética
invasión de Varsovia
ocupación de Ucrania
opinión sobre los eslavos
«Plan Hambre»
prisioneros de guerra soviéticos y
propaganda de la hambruna durante la ocupación
trabajo forzado de ucranianos en
Alexiévich, Svetlana
Allilúieva, Kira
Allilúieva, Nadezhada Serguéievna, esposa de Stalin
Allilúieva, Svetlana, hija de Stalin
Andrés, príncipe de Gran Bretaña
Anguélina, Pasha
Antónenko, Borís
Antónov-Ovséienko, Volodímir
Arbuzinka, provincia de Mikoláiv
Arcángel, región de
Armenia
arquitectura
Arshínov, Piotr
arte
Academia de Bellas Artes de Ucrania
modernista
Asia Central, estados de
Askatin, Olexánder
Astor, Nancy
Aústrin, A.
austrohúngaro, Imperio
Avdienko, Mijailo
Azerbaiyán

Bábel, Isaak
Babenko, Nadía
Babi Yar (1941), asesinatos del barranco de
Backe, Herbert
Bakái, Anatoli
Balanovski, Mijailo
Bálitski, Vsévolod
contexto y primeros años
dirige la Checa de Ucrania
enviado de vuelta a Ucrania
exilia a Hrushevski (1931)
fe en la limpieza mediante la violencia
hambruna de 1932 y 1933 y
invención de la SVU (1930)
lealtad a Moscú
«limpieza» de Dzerzhinski y
purga del Partido Comunista de Ucrania

purgas entre 1926 y 1929
rebelión de los campesinos de 1919 y
rebelión de los campesinos de 1930 y
sobre la reconstrucción socialista de Kiev
sobre las conspiraciones extranjeras
balkario, pueblo
bálticos, estados
bandura (instrumento musical)
Bárbar, Arkadi
Barthou, Jean-Louis
Basha, Mikola
Baskiria
basmachí, movimiento rebelde de los
Batumi, Georgia
Bazhán, Mikola
Baziuk, Marta
BBC
Belinski, Visarión
Béndrik, María
Bertelsen, Olga
Biblioteca Nacional de Ucrania
Bielorrusia
minoría en Ucrania
y el Rus de Kiev
Bila Tserkva, provincia de Kiev
Bilenki, Serhí
Bilorús, Hanna
Blanco, canal del mar
Błaz'ejewska, María
Bohdanivka, distrito de Pavlohrad
Boichuk, Mijailo
Boichuk, Petró
bolcheviques
antisemitismo y
armisticio con Piłsudski
consejo revolucionario de Ucrania
desprecio al concepto de un Estado ucraniano
emergencia alimentaria (1918-1919)
estado centralizado y
golpe de estado de 1917
guerra civil como un punto de inflexión y
Hrihóriev y
líderes que se alzaron en el Imperio ruso
Majnó y
primera ocupación de Ucrania (febrero de 1918)
relación entre la comida y el poder
Revolución ucraniana y
seguidores en Ucrania (1917)
segunda ocupación de Ucrania (1919)
sospecha sobre los intelectuales ucranianos
tercera ocupación de Ucrania (1920)
Bolshevik, revista
Bondarenko, María

Bóriak, Hennadi
Bóriak, Tetiana
borotbista, grupo n.
Brest-Litovsk, Tratado de
Brinza, Iván
Buckley, William
Budántseva, Halina
Budionni, Semén
Buhaiévich, Íhor
Bujarin, Nikolái
Bulgákov, Mijaíl
El maestro y Margarita
La guardia blanca (1926)
Bulgaria
minoría en Ucrania
Butkó, Katerina

Cairns, Andrew
calmuco, pueblo
campesinado
almacenaje de grano debido a los bajos precios
Antónovshchina
bedniaks (campesinos pobres)
categorías bolcheviques de
comités de campesinos pobres en Rusia
como factor desmotivador para producir más grano
crisis de grano de 1927 y 1928 y
en la teoría marxista
expropiación mediante impuestos
impuesto sobre la cosecha
intercambio entre las zonas rurales y urbanas
levantamiento (1930)
levantamientos de mujeres («babski bunti»)
levantamientos durante la hambruna de 1921-1923
mudanza de las granjas colectivas a las ciudades
opinión de Lenin sobre
opinión de Stalin sobre
posesión de una vaca y
rebelión de Tambov
resistencia contra la colectivización
Stalin aboga por la explotación de
tradición rusa de la agricultura comunal
víctimas de la ley del 7 de agosto
véase también campesinado ucraniano
campesinado ucraniano
bienvenida a las tropas nazis
Borotbisti (partido izquierdista) n.
«comités de “campesinos pobres”» (komneszames)
como socialista no bolchevique
cultura en la época del nacional-comunismo
ejército de campesinos de Petliura
Ejército Ucraniano del Trabajo
en los ejércitos de la Primera Guerra Mundial
huidas de las granjas colectivas

idioma y habla
informes/declaraciones del OGPU sobre (1928)
kulaks
levantamiento
levantamiento (1919)
levantamiento (1930)
liderazgo de Hrihóriev
liderazgo de Majnó
movimiento nacional y
nacionalismo romántico y
obligados a estudiar en ruso
oleada de revueltas a principios de la década de 1900
opinión de la Ucrania urbana
opinión de Stalin sobre
propaganda nazi sobre la hambruna y
propaganda soviética denigra a
rechazo a la agricultura comunal en el periodo de 1919
régimen menos severo (desde mayo de 1933)
resistencia a la colectivización
se muda a las ciudades (1932 y 1933)
sistema de clases de Shlíjter y
vida de las aldeas en la década de 1920
Canadá
Asociación Ucraniana de Víctimas del Terror Comunista Ruso
Centro Cultural y Educativo Ucraniano, Winnipeg
Comité para la Investigación de la Hambruna Ucraniana, Toronto
Consorcio para la Investigación y Formación del Holodomor
diáspora ucraniana en
Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos
viaje de Rhea Clyman por la Unión Soviética
Capítulo Ucraniano de la Conmemoración
carbón, industria del
Cardiff Western Mail
Cárpatos
Cáucaso
Cáucaso septentrional
cierre de fronteras (1933)
hambruna de 1921 y 1922
hambruna de 1932 y 1933
Kubán, distrito
lengua ucraniana en
listas negras de los cosacos de Kubán
resistencia contra la colectivización
censo (1937)
Centro de Granjas Colectivas
Chamberlin, William Henry
chechenos
Checoslovaquia
Chépur, Volodímir
Cherkasi, ciudad
Cherkasi, provincia
Cherniavski, Stepán
Cherníhiv, provincia

instituto pedagógico de Nizhin
tasa de mortalidad durante la hambruna
Chernóbil (1986), catástrofe nuclear de
Chicago Daily News
Chicherin, Gueorgui
China
Chorni, Pavló
Chornovil, Viacheslav
Chubar, Vlas
Club Ucraniano
Clyman, Rhea
colectivización
aceleración tras la hambruna
actos de valentía y buena fe
artículo «Los éxitos se nos suben a la cabeza»
ataque contra la religión como parte de
ataque contra los rituales de las aldeas
brigadas
brutalidad durante
cabezas de turco por el fracaso de
campaña propagandística
canciones y poesía de la resistencia
colaboradores locales (los *aktiv*)
como política personal de Stalin
como una segunda revolución
deportaciones durante
descenso en la producción tras
«deskulaquización»
destrucción de la estructura ética y social
disturbios por la confiscación de grano
Ejército Rojo y
«elementos criminales» y
estadísticas de grano oficiales (1930)
levantamientos de mujeres
marchas hacia la frontera polaca
matanza de ganado
nueva élite rural y
objetivos ampliados (julio/diciembre de 1930)
papel del OGPU
pérdida de las tradiciones musicales
«Plataforma de Riutin» y
purgar del Partido Comunista de Ucrania y
resistencia y oposición a
reuniones del Comité Central (1928)
Shólojov y
supuestamente voluntaria y espontánea
«veinticinco mil»
Collier, Laurence
comida
Comisariado para el Abastecimiento de Alimentos
escasez en Rusia durante la Primera Guerra Mundial
Gobierno provisional y
intercambio entre las zonas rurales y urbanas

«medidas extraordinarias» de Stalin
racionamiento en la década de 1920
recuperación de la hambruna de 1921-1923
relaciones con el poder
Comité Judío para la Distribución Conjunta
comunismo
«comunismo de guerra»
concepto del «comunismo nacional»
Estado centralizado y
internacionalismo
nacional-comunistas
visitantes extranjeros izquierdistas y
véase también bolcheviques
conmemoración *véase* memoria, conmemoración y testimonios,
Conquest, Robert
The Harvest of Sorrow
cosacos
de Kubán
zapórogos
Crimea
anexión rusa de
Cruz Roja Internacional
cultura ucraniana
Academia de Bellas Artes de Ucrania
diferenciada desde finales de la Edad Media
eliminación bolchevique de
importancia de la vida rural/campesinado
modernismo de Járkiv
nostalgia romántica y leyenda
Prosvita en Galitzia
purga de las instituciones vinculadas a (1932 y 1933)
purga de los historiadores y conservadores de arte
purga de los nacional-comunistas
rechazo intelectual del estalinismo
reconstrucción socialista de
regreso de Hrushevski (1924) y
renacimiento en la época nacional-comunista
rusificación de
sospecha de Kaganóvich sobre
véase también arte; literatura; música,
Curzon, lord

Daguestán
Daily Express
Danilenko, Vasil
Davidenko, María
Debáltseve, ciudad
Denikin, Antón
Deribás, Terenti
«Deshielo de Jrushchov»
Dniéper, río
Dnipropetrovsk, ciudad (Katerinoslav)
Dnipropetrovsk, provincia (Katerinoslav)
adquisición de grano en

hambruna (1921-1923)
hambruna (1932 y 1933)
resistencia a la colectivización en
tasa de mortalidad durante la hambruna
Dolgorúkov, príncipe Iván
Dolot, Miron
Don, provincia
Donbás, región
Donetsk, ciudad
Donetsk, provincia
Doronenko, María
Drach, Iván
Drázhevska, Liubov
Drobilko, Petró
Dúdnik, Iván
Duranty, Walter
Dzerzhinski, Félix
Dziuba, María

economía soviética
caos posterior a la Segunda Guerra Mundial
«comunismo de guerra»
crisis alimentaria de 1927 y 1928
«especuladores» de grano
Europa Central ocupada
exportaciones de grano durante la hambruna
fuentes de moneda dura
fuerte regulación en la década de 1920
legado de la guerra civil
Nueva Política Económica
primer Plan Quinquenal, (1928)
purga de intelectuales ucranianos
resistencia cotidiana de los obreros
«tablas rojas» y «tablas negras»
véase también grano de Ucrania
Egides, Peter
Ehrenburg, Iliá
Ejército Negro (majnovistas)
Ejército Rojo
colectivización forzada y
descontento en Ucrania
destacamentos de confiscación de grano y
en la Ucrania de 1919
en la Ucrania de 1921
encubrimiento de la hambruna y
expedición de Stalin en Tsaritsin
guerra híbrida en Ucrania
guerra polaco-soviética (1919-1921)
masacre de los cosacos del Don
ocupación de Kiev (febrero de 1918)
ocupación de Kiev (enero de 1919)
ocupación de Ucrania en 1920
rebelión de Kronstadt y
Segunda Guerra Mundial y

Ejércitos Blancos del antiguo régimen
atrocidades antisemitas
campaña polaco-ucraniana (1920) y
en la Ucrania de 1919
teorías conspirativas del OGPU y
Epp, Heinrich
escuelas
«baja» ucranianización en
lengua ucraniana en
purga de profesores (1932 y 1933)
purga del sistema de Skrípnik
Estados Unidos de América
asistencia contra la hambruna de 1921-1923
«Brain Trust» de Roosevelt
comisión del Congreso acerca de la hambruna de 1932 y 1933
conocimiento de la hambruna en
diáspora ucraniana
Fondo de Estudios Ucranianos, Nueva York
opinión sobre Ucrania basada en las políticas nacionales
Roosevelt reconoce la Unión Soviética (1933)

Ferganá, región de Asia Central
France, Anatole
Francia
Frunze, Mijaíl

Galitzia
gas natural, industria del
genocidio
creación del término de Lemkin
debate sobre la hambruna ucraniana
definición de la ONU de
juicios de Nuremberg y
uso ruso del término durante las invasiones de 2014
Georgia
Getty, J. Arch
glásnost, política de la
Gobierno provisional (1917)
Goebbels, Joseph
Gógol, Nikolái
Gorbachov, Mijaíl
Göring, Hermann
Gorki, Maxim: *Sobre el campesinado ruso*
Gradenigo, Sergio
Gran Terror (1937 y 1938)
comunistas ucranianos como un blanco específico
estadísticos como víctimas
orígenes en el periodo de 1932 y 1933
granjas colectivas (koljós)
adquisición de grano de 1931
como beneficiarias de los robos en masa
como factor desmotivador para trabajar
como una «segunda servidumbre»
decreto sobre el robo de la propiedad pública (7 de agosto de 1932)

descolectivización tras la llegada de los nazis
en la Ucrania de 1919
especialistas agrónomos como cabezas de turco
Estaciones de Máquinas y Tractores
extorsión de Stalin/Mólotov
falta de sentimientos de «responsabilidad»
grupos antisoviéticos de dentro de
huidas de
ideología comunista y
listas negras
malas prácticas laborales
maquinaria en malas condiciones
multas cárnicas
narrativas de «sabotaje»
niveles de robo en
propiedad comunal y
rechazo espiritual hacia
sentencias de muerte por objetivos de grano
grano, adquisición de
cuota de 1932
cuota de 1933
durante la colectivización
«medidas extraordinarias» de Lenin
moratoria de 1923 de
oposición de Bujarin a
rangos más bajos del partido y
recolección de 1931
recolección de 1932 y 1933
recolección obligatoria de 1918-1923 (prodrazviorstka)
regreso de las «medidas extraordinarias»
resistencia a
sentencias de muerte por fracasos
ucranianización culpada por los fracasos
véase también registros extraordinarios
grano de Ucrania
almacenaje del excedente
comercio báltico en la Edad Media
como prioridad bolchevique
crisis de 1927 y 1928
dependencia de Rusia en
dos cosechas al año
«especuladores»
factores desmotivadores para la producción de
Lenin y
listas negras por la cuota de grano
«medidas extraordinarias» de Lenin (1918)
mercado bajo la Nueva Política Económica
métodos de venta tradicionales
«robado» de nuevo por los campesinos
véase también adquisición de grano,
Graziosi, Andrea
griega, minoría
Grossman, Vasili

Todo fluye
grupos étnicos y nacionales
deportaciones durante la Segunda Guerra Mundial
en el censo de 1939
«kulaks» y
minoría menonita
véase también minoría alemana
Guerra civil
campaña conjunta de ucranianos y polacos (1920)
cosacos y
escasez de alimentos (1918)
fin de
listas negras y
Guerra Fría
Guerra Mundial, Primera
ataque de los turcos contra los armenios
escasez de alimentos en Rusia
Guerra Mundial, Segunda
batalla por Kursk, Stalingrado y Berlín
batallas en Ucrania
campos de control y filtrado para los deportados que regresaban
canibalismo durante
como eje central de la historia y memoria soviética
invasión de Hitler de la Unión Soviética
invasión nazi de Varsovia
ocupación nazi de Ucrania
«Plan Hambre» nazi
política de «tierra quemada» de Stalin
propaganda nazi sobre la hambruna durante
Gulag (sistema de trabajos forzados)
gran expansión de
literatura «disidente» en

hambruna (1921-1923)
adquisición de grano de 1920
ayuda de iglesias/curas
ayuda estadounidense
en el sur de Ucrania
estadísticas de mortalidad
exportaciones de grano durante
intentos de asistencia soviética
jerarquía religiosa de Ucrania y
llamamiento de ayuda internacional
tasas regionales de mortalidad
hambruna (1928 y 1929)
hambruna (1932 y 1933)
actitud hacia la muerte/los cadáveres
actos espontáneos de buena fe
artículo de Sosnovi (1942)
bloqueo de información
canibalismo durante
certificados/registros de defunción
cierre de las fronteras durante
Comisión de Estados Unidos acerca de la hambruna ucraniana

como algo inexistente en el mundo soviético oficial
como una herramienta política en Ucrania
comunidad alemana minoritaria
comunistas ucranianos y
confiscación de alimentos durante
conocimiento en el extranjero de
Consorcio para la Investigación y Educación del Holodomor, Toronto
continuación del legado de
contranarrativa rusa actual
cuerpos de prensa extranjera en Moscú
cuota de adquisición de grano (1932)
cupones de alimentos/cartillas de racionamiento en ciudades
debate sobre el «genocidio»
decisiones de Stalin sobre Ucrania (otoño de 1932)
decretos confidenciales (14 y 15 de diciembre de 1932)
destrucción soviética de documentos e informes
efectos psicológicos y morales
encubrimiento oficial dentro de la nación
encubrimiento oficial en el extranjero
estadísticas de mortalidad/número de víctimas
exportaciones de alimentos que no eran grano durante
exportaciones de grano durante
falsificación de censos
huidas a través de las fronteras
labores de socorro
libro de Tottle describe como fraude/mito
listas negras por la cuota de grano
literatura «disidente» en
1928 y 1929 como «ensayo general»
mudanza de los campesinos a las ciudades
multas cárnicas y de patatas (1932)
negación soviética organizada de
orfanatos durante
piedras de molino rotas por los activistas
política de la *glásnost* de Gorbachov
política/diplomacia internacional y
posesión de una vaca y
proceso de inanición
prohibición de viajar y carreteras bloqueadas durante
propaganda soviética culpando a los campesinos
propaganda soviética culpando al nacionalismo
punto álgido de (primavera de 1933)
reacciones de Stalin ante (1932)
reconocida y recordada de manera pública
registros de defunciones manipulados
regreso de la Rusia postsoviética a la negación
robos durante
saqueos en los cementerios durante
señales de advertencia
séquito más cercano de Stalin
Shólojov y
silencio de Jrushchov sobre
supervivencia

súplicas a Stalin
tasas regionales de mortalidad
teorías conspirativas del OGPU para explicar
The Ninth Circle, de Woropay
tiendas «Torgsín» de moneda fuerte durante
viaje de Gareth Jones por Ucrania
víctimas infantiles
vida durante
vigilancia de los campos y los lugares de almacenamiento de grano
vigilantismo
visitantes extranjeros izquierdistas y
véase también registros extraordinarios (1932 y 1933)
hambruna (1946-1947)
Harmash, Max
Harvard, proyecto MAPA de
Harvest of Despair (documental de 1985)
Havriliuk, Matví
Hávrish, María
Heinz II, Jack
Hencke, Andor
Heródoto
Herriot, Édouard
Hilger, Gustav
Himmler, Heinrich
Hindus, Maurice
historia oral y memorias
Hitchens, Christopher
Hitler, Adolf
Hladún, Alexánder
Hodún, Todós
Holocausto
Holodomor n.
Honcharenko, Olexánder
Hoover, Herbert
Horbán, Várvara
Horodishche, distrito de Voroshílov
Hosking, Geoffrey
Hrebinki
Hrihorenko, Petró
Hrihóriev, Atamán Matví
Hrinévich, Liudmila
Hrushevski, Mijailo
abandona Ucrania
«falsos juicios», exilio y muerte
regresa a Ucrania (1924)
Hughes, John 402
Huliaipole, provincial

Iglesia católica
griega
romana
Iglesia ortodoxa
juicio de la SVU y
represión soviética de

rusa
ucraniana autocéfala
inanición humana, proceso de
industria soviética
comercio de la madera
cupones de alimentos/cartillas de racionamiento en las ciudades
ética y exploración laboral
explotación de los campesinos y
«Gran giro» o «Gran cambio»
grandes proyectos del sistema del Gulag
industrias metalúrgicas y de construcción de maquinaria
kulaks en la mano de obra
maquinaria industrial
necesidad de recursos naturales
Nueva Política Económica y
primer «Plan Quinquenal» (1928)
rusificación de Ucrania tras la Segunda Guerra Mundial
Informe Secreto
ingusetio, pueblo
Innitzer, cardenal
Instituto de Historia del Partido, Unión Soviética
Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard n.
Instituto del Lenguaje Científico Ucraniano
Instituto Estadounidense de la Empresa
Instituto pedagógico de Nizhin
Italia
consulados en Ucrania
exportaciones de grano a
pacto de no agresión con la Unión Soviética (1933)
surgimiento como nación
Ivanísov, Semén
Ivánova, Hlafira

Jackson, Robert
Japón
Járkiv, ciudad
asedio nazi
Búdinok «Slovo» en
capital movida a (1921)
cultura en la época del nacional-comunismo
Ejército Blanco captura la (verano de 1919)
hambruna de 1932 y 1933 y
juicio falso de la «SVU» en la ópera (1929)
pasaportes especiales
«Plan Hambre» nazi
situación geográfica
Járkiv, provincia
hambruna de 1932 y 1933 y
tasa de mortalidad durante la hambruna
J-ko, I.
Jmelnitski, Bohdan
Jmelnitski, provincia
Jolodni, Hrihori
Jones, Gareth

Jotín, pueblo de
Jóvenes Pioneros, organización de niños comunistas
Jripunov, Antón
Jristiuk, Pavló
Jrushchov, Nikita
judía, comunidad
  antisemitismo de Hrihóriev
  antisemitismo nazi
  antisemitismo ruso
  antisemitismo ucraniano
  asesinatos del barranco de Babi Yar (1941)
  bolcheviques ucranianos
  cementerios en Kiev
  hambruna de 1932 y 1933
  Holocausto
  Holocausto en Ucrania
  idioma y
  «Los protocolos de los sabios de Sion»
  masacres entre 1918-1920
  pogromos de 1905
  pogromos durante la revuelta de Jmelnitski
  policía política de Ucrania y
  Rada Central y
  restricciones en la propiedad de tierras
  soldados del Directorio y
Jviloví, Mikola

Kaganóvich, Lazar
  adquisición de grano de 1932 y
  brigadas de recolección de grano y
  en el Cáucaso Septentrional (otoño de 1932)
  en Ucrania con Mólotov
  informado de los incidentes de canibalismo
  nombrado líder del Partido Comunista de Ucrania
  sentencia póstuma por genocidio (2010)
  Stalin y
  ucranianización y
Kalinichenko, Volodímir
Kalinin, Mijaíl
Kaménev, Lev
Kamianets-Podilski, provincia
karachái, pueblo
Kazajistán
  hambruna de 1932 y 1933 en
  sedentarización de los nómadas
Kazán, ciudad
Kiev, ciudad
  actitud de bolcheviques hacia
  anarquía en el periodo de 1919
  archivos de
  asesinatos del barranco de Babi Yar (1941)
  batalla contra los ejércitos de Hitler
  bloqueo nazi de
  cementerio Lukiánivske

conmemoraciones del sexagésimo aniversario
conquista polaco-ucraniana de (1920)
Denikin toma la (agosto de 1919)
desfile del 1 de abril de 1917
desfile del 1 de mayo 1986
disidentes en las décadas de 1960 y 1970
expulsión de los bolcheviques de (agosto de 1919)
hambruna de 1932 y 1933 y
lengua ucraniana y
literatura y arte en
mandato del Directorio
manifestaciones de la Plaza Maidán
monumento en recuerdo del Holodomor en
ocupación bolchevique (febrero de 1918)
ópera de
pasaportes especiales
«Plan Hambre» nazi
Rada Central en
reconstrucción arquitectónica socialista
Revolución Naranja (2004)
segunda ocupación bolchevique (1919)
situación geográfica
tiendas «Torgsín» de moneda fuerte durante
violencia antisemita (1918-1920) y
Kiev, provincia de
hambruna de 1932 y 1933 en
tasa de mortalidad durante la hambruna
violencia antisemita en
Kirichenko, Halina
Kirichenko, Vira
Kirovohrad, provincia
Klimenko, Iván
Kobilko, Olena
kobzar (bardo errante)
Kobzar, Iván
Kodakí, aldea
Koestler, Arthur
Kommunist, periódico
Komsomol (organización de juventudes comunistas)
brigadas de activistas para los registros
brigadas de colectivización
purgas de 1932 y 1933 y
Kondrashin, Víktor
Kópelev, Lev
Korobska, Marina
Kósarev, Borís
Kosior, Stanislav
arresto y muerte de
cartas a Stalin
nombrado líder del Partido Comunista de Ucrania
reunión con Stalin
sentencia póstuma por genocidio (2010)
Stalin critica a

Kosnicki, Stanislaw
Kostirko, Mikola
Koval, María
Kozhedub, María
Kozúbovski, Fedir
Krai Septentrional, región
Krasnodar, región
Krával, Iván
Krávchenko, Víktor
Kravchuk, Leonid
Kremenchuk, provincia
Krilenko, Nikolái
Kriví Rih
Kronstadt (1920), rebelión de los marineros de
Krupoderentsi, aldea
Krútsik, Roman
Kubán, distrito del Cáucaso Septentrional
kulaks
«colectivos kulak»
como «beneficiarios» de la ucranianización
como cabezas de turco de los bolcheviques
conflicto con los miembros del *komnezam*
crisis de grano de 1927 y 1928 y
deportaciones en masa
«deskulaquización»
en Ucrania
entrada a la mano de obra industrial
enviados al Gulag
expropiación mediante impuestos
grupos étnicos más pequeños y
«liquidación de … como clase»
miedo de los campesinos de convertirse en
podkuláchniki «subkulaks»
primeros usos del término
Rhea Clyman sobre
significado del término
Stalin sobre
Kulchitski, Stanislav
Kursk
Kvíring, Emmanuil

Laval, Pierre
Lébed, Dmitró
Lebedenko, funcionario
Lébid, Denis
Leib-Rabinóvich, Simon
Lémik, Mikola
Lemkin, Raphael
El dominio del Eje (1944)
lengua polaca
lengua rusa
batallas lingüísticas actuales
como camino a un mayor estatus social
industria ucraniana y

mandato del Directorio y
lengua ucraniana
académicos rusos del siglo XIX
«acercamiento» al ruso
alfabeto cirílico
«baja» ucranianización y
batallas lingüísticas actuales
burócratas soviéticos de Ucrania y
comisión ortográfica (est. 1925)
como «idioma contrarrevolucionario»
cultura antisistema y
diccionarios y ortografías
división entre las zonas rurales-urbanas
eliminación bolchevique de
eliminación de la Rusia imperial de
eliminación soviética de (1932 y 1933)
en la época nacional-comunista
escuelas
hablantes en Rusia
mandato de Skoropadski y
mandato del Directorio y
Nicolás II permite el uso de
préstamos del polaco y el ruso
raíces eslavas
renacimiento en el periodo revolucionario
rusificación tras la hambruna y
«ruteno»
variaciones regionales
Lenin, Vladimir Ilich Ulianov
comités de campesinos pobres y
crea la policía secreta (Checa, OGPU)
culpa a los «especuladores» de la escasez de alimentos
golpe de estado de octubre de 1917
grano de Ucrania y
guerra híbrida en Ucrania
hambruna de 1921-1923 y
mala salud
«medidas extraordinarias» (1918)
muerte de (1924)
Nueva Política Económica
opinión sobre el campesinado
opinión sobre el nacionalismo
personalidad de
primera ocupación de Ucrania (1918) y
propiedad de la Iglesia y
regiones no rusas y
tercera ocupación de Ucrania (1920) y
Terror Rojo y
Leningrado
Leópolis, ciudad
Letonia
Levchuk, Natalia
Lipkivski, Vasil

literatura
Búdinok «Slovo» en Járkiv
ciclo de poesías *1933*
disidente
grupo Hart en Járkiv
organización Pluh
purga entre 1932 y 1933
sospechas de Kaganóvich sobre
Unión de Escritores de Ucrania
VAPLITE
Lituania
Litvín, Uliana
Litvínov, Maxim
Litvinski, Oleksí
Liubomírenko, Bohdan
Lloyd George, David
London Evening Standard
London Review of Books
Lozová, provincia de Járkiv
Lutsíshina, Nadía
Lyons, Eugene

Mace, James
Mackenzie, F. A.
Maiski, Iván
Majnó, Néstor
Malaysian Airlines, vuelo de
Malishko, Nadía
Manchester Guardian
Mancomunidad de Polonia-Lituania
Mane, Olga
Mántsev, Vasili
Márchenko, Katerina
Mariúpol, provincia
Márochko, Vasil
Martin, Terry
Marx, Karl
marxista, teoría
campesinado y
colectivización y
ucranianización y la Nueva Política Económica
Maslianchuk, Hanna
Mattingly, Daria
Matushevski, Borís
Matvienko (señor de la guerra de Makáriv)
Mazepa, Iván
Mazurenko, Hrihori
medios de comunicación
cuerpos de prensa extranjera en Moscú
ucranianos
viaje de Gareth Jones por Ucrania (1933)
Medvédev, Dmitri
Medvédev, Roy: *Que juzgue la historia* (1969)
Melitópol, distrito

memoria, conmemoración y testimonio
campaña soviética contra el recuerdo de la diáspora
ceremonia de conmemoración (2008)
como memoria nacional unificadora para los ucranianos
conmemoraciones del sexagésimo aniversario
destrucción rusa de monumentos
Instituto de Memoria Nacional
Libro de la Memoria
monumento en recuerdo de la hambruna en Barájti
monumentos
recuerdo durante la ocupación nazi
recuerdo en la ucrania de la década de 1980
recuerdo y la diáspora de la postguerra
menonita, minoría
mesj
Mikitenko, Iván
Mikoián, Anastás
Mikoláiv, ciudad y provincia
Mílov, Mikola
Mírhorod, provincia de Poltava
Mironenko, Iván
Misha el japonés
Míshchenko, M.
Mítsik, Yarina
Mítsik, Yuri
Mochulski, Kostiantín
Moldavia, república autónoma de n.
Mólotov, Viacheslav
hambruna de 1932-1933
líder del secretariado del Partido Comunista
sentencia póstuma por genocidio (2010)
viaje a Ucrania (invierno de 1928)
Moroz, Hrihori
Moscú8
Moskalenko, Mikola
Mostoví, Petró
movimiento nacional ucraniano
como amenaza al proyecto soviético tras 1921
Congreso Nacional Panucraniano (19 de abril de 1917)
culpado de todos los «errores» de la política rural
desfile en Kiev (1 de abril de 1917)
desorganizado (finales de 1919)
despertar del siglo XIX
desprecio bolchevique por
eliminación bolchevique de
eliminación de la Rusia imperial de
en regiones bajo el mandato austriaco
erradicado por la hambruna de 1921 y 1933
fuerte sabor «campesino»
juicio falso de la «SVU» de intelectuales (1929)
liderazgo de Petliura
movimientos parecidos en Occidente y
operación de Stalin contra (1927)

opinión de Stalin sobre
papel de los historiadores e intelectuales
persecución en la década de 1960 y 1970 de
purga de intelectuales (1932 y 1933)
purga de las instituciones vinculadas a (1932 y 1933)
purga soviética de la «contrarrevolución»
renacimiento de (1991)
renacimiento durante la época del nacional-comunismo
rusificación
segundo despertar en el «deshielo de Jrushchov»
sociedad civil emergente
sovietización
supervivencia y renacimiento de
supuestos vínculos con el fascismo
tasa de mortalidad durante la hambruna (1932 y 1933) y
ucranianización de territorios rusos y
Muggeridge, Malcolm
Muraviov, Mijaíl
música
colectivización y
folclórica
Musichuk, Mikola
Musiyenko, Olexi n.
Mussolini, Benito

Nagorno-Karabaj, región
Naimark, Norman
Nansen, Fridtjof
Nansen, Misión
Nárbut, Heorhi
nazis, *véase* Alemania nazi
negras acciones del Kremlin, Las (ed. Pidhaini)
Nesterenko, Mijailo
New York Evening Post
New York Times, The
New Yorker, The
Nicolás II, zar
Nizhin, provincia de Cherníhiv
Nízhnik, Yósip
Noll, William
Nova Ukraína, periódico
Novoolexándrivka, aldea, sureste de Ucrania
Nuremberg, juicios de

Odesa, ciudad
anarquía del periodo de 1919
batalla contra los ejércitos de Hitler
como ciudad rusohablante
cónsules extranjeros en
exportaciones de grano durante la hambruna
hambruna de 1921 y 1922 y
hambruna de 1932 y 1933 y
pasaportes especiales
Petliura toma la (1918)

resistencia contra la colectivización y
situación geográfica
Odesa, provincia
ataque contra la religión en
hambruna de 1932 y 1933 y
tasa de mortalidad durante la hambruna
Olínik, Borís
Olínik, Iván
Olítskaia, Yekaterina
Omélchenko, Halina
Opanásenko, Mikola
Ordzhonikidze, Sergó
Orel, ciudad
Organización de las Naciones Unidas (ONU)
«Organización Militar Ucraniana» (UVO) ficticia
Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa
Oríjiv, aldea
Ovcharenko, Petró
Ovcharuk, Nadía

Países Bajos
Papakin, Heorhi
Partido Comunista de Ucrania
adquisición de grano en 1932 y
adquisición de grano en 1933 y
cabezas de turco para el fracaso de la colectivización y
cabezas de turco para el OGPU en
catástrofe de Chernóbil (1986) y
culpa a Stalin de la hambruna (1991)
definición de «kulak»
desconfianza de los bolcheviques hacia
diferentes acercamientos a Stalin sobre la hambruna
equipos de activistas para los registros y
hambruna de 1921-1923 y
hambruna de 1928 y 1929 y
hambruna de 1932 y 1933 y
informe del OGPU a Stalin (agosto de 1932)
jerarquía religiosa de Ucrania y
Jrushchov lidera
lengua ucraniana y
levantamiento de 1930 y
listas negras y
oposición a la confiscación de grano de 1932 y 1933 dentro de
papel de Moscú en
purga del Gran Terror de
purgas de (1928)
purgas en masa de (1932 y 1933)
regreso de Hrushevski (1924) y
sentencias de muerte por objetivos de grano
siembra/cosecha de 1931 y
sospechas de Stalin sobre
súplicas a Stalin
tras la Segunda Guerra Mundial
ucranianización y

Partido Comunista de Ucrania («nacional-comunista»)
Partido Democrático Nacional de Ucrania
Partido menchevique
Partido Socialista Revolucionario de Ucrania
Pasternak, Borís: *El doctor Zhivago*
Pata, María
Patrinchuk, Mikola
Pavlenko, Anastasía
Pavlenko, Mijailo
Pavlichka, Tetiana
Pavlohrad, distrito, Dnipropetrovsk
Pechora, Susannah
Pénkivka
Penza, provincia de n.
Petliura, Simon
  asesinato de
  demonización soviética de
  Piłsudski y
Petrogrado
Petrovski, Hrihori
Piatakov, Heorhi
Pidhaini, Semén
Pidkui-Muja, Yujim
Pidvisotski, Hénrij
Pikal, Timofí
Piłsudski, mariscal Józef
Pío XI, papa
Pipes, Richard
Pirih, Ruslán
Platónov, Andréi: *Catorce cabañas rojas*
Plokhii, Serhii
Podilia
Podolián, Stepán
policía política *véase* policía secreta soviética (Che-Ka o Checa, luego GPU, OGPU, NKVD y KGB),
policía secreta soviética (Che-Ka o Checa, luego GPU, OGPU, NKVD y KGB) n.
  cambios de nombre
  campaña en Ucrania (1919)
  campaña en Ucrania (1921)
  campesinos que huían de la hambruna y
  cierre de las fronteras ucranianas (1933)
  colectivización forzada y
  conspiración urbano-rural y
  conspiraciones del UNT, la UCO y la OUN
  conspiraciones internacionales y
  conspiraciones vinculadas a los levantamientos del pasado
  control de los «intelectuales ucranianos»
  crisis alimentaria de 1927 y 1928 y
  Departamento Político Secreto (SPV) de Ucrania
  «descosaquización» en la provincia del Don
  «deskulaquización» y
  documentación archivística de los levantamientos de 1930
  Gulag y
  historias de canibalismo y

informe de Deribás y Aústrin
informe sobre Ucrania a Stalin (agosto de 1932)
juicio falso de la «SVU»
juicio falso de los ingenieros agrónomos de Podilia (1931)
juicio falso de Shajti (1928)
Lenin crea
limpieza de Tsaritsin (1918)
paranoia de Moscú sobre Ucrania
primeros juicios de socialistas ucranianos
red de espionaje en el Extremo Oriente
red de espionaje en Europa
represión y purgas del (1932 y 1933)
viaje de Gareth Jones por Ucrania y
véase también Bálitski, Vsévolod
Polonia
antisemitismo en el ejército
bajo Piłsudski
conocimiento de la hambruna en
cónsul en Kiev
divisiones de (finales de la década de 1700)
escuelas en lengua ucraniana en
golpe de estado de Piłsudski (1926)
guerra polaco-soviética
guerra polaco-ucraniana
huidas durante la hambruna a (1932 y 1933)
invasión nazi de Varsovia
juicio del SVU (1929) y
marchas hacia la frontera de
nostalgia por el territorio ucraniano «perdido»
ocupación soviética tras la Segunda Guerra Mundial
pacto de no agresión con la Unión soviética (1932)
polacos no fueron un blanco específico en 1932 y 1933
red de espionaje del OGPU
rumores sobre una invasión de
surgimiento como nación
teorías conspirativas del OGPU y
territorios del oeste de Ucrania
Ucrania anterior a 1917 y
Poltava, ciudad
Poltava, provincia
aldeas de las listas negras en
ataque contra la religión en
brigadas de colectivización y
hambruna de 1932 y 1933 y
Oleksandr Shlíjter y
Póstishev, Pavló
Pototski, Pavló
Pravda
artículo «Los éxitos se nos suben a la cabeza»
Price, Morgan Philips
Prokopenko, Havrilo
Proskovchenko, Mikola
Proskúriv (ahora Jmelnitski)

Prosvita (Sociedad cultural de Galitzia)
«protocolos de los sabios de Sion, Los»
Putin, Vladímir

Rádchenko, Olexandra
Radio Liberty
Rakovski, Christian
Ráshkova Slobodá, provincia de Cherníhiv
Reagan, Ronald
Redens, Stanislav
Reed, John
registros extraordinarios
  ataques contra los miembros de las brigadas
  bonificaciones por encontrar grano
  demandas de dinero
  eliminación del ganado
  estar vivo como algo sospechoso
  hambre como motivación
  informantes y espías para
  instrumentos/equipamiento utilizado
  Kondrashin sobre
  muestras de humanidad y
  naturaleza y composición de las brigadas
  tácticas/estrategias utilizadas por
  uso de la violencia/crueldad
Reingold, Iósef
Reino Unido
religión
  ataque del Estado contra
  ciclo tradicional de los campesinos interrumpido
  cultos religiosos y las prácticas
  función social de las iglesias
  minoría católica en Ucrania
  véase también Iglesia ortodoxa
Revolución Euromaidán (2014)
Revolución Naranja (2004)
Revolución ucraniana (1917-1921)
  atrocidades y derramamiento de sangre en el periodo de 1919
  bolcheviques ucranianos
  «comunismo de guerra» y
  declaración de independencia (26 de enero de 1918)
  desestabilización bolchevique de
  mandato de Skoropadski
  mandato del Directorio
  opinión bolchevique sobre
  Rada Central de Kiev
  reconocimiento diplomático en Europa (1918)
  tercera universal de la Rada Central
Riazán, provincia, cerca de Moscú
Richitski, Andrí
Rigoulot, Pierre
Riutin, Martemián
Roosevelt, Franklin D., presidente
Rostov

Rudenko, Mikola: «La cruz» (1976)
Rudnitski, Omelián
Ruj, partido político independiente
Rumanía n.
Rus de Kiev (estado medieval)
Rusia en la era soviética
agenda rusa en Ucrania
arte y la literatura ucranianas y
chovinismo hacia Ucrania
cierre de la frontera con Ucrania (1933)
Comité Panruso para la Hambruna
«comités de “campesinos pobres”» (komneszames)
composición de brigadas de colectivización
composición de la policía secreta
composición de los equipos de registros
composición del Ejército Rojo y
estadísticas de mortalidad para la hambruna de 1932 y 1933
hambruna de 1921-1923
inmigración ucraniana debido a la hambruna (1932)
intercambio entre las zonas rurales y urbanas
Kondrashin sobre la hambruna en
«listas negras» exclusivas para productores de grano
política de rusificación y
programa de reasentamiento
«Rusia» como un estado no soberano
tradición de agricultura comunal
ucranianohablantes en
véase también Cáucaso septentrional, provincias rusas del Volga,
Rusia, postsoviética
anexión de Crimea (2014)
apoyo a Yanukóvich
campaña de intimidación de
campaña de Yúshchenko y
contranarrativa de la hambruna
élites
grandes hostilidades hacia Ucrania
invasión del este de Ucrania (2914)
miedo a una Ucrania estable
propaganda del FSB
regreso a la negación total
ruso, Imperio
antisemitismo extendido
caída de (1917)
conflicto polaco-ruso
ejército de la Primera Guerra Mundial
emancipación de los siervos (1861)
escasez de alimentos durante la Primera Guerra Mundial
modernización del periodo anterior a la Primera Guerra Mundial
Ojrana, policía secreta imperial
rebelión de Mazepa contra
Revolución de 1905
Revolución de Febrero de 1917
Rus de Kiev y

Salisbury, Harrison
Sambros, Heorhi
Sarátov, provincia de
Sarátov, puerto del Volga
Scheffer, Paul
Schwartzbard, Sholom
Sebastopol
Serhíchuk, Volodímir
Shajti (1928), juicio falso de
Shakespeare, William
Shapoval, Yuri
Shaw, George Bernard
Shcherbítski, Volodímir
Shélest, Petró
Shepetivka, distrito
Shevchenko, Tarás
Kobzar («Bardo»)
«Querido Dios, ¡otra desgracia!» (1859)
«Testamento» (1845)
Shevchuk, Larisa
Shevelov, George
Shlíjter, Olexánder
Shólojov, Mijaíl
Campos roturados
Shopin, Kirilo
Shostakóvich, Dmitri
Shulhin, Olexánder
Shumskí, Olexánder
Siberia
deportaciones de kulaks a
Simbirsk, provincia de
Simenon, George
Simiá, Hrihori
Skipián-Vasilévich, María
Skoropadski, Hetman
Skoropadski, Pavló
Skrípnik, Mikola
Skrípnik, Pavló
purga del Comisariado de Educación
resignación y suicidio
Sliniuk, Dmitró
Slípchenko, Volodímir
Snizhne, Ucrania oriental
Snyder, Timothy
Sobolivka, aldea
Sociedad de Naciones
Sokirko, María
Soloviova, Antonina
Solovkí, campo de prisioneros de la isla de
Solzhenitsin, Alexánder
Un día en la vida de Iván Denísovich
Sorokin, Pitirim
Sosnovi, S.

Sova, G.
Stalin, Iósif
aboga por la explotación de los campesinos
artículo «Los éxitos se nos suben a la cabeza» (2 de marzo de 1930)
censistas y
colectivización como una política personal
Comisario del Pueblo para Asuntos Nacionales
como responsable de la hambruna
comunismo de guerra y
contexto de
crisis de grano de 1927 y 1928 y
cuestión nacional como cuestión campesina
decisiones que afectaron a Ucrania (otoño de 1932)
declara la guerra contra los traidores del partido (noviembre de 1932)
decreto sobre el robo de propiedad pública (7 de agosto de 1932)
«El marxismo y la cuestión nacional» (1913)
entrevistas con la prensa extranjera
exportaciones de grano y
extorsión durante la recolección de grano de 1931 y 1932
«Gran giro» o «Gran cambio»
informe del OGPU a (agosto de 1932)
«limpieza» de Tsaritsin (1918)
«medidas extraordinarias» (1927-1928)
miedo por el malestar en Ucrania
muerte de (1953)
operación contra los intelectuales ucranianos (1927)
opinión sobre el nacionalismo
orden sobre la siembra de 1931
paranoia médica de
«Plataforma de Riutin» y
reacciona ante la escasez de alimentos (1932)
reasentamiento del campesinado y
rivalidad con Trotski
sentencia póstuma por genocidio (2010)
Shólojov y
sobre las «conspiraciones» del extranjero
sospechas sobre el Partido Comunista de Ucrania
sospechas sobre los intelectuales ucranianos
suicidio de su esposa Nadia (1932)
teorías conspirativas como explicación de la hambruna
«tierra quemada»
Ucrania en el periodo revolucionario y
Ucrania occidental polaca y
viaje a Siberia (1928)
Stalingrado (Tsaritsin)
Stari Babaní, aldea, Cherkasi
Stávropol, provincia, Cáucaso septentrional
Strang, William
Sujenko, Hanna
Sumi, ciudad
Sumi, provincia
Svátove, ciudad
Sysyn, Frank

Tarásivka, aldea
Tartaristán
Tauger, Mark n.
Táurida, provincia
teatro
Tendriakov, Vladímir
Térejov, Román
Terror Rojo (1918)
testimonios *véase* recuerdo, conmemoración y testimonio
Tierras Negras Central, provincia
Times Literary Supplement, The
Timoshchuk, Halina
Timoshivka, aldea, Cherkasi
Tíshchenko, Vira
Toporishche, aldea
Torgsin, tiendas de moneda fuerte
Toronto Evening Telegram
Tottle, Douglas: *Fraud, Famine and Fascism: The Ukrainian Genocide Myth from Hitler to Harvard* (1987)
Trotski, Lev
  campesinado y
  rivalidad con Stalin
Tsaritsin (Stalingrado) n.
Tsimbaliuk, Olha
Tsivka, Hanna
Tulchín, distrito
turcos otomanos
Túrkalo, Kost
Turquía

Ucrania
  académicos consolidados durante el periodo estalinista
  cierre de las fronteras (1933)
  como estado soberano
  consejo revolucionario de Ucrania
  cuotas de «deskulaquización»
  decisiones de Stalin que afectaron a (otoño de 1923)
  declara la independencia (1991)
  deportaciones a la Alemania nazi
  economía disfuncional en el periodo de 1921
  escudo de armas, billetes y sellos
  estadísticas de mortalidad para la hambruna de 1932 y 1933
  estatus tras la Segunda Guerra Mundial
  éxodo en masa de (1931 y 1932)
  fin de la ucranianización (1932)
  guerra polaco-ucraniana (1918 y 1919)
  himno nacional
  identidad nacional
  industrialización durante el siglo XIX
  invasión rusa del este de Ucrania (2014)
  izquierda antisoviética en la década de 1920
  miedo de Stalin por el malestar en
  migración rusa tras la Segunda Guerra Mundial a

ocupación nazi
paranoia eterna de Moscú sobre
«Plan Hambre» nazi
política soviética de ucranianización
primer ataque soviético contra (enero de 1918)
primera ocupación bolchevique (1918)
primeros síntomas de la hambruna (1932)
programa de reasentamiento tras la hambruna
purga de los profesores (1932 y 1933)
región de las estepas del sureste
Revolución Euromaidán (2014)
Revolución Naranja (2004)
rusificación de
segunda ocupación bolchevique de (1919)
significado de la palabra
sistema de pasaportes internos (desde 1932)
sovietización de
tercera ocupación bolchevique (1920)
Ucrania, geografía de
visita de Mólotov (1928)
Ucrania, historia anterior a 1917
Ukraínski Jliborob, semanario agrícola
Uman, ciudad
Úmanska, María
Úmanski, Konstantín
Unión de Arquitectos de la Unión Soviética
Unión Soviética
caída de
como estado político estricto a mediados de la década de 1920
crisis internacionales de comienzos de la década de 1930 y
culto de la ciencia y la maquinaria
XIX Congreso del Partido (1988)
historias «disidentes» sobre el estalinismo
invasión de Afganistán (1979)
lucha por el poder entre Stalin y Trotski
misión estadounidense de ayuda (1921 y 1922)
movimientos de población en masa
ocupación de Europa Central tras la Segunda Guerra Mundial
«Plan Hambre» nazi
política de «indigenización» (korenizátsia) (est. 1923)
política de sovietización
política del *glástnost* de Gorbachov
política exterior
primer ataque contra Ucrania (enero de 1928)
regreso de Hrushevski y
Universidad de Járkiv
Urales
Uralsk, provincia rusa

Vasíliev, Valeri
Velichko, Spiridón
Velika Lepetija, ciudad
Velike Ustia, provincia de Cherníhiv
Vénzhik, Larisa

Veretenchenko, Olexa
Vernidub, Leonid
Versalles, Tratado de paz de
Veselova, Olexandra
Village Voice, revista
Vinichenko, Volodímir
Vínnitsia, ciudad
Vínnitsia, provincia
  ataque contra la religión de
  documentos y registros destrozados
  incidentes de canibalismo en
  miembros de la SVU «descubiertos» en
  orfanatos de
  Richitski y
  tasa de mortalidad durante la hambruna (1932 y 1933)
Viola, Lynne
Vióshenskaia Vstanitsa, en el Cáucaso septentrional
Virún, Stepán
Vishnia, Ostap
Volga, provincias rusas del
  hambruna de 1921 y 1922 y
  hambruna de 1932 y 1933 y
  minoría alemana en
  provincia del Volga Bajo
  provincia del Volga Central
  provincia del Volga Medio
Volinia, distrito
Volinia, provincia
Voltaire
Vorónezh, provincia
Voroshílov, Kliment
Voznesensk, Ucrania meridional

Webb, Beatrice y Sidney
Wienerberger, Alexander
Wolowyna, Oleh n.
Woropay, Olexa
  The Ninth Circle
Woz´niak, Leon
Wrangel, Peter, general

Yagoda, Guénrij
Yákovlev, Yákov
Yaloví, Mijailo
Yanukóvich, Víktor
Yaroshenko, Katerina
Yefímenko, Hennadi
Yefrémov, Serhí
Yekaterínovka, aldea del Cáucaso septentrional
yidis
Yugoslavia
Yúshchenko, Víktor

Zalivcha, Sofía

Zaporizhia, provincia
Zatonski, Volodímir
Zerr, Antonius
Zhihadno, Oxana
Zhitómir, provincia
Zinóviev, Grigori
Zinovivski, distrito
Zolotoverja, Elida



ANNE APPLEBAUM es columnista para *The Washington Post*, profesora asociada en la London School of Economics y colaboradora de *The New York Review of Books*. Entre sus libros anteriores cabe destacar *El Telón de Acero*, con el que ganó el Premio Cundill y fue finalista al National Book Award, y *Gulag*, obra galardonada con el Premio Pulitzer en la categoría general de no ficción. Vive en Polonia con su marido, el político polaco Radosław Sikorski, y sus dos hijos.

Notas

[1] V. V. Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR: 1929-1934. Rossía XX vek*, vol. 1, Moscú, Mezhdunarodni fond «Demokratia», 2011, pp. 163-165, citando a V. S. Lozitski, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni: zlochin vladitrahedia narodú. Dokumenti i materiali*, Kiev, Heneza, 2008, pp. 37-40. <<

[2] TsDAHOU 1/20/5254 (1932), pp. 1-16, en R. Ya. Pirih, ed., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ucraíni. Dokumenti i materiali*, Kiev, Kíevo-Mohilianska Akademia, 2007, p. 130. <<

[3] *Ibid.*, p. 134. <<

[4] La palabra «Haladamor» aparece en publicaciones checas de la diáspora ucraniana en la década de 1930. Olexi Musiyenko fue probablemente el primero en utilizar la palabra «Holodomor» en público, durante un discurso en la Unión de Escritores que se citaría en *Literaturna Ukraína* el 18 de febrero de 1988. <<

[5] Hennadi Bóriak, «Sources and Resources on the Famine in Ukraine's Archival System», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 27 (2004-2005), pp. 117-147. <<

[6] Andrea Graziosi, «The Soviet 1931-1933 Famines and the Ukrainian Holodomor. Is a New Interpretation Possible, and What Would Its Consequences Be?», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 27 (2004-2005), p. 100. <<

[7] Tetiana Bóriak ha resumido su importancia en el libro *1933. I chohó vi shche zhiví?*, Kiev, Clio, 2016. <<

[8] Bóriak, «Sources and Resources…», pp. 117-147. <<

[1] Tarás Shevchenko, «Zapovit» («Testament»), en *Selected Poetry*, trad. ing. de John Weir, Kiev, Ucrania, 1977, p. 198, disponible en <**www.infoukes.com/shevchenkomuseum/poetry.htm**> (consultado en 2017) [hay trad. cast.: «Testamento», *Poesías escogidas*, Kiev, Editorial Dnipró, 1986]. <<

[2] Nikolái Gógol, *Arabesques*, trad. ing. de Alexander Tulloch, Ann Arbor (Míchigan), Ardis, 1982, p. 104. <<

[3] I. M. Dolgorúkov, «Slavni bubni za górami, ili moie puteshestvie koié-kudá, 1810 goda: Sochinenie Kniazia Ivana Mijailóvicha Dolgorúkago c predislóviem O. M. Bodiánskago», *Chtenia v Imperátorskom Óbshchestve Istori i Drevnostéi Rossískij pri Moskóvskom Universitete*, vol. 2 (abril-junio de 1869): glava II «Materiali otéchestvennie», p. 46. <<

[4] Serhiy Bilenky, *Romantic Nationalism in Eastern Europe. Russian, Polish and Ukrainian Political Imaginations*, Stanford (California), Stanford University Press, 2012, pp. 96 y 97. <<

[5] *Ibid*., p. 244, citando la reseña de Belinski de *Istoria Malorossi*, de Mikola Markévich, que se encuentra en Belinski, *Pólnoe sobranie sochineni*, vol. 7, Moscú, Izdátelstvo Akademi Naúk, 1953, p. 60. <<

[6] Alexandra Efimenko, *Iúzhnaia Rus. Ó cherki, isslédovania i zametki*, vol. 2, San Petersburgo, s. e., 1905, p. 219. <<

[7] George Y. Shevelov, *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century, 1900-1941. Its State and Status*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 1989, p. 54. <<

[8] Paul Robert Magocsi, *A History of Ukraine. The Land and its Peoples*, 2.ª ed., Toronto, University of Toronto Press, 2010, p. 17. <<

[9] Las descripciones físicas aparecen en *Trilogy*, de Henryk Sienkiewicz, una serie de novelas del siglo XIX que se desarrollan en lo que actualmente es Ucrania, y que en realidad están basadas en los viajes que el autor realizó a Estados Unidos. <<

[10] Serhii Plokhii, *The Gates of Europe. A History of Ukraine*, Nueva York, Basic Books, 2015, p. 9. <<

[11] *Ibid.*, p. 69. <<

[12] Voltaire, *Histoire de Charles XII, roi de Suède*, vol. 1, Basilea, Revis, 1756, p. 171 [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano de Álvaro Martín: *Historia de Carlos XII, rey de Suecia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936]. <<

[13] Shevchenko, «Zapovit», p. 198. También disponible en la página web del Taras H. Shevchenko Museum and Memorial Park Foundation de Toronto (Canadá), <**www.infoukes.com/shevchenkomuseum/poetry.htm#link3**> (consultado en 2016). <<

[14] Magocsi, *A History of Ukraine*…, p. 364. <<

[15] Hennadi Bóriak, ed., *Ukraínska identichnist i movne pitannia v Rosiski imperi: sprobá derzhávnoho rehuliuvannia (1847-1914). Zbírnik dokumenti i materialiv*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013, p. 3. <<

[16] Bohdan Krawchenko, *Social Change and National Consciousness in Twentieth-Century Ukraine*, Edmonton (Alberta), Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 1987, p. 24. <<

[17] Francis William Wcislo, «*Soslovie* or Class? Bureaucratic Reformers and Provincial Gentry in Conflict, 1906-1908», *Russian Review*, vol. 47, n.º 1 (1988), pp. 1-24, especialmente p. 4; citado por Andrea Graziosi, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*, en *Holodomor Series*, Cambridge (Massachusetts), Fondo de Estudios Ucranianos, 2009, pp. 9 y 10. <<

[18] Se hacen varias menciones al renacimiento nacional ucraniano en Orest Subtelny, *Ukraine. A History*, Toronto, University of Toronto Press, 1988, pp. 221-242; en Magocsi, *A History of Ukraine…*, pp. 467-488, y en Plokhii, *The Gates of Europe…*, pp. 147-198. <<

[19] Andrea Graziosi, *Bolsheviki i kréstiane na Ukraíne, 1918-1919 godi. Ócherk o bolshevizmaj, natsional-sotsialízmaj i krestianskij dvízheniaj*, Moscú, AIRO-XX, 1997, pp. 19-21. <<

[20] Hiroaki Kuromiya, *Freedom and Terror in the Donbas. A UkrainianRussian Borderland, 1870s-1990s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 43. <<

[21] Graziosi, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*, pp. 9 y 10; Plokhii, *The Gates of Europe.*…, pp. 192 y 193. <<

[22] Richard Pipes, «Introduction», en Taras Hunczak, ed., *The Ukraine, 1917-1921. A Study in Revolution*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1977, p. 3. <<

[1] Robert Paul Browder y Alexander F. Kerensky, eds., *The Russian Provisional Government, 1917. Documents*, Stanford (California), Stanford University Press, 1961, pp. 383-385. <<

[2] Lev Trotski, *Sochinenia, Seria 1. Istorícheskoie podgotovlenie Oktiabriá*, vol. 3:2, Moscú, Gosidat, 1925, p. 202. La traducción al inglés se ha tomado de la versión de E. H. Carr de su libro *A History of Soviet Russia. The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. 1, Londres, Macmillan, 1950 [hay trad. cast. de Soledad Ortega: *Historia de la Rusia soviética. La Revolución bolchevique (1917-1923)*, vol. 1, Madrid, Alianza, 1972]. <<

[3] Victor Chernov, *The Great Russian Revolution*, trad. ing. de Philip Mosely, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1936 (reimp., Nueva York, Russell and Russell, 1966, pp. 266 y 267); Thomas M. Prymak, *Mykhailo Hrushevsky. The Politics of National Culture*, Toronto, University of Toronto Press, 1987, pp. 128 y 129; Serhii Plokhii, *Unmaking Imperial Russia. Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History*, Toronto, University of Toronto Press, 2005, pp. 17-91. <<

[4] Prymak, *Mykhailo Hrushevsky*…, p. 129. <<

[5] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.…*, p. 80. <<

[6] Plokhii, *The Gates of Europe…*, p. 207. <<

[7] Todas las fechas de este capítulo corresponden al calendario gregoriano, que se adoptó en febrero de 1918. <<

[8] Subtelny, *Ukraine. A History.…*, p. 340. <<

[9] Plokhii, *The Gates of Europe…*, p. 206. <<

[10] «First Universal of the Ukrainian Central Rada», citado por Magocsi, *A History of Ukraine.…*, p. 473. <<

[11] «Third Universal of the Ukrainian Central Rada», citado en *ibid.*, p. 480. <<

[12] Orlando Figes, *A People's Tragedy. The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Pimlico, 1997, p. 79 [hay trad. cast. de César Vidal: *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000]. <<

[13] Shevelov, *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century.*…, pp. 78 y 79. <<

[14] Mark von Hagen, «The Entangled Eastern Front and the Making of the Ukrainian State. A Forgotten Peace, a Forgotten War and NationBuilding, 1917-1918» (ponencia inédita), p. 9; George A. Brinkley, «Allied Policy and French Intervention in the Ukraine, 1917-1920», en Hunczak, ed., *The Ukraine.…*, pp. 323-351. <<

[15] Von Hagen, «The Entangled Eastern Front…», p. 18. <<

[16] Mijaíl Bulgákov, *The White Guard*, trad. ing. de Marian Schwartz, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2008, p. 54 [hay trad. cast. de José Laín Entralgo: *La guardia blanca*, Barcelona, Debolsillo, 2014]. <<

[17] *Ibid.*, p. 67. <<

[18] Arthur E. Adams, *Bolsheviks in the Ukraine. The Second Campaign, 1918-1919*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1963, p. 11. <<

[19] Bulgákov, *The White Guard*, p. 76. <<

[20] Serhí Yefrémov, *Shchodéniki, 1923-1929*, Kiev, Hazeta «Rada», 1997, pp. 379 y 380. <<

[21] Yuri Shapoval, «The Symon Petliura Whom We Still Do Not Understand», *Den*, n.º 18, disponible en <**www.ukemonde.com/petlyura/petlyura_notunder.html**> (modificado por última vez el 6 de junio de 2006, consultado en 2017). <<

[22] Alexéi Alexándrovich Goldenvéizer, «Iz Kievskij vospominani, 1917-1921», en Iósif Vladímirovich Gesen, ed., *Arjiv russkoi revoliutsi*, vol. 6, Berlín, s. e., 1922, pp. 161-303. <<

[23] Adams, *Bolsheviks in the Ukraine…*, p. 81. <<

[24] Goldenvéizer, «Iz Kievskij vospominani…», pp. 230-234. <<

[25] *Ibid.*, p. 232. <<

[26] Bulgákov, *The White Guard*, p. 59. <<

[27] Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Union*, ed. rev., Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1997, p. 137. <<

[28] Prymak, *Mykhailo Hrushevksy*…, p. 163. <<

[29] Goldenvéizer, «Iz Kievskij vospominani…», p. 234. <<

[30] Valeri Vasíliev, *Politichne kerivnitstvo URSR i SRSR. Dinámika vidnosin tsentr-subtsentr vladi, 1917-1938*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2014, pp. 53-93; Jurij Borys, *The Sovietization of Ukraine 1917-1923. The Communist Doctrine and Practice of National Self-Determination*, Edmonton (Alberta), Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 1980, p. 129. <<

[31] Graziosi, *Bolsheviki i kréstiane…*, pp. 20 y 21. <<

[32] Esto se discute en Anna Procyk, *Russian Nationalism and Ukraine. The Nationality Policy of the Volunteer Army During the Civil War*, Edmonton (Alberta), Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 1995. <<

[33] Karl Marx, «The 18th Brumaire of Louis Bonaparte», en *Karl Marx and Friedrich Engels. Selected Works*, vol. 1, Moscú, Progress Publishers, 1968, pp. 394-488 [hay trad. cast.: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Barcelona, Ariel, 1985, disponible en <**www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum7.htm**>]. <<

[34] V. I. Lenin, *Collected Works*, vol. 10, Moscú, Progress Publishers, 1965, pp. 40-43 [hay trad. cast.: *Obras completas*, t. X, Madrid, Akal, 1976, disponible en <**www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oc/akal/leninoc-tomo-10.pdf**>]. **<<**

[35] Karl Marx, *The Communist Manifesto*, Charleston (Carolina del Sur), Filiquarian Publishing, 2005, p. 32 [hay trad. cast. de Jacobo Muñoz: *El manifiesto comunista*, Madrid, Nórdica Libros, 2012]. <<

[36] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, pp. 30 y 31. <<

[37] *Ibid.*, pp. 121-138. <<

[38] Iósif Stalin, *Works*, vol. 2, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1954, p. 303, disponible en <**www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1933/01/07.htm**>. Publicado originalmente como «Natsionalni voprós i sotisaldemokratia», *Prosveshchenie*, n.º 3-5 (marzo-mayo de 1913) [hay trad. cast.: *Obras*, t. II, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1973, disponible en <**www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm**>]. <<

[39] De su discurso «Concerning the National Question in Yugoslavia, Speech Delivered in the Yugoslav Commission of the ECCI, March 30, 1925», en Stalin, *Works*, vol. 7, pp. 71 y 72 [hay trad. cast.: «En torno a la cuestión nacional en Yugoslavia», *Obras*, t. VII, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953, disponible en <**www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm**>]. <<

[40] Stephen Kotkin, *Stalin. Paradoxes of Power*, vol. 1, Nueva York, Penguin Press, 2014, p. 117. <<

[41] 25 de octubre según el calendario juliano que se empleaba en la Rusia zarista; 7 de noviembre según el calendario gregoriano que se adoptó en Rusia en 1918. <<

[42] Borys, *The Sovietization of Ukraine.*…, pp. 174 y 175; Yaroslav Bilinsky, «The Communist Takeover of Ukraine», en Hunczak, ed., *The Ukraine.*…, p. 113. Citan un artículo del *Pravda* del 18 de diciembre de 1917 (según el calendario gregoriano). <<

[43] Esta política fue la precursora directa de la que el Gobierno ruso aplicó en 2014; Bilinsky, «The Communist Takeover of Ukraine», p. 113. <<

[44] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, p. 183; John Reshetar, «The Communist Party of Ukraine and its Role in the Ukrainian Revolution», en Hunczak, ed., *The Ukraine…*, p. 170 y 171. <<

[45] Borys, *The Sovietization of Ukraine.*…, p. 79; Reshetar, «The Communist Party of Ukraine…», pp. 173 y 174; James Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation. National Communism in Soviet Ukraine, 1918-1933*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 1983, p. 27. <<

[46] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, pp. 84 y 85. <<

[47] Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation…*, p. 26. <<

[48] N. I. Suprunenko, *Ócherki Istori Grazhdanskoi Voiní i inostrannoi voiennoi interventsi na Ukraíne*, Moscú, Naúka, 1966, p. 16. <<

[49] Telegrama a Antónov-Ovséienko y a Ordzhonikidze, en V. I. Lenin, *Polnoie Sobranie Sochineni*, vol. 50, Moscú, Politizdat, 1970, p. 30. Se ofrece una traducción alternativa en la versión oficial en inglés: Lenin, *Collected Works*, vol. 44, pp. 57 y 58. <<

[50] Roy A. Medvédev, *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism*, ed. rev. y ampliada, ed. y trad. ing. de George Shriver, Oxford, Oxford University Press, 1989 (ed. original de 1969), p. 50 [hay trad. cast.: *Que juzgue la historia. Orígenes y consecuencias del estalinismo*, Barcelona, Destino, 1977]. <<

[51] Suprunenko, *Ócherki Istori Grazhdanskoi Voiní*…, pp. 34 y 35. <<

[52] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, pp. 205 y 206. <<

[53] *Ibid.*, p. 215. <<

[54] Adams, *Bolsheviks in the Ukraine…*, p. 100. <<

[55] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, p. 221. <<

[56] El modo en que ocurrió esto se explica con detalle en Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution. Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2002, pp. 16-46. <<

[57] M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution*, Londres, George Allen & Unwin, 1921, pp. 12-16. <<

[58] *Ibid.*, p. 78. <<

[59] *Ibid.*, pp. 12-16. <<

[60] George Seldes, *You Can't Print That. The Truth Behind the News, 1918-1928*, Nueva York, Payson & Clark, 1929, p. 230. <<

[61] Francis Conte, *Christian Rakovski, 1873-1941. A Political Biography*, Boulder (Colorado), East European Monographs, 1989, p. 109, citando *Protokoli VIII Konferentsi RKP(b): 3 December 1919*, Moscú, s. e., 1919. <<

[62] Olexánder Shlíjter, «Borbá za jleb na Ukraíne v 1919 godú», *Litopis Revoliutsi. Zhurnal Istori KP(b)U ta Zhovtnevoi Revoliutsi na Ukraíni*, vol. 2, n.º 29 (marzo-abril de 1928), p. 97. <<

[63] Holquist, *Making War, Forging Revolution.…*, p. 96. <<

[64] *Ibid.*, p. 248. <<

[65] Alan M. Ball, *Russia's Last Capitalists. The Nepmen, 1921-1929*, Berkeley (California), University of California Press, 1987, p. 6. <<

[66] Borís Pasternak, *Doctor Zhivago*, trad. ing. de Richard Pevear y Larissa Volokhonsky, Nueva York, Pantheon Books, 2010, p. 175 [hay trad. cast. de Fernando Gutiérrez: *El doctor Zhivago*, Barcelona, Debolsillo, 2012]. <<

[67] Bertrand Patenaude, *The Big Show in Bololand. The American Relief Expedition to Soviet Russia in the Famine of 1921*, Stanford (California), Stanford University Press, 2002, pp. 18 y 19. <<

[68] Ball, *Russia's Last Capitalists…*, p. 4. <<

[69] Isaac Deutscher, *Stalin. A Political Biography*, Londres, Oxford University Press, 1949, p. 195 [hay trad. cast.: *Stalin. Una biografía política*, México, Era, 1974]. <<

[70] Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution*, p. 224. <<

[71] *Ibid.*, pp. 260 y 308. <<

[72] Gennadii Bordyugov, «The Policy and Regime of Extraordinary Measures in Russia under Lenin and Stalin», *Europe-Asia Studies*, vol. 47, n.º 4 (junio de 1995), p. 617. <<

[73] Vasíliev, *Politichne kerivnitstvo URSR i SRSR*…, pp. 64-69. Vasíliev también subraya la importancia que Tsaritsin tuvo en las posteriores políticas de Stalin. <<

[74] Oleg V. Khlevniuk, *Stalin. New Biography of a Dictator*, trad. ing. de Nora Seligman Favorov, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2015, pp. 55-57. <<

[75] *Ibid.*, pp. 57-59. <<

[76] Deutscher, *Stalin.*…, p. 204. <<

[77] Pavló Jristiuk, *Ukraínska Revoliutsia. Zamitki i materiali do istori Ukraínskoi revoliutsi, 1917-1920*, vol. 2, Viena, s. e., 1921, p. 136. <<

[78] V. M. Litvín *et al.*, *Istoria ukraínskoho selianstva. Narisi v 2-j tomaj*, vol. 2, Kiev, Naukova Dumka, 2006, p. 57. <<

[79] O. S. Rublov y O. P. Reient, *Ukraínski vizvolní zmahannia, 1917-1921 rr.*, vol. 10, Kiev, Alternativi, 1999, pp. 199-205. <<

[80] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, p. 235. <<

[81] Adams, *Bolsheviks in the Ukraine…*, pp. 131 y 132. <<

[82] Volodímir Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport, 1932-1933*, Kiev, PP Serhíchuk M. I., 2006, p. 3. <<

[83] Shlíjter, «Borbá za jleb na Ukraíne…», p. 135. <<

[84] Elias Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in 1919*, Nueva York, Thomas Seltzer, 1921, p. 58. <<

[85] Lev Trotski, *History of the Russian Revolution*, 3 vols., trad. ing. de Max Eastman, Chicago (Illinois), Haymarket Books, 2008, p. 229 [hay trad. cast.: *Historia de la Revolución rusa*, t. I, s. e., Red Vasca Roja, 1998, disponible en <**www.marxists.org/espanol/trotsky/1932/histrev/tomo1/cap_16.htm**>].
<<

[86] Viliam Noll (William Noll), *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva. Usna istoria ukraínskoi seianskoi kulturi, 1920-1930 rókiv*, Kiev, Rodovid, 1999, p. 115. <<

[87] *Ibid*. <<

[88] James Mace, «The *Komitety Nezamozhnykh Selyan* and the Structure of Soviet Rule in the Ukrainian Countryside, 1920-1933», *Soviet Studies*, vol. 35, n.º 4 (octubre de 1983), pp. 487-503. <<

[89] Yósip Nízhnik, «Poka Reserv», COIM Al-1726/2. <<

[90] Shlíjter, «Borbá za jleb na Ukraíne…», p. 98. <<

[91] Graziosi, *Bolsheviki i kréstiane…*, p. 135. <<

[92] Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution*, pp. 309 y 310. <<

[93] Orlando Figes, *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, Clarendon Press, 1989, p. 187. <<

[94] Adams, *Bolsheviks in the Ukraine…*, pp. 125-127; Rublov y Reient, *Ukraínski vizvolní zmahannia…*, pp. 199-205. <<

[95] Shlíjter, «Borbá za jleb na Ukraíne…», p. 135. <<

[96] Holquist, *Making War, Forging Revolution.…*, pp. 175-180. <<

[97] *Ibid.*, p. 185. <<

[98] Holquist, «“Conduct Merciless Mass Terror”. Decossackization on the Don, 1919», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 38, n.º 1-2 (enero-junio de 1997), pp. 127-162. <<

[99] Shlíjter, «Borbá za jleb na Ukraíne…», p. 135. <<

[1] Citado en Adams, *Bolsheviks in the Ukraine.…*, pp. 299 y 300. <<

[2] Bulgákov, *The White Guard*, p. 301. [Hay trad. cast. de José Laín Entralgo: *La guardia blanca*…]. <<

[3] N. Sujogórskaia, «Gulyai-Polye in 1918», en The Nestor Makhno Archive, <**www.nestormakhno.info/english/personal/personal2.htm**> (consultado en 2016). <<

[4] Lev Trotski, «Report to the Plenum of the Kharkov Soviet of Workers', Cossacks' and Peasants' Deputies, 14 June 1919» y «The Makhno Movement», en *How the Revolution Armed. The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky*, vol. 2, Londres, New Park Publications, 1979, p. 278 [hay trad. cast.: «Informe al Pleno del Soviet de Karkov de los Diputados Trabajadores, cosacos y campesinos, el 14 de junio de 1919» y «El movimiento makhnovista, 2 de junio de 1919», en *Cómo se armó la revolución*, vol. 2, Marxists Internet Archive, 2010]. <<

[5] Piotr Arshínov, *The History of the Makhnovist Movement (1918-1921)*, trad. ing. de Fredy y Lorraine Perlman, Londres, Freedom Press, 1974, pp. 87 y 88 [una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano de Diego Abad de Santillán: *Historia del movimiento Makhnovista (1918-1921)*, Madrid, Asociación LaMalatesta, 2012]. <<

[6] *Ibid.*, p. 273, citando el panfleto «Comrades in the Red Army!», de junio de 1920. <<

[7] Stephen Velychenko, *Painting Imperialism and Nationalism Red. The Ukrainian Marxist Critique of Russian Communist Rule in Ukraine*, Toronto, University of Toronto Press, 2015, p. 177, citando TsDAHOU 57/2/398/12. <<

[8] Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine…*, p. 59. <<

[9] Adams, *Bolsheviks in the Ukraine.*…, pp. 149-151. <<

[10] M. Kubanin, *Majnóvshchina. Krestiánskoe dvizhenie v stepnói Ukraíne v godi grazhdánskoi voiní*, Leningrado, Pribói, 1927, pp. 65 y 66; véase también Adams, *Bolsheviks in the Ukraine.*…, pp. 151 y 152. <<

[11] Kubanin, *Majnóvshchina.*…, pp. 68 y 69. <<

[12] Adams, *Bolsheviks in the Ukraine…*, pp. 299 y 300. <<

[13] Graziosi, *Bolsheviki i kréstiane…*, p. 148. <<

[14] Shlíjter, «Borbá za jleb na Ukraíne…», p. 106. <<

[15] Rublov y Reient, *Ukraínski vizvolní zmahannia.*…, pp. 199-210; Graziosi, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*, pp. 21-24. <<

[16] Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Union, 1917-1923*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1964, p. 137. <<

[17] Heinrich Epp, «The Day the World Ended: December 7, 1919, Steinbach, Russia», trad. ing. de D. F. Plett, *Preservings. Newsletter of the Hanover Steinbach Historical Society*, n.º 8, parte 2 (junio de 1996), pp. 5-7, disponible en <**www.plettfoundation.org/preservings/past-issues**> (consultado en 2017). <<

[18] Michael Palij, *The Anarchism of Nestor Makhno, 1918-1921. An Aspect of the Ukrainian Revolution*, Seattle (Washington), University of Washington Press, 1976, p. 187; Rublov y Reient, *Ukraínski vizvolní zmahannia…*, pp. 211 y 212. <<

[19] Graziosi, *Bolsheviki i kréstiane…*, p. 147. <<

[20] John Ernest Hodgson, *With Denikin's Armies, Being a Description of the Cossack Counter-Revolution in South Russia, 1918-1920*, Londres, Temple Bar, 1932, pp. 54 y 55. <<

[21] Rublov y Reient, *Ukraínski vizvolní zmahannia.…*, pp. 214-218. <<

[22] Epp, «The Day the World Ended…», pp. 5-7. <<

[23] Hodgson, *With Denikin's Armies…*, pp. 54 y 55. <<

[24] Nízhnik, «Poka Reserv». <<

[25] *Ibid*. <<

[26] Graziosi, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*, p. 24. <<

[27] Volodímir Serhíchuk, *Pohromi v Ukraíni 1914-1920. Vid shtúchnij stereotípiv do hirkoi pravdi, prijovuvanoi v radiánskij árjivaj*, Kiev, Vid-vo im. Oleni Telihi, 1998, pp. 62 y 63, citando TsDIAUK 1439/1/1552/226. <<

[28] Simon Sebag Montefiore, *The Romanovs*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2016, p. 530 [hay trad. cast. de Joan Rabasseda: *Los Románov*, Barcelona, Crítica, 2016]. <<

[29] Oleg Budnitski, *Russian Jews Between the Reds and the Whites, 1917-1920*, Filadelfia (Pennsylvania), University of Pennsylvania Press, 2012, p. 225. <<

[30] Serhíchuk, *Pohromi v Ukraíni…*, pp. 20 y 21. <<

[31] Hodgson, *With Denikin's Armies…*, pp. 54 y 55. <<

[32] Henry Abramson, *A Prayer for the Government. Ukrainians and Jews in Revolutionary Times, 1917-1920*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1999, p. 157. <<

[33] Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine…*, p. 37. <<

[34] *Ibid.*, p. 49; para un análisis de las actitudes de la Rada Central y el Directorio hacia los judíos, véase T. P. Makárenko, «Yevreiski pohromi v dobú Ukraínskoi Revoliutsi», *Naukovi Pratsi Istoríchnoho Fakultetu Zaporizkoho Natsiónalnoho Universitetu*, n.º XXXV (2013), pp. 116-119. <<

[35] Serhíchuk, *Pohromi v Ukraíni…*, pp. 26-30; Richard Pipes, ed., *The Unknown Lenin. From the Secret Archive*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1996, p. 117. <<

[36] Nahum Gergel, «The Pogroms in Ukraine in 1918-1921», *YIVO Annual of Jewish Social Science*, vol. 6 (1951), p. 245. <<

[37] Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine…*, pp. 235 y 236. <<

[38] Serguéi Ivánovich Gúsev-Orenburgski, *Kniga o Yevréiskij pogrómaj na Ukraíne v 1919 g.*, Petrogrado, Z. I. Grzhébina, 1920, pp. 118-121. <<

[39] *Ibid.*, p. 119 y 120. <<

[40] Serhíchuk, *Pohromi v Ukraíni…*, pp. 118 y 119. <<

[41] Le Comité Commémoratif Simon Petliura, *Documents sur les Pogroms en Ukraine et l'assassinat de Simon Petliura à Paris*, París, Librairie du Trident, 1927; Abramson, *A Prayer for the Government.…*, p. 157. <<

[42] Jan Borkowski, ed., *Rok 1920. Wojna polsko-radziecka we wspomnieniach i innych dokumentach*, Varsovia, Państwowy Instytut Wydawniczy, 1990, pp. 128 y 129. <<

[43] Józef Piłsudski y Mikhail Nikolaevich Tukhachevskii, *Year 1920 and its Climax. Battle of Warsaw During the Polish-Soviet War, 1919-1920*, Londres, Piłsudski Institute of London, 1972, p. 13. <<

[44] Para un análisis a fondo, véase Adam Zamoyski, *Warsaw 1920. Lenin's Failed Conquest of Europe*, Londres, Harper Perennial, 2009 [hay trad. cast. de Antonio Resines y Herminia Bevia Villalba: *Varsovia 1920. El intento fallido de Lenin de conquistar Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2008]. <<

[45] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, pp. 293-295. <<

[46] Graziosi, *Stalinism, Collectivization and the Great Famine*, pp. 22 y 23. <<

[47] Palabras de Hrihori Petrovski, citadas en Terry Martin, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2001, p. 78. <<

[1] «Letter to Molotov», 19 de marzo de 1922, en Pipes, ed., *The Unknown Lenin*, pp. 152 y 153. <<

[2] Citado en George Luckyj, «Mykola Khvylovy, a Defiant Ukrainian Communist», en Katherine Bliss Eaton, ed., *Enemies of the People. The Destruction of Soviet Literary, Theater, and Film Arts in the 1930s*, Evanston (Illinois), Northwestern University Press, 2002, p. 170. <<

[3] Stanislav Kulchitski, *Holodomor 1932-1933 rr. iak henotsid. Trúdnoshchi usvidómlennia*, Kiev, Nash chas, 2008, p. 51. <<

[4] Vladislav Verstiuk, «Novi etap revoliútsino-vískovoho protiborstva v Ukraíni», en Volodímir Litvín *et al.*, eds., *Ukraína. Politichna Istoria XX pochátok-XXI stolittia*, Kiev, Parlámentske vidavnitstvo, 2007, pp. 392-430; Yuri Shapoval, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 44, n.º 2-3 (2003), p. 375. <<

[5] Liudmila Hrinévich, *Hólod 1928-1929 rr. u radianski Ukraíni*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013, pp. 307 y 308, citando TsDAVOU 2/2/40 (1921), p. 33, y RDVA 40442/3/2 (1920), pp. 16 y 25. <<

[6] H. H. Fisher, *The Famine in Soviet Russia, 1919-1923. The Operations of the American Relief Administration*, Nueva York, Macmillan, 1927, p. 497. <<

[7] Andrea Graziosi, *A New, Peculiar State. Explorations in Soviet History*, Westport (Connecticut), Praeger, 2000, p. 75. <<

[8] Stalin, *Works*, vol. 4, p. 311 [hay trad. cast.: *Obras*, t. IV, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953, disponible en <**https://www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm**>]. <<

[9] S. V. Yárov, «Krestianskie volnenia na Sévero-Zépade Sovietskoi Rossi v 1918-1919 gg.», en V. P. Danílov y T. Shanin, eds., *Krestianovedenie. Teoria. Istoria. Sovremenost, Yezhegódnik 1996*, Moscú, Aspekt Press, 1996, pp. 134-159. <<

[10] Ambas citas aparecen en Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation.…*, p. 67. <<

[11] Graziosi, *A New, Peculiar State…*, p. 78, citando a V. P. Danílov y T. Shanin, eds., *Krestianskoie vostanie v Tambovskoi guberni v 1919-1921 gg. Antónovshchina. Dokumenti i materiali*, Tambov, Aspekt Press, 1994, pp. 52-55. <<

[12] DAZhO (Zhitómir) F. R-1520/4828 (1931), pp. 9-16. <<

[13] Richard Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Vintage Books, 1995, p. 390. <<

[14] TsDAVOU 337/1/8085 (1929), p. 26. <<

[15] Fisher, *The Famine in Soviet Russia.…*, p. 497. <<

[16] Vitali Petróvich Kirilenko, «Hólod 1921-1923 rókiv u pivdenni Ukraíni», tesis doctoral, Mikolaívski Natsiónalni Universitet ímeni V. O. Sujomlínskoho, 2015, pp. 158-160. <<

[17] Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, p. 411. <<

[18] *Ibid.*, p. 412. <<

[19] R. G. Tukudzhián y T. V. Pankova-Kozóchkina, «Gólod 1921-1922 gg. i 1932-1933 gg. na iuge Rossi. Sravnítelno-istoricheski análiz», en N. I. Bóndar y O. V. Matvéiev, eds., *Istorícheskaia pámiat naselenia iuga Rossi o gólode 1932-1933. Materiali naúchno-praktícheskoi konferentsi*, Krasnodar, Isd-vo Traditsia, 2009, p. 84. <<

[20] TsDAVOU 337/1/8085 (1929), pp. 27 y 28. <<

[21] T. O. Hrihorenko, «Hólod 1921-1923 rókiv na Cherkáshchini», en *Hólod v Ukraíni u pershi polovini XX stolittia. Prichini ta naslidki (1921-1923, 1932-1933, 1946-1947). Materiali mizhnarodnoi naukovoi konferentsi*, Kiev, 20-21 de noviembre de 2013, pp. 38 y 39; Kirilenko, «Hólod 1921-1923 rókiv u pivdenni Ukraíni», p. 101. <<

[22] TsDAVOU 337/1/8085 (1929), pp. 38-40. <<

[23] Donald S. Day, «Woman Reveals Vast Horror of Russian Famine», *Chicago Tribune*, 15 de agosto de 1921, p. 5. <<

[24] Patenaude, *The Big Show in Bololand…*, p. 55. <<

[25] *Ibid.*, p. 59. <<

[26] Por ejemplo, en el Cáucaso septentrional, véase Tukudzhián y Pánkova-Kozóchkina, «Gólod 1921-1922 gg. i 1932-1933 gg. na iuge Rossi», p. 85. <<

[27] Esta es una observación de Bertrand Patenaude en *The Big Show in Bololand.*…, p. 27. <<

[28] TsDAHOU 1/6/29 (1922), p. 30. <<

[29] *Ibid.*, pp. 27-30. <<

[30] *Ibid.*, pp. 39-41. <<

[31] Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, p. 416. <<

[32] Patenaude, *The Big Show in Bololand…*, p. 55. <<

[33] Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, p. 417. <<

[34] *Ibid.*, pp. 418 y 419. <<

[35] Fisher, *The Famine in Soviet Russia.…*, p. 535. <<

[36] De hecho, en Ucrania hubo dos comités para la hambruna. El primero, creado en la primavera de 1921, incluía a varios destacados políticos no bolcheviques. Pronto se disolvió y fue sustituido por un comité para la hambruna prorruso más fiable. Véase O. M. Movchán, «Komisi ta komiteti dopomohi holuduiúchim v USRR», en V. A. Smolí *et al.*, eds., *Entsiklopedia istori Ukraíni*, vol. 4, Kiev, Naukova Dumka, 2003-2013, pp. 471-473. <<

[37] Stanislav Kulchitski y O. M. Movchán, *Nevídomi storinki hólodu 1921-1923 rr. v Ukraíni*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 1993, p. 26. <<

[38] Lenin, *Collected Works*, vol. 45, pp. 302 y 303. <<

[39] TsDAHOU 1/20/397 (1929), pp. 1 y 2. <<

[40] G. V. Zhurbeliuk, «Metódika istóriko-pravovij doslidzhen problemi hólodu 1921-1923 rr. v Ukraíni. Rozvinchania Mífiv», en Hrihorenko, *Hólod v Ukraíni u pershi polovini XX stolittia.…*, p. 53. <<

[41] Fisher, *The Famine in Soviet Russia.…*, p. 263. <<

[42] Patenaude, *The Big Show in Bololand…*, pp. 96-99; Fisher, *The Famine in Soviet Russia…*, p. 250. <<

[43] TsDAHOU 1/6/29 (1929), p. 56. <<

[44] O. I. Sirota, «Hólod 1921-1923 rókiv v Ukraíni ta ioho ruinivni náslidki dlia ukraínskoho narodu», en Hrihorenko *Hólod v Ukraíni u pershi polovini XX stolittia…* p. 146. <<

[45] TsDAHOU 1/6/29 (1929), p. 6; véase también Patenaude, *The Big Show in Bololand.…*, p. 101. <<

[46] Archivos online del Comité de Distribución Conjunto Estadounidense, *Records of the American Jewish Joint Distribution Committee of the Years 1921-1932*, carpeta 76, archivo NY_AR2132_00855, memorándums de la reunión del Consejo Ejecutivo Europeo, 12 de noviembre de 1921. <<

[47] *Ibid*., carpeta 49, archivo NY_AR2132_04249, carta en nombre de J. H. Cohen. <<

[48] Fisher, *The Famine in Soviet Russia.…*, pp. 271-275. <<

[49] *Ibid.*, p. 266. <<

[50] Véanse, por ejemplo, Zhurbeliuk, «Metódika istóriko-pravovij doslidzhen problemi hólodu 1921-1923 rr. v Ukraíni…», pp. 51-58, y Kulchitski, *Holodomor 1932-1933 rr. iak henotsid.…*, pp. 140-170. <<

[51] Kirilenko, «Hólod 1921-1923 rókiv u pivdenni Ukraíni», pp. 118-129. <<

[52] TsDAHOU 1/6/29 (1929), pp. 36-39. <<

[53] *Ibid.*, pp. 16-19. <<

[54] Pipes, ed., *The Unknown Lenin.*…, pp. 152 y 153. <<

[55] *Ibid.* <<

[56] Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, p. 411. <<

[57] Kirilenko, «Hólod 1921-1923 rókiv u pivdenni Ukraíni», pp. 130-139. <<

[58] Patenaude, *The Big Show in Bololand…*, pp. 197 y 198. <<

[59] Yuri Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost 1932-1933. Svídchennia tij, jto vízhiv*, vol. 6, Kiev, Kíevo-Mohilianska Akademia, 2008, p. 599. <<

[60] V. A. Smolí *et al.*, «*Ukraínizatsia» 1920-1930-j rókiv. Peredúmovi, zdobutki, uroki*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2003, p. 15. <<

[61] Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, p. 369. <<

[62] Lenin, *Collected Works*, vol. 33, p. 62. <<

[63] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, pp. 78 y 79. <<

[64] Hennadi Yefímenko, «Bolshevik Language Policy as a Reflection of the Ideas and Practice of Communist Construction, 1919-1933», en Michael S. Flier y Andrea Graziosi, eds., *The Battle for Ukrainian. A Comparative Perspective*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2017, p. 173. <<

[65] Yefímenko, «Bolshevik Language Policy…», p. 170. <<

[66] *Ibid*. <<

[67] Ball, *Russia's Last Capitalists…*, pp. 45-48. <<

[68] Borys, *The Sovietization of Ukraine…*, pp. 249 y 250. <<

[69] Shevelov, *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century*…, p. 86. <<

[70] Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation.…*, pp. 197-198. <<

[71] Smolí *et al.*, *«Ukraínizatsia» 1920-1930-j rókiv*…, p. 28, citando *Desiati siezd RKP(b)*: Stenog. Ochtet. M. (1963), pp. 202 y 203. <<

[72] Los borotbistas, los revolucionarios de la izquierda socialista, se unieron al Partido Comunista (Bolchevique) de Ucrania, el PC(b)U. El resto de los socialdemócratas se unieron al Partido Comunista, otro grupo que existió hasta 1924. <<

[73] Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation…*, p. 89, citando a A. I. Bichkova *et al.*, eds., *Kulturne budivnitstvo v Ukraínski RSR, cherven 1941-1950. Zbírnik dokuméntiv i materiáliv*, vol. 1, Kiev, Naukova Dumka, 1989, pp. 229-232 y 242-247. <<

[74] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, p. 225. <<

[75] *Ibid.*, pp. 216-231; Prymak, *Mykhailo Hrushevsky…*, pp. 208-212. <<

[76] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, p. 234; Prymak, *Mykhailo Hrushevsky.*…, pp. 208-212. <<

[77] Yuri I. Shapoval, «The Mechanisms of the Informational Activity of the GPU-NKVD», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 22 (abril-diciembre de 2001), pp. 207-230. <<

[78] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, p. 266. <<

[79] *Ibid.*, p. 233; Prymak, *Mykhailo Hrushevsky.…*, pp. 208-212. <<

[80] Prymak, *Mykhailo Hrushevsky*…, p. 212. <<

[81] Natella Voiskounski, «A Renaissance Assassinated», *Galeriya*, n.º 2 (2012) (35), <**www.tretyakovgallerymagazine.com/articles/2-2012-35/renaissance-assassinated**> (consultado el 23 de abril de 2017). <<

[82] George S. Luckyj, *Literary Politics in the Soviet Ukraine, 1917-1934*, Nueva York, Columbia University Press, 1990, pp. 47-49. <<

[83] *Ibid.*, p. 46. <<

[84] Olga Bertelsen, «The House of Writers in Ukraine, the 1930s. Conceived, Lived, Perceived», *The Carl Beck Papers in Russian and East European Studies*, vol. 2.302 (2013), pp. 13 y 14. <<

[85] Shevelov, *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century.*…, pp. 131-136. <<

[86] Martin, *The Affirmative Action Empire.*…, pp. 213 y 281. <<

[87] *Ibid.*, pp. 282-285. <<

[88] Matthew Pauly, *Breaking the Tongue. Language, Education, and Power in Soviet Ukraine, 1923-1934*, Toronto, University of Toronto Press, 2014, pp. 66 y 67. <<

[89] Smolí *et al.*, *«Ukraínizatsia» 1920-1930-j rókiv*…, pp. 7 y 8. <<

[90] Pauly, *Breaking the Tongue.*…, p. 4. <<

[91] Petro G. Hrihorenko, *Memoirs*, trad. ing. de Thomas R. Whitney, Nueva York, W. W. Norton, 1982, p. 14. <<

[92] *Ibid.*, pp. 15 y 16. <<

[93] Hiroaki Kuromiya, *The Voices of the Dead. Stalin's Great Terror in the 1930s*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2007, pp. 108 y 109. <<

[94] Pauly, *Breaking the Tongue.*…, pp. 60 y 61. <<

[95] *Ibid.*, pp. 259-263. <<

[96] *Ibid.*, p. 146. <<

[97] *Ibid.*, pp. 229 y 230. <<

[98] Las fuentes para este apartado son Shapoval, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», y Yuri Shapoval, Vadim Zolotariov y Volodímir Pristaiko, *ChK-GPU-NKVD v Ukraíni. Osobi, fakti, dokumenti*, Kiev, Abris, 1997, pp. 25-43. <<

[99] Shapoval, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», p. 373. <<

[100] *Ibid.*, p. 376. <<

[101] De hecho, el GPU (el Directorio Político del Estado) fue el nombre de las fuerzas policiales secretas a partir de febrero de 1922, cuando formaba parte del Comisariado del Pueblo para los Asuntos Internos. A partir de noviembre de 1923 pasó a llamarse OGPU (Directorio Político Unificado del Estado), bajo el control directo del Consejo de Comisarios del Pueblo. Pero los dos nombres se utilizaban y aún se utilizan indistintamente para describir a la policía de aquella época, antes de que volviera a cambiar de nombre en 1934. Para que sea más sencillo y más fácil de entender, en este libro tan solo se utilizará el nombre OGPU. <<

[1] Citado en Lynne Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry, 1927-1930. The Tragedy of the Soviet Countryside*, trad. ing. de Steven Shabad, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2005, pp. 22 y 23. <<

[2] Elena Osokina, *Our Daily Bread. Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia, 1927-1941*, trad. ing. de Kate Transchel y Greta Bucher, Londres y Nueva York, Routledge, 2005, p. 16. <<

[3] TsDAVOU 337/1/8085 (1929), pp. 61-76. <<

[4] E. H. Carr y R. W. Davies, *A History of Soviet Russia. Foundations of a Planned Economy, 1926-1929*, vol. 1, Londres, Macmillan, 1978, p. 943, tabla 7 [hay trad. cast.: *Historia de la Rusia soviética. Bases de una economía planificada (1926-1929)*, Madrid, Alianza, 1980]; Kotkin, *Stalin. Paradoxes of Power*, p. 662. <<

[5] TsA FSB RF 2/5/386 (1928), pp. 1-3 y 15-45, reproducido por Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry.…*, pp. 34-44. <<

[6] Paul Scheffer, *Seven Years in Soviet Russia*, trad. ing. de Arthur Livingstone, Nueva York, Macmillan, 1932, p. 64. <<

[7] Eugene Lyons, *Assignment in Utopia*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1937, p. 97. <<

[8] TsA FSB RF 66/1/174 (1927), p. 162, en Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry.…*, pp. 22 y 23. <<

[9] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Londres, Allen Lane, 1999, pp. 48 y 49, citando a Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB. The Inside Story of its Foreign Operations from Lenin to Gorbachev*, Londres, Sceptre, 1991, p. 126 [hay trad. cast. de Lorenzo Cortina y Esperanza Pérez: *KGB. La historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Barcelona, Plaza & Janés, 1991] y a Roger Faligot y Rémi Kauffer, *As-tu vu Crémet?*, París, Seuil, 1991. <<

[10] Timothy Snyder, *Sketches from a Secret War. A Polish Artist's Mission to Liberate Soviet Ukraine*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2005, pp. 45-48. <<

[11] James Harris, *The Great Fear. Stalin's Terror of the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 2016, pp. 106 y 107 [hay trad. cast.de Luis A. Noriega Hederich: *El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la Revolución rusa*, Barcelona, Crítica, 2017]. <<

[12] Robert Tucker, *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, W. W. Norton, 1992, p. 75. <<

[13] Liudmila Hrinévich, «The Price of Stalin's "Revolution from Above". Anticipation of War among the Ukrainian Peasantry», trad. ing. de Marta Olynyk, en *Key Articles on the Holodomor Translated from Ukrainian into English*, Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor, disponible en <**http://holodomor.ca/translated-articles-on-the-holodomor**>. <<

[14] TsA FSB RF 2/6/567 (1927), pp. 1-5, en Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry*…, p. 32. <<

[15] RGASPI, 17/3/666 (1927), pp. 10-12, en *ibid.*, pp. 32-34. <<

[16] RTsJIDNI, 17/3/667 (1928), pp. 10-12, reproducido en V. P. Danílov, R. Manning y L. Viola, eds., *Traguedia sovietskoi derevni. Kollektivizatsia i raskuláchivanie. Dokumenti i materiali v 5 tomaj, 1927-1939*, vol. 1, Moscú, Rossískaia Politícheskaia Entsiklopedia, 1999, pp. 136 y 137. <<

[17] V. M. Litvín *et al.*, *Ekonomichna istoria Ukraíni. Istóriko-ekonomichne doslidzhennia*, vol. 2, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2011, pp. 223 y 224. <<

[18] *Izvestia* TsK KPSS, 1991, n.º 5 (1928), pp. 195 y 196, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 1, p. 147. <<

[19] TsA FSB RF 2/6/53 (1928), pp. 87-94, en Alexis Berelovich, *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD, 1918-1939. Dokumenti i materiali v 4-j tomaj*, vol. 2, Moscú, ROSSPEN, 1998-2005, pp. 655 y 656. <<

[20] TsA FSB RF 2/6/567 (1928), pp. 109-113, en *ibid.*, vol. 2, pp. 653 y 654. <<

[21] *Izvestia* TsK KPSS, 1991, n.º 5 (1928), pp. 201 y 202, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 1, pp. 156 y 157. <<

[22] TsA FSB RF 2/6/596 (1928), pp. 150 y 151, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD.*…, vol. 2, pp. 661-663. <<

[23] Maurice Hindus, *Red Bread. Collectivization in a Russian Village*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1988, p. 60. <<

[24] *Ibid.*, p. 159. <<

[25] Mijaíl Shólojov, *Virgin Soil Upturned*, trad. ing. de Stephen Garry, Londres, W. & J. Mackay, 1977, p. 23 [hay trad. cast. de Preslit-Moscú: *Campos roturados*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1946]. <<

[26] Kotkin, *Stalin. Paradoxes of Power*, p. 672, citando *Izvestia* TsK KPSS, 1991, n.º 6, pp. 203-205, y RGASPI, 558/11/118, pp. 23-26. <<

[27] R. W. Davies, *The Soviet Collective Farm, 1929-1930*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1980, p. 71. <<

[28] Harris, *The Great Fear…*, p. 86 [hay trad. cast. de Luis A. Noriega Hederich: *El gran miedo*…]. <<

[29] Khlevniuk, *Stalin. New Biography of a Dictator*, p. 103. <<

[30] *Izvestia* TsK KPSS, 1991, n.º 7 (1928), p. 179, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.…*, vol. 1, p. 158. <<

[31] J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2002, p. 41 [hay trad. cast.: *La lógica del Terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona, Crítica, 2001]. <<

[32] RTsJIDNI 17/2/375 chast II (1928), 50 ob.-66 ob., en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.…*, vol. 1, pp. 272-355, esp. pp. 319-354. <<

[33] V. P. Danílov, «Bukharin and the Countryside», en A. Kemp-Welch, ed., *The Ideas of Nikolai Bukharin*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 76. <<

[34] Esta es la conclusión de Martin en *The Affirmative Action Empire…*, pp. 23 y 75-124. <<

[35] Mykola Khvylovyi, *The Cultural Renaissance in Ukraine. Polemical Pamphlets, 1925-1926*, trad. ing. y ed. de Myroslav Shkandrij, Edmonton (Alberta), Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 1986, p. 222; también citado por Martin, *The Affirmative Action Empire.…*, p. 215. <<

[36] Bertelsen, «The House of Writers in Ukraine…», p. 4. <<

[37] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 288; TsA FSB RF 2/7/525 (1928), pp. 126 y 127, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 2, p. 817. <<

[38] Martin, *The Affirmative Action Empire.*…, pp. 212, 215 y 216 y 224. <<

[39] Stalin, *Works*, vol. 8, p. 162 [hay trad. esp.: *Obras*, t. VIII, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953, disponible en https://www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm]. <<

[40] Shapoval, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», pp. 379 y 380 y 392. <<

[41] Vasil Danilenko, ed., *Ukraínska intelihentsia i vlada. Zvedennia sekrétnoho víddilu DPU USRR 1927-1929 rr.*, Kiev, Tempora, 2012, pp. 25-28. <<

[42] Yuri Shapoval, «Zhittia ta smert Mikoli Jvilóvoho. U svitli rozsekréchenij dokuméntiv HPU», en *Z Arjíviv VUChK, HPU, NKVD, KHB*, vol. 2, n.º 30-31 (2008), pp. 316 y 317. <<

[43] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 224. <<

[44] *Ibid.*, p. 225. <<

[45] Shapoval, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», p. 383, citando HDA SBU, Kiev, FPI, 1.2. <<

[46] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, pp. 262 y 263. <<

[47] Shapoval, «The Mechanisms of the Informational Activity of the GPU-NKVD», pp. 207 y 208. <<

[48] Danilenko, ed. *Ukraínska intelihentsia i vlada.…*, pp. 61, 63, 68 y 69 y 97. <<

[49] Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation…*, p. 114. <<

[50] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 115. <<

[51] *Ibid.*, pp. 116 y 117. <<

[52] *Stalin. Paradoxes of Power*, de Stephen Kotkin, incluye un buen resumen del falso juicio de Shajti, pp. 687-704. <<

[53] Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979 (2002), p. 113. <<

[54] En 1989 rehabilitaron a todas las víctimas después de que un tribunal declarase que el caso había sido inventado. Véase Yuri Shapoval, «The Case of the "Union for the Liberation of Ukraine". A Prelude to the Holodomor», *Holodomor Studies*, vol. 2, n.º 2 (verano-otoño de 2010), p. 163; sobre la primera «SVU» véase Alexander Motyl, *The Turn to the Right. The Ideological Origins and Development of Ukrainian Nationalism, 1919-1929*, Nueva York, Columbia University Press, 1980, pp. 10 y 11. <<

[55] Olga Bertelsen y Myroslav Shkandrij, «The Secret Police and the Campaign against Galicians in Soviet Ukraine, 1929-1934», *Nationalities Papers. The Journal of Nationalism and Ethnicity*, vol. 42, n.º 1 (2014), pp. 37-62. <<

[56] Shapoval, «The Case of the “Union for the Liberation of Ukraine”…», pp. 158-160. <<

[57] Mace, *Communism and the Dilemmas of National Liberation…*, p. 275. <<

[58] Pauly, *Breaking the Tongue.*…, pp. 261-263. <<

[59] HDA SBU 13/370/9/142-155, reproducido en Danilenko, ed., *Ukraínska intelihentsia i vlada.…*, pp. 470 y 471. <<

[60] I. M. Prelovska, *Dzherela z istori Ukraínskoi Aftokefalnoi Pravoslavnoi Tserkvi (1921-1930)—Ukraínskoi Pravoslavnoi Tserkvi (1930-1939)*, Kiev, Institut Ukraínskoi Arjeohrafi ta Dzhereloznavstva im. M. C. Hrushévskoho, 2013, pp. 498 y 499. <<

[61] Shapoval, «The Case of the “Union for the Liberation of Ukraine”…», pp. 157 y 158. <<

[62] *Ibid.*, p. 172. <<

[63] *Ibid.*, pp. 166 y 167. <<

[64] Kost Túrkalo, «The SVU Trial», en S. O. Pidhaini, ed., *The Black Deeds of the Kremlin. A White Book*, vol. 1, Toronto, Basilian Press, 1953, pp. 309-314 [una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin: Libro de testimonios*, vol. 1, Buenos Aires, DOBRUS, 1966]. <<

[65] Myroslav Shkandrij y Olga Bertelsen, «The Soviet Regime's National Operations in Ukraine, 1929-1934», *Canadian Slavonic Papers*, vol. 55, n.º 3-4 (septiembre-diciembre de 2013), p. 420. <<

[66] A. H. Koroliov, «Institut naúchnoi i praktícheskoi veterinari narkomzema USSR v godi repressi», *Istoria naúki i biohrafístika. Elektronne naukove fajove vidannia—mizhvidomchi tematichni zbírnik*, Natsionalna Akademia Ahrárnij Naúk, Natsionalna Naúkova Silskohospodarska Biblioteka, n.º 3 (2007), <**http://inb.dnsgb.com.ua**>. <<

[67] Shkandrij y Bertelsen, «The Soviet Regime’s National Operations in Ukraine…», pp. 437-447. <<

[68] Stalin, «Concerning the National Question in Yugoslavia, Speech Delivered in the Yugoslav Commission of the ECCI, March 30, 1925», en Stalin, *Works*, vol. 7, pp. 71-72 [hay trad. cast.: «En torno a la cuestión nacional en Yugoslavia»… <<

[69] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 147. <<

[70] Andrea Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales (à travers les rapports du GPU d'Ukraine de février-mars 1930)», *Cahiers du Monde Russe*, vol. 35, n.º 3 (julio-septiembre de 1994), pp. 439 y 440. <<

[71] HDA SBU 13/370/1 (1927), pp. 15-26, en Danilenko, ed., *Ukraínska intelihentsia i vlada.…*, p. 46. <<

[72] HDA SBU 13/370/2 (1927), pp. 106-118, en *Ibid.*, pp. 119 y 120. <<

[73] HDA SBU 13/370/1 (1927), pp. 107-121, en *Ibid.*, pp. 78 y 79. <<

[74] HDA SBU 13/370/4 (1927), pp. 55-74, en *Ibid.*, pp. 213 y 214. <<

[75] Hrinévich, «The Price of Stalin’s “Revolution from Above”…», p. 4. <<

[76] *Ibid.*, pp. 4 y 5. <<

[77] TsA FSB RF 2/6/25 (1928), pp. 1-66, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 2, p. 816; véase también el vol. 2 completo, pp. 780-817. <<

[78] Citado en V. M. Danilenko, *Pavlohradske povstannia, 1930. Dokumenti i materiali*, Kiev, Ukraínski Písmennik, 2009, pp. 14 y 15. <<

[79] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 99. <<

[80] TsA FSB RF 2/6/597 (1928), pp. 22-27, en Danílov *et al.*, eds. *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 1, pp. 195-200. <<

[81] Hrinévich, *Hólod 1928-1929 rr. u radianski Ukraíni*, pp. 238 y 239. <<

[82] *Ibid.*, pp. 90, 232-236 y 238-240. <<

[83] TsA FSB RF 2/6/597 (1928), pp. 6-20, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD.*…, vol. 2, p. 666. <<

[84] Hrinévich, «The Price of Stalin’s “Revolution from Above”…», p. 5. <<

[85] *Ibid.*, p. 6. <<

[86] Shkandrij y Bertelsen, «The Soviet Regime’s National Operations in Ukraine…», p. 425. <<

[87] RTsJIDNI 82/2/136 (1928), pp. 1-55, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 1, pp. 172-192. <<

[88] TsA FSB RF 2/6/599 (1928), pp. 292-299, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD.*…, vol. 2, pp. 723-731. <<

[89] Citado en Danilenko, *Pavlohradske povstannia.*…, pp. 14 y 15. <<

[90] *Ibid.*, p. 318. <<

[91] TsA FSB RF 2/6/597 (1928), pp. 126-135, en Berelovich *et al*., eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 2, pp. 672-682. <<

[1] P. V., «Collective Farming», en Pidhaini, ed. *The Black Deeds of the Kremlin*…, p. 213 [una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin*… <<

[2] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 283. <<

[3] Miron Dolot, *Execution by Hunger. The Hidden Holocaust*, Nueva York, W. W. Norton, 1985, pp. 1 y 2. Dolot es un pseudónimo; el verdadero nombre del autor era Simon Starow. <<

[4] «Schedule A, vol. 37, Case 622/(NY) 1719 (interviewer W. T., type A4). Female, 53, Ukrainian, Kolkhoznik», julio de 1951, Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 52. <<

[5] «Schedule B, vol. 7, Case 67 (interviewer J. R.)», Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 12. <<

[6] Stanislav Kulchitski, ed., *Narisi povsiakdénnoho zhittiá radianskoi Ukraíni v dobú NEPu (1921-1928 rr.) kolektivna monohrafia v 2-j chastínaj*, vol. 2, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2010, p. 183. <<

[7] Kotkin, *Stalin. Paradoxes of Power*, p. 672, citando *Izvestia* TsK KPSS, 1991, n.º 6, pp. 203-205, y RGASPI, 558/11/118, p. 23-26. <<

[8] Había tres tipos básicos de granjas colectivas (koljós): la comuna, el artel y la asociación para el cultivo conjunto de la tierra (la TOZ o SOZ). También había granjas que eran propiedad del Estado (sovjós). Davies, *The Soviet Collective Farm*, p. 68. <<

[9] Para una descripción general de la vida en las granjas comunitarias, véase Sheila Fitzpatrick, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Oxford, Oxford University Press, 1994, pp. 128-151. <<

[10] Stalin, «God velíkogo pereloma», *Pravda*, 7 de noviembre de 1929, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.…*, vol. 1, pp. 741 y 742. <<

[11] RtsJIDNI 17/2/441, vols. 1 y 2; resumido en Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow. Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Nueva York, Oxford University Press, 1986, pp. 112-114; y Lynne Viola, *Peasant Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 24-26. <<

[12] Dolot, *Execution by Hunger*…, p. 6. <<

[13] Lynne Viola, *The Best Sons of the Fatherland. Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization*, Nueva York, Oxford University Press, 1987, pp. 31 y 62. <<

[14] *Ibid.*, p. 64. <<

[15] Lev Kópelev, *To Be Preserved Forever*, trad. ing. de Anthony Austin, Nueva York, Lippincott, 1977, p. 11 [hay trad. cast.: *Consérvese a perpetuidad*, Barcelona, Noguer, 1977]. <<

[16] Hindus, *Red Bread.…*, p. 1. <<

[17] Shólojov, *Virgin Soil Upturned*, p. 84 [hay trad. cast. de Preslit-Moscú: *Campos roturados*, Montevideo, Ediciones pueblos unidos, 1946]. <<

[18] Viola, *The Best Sons of the Fatherland…*, p. 76. <<

[19] Antonina Solovieva, «Sent by the Komsomol», en Sheila Fitzpatrick y Yuri Slezkine, eds., *In the Shadow of Revolution. Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second World War*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 2000, p. 237. <<

[20] Tracy McDonald, «A Peasant Rebellion in Stalin's Russia. The Pitelinskii Uprising, Riazan 1930», *Journal of Social History*, vol. 35, n.º 1 (otoño de 2001), pp. 125-146. <<

[21] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, p. 180. <<

[22] «Case History LH38. Oleksandr Honcharenko, Cherkasy oblast'», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933*, informe para el Congreso/Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, incorporado por la Comisión el 19 de abril de 1988, presentado al Congreso el 22 de abril de 1988, James E. Mace, ed., Washington, D.C., U.S. G.P.O., 1988, p. 317. <<

[23] TsA FSB RF 2/9/21 (1930), pp. 393 y 394, en Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry*…, p. 219. <<

[24] Soloviova, «Sent by the Komsomol» en Fitzpatrick y Slezkine, eds., *In the Shadow of Revolution*…, pp. 236 y 237. <<

[25] Pasha Angelina, «The Most Important Thing», en Fitzpatrick y Slezkine, eds., *In the Shadow of Revolution.…*, p. 310. <<

[26] RTsJIDNI 85/1/118 (1930), pp. 1-13, reproducido en Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», p. 476. <<

[27] DAZhO (Zhitómir) 1520/4828 (1931), pp. 9-16. <<

[28] Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», p. 450. Este uso de «elementos criminales» no solo tenía precedentes en 1919 y 1920, sino que siguió formando parte del arsenal táctico de la Unión Soviética; el NKVD solo confiaba en redes criminales a la hora de crear nuevas fuerzas policiales secretas en la Europa Central ocupada tras 1945. <<

[29] *Ibid.*, p. 449, citando «Sergo Ordzhonikidze, "Stenogramma" (Sténogramme) du rapport au noyau militant restraint (aktiv) du parti du district de Herson, 24 mars 1930», y R. W. Davies, *The Socialist Offensive. The Collectivization of Agriculture 1929-1930*, Londres, Macmillan, 1980, p. 225. <<

[30] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, p. 126. <<

[31] TsA FSB RF 2/8/344 (1930), pp. 344-356, en Danílov *et al*., eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 336-342. <<

[32] Testimonio de Stepanida Melentíivna Jiriá, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 87. <<

[33] «Case History LH57. Mikhail Frenkin, Baku», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine.…*, informe para el Congreso, p. 363. <<

[34] Testimonio de Nicolas Chimich, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, reuniones y audiencias de la Comisión sobre la Hambruna Ucraniana y ante esta celebradas en 1987: audiencia en San Francisco (California) el 10 de febrero de 1987; audiencia en Phoenix (Arizona) el 13 de febrero de 1987; audiencia y reunión en Washington, D.C. el 30 de abril de 1987; audiencia en Filadelfia (Pennsylvania) el 5 de junio de 1987, Washington, D.C., Oficina de Publicaciones del Gobierno de Estados Unidos, 1988, pp. 126-128. <<

[35] Testimonio de Valentín Kochno, en *ibid.*, p. 18. <<

[36] Dolot, *Execution by Hunger*…, p. 8. <<

[37] Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», pp. 439 y 440. <<

[38] Ekaterina Olítskaia, «My Reminiscences», en Fitzpatrick y Slezkine, eds., *In the Shadow of Revolution.*…, pp. 39 y 40. <<

[39] TsDAZhR Ukraíni 539/7/71 (1929), p. 139, reproducido en Stanislav Kulchitski, ed., *Kolektivizatsia i hólod na Ukraíni, 1929-1933. Zbírnik dokuméntiv i materiáliv*, Kiev, Naukova Dumka, 1992, pp. 106 y 107. <<

[40] Lynne Viola explica que se creía que la «esencia» de los kulaks motivaba al *podkuláchnik*, a pesar de que este no poseía tierras (Viola, *Peasant Rebels Under Stalin…*, p. 34). <<

[41] Hindus, *Red Bread.…*, pp. 45 y 46. <<

[42] Otto J. Pohl, Eric J. Schmaltz y Ronald J. Vossler, «“In our hearts we felt the sentence of death”. Ethnic German Recollections of Mass Violence in the USSR, 1928-1948», *Journal of Genocide Research*, vol. 11, n.º 2 (2009), pp. 325-357 y 343. <<

[43] TsA FSB RF 2/8/40 (1930), pp. 6-17, en Danílov *et al*., eds. *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 292-303. <<

[44] GARF 9414/1/1944 (1930), pp. 17-25, en Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry.…*, pp. 240 y 241. <<

[45] TsA FSB RF 2/8/3 (1930), p. 2, en Berelovich *et al*., eds. *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, p. 71. <<

[46] Dolot, *Execution by Hunger*…, pp. 18 y 19. <<

[47] RGAE 7446/1/283 (1930), pp. 13-18, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 292-303. <<

[48] Testimonio de Anastasía Shpichka, en L. B. Kovalenko y Volodímir Maniak, eds., *33-i Hólod. Narodna kniha-memorial*, Kiev, Radianski Pisménnik, 1991, p. 53. <<

[49] TsA FSB RF 2/8/678 (1930), pp. 163-165, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.…*, vol. 2, pp. 141-144. <<

[50] Testimonio de Kilina Vasílivna Dikún, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost…*, vol. 1, p. 89. <<

[51] RGAE 7446/1/283 (1930), pp. 13-18, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 198-203. <<

[52] Testimonio de María Leshchenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 522. <<

[53] RGASPI 17/3/779 (1930), pp. 18-20, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 303-305. <<

[54] «Case History LH46. Anonymous, Dnipropetrovs'k area», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine.…*, informe para el Congreso, pp. 339-341. <<

[55] Testimonio de Olena Davídivna Démchenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, pp. 505 y 506. <<

[56] Dolot, *Execution by Hunger*…, p. 25. <<

[57] TsA FSB RF 2/8/40 (1930), pp. 6-17, en Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry.…*, p. 281. <<

[58] Testimonio de Iván Samsónovich, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 503 y 504. <<

[59] Testimonio de Mikola Demídovich Fenenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, pp. 540-542. <<

[60] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, p. 124. <<

[61] TsA FSB RF 2/8/823 (1930), pp. 342-351, en Viola *et al.*, eds., *The War Against the Peasantry.…*, p. 248. <<

[62] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, p. 155. <<

[63] Testimonio de Hénrij Pidvisotski, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 78. <<

[64] TsDAZhR Ukraíni 27/11/543 (1930), p. 215. <<

[65] RGAE 7446/1/283 (1930), pp. 13-18, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 198-203. <<

[66] Sheila Fitzpatrick, «The Great Departure. Rural-Urban Migration in the Soviet Union, 1929-1933», en William G. Rosenberg y Lewis H. Siegelbaum, eds., *Social Dimensions of Soviet Industrialization*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1993, pp. 22-25. En la nota al pie n.º 56, Fitzpatrick explica que Ríkov se fijó en que «los kulaks huyen de los raions que aún no están afectados por la colectivización total, anticipando que si bien la colectivización todavía no es absoluta en su región, lo será mañana». *Desiátaia Urálskaia ablástnaia konferéntsia Vsesoiuznoi Kommunistícheskoi Parti (bolshevikov)*, Sverdlovsk, 1930, boletín n.º 7, p. 19. <<

[67] Kuromiya, *Freedom and Terror in the Donbas…*, pp. 35-41. <<

[68] «Case History LH38. Oleksandr Honcharenko, Cherkasy oblast'», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine…*, informe para el Congreso, p. 317. <<

[69] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, pp. 155 y 156. <<

[70] TsA FSB RF 2/8/678 (1930), pp. 163-165, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.…*, vol. 2, pp. 161-163. <<

[71] N. A. Ivnitski, *Kollektivizatsia i raskuláchivanie, nachalo 30-j gg*., Moscú, Interprax, 1994, pp. 122-137; y V. N. Zemskov, «Spetsposelentsi (po dokuméntam NKVD-MVD-SSSR)», *Sotsiologuícheskie Issledovania*, vol. 11 (1990), p. 4. <<

[72] N. A. Morózov, *GULAG v Komi Kraie, 1929-1956*, Siktivkar, Siktivkarski Gosudarstvenni Universitet, 1997, p. 104. <<

[73] RGASPI 17/3/775 (1930), pp. 15 y 16, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 174 y 175. <<

[74] Ivnitski, *Kollektivizatsia i raskuláchivanie…*, pp. 122-137; también Zemskov, «Spetsposelentsi (po dokuméntam NKVD-MVD-SSSR)», p. 4. <<

[75] Anne Applebaum, *Gulag. A History*, Nueva York, Doubleday, 2003, pp. 46-50 [hay trad. cast. de Magdalena Chocano Mena: *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 2004]. <<

[76] James Harris, «The Growth of the Gulag. Forced Labor in the Urals Region, 1929-1931», *The Russian Review*, vol. 56, n.º 2 (1997), pp. 265-280. <<

[77] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, p. 125. <<

[78] *Ibid.*, pp. 267-271. <<

[79] «Case History LH38. Oleksandr Honcharenko, Cherkasy oblast'», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine*…, informe para el Congreso, pp. 325-329. <<

[80] Véase, por ejemplo, el testimonio de Vasil Pávlovich Nechiporenko y Yákiv Antonóvich Dziubishin en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 163, y vol. 2, p. 116; y «Testimony of Mr. Sviatoslav Karavansky», *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, reuniones y audiencias de la Comisión sobre la Hambruna Ucraniana y ante esta, reunión y audiencia en Washington, D.C. el 8 de octubre de 1986, Washington, D.C., U.S. G.P.O., 1987, p. 79, así como «Case History LH8», «Case History LH46» y «Case History SW34», todos ellos en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine.…*, informe para el Congreso, pp. 256, 345 y 386. <<

[81] Olexandra Bíkovets, «Interview with Oleksandra Bykovets» (Sviatoslav Novitski, 1 de septiembre de 1983), fragmento extraído de los archivos del titular de los derechos de autor, UCRDC. <<

[82] Testimonio de Larisa Dónchuk, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933*. *Second Interim Report*, p. 138. <<

[83] Olesia Stasiuk, «The Deformation of Ukrainian Folk Culture During the Holodomor Years», trad. ing. de Olynyk, en *Key Articles.*… pp. 12 y 13. <<

[84] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, pp. 340-387. <<

[85] TsDAHOU 1/20/3108 (1930), p. 1. <<

[86] Kuromiya, *The Voices of the Dead*… p. 109. <<

[87] *Ibid.*, p. 110. <<

[88] Boleslaw Szczesniak, *The Russian Revolution and Religion. A Collection of Documents Concerning the Suppression of Religion by the Communists, 1917-1925*, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, 1959, p. 158; Alla Kiridón, «Ruinuvannia kútovij sporud (1920-1930-ti rr.). Porúshennia traditsinoi ritmolohi próstoru», en *Ukraínski Istorichni Zhurnal*, vol. 22, n.º 6 (2013), pp. 91-102. <<

[89] McDonald, «A Peasant Rebellion in Stalin’s Russia…», pp. 125-146. <<

[90] Testimonio de Mikola Yevhénovich Petrenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod*…, p. 460. <<

[91] Hrihorenko, *Memoirs*, p. 39. <<

[92] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, pp. 251-254. <<

[93] Stasiuk, «The Deformation of Ukrainian Folk Culture During the Holodomor Years». <<

[94] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, pp. 242-250. <<

[95] Litvín *et al.*, *Ekonomichna istoria Ukraíni.…*, vol. 2, pp. 231 y 232 y 261. <<

[1] Citado por Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.*…, p. 132. <<

[2] *Ibid.*, p. 134. <<

[3] RTsJIDNI 85/1/118 (1930), pp. 1-13, reproducido en Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», p. 477. <<

[4] Shólojov, *Virgin Soil Upturned*, p. 157 [hay trad. cast. de Preslit-Moscú: *Campos roturados*, Montevideo, Ediciones pueblos unidos, 1946]. <<

[5] Alec Nove, *An Economic History of the USSR, 1917-1991*, Nueva York, Penguin, 1992, p. 186. <<

[6] RTsJIDNI 85/1/120 (1930), pp. 1-18, reproducido en Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», p. 538. <<

[7] RTsJIDNI 85/1/118 (1930), pp. 1-13, reproducido en *ibid.*, p. 479. <<

[8] TsGANJ SSSR 7446/5/87 (1930), pp. 35-39, en V. P. Danílov y N. A. Ivnitski, eds., *Dokumenti svidételstvuiut. Iz istori derevni nakanune i v jode kollektivizatsi, 1927-1932 gg.*, Moscú, Politizdat, 1989, p. 305. <<

[9] «Testimony of Mr. Valentin Kochno», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 119 y 120. <<

[10] «Testimony of Dr. Valentyna Sawchuck of Hamtramck, Michigan», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 144. <<

[11] TsA FSB RF 2/8/232 (1930), pp. 101 y 101a, en Berelovich, *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 220 y 221. <<

[12] Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.…*, pp. 59 y 60. <<

[13] Andrea Graziosi, «The Great Famine of 1932-1933. Consequences and Implications», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 25, n.º 3-4 (otoño de 2001), p. 162. <<

[14] Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.…*, p. 53. <<

[15] D. D. Goichenko, *Krasni apokalipsis. Skvoz raskuláchivanie i golodomor. Memuari svidételia*, Kiev, Ababahalamaha, 2013, pp. 29-31. <<

[16] Testimonio de Olena Doroshenko, en O. M. Veselova y O. F. Nikíliev, *Pámiat narodu. Henotsid v Ukraíni hólodom 1932-1933 rókiv. Svídchennia*, 2 vols., Kiev, Vidavnichni dim «Kalita», 2009, vol. 1, p. 408. <<

[17] Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.…*, pp. 55-57. <<

[18] Pohl *et al.*, «“In Our Hearts We Felt the Sentence of Death”…», p. 336. <<

[19] «Case History SW34. Anonymous, Kyiv oblast'», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine*…, informe para el Congreso, p. 392. <<

[20] Testimonio de María Makuja (Chukut), en *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 129. <<

[21] Testimonio de Katerina Laksha, en *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 66-67. <<

[22] *Ibid*. <<

[23] TsA FSB RF 2/8/232 (1930), p. 72, en Berelovich, *et al.*, eds. *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 219-320. <<

[24] Angelina, «The Most Important Thing», en Fitzpatrick y Slezkine, *In the Shadow of Revolution.…*, p. 310. <<

[25] TsA FSB RF 2/8/23 (1930), pp. 2-13 y 45-65, en Berelovich, *et al.*, eds. *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 144-150 y 180-189. <<

[26] Iósif Stalin, «Dizzy with Success. Concerning Questions of the Collective Farm Movement», *Pravda*, 2 de marzo de 1930, reproducido en *Works*, vol. 12, pp. 197-205 [hay trad. cast.: «Los éxitos se nos suben a la cabeza», en *Obras*, t. XII, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953, disponible en <**www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm**>]. <<

[27] *Ibid*. <<

[28] RGASPI 17/3/779 (1930), pp. 18-20, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 303-305. <<

[29] Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.…*, p. 3. <<

[30] Dolot, *Execution by Hunger*…, p. 84. <<

[31] Testimonio de Iván Hazhimán, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 3, p. 113. <<

[32] «Case History LH38. Oleksandr Honcharenko, Cherkasy oblast'», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine…*, informe para el Congreso, pp. 325-329. <<

[33] «Testimony of Mr. Zinovii Turkalo», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 96. <<

[34] TsA FSB RF 2/8/679 (1930), p. 23, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 420-426. <<

[35] Testimonio de Leonida Fiódorivna Tkachuk, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 2, pp. 50 y 51. <<

[36] «Case History LH38. Oleksandr Honcharenko, cherkasy oblast'», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine*…, informe para el Congreso, p. 325. <<

[37] Pohl *et al.*, «“In our hearts we felt the sentence of death”…», p. 336. <<

[38] TsA FSB RF 2/8/679 (1930), p. 23, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, p. 424. <<

[39] *Ibid.*, p. 421. <<

[40] Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.…*, p. 183. <<

[41] TsA FSB RF 2/8/679 (1930), p. 23, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 420426. <<

[42] «Case History LH57. Mikhail Frenkin, Baku», en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine.…*, informe para el Congreso, pp. 359-365. <<

[43] Viola, *Peasant Rebels Under Stalin.…*, pp. 103-105, 135 y 136. <<

[44] RTsJIDNI 85/1/118 (1930), pp. 1-13, reproducido en Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», pp. 474-483. <<

[45] TsDAHOU 1/20/3191 (1930), p. 37. <<

[46] TsA FSB RF 2/8/232 (1930), pp. 101 y 101a, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 220 y 221. <<

[47] TsA FSB RF 2/8/23 (1930), pp. 2-13, en *ibid.*, vol. 3, n.º 1, pp. 144-150. <<

[48] TsA FSB RF 2/8/23 (1930), pp. 45-65, en *ibid.*, vol. 3, n.º 1, pp. 180-189. <<

[49] Shapoval, Zolotariov y Pristaiko, *ChK-GPU-NKVD v Ukraíni*…, p. 39. <<

[50] TsDAHOU 1/20/3154 (1930), p. 11. <<

[51] TsA FSB RF 2/8/232 (1930), pp. 115 y 115ob, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, pp. 221 y 222; RTsJIDNI 85/1/119 (1930), pp. 1 y 2, reproducido en Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», pp. 549 y 550. <<

[52] TsDAHOU 1/20/3154 (1930), p. 11. <<

[53] El material de Pavlohrad proviene de Danilenko, *Pavlohradske povstannia*… <<

[54] Palij, *The Anarchism of Nestor Makhno…*, pp. 46-51. <<

[55] RTsJIDNI 85/1/120 (1930), pp. 1-18, reproducido en Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», p. 537. <<

[56] *Ibid.*, pp. 537 y 538. <<

[57] RTsJIDNI 85/1/118 (1930), pp. 43-49, reproducido en *ibid.*, pp. 577 y 578. <<

[58] TsA FSB RF 2/8/232 (1930), pp. 115 y 115ob, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 1, p. 222. <<

[59] Martin, *The Affirmative Action Empire.…*, pp. 294 y 295. <<

[60] Shapoval, «The Case of the “Union for the Liberation of Ukraine”…», pp. 178 y 179. <<

[61] *Ibid*. <<

[1] RTsJIDNI 82/2/139 (1932), pp. 145-151, en Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 298. <<

[2] R. W. Davies y S. G. Wheatcroft, *The Years of Hunger. Soviet Agriculture, 1931-1933*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 1-4. <<

[3] RGASPI 17/2/60 (1931), p. 89, tipografski ekz.; KPSS v rezoliutsiaj, Izd. 9-3. T.5.C. 233-234, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 773 y 774. <<

[4] TsA FSB RF 2/8/328 (1930), pp. 336-345, en *Ibid.*, vol. 2, pp. 530-536. <<

[5] TsDAZhR Ukraíni 27/11/104 (1930), pp. 75-80, en Kulchitski, ed., *Kolektivizatsia i hólod na Ukraíni.…*, pp. 226-230. <<

[6] Este es un término de Lynne Viola, empleado en *Peasant Rebels Under Stalin…*, pp. 205-210. <<

[7] RGAE 7486/37/132 (1930), pp. 59 y 60, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 2, pp. 467-472. <<

[8] Diana Bojko y Jerzy Bednarek, *Holodomor. The Great Famine in Ukraine 1932-1933*, de la serie *Poland and Ukraine in the 1930s-1940s. Unknown Documents from the Archives of the Secret Services*, Varsovia, Instituto de Memoria Nacional, Comisión para el Procesamiento de los Crímenes contra la Nación Polaca, 2009, pp. 70 y 71. <<

[9] El mejor análisis sobre las estadísticas de cosechas y acerca de la controversia que las rodeaba se encuentra en Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger…*, pp. 442-447. Véase también A. V. Bashkin, «Urozhái tridtsátij ili ukrádenie dostizhenia», *Istoricheskie materiali*, <**http://istmat.info/node/21358**> (consultado en 2017). <<

[10] Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport.…*, pp. 3 y 4. <<

[11] Elena Osokina, *Zóloto dlia industrializatsi. Torgsin*, Moscú, ROSSPEN, 2009, pp. 17-102. <<

[12] Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport.…*, pp. 5 y 6. <<

[13] *Ibid.*, p. 7. <<

[14] Sheila Fitzpatrick, «The Boss and His Team. Stalin and the Inner Circle, 1925-1933», en Stephen Fortescue, ed., *Russian Politics from Lenin to Putin*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 62 y 63. <<

[15] RGASPI 588/1/5388 (1930), pp. 116ob y 121ob, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 1, p. 340; RGASPI 588/11/75 (1930), p. 15, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.*…, vol. 2, p. 577. <<

[16] RGAE 8043/11/12 (1930), pp. 22-22ob, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 1, n.º 1, p. 350. <<

[17] RGASPI 17/162/9 (1930), p. 74, en *Ibid.*, vol. 1, n.º 1, p. 351. <<

[18] Cifras extraídas de Andrea Graziosi, *L'Unione Sovietica 1914-1991*, Bolonia, Il Mulino, 2011, tabla 1. <<

[19] Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger.*…, pp. 48-78. <<

[20] RGASPI 631/5/54 (1931), pp. 25-45, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 3, pp. 137-140. <<

[21] RGAE 8043/1/7 (1931), p. 61, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 1, pp. 405 y 406. <<

[22] RGASPI 17/167/31 (1931), p. 105, en *Ibid.* <<

[23] RGAE 7486/37/166 (1931), pp. 230-237; RGAE 8043/1/48 (1931), pp. 106-109 y 116-130; APRF 3/40/77 (1931), p. 186, y otros documentos de archivo, todos ellos reproducidos en *Ibid.*, vol. 1, n.º 1, pp. 488-515. <<

[24] RGASPI 17/167/29 (1931), p. 43, en *Ibid.*, vol. 1, n.º 1, p. 344. <<

[25] Bashkin, «Urozhái tridtsátij ili ukrádenie dostizhenia». <<

[26] RGAE 8043/11/17 (1930), p. 208, en Kondrashin *et al.* eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 1, p. 230. <<

[27] RGASPI 17/167/28 (1931), p. 108, en *Ibid.*, vol. 1, n.º 1, p. 258. <<

[28] RGASPI 631/5/60 (1931), pp. 32-40, en *Ibid*., vol. 1, n.º 1, pp. 536 y 537. <<

[29] RGASPI 17/2/484 (1931), pp. 43-61, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 3, pp. 198-206. <<

[30] Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, pp. 82-89. <<

[31] RGASPI 17/167/32 (1931), p. 119, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 1, n.º 1, p. 536. <<

[32] RGASPI 17/2/484 (1931), pp. 43-61, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 3, pp. 198-206. <<

[33] Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger*…, pp. 100 y 101, citando RGASPI 82/2/137 (1932), pp. 30-94. <<

[34] RGASPI 17/26/42 (1932), pp. 193-196, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 3, pp. 227-230. <<

[35] TsDAHOU 1/20/5362 (1932), p. 3, y TsDAHOU 1/6/235 (1932), p. 82, en Pirih, ed., *Holodomor…*, pp. 65 y 66. <<

[36] La República Autónoma Socialista Soviética de Moldavia formaba entonces parte de Ucrania. La RASS de Moldavia fue creada en 1940, después de que la Unión Soviética conquistase una parte adicional de territorio rumano. La antigua RASS de Moldavia es ahora Transnistria, una disputada región de Moldavia. <<

[37] APRF 3/40/80 (1932), pp. 45-51, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 2, pp. 158-161. <<

[38] Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 108. <<

[39] Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 2, pp. 163-165, citando a Lozitski, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni.*…, pp. 37-40. <<

[40] Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 1, n.º 2, pp. 163-165. <<

[41] *Ibid*. <<

[42] TsA FSB RF 2/10/169 (1932), pp. 1-57, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, vol. 3, n.º 2, pp. 64-91. <<

[43] RGASPI 631/5/74 (1932), p. 36, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 2, pp. 83 y 84. <<

[44] N. F. Shnaika a Stalin, TsDAHOU 1/20/5254 (1932), pp. 1-16, en Pirih, ed., *Holodomor.…*, p. 133. <<

[45] A. F. Bánivski a Stalin, en *Ibid.*, p. 132. <<

[46] Boiko a Stalin, en *Ibid.*, p. 135. <<

[47] Por ejemplo, HDA SBU 13/429/40 (1932), pp. 126-147, en V. M. Danilenko *et al.*, eds., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni za dokuméntami HDA SBU. Anotóvani dovídnik*, Leópolis, Tsentr Doslidzhen Vizvólnoho Ruju, 2010, p. 278. <<

[48] RGASPI 17/42/50 (1932), p. 54, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 1, n.º 2, p. 225. <<

[49] TsDAHOU 1/20/5255 (1932), pp. 52-52sv, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 169 y 170. <<

[50] TsDAHOU 1/16/8 (1932), pp. 203 y 204, en *Ibid.*, p. 93. <<

[51] Bojko y Bednarek, *Holodomor.…*, pp. 111 y 112. <<

[52] Dmytro Zlepko, *Der Ukrainische Hunger-Holocaust. Stalins verschwiegener Völkermord 1932/33 an 7 Millionen ukrainischen Bauern im Spiegel geheimgehaltener Akten des deutschen Auswärtigen Amtes. Eine Dokumentation*, Sonnenbühl, Verlag Helmut Wild, 1988, pp. 95-97. <<

[53] TsA FSB RF 2/11/1449 (1932), pp. 144-146, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni.…*, vol. 3, pp. 361 y 362. <<

[54] «Dósvid Proskurívshchini i Koziatínshchini v borotbi za tsúkrovi buriak», *Visti VUTsVK*, Járkiv, 6 de junio de 1932, citado por Vasil Márochko y Olha Movchán, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Jrónika*, Kiev, Kíevo-Mohilianska Akademia, 2008, p. 87. <<

[55] TsDAHOU 1/20/5255 (1932), p. 4, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 70. <<

[56] TsDAHOU 1/6/8 (1932), pp. 203 y 204, en *Ibid.*, pp. 92 y 93. <<

[57] Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport.…*, pp. 78-81. <<

[58] APRF 3/61/794 (1932), pp. 1-5, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 2, pp. 227-229. <<

[59] RGASPI 17/162/12 (1932), p. 85, en Pirih, ed., *Holodomor.…*, p. 113. <<

[60] RGASPI 17/162/12 (1932), p. 115, en *Ibid.*, pp. 139 y 140. <<

[61] TsDAHOU 1/16/8 (1932), p. 236, en *Ibid.*, p. 118. <<

[62] TsDAHOU 1/1/378 (1932), pp. 143-151; TsDAHOU 1/1/381 (1932), pp. 63-68, en S. A. Kokin, Valeri Vasíliev y Nicolas Werth, eds., *PartinoRadianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru 1932-1933 rr. Vozhdi, pratsívniki, aktivisti. Zbírnik dokuméntiv ta materiáliv,* Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013, pp. 58-74. <<

[63] APRF 3/61/794 (1932), p. 18, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 2, p. 229. <<

[64] RGASPI 558/11/43 (1932), p. 70, en Márochko y Movchán, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni…*, p. 72. <<

[65] Terry Martin, «Famine Initiators and Directors. Personal Papers. The 1932-1933 Ukrainian Terror. New Documentation on Surveillance and the Thought Process of Stalin», en Isajiw W. Wsevolod, ed., *FamineGenocide in Ukraine, 1932-1933*, Toronto, UCRD, 2003, pp. 107 y 108. <<

[66] RGASPI 82/2/139 (1932), pp. 162-165, en Pirih, ed., *Holodomor…*, pp. 197-199. <<

[67] *Ibid*. <<

[68] RGASPI 82/2/139 (1932), pp. 144-153, en *Ibid.*, pp. 200-205. <<

[69] RGASPI 558/11/769 (1932), pp. 40-42, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 1, n.º 2, pp. 242 y 243. <<

[70] RGASPI 558/11/769 (1932), pp. 77-88, en *Ibid.*, vol. 1, n.º 2, p. 243. <<

[71] RGAPSI 81/3/99 (1932), pp. 62 y 63, en *Ibid.*, vol. 1, n.º 2, p. 244. <<

[72] RGASPI 558/11/740/61 (1932), p. 174, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 207. <<

[73] RGASPI 17/162/12 (1932), pp. 180 y 181, en *Ibid.*, p. 208. <<

[74] TsDAHOU 1/20/5259 (1932), p. 19, en *Ibid.*, p. 208. <<

[75] Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport.…*, pp. 9 y 10. <<

[76] Testimonio de Mikola Kostirko, en James E. Mace y Leonid Heretz, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933*; proyecto de historia oral de la Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, 3 vols., Washington, D.C., U.S. G.P.O., 1990, vol. 2, pp. 1.057-1.080. <<

[77] Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 55. <<

[78] Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport.…*, p. 11. <<

[79] Andrea Graziosi, *L'Urss di Lenin e Stalin. Storia dell'Unione Sovietica, 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007, p. 334, tabla 8.1. <<

[80] Osokina, *Zóloto dlia industrializatsi.*…, p. 540, tabla 25. <<

[81] RGASPI 558/11/740/41 (1932), en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 225. <<

[82] Kokin *et al.*, eds., *Partino-Radianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru.…*, pp. 36 y 37. <<

[83] *Ibid.*, pp. 38 y 39. <<

[84] *Ibid.*, pp. 43 y 44. <<

[85] *Ibid.*, p. 47. <<

[86] *Ibid.*, pp. 52-57. <<

[87] Vasíliev, *Politichne kerivnitstvo URSR i SRSR.*…, p. 242. <<

[88] Kokin *et al.*, eds., *Partino-Radianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru.…*, pp. 63 y 64. <<

[89] RGASPI 558/11/78/16 (1932), en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 231. <<

[90] TsDAHOU 1/6/236/85 (1932), en *ibid*. <<

[91] RGASPI 17/3/891 (1932), pp. 52-55; RGAPSI 558/11/78 (1932), p. 16, y RGASPI 558/11/78 (1932), p. 12, todos en Pirih, ed., *Holodomor.*…, pp. 229-232. <<

[92] RGASPI 558/11/78 (1932), p. 12, en *Ibid.*, p. 232. <<

[93] S3 SSSR 1932, n.º 52, str. 312, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR.*…, vol. 1, n.º 2, pp. 321-324. <<

[94] RGASPI 81/3/99 (1932), pp. 115-119, en O. V. Jlevniuk *et al.*, eds., *Stalin i Kaganóvich. Perepiska, 1931-1936 gg.*, Moscú, ROSSPEN, 2001, pp. 244 y 245; TsDAHOU 1/20/5381 (1932), pp. 11 y 12, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 270. <<

[95] Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger.*…, p. 158. <<

[96] Timothy Snyder, *Bloodlands. Europe Between Hitler and Stalin*, Nueva York, Basic Books, 2010, p. 37 [hay trad. cast.: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011]. <<

[97] RGASPI 81/3/99 (1932), pp. 106-113, en Jlevniuk *et al.*, eds., *Stalin i Kaganóvich.…*, pp. 235 y 236. <<

[98] RGASPI 81/3/100 (1932), pp. 137-140, en *Ibid.*, pp. 240 y 241. <<

[99] RGASPI 17/3/2014 (1932), pp. 33 y 34, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 3, pp. 453 y 454. <<

[100] Sergei Maskudov, «Victory over the Peasantry», en Halyna Hryn, ed., *Hunger by Design. The Great Ukrainian Famine and Its Soviet Context*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2008, pp. 60-62. <<

[101] Conquest, *The Harvest of Sorrow*…, p. 226. <<

[102] Pidhaini, eds., *The Black Deeds of the Kremlin.…*, vol. 1, p. 205 [hay trad. cast.: *Las negras acciones del Kremlin.…* <<

[103] Graziosi, *L'Urss di Lenin e Stalin.*…, p. 333; Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger.*…, pp. 166-168. <<

[104] Applebaum, *Gulag…*, pp. 582 y 583 [hay trad. cast. de Magdalena Chocano Mena: *Gulag*… <<

[105] Susannah Pechora, entrevista de Anne Applebaum, 1999. <<

[106] Martin, «Famine Initiators and Directors…», p. 110. <<

[107] La lista completa, que volvió a circular en noviembre, tiene docenas de páginas; Valentina Borisenko, V. M. Danilenko, Serhii Kokin *et al.*, eds., *Rozsekréchena pámiat. Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni v dokuméntaj GPU-NKVD*, Kiev, Stilos, 2007, pp. 193-263, citando HDA SBU 16/25/3 (1952), pp. 4-68; Martin, «Famine Initiators and Directors…», p. 111. <<

[108] RTsJIDNI 82/2/139 (1932), pp. 145-151, trad. ing. y repr. en Martin, *The Affirmative Action Empire.…*, p. 298. <<

[109] Shapoval, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», pp. 369399. <<

[110] RTsJIDNI 82/2/139 (1932), pp. 145-151, trad. ing. y repr. en Martin, *The Affirmative Action Empire.*…, p. 298 (cursiva en el original). <<

[1] Maxim Gorki, *On the Russian Peasantry*, Berlín, I. P. Ladízhnikov, 1922, p. 27. <<

[2] Simon Sebag Montefiore, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Nueva York, Knopf, 2004, pp. 107 y 108 [hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2004]. <<

[3] Svetlana Allilúieva, *Twenty Letters to a Friend* (*Dvádtsat Písem k Drugu*), trad. ing. de Priscilla Johnson McMillan, Nueva York, Harper Perennial, reimp., 2016, p. 105 [hay trad. cast.: *Rusia, mi padre y yo. Veinte cartas a un amigo*, Barcelona, Planeta, 1967]. <<

[4] G. A. Tokaev, *Betrayal of an Ideal*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1955, p. 161. <<

[5] Miklos Kun, *Stalin. An Unknown Portrait*, Budapest, Central European University Press, 2003, p. 204; Montefiore, *Stalin.*…, pp. 86-90. <<

[6] Montefiore, *Stalin.…*, p. 90. <<

[7] *Ibid.*, p. 84. <<

[8] *Ibid.*, p. 87. <<

[9] Getty y Naumov, *The Road to Terror…*, p. 47. <<

[10] Tucker, *Stalin in Power…*, pp. 209-212. <<

[11] Getty y Naumov, *The Road to Terror…*, pp. 53-58. <<

[12] Arkadi Váksberg, *Tsaritsa dokazátelstv. Vishinski i ego zhertvi*, Moscú, Kniga i Biznes, 1992, p. 68. <<

[13] *Ibid.*, pp. 66 y 67. <<

[14] *Ibid.*, p. 69. <<

[15] Véanse, entre otros, Getty y Naumov, *The Road to Terror…*, y Robert Conquest, *The Great Terror. Stalin's Purge of the Thirties*, ed. rev., Londres, Macmillan, 1968 [hay trad. cast.: *El Gran Terror. Las purgas stalinianas de los años treinta*, Barcelona, Caralt, 1974]. <<

[16] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 299. <<

[17] TsDAHOU 1/6/236 (1932), pp. 8 y 9, en Pirih, ed., *Holodomor…*, p. 127. <<

[18] Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger.*…, pp. 10 y 11. <<

[19] *Ibid.*, p. 171. <<

[20] Bashkin, «Urozhái tridtsátij ili ukrádenie dostizhenia». <<

[21] RGASPI 82/2/141/6, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 355 y 356. <<

[22] TsDAHOU 1/6/237/207-216, en *Ibid.*, pp. 388-395. <<

[23] RGASPI 81/3/215/1-24 y RGASPI 81/3/232/62, en *Ibid.*, pp. 496-514. <<

[24] TsDAGO Ukraíni 1/20/5384/23, en *Ibid.*, trad. ing. de Bandera, p. 71. <<

[25] TsDAHOU 1/6/237/207-216, en *Ibid.*, pp. 388-395. <<

[26] *Ibid.* <<

[27] TsDAHOU 1/20/6339 (1933), p. 25, en *Ibid.*, p. 569. <<

[28] Kulchitski, *Holodomor 1932-1933 rr. iak henotsid.…*, pp. 294-305. <<

[29] S3 SSSR 1933, n.º 38, str. 228, en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 3, pp. 54 y 55. <<

[30] S. V. Kulchitski, «Comments at UNAS (National Academy of Sciences) Institute of History of Ukraine Seminar», presentado en el Seminario del Instituto de Historia de Ucrania, Kiev, 19 de abril de 2016. <<

[31] Serhíchuk *et al.*, *Ukraínski jlib na éxport.…*, pp. 13 y 138. <<

[32] Graziosi, *L'Urss di Lenin e Stalin.*…, p. 334, tabla 8.1. Con el paso del tiempo las exportaciones de oro aumentaron, ya que los campesinos desesperados intercambiaron con el Estado su oro por cereal. <<

[33] RGAE 413/13/595 (1933), pp. 47 y 48, del *Elektronni arjiv Ukraínskoho vizvólnoho ruju*, <**http://avr.org.ua/getPDFasFile.php/arhupa/rgae-413-13-595-0-047.pdf**> (consultado en 2017). <<

[34] Heorhi Papakin, *Donbás na «chorni doshtsi» 1932-1933. Naukovopopuliarni naris*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2014, pp. 9-11. <<

[35] Heorhi Papakin, «Blacklists as an Instrument of the Famine-Genocide of 1932-1933 in Ukraine», trad. ing. de Olynyk, *Key Articles*…, pp. 2 y 3. <<

[36] «“Chorna Doshka” *Bilshovik Poltávshchini*, 12 Véresnia, 1932», *Ofitsini veb-portal Derzhavnoi Arjivnoi Sluzhbi Ukraíni*, <**www.archives.gov.ua/Archives/Reestr/Foto-Poltava.php**>. <<

[37] Papakin, «Blacklists as an Instrument of the Famine-Genocide of 1932-1933 in Ukraine», pp. 5 y 6. <<

[38] Heorhi Papakin, «Chorna doshka». *Antiselianski represi, 1932-1933*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2013, p. 336. La cifra de distritos varió con frecuencia en la década de 1930, pero entre 1932 y 1933 fue de 392, según el equipo de demografía de Oleh Wolowyna del Instituto de Demografía e Investigaciones Sociales de la Academia Nacional de Ciencias de Ucrania y del Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard. <<

[39] Institut Demografi Natsionálnogo Isslédovatelskogo Universiteta «Vísshaia Shkola Ekonómiki», «Vsesoiúznaia pérepis» naselenia 1926 goda. Natsionalni sostav naselenia po regiónam RSFSR. Severo-Kavkazski krai/Kubanski ókrug», *Demoskop Weekly. Elektrónnaia Versia Biulletenia Naselenie i Ó bshchestvo*, pp. 719 y 720 (6-19 de marzo de 2017), <**http://demoscope.ru/weekly/ssp/rus_nac_26.php?reg=862**>. <<

[40] Papakin, *Donbás na «chorni doshtsi»*…, p. 12. <<

[41] Bóndar y Matvéiev, eds., *Istorícheskaia pámiat naselenia iuga Rossi o gólode 1932-1933.*…, pp. 101-103. <<

[42] *Ibid.*, p. 61. <<

[43] Papakin, *Donbás na «chorni doshtsi»*…, p. 12. <<

[44] Papakin, «Blacklists as an Instrument of the Famine-Genocide of 1932-1933 in Ukraine», p. 8. <<

[45] Papakin, «Chorna doshka»…, p. 335. <<

[46] Papakin, «Blacklists as an Instrument of the Famine-Genocide of 1932-1933 in Ukraine», p. 11. <<

[47] HDA SBU 13/429/40 (1932), pp. 126-147, en Danilenko *et al.*, eds., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni za dokuméntami HDASBU.*…, p. 278. <<

[48] TsA FSB RF 2/10/169 (1932), pp. 1-57, en Berelovich *et al.*, eds., *Soviétskaia derevnia glazami VChK-OGPU-NKVD*…, pp. 64-91. <<

[49] APRF 3/30/189 (1932), pp. 7-10, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 615 y 616. <<

[50] HDA SBU, *Kolektsia dokuméntiv* «*Holodomor 1932-1933 rr. v Ukraíni*», en *Ibid.*, p. 709. <<

[51] «Schedule A, vol. 36, Case 333/(NY) 1582 (interviewer J. F., Type A4). Male, 29, Ukrainian, Student and Worker», 1-8 de julio de 1951, Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 24. <<

[52] TsDAHOU 1/20/5255 (1932), pp. 16 y 17, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 108 y 109. <<

[53] TsDAHOU 1/20/5255 (1932), pp. 68 y 69, en *Ibid.*, p. 253. <<

[54] Testimonio de Olena Davídivna Démchenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, p. 506. <<

[55] APRF 3/50/189 (1933), pp. 7-10, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 615 y 616. <<

[56] Testimonio de Íhor Vasíliovich Buhaiévich, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 454-457. <<

[57] Andrea Graziosi, *Lettere da Kharkov. La carestia in Ucraina e nel Caucaso del nord nei rapporti diplomatici italiani 1923-1933*, Turín, Einaudi, 1991, pp. 144-146, reproducido en ucraniano en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 606 y 607. <<

[58] DATO 176/1/9 (1932), pp. 3-3v, en Bojko y Bednarek, *Holodomor*…, p. 201. <<

[59] *Ibid.*, p. 203. <<

[60] DATO 231/1/2067 (1932), p. 324, en *Ibid.*, p. 231. <<

[61] Testimonio de Lidia A., en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, p. 139. <<

[62] Testimonio de Iván Oranski, en *Ibid.*, p. 130. <<

[63] Testimonio de una mujer anónima, en *Ibid.*, p. 25. <<

[64] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 185-190, en Pirih, ed., *Holodomor.*…, p. 763. <<

[65] TsDAHOU 1/20/5254 (1932), pp. 1-16, en *Ibid.*, p. 134. <<

[66] RGASPI 558/11/45 (1932), pp. 108 y 109, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, vol. 3, pp. 634 y 635. <<

[67] RGASPI 17/3/2030 (1932), p. 17, y 17/42/72 (1932), pp. 109-111, en *Ibid.*, pp. 636-638 y 644. <<

[68] RGASPI 17/3/907 (1932), p. 9, y *Kommunist*, Járkiv (1 de enero de 1933), en Márochko y Movchán, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni.*…, pp. 154 y 180. <<

[69] Lev Kópelev, *The Education of a True Believer*, trad. ing. de Gary Kern, Londres, Wildwood House, 1981, p. 258. <<

[70] APRF 3/30/189 (1933), pp. 26 y 27, en Pirih, ed., *Holodomor…*, p. 636. <<

[71] HDA SBU, *Koléktsia dokuméntiv* «*Holodomor 1932-1933 rr. v Ukraíni*», en *Ibid.*, p. 709. <<

[72] Jan Jacek Bruski, «In Search of New Sources. Polish Diplomatic and Intelligence Reports on the Holodomor», en Vincent Comeford, Lindsay Jansen y Christian Noack, eds., *Holodomor and Gorta mór. Histories, Memories and Representations of Famine in Ukraine and Ireland*, Londres, Anthem Press, 2014, p. 223. <<

[73] Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 7, p. 538. <<

[74] Testimonio de Halina Budántseva, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 485. <<

[75] Testimonio de Várvara Dibert, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 73 y 74. <<

[76] Testimonio de Halina Iványivna Kirichenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 2, pp. 100 y 101. <<

[77] Testimonio de María Polikarpivna Úmanska, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y V. Yúshchenko, eds., *Natsionalna Kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni*, Kiev, Vidávnitstvo im. Oleni Telihi, 2008, p. 93. <<

[78] Testimonio de Olena Artémivna Kobilko, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu*, vol. 1, p. 570. <<

[79] Kópelev, *The Education of a True Believer*, p. 258. <<

[1] Citado en Luckyj, *Literary Politics in the Soviet Ukraine.*…, p. 228. <<

[2] Martin, *The Affirmative Action Empire*…, p. 306. <<

[3] Sarah Cameron, «The Kazakh Famine of 1932-1933. Current Research and New Directions», *East/West. Journal of Ukrainian Studies* vol. 3, n.º 2 (2016), pp. 117-132; Niccolo Piancola, «Sacrificing the Kazakhs. The Stalinist Hierarchy of Consumption and the Great Famine in Kazakhstan of 1931-1933», artículo presentado en el Centro de Investigación Eslavo-Euroasiático, 10-11 de julio de 2014, Sapporo (Japón), Universidad de Hokkaido. <<

[4] RGASPI 17/3/9.11/42-44, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 475-477. <<

[5] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 303, citando RTsJIDNI 17/3/910 (1932). <<

[6] RGASPI 17/3/911/43, en Pirih, ed., *Holodomor…*, p. 480. <<

[7] HDA SBU Donetsk 4924f/4-13, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, pp. 207-215. <<

[8] Lozitski, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni.*…, p. 134. <<

[9] HDA SBU 16/25/3 (1951), p. 105, en Borisenko *et al.*, eds., *Rozsekréchena pámiat…*, pp. 425 y 426. <<

[10] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 346. <<

[11] Vasíliev, *Politichne kerivnitstvo URSR i SRSR.*…, pp. 332 y 333. <<

[12] HDA SBU 16/25/3 (1932), p. 109, en Kokin *et al.*, eds., *PartinoRadianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru.…*, p. 160. <<

[13] HDA SBU 6/—/75165 (1964), pp. 84 y 85, en *ibid.*, pp. 193-195. <<

[14] DADO 19/1/20 (1932), pp. 69 y 70, en *Ibid.*, p. 165. <<

[15] HDA SBU 6/—/75165 (1964), pp. 88-90, en *Ibid.*, pp. 196-198. <<

[16] *Ibid*., pp. 196-198; TsDAHOU 1/16/9 (1932), pp. 59-61, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 396 y 397. <<

[17] RGASPI 17/162/14 (1932), p. 17, en Pirih, ed., *Holodomor.…*, p. 407. <<

[18] HDA SBU 16/25/3 (1932), pp. 69-100, en Danilenko *et al.*, eds., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni za dokuméntami HDA SBU.*…, pp. 60 y 61. <<

[19] HDA SBU 42/9/— (1932), pp. 52-55, en Borisenko *et al.*, eds., *Rozsekréchena pámiat.…*, pp. 428 y 429. <<

[20] V. Prilutski, «Ópir molodí polítitsi bilshovítskoho rézhimu ta represívni zájodi proti nei v USRR (1928-1936 rr.)», *Z Arjíviv VUChK, GPU, NKVD, KGB*, vol. 2/4 (13/15) (2000), p. 94. <<

[21] HDA SBU 16/25/3 (1951), pp. 111-151, en Borisenko *et al.*, eds., *Rozsekréchena pámiat.…*, pp. 430-472 (cita específica en p. 431). <<

[22] *Ibid.*, pp. 430-472 y 520-528. Para un ejemplo de Majnó, véase p. 359; para «petliuristas antiguos» y «activos», véase pp. 431 y 432. <<

[23] HDA SBU 1607 (1932), p. 10, y HDA SBU 6852 (1932), p. 8, ambos en Pirih, ed., *Holodomor…*, pp. 539-541. <<

[24] HDA SBU 9/666/— (1933), pp. 56, 58-62 y 63, en Borisenko *et al.*, eds., *Rozsekréchena pámiat.…*, pp. 512-516. <<

[25] HDA SBU 9/36 (1933), p. 36a, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, pp. 266-275. <<

[26] Snyder, *Bloodlands.…*, p. 42. <<

[27] TsDAHOU 1/20/5242 (1932), pp. 5-10, en Kokin *et al.*, eds., *Partino-Radianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru.…*, pp. 210-229. <<

[28] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, pp. 268-273. <<

[29] Hennadi Yefímenko y L. Yakubova, «Natsionalni vidnósini v radianski Ukraíni (1923-1938)», en V. M. Litvín *et al.*, eds., *Natsionalne pitannia v Ukraíni XX-pochatku XXI st. Istorichni nárisi*, Kiev, Nika-Tsentr, 2012, pp. 222 y 223. <<

[30] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 348. <<

[31] Hrihori Kostiuk, *Stalinizm v Ukraíni*, Kiev, Vid-vo Smoloskip, 1995, pp. 192-196. <<

[32] *Ibid.*, pp. 192-196. <<

[33] Yuri Shapoval, «Fatalna Ambivaléntnist», *Krítika. Mizhnarodni Ohliad Knizhok ta Idéi* (mayo de 2015), disponible en <**https://krytyka.com/ua/articles/fatalna-ambivalentnist**>. <<

[34] *Ibid.* <<

[35] Pauly, *Breaking the Tongue*…, pp. 241 y 242. <<

[36] *Ibid.*, pp. 258-266. <<

[37] L. D. Yakubova, *Etnichni menshini v suspilno-politíchnomu ta kultúrnomu zhittí USRR, 20-i—persha polovina 30-j rr. XX st.*, Kiev, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2006, pp. 126-131. <<

[38] S. V. Kulchitski, «Holodomor in the Ukrainian Countryside», en Andrea Graziosi, Halyna Hryn y Lubomyr Hajda, eds., *After the Holodomor. The Enduring Impact of the Great Famine of Ukraine*, Cambridge (Massachusetts), Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, 2013, p. 9. <<

[39] *Ibid.* <<

[40] Yakubova, *Etnichni menshini v suspilno-politíchnomu ta kultúrnomu zhittí USRR*…, pp. 126-131. <<

[41] H. Kovalchuk, «Diréktori Vsenarodnoi Biblioteki Ukraíni (20-30-ti rr.)», *Z Arjíviv VUChK, GPU, NKVD, KGB*, vol. 2/4 (13/15) (2000), pp. 179-206. <<

[42] O. Rublov y O. V. Yurkova, «Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni. Viji istori (1936-2006 rr.)», ed. de V. A. Smolí, *Ukraínski Istórchni Zhurnal*, vol. 6 (2006), pp. 5-7. <<

[43] Yuri Shapoval, *Ukraína 20-50 rr. Storinki nenapísanoi istori*, Kiev, Naukova Dumka, 1993, pp. 126-131. <<

[44] S. A. Tókarev, «Represi proti vikladachiv Nizhínskoho Pedahohíchnoho Institutu v 1930-j rr.», *Z Arjíviv VUChK, GPU, NKVD, KGB*, vol. 1/2 (2013), pp. 146-169. <<

[45] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 363. <<

[46] Pauly, *Breaking the Tongue.*…, pp. 332-339. <<

[47] Martin, *The Affirmative Action Empire…*, p. 363. <<

[48] Hanna Skrípnik, *Etnohrafichni muzéi Ukraíni. Stanóvlennia i rózvitok*, Kiev, Naukova Dumka, 1989. <<

[49] Kiridón, «Ruinuvannia kútovij sporud…», pp. 91-102. <<

[50] M. M. Jolostenko, «Arkitektúrnaia rekonstrúktsia Kíeva», *Arkitektura SSSR*, vol. 12 (1934), p. 19. <<

[51] A. G. Molokin, «Proiektírovanie Pravitélstvennogo Tsentra USSR v Kieve», *Arkitektura SSSR*, vol. 9 (1935), p. 11. <<

[52] Titus D. Hewryk, *Vtrácheni arjitekturni pámiatki Kieva*, Nueva York-Kiev, Museo Ucraniano, 1991. <<

[53] *Ibid.* <<

[54] Serhi Bilokín, «Másovi teror iak zásib derzhávnoho upravlinnia v SRSR (1917-1941)», *Dzherelóznavche doslídzhennia*, vol. 2, Drogóbich, «Kolo», 2013, pp. 452-490. <<

[55] *Ibid.*, pp. 519-522. <<

[56] Shevelov, *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century.*…, pp. 154-158. <<

[57] *Ibid.*, pp. 160-167, cita en p. 167. <<

[1] Vasili Grossman, *Everything Flows*, trad. ing. de Robert y Elizabeth Chandler, Nueva York, New York Review Classic Books, 2009 [hay trad. cast. de Marta-Ingrid Rebón Rodríguez: *Todo fluye*, Barcelona, Debolsillo, 2010]. <<

[2] Bóriak, *1933*…, p. 684. <<

[3] *Ibid.*, pp. 685 y 686. <<

[4] Para centenares de ejemplos, véase Valentina Borisenko, *Svicha pámiati. Usna istoria pro henotsid ukraíntsiv u 1932-1933 rókaj*, Kiev, Stilos, 2007. Publicado también en inglés como *A Candle in Remembrance. An Oral History of the Ukrainian Genocide of 1933-1934 (Svicha Pámiati)*, trad. ing. de Mark Tarnawsky, Nueva York, Ukrainian Women's League of America, 2010. Para este capítulo se ha utilizado la versión ucraniana del libro. <<

[5] Testimonio de Olha Víktorivna Tsimbaliuk, en *Ibid.*, p. 229. <<

[6] Testimonio de Anastasía Mikoaívna Pavlenko, en *Ibid.*, pp. 130 y 131. <<

[7] Testimonio de Larisa Fiódorivna Vénzhik (de soltera Shevchuk), en *Ibid.*, pp. 137 y 138. <<

[8] Testimonio de María Petrivna Béndrik, en *Ibid.*, p. 247. <<

[9] Testimonio de Leonid Yujimóvich Vernidub, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 65. <<

[10] Testimonio de María Mirónivna Kozhedub, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 269. <<

[11] Roman Dzwonkowski y Petro Iashchuk, *Głód i represje wobec ludności polskiej na Ukrainie 1932-1947. Relacje*, Lublin, Tow. Nauk. Katolickiego Uniwersytetu Lubelskiego, 2004, p. 160. <<

[12] Testimonio de Petró Kuzmich Mostoví, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 495. <<

[13] Testimonio de Hanna Olexándrivna Maslianchuk, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 91. <<

[14] Testimonio de Paraskovia Vasílivna Kolos, en *Ibid.*, p. 268. <<

[15] Testimonio de Mikola Ivánovich Patrinchuk, en *Ibid.*, p. 114. <<

[16] Testimonio de Valentín Kochno, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 119 y 120. <<

[17] Testimonio de Hanna Omeliánivna Fláshkina, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 237. <<

[18] Testimonio de Anastasía Mikolaívna Pavlenko, en *Ibid.*, p. 130 <<

[19] Testimonio de Natalia Stepánivna Kúzhel, in *Ibid.*, p. 269. <<

[20] Testimonio de Mijailo Pávlovich Havrilenko, en *Ibid.*, p. 208. <<

[21] Testimonio de una mujer anónima, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Report to Congress*, informe incorporado por la Comisión el 19 de abril de 1988, Washington, D.C., Oficina de Publicaciones del Gobierno de Estados Unidos, 1988, pp. 341, 342 y 346. <<

[22] Testimonio de Mikola Petróvich Jmélnik, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 98. <<

[23] Testimonio de Tetiana Timofíivna Kotenko, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 1, p. 645. <<

[24] Testimonio de Halina Hrihórivna Kovtun, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 257. <<

[25] Testimonio de Hanna Yákivna Onoda, en A. V. Karás, *Svídchennia ochevídtsiv pro holod 1930-1940-j rr. na Sivershchini*, Hlújiv, RVV HDPU, 2008, p. 49. <<

[26] Lev Kópelev, «Interview with Lev Kopelev», Colección Harvest of Despair, extraído de los archivos del titular de los derechos de autor, UCRDC, 1981. <<

[27] Testimonio de Hanna Seménivna Sujenko, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 149. <<

[28] Testimonio de Íhor Vasíliovich Buhaiévich, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, pp. 454-457. <<

[29] Testimonio de Halina Omélchenko, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pamiati zhertv Holodomoru.…*, p. 87. <<

[30] Testimonio de Mikola Mílov, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 3, pp. 129 y 130. <<

[31] RGASPI 81/3/215 (1932), pp. 1-24, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 497. <<

[32] Testimonio de Pavló Ivánovich Silka, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 492. <<

[33] Testimonio de Katerina Stepánivna Tsókol, en *Ibid.*, p. 63. <<

[34] Testimonio de Lidia Vasílivna Poltavets, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 2, pp. 215 y 216. <<

[35] Daria Mattingly, «Idle, Drunk and Good-for-Nothing. The Cultural Memory of Holodomor Rank-and-File Perpetrators», en Anna Wylegała y Małgorzata Głowacka-Grajper, eds., *The Burden of Memory. History, Memory and Identity in Contemporary Ukraine*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 2017. <<

[36] Testimonio de Petró Serhíovich Voitiuk, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, p. 96. <<

[37] Testimonio de Volodímir Ivánovich Teslia, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, pp. 665-667. <<

[38] Testimonio de una mujer anónima, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 127. <<

[39] Kópelev, *The Education of a True Believer*, p. 233. <<

[40] Testimonio de Iván Leonídovich Prímak, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 99. <<

[41] Testimonio de una mujer anónima, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 66. <<

[42] Pidhaini, ed., *The Black Deeds of the Kremlin…*, vol. 1, p. 201 [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin*…]. <<

[43] Testimonio de Iván J. Danilenko, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 77. <<

[44] Testimonio de Hrihori Antonóvich Haráshchenko, en Borisenko, *Svicha pámiati…*, pp. 178 y 179. <<

[45] Testimonio de Anna Pilipiuk, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 111 y 112. <<

[46] Kostiantín Mochulski, «I Was Eight Years Old», trad. ing. de Olynyk para el Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor, original disponible en Kostiantín Mochulski, «Meni bulo visim lit», *Krimska svitlitsia*, vol. 12, (Simferópol, 21 de marzo de 2003), p. 6. <<

[47] Testimonio de Anastasía J., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 158. <<

[48] Testimonio de Várvara Sviridivna Moroz, en Karás, *Svídchennia ochévidtsiv…*, p. 51. <<

[49] Testimonio de Hnat Fedoróvich Mironiuk, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 64. <<

[50] Testimonio de Iván Tarasiuk, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, p. 656. <<

[51] Testimonio de Mijailo Olexándrovich Balanovski, en *Ibid.*, vol. 1, pp. 95-99. <<

[52] Testimonio de Hrihori Moroz, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.*…, pp. 74 y 75. <<

[53] Testimonio de Hanna Andríivna Talanchuk, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 2, p. 184. <<

[54] Bóriak, *1933*…, pp. 682-684. <<

[55] Tamara Démchenko, «Svídchennia pro Holodomor iak dzhereló vívchennia fenómenu stalinskij aktivístiv», en *Problemi istori Ukraíni. Fakti súdzhennia, póshuki. Mizhvídomchi zbírnik naukovij prats*, vol. 19, n.º 2 (2010), Kiev, Naukova Dumka, pp. 71-81. <<

[56] Viola, *The Best Sons of the Fatherland.…*, pp. 206-209. <<

[57] RGASPI 81/3/215 (1932), pp. 1-24, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 504 y 505. <<

[58] Mattingly, «Idle, Drunk and Good-for-Nothing…». <<

[59] Testimonio de María N., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 152-154. <<

[60] Víktor Krávchenko, *I Chose Freedom. The Personal and Political Life of a Soviet Official*, trad. ing. de Rhett R. Ludwikowski, Londres, Robert Hale, 1946, p. 75 [hay trad. cast.: *Yo escogí la libertad. Vida íntima y política de un funcionario soviético fugado de la embajada de la URSS en Washington*, Madrid, Ciudadela Libros, 2008]. <<

[61] *Ibid.*, p. 92. <<

[62] *Ibid.*, p. 91. <<

[63] *Ibid.*, pp. 63 y 74. <<

[64] Kópelev, *The Education of a True Believer*, p. 235. <<

[65] Georges Simenon, «Peuples qui ont faim», en *Mes apprentissages. Reportages 1931-1946*, ed. de Francis Lacassin, París, Omnibus, 2001, pp. 903 y 904. <<

[66] Andréi Platónovich Platónov, *Fourteen Little Red Huts and Other Plays*, trad. ing. de Robert Chandler, Jesse Irwin y Susan Larsen, Nueva York, Columbia University Press, 2016, p. 104. <<

[67] Lev Kópelev, entrevista del Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación. <<

[68] *Ibid*. <<

[69] Mattingly, «Idle, Drunk and Good-for-Nothing…». <<

[70] Testimonio de Halina B., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 125. <<

[71] Kópelev, *The Education of a True Believer*, p. 245. <<

[72] Testimonio de Vasil Onufrienko, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 91. <<

[73] Valeri Vasíliev y Yuri Shapoval, *Komandiri velíkoho hólodu. Poízdki V. Mólotova i L. Kahanóvicha v Ukraínu ta Pivnichni Kavkaz, 1932-1933 rr.*, Kiev, Heneza, 2001, p. 317. <<

[74] Testimonio de Mikola Hrihoróvich Musichuk, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, p. 76. <<

[75] Mattingly, «Idle, Drunk and Good-for-Nothing…». <<

[76] Testimonio de Vira Kárpivna Kirichenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 7, p. 180. <<

[77] Bóriak, *1933*…, pp. 185, 229, 387 y 605. <<

[78] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, pp. 170 y 171. <<

[79] Mattingly, «Idle, Drunk and Good-for-Nothing…». <<

[80] Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales…», pp. 442 y 443. <<

[81] DAZhO (Zhitómir) F. R-1520/4828 (1931), pp. 9-16. <<

[82] Testimonio de Marina Matvíivna Korobska, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 110. <<

[83] TsDAHOU 1/20/5394 (1932), p. 3.542, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 441. <<

[84] RGASPI 17/42/81 (1932), pp. 103-105, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, pp. 640-642. <<

[85] Testimonio de Katerina Yelizárivna Yaroshenko, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, pp. 881 y 882. <<

[86] Testimonio de Natalia Arsentíivna Talanchuk, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 3, p. 61. <<

[87] Testimonio de Pavló Kostenko, en *Ibid.*, vol. 5, p. 181. <<

[88] Testimonio del padre Timofí Minenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 3, p. 145. <<

[89] Mattingly, «Idle, Drunk and Good-for-Nothing…». <<

[90] Testimonio de Vasil Vasílovich Bashtanenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 138. <<

[91] TsDAHOU 1/6/238/32-6, en M. M. Starovóitov y V. V. Mijailichenko, *Holodomor na Luhánshchini 1932-1933 rr. Naukovo-dokumentalne vidannia*, Kiev, Stilos, 2008, pp. 65-68. <<

[92] Plokhii, *Unmaking Imperial Russia.*…, pp. 269 y 270. <<

[93] Todo el material sobre el caso Richitski procede de Kokin *et al.*, eds., *Partino-Radianske kerivnitstvo USRR pid chas Holodomoru.…*, pp. 289-444, y de los mismos autores, «Dokumenti órhaniv VKP(b) ta DPU USRR pro nastroi i modeli povedinki partino-radiánskij pratsívnikiv u respúblitsi, 1932-1933 rr.», *Z Arjíviv VUChK, GPU, NKVD, KGB*, vol. 1-2, n.º 40-41 (2013), pp. 392-400. <<

[94] RGASPI 81/3/215 (1932), pp. 1-24, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 504 y 505. <<

[95] S. A. Kokin, Valeri Vasíliev y Nicolas Werth, eds., «Dokumenti órhaniv VKP(b)…, p. 392. <<

[1] Testimonio de María Hnátivna Dziuba, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 262. <<

[2] Citado en Conquest, *The Harvest of Sorrow*…, p. 143. <<

[3] Testimonio de María Andrónivna Zapasko-Primak, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, pp. 354-345. <<

[4] Testimonio de Tetiana Pavlichka, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 75. <<

[5] Testimonio de Mikola Stepánovich Pud, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 567 y 568. <<

[6] Testimonio de Hanna Stepánivna Yúrchenko, en *Ibid.*, p. 536. <<

[7] Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 115. <<

[8] Testimonio de Anastasía Maxímivna Kucheruk, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 148. <<

[9] Borisenko, *A Candle in Remembrance…*, p. 47. <<

[10] Testimonio de Volodímir Fedoróvich Zadvorni, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 164. <<

[11] Testimonio de Nadía Yósipivna Malishko (de soltera Solníchenko), en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.*…, vol. 1, p. 27. <<

[12] Testimonio de Hlafira Pávlivna Ivánova, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y V. Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru…*, p. 97. <<

[13] Testimonio de Anastasía Maxímivna Kucheruk, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 149. <<

[14] *Ibid.*, p. 148. <<

[15] Testimonio de Nina Iványivna Marúsik, en *Ibid.*, p. 157. <<

[16] Pidhaini, ed., *The Black Deeds of the Kremlin…*, vol. 1, p. 303 [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin*…]. <<

[17] Testimonio de Volodímir Pávlovich Slípchenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 88. <<

[18] Testimonio de Olexij Keis, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Segond Interim Report*, p. 22. <<

[19] Testimonio de Hrihori Fedoróvich Simiá, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 510 y 511. <<

[20] Testimonio de Olexánder Honcharenko, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Segond Interim Report*, pp. 333 y 334. <<

[21] Testimonio de Dmitró Zajárovich Kalénik, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 31. <<

[22] Pidhaini, ed., *The Black Deeds of the Kremlin.*…, vol. 1, p. 305. [Hay trad. cast.: *Las negras acciones del Kremlin*… <<

[23] Testimonio de Petró Kirílovich Boichuk, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 95. <<

[24] Pitirim Sorokin, *Hunger as a Factor in Human Affairs*, Gainesville (Florida), University of Florida Press, 1975, p. 73. <<

[25] Testimonio de Mikola Iványovich Opanásenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 526. <<

[26] Testimonio de Olexi Yúriovich Kurinní y Oxana Yujímivna Hrihorenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 2, p. 200. <<

[27] Del diario de Olexandra Rádchenko, en Pirih, ed., *Holodomor.*…, p. 1.013. <<

[28] Testimonio de Nadía Dmítrivna Lutsíshina, en Borisenko, *A Candle in Remembrance…*, p. 88. <<

[29] Testimonio de Yarina Vasylivna Kaznadzéi, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 6, p. 160. <<

[30] Testimonio de Antón Tijonóvich Bredún, en ibid. vol. 1, p. 88. <<

[31] Testimonio de Halina Spiridónivna Mashintseva, en *Ibid.*, vol. 1, pp. 117 y 118. <<

[32] Testimonio de Uliana Filimónivna Litvín, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 98. <<

[33] Dolot, *Execution by Hunger*…, p. 92. <<

[34] Testimonio de Yarina Petrivna Mítsik, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 299. <<

[35] Testimonio de María Mikolaívna Doronenko (de soltera Puntus), en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.*…, vol. 1, p. 27. <<

[36] Athanasius D. McVay y Lubomyr Y. Luciuk, eds., *The Holy See and the Holodomor. Documents from the Secret Vatican Archives on the Great Famine of 1932-1933 in Soviet Ukraine*, Toronto, The Kashtan Press, 2011, p. 5. <<

[37] Esta conclusión es de Dariusz Stola. Citado en Anne Applebaum, *Iron Curtain. The Crushing of Eastern Europe, 1944-1956*, Nueva York y Londres, Doubleday y Allen Lane, 2012, p. 141 [hay trad. cast. de Silvia Pons Pradilla: *El Telón de Acero. La destrucción de Europa del Este, 1944-1956*, Barcelona, Debate, 2014]. <<

[38] Pidhaini, ed., *The Black Deeds of the Kremlin…*, vol. 1, p. 284 [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin*…]. <<

[39] Testimonio de Anastasía J., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 156 y 157. <<

[40] *Ibid.* <<

[41] Testimonio de Olexandra Fedótivna Molchánova, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 91. <<

[42] N. R. Romanets, «Borotba z samosúdami v Ukraínskomu selí, 1933-1935 rr.», *Naukovi Pratsi Istoríchnoho Fakultetu Zaporískoho Natsionálnoho Universitetu*, n.º XXIX (2010), p. 186. <<

[43] Testimonio de Íhor Vasíliovich Buhaiévich, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 455 y 456. <<

[44] Romanets, «Borotba z samosúdami v Ukraínskomu selí…», p. 186, citando DADO 1520/3/36/ (1933), pp. 674 y 1.127, y TsDAHOU 1/20/ 6395 (1933), p. 107. <<

[45] *Ibid.*, pp. 186 y 187. <<

[46] Testimonio de Motrona Andríivna Krasnoshchok, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 6, pp. 284 y 285. <<

[47] Iván Brinza, «I Was Dying amidst Fields of Grain», en *Zlochin*, ed. de Petro Kardash, Melbourne y Kiev, Vid-vo Fortuna, 2003, trad. ing. de Olynyk para el Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor. <<

[48] Del diario de O. Rádchenko, en Pirih, ed., *Holodomor…*, p. 1.125. <<

[49] Testimonio de Motrona Andríivna Krasnoshchok, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 6, pp. 284 y 285. <<

[50] Testimonio de Maxim Petróvich Bózhik, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 126. <<

[51] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 146-148, en Pirih, ed., *Holodomor.*…, p. 750. <<

[52] Testimonio de Olexi Semenóvich Litvinski, en Borisenko, *A Candle in Remembrance…*, pp. 148 y 149. <<

[53] Testimonio de Hanna Olexándrivna Tsivka, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 116. <<

[54] Testimonio de Mikola Lavréntiovich Basha, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, p. 30. <<

[55] Testimonio de Stephen C., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 126 y 127. <<

[56] Romanets, «Borotba z samosúdami v Ukraínskomu selí…», p. 188, citando DADO 19/1/1494 (1933), p. 109. <<

[57] Testimonio de Mikola Iványovich Opanásenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 526. <<

[58] Romanets, «Borotba z samosúdami v Ukraínskomu selí…», p. 189, citando DADO 1520/3/37 (1933), p. 104. <<

[59] *Ibid.*, p. 190, citando DADO 1520/3/35 (1933), p. 4, TsDAHOU 1/20/6580 (1934), p. 107, y TsDAHOU 1/20/6777 (1935), p. 113. <<

[60] Testimonio de Marfa Pávlivna Honcharuk, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 29. <<

[61] Testimonio de Olha Kocherkévich, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.*…, vol. 1, pp. 651 y 652. <<

[62] Testimonio de Mikola Romanóvich Proskóvchenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 3, p. 128. <<

[63] Diario de O. Rádchenko, en Bohdan Klid y Alexander J. Motyl, *The Holodomor Reader. Sourcebook on the Famine of 1932-1933 in Ukraine*, Toronto, Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 2012, p. 182. <<

[64] Testimonio de Halina Kirílivna Budántseva (de soltera Piven), en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, p. 485. <<

[65] Petró Hrihorenko, entrevista de Slavko Nóvitski, UCRDC. <<

[66] Grossman, *Everything Flows*, p. 136 [Hay trad esp. de Marta-Ingrid Rebón Rodríguez: *Todo Fluye*…]. <<

[67] HDA SBU 65/6352/1 (1932), pp. 444-446, en Danilenko *et al.*, eds., *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni za dokuméntami HDA SBU.*…, p. 283. <<

[68] TsDAHOU 1/20/6276 (1933), pp. 55-60, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 888. <<

[69] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, pp. 296-300. <<

[70] Testimonio de Katerina Románivna Márchenko, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, pp. 11 y 12. <<

[71] Testimonio de María Iványivna Kornichuk, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, p. 490. <<

[72] «Schedule A, vol. 36, Case 333/(NY) 1582 (interviewer J. F., Type A4). Male, 29, Ukrainian, Student and Worker», 1-8 de julio de 1951, Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 25. <<

[73] Testimonio de Vasil Yósipovich Huzenko, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, pp. 54 y 55. <<

[74] Testimonio de Anna S., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, pp. 26 y 27. <<

[75] Testimonio de Mikola Yákovich Kovtun, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, p. 313. <<

[76] Testimonio de Paráskeva Serhivna Pidlubna, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 186. <<

[77] Testimonio de Tetiana Pavlichka, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 75 y 76. <<

[78] Testimonio de M. Barkov, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 1, p. 108. <<

[79] Testimonio de Larisa Vasílivna Vasílchenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, pp. 477 y 478. <<

[80] Testimonio de Olexánder Honcharenko, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, pp. 332 y 333. <<

[81] Testimonio de Petró Kuzmich Mostoví, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 495. <<

[82] Noll, *Transformatsia hromadiánskoho suspilstva.*…, p. 183. <<

[83] Oleg Bazhán y Vadim Zolotariov, «Konvéier Smerti v chasi “Velíkoho Teroru v Ukraíni. Tejnologuia rózstriliv, vikonavtsi, mistia pójovan”», *Kraieznavstvo*, vol. 1 (2014), p. 192. <<

[84] *Ibid.*, pp. 193 y 194. <<

[85] Testimonio de Várvara Dibert, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, p. 73. <<

[86] Testimonio de Leonid A., en *Ibid*., pp. 132 y 133. <<

[87] Testimonio de una mujer anónima, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 508. <<

[88] Testimonio de Mikola Yákovich Pishi, en *Ibid.*, p. 266. <<

[89] Testimonio de Larisa Dónchuk, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, p. 138. <<

[90] Testimonio de Olexandra Mijaílivna Krikún (de soltera Reznichenko), en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, p. 524. <<

[91] Testimonio de Iván Pávlovich Vasianóvich, en *Ibid.*, pp. 551-553. <<

[92] Testimonio de Vira Prokópivna Kadiuk, en *Ibid*.., p. 346. <<

[93] Daria Mattingly, «Oral History Project of the School Students of Tororyshche», 2007, procedente de su colección privada. <<

[94] «Schedule A, vol. 36, Case 333», Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 25. <<

[95] Testimonio de Liuba Ariónivna, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 280. <<

[96] Testimonio de María Yevlampíivna Petrenko, in Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 2, p. 187. <<

[97] Testimonio de Stephen C., en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 126 y 127. <<

[98] Testimonio de Denís Mikítovich Lébid, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 306. <<

[99] Testimonio de Fédir Dmítrovich Zavadski, en *Ibid.*, p. 268. <<

[100] Véanse testimonios de *Ibid.*, pp. 98, 327-329, 335 y 340, y Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 1, pp. 401, 427 y 454. <<

[101] Testimonio de Anna Pilipiuk, en Congreso de Estados Unidos, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. First Interim Report*, pp. 111 y 112. <<

[102] Esta es una carta a Kosior y Kaganóvich. TsDAHOU 1/20/6276 (1933), pp. 55-60, en Pirih, ed., *Holodomor.*…, p. 888. <<

[103] Karel Berkhoff, «The Great Famine in Light of the German Invasion and Occupation», en Graziosi, Hyrn y Hajda, eds., *After the Holodomor* … <<

[104] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 185-190, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 763. <<

[105] Testimonio de Larisa Fiódorivna Vénzhik, en Borisenko, *A Candle in Remembrance…*, pp. 138 y 139. <<

[106] Testimonio de María Pávlivna Davidenko, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, p. 9. <<

[107] Testimonio de Yarina, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, p. 69. <<

[108] Testimonio de Mikola Olexiovich Moskalenko, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, p. 56. <<

[109] Andrea Graziosi, *Listi z Járkiva. Hólod v Ukraíni ta na Pivníchnomu Kavkazi v povidómlenniaj italiskij diplomátiv 1932-1933 roki*, Járkiv, Folio, 2007, pp. 125-127. <<

[110] Nicolas Werth, «Keynote Address for the Holodomor Conference, Harvard Ukrainian Research Institute, 17-18 November 2008», en Graziosi, Hryn y Hajda, eds., *After the Holodomor*…, p. XXXIV. <<

[111] TsDAHOU 1/20/6275 (1933), pp. 124-131, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y V. I. Uliáchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Kíivska óblast*, Bila Tserkva, Bukva, 2008, p. 1.291. <<

[112] DADO 1520/3/9 (1933), p. 431, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y E. I. Borodín *et al.*, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Dnipropetrovska óblast*, Dnipropetrovsk, ART-PRES, 2008, p. 1.111. <<

[113] DADO 710/2/2 (1933), pp. 18 y 19, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y T. T. Dmítrenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Kirovohradska óblast*, Kirovohrad, TOV «Imeks LTD», 2008, pp. 853 y 854. <<

[114] Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y F. H. Túrchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru 1932-1933 rókiv v Ukraíni. Zaporizka óblast*, Zaporizhia, Dyke Pole, 2008, p. 777. <<

[115] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 146-148, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 750 y 751. <<

[116] TsDAHOU 1/20/6276 (1933), pp. 39-46, en *Ibid.*, p. 877. <<

[117] Derzhavni Arjiv Donetskoi Óblasti 326/1/130 (1933), p. 47, en *Ibid.*, pp. 822 y 823. <<

[118] Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger.*…, p. 422. <<

[119] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 185-190, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Uliáchenko, eds., *Natsionalna Kniha pámiati zhertv Holodomoru. Kíivska óblast*, p. 1.287. <<

[120] HDA SBU, 6/75501-fp. <<

[121] Entrevista a Olga Mane, HREC/UCRDC (Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación). <<

[122] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 95-99, en *Ibid.*, p. 1.284. <<

[123] Romanets, «Borotba z samosúdami v Ukraínskomu selí…», p. 190. <<

[1] Testimonio de Hrihori Ivánovich Mazurenko, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 165. <<

[2] Testimonio de Vira Mijailivna Tíshckenko, en *Ibid.*, p. 147. <<

[3] Testimonio de Todós Jómovich Hodún, en *Ibid.* p. 231. <<

[4] Carta de Jomá Riabokón, en D. F. Solovéi, *Skazati pravdu. Tri pratsi pro Holodomor 1932-1933 rr.*, Kiev-Poltava, Institut Istori Ukraíni NAN Ukraíni, 2005, p. 77. <<

[5] Véanse, por ejemplo, el testimonio de Iván Olexíovich Maxímenko, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv.*…, pp. 32 y 33; el testimonio de María Andríivna Olínik (de soltera Liajimets), en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.*…, vol. 1, pp. 108 y 109; el testimonio de Nadía Dmítrivna Lutsíshina y el de Larisa Fiódorivna Venzhuk (de soltera Shevchuk), en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, pp. 88 y 137-141, y el testimonio de Iván Pávlovich Vasianóvich, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.*…, pp. 552 y 553. Como referencia general, véase también Olexa Ríznikiv, *Idlo 33-ho. Slóvnik holodomoru*, Odesa, Yuridichna Literatura, 2003. <<

[6] Testimonio de María Pávlivna Davidenko, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, p. 10. <<

[7] Véase el testimonio de Olexandra Vasílivna Sikal, en *Ibid.*, p. 35, y también el de Lida Olexándrivna Kolomiets y el de Mikola Mijailovich Ostroverj, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, pp. 99 y 222. <<

[8] Testimonio de Nadía Dmítrivna Lutsíshina, en *Ibid.*, p. 99. <<

[9] Testimonio de Mikola Demídovich Fenenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 542. <<

[10] Testimonio de María Vasílivna Pijtina, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 189. <<

[11] Testimonio de Halina Spiridónivna Mashintseva, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, pp. 117 y 118. <<

[12] Testimonio de Petró Kuzmich Mostoví, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 495. <<

[13] Testimonio de María Seménivna Pata, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, p. 6. <<

[14] Testimonio de Vira Ilivna Petuj, en *Ibid.*, p. 52. <<

[15] Testimonio de Nadia Zajárivna Ovcharuk, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 103. <<

[16] Testimonio de Xenia Afanasíivna Maliar, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, pp. 56 y 57. <<

[17] Testimonio de Oxana Andríivna Zhihadno, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 151. <<

[18] *Ibid.*, p. 152. <<

[19] TsDAHOU 1/20/6274 (1933), pp. 149-158, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 156-159. <<

[20] Testimonio de Katerina Prokópivna Butkó, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 143. <<

[21] Testimonio de Mikola Hrihoróvich Sobrach, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, pp. 28-30. <<

[22] Testimonio de Liubov Andríivna Orliuk, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 158. <<

[23] Testimonio de Petró Kuzmich Mostoví, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 495. <<

[24] Testimonio de Hnat Fedoróvich Mironiuk, en Ukraínski Institut natsionalnoi pámiati y Yúshchenko, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru.…*, p. 64. <<

[25] Testimonio de María Seménivna Pata, en Karás, *Svídchennia ochevídtsiv…*, pp. 10 y 11. <<

[26] Testimonio de Sofía Yákivna Zalivcha, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 472. <<

[27] Testimonio de Dmitró Dmítruk y Mikola Shvedchenko, en Oksana Kis, «Defying Death: Women's Experience of the Holodomor, 1932-1933», *Aspasia*, vol. 7 (2013), p. 54. <<

[28] Testimonio de Anatoli Stepánovich Bakái, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 484 y 485. <<

[29] Testimonio de María Terénivna Hávrish, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, pp. 80 y 81. <<

[30] Arthur Koestler, *The Invisible Writing. An Autobiography*, Nueva York, Macmillan, 1954, pp. 55 y 56 [hay trad. cast.: *Autobiografía. La escritura invisible*, vol. 2, Madrid, Debate, 2000]. <<

[31] Oleh Wolowyna *et al.*, «Regional Variations of 1932-1934 Famine Losses in Ukraine», *Canadian Studies in Population*, vol. 43, n.º 3-4 (2016), pp. 175-202. <<

[32] Marco Carynnyk, Bohdan S. Kordan y Lubomyr Y. Luciuk, eds., *The Foreign Office and the Famine. British Documents on Ukraine and the Great Famine of 1932-1933*, Kingston (Ontario), Limestone Press, 1988, pp. 104-165. <<

[33] *Ibid*. <<

[34] Entrevista a Peter Egides, realizada por Marco Carynnyk en Toronto en noviembre de 1981. Procedente de los archivos del Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación (Toronto). <<

[35] HDA SBU 6/68805-FP, vols. 6 y 8, citados en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 607. <<

[36] Carynnyk *et al.*, eds., *The Foreign Office and the Famine.…*, p. 107. <<

[37] Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 608. <<

[38] *Ibid.*, p. 609. <<

[39] Timothy Snyder, *Black Earth. The Holocaust as History and Warning*, Nueva York, Tim Duggan Books, 2015, p. 249 [hay trad. cast. de Paula Aguiriano Aizpurua: *Tierra negra. El Holocausto como historia y advertencia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015]. <<

[40] Petró Shélest, *Spravzhni sud istori shche popéredu. Spóhadi, shchodéniki, dokumenti, materiali*, ed. de V. Barán, O. Mandebura, Yu. Shapoval y H. Yudínkova, Kiev, Heneza, 2004, pp. 64 y 65. <<

[41] Testimonio de Yelizaveta Petrivna Rádchenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 492. <<

[42] Testimonio de Kilina Vasílivna Dikún, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost…*, vol. 1, p. 90. <<

[43] Testimonio de Nadía Yósipivna Malishko (Solníchenko), en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 1, p. 27. <<

[44] Testimonio de Várvara Stepánivna Horbán, en *Ibid.*, vol. 1, pp. 29 y 30. <<

[45] Kis, «Defying Death…», p. 55. <<

[46] Testimonio de Halina Pávlivna Timoshchuk, en Borisenko, *A Candle in Remembrance.*…, p. 96. <<

[47] DAVO 136/3/74 (1933), p. 4, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y V. P. Latsiba, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru. Vínnitska óblast*, Vínnitsia, DP «DFK», 2008, p. 1.191. <<

[48] Testimonio de Stepán Jaritónovich Vasiuta, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 465 y 466. <<

[49] Testimonio de María Iványivna Kornichuk, en *Ibid.*, pp. 489 y 490. <<

[50] TsDAHOU 1/20/6277 (1933), pp. 233-235, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 798-780. <<

[51] TsDAHOU 1/20/6275 (1933), pp. 182-186, en *Ibid.*, pp. 833-835. <<

[52] *Ibid.* <<

[53] DAVO 136/3/71 (1933), pp. 127-129, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y Latsiba, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru*…, p. 1.245. <<

[54] DAJO, 104/1/123 (1933), p. 2, en Ukraínski Institut Natsionalnoi Pámiati y S. H. Vodotika, eds., *Natsionalna kniha pámiati zhertv Holodomoru. Jersonska ó blast*, ed. de I. P. Yujnovski *et al.*, Jersón, Vidavnitstvo «Naddniprianska pravda», 2008, p. 527. <<

[55] DAJO, 116/1/141 (1933), pp. 19-22, en *Ibid.* <<

[56] DAJO P-1962/1/973 (1933), p. 9, en Pirih, ed., *Holodomor…*, pp. 841 y 842. <<

[57] Drázhevska Liubov, «Interview with Drazhevska Liubov», entrevista realizada el 22 de julio de 1983 en Nueva York, por Sviatoslav Novitski, UCRDC. <<

[58] RGASPI 17/162/14 (1932), p. 17, en Pirih, ed., *Holodomor…*, p. 412; Graziosi, *Listi z Járkiva.…*, pp. 128-130. <<

[59] Osokina, *Zóloto dlia industrializatsi…*, p. 96. <<

[60] *Ibid.*, p. 227. <<

[61] Lubomyr Y. Luciuk, ed., *Tell Them We Are Starving. The 1933 Diaries of Gareth Jones*, Kingston (Ontario), Kashtan Press, 2015, p. 103. <<

[62] Malcolm Muggeridge, *Winter in Moscow*, Boston (Massachusetts), Little Brown, 1934, p. 146. <<

[63] Bulgákov, *The Master and Margarita*, pp. 391 y 392 [hay trad. cast.de Amaya Lacasa: *El maestro y Margarita*, Barcelona, Debolsillo, 2014]. <<

[64] Osokina, *Zóloto dlia industrializatsi.*…, pp. 250, 251, 255 y 293. <<

[65] Testimonio de Vira Yósipivna Kapinis, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 7, p. 193. <<

[66] Testimonio de Iván Yákovich Jomenko, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, p. 746. <<

[67] Testimonio de Nadía Ilivna Babenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 558 y 559. <<

[68] Testimonio de Iván Kirílovich Klimenko, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost…*, vol. 6, pp. 142-145. <<

[69] Testimonio de Hrihori Fedoróvich Simiá, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 510 y 511. <<

[70] Tetiana Yevsieieva, «The Activities of Ukraine's Union of Militant Atheists during the Period of All-Out Collectivization, 1929-1933», trad. ing. de Olynyk, *Key Articles…* <<

[71] Osokina, *Zóloto dlia industrializatsi…*, pp. 151-153. <<

[72] *Ibid.*, pp. 162 y 163. <<

[73] Diario de O. Rádchenko, en Klid y Motyl, *The Holodomor Reader*…, p. 182. <<

[74] HDA SBU 13/40/— (1932), pp. 167-173, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 91. <<

[75] Testimonio de Íhor Vasíliovich Buhaiévich, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, p. 454. <<

[76] Testimonio de Hrihori Pávlovich Navikov, en *Ibid.*, p. 530. <<

[77] «Schedule A, vol. 32, Case 91/(NY) 1124 (interviewer M. S., Type A4). Female, 56, Great Russian, Stenographer», 1-3 de junio de 1951, Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 65. <<

[78] Testimonio de Pavló Feodósiovich Chorni, en Mítsik *et al.*, *Ukraínski holokost.*…, vol. 1, p. 92. <<

[79] «Schedule A, vol. 36, Case 333 (NY) 1582 (interviewer J. F., type A4). Male, 29, Ukrainian, student and worker», Proyecto de Harvard sobre el Sistema Social Soviético, Departamento Eslavo, Biblioteca Widener, Universidad de Harvard, p. 26. Para más información, véase <**https://iiif.lib.harvard.edu/manifests/view/drs:5608007$1i**>. <<

[80] Kis, «Defying Death…», p. 53. <<

[1] Mykola Rudenko, «The Cross», trad. ing. de Marco Carynnyk, en Wasyl Hryshko, *The Ukrainian Holocaust of 1933*, Toronto, Bahriany Foundation, 1983, pp. 135 y 136. <<

[2] El proyecto de investigación de Oleh Wolowyna sobre las características y las consecuencias demográficas de la hambruna de 1932 y 1933 en la Unión Soviética, sobre todo en Ucrania y Rusia, ha sido financiado por el Instituto de Demografía e Investigación Social de la Academia Nacional de Ciencias de Ucrania y el Instituto de Investigación Ucraniana de Harvard, con una beca de la Fundación Fulbright. <<

[3] La cita es de Oleh Wolowyna, carta a la autora, 29 de abril de 2017. <<

[4] Omelian Rudnytskyi, Nataliia Levchuk, Oleh Wolowyna, Pavlo Shevchuk y Alla Kovbasiuk, «Demography of a Man-Made Human Catastrophe. The Case of Massive Famine in Ukraine, 1932-1933», *Canadian Studies in Population*, vol. 42, n.º 1-2 (2015), pp. 53-80. <<

[5] Wolowyna *et al.*, «Regional Variations of 1932-1934 Famine Losses in Ukraine», pp. 175-202. <<

[6] Rudnytskyi *et al.*, «Demography of a Man-Made Human Catastrophe…», p. 65. <<

[7] Oleh Wolowyna, «Monthly Distribution of 1933 Famine Losses in Ukraine and Russia at the Regional Level», artículo inédito. <<

[8] HDA SBU 13/—/23 (1933), pp. 237-247, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, pp. 495-500. <<

[9] Wolowyna *et al.*, «Regional Variations of 1932-1934 Famine Losses in Ukraine», p. 187. <<

[10] Serhii Plokhii, «Mapping the Great Famine», *MAPA. Digital Atlas of Ukraine*, Harvard Ukrainian Research Institute, pp. 5-7, <**http://gis.huri.harvard.edu/images/pdf/MappingGreatUkrainianFamine**. (consultado en 2017). <<

[11] Wolowyna *et al.*, «Regional Variations of 1932-1934 Famine Losses in Ukraine», p. 188; Plokhii, «Mapping the Great Famine», p. 19. <<

[12] Andrea Graziosi, «The Impact of Holodomor Studies on the Understanding of the USSR», en Frank S. Sysyn y Andrij Makuch, eds., *Contextualizing the Holodomor. The Impact of Thirty Years of Ukrainian Famine Studies*, Edmonton (Alberta), Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos, 2015, p. 52. <<

[13] Plokhii, «Mapping the Great Famine», pp. 16-19. <<

[14] TsDAHOU 1/20/6278/20, en Pirih, ed., *Holodomor*…, p. 852. <<

[15] Kulchitski, «Comments at UNAS…» <<

[16] RGASPI 17/163/981/229-238, en Danílov *et al.*, eds., *Traguedia sovietskoi derevni…*, pp. 952-957. <<

[17] Valeri Vasíliev, «Osoblívosti polítiki kerivnitstva VKP(b) u sílskomu hospodarstvi URSR (Kinets 1933-1934 rr.)», *Ukraínski Selianin. Pratsi Naukovo-doslídnoho Institutu Selianstva*, vol. 10 (2006), pp. 342-348. <<

[18] Yefímenko y Yakubova, «Natsionalni vidnósini v radianski Ukraíni (1923-1938)», en V. M. Litvín *et al.*, eds., *Natsionalne pitannia.…*, pp. 209-227. <<

[19] Stalin, *Works*, vol. 13, pp. 268-370, citado en Klid y Motyl, *The Holodomor Reader*…, pp. 265 y 266 [hay trad. cast.: *Obras*, t. XIII, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953, disponible en <**www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm**>]. <<

[20] *Ibid.*, pp 266-268. <<

[21] Vasíliev, «Osoblívosti polítiki kerivnitstva VKP(b) u sílskomu hospodarstvi URSR…», pp. 342-348. <<

[22] *Ibid.*, pp. 342-348. <<

[23] Testimonio de Max Harmash, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, pp. 44-46. <<

[24] Testimonio de Lidia A., en *Ibid.*, pp. 140 y 141. <<

[25] H. Yefímenko, «Lijovisni 30-ti roki na Márkivshchini», en Stanislav V. Kulchtski y O. M. Veselova, eds., *Hólod-henotsid 1933 roku v Ukraíni. Istóriko politolohichni análiz sotsialno-demohrafíchnij ta moralno-psijolohíchnij náslidkiv. Mizhnarodna naukovo-teoretichna konferentsia, Kyiv, 28 listopada 1998 r. Materiali, Institut Istori Ukraíni (Natsionalna Akademia Naúk Ukraíni), Asotsiatsia doslídnikiv holodomóriv v Ukraíni*, Kiev, Vid-vo M. P. Kots, 2000, pp. 348-356. <<

[26] Nikita Serguéievich Jrushchov, *The «Secret» Speech Delivered to the Closed Session of the Twentieth Congress of the Communist Party of the Soviet Union*, ed. de la Fundación para la Paz Bertrand Russell, Nottingham, Spokesman Books for the Bertrand Russell Peace Foundation, 1976 [hay trad. cast. de Balbino Gutiérrez y Francesc Uinás: *Informe secreto sobre Stalin al XX Congreso del PCUS*, Madrid, Taller de Sociología, 1977]. <<

[27] H. Yefímenko, «Resettlements and Deportations during the Post-Holodomor Years (1933-1936). A Raion-by-Raion Breakdown», trad. ing. de Olynyk, traducción inédita del Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor, p. 16, citando RGAPSI 11/64/39 (1933). El original puede encontrarse en H. Yefímenko, «Pereselennia ta deportatsi v postholodomorni roki (1933-1936). Poraionni zriz», *Problemi Istori Ukraíni. Fakti súdzhennia, póshuki. Mizhvidomchi zbírnik naukóvij prats*, vol. 22 (2013), pp. 136-166. <<

[28] *Ibid.*, pp. 3 y 4. <<

[29] Mattingly, «Oral History Project of the School Students of Tororyshche». <<

[30] TsDAHOU, 1/20/6375/63-64. <<

[31] Yefímenko, «Lijovisni 30-ti roki na Márkivshchini», pp. 348-356. <<

[32] *Ibid.*. <<

[33] Yefímenko, «Resettlements and Deportations during the Post-Holodomor Years…», pp. 28 y 29. <<

[34] Andrea Graziosi, «“Lettres de Kharkov”. La famine en Ukraine et dans le Caucase du Nord (à travers les rapports des diplomates italiens, 1932-1934)», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, vol. 30, n.º 1 (1989), p. 70. <<

[35] Testimonio de Yákiv Petróvich Pásichnik, en Borisenko, *A Candle in Remembrance…*, p. 254. <<

[36] RGASPI 81/3/131 (1933), pp. 43-62, en Márochko y Movchán, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni…*, p. 256. <<

[37] Krawchenko, *Social Change and National Consciousness in TwentiethCentury Ukraine*, p. 146. <<

[38] Nikita Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, trad. ing. de Strobe Talbott, Boston (Massachusetts), Little, Brown, 1970, p. 108 [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano de José Luis de Liaño: *Kruschef recuerda*, Madrid, Santillana, 1970]. <<

[39] Krawchenko, *Social Change and National Consciousness in TwentiethCentury Ukraine*, p. 148. De los líderes de la época de la hambruna solo sobrevivió Petrovski, privado de sus propiedades y privilegios, y en el exilio en Moscú. <<

[40] Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 108. <<

[41] Esta es la conclusión de la tesis doctoral inédita de Daria Mattingly. <<

[42] Krawchenko, *Social Change and National Consciousness in TwentiethCentury Ukraine*, pp. 174 y 175. <<

[43] La correspondencia completa entre Shólojov y Stalin se encuentra en Yu. G. Murin, ed., *Pisátel i vozhd. Perepiska M. A. Shólojova s I. V. Stálinim 1931-1951 godi. Sbórnik dokuméntov iz líchnogo arjiva I. V. Stálina*, Moscú, Raritet, 1997. <<

[44] Stalin, *Works*, vol. 13, pp. 210-212 [hay trad. cast.: *Obras*, t. XIII, Moscú, Ediciones en Lenguas extranjeras, 1953, disponible en <**https://www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe15/index.htm**>]. <<

[1] Petro Drobylko, «The Cursed Thirties», en Pidhaini ed., *The Black Deeds of the Kremlin.*, vol. 1, p. 278. [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin.*… <<

[2] PA IIP pri TsK Komparti Ukraini 1/101/1243 (1933), pp. 159-163 y 172, en R. Ya. Pirih, ed., *Hólod 1932-1933 rókiv na Ukraíni. Ochima istórikiv, móvoiu dokuméntiv*, Kiev, Politvidav Ukraíni, 1990, pp. 441-444; no hay que confundirlo con *Holodomor 1932-1933…*, del mismo autor. <<

[3] APRF 3/40/87/52-64, citado en Kondrashin *et al.*, eds., *Gólod v SSSR*…, vol. 2, pp. 695-701. <<

[4] Testimonio de María Bondarenko, en Kovalenko y Maniak, eds. *33-i Hólod.…*, p. 90. <<

[5] Testimonio de Serhi Fedótovich Kucheriavi, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 1, p. 720. <<

[6] Testimonio de Vasil Patsiuk Babanka, en Kovalenko y Maniak, eds. *33-i Hólod.…*, p. 104. <<

[7] Testimonio de Irina Pávlivna N., en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost…*, vol. 1, p. 98. <<

[8] Testimonio de A. Butkovska, en Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Second Interim Report*, p. 25. <<

[9] Testimonio de Olexa Voropái, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 1, p. 266. <<

[10] TsDAHOU 1/20/6277 (1933), pp. 105-111, en Pirih, ed., *Holodomor*…, pp. 724 y 725. <<

[11] *Derzhavni Arjiv Odeskoi Óblasti* P-2009/1/4 (1933), pp. 91 y 92; doy las gracias a Hennadi Bóriak. <<

[12] DAJO, 3683/2/2 (1933), p. 52, en vesión online en *Holodomor 1932-1933 rr. Járkivska óblast*, <**www.golodomor.kharkov.ua/docsmod.php?docpage=1&doc=772**> (consultado en 2017). <<

[13] Anne Applebaum, «Interview with Professor Hennadii Boriak, Deputy Director, Institute of History of Ukraine, National Academy of Sciences of Ukraine», 25 de febrero de 2017. <<

[14] Testimonio de Dmitró Kovalchuk, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu…*, vol. 1, p. 590; testimonio de Volodímir Tkachenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod…*, p. 532. <<

[15] Testimonio de Stepán Podolián, en Kovalenko y Maniak, eds. *33-i Hólod*…, pp. 110 y 111. <<

[16] Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine, 1932-1933. Report to Congress*, p. 46. <<

[17] Anne Applebaum, «Interview with Andrea Graziosi», febrero de 2014. <<

[18] HDA SBU, Odesa —/66/5 (1932), pp. 2.579-2.579v, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 227. <<

[19] Catherine Merridale, «The 1937 Census and the Limits of Stalinist Rule», *The Historical Journal*, vol. 39, n.º 1 (1 de marzo de 1996), p. 226. <<

[20] *Ibid.*, p. 230. <<

[21] *Ibid.*, pp. 235-240. <<

[22] A. G. Vólkov, «Perepís naselenia SSSR 1937 goda. Istoria i material/ Express-informatsia», *Istoria Statístiki*, vol. 3-5, n.º chast II (1990), pp. 16-18. <<

[23] I. Sautin, «The National Census—a Duty of the Whole People», trad. ing. «Seventeen Moments in Soviet History, an Online Archive of Primary Sources», *Bolshevik*, vol. 23-24 (23 de diciembre de 1938), <**http://soviethistory.msu.edu/1939-2/thelost-census/the-lost-census-texts/duty-of-the-whole-people**>. <<

[24] Entrevista a Oleh Wolowyna, abril de 2016. <<

[25] Vólkov, «Perepís naselenia SSSR 1937 goda…», pp. 16-18. <<

[26] «Seventeen Moments in Soviet History, an Online Archive of Primary Sources», trad. ing., «The All-Union Census—a Most Important Government Task», *Pravda* (artículo central), 29 de noviembre de 1938, disponible en <**http://soviethistory.msu.edu/1939-2/the-lost-census/the-lost-census-texts/duty-of-the-whole-people**>. <<

[27] Mark Tolts, «The Soviet Censuses of 1937 and 1939. Some Problems of Data Evaluation», presentado en el Congreso Internacional sobre la Población Soviética en las Décadas de 1920 y 1930, Toronto, 1995, p. 4. <<

[28] *Ibid.*, pp. 9 y 10. <<

[29] Stepán Barán, «Z nashoi trahedi za Zbrúchem», *Dilo* (Leópolis), n.º 21, mayo de 1933. <<

[30] Leonard Leshuk, *Days of Famine, Nights of Terror. First-Hand Accounts of Soviet Collectivization 1928-1934*, Washington, D.C., Europa University Press, 2000, p. 121. <<

[31] Robert Kuśnierz, *Ukraina w Latach Kolektywizacji i Wielkiego Głodu (1929-1933)*, Torún, Grado, 2006, pp. 214-217. <<

[32] Testimonio de Miroslav Prokop, en Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost…*, vol. 5, pp. 107-110; Kuśnierz, *Ukraina w Latach Kolektywizacji…*, p. 215. <<

[33] Kuśnierz, *Ukraina w Latach Kolektywizacji.…*, p. 220. <<

[34] S. Sipko, «The Winnipeg Free Press and the Winnipeg Tribune. A Report for the Holodomor Research and Education Consortium», diciembre de 2013, extraído de los archivos del titular de los derechos de autor, el Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación, p. 5. <<

[35] «Policy of Soviet Regime Scored by Ukrainians Here—Responsible for Millions of Deaths from Starvation, It Is Claimed», *Winnipeg Free Press*, 8 de septiembre de 1933, p. 5. <<

[36] Kuśnierz, *Ukraina w Latach Kolektywizacji.…*, pp. 221-227. <<

[37] DATO 231/1/2067 (1933), pp. 38-41, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, pp. 504 y 505. <<

[38] McVay y Luciuk, eds., *The Holy See and the Holodomor*…, pp. IX y 5. <<

[39] «Cardinal Asks Aid in Russian Famine», *The New York Times*, 20 de agosto de 1933. <<

[40] «Ukraínski Holodomor óchima ávstritsia», Radio Svoboda, <**www.radiosvoboda.org/a/holodomor-ukraine-1933/25177046.html**> (modificado por última vez el 28 de abril de 2017; consultado en 2017). Algunas de las fotografías se publicaron en Dr. Ewald Ammende, *Muss Russland hungern? Menschen-und Völkerschicksale in der Sowjetunion*, Viena, Braumüller, 1935. El propio Wienerberger publicó unas memorias: *Hart auf Hart [Tiempos difíciles]. 15 Jahre Ingenieur in Sowjetrußland. Ein Tatsachenbericht*, Salzburgo, Pustet, 1939. <<

[41] McVay y Luciuk, eds., *The Holy See and the Holodomor…*, pp. VIII-XIV. <<

[42] Graziosi, «“Lettres de Kharkov”…», pp. 57-61. <<

[43] HDA SBU 13/1611 (1933), pp. 41-44, en Bojko y Bednarek, *Holodomor…*, p. 507. <<

[44] Gustav Hilger y Alfred G. Meyer, *The Incompatible Allies. A MemoirHistory of German-Soviet Relations, 1918-1941*, Nueva York, Macmillan, 1953, p. 256. <<

[45] Graziosi, «“Lettres de Kharkov”…», p. 7. <<

[46] Bruski, «In Search of New Sources…», pp. 222-224. <<

[47] Carynnyk *et al.*, eds., *The Foreign Office and the Famine.…*, p. 105. <<

[48] *Ibid.*, p. 135. <<

[49] *Ibid.*, pp. 329 y 397. <<

[50] Beatrice Webb y Sidney Webb, *Is Soviet Communism a New Civilisation?*, Londres, The Left Review, 1936, p. 29. <<

[51] Stanley Weintraub, «GBS and the Despots», *The Times Literary Supplement Online*, 22 de agosto de 2011, <**www.the-tls.co.uk/articles/public/george-bernard-shaw-and-the-despots/**>. <<

[52] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 430. <<

[53] Platónov, *Fourteen Little Red Huts and Other Plays*, p. 92. <<

[54] Étienne Thévenin, «France, Germany and Austria Facing the Famine of 1932-1933 in Ukraine», presentado en el panel conmemorativo de James Mace, Congreso de la Asociación Internacional de Estudios Ucranianos, Donetsk, Ucrania (6 de junio de 2005), <**www.colley.co.uk/garethjonesukraine2005/Etienne%20Thevein%20%20**
<<

[55] TsDAHOU 1/20/6204 (1933), en Márochko y Movchán, *Holodomor 1932-1933 rókiv v Ukraíni.…*, p. 257. <<

[56] Citado en Thévenin, «France, Germany and Austria…», p. 8. <<

[57] Alva Christiansen, «American Girls Seized, Expelled from Turkestan», *Chicago Daily Tribune*, 23 de enero de 1933. <<

[58] Rhea Clyman, «Writer Driven From Russia», *Toronto Evening Telegram*, 20 de septiembre de 1932. <<

[59] Rhea Clyman, «Children Lived on Grass», *Toronto Evening Telegram*, 16 de mayo de 1933. <<

[60] Lyons, *Assignment in Utopia*, pp. 573-575. <<

[61] William Henry Chamberlin, «Soviet Taboos», *Foreign Affairs*, vol. 13, n.º 3 (1935), p. 431. <<

[62] Walter Duranty, *I Write as I Please*, Nueva York, Simon and Schuster, 1935, p. 304. <<

[63] Amity Shlaes, *The Forgotten Man. A New History of the Great Depression*, Londres, Pimlico, 2009, pp. 47-84 y 133. <<

[64] Chamberlin, «Soviet Taboos», p. 433. <<

[65] Carynnyk *et al.*, eds., *The Foreign Office and the Famine.…*, p. 209. <<

[66] Chamberlin, «Soviet Taboos», pp. 432 y 433. <<

[67] Carynnyk *et al.*, eds., *The Foreign Office and the Famine.…*, pp. 202-209. <<

[68] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 574. <<

[69] Detalles biográficos procedentes de Ray Gamache, *Gareth Jones. Eyewitness to History*, Cardiff, Welsh Academic Press, 2013. <<

[70] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 575. <<

[71] El diario de Jones lo conservó su hermana en su casa de Gales, lo redescubió su sobrino-nieto, Nigel L. Colley, y fue publicado como Gareth Jones, *Tell Them We Are Starving. The 1933 Diaries of Gareth Jones*, ed. de Lubomyr Y. Luciuk, Kingston (Ontario), Kashtan Press, 2015. <<

[72] Gareth Jones, «Soviet Confiscate Part of Workers' Wages», *Daily Express*, 5 de abril de 1933, p. 8. <<

[73] Luciuk, ed., *Tell Them We Are Starving.…*, p. 131. <<

[74] *Ibid.*, pp. 184-186. <<

[75] Gareth Jones, «Fate of Thrifty in USSR. Gareth Jones Tells How Communists Seized All Land and Let Peasants Starve», *Los Angeles Examiner*, 14 de enero de 1935. <<

[76] Luciuk, ed., *Tell Them We Are Starving…*, p. 190. <<

[77] *Ibid.*, p. 204. <<

[78] Gareth Jones, «Famine Grips Russia, Millions Dying, Idle on Rise, Says Briton», *Chicago Daily News* y *Evening Post Foreign Service*, 29 de marzo de 1933, p. 1; Edgar Ansel Mowrer, «Russian Famine Now as Great as Starvation of 1921, Says Secretary of Lloyd George», *Chicago Daily News Foreign Service*, 29 de marzo de 1933, p. 2; Gamache, *Gareth Jones. Eyewitness to History*, p. 183. <<

[79] Gareth Jones, «Press Release quoted in “Famine Grips Russia, Millions Dying. Idle on Rise, Says Briton”», *Evening Post Foreign Service*, 29 de marzo de 1933. <<

[80] Nigel Linsan Colley, «“1933 Newspaper Articles”. Gareth Jones—Hero of Ukraine», <**www.garethjones.org/overview/articles1933.htm**> (consultado en 2017). <<

[81] Teresa Cherfas, «Reporting Stalin's Famine. Jones and Muggeridge. A Case Study in Forgetting and Rediscovery», *Kritika. Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 14, n.º 4 (agosto de 2013), pp. 775804. <<

[82] Lyons, *Assignment in Utopia*, pp. 572, 575 y 576. <<

[83] Walter Duranty, «Russians Hungry but not Starving», *The New York Times*, 31 de marzo de 1933. <<

[84] Margaret Siriol Colley, *Gareth Jones. A Manchukuo Incident*, Newark (New Jersey), N. L. Colley, 2001. <<

[85] Thévenin, «France, Germany and Austria…», p. 9. <<

[86] Carynnyk *et al.*, eds., *The Foreign Office and the Famine…*, pp. 329 y 297. <<

[87] Snyder, *Bloodlands.…*, p. 50. <<

[88] Sally J. Taylor, *Stalin's Apologist. Walter Duranty, The New York Times's Man in Moscow*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, p. XX. <<

[89] Aleck Woollcott, citado en Taylor, *Stalin's Apologist.*…, p. 191. <<

[1] <**http://taras-shevchenko.infolike.net/poem-calamity-again-taras-shevchenko-english-translation-by-john-weir.html**>. Publicación original en Tarás Shevchenko, *Zibrannia tvoriv*, vol. 2, Kiev, 2003, p. 303, trad. ing. de John Weir. <<

[2] Olexa Woropay, *The Ninth Circle. In Commemoration of the Victims of the Famine of 1933*, Cambridge (Massachusetts), Harvard Ukrainian Studies Fund, 1983, p. 16. <<

[3] Testimonio de Volodímir Mikoláiovich Chépur, en Veselova y Nikíliev, *Pámiat narodu.…*, vol. 2, p. 758. <<

[4] Mítsik *et al.*, eds., *Ukraínski holokost.…*, vol. 4, p. 374. <<

[5] Testimonio de Havrilo Prokopenko, en Kovalenko y Maniak, eds., *33-i Hólod.…*, pp. 196 y 197. <<

[6] Testimonio de Volodímir Samoiliuk, en *Ibid.*, pp. 95 y 96. <<

[7] Karel Berkhoff, *Harvest of Despair. Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge (Massachusetts), Belknap Press, 2004, p. 20. <<

[8] O. O. Zajárchenko, «Natsistska propahanda pro zlóchini Stálinshchini naperedodni i na pochatku Druhói Svitonói Viní», *Naukovi vísnik Mikolaívskoho Derzhávnoho Universitetu*, Istorichni naúki, n.º 21 (2008), disponible en <**www.nbuv.gov.ua/old_jrn/Soc_Gum/Nvmdu**>. <<

[9] Berkhoff, *Harvest of Despair…*, p. 117. <<

[10] Snyder, *Bloodlands.…*, pp. 179 y 180. <<

[11] Berkhoff, *Harvest of Despair…*, p. 253. <<

[12] Lizzie Collingham, *The Taste of War. World War II and the Battle for Food*, Nueva York, Penguin Press, 2012, pp. 35-37; Snyder, *Bloodlands.…*, pp. 160-163. <<

[13] Alex J. Kay, «German Economic Plans for the Occupied Soviet Union and their Implementation», en Timothy Snyder y Ray Brandon, eds., *Stalin and Europe. Imitation and Domination, 1928-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 171. <<

[14] Snyder, *Bloodlands.…*, p. 164. <<

[15] Kay, «German Economic Plans for the Occupied Soviet Union and their Implementation», p. 176. <<

[16] Berkhoff, *Harvest of Despair…*, p. 165. <<

[17] Kay, «German Economic Plans for the Occupied Soviet Union and their Implementation», p. 106; Snyder, *Bloodlands.*…, p. 174. <<

[18] Woropay, *The Ninth Circle.…*, p. 16. <<

[19] Joseph Goebbels, «Communism with the Mask Off», trad. ing. del Partido Nazi, *Nazi and East German Propaganda Online Archive*, <**http://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/goebmain.htm**> (modificado por última vez el 13 de septiembre 1935); A. I. Kudriáchenko, ed., *Holodomor v Ukraíni 1932-1933 rókiv za dokuméntami politíchnoho arjivu Ministerstva Zakordónnij Sprav Federativnoi Respúbliki Niméchchina*, Kiev, Natsionalni Institut Stratehíchnij Doslidzhen, 2008. <<

[20] O. O. Maievski, «Politichni plakat i karikatura, iak zásobi ideolohichnoi borotbí v Ukraíni 1939-1945 rr.», tesis doctoral, Institut Istori Ukraíni Natsionalna Akademia Naúk Ukraíni, 2016, pp. 277 y 278. <<

[21] V. Kotorenko, «Rik pratsi v sílskomu hospodarstvi bez zhidobolshevikiv», *Ukraínski Jliborob*, vol. 7 (julio de 1942), p. 2, citado en O. O. Zajárchenko, «Agrarna polítika Natsístiv na okupóvani teritori Ukraíni», *Istorichéskaia Pámiat (Odessa)*, vol. 2 (2000), pp. 45 y 46. <<

[22] Olexánder Dovzhenko, *Ukraína v ohní. Kinopovist, shchodénnik*, Kiev, Rad. Pisménnik, 1990, p. 200. <<

[23] Berkhoff, «The Great Famine in Light of the German Invasion and Occupation», p. 168. <<

[24] *Ibid.*, p. 166. <<

[25] *Ibid.*, p. 167. <<

[26] Bohdan Klid, «Daily Life under Soviet Rule and the Holodomor in Memoirs and Testimonies of the Late 1940s. Some Preliminary Assessments», presentado en el congreso anual de la Asociación Canadiense de Eslavistas, Ottawa (Ontario), 26 de mayo de 2015, citando a S. Sosnovi en *Nova Ukraína*, 8 de noviembre de 1942. <<

[27] Oleksa Veretenchenko, «Somewhere in the Distant Wild North», de la serie de poemas *1933*, publicados en *Nova Ukraína* entre 1942 y 1943, traducidos al inglés por el Congreso Ucraniano Canadiense, Delegación de Toronto, y disponibles en <**http://faminegenocide.com/commemoration/poetry/2003-1933.htm**>. <<

[28] Berkhoff, «The Great Famine in Light of the German Invasion and Occupation», p. 16. <<

[29] *Ibid.*, p. 171. <<

[30] Svetlana Alexiévich, *U Voiní ne zhénskoie litso*, Moscú, Vremia, 2013, p. 11 [hay trad. cast. de Ioulia Dobrovolskaia y Zahara García González, *La guerra no tiene rostro de mujer*, Barcelona, Debate, 2015]. <<

[31] Berkhoff, «The Great Famine in Light of the German Invasion and Occupation», p. 169. <<

[32] Volodímir Viatróvich, «Oleksandra Radchenko. Persecuted for her Memory», Stichting Geschiedenis Totalitaire Regimes en hun Slachtoffers, proyecto de la Plataforma de la Memoria y de la Conciencia Europeas, <**www.sgtrs.nl/data/files/Radchenko%20Oekraine.pdf**>. <<

[33] Elena Zubkova, *Russia after the War. Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1957*, trad. ing. de Hugh Ragsdale, Londres y Nueva York, Routledge, 2015, pp. 40-50; Stephen Wheatcroft, «The Soviet Famine of 1946-1947, the Weather and Human Agency in Historical Perspective», *Europe-Asia Studies*, vol. 64, n.º 6 (agosto de 2012), pp. 987-1.005. <<

[34] Woropay, *The Ninth Circle.…*, pp. 16 y 17. <<

[35] *Ibid.*, p. XVIII. <<

[36] «Zum 15 Jahrestag der Furchtbaren, durch das blutdürstige Kommunistische Moskau Organisikhten Hungersnot in der Ukraine», Proyecto Oseredok, Consorcio para la Investigación y Formación sobre el Holodomor. Panfletos en ucraniano, inglés y alemán, distribuidos por participantes ucranianos en la manifestación celebrada el 11 de abril de 1948 en Hannover, Alemania, con motivo del decimoquinto aniversario de la hambruna de 1932 y 1933. Original escrito a máquina, disponible en <**http://holodomor.ca/oseredok-project**>. <<

[37] S. Sosnovi, «Pravda pro veliki hólod na Ukraíni v 1932-1933 rókaj», *Ukraínski Visti* (7 de febrero de 1948), p. 4. <<

[38] Klid, «Daily Life under Soviet Rule…». <<

[39] *Ibid.* <<

[40] Pidhaini, ed., *The Black Deeds of the Kremlin.…*, vol. 1, pp. 222-226 [Una traducción alternativa a esta cita se puede encontrar en la versión oficial en castellano: *Las negras acciones del Kremlin.…* <<

[41] *Ibid.*, vol. 1, pp. 243 y 244. <<

[42] *Ibid.*, vol. 1, p. 239. <<

[43] Bohdan Klid, «The Black Deeds of the Kremlin. Sixty Years Later», *Genocide Studies International*, vol. 8 (2014), pp. 224-235. <<

[44] Frank Sysyn, «The Ukrainian Famine of 1932-1933. The Role of the Ukrainian Diaspora in Research and Public Discussion», en Levon Chorbajian y George Shirinian, eds., *Studies in Comparative Genocide*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999, pp. 182-216. <<

[45] Klid, «The Black Deeds of the Kremlin. Sixty Years Later», p. 229. <<

[46] Ahora es el Centro Ucraniano Canadiense de Investigación y Documentación: <**www.ucrdc.org/History.html**>. <<

[47] Frank Sysyn, «Thirty Years of Research on the Holodomor. A Balance Sheet», en Sysyn y Makuch, eds., *Contextualizing the Holodomor. The Impact of Thirty Years of Ukrainian Famine Studies*, p. 4. <<

[48] Pierre Rigoulot, *Les paupières lourdes. Les français face au Goulag. Aveuglements et indignations*, París, Éditions Universitaires, 1991, pp. 1-10. <<

[49] Vladímir Tendriakov, «Konchina», *Moskva*, vol. 3 (1968), p. 37. <<

[50] Michael Browne, ed., *Ferment in the Ukraine. Documents by V. Chornovil, I. Kandyba, L. Lukyanenko, V. Moroz and Others*, Nueva York, Praeger Publishers, 1971, p. 46. <<

[51] *Ibid.*, p. 9. <<

[52] Yuri Shapoval, «Petro Shelest. 100th Anniversary of the Birth of One of Ukraine's Most Spectacular Political Figures», *Den [El Día]* (4 de marzo de 2008), publicado originalmente en ruso como «Stoletni Shelest. 14 fevraliá ispolniáietsia 100 let odnomú iz sámij kolorítnij rukovodítelei USSR», *Den* (8 de febrero de 2008). <<

[53] Maksym Sahaydak, comp., *Ethnocide of Ukrainians in the U.S.S.R. An Underground Journal from Soviet Ukraine*, trad. ing. de Olena Saciuk y Bohdan Yasen, Baltimore (Maryland), Smoloskyp Publishers, 1976. <<

[54] John Corry, «TV Reviews: “Firing Line” Discussion on “Harvest of Depression”», *The New York Times*, 24 de septiembre de 1986. <<

[55] Sysyn, «Thirty Years of Research on the Holodomor…», p. 4. <<

[56] *Ibid.*, p. 7. <<

[57] *Ibid.*, p. 4. <<

[58] Douglas Tottle, *Fraud, Famine, and Fascism. The Ukrainian Genocide Myth from Hitler to Harvard*, Toronto, Progress Books, 1987, pp. 57, 76 y 77, 123 y 133. <<

[59] Liudmila Hrinévich, «Vid zaperechuvannia do vimúshenoho viznannia. Pro mejanizmi vjódzhennia temi hólodu 1932-1933 rr. v ofitsini publichni próstir u SRSR ta URSR naprikintsi 1980-j rr.», *Problemi Istori Ukraíni. Fakti súdzhennia, póshuki. Mizhvidomchi zbírnik naukóvij prats* 18 (spetsialni vípusk: Hólod 1932-1933 rókiv-henotsid ukraínskoho narodu) (2008), pp. 232-244; Tottle, *Fraud, Famine, and Fascism...* <<

[60] Jeff Coplon, «In Search of a Soviet Holocaust. A 55-Year-Old Famine Feeds the Right», *Village Voice*, 12 de enero de 1988. <<

[61] Sysyn, «Thirty Years of Research on the Holodomor…», pp. 9 y 10. <<

[62] Congreso de Estados Unidos y Comisión sobre la Hambruna Ucraniana, *Investigation of the Ukrainian Famine…* <<

[63] *Ibid.*, pp. VI-VIII. <<

[64] Plokhii, *The Gates of Europe.…*, p. 310. <<

[65] «What Chernobyl Did. Not Just a Nuclear Explosion», *Economist*, 27 de abril de 1991, pp. 21-23 (el autor anónimo era Anne Applebaum). <<

[66] Plokhii, *The Gates of Europe.…*, pp. 309 y 310. <<

[67] Iván Drach, «Vístup na IX Ziszdi Pisménnikiv Ukraíni», en Olexánder Litvín, ed., *Polítika. Stattí, Dópovidi, Vístupi, Ínterviu*, Kiev, Tovaristvo «Ukraína», 1997, p. 310. <<

[68] Bohdan Nahaylo, *The Ukrainian Resurgence*, Toronto, University of Toronto Press, 1999, pp. 62 y 63; véase también «Conversation with Ivan Drach», entrevista de Hennadi Bóriak, 7 de noviembre de 2016. <<

[69] David Remnick, *Lenin's Tomb. The Last Days of the Soviet Empire*, Nueva York, Random House, 1993, p. 50 [hay trad. cast.: *La tumba de Lenin. Los últimos días del Imperio soviético*, Barcelona, Debate, 2011]. <<

[70] Nahaylo, *The Ukrainian Resurgence*, pp. 89-91. <<

[71] *Ibid.*, p. 137. <<

[72] Georgiy Kasianov, «Revisiting the Great Famine of 1932-1933. Politics of Memory and Public Consciousness (Ukraine after 1991)», en Michal Kopecek, ed., *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest, Central European University Press, 2007, pp. 197-220. <<

[73] Nahaylo, *The Ukrainian Resurgence*, p. 249. <<

[74] Marta Kolomayets, «Ukraine's People Recall National Tragedy of Famine-Holocaust», *Ukrainian Weekly*, vol. 61, n.º 38 (19 de septiembre de 1993), p. 1. <<

[75] Catherine Wanner, *Burden of Dreams. History and Identity in PostSoviet Ukraine*, University Park (Pennsylvania), Pennsylvania State University Press, 1998, pp. 154-157. <<

[76] *Ibid.* <<

[1] Raphael Lemkin, «Soviet Genocide in the Ukraine», conferencia inédita, 1953, Archivos de Raphael Lemkin, Biblioteca Pública de Nueva York, Departamento de Manuscritos y Archivos, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden, Raphael Lemkin ZL-273, carrete 3; disponible en <**www.uccla.ca/SOVIET_GENOCIDE_IN_THE_UKRAINE.pdf**>. <<

[2] Recientemente, dos excelentes nuevos libros han ampliado el conocimiento popular sobre Lemkin. Véanse Samantha Power, *A Problem from Hell*, Nueva York, Basic Books, 2002, y Philippe Sands, *East West Street. On the Origins of «Genocide» and «Crimes Against Humanity*», Nueva York, Knopf, 2016 [hay trad. cast.: *Calle Este-Oeste. Sobre los orígenes de «genocidio» y «crímenes contra la humanidad»*, Barcelona, Anagrama, 2017]. <<

[3] Raphael Lemkin, *Totally Unofficial. The Autobiography of Raphael Lemkin*, New Haven (Connecticut) y Londres, Yale University Press, 2013, pp. 19-21. <<

[4] Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe. Laws of Occupation—Analysis of Government—Proposals for Redress*, Washington, D.C., Carnegie Endowment for International Peace, 1944, pp. 79-95 [hay trad. cast.: *El dominio del Eje en la Europa ocupada. Leyes de ocupación, análisis de la administración gubernamental, propuestas de reparaciones*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008]. <<

[5] Publicado ahora en Raphael Lemkin, *Lemkin on Genocide*, ed. de Steven Leonard Jacobs, Lanham (Maryland), Lexington Books, 2012. <<

[6] Lemkin, «Soviet Genocide in the Ukraine». <<

[7] Este es el razonamiento de Norman M. Naimark, *Stalin's Genocides*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 2010. <<

[8] *Ibid.*, p. 24. <<

[9] Lemkin, «Soviet Genocide in the Ukraine». <<

[10] Georgiy Kasianov, «Holodomor and the Politics of Memory in Ukraine after Independence», en Comeford *et al.*, eds., *Holodomor and Gorta Mor…*, pp. 167-188. <<

[11] «Ruling in the criminal proceedings over genocide in Ukraine in 1932-1933», *Human Rights in Ukraine*, <**http://khpg.org/en/index.php?id=1265217823**>. <<

[12] «Ukraine Commemorates Holodomor», *Moscow Times*, 24 de noviembre de 2008. <<

[13] Zenon Zawada, «Eastern Ukrainians Fight to Preserve the Holodomor's Memory», *Ukrainian Weekly*, vol. 67/7 (15 de febrero de 2009), p. 3. <<

[14] Cathy Young, «Remember the Holodomor», *Weekly Standard*, 8 de diciembre de 2008. <<

[15] Cable diplomático de Estados Unidos, «Candid Discussion with Prince Andrew on the Kyrgyz Economy and the “Great Game” (29 October 2008)», *WikiLeaks*, <**https://wikileaks.org/plusd/cables/08BISHKEK1095_a.html**>. <<

[16] Ella Maxímova, «Istorik Viktor Kondrashin: “Ne Rossía ubivala Ukraínu, Vozhd—svoi narod”», *Izvestia*, 22 de octubre de 2008. <<

[17] Wolowyna *et al.*, «Regional Variations of 1932-1934 Famine Losses in Ukraine», pp. 175-202. <<

[18] Como tristemente ya se sabe, en 1918 Lenin se enfureció tanto con los campesinos de Penza que exigió que su insurrección debía «sofocarse *implacablemente*». Escribió un famoso telegrama sobre el levantamiento de Penza que acababa con una lista de instrucciones:

«Ahorcar (y asegurarse de que se haga a plena vista de todos) a un mínimo de cien kulaks ricos y explotadores conocidos.

Publicar sus nombres.

Requisarles todo el cereal que tengan […]»

Robert W. Service, *Lenin. A Biography*, Londres, Papermac, 2001, p. 365 [hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *Lenin. Una biografía*, Madrid, Siglo XXI, 2001]. <<

[19] V. V. Kondrashin y S. V. Kulchitski, «O Sámom Glávnom. Proféssor Stanislav Kulchitski i egó rossiski kollega Víktor Kondrashin. Chom bil Golodomor 1932-1933 gódov?», *Den*, Kiev, (3 de junio de 2008). <<

[20] Alexander J. Motyl, «Yanukovych and Stalin's Genocide», *Ukraine's Orange Blues in World Affairs Journal Online* (29 de noviembre de 2012), <**www.worldaffairsjournal.org/blog/alexander-j-motyl/yanukovychand-stalin%E2%80%99s-genocide**>. <<

[21] «Ukrainian Sues Yanukovych over Famine Statement», *Radio Free Europe Radio Liberty*, <**www.rferl.org/amp/Ukrainian_Sues_Yanukovych_Over_Famine_Staten** (modificado por última vez el 15 de junio de 2010). <<

[22] Halya Coynash, «Kremlin's Proxies Purge Memory of Victims of Holodomor and Political Repression», *Human Rights in Ukraine. Information Website of the Kharkiv Human Rights Protection Group* (18 de agosto de 2015), <**http://khpg.org/en/index.php?id=1439816093**>. <<

[23] Ekaterina Blinova, «Holodomor Hoax. Joseph Stalin's Crime that Never Took Place», *Sputnik News*, 9 de agosto de 2015, <**https://sputniknews.com/politics/201508091025560345**>; véase también Cathy Young, «Russia Denies Stalin's Killer Famine», *Daily Beast*, 31 de octubre de 2015, <**www.thedailybeast.com/articles/2015/10/31/russia-denies-stalin-s-killer-famine.html**>. **<<**

[24] En lo que constituyó un curioso indicio de aquella época, una página web dedicada a deslegitimizar «las grandes injusticias […] cometidas por el Gobierno instalado en Kiev en febrero [de 2014] contra la totalidad del pueblo ucraniano», newcoldwar.org, creó un vínculo a las obras de Mark Tauger, un académico estadounidense. Tauger defiende que la hambruna ucraniana de 1932 y 1933 obedeció a problemas climatológicos y enfermedades de las plantas (de las que no hay ninguna evidencia archivística) y que por lo tanto, por definición, no fue un «genocidio». «Archive of Writings of Professor Mark Tauger on the Famine Scourges of the Early Years of the Soviet Union», *The New Cold War. Ukraine and Beyond*, 23 de junio de 2015, <**www.newcoldwar.org/archive-of-writings-of-professor-mark-tauger-on-the-famine-scourges-of-the-early-years-of-the-soviet-union**>. **<<**

[25] Ievgen Vorobiov, «Why Ukrainians Are Speaking More Ukrainian», *Foreign Policy*, 26 de junio de 2015, <**http://foreignpolicy.com/2015/06/26/why-ukrainians-are-speaking-more-ukrainian**>. <<